PATRICIA GELLER

SATISFECHO SIEMPRE. SACIADO NUNCA



zafiro

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Nota de la autora
Prólogo
Capítulo 1. Por debajo de la mesa
Capítulo 2. Entra en mi vida
Capítulo 3. Cuando nadie me ve
Capítulo 4. Fuiste mía
Capítulo 5. Es mi soledad
Capítulo 6. Casi humanos
Capítulo 7. Tal vez
Capítulo 8. Miedo
Capítulo 9. Quizá
Capítulo 10. Estoy hecho de pedacitos de ti
Capítulo 11. Te amo
Capítulo 12. Me enamoré de ti
Capítulo 13. Te voy a perder
Capítulo 14. A que no me dejas
Capítulo 15. Si aún te quieres quedar
Capítulo 16. Lo siento
Capítulo 17. O tú o ninguna
Capítulo 18. Quiero perderme en tu cuerpo
Capítulo 19. Ámame otra vez
Capítulo 20. Mía
Capítulo 21. Amanecer sin ti
Capítulo 22. Abrázame muy fuerte
Capítulo 23. Me dediqué a perderte
Capítulo 24. Vuelve
Capítulo 25. Bailar el viento
Capítulo 26. Éxtasis
Capítulo 27. Fue nuestro amor
Capítulo 28. El ruido
Capítulo 29. Mi soledad y yo
Capítulo 30. Ojalá
Capítulo 31. Manías
Capítulo 32. Ya no
Capítulo 33. Cómo te atreves a volver
Capítulo 34. Sueños rotos
Capítulo 35. Cóseme

Capítulo 36. Solo
Capítulo 37. Regresa a mí
Capítulo 38. Desde aquí del otro lado
Capítulo 39. A gritos de esperanza
Epílogo
Si quieres conocer...
Agradecimientos
Biografía
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!
Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Carolina Sanz siempre ha sido una chica con las ideas claras y segura de sí misma, hasta que Héctor Muñoz llega a su vida. Los hombres como él jamás habían sido su tipo, sin embargo, su insolencia y su desparpajo terminan por conquistarla. Y cuando están a punto de dar un paso decisivo en la relación, un secreto del empresario la pone en peligro.

Ambos son conscientes del dolor que supondría estar separados, pero no saben si juntos podrán superar la situación. Y sólo cuentan con veinticuatro horas para tomar una decisión.

¿Y tú, sacrificarías tu felicidad por un error del pasado?

SATISFECHO SIEMPRE. SACIADO NUNCA

Patricia Geller

zafiro

Nota de la autora

Muy cerca de que se cumpla el quinto aniversario de la publicación del primer libro de «La chica de servicio», llega esta historia que espero de corazón que os emocione.

Dudé sobre cómo enfocarla; muchas de las lectoras se dividían entre conocer la versión de Matt Campbell a lo largo de la trilogía o bien un pequeño relato cronológicamente posterior a ésta. Valorando todas las opiniones, me dije que por qué no hacer ambas cosas a la vez.

Con Matt y Gisele se abrió un nuevo mundo para mí y, de una manera u otra, sentía que tenía esta cuenta pendiente. Ya conocimos un poco más de él a través de *Provócame* y *Quédate,* que van incluidos en esta novela, y ha llegado el momento de que nos cuente cómo se sintió y se siente llegados aquí. Ha sido muy especial recordar la historia a través de los ojos del protagonista, y muy emocionante descubrir algo más acerca de qué ha sido de ambos. Ojalá vosotros la sintáis de principio a fin como si fuese la primera vez que los conocéis.

Cada capítulo se corresponde con el título de una canción adecuada a cada momento, que podéis encontrar en mi cuenta de Spotify, para adentraros aún más en la narración.

¿Preparad@s para reencontraros con Matt Campbell?

Prólogo

«Y, cuando crezca, ¿podré tomarlas?» o «de mayor quiero ser como tú».

Son frases que jamás hubiese querido oír, no al menos de esa forma ni por el motivo por el que me las han dicho, y menos todavía en un día tan especial. ¿Cómo ha sucedido?

Todos duermen... incluso ella... ¿Cómo le explico lo que está ocurriendo? Tendré que desafiar un miedo que creía olvidado, superado. Mi familia no se merece que la vuelva a decepcionar, pero estoy asustado.

¡No puede parecerse a mí!

Me avergüenzo tanto de mi comportamiento en años anteriores... que no sería capaz de soportar que siguiera mis pasos.

Ahora mismo me encuentro en mi despacho, como otras tantas noches, pero en esta ocasión no por cuestiones relacionadas con el trabajo, pues no reviso propuestas de la agencia publicitaria en la que soy el jefe.

Es viernes, 23 de marzo de 2018. Estoy frente a mis propios escritos, con una copa de vino de la que no debo beber y con apenas luz; hay un ambiente muy íntimo, aunque no como el del día en el que todo empezó...

Hoy las cosas son muy distintas y me niego a pensar que sigo siendo el mismo.

No es posible... Ayer lo imaginaba todo muy diferente; sin embargo, con esta soledad, me enfrento a la cruda realidad, a uno de los momentos más amargos de mi vida.

Capítulo 1

Por debajo de la mesa

Junio de 2011

Ni siquiera puedo conducir, me tiemblan las manos. He pasado unos días fuera, recapacitando, convenciéndome de que mi cabeza, una vez más, me estaba jugando una mala pasada..., por ello he vuelto a Málaga manteniendo cierta calma, aunque una vez aquí... lo confirmo.

Los pillo juntos.

¿¡Cómo han podido!?

Estoy muy nervioso, con ganas de pegar puñetazos hasta quedarme sin fuerzas, pero me controlo; las heridas de los puños descargados contra un tabique son suficiente por hoy. Me hallo en el portal de mi ex... esperando a mi hermana, que viene de camino a recogerme. No quiero causar más daño a mi familia y es lo que haré si llego a casa por mí mismo.

Segundos después, el coche del chófer de Roxanne estaciona a pocos centímetros de mí. Ella baja y acude enseguida a mi encuentro. Sus ojos claros muestran preocupación ante mi estado, mis heridas. Imagino que mi mirada ausente, aunque colérica, la asusta, pues no dice una sola palabra. Se limita a tirar de mi maleta de viaje y darme su mano derecha para guiarme hasta el vehículo. Mientras caminamos, me sujeta fuerte.

Me consuela sin saber qué me ocurre. Aun así, no es suficiente para mí; nunca lo es.

—¡Scott! —le recrimina a su chófer de malas maneras—. ¡¿A qué espera para ayudarme con el equipaje?! No sé dónde tiene la cabeza... aunque me lo figuro. ¡Qué asco!

—Ya voy, señorita Campbell... Disculpe.

—Que no se vuelta a repetir, se lo advierto.

Ajeno a la «discusión», entro en la parte trasera del cómodo y amplio coche. Contemplo el paisaje que me rodea mientras aprieto los puños. La presión en mi pecho aumenta, una sucesión de imágenes se agolpa en mi cabeza y siento que ésta me va a explotar en cualquier momento. Por si fuese poco, la música salta cuando Scott Stone, tras cederle el paso a mi hermana, pone en marcha el motor...: una balada de Luis Miguel...

—¡Apaga eso, joder! —grito sin ocultar más mi estado.

—Matt...

—No puedo más, Roxanne, ¡no puedo más!

—Pero ¿qué ha pasado? —Intenta tocarme, pero rechazo su consuelo. Odio que sientan lástima de mí. No soporto ese sentimiento—. Relájate, por favor... Estás muy...

—Otra puta decepción más, ¿cuántas pensáis que seré capaz de soportar? Problemas familiares, adaptarme a nuevos entornos, a otras personas; más tarde Amanda... mi... —Me trabo, evitando confesar en voz alta la jodida enfermedad—. Ahora Alicia y Sam. ¡Pero se acabó! Te

juro por mi puta vida que nadie más se va a burlar de este imbécil. Te aseguro que ahora seré yo quien no tenga compasión con aquellos que pretendan aprovecharse de mí.

—¿Ali y Sam? Matt, no pretendo insinuar que estés equivocado, pero dudo mucho que...

—¡No estoy loco, maldita sea! —Doy un puñetazo al respaldo del asiento vacío del copiloto —. No sé qué mierda os creéis y estoy muy harto de todo. No sabéis cuánto.

—Has cambiado tanto...

—¡Me han hecho cambiar! —replico sin mirarla siquiera. Sólo quiero llegar a casa y refugiarme en mi puñetera soledad—. Déjalo, Roxanne, no necesito oír nada más.

—Pero...

—¡Que te calles! —Su jadeo me obliga a observarla. La tristeza que le produce mi actitud hacia ella es evidente. Además, por el retrovisor puedo ver la tensión de Scott, su chófer, un tipo rubio, discreto y de ojos claros, ante la violenta respuesta—. Roxanne, lo siento, ¿vale? Sabes que no sé gestionar mi...

—¿Tu qué, Matt? A veces tengo la sensación de que te gustaría decir tanto...

—Pues te equivocas —mascullo acariciándole la larga cabellera rubia. Ella y yo no nos parecemos, y no es de extrañar. Nuestro hermano Eric sí que tiene muchas similitudes con la pequeña de los tres. Él es el mayor. Ambos son rubios, como Karen y William—. Coméntales a todos que estoy de regreso, ya hablaremos mañana.

—Nuestros padres te han echado de menos estos días —me recuerda con una forzada sonrisa —. Les gustará verte llegar.

—Más tarde; no es el momento.

En cuanto el vehículo se detiene, salgo y las preguntas me acechan de nuevo.

¿Hasta cuándo? ¿Llegará el puto día en el que encuentre la estabilidad? ¿Cuándo podré dejar de desconfiar de cualquier persona que esté a mi alrededor?

Ya son muchos los que me han fallado, quizá más de los que merezco... o tal vez no.

¡Ya no lo sé!

Cierro la puerta de mi despacho de golpe y una vez allí, rodeado de muebles tan oscuros como mi alma, grito sin que nadie pueda oírme, pues la habitación está insonorizada. Está todo hecho una mierda y no me importa en absoluto. Hace días, desde antes de marcharme, he perdido la cuenta de cuántos son, que no permito que nadie entre en esta estancia. Los mismos días que llevo sospechando que Alicia, mi expareja ya, me estaba engañando, después de tres años de relación. Una relación con idas y venidas... Lo peor es que lo hacía con mi mejor amigo, al que creía mi gran apoyo. Llegados a este punto, no entiendo nada. ¡Él mismo me advertía de cómo era ella!, pero no lo creí... y ahora resulta que Sam también ha caído en sus redes. ¿¡Por qué!?

Un mensaje de Alicia me enciende todavía más.

Tengo los puños magullados por la de veces que los he estampado contra la pared de ese repugnante piso para no partirle la cara a Sam, por su traición con la que hasta hoy había sido una «buena compañera» en esta asquerosa y sombría vida.

No lo siento por ella, pues no estoy enamorado, en realidad creo que nunca lo he estado de Alicia, sino por la ingratitud que ambos me han demostrado, cuando por mi parte se lo he dado todo, ¡todo! Lo he hecho por no estar solo, lo confieso, por tratar de arrancarme del alma la desconfianza que todo el mundo me genera tras varios dolorosos fracasos que me han llevado a vivir en un profundo y triste aislamiento que, con el paso de los años, se ha prolongado.

Mensaje de Alicia a Matt. A las 16.55

Yo no quería, Matt. Tenemos que hablar, por favor. No me dejes así.

¡Cínica! Desconecto el teléfono, apago la luz y me dejo caer en la silla de mi escritorio. Me aprieto las sienes con rabia, aplasto los dedos en mi piel hasta que duele. Quiero olvidar y descansar; estoy agotado, harto de todo. No puedo con otra mentira, son demasiadas ya... Sé que el dinero ha evitado que esto último sucediera antes, pero ¿para qué lo quiero? No soy feliz y dudo que pueda encontrar mi lugar en el mundo alguna vez.

¿En qué he fallado?

Perdido en mis pensamientos, oigo que llaman a la puerta y opto por ignorar a quienquiera que sea. No necesito que nadie más me moleste por hoy. Insisten delicadamente, pero no me importa, sé que no entrarán. Mi familia me conoce y... ¿¡qué mierda!?

La puerta se abre despacio, lo justo para que la tenue luz del pasillo se cuele por la rendija de la entrada. Oigo un ruido, parecido a un tropiezo. Pero ¿quién es?

Sólo puedo distinguir una silueta... una silueta femenina.

—¿Hola? —dice una voz desconocida y suave.

No respondo.

Repentinamente la luz se enciende; ésta me molesta, pues apunta directamente a mis rendidos ojos verdes. Llevo muchas noches sin dormir..., demasiadas.

Cabreado, miro al frente y me encuentro con una chica a la que no he visto nunca antes. Tiene el cabello largo, castaño con reflejos rubios, y piel blanquecina. Sus ojos son grises, despiertos... El pulso se me dispara sin ningún motivo. La contemplo con la mandíbula apretada, contenido, durante lo que me parecen eternos segundos.

Ella tampoco me rehúye la mirada, ¿desafiándome?

Sin pretenderlo, no puedo evitar repasarla de arriba abajo... Lleva un vestido negro, corto, con los detalles en blanco, igual o similar al que suelen llevar las chicas de servicio de casa, pero hay algo en ella que la hace diferente... ¿Qué es?... ¿Su descaro con relación a mí?, ¿su pose altiva mientras sujeta una simple bandeja de comida? ¿Y por qué demonios no retira sus ojos de mi persona? ¿De dónde ha salido? Sin saber qué está sucediendo, experimento un apetito sexual por ella que me ahoga, que me vuelve primitivo. La deseo. Ya. O quizá mi endurecido corazón es el que me está pidiendo que me desquite con las mujeres... y ella es la primera que ha aparecido tras el cruel desengaño que acabo de sufrir.

No lo sé, ¿¡qué está pasando!? Me inquieto en el asiento, aunque mantengo el tipo.

¡Basta! Sólo es una chica más... Muy furioso por las licencias que se está tomando conmigo, su jefe, aguanto y me domino... o, maldita sea, hago el intento. ¿Es que nadie la ha avisado de cómo soy? Ella no debe estar aquí... Desconoce el peligro que supongo para cualquier persona cuando estoy fuera de mí, como hoy. No sé controlarme. A pesar de ser un hecho que me atormenta... no puedo. Soy incapaz de dominarme...

—¿Quién es usted? —Mi voz suena alterada—. ¿Por qué entra sin mi permiso?

—He llamado y, como nadie me ha respondido, he decidido entrar —contesta con impertinencia, insolente—. Ejem... señor Campbell, perdón por las molestias —añade—, pero su madre me ha dicho que le trajera esto.

Sin quitarle la vista de encima, me incorporo lentamente y, con movimientos pausados, rodeo el escritorio. Su osadía sobrepasa los límites quizá sin saberlo, pues me estudia de pies a cabeza, deteniéndose en cada centímetro de mi agarrotado cuerpo. ¡¿Qué narices?!

Me ofende su comportamiento..., me resulta fuera de lugar y odio sentirme así.

—¿Ha terminado la inspección? —le pregunto, con la intención de detenerla de una vez por todas. ¿De qué va? No tiene permiso para comportarse así. Por su culpa mi respiración se ha acelerado. Y al verla sonrojarse, lo hace aún más—. ¿Señorita...?

—Stone, Gisele Stone. La nueva chica de servicio.

Gisele... Stone. Su apellido me es familiar... «¿Pariente de Scott?» ¡Qué más da!

—Y bien, señorita Stone, ¿quién le ha dado permiso para entrar en mi despacho y hablarme con la altanería con que lo ha hecho? —digo paciente, aunque la descabellada idea de subirle el vestido y enterrarme en ella me atosiga. Jamás me ha sucedido esto.

—Perdón. No era mi intención ofenderlo con mi tono. —Suspira, tragándose su orgullo—. En cuanto a haber entrado, quería asegurarme de que no hubiese nadie para decírselo a su madre. Me disculpo de nuevo.

—Que no se vuelva a repetir —le espeto cortante. Tengo la mandíbula tan apretada que hasta me duele. Sacudo la cabeza. He de olvidarme de esos labios que... Vuelvo a mi asiento e ideo un plan para mantenerla distraída y apartarla de mí, es lo más apropiado para ambos, por lo que añado, estudiándola de soslayo—: Deje la bandeja sobre la mesa y, por favor, recoja un poco el despacho, que para eso se le paga.

Con gesto arrogante, coge aire y lo suelta, pero se dispone a cumplir mi orden. Sé que la estancia está hecha un asco y que se horroriza al verla. ¿Qué la habrá traído hasta aquí? No parece muy dispuesta a obedecer... y en casa no le espera otra cosa.

Tratando de ignorarla, me ajusto la chaqueta y la corbata, hasta que desvío la mirada y la encuentro inclinada sobre mi escritorio, recogiendo vasos, platos, botellas...

¡Maldita sea! La escena es demasiado sensual como para pasarla por alto.

Lo peor no termina ahí... En una de ésas se le cae algo al suelo, se agacha y sus muslos saltan a mi vista... esbeltos, finos y bien torneados. ¡¿Quién demonios se ha propuesto martirizarme así?! A la vez que limpia, inspecciona cada rincón, molesta. Sus pechos suben y bajan en su pronunciado escote, lo que propicia que no pueda apartar los ojos de la chica de servicio, aunque lo intento. Con todo, enseguida un pensamiento me hace retroceder un poco..., sólo un poco, y es que intuyo que será como todas y cada una de las que me han traicionado, tres mujeres que por distintas circunstancias han marcado mi vida.

Sin embargo, no controlo la estúpida y potente necesidad que se está avivando en mí. Necesito que acabe pronto, ¡que se marche! Entonces me mira por encima del hombro y vuelve a desviar la vista. No puedo hacer lo mismo. Menos aún cuando descifro en sus exaltados ojos las ganas que tiene de gritarme cuatro cosas. Esto no puede estar pasando. Siempre he sido respetuoso..., fiel a mis principios, y me temo que la situación se me está escapando de las manos. Me intriga su desparpajo y osadía, lo poco que ha mostrado de momento de su personalidad, para ser la chica de servicio. Si continúo así, será imposible que me siga dominando. No hoy, que estoy decepcionado con ellas..., con todas en general. Ya no soy capaz de verlo de otra forma ni de ser racional. Además, ¿por qué demonios tengo que moderarme?

Gisele Stone me está provocando con su actitud y movimientos.

Su contoneo no puede ser también producto de mi realidad paralela.

Observándola, tan tenso como pocas veces me he sentido, con el silencio tan profundo que nos invade, excepto por el ruido que ella genera al limpiar los archivadores, estanterías y demás muebles, el tiempo vuela... y cuando menos me lo espero está frente a mí, con todo el trabajo hecho, eficiente, con las manos detrás de la espalda, obediente, orgullosa.

—¿Desea algo más, señor? —pregunta simpática.

¿Cómo que si deseo algo más? Maldita sea, es una descarada... por lo que no soporto más la tensión y entro en su jodido juego.

—Quizá... —la desafío—. ¿Qué me ofrece?

Frunce el ceño y a mí se me escapa el porqué de su gesto de confusión.

¿No es lo que está esperando?

—Es usted el que manda. Usted ordena y yo obedezco, ¿recuerda?

¡Se acabó! No tolero su sarcasmo.

Su forma de sacarme de quicio me tienta como no es capaz de imaginar. No soy ningún niñato. Desde que ha entrado que me he percatado de sus indirectas y, ahora que ha desatado mi necesidad de sexo, que es mi refugio cuando estoy tan mal... no pienso dar marcha atrás.

Altivo, abriendo y cerrando los puños, contesto:

—Ya sé lo que quiero.

Me mira los dedos, por lo que los escondo, avergonzado de mis heridas. Finalmente, expectante, asiente. Entonces las palabras salen de mi boca sin que sepa frenarlas.

—La quiero desnuda y tumbada sobre mi mesa. Voy a tomarla por insolente.

Ni yo mismo puedo creerme lo que acabo de decir, pero por alguna extraña razón no rectifico. No razono, estoy fuera de control. Gisele Stone no me defrauda, pues esboza una media sonrisa que confirma mi teoría acerca de su provocación. ¿Acaso cree que tirándose al jefe obtendrá mayores beneficios? Me enerva pensar que haya gente así... ¡¿Dónde han quedado las personas con sentimientos?!, esas que necesito en mi vida...

Nos miramos y, de pronto, al verme tan seguro y decidido, su rostro se enciende. Se mueve agitada e inspira, ¿controlando su enfado?

Reconozco que me descoloca su cambio.

—¿Qué has dicho? —pregunta poniendo los brazos en jarras, sacando a relucir su fuerte carácter. ¿Perdón?—. Me parece que no te he entendido bien.

Su forma de hablarme confirma por completo mis sospechas. Me provoca.

Vuelvo a rodear el escritorio y me planto frente a ella sin tocarla, aunque con unas irresistibles ganas de hacerlo. Siento cómo el enfado, la lujuria y mi lado más salvaje me empujan hacia esta desconocida y va creciendo algo poderoso en todo mi ser... de modo que la exigencia habla por mí nuevamente.

—Señorita Stone, ante todo, no debe tutearme —explico fingiendo una serenidad que no siento—. Debe decir: «¿Qué *ha* dicho?». Y contestando a su otra cuestión, aunque por la expresión de su cara creo que ya lo ha entendido, le he dicho que voy a tomarla ahora mismo sobre mi mesa por insolente. Y vuelvo a repetírselo, túmbese.

—¿Que haga qué?

—¿De dónde ha salido? —suelto nervioso, ocultando mi impresión por la bravura que demuestra. Pero ¡¿qué pretende?!—. ¿Cómo ha venido a parar aquí?

—¿Puedo marcharme ya? —responde ignorándome, crispada.

—Cumpla mi orden ahora mismo.

—¿Está loco o qué diablos le pasa?

Y sin saber cómo ni por qué, pierdo mi propia batalla interior.

—Ya lo creo que estoy loco. Si estuviese en mis cabales, la habría echado ya de mi casa después de desafiarme como lo ha hecho. En vez de eso, le doy la oportunidad de reparar su error. Desnúdese, ése es el precio que debe pagar.

Doy unos pasos hacia ella; su cuerpo me tienta y mis ojos se pierden en su sensual y a la vez

delicada figura. No me importa quién sea ni de dónde venga, la necesito sin más.

—¡No! ¡No se acerque!

—¿No? —La acorralo entre la puerta y mi cuerpo, que se incendia con la cercanía como si hiciese mucho que no toco a una mujer. Noto cómo tiembla, rompiendo mis esquemas, por lo que intento no gemir al rozarla—. Como ve, ya lo he hecho.

Apoyo las manos en la madera, a ambos lados de su cabeza, y la miro a los ojos. Sé que se indigna, porque su respiración se altera, propiciando un contacto más íntimo.

—Como no me deje en paz, se lo voy a contar a sus padres —me amenaza, sosteniéndome la mirada con descaro, y empiezo a perderme por completo. Ya no soy dueño de mis actos. Me torturo recordándome que esto no está bien, pero no sé parar—. Me está acosando como un asqueroso sátiro... Apártese de mí o empiezo a gritar ahora mismo.

—Hágalo. El despacho está insonorizado. Además, ya gritará cuando la haga mía y usted me acoja dentro con esta pasión que está demostrando al resistirse.

Jadea, erizando mi piel a unos niveles hasta hoy desconocidos para mí.

—¡Grosero! —me espeta; sin embargo, no se mueve cuando mi mano cobra vida propia y me atrevo a deslizarla por su muslo, subiéndola poco a poco.

«¡Matt, tienes que parar, joder!», me regaño, consciente de que, en mi posición, sigo librando una batalla absurda que perderé. Realmente no sé qué me está pasando. Incluso noto en la palma un calor que me está matando.

Gisele Stone es muy suave y también puro fuego.

—¡No me toque! —gruñe y cierra los ojos, pero no me detiene—. No... no.

—Señorita Stone, tiene que aprender y entender quién da las órdenes aquí —amenazo, muy cerca de sus labios, que desprenden un delicioso aliento, invitándome a más.

Abre los ojos y no sé qué ve en los míos que la hace volver en sí.

—Yo ordeno y usted obedece, ¿recuerda? —añado.

—¡Yo no obedezco ese tipo de órdenes! —Con decisión, detiene mi mano pegada a su muslo. Más fuego—. ¿Sabe qué? ¡Es usted un egocéntrico! Y no me asusta su chulería.

Me vuelve loco su carácter. Me excita como no debería. Aun así, insisto sin razón.

—Y usted es una maleducada y una desvergonzada. Pero le voy a enseñar modales, a respetar a las personas que están por encima de usted en esta casa... y yo lo estoy. ¿Queda claro? —murmuro, rozando sus labios, con ganas de morderlos, de probarlos.

La chica de servicio parece acelerarse todavía más y, no sé si equivocadamente... su silencio me hace pensar que cede ante mí. Le sujeto el mentón e, impaciente, me apodero de su atrevida boca. ¡Dios! Reprimo un gruñido y, con gesto salvaje, la obligo a que me devuelva ese beso por el que me estoy impacientando. Se toma su tiempo, pero, cuando lo hace, destroza la poca fuerza de voluntad que me queda. Gime haciendo que pierda el sentido. Mi lengua la busca como no recuerdo haberlo hecho antes... quizá porque nunca me he comportado así con una mujer. Jamás me he enfrentado a una situación como ésta y en mi estado... «Está enfermo. Es bipolar. Tiene que tratarse», son frases que me mortifican.

Mi agitación y dolor ante los recuerdos me incitan a no retroceder. Por un momento me asusta lo que siento, pues quiero someterla y quiero más que este fogoso y apasionado beso. La imagino con la misma pasión en la cama... y enloquezco, así que me impregno de ella, la devoro con ansiedad, con desconcierto. Ella no parece asustada, sino entregada a mi irracional voluntad. Entonces, más preguntas... ¿Qué estamos haciendo?

—Basta —gime de pronto y a la vez que, tarde, gira la cara—. Déjame.

—No, quiero más, mucho más.

Yendo más allá de lo que debo y perdiendo el juicio, hago un nuevo intento y le toco otra vez el muslo sin intención de retroceder, anhelante de su contacto, pero repentinamente un golpe en mis partes bajas me hace doblarme en dos y aullar como un lobo herido.

—¡Te odio! No vuelvas a tocarme —grita ella, escapando—. ¡Ni siquiera me mires!

—Lo vas a pagar —mascullo, aun sabiendo que no llevo razón, viéndola marchar.

Me toco donde su rodilla ha aterrizado, soportando el dolor físico, además de la intensa excitación que ha supuesto nuestro surrealista encuentro... hasta que poco a poco ambas molestias van menguando. ¿Quién es ella? ¡¿Qué acaba de suceder?! Estoy confuso, necesito olvidar lo ocurrido... Segundos después de mi merecido fracaso, que va acompañado de arrepentimiento, busco el modo de relajarme. Empiezo cogiendo y dejando compulsivamente los objetos de los estantes... una y otra vez, y una más.

Es una manía que no depende de mí y que ya forma parte de mi personalidad...

—Por culpa de la maldita enfermedad me veo así, de la bipo...

No puedo pronunciarla en voz alta.

Me niego a aceptarla.

Capítulo 2

Entra en mi vida

—Matt, soy William. ¿Puedo pasar?

Miro sobresaltado hacia la puerta y dejo de mover cosas en el despacho. Me aprieto el puente de la nariz, recolocándome en mi silla antes de dar paso a mi padre. ¿Notará mi estado?

¿Le habrá contando algo Gisele Stone y por ello está él aquí? Ante la última pregunta, la respuesta es inmediata: tienen que despedirla...

Lo que acaba de ocurrir no se puede volver a repetir.

—Adelante —mascullo.

—Hola, hijo. Roxanne nos ha avisado de que ya estabas de regreso y, al cruzarme con la nueva chica de servicio de camino hacia aquí, me ha confirmado que seguías dentro —me informa antes de tomar asiento frente a mí, no sin antes darme un apretón de manos—. ¿Todo bien? Estás muy serio, demacrado... Diría que la cosa no va como esperabas.

—No, pero no te preocupes. Se me pasará.

—¿No te apetece comer algo? —Cambia enseguida de tema y señala con la cabeza la bandeja en la que hay té y unas pastas. La que ha traído ella.

—No, no tengo hambre. Gracias.

—De acuerdo. —Un molesto silencio nos acompaña, hasta que añade, para romper el hielo—: ¿Qué te ha parecido Gisele? ¿Te ha servido bien? Es hermana del chófer de Roxanne y acaba de incorporarse a la casa, trabajará con nosotros aquí. Karen necesitaba más personal y Noa, nuestra empleada más eficiente, nos la recomendó. Se ve que son muy amigas.

—Ya sabes que estos temas me importan muy poco —murmuro incómodo, dibujando líneas imaginarias con los dedos sobre la negra madera. «¡Dilo de una vez!»—. Aunque quizá, si no tiene experiencia, no haya sido buena idea contratarla.

—¿Ha hecho algo mal? —inquiere preocupado.

«Intrigar demasiado a este estúpido.»

—No, apenas hemos coincidido —miento, recapacitando. No es justo que por mi culpa pierda el empleo. Aun así, añado, para salvarla de otra situación como la de hoy—: De mis cosas que no se encargue. Ya me las apañaré cuando necesite algo.

—Como desees. ¿Te apetece salir y tomar un refresco?

—No. William... La verdad es que preferiría estar solo.

—Claro, en otro momento será. Si me necesitas, sabes que estoy aquí.

—Gracias.

Ni siquiera me atrevo a mirarlo. Les he fallado a él y a Karen de tantas maneras, a pesar de deberles todo lo que soy, que, después de lo ocurrido con la chica de servicio, sé que se avergonzarían de mi actitud, que se horrorizarían. No es así como me han educado.

***

Más tarde, tras un fortuito encuentro con Alicia, no sé qué hacer. Me siento asqueado y no confío en nadie. Me pide una nueva oportunidad, recordándome que me quedaré solo si no la perdono, y la sangre me hierve de dolor ante esa palabra... «solo». Cruzo las puertas de casa y vago por los pasillos sin tener idea de a dónde voy, mis piernas avanzan de forma autónoma. He bebido un poco y mi imagen es mucho peor que la de esta tarde: el cabello oscuro despeinado y la corbata desabrochada, al igual que la camisa, además de llevarla fuera del pantalón.

«¡¿Adónde vas, joder?!»

Cuando soy consciente de ello, estoy a dos pasos de la habitación de Gisele Stone. Se encuentra en una zona que pocas veces he pisado, únicamente las necesarias y siempre con carácter profesional.

«No lo hagas», me ordeno. ¿Dormirá ya? Abro la puerta, que no tiene cerrojo, y pronuncio fríamente, a pesar de no ver absolutamente nada por lo oscuro que está el dormitorio.

—Gisele. —No responde, ¡¿por qué no puedo irme?! Sé que estoy invadiendo su intimidad, que mi actitud es obsesiva. Sin embargo, no cambio de idea. Necesito algo más de ella, aunque no deba—. Gisele, sé que está despierta. Háble me o no me controlaré.

Se incorpora y enciende la luz. Luego me observa con la intención de encararse conmigo. La veo cansada... y asustada al percatarse de mi desaliñado aspecto. El suyo es tremendamente sensual. Está preciosa. Me provoca más deseo y curiosidad, si eso es posible...

—¿Qué quiere? —susurra.

—¿Todas las mujeres son tan perras? —Se sobresalta y, aunque parezca increíble, yo también me desconcierto ante mi horrible pregunta. Ni quiera soy dueño de mis palabras, por lo que no retrocedo—. Contésteme. Esta noche no soy capaz de pensar en otra cosa.

—Eres un imbécil. ¿Qué mierda quieres? ¿A qué viene esto?

No sé por qué, mi lengua se suelta como pocas veces lo hace. Tal vez se deba a la necesidad de desahogarme o porque ella se ha permitido el lujo de aparecer en mi vida justamente hoy, cuando menos lo esperaba y, sin embargo, más lo necesitaba.

—La pérfida de mi novia me ha engañado con mi mejor amigo y no es la primera mujer que me decepciona de una forma tan cruel.

Me estudia con detenimiento, incluso con atención. ¿Qué estará pensando? ¿Por qué no grita y así me obliga a marcharme de aquí, dejándome en ridículo frente a todos?

—Gisele —continúo, esperando que lo haga o cometeré una torpeza—, me lo voy a cobrar. Estoy frustrado, lleno de rabia. Necesito desahogarme y quiero que sea con usted.

—¿Yo? ¿Por qué lo paga conmigo? ¿Qué le he hecho yo? No me conoce de nada, no tiene ningún derecho a irrumpir así en mi habitación.

—Supongo que el azar la ha puesto en mi camino, burlándose de mí —acepto con dureza. Mis ojos no se apartan de ella. Está recién duchada, con el cabello alborotado—. Ha aparecido en un momento muy inoportuno. Sobre todo al retarme de la manera en que lo hace y provocarme hasta hacerme sentir ansioso de probar su temple en la intimidad.

Se deja caer hacia atrás con gesto cansado y, aprovechando la oportunidad, cubro su cuerpo con el mío. Cuando se dispone a gritar, por inercia, le tapo la boca con una mano.

Su piel arde y mi hombría pide a gritos enterrarse en su sexo. Es una sensación tan desconcertante tenerla así de cerca... Incluso su olor me impele a no apartarme de ella.

Esto tan repentino que me hace sentir no es nada bueno.

—Chist, no grite —ordeno, sujetándole las manos contra el vientre. Joder... joder. Necesito pensar que desea más; eso me hace sentir poderoso—. Puede decir lo que quiera, pero no se me va a escapar. Mucho menos después del genio que ha demostrado tener hoy. Lo siento, señorita Stone, me he quedado con ganas de complacerla.

—¿Con qué derecho me hablas así? Vete —farfulla sin disimular su enfado, forcejeando al tiempo que percibo cómo tiembla. «Matt, tienes que dejarla.»—. Quiero que te vayas ahora mismo. No voy a dejar que hagas conmigo lo que te venga en gana por ser un niño rico acostumbrado a tenerlo todo. Yo no soy una fulana y aún menos la tuya.

Según habla, una retorcida idea ronda por mi cabeza.

Egoístamente y de manera primitiva, anhelo que sea mía a cualquier precio.

—Puede serlo —afirmo como si estuviésemos negociando—. Y no me tutee.

—Pero ¿qué se cree? Su dinero no puede comprarme, porque yo no me vendo.

Aprieto la mandíbula al percibir en sus ojos la negativa. ¿Será igual de interesada que Alicia? Una parte de mí lo duda... y la otra se ha vuelto irracional con esta chica.

—¿A usted también le gusta divertirse con los hombres? ¡Dígamelo!

No sé qué me está sucediendo; quiero detener todo esto, pues cada segundo que transcurre soy más peligroso que el anterior, pero soy incapaz de controlar mis impulsos.

Menos aún cuando Gisele Stone se queda pensativa y luego casi sonríe.

—¿Sabe qué?, sí, me encanta retozar con los hombres en la cama, disfruto mucho al gozar con ellos. —Mi miembro salta de inmediato, aplastándose con fuerza contra su muslo, pues me ha calentado, lo que propicia que su semblante varíe y que ¿reprima un jadeo? Esto no tiene sentido. Creo estar volviéndome loco por lo vivo que me siento—. Pero no lo haré con usted. Vaya a buscar a su novia y desahogue su frustración con ella.

—Gisele, sabe provocarme muy bien. —Sonrío falsamente, buscando un contacto más íntimo al acercar los labios a su mejilla. Dios, ese olor... esa piel tan suave. La tortura se vuelve incluso mayor—. No tiene ni puta idea de lo peligroso que es desafiarme así, aún me incita más a desearla. Desnúdese, me muero por verla desnuda.

Gime, aunque intenta disimular lo mucho que le excita la frase. Puedo notarlo. Esta vez estoy convencido de que no es fruto de mi imaginación..., es imposible.

—No, maldita sea, no —protesta, forcejeando. Me hace agonizar. Cuanto más cerca estamos, a pesar de que gira el rostro para evitarme, más enloquezco. Y de nuevo es el salvaje que ruge dentro de mí quien lleva el control—. *No-con-usted.* Déjeme en paz.

—Bien. Entonces déjeme hacerlo a mí. No me rechace, no si se lo permite a otros.

Contemplo nuestros cuerpos tan ceñidos y gruño sin controlar mi respiración. Gisele Stone me produce sensaciones encontradas y, sin querer, haciéndome el duro, suelto...

... Palabras...

—Me voy a retirar para permitir que se desnude. Sea buena, señorita Stone. No me iré de aquí sin obtener una satisfacción... y espero tenerla en todos los sentidos. Quiero ver su fogosidad en la cama, esa misma que demuestra al discutir.

... Confesiones...

—Ella es una perra. Creía que lo tenía todo conmigo, pero ha buscado refugio en otros brazos. Lo he descubierto esta tarde, justo antes de llegar a casa.

... Reproches...

—Esta noche la muy cínica me ha pedido que la perdone. ¿Debo hacerlo? Siento que jamás

podré confiar de nuevo en una mujer. Necesito desahogarme y olvidar.

... Proposiciones nada decentes...

—¿Cuánto pide por complacerme?

Haría cualquier cosa por tenerla y, como todas, me defrauda al aceptar ser... ¿mi chica de compañía? Aborrezco ese calificativo y también a ella, por tener que verme obligado a pagarle para que practique sexo conmigo. ¿No me desea? ¡¿De qué me sorprendo?!

No obstante, toda la ira que me nace frente a su actitud se desvanece cuando se aparta, empieza a desnudarse y pierdo la maldita cabeza. Su camiseta no resulta nada sensual, es más bien vieja y fea, pero en ella se ve diferente. Se aparta de mí con un leve contoneo y, poco a poco, va quitándose la prenda. Cierra los ojos y me deleito con las suaves curvas de Gisele Stone, así como con su pícaro, aunque sonrojado, semblante.

Es un jodido pecado la forma cómo me provoca, cómo me seduce. Sus pechos son redondos y perfectos para mis manos; su vientre, plano. Casi parece hecha expresamente para mí...

¡¿Quién demonios se ha propuesto torturarme con su presencia?!

—¿De dónde ha salido? —pregunto serio, intrigado.

—De mi casa, vaya pregunta. ¿Le gusta lo que ve, señor Campbell?

No tiene vergüenza, la osadía le puede, aunque tiembla de pies a cabeza. Al verla expuesta ante mí de una forma tan íntima y sin pudor, sé que no es la primera vez que se presta a un juego así. Empiezo a asimilar que verdaderamente su comportamiento en mi despacho ha sido premeditado para que llegáramos justo a esto, aquí. Imagino que ha estado con muchos tipos para que se haya desnudado con tal frescura, aceptando mi descabellada proposición... O puede que realmente la atraiga. ¿Será eso posible?

En cualquier caso, es una descarada.

—¿Cuántos hombres la han tocado?

Gatea hacia mí, arrastrándose por la cama. Su trasero se contonea con suavidad y sus pechos tienen un movimiento nada propio de una chica sumisa... ¡Mierda y mierda!

Esto me gusta demasiado y no puedo complicarme la vida así.

—No le importa. —Sonríe—. ¿O sí?

¡Me importa! ¡Maldita sea!

—Es como todas. No valen nada. Sólo quieren dinero y aprovecharse de hombres como yo. Desde ahora, también haré lo mismo. Las mujeres no merecen la pena. Más de una me lo ha demostrado... y usted se ha sumado hoy a la lista.

Y, sin previo aviso, la tumbo sobre la cama de espaldas, frotándome contra su cuerpo con rudeza, confundido por la mezcla de sentimientos que me embarga, entre la excitación y la negación al ver cómo se comporta... Tomo sus labios con ferocidad, pidiéndole más, y ella me lo da. Se muestra impaciente, deseosa. Nuestras húmedas bocas se buscan y se encuentran con la misma facilidad que las piezas de un puzle encajando. Es la puta gloria.

Mientras me desabrocho el pantalón, me voy perdiendo y, al rozar su sexo con mi miembro, sé que estoy completamente perdido. Necesito más, es como una adicción.

Mascullo frases nada apropiadas, pero ella las recibe con un débil gemido. «¡Detenme de una vez!» Sin embargo, no lo hace, de modo que acerco la mano a su intimidad sin tocarla, poniéndola a prueba, hasta que levanta las caderas... y finalmente, cayendo en la tentación, la acaricio. Está tan receptiva... El erotismo que desprende me desborda.

La cabeza me da vueltas y no puedo dejar de contemplarla.

¡No me gusta lo que provoca en mí!

—Por favor... —jadea, y busca mi boca.

Es una locura, pero me creo con el derecho de pedirle lo que quiera. Y desesperado al ver su entrega, me abandono a sus labios, sin dejar de acariciar la humedad que aumenta en su sexo. Quizá no lo sabe, tampoco sé si se lo demuestro con mi frialdad..., pero me está matando con su conducta. Gisele empieza a ser mucho más de lo que esperaba.

—Relájese, la siento tensa —ordeno, descendiendo con mis labios por su mandíbula, por su garganta, mientras entre caricias no dejo de excitarla, lubricarla—. No grite.

Ella se arquea en señal de que siente placer, y pierdo el control. No sé moderar mis ganas de penetrarla y, en cuestión de segundos, la atravieso sin ninguna contemplación..., sin medida.

—¡Ay! —se queja—. Yo... yo...

—¡Mierda!

No puede ser...

Enseguida descubro que me ha mentido, pues es evidente que no la han tocado muchos hombres. Ella abre los ojos, aunque desconozco en qué momento los había cerrado. Advierto su vergüenza. No hay dudas y casi quiero reírme a carcajadas. Me encanta que no posea la experiencia que ha fingido tener, pero entonces recuerdo que ha aceptado mi dinero, que no es tan angelical como parece... y me digo que algo más me está ocultando, y eso me enfurece.

—¿Qué ha hecho? —Ni siquiera me mira, aprieta los párpados. ¿Por qué ha jugado conmigo de semejante manera? ¿Qué ha pretendido? Estoy tan desconcertado como decepcionado—. Maldita sea, ¿con cuántos hombres ha estado? —pregunto bruscamente. Ella permanece quieta, sin pronunciarse en voz alta y con los ojos todavía cerrados—. Míreme. Ahora. —Niega con la cabeza y mi hombría sigue palpitando en su interior—. Que me mire, le digo.

—Maldito bastardo. ¡Bruto!

¡Zas! «*Bastardo*... la despreciable palabra mágica.»

—No tenía ni puta idea de esto —aseguro, dolido por su comentario.

Otra vez levanta los párpados y dos solitarias y afligidas lágrimas se derraman de esos ojos grises, los más transparentes que se han mostrado nunca ante mí. ¿Entonces? ¿Me he equivocado con ella? Y, si es así, ¿por qué no ha rechazado mi denigrante oferta?

No sé qué está sucediendo, pero necesito averiguarlo. Me creía poderoso hace apenas unos minutos; sin embargo, Gisele Stone me ha ganado la batalla. La chica de servicio ha llegado para dinamitar mis barreras..., aunque no lo sabrá, pues me bombardean tantas preguntas y contradicciones que me obligo a seguir manteniendo una coraza.

Al verla tan tocada emocionalmente, mi necesidad de consolarla aumenta; anhelo demostrarle que ha sido un error tratarla así, aunque posiblemente jamás se lo confiese.

—No llore. Usted no puede llorar, es fuerte —mascullo con un deje de indiferencia y también con un enorme nudo en la garganta. Esto no me lo esperaba.

—Pues tú acabas de hacerme sentir débil —replica rechazando que seque la humedad de su blanquecino rostro. Me duele su rechazo—. Apártate de mí. Me has hecho daño... y no necesito sentir nada más.

Debería alejarme, aunque no puedo y exijo saber la verdad. Por tanto, insisto después de evitar que me golpee y de oír varias frases que odio que las dirija con desprecio hacia mí.

Duelen.

—¿Qué acaba de hacer?

—Estás arrepentido —afirma, ¿decepcionada? No entiendo nada—. Eso mismo me pregunto yo, ¿qué acabo de hacer? Soy una imbécil, jamás debí dejar que me tocaras. No lo mereces, no

sabes hacerlo.

—Si hubiese sabido la verdad, créame, no lo hubiese hecho. No sé controlarme en el sexo y, al parecer, usted es más delicada de lo que había supuesto. —Me niego a tutearla, sería mucho más íntimo de lo que ya es y le daría un poder que no debe tener. Tiene que respetarme. Ella es la chica de servicio y yo, su jefe—. ¿Por qué? ¿Por qué no me lo ha dicho antes? A mi pregunta ha respondido que la han tocado muchos hombres y que le gusta jugar con ellos en la cama, pero ambos sabemos que no es verdad. ¡¿Por qué?!

—Mentía. Quería jugar un poco, divertirme, pero tú lo has jodido todo. Está claro que me he equivocado. Demasiado.

—Bastante.

¿¡Qué me sigue ocultando!?

—¿Cuántos? —presiono, sujetándole el mentón para que me mire. Sus paredes vaginales se contraen al mismo tiempo y me siento morir.

—Uno... No uno cualquiera, mi novio desde los dieciocho años. —Parece tan vulnerable, que me nace acariciarle el hueco de la garganta. ¡Soy un estúpido!—. Él era un poco reservado y conservador en el sexo.

—¿Y la tocaba poco?

No responde, aumentando mi ansiedad.

—No la complacía.

—No te importa. —Libera mis piernas, que hasta ahora habían permanecido entrelazadas con las suyas, abrigándome con su calor—. ¿Me dejas sola, por favor?

—No tiene un buen recuerdo del sexo; está frustrada, ¿cierto?

Despacio, lo intento de nuevo y me muevo un poco, lo justo para que cambie de opinión. Controlarme para no volver a embestirla es casi un suplicio. La siento tan... ¿cómo definirlo? Ni siquiera estamos usando preservativo, ya que me he percatado del parche anticonceptivo en su hombro... Aun así, no nos conocemos. Es una inmadurez. ¿Y si...? No, ella no puede tener ninguna enfermedad. ¡Joder! ¿Gisele Stone no se hace la misma pregunta de un tipo que prácticamente la está obligando a que lo acepte en su cama?

¡¿Qué demonios se nos pasa por la cabeza?! Es esa extraña conexión que ha surgido entre nosotros la que nos está nublando la razón.

—¿Le duele menos? —mascullo y, cómo no, ella responde con altanería.

—Apártate.

—Tenemos un trato. —Omito recordarle crudamente que «yo pago y tú cedes»—. El daño ya está hecho y buscaré la forma de no ser tan brusco... A veces me es imposible controlarme, se lo advierto.

La rabia se apodera de ella. Puedo advertirla.

—Yo no he firmado nada. No existe tal trato ante nadie. Son sólo palabras.

—¿Su palabra no vale nada? —La llevo al límite, necesito mantener el pacto a pesar de que me produce mucho rechazo, pero la deseo demasiado—. ¿Acaso no tiene honor?

—¿Qué sabes tú de honor? —escupe con cierta amargura—. Me conoces desde hace apenas unas horas. Me has acosado, me has besado y te has atrevido a tocarme. Y ahora vienes a mi habitación a reclamarme, ¿qué? Te has empeñado en tomarme, en comprarme... Has conseguido parte de las dos cosas, ahora termina y márchate.

Tiene tanta razón... Su reflexión me hace pensar y, durante un fugaz segundo, la contemplo como si fuese la primera vez. Ella suspira sin rehuirme. Está dolida... Otro tipo de tensión, una

fuerte, intensa, que desconocía, crece entre nosotros.

—Me he equivocado con usted —declaro finalmente, a pesar de no mostrar un cambio de actitud. No puedo o tratará de hacer conmigo lo que quiera y es algo que jamás debo permitir. No otra vez... Ninguna mujer me destrozará más. Ella no es sincera, tiene secretos y quizá no sea tan inocente como me quiere hacer creer—, pero ya no hay marcha atrás. La he comprado, sí. Es mía hasta que yo quiera, hasta que me canse.

Su cara refleja cólera y su mirada está llena de lágrimas de impotencia.

«¡Basta!»

Reconozco que verla llorar me parte en dos.

—Eres un estúpido. ¿Es así cómo lo obtienes todo en la vida? Tienes que pagar para conseguir lo que quieres, ¡qué pena! Soy una mujer de palabra y estaré a tu disposición como deseas, pero sólo por mi placer, para mi capricho y por tu dinero. No porque tú lo merezcas.

Me siento asqueado. La furia me consume al pensar que tiene razón. Por mi estatus económico es como gozo de todo. ¡Igual que de ella! ¡Jodido dinero!

—Bien... como quiera —contesto, y empiezo a apartarme de su cuerpo, gruñendo y no únicamente por el dolor de mi entrepierna—. Pero tenga cuidado —añado—. No soporto lágrimas ni reproches. Mucho menos desprecio.

—Eres un ser miserable...

Tengo los músculos agarrotados y, al ir saliendo despacio de su condenada y abrasadora cavidad, ella me sujeta del cuello de la camisa y tira de mí, hasta que entro en su interior bruscamente al caer sobre su cuerpo. ¡Dios! Se retuerce. ¡Maldita sea!

Me muerde el hombro y sus uñas se clavan en mi espalda. ¿¡Qué hace!?

—No se vaya...

—Joder, joder —mascullo, gimiendo—. Está condenadamente estrecha. Recuerde, usted lo ha querido.

Su rostro se contrae y veo que se muerde los labios mientras me clavo en ella con la necesidad del ser primitivo que me domina a mi pesar. No puedo evitar ser brusco, incluso aunque sé que puedo hacerle daño. Quiero aborrecerla... pues hoy ha sido mi perdición y me temo que no tendré suficiente con una noche. Me muevo con agonía, con intensidad, con embestidas colosales impulsadas por mi pelvis, descontrolada como yo.

Dentro, fuera. Fuerte... Ambos entregados a esta repentina atracción.

Me da miedo incluso cruzar nuestras miradas cuando me muevo en su interior.

La inmovilizo, aferrándole las manos, mientras ella me provoca al mirarme los labios con el deseo destellando en sus ojos. «¡Detenla! Es una insolente.» Quiere besarme, pero no pienso ceder. Besar en un momento así supone que hay sentimientos... y es imposible.

—No —ordeno seco. Su boca entreabierta me tienta—. No doy besos... No mientras tengo sexo.

Y aunque lo intenta una y otra vez, no le doy ese poder... porque no siento nada por ella como para entregarme en todos los sentidos. No soy así. Muevo las caderas con impulsos intensos y enérgicos, con el orgullo de saber que le gusta. Sus gemidos lo confirman y su forma de salir a mi encuentro, ciñendo su piel a mi piel, es brutal.

Incluso va más allá y me excita mordiéndose los labios, reprimiendo chillidos.

Estar dentro de Gisele Stone no es lo que esperaba; me desborda y satisface, pero no termino de saciarme. Y cuando habla, desafiándome, me caliento hasta agonizar.

—Más... —suplica—. Ven... Quiero besarte —implora—. Oh, sí. Sí... me gusta...

Se arquea, torturándome al contraerse y aprisionarme dentro de su mojado sexo, con mi virilidad tan dura que podría destrozarla en cada satisfactoria invasión.

La acaricio como y donde me da la gana, pues no pone ningún impedimento.

Lo hago desesperado, vehemente, aunque, a pesar de ello, me contengo bastante por momentos. Me niego a que descubra mi vulnerabilidad ante el sexo... ante una mujer y, sobre todo, ante ella. Le muerdo la piel donde nacen sus pechos, la chupo mientras la embisto y gozo de ella como jamás he hecho con ninguna otra mujer, porque nunca me he cruzado con una parecida... No deja de asombrarme.

De repente toma la iniciativa, se deshace de mí y me pilla por sorpresa al cambiar de postura, con sus atractivas y delicadas curvas encima de mi cuerpo. ¡Dios, estoy perdido!

—Quiero demostrarte que estoy a la altura —me susurra provocativa, risueña—. Ahora voy a mandar yo.

—Adelante, me muero de ganas de verla cabalgar sobre mí.

Escondo mi desconcierto al tiempo que mis manos recorren sus muslos, su piel desnuda. Su figura es un puto pecado y ella ha descubierto que su insolencia me supera.

—Tiene un buen culo. Demasiado tentador —se me escapa.

—Es todo... tuyo —musita coqueta, inclinándose hacia mí, desinhibida, altanera.

Maldición, estoy seguro de que es un momento que jamás olvidaré... Su rostro, cómo susurra y sonríe... provocándome. Incluso se sonroja más de lo que ella puede imaginar... Sus pechos se mueven cerca de mi cara, excitándome hasta sentir que voy a explotar.

«Detenla de una vez.», me repito.

—¿Por qué desea complacerme? —pregunto. Hace un nuevo intento. ¡Basta, joder!—. No me bese.

—No deseo complacerte. Lo hago por mi propio placer.

Estoy a punto de rechinar los dientes. Protesta, me reta... me cabalga. Apoya las manos en mis muslos y se arquea hacia atrás, dejándome una vista perfecta de su cuerpo, de la unión de nuestros sexos. ¡Maldita sea! Y ahí tengo la respuesta que tanto temía: no, esto no ha acabado y ya sé que no tendré suficiente de esta descarada que me acoge mirándome a los ojos, sin miedos... no como los muchos que yo me niego a revelar, rehuyéndolos.

Gisele Stone no es nadie para descifrarme, no confío en ella y no quiero que lo haga... aunque haya sucumbido a sus encantos. ¿Se le puede llamar «sucumbir»? No lo creo.

Pronto será una más...

Capítulo 3

Cuando nadie me ve

Salgo de su habitación enloquecido, asimilando lo que acaba de ocurrir. Me cuelo en la solitaria cocina a estas altas horas de la noche y, frustrado, doy patadas y golpes contra la pared y luego en la mesa, hasta que incluso se me saltan las lágrimas, que después elimino con rabia y coraje. ¡Estoy harto de ser así! Se me ha ido de las manos, ¡¿cómo he podido?!

Estoy arrepentido, pero no de haberla tocado, ni de haberla hecho mía, sino de cómo y por qué ha sido.

Abro el grifo y bebo un poco de agua en un vaso, y a continuación cierro y abro los puños, para disminuir el dolor, mojándome los nudillos bajo el chorro. Quiero desaparecer, he perdido completamente el rumbo de mi vida. ¡¿Por qué ha tenido que aparecer la chica de servicio en ella?! Si todos supieran lo sucedido en el día de hoy... ¿Con qué imagen se habrá quedado Gisele Stone de mí? Nunca he abusado de mi posición... ¡Joder!

¡Me desprecio tanto!

—¿Matt? —Giro sobre mis talones y me encuentro en la entrada de la estancia con mi hermano Eric—. ¿Qué ocurre? ¿Qué haces aquí?

—¿Y tú? —replico a la defensiva.

—No puedo dormir... asunto de mujeres. Tengo un cacao importante con ellas.

—Entiendo.

—¿Quieres un vaso de leche caliente? Así nos relajamos.

—Dudo que pueda hacerlo. —Eric observa preocupado mis heridas. Carraspeo—. Pero sí, te acompaño. No me apetece dormir y ya me he acostumbrado a esa sensación.

—Pareces más inquiero de lo habitual.

¡Lo estoy! Todavía puedo sentir el calor de Gisele Stone fundiéndose con el mío.

—Qué bien nos vendría ahora tener por aquí a una de las chicas de servicio —bromea para quitarle tensión a nuestro encuentro, sin imaginar que hace justo lo contrario—, para que nos preparara algo delicioso, ya que tiene pinta de que la noche será larga.

—¿Qué sabes de ellas? —mascullo dándole la espalda, observando la terraza.

—Poco, supongo que como tú. Noa es la que lleva más tiempo con nosotros, pues es quien cuidaba la casa cuando sólo veníamos de vacaciones. Desde que dejamos Nueva York, pasó a ser fija... y ahora ha entrado Gisele, una muy buena amiga suya. En breve se incorporará... ¿Melissa?

—¿Otra nueva? —Apoyo la frente contra la pared—. Entonces le comentaré a Karen que sea Gisele Stone la única que se ocupe de mis cosas. No quiero que lo haga otra.

—¿Por qué?

«Porque no quiero a nadie más merodeando cerca. Necesito que sea ella la que se pasee delante de mí mientras me provoca. Ahora no me imagino el día de otra forma.»

—Ya sabes lo complicado que soy y ella ha sabido llevarme bien. En principio no quería a ninguna, pero he cambiado de opinión. Alguien tiene que ocuparse de mis desastres.

—¿Por qué ha sido esta vez? —Hace alusión a mis puños, sin mencionarlos.

—No importa... Dejemos ese vaso de leche para otro día. Buenas noches.

—Espera. Mañana es la cena de mi compromiso, ¿vendrás?

—Ya veremos.

Sin esperar una réplica por su parte, ya que me conoce lo suficiente como para saber que no me convencerá de nada, entro en mi habitación. La imagen de Gisele Stone es lo primero que visualizo cuando me topo con mi enorme cama. Quisiera tenerla aquí, volver a disfrutarla. ¡Soy un puto miserable! ¿Cuántos años tendrá? Parece tan niña... ¿veintidós? Frente a los veintinueve que estoy a punto de cumplir... Además, con seguridad he vivido el doble que ella, y no precisamente disfrutando de experiencias satisfactorias.

Me debato entre lo que debo hacer y lo que realmente deseo... pese a todo.

Si seguimos con esto, sé que no le haré ningún bien. ¿Y ella me lo ha hecho hoy a mí? Estoy confundido, arrepentido y frustrado. Son tantos sentimientos, incompatibles entre sí, que repentinamente sólo quiero olvidar lo mezquino que he sido hace apenas unas horas. Y lo peor de todo es que no podré conciliar el sueño, aunque eso ya es una costumbre... una que me está matando.

***

Al amanecer estoy tumbado en la cama, sin ganas de salir de ésta, con el torso desnudo y el brazo derecho encima de los ojos. Los rayos de sol entran por mi ventana, dando la bienvenida a un nuevo día. Un día más. ¿Qué es mi maldita vida? Un infierno sin final.

Hoy me hago la misma pregunta: ¿por qué? No hay respuesta. Cuando tenía doce años, mi madre biológica me abandonó porque era un bastardo, simplemente porque no podía soportar las acusaciones de los demás. Me dejó un día sin decir nada.

Desde entonces, mi vida jamás volvió a ser la misma. Tiempo después, cuando William y Karen me adoptaron, sentí que tal vez todo podría cambiar, pero no fue así. Fui recibido y aceptado como uno más de la familia, tanto por ellos como por mis hermanos, Roxanne y Eric, pero nada pudo borrar el dolor de lo ocurrido los años anteriores. Luego vino el suceso de Amanda..., lo que viví a su lado, algo que no puedo ni recordar. Después del abandono de mi madre, esa situación volvió a destrozarme.

Todas ellas, mujeres... falsas y malas.

Al conocer a Alicia creí que mi vida se iluminaba, pero día a día ella misma fue apagando la esperanza. Con el tiempo he entendido que lo único que la ataba a mí era mi dinero... como ocurre con la mayoría de las personas que me rodean. A pesar de que William y Karen me dieron bienestar económico, la situación no me hace feliz. Nadie, excepto ellos, me quiere por mi forma de ser. Sé que soy complicado, que es difícil soportarme cuando me descontrolo. No quiero hacerlo, pero es algo que sucede, que puede conmigo...

Apenas he dormido; casi nunca lo hago, ¿¡y qué!? Ya estoy cansado de justificarme. Sé el motivo de mis cambios —ahora arriba y, al minuto siguiente, abajo—, porque esto es así.

Quien me quiera ha de hacerlo con ello. Ése es mi equipaje y va conmigo de por vida.

«Le aconsejo que se medique... y que su familia lo sepa, sobre todo su pareja —me dijeron una vez—, para que lo entiendan.»

Alicia me entendía sin saberlo. Durante estos años he seguido mi relación con ella para no estar solo. Su presencia, a veces, me reconfortaba y yo procuraba darle el cariño necesario para mantenerla a mi lado, además de mostrarme generoso, pero no hay nada más...

No la amo.

Me miro los puños. Aún me duelen tras mi último arrebato..., mi último ataque. Tengo claro que no es el último que habrá. Lo he asumido. Sin embargo, ahora ha llegado esa criatura tan desafiante a mi vida, Gisele Stone, y me hace pensar, reflexionar.

¿Qué hice anoche con ella? Poseerla ha sido lo más placentero que he experimentado en mucho tiempo o quizá debería decir... en toda mi vida. La chica rebelde de ojos grises me sorprendió como no lo lograba hacer nadie desde hacía siglos. Me complació su fingida soltura en el sexo e incluso me quedé con ganas de más, cuando no merecía nada.

—¡Puto dinero! —grito impotente.

Rememoro cada segundo vivido con ella y, aunque no fue más que simple sexo..., me doy asco. Gisele Stone seguramente no valdrá mucho más de lo que dice valer, no al aceptar de primeras un pacto tan humillante y de alguien tan desquiciado como yo..., pero, al recordar mi actitud, siento incluso más rechazo por mí mismo...

***

—Doblo lo que le pagan William y Karen —negocié sin más. Estúpido de mí—. Tendrá lo suyo más lo mío.

Ella se quedó callada y pensé que se negaría... ¡qué equivocado estaba!

—¿Cuánto pide por complacerme? —insistí.

—Quiero el triple. ¿Qué me dice? ¿O acaso soy muy cara para usted? —replicó.

—En absoluto, acepto. La quiero las veinticuatro horas a mi disposición.

—¿Perdón? —preguntó boquiabierta.

—Lo que ha oído, pagaré lo que sea por tenerla.

—Trabajo para sus padres —se excusó. ¿Quizá estaba arrepentida de jugar a algo que no la beneficiaba? Nunca lo sabré—. No puedo dejarlos plantados por un capricho suyo. ¿Qué les diré? «Señores, les serviré la cena más tarde, porque su hijo quiere tener sexo conmigo ahora mismo.»

Su sarcasmo me sacó de quicio, pero así fue cómo aceptó y no pude negarme.

—Es una insolente. Ya veremos cómo son las cosas; de momento, desnúdese. Ya he perdido demasiado tiempo.

Y vaya sí lo hizo...

***

Lo más increíble de todo es que, tras nuestra aventura de anoche, he tomado dos decisiones que pueden cambiar mi vida. La primera es escribir un diario, en el que plasmaré cada arrebato. Me decidí a ello después de que Gisele Stone me gritara: «¡La próxima vez cómprese un diario y se desahoga en él!».

La segunda decisión quizá sea la más trascendental. Es hora de que me enfrente a lo que hasta ahora me he negado. Mi comportamiento, a veces, es deplorable y, aunque sé que no podré cambiar, que siempre será así..., tal vez pueda mejorar. ¿Es lo que quiero? Me he acostumbrado a

reír y gritar, golpear y mandar, todo sin límite. ¿Merecen Karen y William ser tratados así? Sin duda alguna, no, pero me cuesta tanto...

Tendría que haber tomado esta decisión mucho antes, pero supongo que ahora es el momento. Porque sí, porque así lo decido..., ya que me niego a aceptar que la llegada de Gisele Stone, una simple chica de servicio, me está trastornando y haciendo recapacitar de esta manera.

¡Debería plantearme echarla! Y, al contrario, ya ansío volver a verla.

***

Más tarde, de regreso del hospital privado y tras una buena ducha, finalmente me reúno en la sala con parte de mi familia. Me cubro los antebrazos con la camisa, ya que es de ahí de donde me han sacado sangre, y finjo que nada ha cambiado. He de atender mis obligaciones y, de momento, lo haré desde casa. La próxima semana me reincorporaré a la oficina, ya que no sé qué efecto tendrán en mí las pastillas que he de tomarme... Denis, mi socio, se ocupará de todo en mi ausencia hasta entonces. Puedo confiar en él; lo conocí en el centro de adopción y desde esa época hacemos un buen equipo. Cuando monté la empresa no dudé en ofrecerle un puesto junto a mí, brindándole todo aquello que por sí solo no podría obtener. Se lo merecía. Mi familia me ayudó y lo entendió. Era justo que Denis tuviera su lugar, tras arrebatárselo también cuando era pequeño.

—He vuelto...

Cruzo apenas tres palabras con Karen y William, que hablan de la cadena de ropa de la que son propietarios. Ella diseña y Roxanne también participa como modelo de las creaciones. Al verme cambian de tema, ya que están organizando una fiesta porque mañana es mi cumpleaños... De reojo, busco desesperadamente a Gisele con la mirada.

No la encuentro. Estoy muy nervioso y agitado.

—Voy a trabajar un poco —les comunico esquivo.

—Matt, sobre la fiesta...

—Lo que prefieras, Karen. Lo dejo en tus manos.

¿Cómo decirle que ni siquiera me apetece, que lo hago por ellos?

Justo antes de entrar en mi despacho, veo venir a Scott Stone. ¡¿En serio?! Intento esquivarlo, pero me llama por mi nombre y apellido. Lo miro por encima del hombro, sin saber qué esperar. Si se trata de su hermana pequeña, posiblemente no terminemos hablando de buenas maneras. No toleraré que se interponga en lo que sea que tenemos.

Él no es nadie para arrebatármela así... Sí, mi forma de pensar me asusta.

—¿Sabe si Roxanne está dentro? —me pregunta con cordialidad. Suspiro aliviado. No quiero liarme a golpes con él. Es mejor que no sepa nada y se mantenga al margen—. Hace diez minutos que tendría que haber salido, pero no sé nada de ella.

—No tengo ni idea.

Sin más, entro y cierro de un portazo. La idea de que intente manejar la vida de Gisele me pone enfermo, pues apuesto a que no me querrá en ella y yo no puedo salir de ésta.

Capítulo 4

Fuiste mía

La cena del compromiso de mi hermano Eric con su novia me resulta eterna. Ellos no parecen muy cómplices... Estamos todos, incluso Alicia, con la que he llegado a un acuerdo. Ella es íntima de Roxanne y ha conseguido que lleguemos a un entendimiento.

Las palabras de mi ex son tan ciertas...

Maldita sea, tengo miedo de que sea así toda la vida.

«Matt, no tienes a nadie. Yo soy la única que te entiende, que comprende tus cambios de humor..., tus salidas de tono y tus trastornos. Mira tu puño... —me ha dicho esta tarde, cuando me reunía con Gisele; nos ha interrumpido sin llegar a saber quién me acompañaba dentro—. Sólo te quedo yo y sólo yo, ¿es que no lo ves?»

«Alicia...», la llamo con dolor, pero ella me replica: «Matt, estás solo, ¿recuerdas?».

¡Claro que lo hago! Y es una puta mierda vivir con esa sensación.

De vuelta a casa y con más dudas, enseguida subo a mi habitación con la intención de esperar a que todos duerman para visitar a Gisele. Necesito verla, tocarla. No sé qué me pasa. No obstante, en cuanto abro la puerta de mi dormitorio, la veo. Y no, no son mis ganas de ella, no es mi imaginación. Está echada en mi cama, acurrucada en posición fetal. ¡Joder!, el anhelo de acariciarla me domina y me acerco sigilosamente. Me siento a su lado y la contemplo. Un nudo se me forma en la garganta al recordar cómo me ha desafiado hace unas horas en el despacho, juguetona, simpática e incluso... cariñosa. ¡¿Qué se proponía?!

«No quiero gestos de ternura, ¿entiende? Sólo quiero sentirla entregada en el sexo, ¡¿queda claro?!», le he gritado, marcando los límites. Ella no puede sobrepasarlos.

«¡Yo tampoco quiero nada! ¿Cómo podría nadie querer tener algo que ver con usted?», ha replicado, humillándome como jamás podrá imaginar.

Es verdad...

Sin embargo, al observarla así, tan quieta, me nace rozar su suave mejilla. Cuando estoy a punto de hacerlo, abre los ojos. Dejo suspendida la mano, retirándola enseguida. Nuestras miradas se encuentran y un intenso silencio nos envuelve. ¡¿Por qué es tan insistente?! Su presencia me produce tanta desconfianza como necesidad.

—¿Qué hace usted aquí? —rompo el hielo secamente.

—Te estaba esperando y me he quedado dormida. —Chirrío los dientes, de nuevo me tutea. ¿Está enfadada?—. Necesito que me des un adelanto de la paga acordada. Quiero comprarme algunos caprichos.

No puede ser. El estómago se me revuelve. Casi quiero zarandearla. Ha venido a humillarme, a pisotearme una vez más. ¡Es una...! Por momentos he llegado a pensar que es diferente, pero

con estos actos me demuestra que no es así. Maldigo en voz alta y me pellizco el puente de la nariz, cerrando y abriendo los puños luego.

Estoy a punto de que la ira se apodere de mí y destrozarlo todo a mi paso.

—¿No podía esperar a mañana para pedírmelo? —le reprocho duramente—. Son las dos de la madrugada. Acabo de llegar de una cena interminable y encontrarla aquí no es lo que más necesito, ¿entiende?

—Me importa una mierda... Es más, quiero decirte algo: ya no voy a seguir con esto. Tú has vuelto con tu novia y yo no pinto nada en esa historia.

Niego desesperado, ¡¿quién demonios le ha contado semejante cosa?!

—Eso no es asunto suyo. Usted y yo hemos hecho un trato y va a cumplirlo hasta que yo quiera. No puede romperlo. ¿Por qué ninguna mujer cumple sus promesas? ¡¿Por qué?! —La idea de perderla tan pronto me lleva a un estado de ansiedad que me supera. La necesito un poco más de tiempo—. Quiero hacerla mía ahora mismo.

—No —me reta.

No soporto su rechazo y, de un empujón, la vuelco de espaldas contra la cama, recordándome a la noche anterior, cuando la tomé casi en contra de su voluntad... Ella se ríe, se burla de mí, un hecho que no ayuda a que pueda dominar la cólera de esta manera.

—No-lo-ha-gas —insiste con ironía.

La incertidumbre de saber que puedo perderla sin que sea mía me sobrepasa y, frente a su regodeo, empiezo a desabrocharme la cremallera con urgencia, acomodándome sin paciencia entre sus piernas. Le subo la falda sin sensibilidad ninguna y echo su braguita a un lado. Entonces los recuerdos del trato que le dispensé me atormentan... por lo que me arrepiento y me niego a dar un paso más hasta que la propia Gisele Stone lo pida a gritos.

—Mierda —gruño amargamente al darme cuenta de que estoy a punto de cometer el mismo error por el que he pasado una noche en vela, con remordimientos. Tengo los dientes tan apretados por la contención que siento que voy a rompérmelos. Es demasiado tenerla así y no poder tocarla—. No vuelva a rechazarme, no lo soporto. No y no.

—Cada vez que me venga en gana —me desafía con odio, y me excita.

—Será mi perdición.

Entierro mi rostro en su cuello y le sujeto los brazos hacia arriba con fuerza. Necesito sentirla mía, dócil, sumisa. Finalmente me rindo y empiezo a besar esa piel que me vuelve loco; ella se relaja y me acoge entre sus muslos, flaqueando. No puedo mostrarme de otra forma: hambriento, aunque distante; apasionado, también frío.

—Sus palabras son dañinas —susurro, recordando lo que ha venido a reclamar.

—Las tuyas más —rebate, y levanta las caderas. ¡Joder! Es justo lo que necesito, que mantenga esa pasión en la cama, esa misma que muestra fuera de ésta al discutir, llevándome al límite—. ¡No soy un insignificante juguete!

—Hoy ha demostrado que sí —mascullo mordiéndole y chupándole el cuello mientras me deslizo arriba y abajo, friccionando nuestros cuerpos, sin penetrarla aún. Es una tortura—. Se ha comportado como una descarada meretriz.

Espero que me grite, que patalee e intente escaparse, pero hace justo lo contrario. Se retuerce bajo mi cuerpo y me rodea la cintura con sus piernas, me acepta ansiosa. Incluso se atreve a gemir y susurrarme frases subidas de tono al oído. ¡Maldita sea!

Me está matando.

Sin entender a qué se debe su cambio, me retiro un poco y busco su mirada. Está llena de luz,

de malicia. Su sonrisa se ensancha más, juguetona, enloqueciéndome... Aunque me freno, gruño desconcertado. Estoy duro como una piedra, caliente. Entonces alza las caderas para que entre en ella de una vez y se le escapa, jadeando de placer:

—No pares, Thomas...

Todo se congela a mi alrededor. Esto no puede estar pasando. ¡Me niego! Por un segundo no sé qué hacer. Algo estalla dentro de mí. Se rompe. ¡Me destroza!

—¡¿Se acuesta conmigo imaginando a otro?!

Lleno de rabia e impotencia, estampo un puño contra la pared, encima del cabecero de la cama. ¡Maldición! Ella me observa desencajada al descubrir el verdadero motivo de mis cortes y contusiones, pero ¡me importa una mierda! En este instante siento por ella un profundo desprecio. No tendría por qué, pero me afecta...; en el fondo la creía distinta.

—Márchese —le exijo al tiempo que me incorporo y me abrocho el pantalón de malas maneras—. No quiero volver a verla.

—Yo... Yo...

—¡Fuera!

Contra todo pronóstico y mientras me debato entre contar hasta mil o romper hasta el último mueble de mi habitación, ella se atreve a poner una mano en mi hombro... ¡Osa tocarme! No tiene vergüenza.

—Cálmese, no pretendía...

—No me vuelva a tocar, ni a hablar. ¡Déjeme en paz y váyase! —Doy pasos hacia atrás mientras la asesino con la mirada. Me produce un asco que no es capaz de sospechar. Aun así, se mantiene estática. ¡¿No me ha oído?!—. Fuera, maldita sea, fuera.

—L-Lo siento, no quería...

¡¡Basta!! No tolero esas frases, ya las he oído muchas veces. Por ello, desquiciado, estrello el puño contra el enorme armario. El dolor es insoportable, obligándome a gruñir como un animal lastimado. Son tantos golpes, tantas heridas... que ésta se convierte en una más.

—Pare, por favor —me suplica y se sitúa temblorosa delante de mí. ¡Maldita sea! Mira mi puño, por el que circulan hilos de sangre—. Su familia lo va a oír, van a subir y...

—No lo harán —murmuro dando vueltas por la estancia, tocándome el pelo y la incipiente barba. Quiero huir. Los nervios me han hecho su prisionero—. Ellos me conocen y saben cómo reacciono cuando no controlo la situación. Por algo mi habitación está en la última planta, y el despacho, insonorizado; necesito privacidad para volverme loco.

Odio confesarme cuando me encuentro así, un hecho que tampoco controlo.

—Es algo que hace muy a menudo, pues. ¿Por eso tiene esas heridas en el puño?

—Gisele Stone, le he pedido que se marche y quiero que lo haga ya —le ordeno, intimidándola con mi cuerpo al ponerme frente a ella. La barbilla me empieza a temblar al sentir que de nuevo se han reído en mi cara... y encima ha sido ella..., la que de pronto ha llenado mis días con un poco de color y con la que parecía que mis noches serían menos solitarias—. Ahora mismo me recuerda la traición que acabo de sufrir. Mi novia me engaña con mi mejor amigo hace apenas unos días, y usted, que en teoría es mi amante, grita ahora el nombre de otro cuando está a punto de follar conmigo. No soporto tanta falsedad.

—Pero a ella la soporta. La perdona, la acepta de nuevo a su lado, ¿verdad? Permite que lo manipule con palabrería barata. Cae de nuevo en el mismo agujero en el que se acaba de hundir. ¿Por qué lo consiente?

¡¿Por qué me tiene que llevar al límite con reflexiones que me incomodan?! Me doy la vuelta

y cojo lo primero que pillo, un jarrón, y lo estampo, rompiéndolo en mil pedazos. Estoy fuera de mí.

¡¿Por qué no se va?! Es su oportunidad para librarse de este salvaje.

¿O quiere más dinero?

—Usted no sabe absolutamente nada de mi puta vida —escupo sin soportar más la situación, limpiándome los puños con el pantalón—. ¡Nada de nada!

La veo tragar, asustada. No obstante, continúa martirizándome.

—Explíquemelo entonces. Sé que necesita desahogarse, hágalo conmigo... Estoy aquí.

Es una cínica. En señal de repugnancia por su actitud, niego con la cabeza y aprieto los dientes, dominándome. No me puedo creer que, para colmo, tenga que soportar su compasión.

—¿Cómo mierda cree que podría confiar en una mujer como usted? —Ella baja la mirada, afligida o ¡fingiendo estarlo!—. Con una mujer que me ofende de la manera más cruel, revolcándose conmigo en la cama, abierta de piernas, y gritando el nombre de otro. ¿Lo imaginaba a él?

—Yo...

—¡¿Lo hacía?!

—No —susurra, y me acorrala entre su cuerpo y la pared. ¡¿No le da miedo mi estado?! Las ganas que siento de hacerla mía hasta perder la razón son demoledoras. Me maldigo al no tener el valor de echarla por la fuerza de mi habitación—. No lo imaginaba a él porque ni siquiera pensaba en él. Sólo quería provocarlo a usted, enfurecerlo, que sintiera lo que sentía yo. Sé cómo le ha hablado a su novia de mí. A esa novia que lo ha traicionado con su mejor amigo y, aun así, usted perdona y me deja ante ella como un barato juguete sexual.

—¿Qué está diciendo? —mascullo confuso, desquiciado, mirándole los labios—. Le hablé así de usted para que la dejara en paz. Alicia no sabe quién es, porque, si lo supiese, la buscaría, y no para hablar precisamente. Por algún extraño motivo, he intentado protegerla de ella. Y la verdad es que es usted bastante cara, ¿no es así?

¡¿Quién demonios ha tergiversado de esta forma la historia?! ¡¿Por qué?!

—En cualquier caso, lo era —se excusa, y percibo cómo tiembla. Alzo el mentón, soportando la tensión que me causa esta situación. Detesto dar explicaciones—. Acepté el trato porque pensé que conmigo tendría suficiente. Pensé que no perdonaría a su novia tan rápido. Y que yo no sería plato de segunda mesa. Pero, la verdad, siento que me he equivocado mucho con usted..., tanto en lo negativo como en lo positivo.

—¿Quién es Thomas? —pregunto ignorando sus palabras y, con posesión, la obligo a que me mire a la cara. Alzo su barbilla, necesitando respuestas.

—Mi mejor amigo. Vive aquí, en Málaga. Nunca he sentido nada por él, sólo tenemos una bonita amistad. Es el único nombre que se me ha ocurrido para enfurecerlo.

—¿Por qué no aquel otro? ¿El que la tocaba y no la satisfacía, el que tuvo la oportunidad de hacerle sentir cosas diferentes y no supo hacerlo? —Se encoge de hombros y da un paso más, acercándose. Me convence; no sé si debo creerla, pero lo hago. Necesito hacerlo—. Que no se vuelva a repetir, no lo soporto. Pierdo la cabeza y no quiero.

—Lo siento...

—¿De verdad? ¿O es un teatro como el que suelen representar muchas?

—Yo no miento, nunca lo hago.

Me relajo como un idiota; consigue su propósito.

—Y sí, he vuelto con mi novia, pero con condiciones para disponer de tiempo y ver si soy

capaz de asumir lo ocurrido entre ella y mi amigo... si se lo puede llamar así. Pero no la tocaré. Alicia adora el sexo y su castigo será estar esperándolo conmigo, cuando yo no sé si podré volver a tocar lo que otro ha gozado siendo mío. Es una excusa, lo sé. Pero ella ha aceptado todas las condiciones, incluso que tenga una amante.

—Tiene que quererlo mucho para aceptar algo como eso... —murmura con ¿tristeza?—. Aunque no entiendo por qué, entonces, lo ha engañado con otro.

—Alicia ha tomado su decisión, yo no la he obligado a nada. En cuanto a quererme... —Sonrío falsamente—. El dinero es muy goloso y ella ha demostrado ser muy perra.

—¿Me está diciendo que sólo la une a usted el interés?

—Quizá. Antes de conocerla estuve con otras mujeres y lo único que querían era saber si llevaba el bolsillo lleno. Alicia anhela ser mi esposa, la rica señora Campbell. Sam me lo había advertido muchas veces. Yo no le creía y una apuesta le ha dado la razón, aunque rebasando los límites.

—¿Una apuesta? ¿Había apostado a que no lo engañaría? —Ella no da crédito y, oyéndolo de mí mismo, también me parece surrealista que una broma terminara así—. Por Dios, ¿qué clase de gilipollez es ésa? ¿Y por qué quiere entonces perdonarla?

¿No entiende que nadie me soporta, que ellos dos son los únicos que van sobrellevando mis cambios, mis gritos, mis manías? ¡No quiero estar solo, joder!

Me tenso sin responder; me niego, mostrando frialdad absoluta.

—¿Cómo sé que no me está mintiendo? —pregunta de pronto—. Podría estar diciendo todo esto para que yo continúe con el trato sin cuestionarlo.

—No tengo necesidad de ello. Yo le pedí, o mejor dicho le exigí, que no la toque nadie más que yo mientras esté vigente mi trato con usted. Pues bien, entiendo que por su parte quiera lo mismo, y lo acepto. En el momento en que alguno de los dos incumpla esta norma, el acuerdo se romperá inmediatamente. Lo mío es mío.

Me parece ver que esconde una burlona sonrisa. ¿Por qué?

—Su novia querrá besarlo —insiste sin darse por vencida. ¡¿Qué quiere de mí?!

—He dicho tocar o tener sexo —replico sin paciencia—. Aunque, para ser sincero, no me apetecen sus besos, ni que me toque. Es repugnante ver en sus ojos el rostro de otro. Y quizá no haya sido el primero, ¿quién me lo asegura?

—Mejor solo, entonces.

—Odio la soledad y, hasta el momento, Alicia ha sido buena compañera...

Pone un dedo en mis labios, interrumpiéndome. Creo que está satisfecha con la información que ha obtenido. Me arrepiento de abrirme tanto..., sólo quiero hundirme en ella hasta olvidar lo ocurrido. Necesito que grite mi nombre mientras follamos sin control... y olvidar ese otro que han pronunciado sus rosados y atrevidos labios.

—No quiero hablar de ella, a mí sólo me interesa lo mío con usted.

¡Joder! Me gusta demasiado sentirla tan osada, rebelde..., cedida a mí. Aunque, a pesar de acallar mis palabras e intercambiar alguna que otra frase, minutos después insiste.

—Entonces, ¿por qué sigue con ella?

—A usted no le importa. Creo que esta noche ya he hablado demasiado de mi vida.

—¿Por qué le ha pedido a su madre que yo me encargue personalmente de sus cosas?

Me saca de quicio. ¡¿Acaso no es obvio?!

—Porque no quiero que lo haga otra persona. Y no responderé ninguna pregunta más.

Gisele Stone por fin entiende lo que necesito y, con ese desparpajo que consigue tenerme

enganchado a ella, me besa. Enseguida me hago con el control de la situación; su sabor me sabe a puta gloria y el roce de su cuerpo es la calma que necesito después de la tempestad que acabamos de vivir. Pero Gisele no es sumisa; al contrario, me pone a prueba a pesar de ordenarle que no quiero juegos. Y vuelve a sorprenderme.

Empieza a desabrocharme el pantalón y mete su mano hasta abarcar por completo mi hombría. El gruñido que escapa de lo más profundo de mi garganta es inmediato, aunque nada es comparable con ese jadeo sensual que emite ella. Sabe calentarme y también es consciente de que, en estas condiciones, a pesar de mostrarme siempre con una máscara de hielo, hace conmigo lo que le da la gana. Ha aprendido rápido.

—Usted es una mala tentación... —confieso contra su exquisita boca.

Ella asiente con maldad y acaricia la punta de mi miembro con lentos movimientos.

Voy a morir.

—Súbase el vestido —le ordeno sin poder esperar más.

—No.

Me pierde cuando me desafía. Devoro su boca, la aprieto contra mí y le meto la lengua como si la estuviese haciendo mía. Ella reacciona entregada, apasionada. Incluso me sujeta por la nuca para que, entre ambos, si es posible aún, no quede un solo espacio.

—Me mata, me mata y lo sabe —murmuro agarrotado.

—¿Qué le gustaría que le hiciera? —ronronea coqueta contra mis labios y juguetea haciendo más presión en mi pene. ¡Joder!—. Ya es su cumpleaños, ya es más de medianoche. Quiero ser la primera en hacerle un regalo... ¿O no lo soy?

—No es la primera que se ha ofrecido. —Tiro de su cabello, obligándome a mirarme cuando añado—: Pero sí es la primera que acepto, ¿responde eso a su pregunta?

—Pida.

—¿De dónde ha salido usted? —Es algo que no dejo de preguntarme. Dónde ha estado tanto tiempo antes de llegar aquí—. Pruébeme.

Sus mejillas se tornan de un rojo diferente.

—No sé si lo haré bien... —musita avergonzada.

—¿Qué clase de imbécil ha tenido por novio?

Aunque, ¿importa? Tras verla dudar no sólo con palabras, sino también con su desconcertante actitud, la incito con la respiración acelerada. No puedo más.

—Déjese llevar como ha hecho hasta ahora. Créame, lo está haciendo muy bien.

—No creo que sea buena idea.

—Quiero ser el primero.

—Y yo digo...

—Sabía que no sería capaz. —Esta vez soy yo quien la reta, consciente de que es el único modo de que se atreva. He descubierto que le encanta contradecir. Es su punto débil—. La he sobrevalorado, y mucho.

Libera una carcajada que me parece maravillosa y, con la desenvoltura que la caracteriza, se arrodilla a mis pies, ¡madre mía!, sin quitarme la mirada de encima... provocándome.

Poco después acerca la boca a la punta de mi hombría y, contemplándome sensualmente, se echa el cabello a un lado y, mordiéndose el labio inferior, me regala una de las escenas más eróticas que jamás haya vivido, para, finalmente, sostener mi pene entre sus delicadas manos.

—Con suavidad —le recuerdo agonizando.

Todo estalla a mi alrededor; ella me prueba y humedece con sus labios esa zona con la que

lleva jugando un buen rato. Succiona la punta, obligándome a gruñir. Enredo las manos en su cabello, fuerte; quizá la lastimo, pero ya es imposible resistirme.

—Más rápido, maldita sea, más deprisa —ordeno inquieto, y muevo las caderas para que se introduzca mi pene entero en la boca.

Esa imagen se graba a fuego lento en mi mente... y no es la única. Mientras gozo entre temblores, cierro los ojos; cuando los abro, me encuentro con una escena que está a punto de hacer que me corra. Gisele se está tocando para mí... mientras me lame, chupa, sin piedad, manifestando impaciencia y mostrándose hambrienta. Es una locura.

—Eh —gruño llamando su atención, ronco—. ¿Qué está haciendo?

—Señor Campbell, imagínese que este dedo —ronronea mostrándomelo e introduciéndolo en la cavidad de su sexo— es usted. Voy a tener un orgasmo al sentirlo.

—Hágalo ya.

Sus gemidos se convierten en sollozos. No puedo más. El placer que me está proporcionando esta noche con su atrevida actitud me desconcierta, por lo que, cuando terminamos, estoy muy confuso. Cierro los ojos, buscando el modo de entender qué está pasando. Mi pene en su boca mientras se masturbaba para mí es algo que jamás olvidaré.

Luego su cuerpo temblando al mismo tiempo que el mío...

Cuando la miro de nuevo, de pie, apoyado en la pared mientras ella aún está en el suelo, dice:

—Feliz cumpleaños, señor Campbell.

Sonríe poniéndose de pie y me besa muy despacio, delicada. No sé cómo actuar. Jamás me han besado de esta forma, proporcionándome una ternura desconocida para mí.

—Buenas noches —susurra, y se da la vuelta para marcharse.

¡Joder!, no quiero que lo haga, no todavía, de modo que estiro el brazo, la sujeto del codo y la aprieto contra mí. La empotro contra la pared o la puerta, sinceramente he perdido la noción de todo. Poco después me encuentro meciéndome en su interior a un compás vertiginoso, acogido por Gisele con pasión, desenfreno, locura... Me mata su fogosidad... Finalmente acabamos en el suelo, sudando, sin respiración, satisfechos... Sé que ella lo está, ¿y saciada?

«Siento que yo jamás lo estaré.»

Aunque pronto rompe la calma con una de sus observaciones. Maldita sea.

—¿L-Le han extraído sangre? Tiene la marca..., ¿está bien?

No respondo, no soy capaz. Me avergüenzo de mi enfermedad. Sin darle explicaciones, me incorporo y me tumbo en la cama, cubriéndome el rostro con el puño lleno de heridas. Me coloco hacia el lado contrario, donde no puedo verla. Me siento indefenso.

—Hasta mañana —musita respetando mi privacidad—. Me desconcierta, Campbell.

—No más que usted a mí.

Capítulo 5

Es mi soledad

Cada instante que compartimos juntos me desconcierta todavía más. Las preguntas acerca de qué quiere realmente de mí no me abandonan. El día de mi cumpleaños ella misma me preparó la tarta... Más tarde, sé que la decepcioné cuando, ofreciéndome a llevarla de compras —algo con lo que disfruto, gastar, gastar y gastar—, nos encontramos con «su amigo Thomas». Al ver cómo la abrazaba, no me lo pensé y lo golpeé; nos pelamos en medio de la calle. Es un chico apuesto, joven como ella. La idea de que hayan compartido algo más de lo que Gisele Stone cuenta se convierte en una obsesión.

«Es mía, es mía, es mía», son las únicas palabras que repetía mientras la ira se apoderaba de mí. Y lo peor es que no me arrepiento de haberme comportado así, pues no debió tocarla con tanta efusividad. Todo esto desembocó en una discusión que no puedo olvidar. Ella gritando que me odiaba por el enfrentamiento, por mi comportamiento. ¡Aborrezco que me odie!

Aun así..., no tuvo dudas en venirse conmigo...

—Elige —le ordenó el tipo de cabello azabache—. Gis, me conoces bien y sabes que yo nunca te haría daño. Ya has podido comprobar, en cambio, de qué palo va éste. No quiero saber qué tienes con él, sólo quiero conocer tu respuesta.

—Thomas...

«Jódete, imbécil.»

Ahora, de vuelta en el coche, el silencio nos envuelve mientras me quito la sangre con pañuelos desechables. Tengo varias heridas, no sólo en las manos, pero es lo que menos me importa. Aborrezco que me mientan y me temo que Gisele Stone lo está haciendo.

—¿Adónde va? —me pregunta de pronto.

No, no vamos a mi casa; aunque me he ofrecido a acercarla a su destino, hemos terminando haciendo de todo menos eso a lo que realmente íbamos.

—A comprar sus caprichos.

—¡Tú no estás bien de la cabeza! —Desvío la mirada y la observo con cara de pocos amigos. Esa frase, para alguien como yo, es muy inoportuna. Me ofende—. ¿De verdad crees que voy a ir contigo de compras después del numerito que acabas de montar? Thomas es mi amigo y lo quiero; no tenías derecho a...

—¡¡Cállese!! —Con mi grito, se pega a la puerta del copiloto, apoyando la espalda en ésta, verdaderamente asustada. La ira me consume—. Teme que le vaya a hacer daño, ¿no es cierto? Pero yo jamás la tocaría, no de esa manera.

Detengo el vehículo antes de perder el control, de ponernos en peligro. Bajo y doy una patada al aire, seguida de varias al suelo. Ella enseguida corre detrás de mí. Supongo que no entiende mi conducta. ¡¿Cómo explicarle que he empezado a medicarme?!

Se irá... No lo soportará. Y quizá su marcha sería lo mejor para los dos...

—¿Q-Qué pasa...? —Con disimulo, me saco la pastilla del bolsillo y la tomo a palo seco—. ¿Por qué se pone así? Señor Campbell, estoy aquí; por favor, confíe en mí.

Confiar... Me tenso de pies a cabeza y la contemplo fijamente. No puedo más con esta carga que llevo solo y sé que ella no me puede ayudar, que lo único que le puedo aportar es dinero. Sin embargo, su presencia me reconforta, aunque sin razón alguna, lo sé. Doy unos pasos hacia Gisele y por un momento tengo la sensación de que duda acerca de huir.

—Si me tiene miedo, ¿qué hace aquí? Fuera, váyase.

Finalmente se acerca y me acaricia el labio hinchado. Cierro los ojos ocultando un sinfín de emociones. No debo, pero su contacto me relaja; calma las heridas de mi alma.

—No le voy a negar que me asusta —percibo su temblor, su miedo; aun así, cura mis magulladuras con cuidado, pruebas de mi conducta, con la que sé que la he decepcionado. Gimo —, pero una parte de mí me dice que, en efecto, nunca me haría daño... No físicamente.

—Físicamente —repito, y me armo de valor para clavar mi mirada en la suya. Estoy desesperado por escapar de ciertas situaciones y no sé cómo—. Eso no es decir mucho.

—Emocionalmente me lo acaba de hacer. Aún no logro entender qué ha pasado por su cabeza para llegar a eso. Me es imposible sacar una conclusión coherente y sensata.

—No quiero hablar de ello en este momento. No con usted, ni aquí.

Me alejo, provocando que su mano quede huérfana en el aire y la baje. No quiero que me tenga pena. A continuación, me siento en un banco de madera que hay en el bosque al que nos hemos desviado. Gisele se acomoda a mi lado, tan cerca que nuestras piernas se rozan. La melancolía me abruma cuando la observo de nuevo. ¡¿Por qué no puede ser tan transparente como finge?!

—¿A qué se dedica? —pregunta, y sonríe de la nada. No sé cómo lo hace, pero me sorprende continuamente. ¿Para qué quiere conocerme? Terminará yéndose como todas—. ¿Cuál es su trabajo?

—Gisele.

—Por favor...

—Tengo una agencia de modelos y de publicidad —me rindo, sin ganas de discutir o de hablar de mis cambios de personalidad—. Sobre todo de chicas.

—¿Cómo se llama? ¿Dónde está? Tal vez haya oído hablar de ella...

«No me relacionarías con su nombre», estoy a punto de escupir, incómodo.

—Grupo Salgado... Está en Nueva York, aunque aquí, en el centro de Málaga, tengo una sucursal, y otra en Madrid.

—¿Salgado? —Parece confusa y conozco el motivo—. ¿Es su segundo apellido?

—La familia Campbell me acogió y adoptó —mascullo fríamente, distante—. No tenemos la misma sangre.

—No es necesario tener la misma sangre para saber que son su familia —argumenta con naturalidad—. Los quiere mucho y ellos a usted.

«No debes seguir hablándole de ti. Finge que le importas», me recrimino, y replico.

—Son lo mejor de mi vida. Me aceptan como soy, sin querer cambiarme.

Ella asiente, dulce..., atenta. ¿Qué pretende hacer con esta información?

—Karen y William lo miran con tanto amor... Es como un hijo más, estoy segura.

—En su casa siempre me he sentido amado, es cierto. Pero eso no disminuye el dolor de haber sido abandonado por la mujer que tendría que haber dado la vida por mí. Me desperté una

mañana y ella ya no estaba. Se había ido sin más.

—¿Por...?

—Basta.

—Entiendo.

Me estudia las facciones fijamente y, sin previo aviso, roza su mano con la mía. Es delicada, aunque tiembla. Escondo las sensaciones que me produce este acercamiento.

—Me gusta oírlo, me gusta saber de su vida..., entenderlo un poco. Es tan misterioso... —Tiene que ser otra de esas percepciones alejadas de la realidad, producto de mi mente, pues presumo que parece deslumbrada y no creo que le despierte tal sentimiento—. Quiero que sepa que puede contar conmigo, hacerle saber que estoy aquí.

¡¿Cómo hemos llegado a esto...?!

Suspiro observando nuestras manos, ahora entrelazadas, y mascullo:

—Sólo lo hace porque le pago. Sé que ése es el único motivo, o quizá ahora le dé pena. Las mujeres son tan complejas cuando vislumbran dinero... Estoy solo, ya me he acostumbrado a la soledad, con la compañía de mi familia únicamente... Alicia y Sam eran un punto de apoyo que ahora se desvanece y aparece usted, desafiante, de la noche a la mañana y en el momento más difícil para mí, pretendiendo que la crea, cuando en realidad me pide tanto o más dinero del que le regalo a mi novia por tenerla a mi lado.

De un salto, se incorpora y se aleja bruscamente. ¡¿Qué coño he hecho mal ahora?!

—Quiero irme —dice secamente.

La sigo y, más tranquilo, quizá sea el efecto de la pastilla o fruto de mi propio cansancio mental, la agarro del brazo con calma. Gisele se queda pensativa, ¿esperando qué?

No tengo más que ofrecerle: buen sexo y dinero. También daño. Algo que nos proporcionamos mutuamente. Yo, con mis secretos; ella, con sus posibles mentiras.

—Gisele, esto es lo que soy. No busque más porque no lo hay.

—No le importa lo que yo piense, ¿verdad?

—No la creo, ya no confío en nadie. —Qué difícil me lo pone—. No es la primera que me tiende una mano para luego dejarme caer al vacío. Suba, nos vamos.

***

Más tarde, a punto de empezar mi propia fiesta, no estoy cómodo. La necesito a ella, pero está presente como chica de servicio y apenas coincidimos a solas. Alicia está aquí, aunque no le presto atención, y, para colmo, tengo una conversación con Sam. Cuando Gisele viene a servirnos, queda deslumbrado también por ella. ¡Todo es una puta mierda!

¡¿Cómo fingir que no me concierne?!

—Señor Campbell, vengo para ver si necesita algo antes de que lleguen los invitados.

¿Por qué resulta tan inoportuna? Incluso parece preocupada al verme reunido con Sam. No se me pasa el detalle de cómo éste se la come con la mirada y mi enfado empieza a crecer.

—¿Señor? —insiste.

—No, gracias, señorita Stone. Puede retirarse. Váyase, Gisele, ahora.

—¿Puedo hablar un segundo a solas con usted sobre unos cambios en el vestidor?

—Váyase —mascullo mirando de reojo a Sam.

Gisele duda... pero finalmente, y por una vez, acaba siendo obediente..., quizá desconcertada por mi forma tan brusca de dirigirme a ella y encima en presencia de otra persona. ¡Puto Sam! En

cuanto nos quedamos solos, su inoportuno comentario termina con mi paciencia.

—Vaya, ¿de dónde ha salido ese bombón?

Acorto la distancia que nos separa, inclinándome sobre el escritorio, y lo agarro por el cuello de la camisa, dejando escapar un gruñido. Sé que no debo, pero ¿desde cuándo sé medir mis palabras?

No me importa cómo se tome mi violenta actitud.

—Eh, Matt, suéltame.

—Aléjate de ella. Es una advertencia, Sam.

—Como quieras, joder, pero déjame respirar. ¿Por qué te comportas así?

—A mis empleadas las respetas.

Zanjo el tema y, esquivo, tomo un poco de whisky, poco, pues no debo beber alcohol con la pastilla..., sobre todo ahora, que aumentaré la dosis... y, en breve, realizaré terapia... ¿Podré hacerlo solo?

—Matt, ¿hablamos de negocios o no? —me recuerda Sam—. El resto ya ha quedado claro. Nunca he debido fallarte, no sé cómo...

—Déjalo ya y, sobre la empresa, coméntaselo a Denis: él, como socio, sabrá qué hacer.

—Espera, Matt. ¿Adónde vas?

—A la fiesta. Se lo debo a Karen y William.

Una vez en el jardín, todos me felicitan. Alicia, en cuanto me ve rodeado de gente, se acerca e incluso me coge de la mano para que aparentemos ser la pareja perfecta. La miro de reojo, disfrazando mi rabia... Aun así, no le importa. Va guapa, no lo puedo negar, lo es. Su cabello pelirrojo y la piel casi de porcelana la hacen atractiva, pero no me llena.

Y la que sí lo hace me fulmina con la mirada al presenciar la escena. Las ganas de correr hacia Gisele y explicarle que no puedo montar un escándalo me atosigan; sin embargo, sé que he de comportarme. He de respetar el apellido de mi familia en casa.

En una de ésas, y con disimulo, consigo librarme de Alicia. Camino despacio por el jardín, fingiendo una tranquilidad que no siento. Gisele se encuentra a escasos centímetros, sirviendo copas. Su nuevo uniforme me está volviendo loco y me temo que no soy el único. Parece llamarle la atención a más de uno, y tener que presenciarlo es asqueroso.

Finalmente llego hasta ella; cojo una copa de su bandeja para poder disimular. Sus ojos se clavan en los míos e intuyo que está enfadada. Yo tampoco estoy contento con la situación, ¿acaso no se lo transmito? ¿Y por qué me necesita sólo para ella?

Al fin y al cabo, lo único que supongo en su vida es la posibilidad de gozar de un nivel económico superior...

—La quiero en mi despacho en cinco minutos —le ordeno al oído con discreción.

«No obedezcas siempre que te lo pida», le digo mentalmente, pero en este caso lo hace.

Y entre reproches, acabamos como siempre, una vez más... sexo sin control; en mi despacho, pese al gentío que hay más allá de las cuatro paredes que nos mantienen aislados.

—La veo luego —musito, interrumpiendo el beso con el que me vuelvo a calentar. Soy insaciable si se trata de Gisele, la chica de servicio que está rompiendo mis barreras.

—Esta noche no duermo aquí, lo haré en San Pedro de Alcántara, en casa de mi hermano... He quedado con una amiga, ¿recuerda? Lo veré el lunes por la mañana.

—¿El lunes? Bien.

—¿Por la mañana?

—Quizá.

Presiento que quiere decirme algo más, pero no lo hace. Yo tampoco añado nada más, aunque mi pensamiento incluso me produce cierta simpatía. Ella no tiene ni idea de que en mis planes no entra estar más de un día sin verla. Es algo que no puedo explicar, pero la mera idea se me hace insoportable. Por ello, una vez que acaba la fiesta, entro en la cocina en busca de Noa. Ella palidece; quizá interpreta que mi visita se debe a que voy a hacerle algún reproche sobre mi hermano Eric. Hemos descubierto que están juntos, a pesar del compromiso de éste con otra.

—Buenas noches, señor... ¿Necesita algo?

—Sí, un amigo de su compañera Gisele la está buscando y pregunta dónde está —me invento, cruzando los brazos sobre el pecho—. Yo mismo me encargaré de llevarle el mensaje de vuelta. ¿Sabe dónde se encuentra la señorita Stone?

—¿Un amigo...?

—Sí, un tal Thomas... Está fuera. Me indica la ubicación, ¿por favor?

La chica, de pelo corto, parece dudar, hasta que finalmente escribe en un papel la dirección en la que me presento poco después.

Es la primera noche que paso con Gisele fuera de casa... y, por la intimidad que eso conlleva, tengo que hacer lo posible para que sea la última. Me habla de sus padres, de lo unida que está a ellos, cómo se conocieron éstos... él es de nacionalidad inglesa, vino de vacaciones a España y se enamoró de su futura mujer. Gisele tiene veinticuatro años y ha terminado la carrera de Periodismo. Necesita dinero para pagarse un máster en la universidad. Por otro lado, estuvo cuatro años con su exnovio, un tipo que conocía desde niños. El asco que me produce descubrir ese detalle o imaginarlo... es feroz. No lo soporto.

Ya de madrugada, me marcho, dejándole una nota con la intención de no volver.

«Qué ingenuo.»

Más tarde mi necesidad de verla me empuja a buscarla cuando disfruta de su día libre con sus amigos Emma y... Thomas. Llego a la piscina y la escena con la que me encuentro me enfurece..., aunque quizá ésa no es la palabra más idónea. El dolor que siento me parte en dos.

¡¿Qué demonios está pasando?! Se está burlando de mí, mi intuición no se había equivocado... Thomas la besa, ella se aparta, pero lo abraza y yo me siento engañado... pisoteado, y lo peor es que me destroza saber que esto se acaba. ¡¡Maldita Gisele!! ¡Nunca la perdonaré!

Antes de salir de allí, Gisele se percata de mi inesperada presencia. No puedo pronunciar palabra y me dispongo a marcharme, librando una batalla interior que me está destrozando. No quiero romper nada. Quiero cambiar... pero ¡¿para qué?!, ¡¿para quién?! Estoy harto de vivir así.

—Señor Campbell, tenemos que hablar —oigo que dice detrás de mí.

La miro decepcionado. ¡¿Cómo ha podido?! ¡¿En qué fallo, si no le pido más de lo que tenemos y le doy todo lo que está a mi alcance?!, aunque escondido tras una máscara de hielo... pero ¡qué más da! La complazco y es lo único que debería importarle.

¡Sin embargo, nunca es suficiente para ellas!

—¿Quería burlarse de mí? Pues bien, lo ha conseguido. ¿Cómo puede ser tan cínica? Anoche me prometió que ningún otro iba a gozar de usted, me prometió que no la tocarían, y ha tardado muy poco en jugármela. Tenga usted lo único que la ata a mí —le espeto con desprecio, entro en el coche enfurecido y saco mi chequera—. Aquí tiene el dinero por los días que ha pasado conmigo. Ha sido un amargo placer, señorita Stone.

—Dame.

—¿Lo va a coger? —No me esperaba su reacción. ¡¿Por qué no intenta convencerme de lo contrario?!—. Maldita sea, ¡maldita!

—Es mío, ¿no?

La impotencia me consume cuando me arranca el cheque de las manos. ¡Cínica!

—Ya lo tengo, puede usted marcharse.

—Es lo único que quería, ¿dónde queda el «estoy aquí» cuando me dice que puedo confiar en usted? ¡¿Dónde, Gisele?!

—¿Sabes, Campbell? Eres un mierda. Si en vez de llegar y pensar estupideces, preguntaras, no habría estos tontos malentendidos.

—¿Qué quiere decirme? ¿Que lo que he visto con mis propios ojos no es verdad? No quiera volverme loco, por favor. —Inspiro y me pellizco el puente de la nariz. Siento que apenas puedo respirar—. Está todo muy claro, señorita Stone, quería dinero y ya lo tiene.

—Si lo quieres creer así, allá tú. Pero déjame decirte que conmigo te has equivocado; yo soy una mujer de palabra. —Sonrío sin ganas, fingiendo que ella me importa muy poco, aunque está muy lejos de ser verdad. ¡¿En qué pensé cuando la dejé entrar en mi vida?!—. Ya veo que te parece divertido. Y no me digas que no puedo tutearte, porque hoy no eres mi jefe en absoluto y te hablo como me da la gana.

—¡No me provoque, no lo haga!

—Creía que eras un hombre más inteligente, pero ya veo que me equivocaba. A la perra de tu novia le perdonas que te engañe con tu mejor amigo. —Está decepcionada, dolida. ¡Es el colmo! —. En cambio, conmigo, que no te he dado motivos para que desconfíes de mí, no lo haces. Los has perdonado a los dos sin cuestionar nada, ¿por qué a mí no me escuchas? Ya sé que me vas a decir que soy una minucia en tu vida, pero al menos déjame explicarte que esta minucia no tiene nada que ocultar.

Cierro y abro los puños, furioso. ¡¿Cómo se atreve a hablarme así?!

—Se está pasando, Gisele, y mucho.

—Pues te jodes.

La agarro del brazo, rabioso y posesivo. Tengo que detener esto, necesito despreciarla y odiarla, y sobre todo no volver a buscarla..., ya no, después de lo que acabo de presenciar.

—Hoy es mi día libre —añade ella de malas manera, intentando liberarse—, pero aun así tú te empeñas en estropeármelo. ¿Pues sabes qué? No lo vas a conseguir. En cuanto vuelva a entrar ahí con mis amigos, me voy a olvidar de ti y de toda tu porquería.

Lucho por creer que no me estaba engañando con Thomas, que él es sólo un amigo; sin embargo, soy incapaz. La confianza no está hecha para mí, no con la vida que he llevado. Estoy a punto de romper el trato, hasta que recapacito en un momento de lucidez.

—Dice que sólo me quiere para el sexo, es decir, para su placer —murmura seca—. Pero luego me busca cuando estoy de fiesta, o en la piscina, y también me quiere llevar de compras... Le vuelvo a repetir la pregunta, ¿qué quiere de mí?

Me rindo sin opción a lo contrario. La idea de despedirla y no volver a verla me mata.

—La quiero a usted entera —confieso, arrepintiéndome cuando noto que se estremece—. Quiero su cuerpo, su entrega, su alegría. Sin reservas. Lo quiero todo de usted.

«Sin sentimientos», añado en silencio.

No soporto la idea de que pueda estar con otro.

***

Esa noche vuelvo a caer. Experimentamos nuevas cosas en el sexo... en el que vuelvo a ser su

primera vez y la posesión me ciega la razón. «Mía.»

Y vamos más allá... El encuentro ha sido en su casa, rodeada de sus cosas, y he necesitado conocer más de su vida... o he hecho el intento...

—¿H-Ha cenado ya con ella? —me pregunta nerviosa. No puedo creer su interés—. He preparado pasta...

—No, Gisele, no he cenado con Alicia. —Me siento obligado a responderle la verdad; parece intrigada—. No la he vuelto a ver desde la fiesta, aunque sí me ha llamado por teléfono. Cosa que a usted no debería importarle mientras yo cumpla mi palabra.

—¿Qué quería?

—¿Perdón? —No doy crédito.

—Ya vuelve a estar borde. Odio esos altibajos.

—Siempre soy así.

—Hoy no. Hoy ha estado más amable de lo habitual y ahora acaba de cambiar.

—No se acostumbre entonces.

Le dedico una mirada seria. «Se acabó.» Es hora de zanjar el tema.

Sin embargo, Gisele Stone es más astuta que yo y termino confesando parte de mi pasado, impulsado por la satisfacción que me produce descubrir lo que me ha parecido un destello de celos cuando le he comentado la llamada de Alicia.

—Gisele, pero no empiece con las preguntas, por favor. No ahora.

—¿Por qué no? —insiste como de costumbre. Hay un poco de ternura en ella—. Siempre que usted me pregunta, espera que yo responda; de hecho, lo acabo de hacer. Creo que tengo derecho a saber algo de la vida del hombre que se mete en mi cama, ¿no?

Estamos cenando, o finjo hacerlo, frente a frente. Ha preparado la cena para ambos, pero no tengo hambre. Suelo estar desganado; eso forma parte de mi enfermedad... y apenas duermo; tengo manías, impulsos, pesadillas; el sexo siempre me apetece, y mis cambios de humor son continuos. ¿Quién podría quererme así? De modo que le cuento cómo empezó mi calvario, omitiendo mi diagnóstico. Sé que huiría, de conocerlo.

—A los doce años, mi madre biológica me abandonó.

»Vivía en un pueblo pequeño, cerca de Nueva York, donde todo el mundo se conocía. Ella era joven y un día conoció a un español que la volvió loca. Cuando llevaban un año de relación, se quedó embarazada de mí. Cuatro meses después de darle la noticia, la abandonó.

»Mi madre lo esperó y esperó, pero nunca regresó. Al parecer, desde que nací fui una carga para ella y una gran mancha para su reputación. Me soportó hasta que tuve doce años..., pero una madrugada, sin previo aviso, se marchó y nunca volvió. Mi condición de bastardo y la suya de extraviada ante los ojos de la gente pesaron más que tenerme a su lado... O es lo que supongo. Apenas sé nada de su vida, este relato y poco más.

Su rostro se tiñe de tristeza ante mi narración. Aun así, continúo:

—Los doce años con ella fueron muy duros. Hacía como si yo no existiese. Sólo obtenía su apoyo a la hora de estudiar, eso le parecía importante. Nunca faltaba al colegio y nunca carecía de lo necesario para mi educación. Con el tiempo entendí el porqué. Mi madre siempre supo que se iría y quería dejarme preparado para ello. Teniendo estudios, el futuro podía ser menos oscuro, o eso debió de pensar. —Melancólico, la observo fijamente. Está preciosa con ropa de estar por casa—. Creo que es suficiente. Ya sabe más que de sobra de mi vida, de mi pasado.

—Quisiera saber...

—Gisele.

—Es importante —implora, rozándome el dorso de la mano con sus finos dedos. Un escalofrío me recorre el cuerpo—. Por favor.

—Pregunte.

—¿Por qué se destroza los nudillos cuando se enfada? ¿Salgado es el apellido de...?

Dudo si seguir, pero me encuentro cómodo con el ambiente que ha creado y confieso.

—Dar puñetazos es la única vía de escape que encontré cuando ella se fue. Era la única forma en que conseguía soltar la rabia que sentía por lo que me había hecho. Desde aquella mañana, se convirtió en una práctica habitual para mí... Sólo así logro aliviar mi dolor o tranquilizarme. Es mi terapia de relajación, con la que busco escupir el veneno que me mata. —Dejo el tenedor, asqueado. El plato está prácticamente igual que cuando lo ha servido—. Salgado es el apellido del desgraciado de mi padre biológico...

»Se lo puse a mis empresas para no olvidarme nunca de lo que me hizo, para odiarlo hasta que consiga mi propósito. Algún día espero encontrarme con él y ese encuentro será el final de un largo camino de venganza y dolor.

Gisele se levanta y me coge la mano. Yo la acompaño, confuso.

—Esta noche quiero dormir con usted. Quiero aliviar su pena, su dolor. Quiero consolarlo hasta que amanezca.

—No deseo su compasión.

—Eso no es lo que siento por usted.

Por un momento no quiero que siga hablando. Temo que se esté confundiendo y no puedo ofrecerle más que esto, sexo y algún que otro rato. Mi parte más sensata me recuerda que ella tampoco busca más en mí, que quizá es el dinero lo que la impulsa a comportarse así... Todo pensamiento negativo se tambalea al sentir que me acaricia la mejilla, los labios, siempre con esa delicadeza que a veces esconde, y pasa los dedos por encima de mi corazón. «¡¿Qué me estás haciendo, Gisele?!» Mi piel se eriza.

Está temblando y, ante el vértigo que me produce esta situación, la agarro del pelo con fiereza y la obligo a que me mire a la cara cuando me responda.

—¿Qué es, entonces?

—Déjeme demostrárselo.

Es la segunda noche que paso con ella; nunca he dormido con ninguna mujer con la que no tuviera una relación seria. Gisele es la primera, como en otros muchos aspectos. Sigo sin besarla mientras la hago mía, me niego a ir tan lejos... o más de lo que ya estamos yendo.

***

Decido poner tierra de por medio con un viaje que no tengo por qué hacer, ya que soy el jefe... pero, llegados a este punto, es necesario para mí..., sobre todo al descifrar en sus facciones que no le gusta la idea de que me marche.

De madrugada, me pongo el mismo atuendo con el que he llegado, una camiseta de pico azul y unos pantalones blancos, un estilo *sport*, lejos del traje de chaqueta. De nuevo, le dejo una nota..., pero esta vez es distinta..., personal, burlona, aunque, quizá para ella, posesiva.

Gisele, aquí le dejo algo de dinero. Supongo que aún no habrá cobrado el cheque y no me gustaría que se fuese en autobús, estará sin fuerzas. Tome un taxi que la lleve a mi casa... No se porte mal y, sobre todo, no olvide de quién es y a quién pertenece. Estaba hermosa cuando la he dejado.

Una vez preparado, la observo; duerme envuelta en la sábana, desnuda tras habernos entregado al otro sin límites. Al recordarlo... me arrepiento de permitirle tanto.

Hago amago de largarme sin despedirme, pero no puedo. Me inclino y, despacio, le acaricio la mejilla. Es preciosa... ¿Por qué nos hemos tenido que conocer así? ¿Por qué el interés está de por medio una vez más? Para colmo, en uno de mis peores momentos personales... Gisele se agita y abre los ojos con evidente cansancio. Ambos nos quedamos sin saber qué decir al descubrir cómo actúo a escondidas, hasta que rompo el hielo.

—Tengo que marcharme.

—¿Qué hora es? —pregunta con un hilo de voz.

—Las cinco de la madrugada —respondo muy bajito—. ¿Está bien?

Asiente levemente con la cabeza.

La tristeza me embarga ante la despedida, a pesar de ser una decisión propia. No sé qué tiene o qué me da, que simplemente la necesito. Y he de evitar ir a más. Finalmente, no me quedo con las ganas y me agacho hasta que nuestros labios se tocan. Ella parece sorprendida. Entonces la beso, suave, sin prisa, impregnándome de su sabor, alargando el momento de mi partida. Gisele me sujeta por la nuca y me atrae más hacia ella, incluso me abraza. El miedo me invade, así como la angustia al sentirla tan emocionada, por lo que me alejo.

—Lo voy a extrañar, Campbell —susurra temblando. ¡No, no! No sé cómo interpretar sus palabras. Sí tengo claro que irme es la decisión correcta—. No tarde en volver.

«¡Detenla, Matt!» No sé ni cómo me siento... Estoy confuso y lleno de temores. Leo en su mirada que espera algo más de mí y sonrío sin querer. ¿Qué voy a hacer con ella?

Esta extraña relación me está consumiendo.

—Nos vemos pronto, señorita Stone.

Capítulo 6

Casi humanos

Los días fuera de casa se me hacen eternos. El trabajo no resulta nada fructífero y la compañía no es que ayude. Tengo los nervios a flor de piel, todo lo que me dicen me sienta mal y mi cabeza no está en otro lado aparte de con Gisele Stone. Siento que me voy a volver loco si no la toco, si no la siento... Me da pánico pensar que regresaré y no estará. Sus frases me atormentan y no les encuentro sentido. «Lo voy a extrañar, Campbell. No tarde en volver.» Es como una droga para mí y en estos momentos, lejos de ella, sé que no es algo bueno.

Me estoy obsesionando, los días sin verla son una tortura. Estoy desesperado y no soporto la idea de que ella no esté pensando en mí de la misma forma en que lo hago yo. Echo de menos su alegría, su voz, su simpatía... ¡¿Qué está sucediendo?! No puedo volver, debe pasar más tiempo, he de arrancarme esta sensación, olvidarla, no desearla.

«Basta, imbécil —me regaño—. Te manipula y sólo está contigo por dinero.»

¿Por qué esta conexión con ella si sé que lo hace por una cuestión económica? O no... Me escucha; le he hablado de mi vida, ella me ha contado cosas acerca de la suya. No le he ocultado el monstruo que hay en mí y, sin embargo, no ha huido. ¡Lo hará, joder! Empezará a estudiar el máster, conocerá a otros hombres... A ambos se nos pasará esa pasión que nos consume y volveremos a ser como dos desconocidos cuando nos crucemos por Málaga.

¿Mientras tanto? Me soportará por el...

—¡Dinero! —grito lanzando fotografías de modelos—. ¡Maldita seas, Gisele!

***

Al quinto día de estar lejos, despierto como cada mañana. Me preparo con una camisa blanca y corbata negra. Me analizo en el espejo. Me repeino el cabello con los dedos y me miro fijamente. Estoy cansado, tengo ojeras. Mis ojos apenas tienen brillo, el verde está más oscuro que nunca. La barba me la repasé anoche... y por ello parezco menos demacrado.

—Matt, ¿puedo pasar?

—Adelante, Denis.

Éste entra en la habitación del hotel donde estamos alojados. Detrás viene la chica que se encarga del desayuno y de nuevo Gisele se cuela en mi cabeza. Me duele de tanto imaginarla.

—No he tenido oportunidad de hablar a solas contigo estos días —empieza a decir Denis mientras toma asiento, sin mi permiso, en una de las sillas que acompañan la mesa de la terraza —. No esperaba que reincorporaras a Sam a su puesto de trabajo en la empresa.

—¿Y qué quieres? —Me sitúo enfrente mientras nos sirven un poco de zumo natural y unas tostadas recién hechas—. Es asunto mío.

—A los que te apreciamos nos preocupa, después de lo que ha hecho.

—No debería.

—Desde que llegó a tu vida, te ha ido absorbiendo, igual que Alicia, y te ha alejado de los demás. —Doy un sorbo al zumo al tiempo que la chica se marcha y nos quedamos solos. No sé a dónde diablos quiere llegar Denis, pero no estoy para conversaciones profundas—. No me mires así. A mí me tienes en la agencia y también fuera, no lo olvides.

—Quizá no tanto cuando lo he necesitado.

—O tal vez no te has dado cuenta de ello.

—Basta. A veces las cosas surgen así. Somos socios y amigos, pero desde hace unos años esto último ha cambiado por el motivo que sea.

—Porque Sam y Alicia te han comido la cabeza para poder hacer contigo lo que...

—¡Se acabó! Ellos son la menor de mis preocupaciones en estos momentos.

Me agito de un lado a otro en la silla. La cabeza me estalla.

—Matt, ¿estás bien?

—Sí.

—Creía que este viaje te sería beneficioso en cuanto a tu relación con Alicia, pero te veo muy inquieto. —No le respondo y hago el intento de desayunar. Tengo el estómago cerrado—. Seguro que estarás pensando qué hacer y...

—Estás equivocado, y déjame en paz.

—La has perdonado.

—También a él. —Aparto la comida—. Alicia cree que en poco tiempo estaremos igual que antes y yo simplemente me muestro indiferente, sin decirle lo contrario. En realidad, son excusas. No deseo tirármela, ni siquiera me apetece mirarla; lo que quiero es que me deje ella a mí. Mientras tanto, utilizo el dinero para acallarla... Lo hago porque es muy obstinada y estoy seguro de que, si le pido que no me busque más, que se olvide de mí, insistirá en lo contrario, y eso puede ser un estorbo para... ¡Qué más da!

—¿Y con Sam?

—Si he perdonado a Alicia, ¿por qué no a él? No quiero escándalos.

—Los mantienes callados con dinero. Derrochas por nada...

—Me gusta esa sensación.

No entienden que me siento vacío y me da igual todo. Sólo quiero tranquilidad.

—¿Qué te está pasando? Mírate. —Estoy ordenando servilletas de papel sin sentido. Manías... —. Además, no comes, no duermes. Matt, esto no puede ser.

—¡Te he dicho que me dejes en paz!

Denis se incorpora de malas maneras y, señalándome, masculla:

—Por este motivo nos distanciamos, porque te digo lo que pienso y no te doy la razón en todo como sí hacen ellos. Eso no te beneficia. Son relaciones tóxicas, interesadas.

—Y todos lo tenemos claro. Déjame solo, por favor.

—¿Qué vas a hacer?

—Algo que he estado posponiendo durante días... Ve con Sam a la reunión y dejaos de fiesta.

—Yo voy a mi bola, pero él es un perrito faldero que...

—¡Fuera, Denis! —Doy un golpe en la mesa—. No me importan vuestros líos.

—Te veo más tarde... y espero que entonces estés más relajado... —y puntualiza—... conmigo.

Lo ignoro mientras se marcha y enciendo el ordenador para hacer tiempo... ¡Qué demonios!

La paciencia no es una de mis virtudes, de modo que agarro el teléfono y busco en mi agenda a sabiendas de que, por error, no tengo el número de Gisele. Bueno, error o cambiar de opinión a cada segundo... Llamar a casa es un riesgo; si no responde tendré que hablar con Karen, William o Roxanne y, con la relación tan especial que tengo con los tres, sabrán que algo estoy ocultándoles. ¡¿Y qué más da...?! Por un secreto más...

En cuanto los típicos sonidos de una llamada empiezan, el puto corazón se me acelera.

—Casa de los Campbell, ¿dígame?

—Señorita Stone. —Suspiro aliviado y un fuerte nudo me aprisiona la garganta. Es ella, reconocería su voz sin dudar—. ¿Gisele?

—Sí —dice, y parece cohibida.

Un breve silencio nos envuelve, hasta que tengo claro lo que necesito decirle.

Es una locura, pero no puedo más.

—Quiero que me escuche con atención. Si hay alguien en la sala, diga que se han confundido y, por favor, llámeme ahora mismo a mi teléfono con su móvil. Yo no tengo su número, no dispongo de forma de localizarla. ¿Me ha entendido?

—Sí.

—No se entretenga.

—Lo siento, se ha equivocado —la oigo decir sin trabarse. Sonrío, es muy astuta—. Se han equivocado —repite, y el sonido se corta. Ha colgado.

Camino de un lado al otro en la habitación, desesperado porque suene mi maldito móvil, pero sólo hay silencio..., uno que empieza a ahogarme, hasta que de pronto...

—Soy yo —me avisa asfixiada en cuanto descuelgo.

—Hola. —La paz que me proporciona oír su voz me aterra—. ¿Cómo está?

—Bien, trabajando.

—Me dijo que me extrañaría; sin embargo, no me ha llamado —le reprocho sin querer. No era mi intención, pero no sé qué me pasa. En la distancia lo anhelo todo de ella.

—Con usted nunca sé qué hacer —afirma apagada—. Pero sí, lo extraño.

—Gisele. —Me matan sus palabras y confieso lo que no debo, pues en teoría mi intención es quedarme más tiempo e ir olvidándola..., pero no puedo resistirme—. Tengo ganas de verla. Aquí los días son largos y aburridos. Ya quiero estar de vuelta.

Ella no responde y un ruidito débil me alarma.

—¿Sigue ahí?

—Sí —musita, y su voz se rompe.

—¿Se encuentra bien?

—Sí.

Me está mintiendo, lo sé. Si no fuese una locura, pensaría que está llorando.

—Cuénteme qué ha estado haciendo.

—Lo de siempre —susurra con apenas un hilo de voz—. ¿Qué tal le va a usted?

—No muy bien. No encuentro lo que quiero, tampoco sé lo que busco.

—No le entiendo.

Suspiro desganado, abrumado por la ansiedad. Me falta el aire.

—Tengo que preparar un reportaje fotográfico para una empresa muy importante. No tengo idea de qué clase de montaje hacer, tampoco encuentro a la modelo adecuada. La verdad, no sé qué estoy buscando —respondo, y miro por la ventana, pensativo.

—Ah... ¿Qué hacen los otros...?

—En realidad, nada. Se pasan el día de fiesta, siento que estoy perdiendo el tiempo —confieso. Entonces soy consciente de cuánta verdad hay en mis palabras—. El reportaje sólo se verá aquí, en Nueva York, aunque es para un empresario español. He hablado con él y dice que lo deja en mis manos. Quieren algo sexy y distinto, ¿qué sugiere?

Río sin ganas, ya que es muy imaginativa. Vuelvo a suspirar cuando ella también ríe.

—Humm... A ver —ronronea divertida—. Algo sexy y diferente: ¿la chica de servicio?

—¿Cómo?

—Una chica que trabaje en el servicio doméstico, con un traje muy sexy y llamativo. Creo que sería un reportaje distinto y muy atrevido. Que Sam o tu socio busquen a una modelo guapa y listo.

¿Ellos? ¿Y por qué ese énfasis? ¿Acaso no le gusta la idea de que sea yo quien haga el trabajo fácil, que me relacione con más mujeres...? «No son celos, Matt.» ¡Pues me gustaría!

—¿Tan mala ha sido la idea? —pregunta divertida.

—Es perfecta. Sí, podría funcionar. Nunca hemos lanzado un reportaje así.

—¿Y... cuándo volverá?

—Cuando tenga a la modelo.

—¡Yo misma! —bromea.

—¿Usted? ¿Le gustaría?

—Una nueva experiencia, ¿por qué no? Sabe que me encanta experimentar. Sería emocionante, sí. —No me la creo. Conozco los matices de su voz. Y tampoco puede estar haciéndolo por tenerme pronto a su lado... Todo lo contrario, supongo que estará aliviada de disponer de su propio espacio. Desde que llegó a casa, no le he dado tregua—. ¿Sigue ahí?

Me quedo callado... Su idea es buena, pero ¿ella? La mirarán tantos... Me alejo de la ventana y veo el portátil sobre el escritorio. Se me ocurre que podríamos vernos, que calme esta inquietud que me está matando. Los pensamientos negativos me abruman y, al mismo tiempo, quisiera complacer su deseo de verla posar como modelo.

—Gisele, quiero que haga algo ahora mismo. Vaya a mi habitación y entre por el pasadizo hasta mi despacho. Allí, como sabe, hay varios ordenadores; coja uno y lléveselo a su cuarto sin que nadie la descubra. Quiero verla de inmediato.

—¿A-Ahora? Aún no he terminado.

—No tarde pues, sabe que no soy un hombre paciente.

—Espéreme. Voy a darle una excusa a Noa.

¿Cómo decirle que echo de menos repetirle a cada momento «súbase el vestido» y sus ojos en blanco ante esa orden? Preparo el ordenador, aunque apenas doy con las teclas debido a lo ansioso que estoy. Cuando ya lo tengo prácticamente todo listo y conectado, llaman a la puerta y, al mismo tiempo, suena mi teléfono. ¡Joder! No abro, fingiéndome dormido, pero insisten; también el móvil, y es ella. Descuelgo y justo entonces abren la puerta.

¡Condenado entrometido!

—Un momento —le pido a Gisele, y añado dirigiéndome a mi socio—: ¿Qué quieres, Denis?

—Sam y yo vamos a tomar algo, ¿te vienes? Sal un poco de la habitación.

—No puedo, tengo cosas que hacer. Dejadme en paz, debo atender una urgencia.

—¿Te llama de nuevo Ali? No le hagas caso, es una pesada y...

—¡Vete! —protesto desesperado—. Maldita sea, Denis, sal ahora mismo.

Cojo aire y aprieto los puños. Empiezan a picarme de nuevo... Necesito golpear, relajarme a mi modo, hasta que ella interviene, salvándome de cometer ese error.

—Dígame, ¿qué hago? —balbucea.

Le doy las intrusiones sin pausa, exaltado, acomodándome tras el escritorio.

Minutos después, Gisele aparece en la pantalla. ¡Joder! Me siento como si volviera a respirar, como si el aire que no encontraba me lo proporcionara ella de golpe.

¿Cómo puedo anhelar tanto esa sonrisa que me dedica al verme?

—Hola. —Toma la iniciativa, saludándome.

—Se la ve cansada.

—Sólo un poco. Usted tampoco tiene buena cara.

Me señala con un dedo... y me vuelvo loco. No puedo postergar más este momento.

Me muero por tocarla.

—¿Ha cerrado la puerta con el pestillo? —pregunto procurando tranquilizarme, escondiendo cómo me siento en realidad mientras espero su respuesta.

—Claro.

—Por favor, desnúdese.

—¿P-Para qué? —Su actitud me hace gracia.

—¿Usted qué cree?

—No, no, señor Campbell —me contradice risueña—. Yo no me presto a ese juego.

—Gisele.

No se hace de rogar y, con osadía, se tumba boca bajo. Me está enloqueciendo con su actitud. Sus pechos llenan mi pantalla y mi erección aumenta a la velocidad de un rayo. Sensual, balancea las piernas y el trasero, contoneándose al mismo tiempo. ¿De dónde diablos ha salido Gisele Stone? No sólo se me dispara el pulso, sino que se me seca la boca.

Me está desquiciando y no puedo demostrárselo.

—Gisele, se lo ruego, tenga piedad. —Sujeto con fuerza la madera del escritorio. La tensión es insoportable—. Quiero verla desnuda ahora mismo, por favor.

—Sólo conseguirá aumentar su agonía —recapacita más serena—. Usted está lejos, no me va a poder tocar. ¿De qué le va a servir?

—Me aliviará. Quiero que se toque para mí.

Sus mejillas se tiñen de un rosa dulce, precioso. Maldita sea.

—Gisele, se lo estoy pidiendo por favor, ¿no ve lo necesitado que estoy?

Me parece ver que se sacude cuando se arrodilla delante del portátil. Cada uno de los músculos de mi cuerpo se agarrota. Gisele sonríe con bastante timidez y, moviéndose con una sensualidad que podría hacer que me corriera sin haber empezado, lanza las prendas de las que se va desprendiendo. La agonía elevada a su máxima potencia se apodera de mí.

—¡Cómo quisiera desnudarla yo! —gruño, dejándome llevar por la placentera sensación que invade mis sentidos al tenerla así de nuevo—. Su cuerpo me tortura noche y día.

Su semblante se tiñe de algo que no sé descifrar, ¿decepción, tristeza? ¡¿Por qué?!

Con ella las preguntas nunca terminan.

—Es un pecado. —Desconcertada, me observa cuando se queda completamente desnuda, a mi merced pese a la distancia. Estoy a un mísero paso de perder el control—. Túmbese hacia atrás y abra las piernas. Luego tóquese despacio.

Ella obedece como pocas veces, regalándome otra imagen para el recuerdo, de las que se graban a fuego lento. Abre las piernas y se lleva una mano hasta su húmedo sexo. Sé que lo está, puedo percibirlo incluso desde aquí. Su rostro es el placer en estado puro. ¡No puedo más! Y la necesidad de masturbarme aumenta con su gemido.

—Dígame qué piensa —le ordeno ronco.

—En usted. —Estoy perdido, ella consigue que me ablande como no debo. Se roza en círculos, encendiéndome hasta que mi cuerpo siente como si estuviera ardiendo de verdad—. Pienso que es usted el que me está tocando para luego hacerme suya...

—Gisele, qué tortura... Pellízquese los pechos, por favor.

Sucumbo y me abro la cremallera. La situación ya es insoportable. Me frustra lo que mi cabeza está ideando después de que acabemos con esta videoconferencia. Ella no cesa en sus caricias, me torturo sabiendo lo lejos que estamos... Es tan delicada acariciándose los pezones que sé que mis manos no merecen volver a recorrer su piel..., aunque eso está muy lejos de lo que estoy planeando hacer.

—Quisiera tenerlo aquí. Quisiera tocarlo, me hace falta.

Me contempla. Intento mostrarme indiferente. Odio estar deseando tanto esto.

—Yo también, Gisele.

¡Quisiera tantas cosas que no debo! Tenerla, tocarla, sentirla, olerla. ¡Joder, sí! La extraño con todas y cada una de las letras, con lo que ello conlleva. Aun así, me contengo. No puede saberlo... ¿Es lo que espera? Me contempla angustiada. Y yo... callo.

—Introdúzcase un dedo y acabe con esta agonía.

Acelero el movimiento a la misma vez que ella vuelve a obedecer, metiéndose un dedo, otro más... Mi cuerpo se tensa, la respiración se me acelera y me incorporo cuando voy a correrme. Ella jadea frente a la escena, rompiéndose también.

—Matt...

Solloza mi nombre, lo pronuncia entre gemidos que destrozan mi poca entereza.

—Señorita Stone, no tengo más tiempo. Dentro de unos días nos veremos.

—Pero...

—Adiós.

Sé que me odiará en cuanto termino la conexión, pero no imagina cuánto la aborrezco yo por hacerme sentir esto, por obligarme a no postergar mi marcha ni un segundo más.

Me doy una ducha con urgencia y mando un mensaje a Denis para que avise a Diego Ruiz de que ya tengo a una modelo... Es una decisión de la que me arrepentiré; conociéndome, estoy seguro de ello. Sin embargo, en este momento no pienso con claridad. Ya no puedo soportar esto. ¡Estoy perdiendo la razón! Y la única culpable es Gisele Stone. Maldigo el día en que apareció como chica de servicio, pues soy débil ante ella y sé que no será fácil dejarla marchar... ¿Y si mantenemos contacto esporádico cuando eso llegue...?

—¡Tenemos que hablar, joder! Y no me puedes fallar. Tú no.

Antes de ir al aeropuerto gasto dinero en regalos, muchos. Quiero que me reciba bien. Denis no entiende nada, pero me apoya en mi decisión de volver de forma tan repentina.

Entonces me doy cuenta de que tiene razón... Quizá me he equivocado últimamente con él.

***

El vuelo de regreso se hace como mi estancia en Nueva York, interminable. Finalmente llego a casa, con sigilo y a escondidas, como si fuese un ladrón. No tardo en colarme en la habitación de Gisele. Ella duerme y la sensación de estar entre sus brazos me consume. Con cuidado, abrigo su cuerpo con el mío y hundo el rostro en su cuello. Joder, joder y joder. Llevo tantas noches

pensándola que no me hago a la idea de estar aquí, con ella. Inhalo muy fuerte, impregnándome de su olor, reconociéndolo como algo muy mío.

El vacío que había en mi pecho va desapareciendo... «Matt, sólo quiere dinero.» Justo ahora, no me importa; le daría cuanta pasta quisiera..., aunque ese cruel pensamiento me lastima... Cuando estoy terminando de acurrucarme, Gisele se agita, se tensa.

Instintivamente le cubro la boca con la mano derecha para que no grite. Imagino que percibe que soy yo o tal vez reconoce mi tacto, ¿es posible?, pues Gisele se relaja.

—Chist, soy yo, soy yo. —Gime y me abraza tan fuerte que me estremece la ansiedad con la que ella también esperaba este encuentro—. Siento haberla asustado, perdóneme.

—Está aquí, ha vuelto.

La envuelvo con mis brazos, ciñéndome a ella. Quiero creer que es sincera.

—¿Qué hace aquí? ¿Qué hora es?

—Las siete de la mañana —susurro. No puedo evitar abandonar besos por su delicada garganta. Esto es el puto paraíso. Ella gime como respuesta a mi ternura—. Ya nada me retenía allí. Tengo todo lo que necesito para el proyecto, pero supongo que ahora no es momento de hablar de ello, ¿verdad?

—No. —Me rodea con las piernas y pierdo la batalla. Me rindo, por hoy y sólo por hoy, a ella —. En apenas una hora empiezo la jornada, pero necesito sentirlo, abráceme.

¿Qué le ocurre? Alzo la mirada, confuso, afligido y aturdido. Temo este nuevo sentimiento que desconozco y que no quiero aceptar como parte de mí.

—Le he hecho creer que tenía que irme y la he dejado plantada después de hacerla tocarse para mí. Pero usted no me echa ninguna bronca, no me hace ningún reproche. ¿Por qué siempre me recibe así? —Fricciono mis labios contra su mejilla. Maldición, qué suave está. ¡Cómo la anhelaba!—. Soy brusco, frío y distante con usted. Sin embargo, en todo momento me acoge con una sonrisa, nunca pide nada a cambio. Dígame por qué.

—No lo sé, no pregunte... Estoy confusa.

Las manos le tiemblan cuando me enmarca el rostro, tierna, dulce, y me besa. Juguetea con el contorno de mi boca y provoca mi lengua. Hoy no puedo ser el salvaje que está acostumbrado a ver, no me nace. La necesito así. Entonces... una lágrima rueda por su mejilla, aunque ignoro haberla visto. Mi corazón está sufriendo. Yo, derrotado.

—Lo he extrañado —confiesa. Simplemente asiento, descansando mi frente contra la suya. No me salen las palabras—. ¿Qué busca?

—Sexo no, hoy no.

—¿No habrá...?

Me aprisiona con cada una de las partes de su cuerpo, enterrando sus dedos en mi cabello. Hay demasiada intimidad entre nosotros, una conexión que nos asusta.

Sé que no soy el único que tiene temores... No puede estar fingiendo esto. Me destroza pensar que el dinero es lo único que la condiciona a comportarse así conmigo.

—No puedo más —gruño casi suplicándole que detenga esto. Yo no tengo fuerzas ni capacidad ya—. No puedo más.

—¿Qué quiere decir?

—Dígale a Noa que se encuentra mal —musito obviando su pregunta, y me recuesto contra su pecho, en el que su corazón late muy deprisa. Estoy tocado emocionalmente y la confundiré con mi respuesta—. Necesito dormir un poco y quiero hacerlo con usted.

Me masajea la cabeza, en la que siento un dolor incesante, y me cerca con sus brazos. Quiero

creer que, por un momento, tiene el mismo miedo a perderme que yo a ella, aunque no tenga sentido y, cuando despertemos, todo cambie. Es una locura pensar que podría funcionar. «¿Qué me estás haciendo, Gisele?» Aquí encuentro una paz que me sorprende. Hace mucho que no me siento así..., lleno de calma, sin ira, con los puños relajados.

—Llámela —imploro de nuevo—, quédese, por favor.

—¿Por qué?

—Porque la necesito.

—A-Aquí estaré.

Capítulo 7

Tal vez

Me odio, me desprecio y me maldigo. ¡¿Hasta cuándo haré daño a la gente que me rodea?! De vuelta en mi dormitorio unas horas después, la situación ha dado un vuelco. Era de esperar. Cómo no... es culpa mía, lo asumo.

—¿Matt? —Me incorporo al oír la voz de Karen tras la puerta—. ¿Estás ahí?

—Pasa.

Entra y se sienta a mi lado en la cama. No me atrevo a mirarla.

Sé que viene por lo ocurrido hoy con Gisele. Nos ha pillado juntos en su habitación, mientras ella lloraba por una de mis extrañas reacciones. Después de mi tranquilo regreso, al despertar, todo se ha torcido... y es que en el fondo esto está predestinado a acabar, me digo mientras repaso mentalmente nuestra conversación...

***

—Gisele, sé que mañana es su día libre, pero me gustaría que hiciésemos el reportaje. De lo contrario, tendríamos que esperar hasta el próximo domingo y lo necesito cuanto antes. ¿Tenía planes? —le he comentado. Ella ha fruncido el ceño—. ¿A qué viene esa cara? ¿Con quién ha quedado?

—Me está tocando el pecho, excitándome, ¿qué cara quiere que ponga?

—¿Qué va a hacer mañana? —la he presionado y la he embestido con las caderas, posesivo, recordándole que yo era su prioridad. Así era nuestro pacto—. ¿Con Thomas?

—¡No! Deje de suponer tonterías.

—Le repito la pregunta...

—E-s-t-u-d-i-a-r, y deje de tocarme así.

—¿Estudiar?

—Sí, esperaba la confirmación, pero ahora sé que en octubre empezaré por fin un máster que llevo dos años queriendo hacer. Hasta este momento, por motivos económicos, no he podido. —No he dejado un hueco entre su cuerpo y el mío, divertido, hasta que he sido consciente de lo que suponen sus planes de futuro—. Quería ponerme al día, aunque puedo dejarlo para otro momento... ¿Puede detener ese dedo juguetón?

—Así pues, se va a ir —le he reprochado con rudeza—. ¿Cuándo será eso?

—Claro que me iré. ¿Cree que me voy a quedar aquí limpiando eternamente?

—¡¿Cuándo?! —he insistido y le he levantado el mentón—. ¡¿Cuándo?!

—Bueno... La universidad empieza en octubre. —Le ha costado hablar, y a mí, pensar. Todavía no estaba preparado para esa conversación, no tan pronto. Se irá..., me dejará—.

Supongo que tendré que irme en septiembre. Aunque mis padres viven en Lugo, la universidad queda lejos. Tendré que buscar apartamento y acomodarme un poco... Cuando empiecen las clases quiero estar totalmente instalada y tenerlo todo preparado para concentrarme únicamente en los estudios.

A Lugo... No va a estudiar aquí. Descompuesto y lleno de ira, la he soltado y me he alejado. Ella ha perseguido mi mirada, pero yo estaba completamente ido. Se irá y me dejará pronto.

—¿Qué? ¿Qué he dicho? —ha preguntado desconcertada ante mi estado y, sin pensármelo, he estampado un puño contra su armario. El dolor ha quedado en un segundo plano comparado con lo que he sentido por dentro. Gisele se ha colocado delante de mí, obligándome a detener el siguiente golpe. ¡No tiene derecho a marcharse tan lejos! ¡Debería habérmelo dicho antes! Se irá... como se fue mi...—. Por favor, por favor, pare. Va a venir su familia...

—¡Apártese!

—¡No, dígame qué pasa!

He apoyado la frente en la pared y, controlándome en cierta medida, he golpeado mi palma izquierda con el puño derecho. La impotencia me ha consumido al saber que no puedo hacer nada. ¡Es lo mejor!, pero no he sido capaz de verlo. ¿Cómo será despertar sin estar ella sirviendo?, ¡¿sin ni siquiera poder quedar de vez en cuando?! Y allí sigue su ex, ¡volverán!

Me ha quedado claro que sólo me ha utilizado temporalmente... El dinero de nuevo. Eso, unido a otra palabra que me ha partido el alma en dos: una partida, despedida..., abandono.

—Gisele, ¿qué ocurre...? —La voz de Karen, quien ha enmudecido de repente.

Me he quedado estático hasta que me he armado de valor, observándolas a las dos de hito en hito. Gisele se encontraba sentada en el suelo, llorando y arropándose con su propio cuerpo, asustada. Mi madre nos ha contemplado horrorizada, aunque a pesar de ello nos ha dado espacio para que pudiésemos hablar... Lo hemos hecho y Gisele me ha perdonado, pero jamás olvidaré que, por mi culpa, por enseñarle de nuevo mi peor versión, ha vuelto a llorar...

Es un pesar que siempre llevaré conmigo...

***

Ahora, horas después, me enfrento a Karen y sé que he de contarle toda la verdad.

—Hijo, necesito que hablemos —me dice.

Asiento. Le debo una explicación y, sobre todo, una disculpa.

—¿Qué ha pasado con Gisele? —pregunta afectuosa.

Suspiro. ¿Cómo empezar? Es todo tan extraño y complicado.

—Gisele y yo tenemos algo. Y debo reconocer que no me he portado bien con ella.

Apesadumbrado, pienso cómo se lo tomará. Karen siempre ha sido un apoyo incondicional para mí, aunque en esta ocasión no me lo merezco.

—Cuando Gisele empezó a trabajar en casa, la deseé nada más verla. Era tan alegre, a la vez que desobediente, que me dejé llevar por los impulsos. Estaba pasando un mal momento con Alicia y ya el primer día, apenas durante los primeros minutos —hago una pausa; resulta muy difícil expresarlo en voz alta—, pensé que me provocaba; ya sabes cómo soy a veces..., así que le dije a Gisele lo que quería de ella.

Karen se sorprende, pero no deja de acariciarme, con la ternura de la verdadera madre que es para mí. Estoy convencido de que no se imagina cómo siguió la historia.

—La acorralé entre la puerta y mi cuerpo y la toqué sin su permiso. Por favor, no me

preguntes qué me pasó, porque no lo sé. Soy consciente de que fue cruel por mi parte, pero había tenido un día horrible con lo de Alicia y apareció esa joven, desafiándome... y quise desquitarme, pero fue un gran error. Estaba fuera de mí.

Sus ojos se abren de asombro ante mi vergonzosa confesión.

Con un duro apretón, me alienta a continuar.

—Huyó de mí, pero por la noche entré en su habitación y, con mi insistencia, conseguí que se me entregara. —Me paso la mano por el pelo, atormentado—. A pesar de todo, me recibió bien, y lo hace cada vez que la busco... En realidad, tenemos un pacto o trato, como lo quieras llamar, pero ese detalle me gustaría que quedase entre ella y yo.

Me atrevo a mirarla de nuevo y sé que la he decepcionado.

—Karen, lo siento; tengo claro que ésa no es la clase de educación que tú y William me habéis dado, pero no sé qué mierda me pasa con Gisele.

—El día de tu cumpleaños, cuando rompiste el jarrón, estabas con ella, ¿verdad? —Asiento, sorprendido—. ¿Qué ha ocurrido hoy?

Otro de mis ataques...

«Dígame, ¿se ha puesto así porque le he dicho que me voy? —me ha implorado Gisele durante mi monumental enfado—. ¿Ha sido eso?»

Me he callado, ¿qué iba a decirle?

«Matt, contéstame, por favor», ha insistido.

«No. ¡Mierda! ¡No!», ha sido mi respuesta, pero mentía... Ahora lo sé.

—Ya sabes cómo reacciono cuando siento que algo se me va de las manos. No soy capaz de reprimirme ni sé qué me sucede —miento con dolor—. Gisele me ha dicho que no estará mucho tiempo aquí, que regresa a Lugo, no se quedará en Málaga. No me lo esperaba.

—Sí, así es —confirma Karen, destrozándome—. ¿Cuál es el problema, Matt?

Me levanto, frustrado.

—No quiero que se vaya —confieso, mirando a través de la ventana—. No me preguntes por qué, pues ni yo mismo lo entiendo. Sólo sé que me siento bien con ella, que me hace sentir vivo... Añoro la alegría que desprende cuando no la tengo cerca. Creo que me estoy obsesionando con esa chica y eso no es nada bueno, pero no tengo forma de detenerlo.

—¿Y ella, hijo? ¿Qué siente?

«Nada —me recuerdo a mí mismo, maldiciéndome—. Necesita dinero.»

—Imagino que deseo. Sé que le gusto y que está bien a mi lado, a veces, no siempre, pero me parece que no hay nada más. Gisele está aquí porque necesita el dinero para pagarse los estudios. En realidad, nada la retiene —reconozco con pesar—. Por otro lado, tampoco sé qué es lo que quiero de ella, o cuánto tiempo lo querré.

Karen se me acerca y me aprieta el hombro, dándome fuerzas; apenas tengo.

—Cielo, aclárate y valora por lo que crees que vale la pena luchar. Tal vez Gisele pueda hacerte cambiar. Hoy no sólo la he visto asustada, sino también preocupada por ti.

En este momento, la veo en el jardín de abajo, hablando por teléfono. ¿Con quién?

—No le hagas daño, parece buena niña. Y, sobre todo, no te hagas más daño a ti mismo... Intuyo que lo habéis arreglado, ¿verdad?

—Ha sido generosa y justifica mis cambios de humor. Ha puesto mi mundo del revés.

—Quizá entienda tu pasado mejor que tú mismo... Es preciosa.

Karen también la está mirando.

—Lo es... Verla llorar me ha desarmado —susurro, y se me rasga la voz—. Aun así, ha sido

ella la que me ha consolado a mí. Me ha abrazado con una ternura... y con tanta desesperación... Me he sentido avergonzado de mi comportamiento. Está tan llena de vida y de alegría que le da la vuelta a todo. Me entiende como nadie lo ha hecho antes, aparte de vosotros.

—No la dejes marchar, hijo —me aconseja, aumentando la presión en mi hombro. La miro y sonríe—. Me gusta ver cómo te planteas las cosas. Me encanta tu forma de hablar de ella. Hay algo más en Gisele, Matt, sé que lo hay. Ella se preocupa por ti y tú por ella. Con Alicia nunca te he visto así.

—Es diferente... En poco tiempo ha conseguido lo que no ha podido Alicia en años.

—Eso es bueno.

—No la regañes por lo ocurrido —le comento suspirando—. Está inquieta.

Karen niega sonriendo. Parece ocultar algo que a mí se me escapa.

Vuelvo a mirar por la ventana y Gisele ahora está sentada en el banco. Veo cómo me espía de reojo, derrochando luz. ¿Qué voy a hacer con ella? ¡¿Y conmigo?! Me doy la vuelta. Me tiene impresionado. Y la charla con Karen me deja todavía peor de lo que estaba.

No sé qué hacer. Para colmo, cuando voy a mi despacho, aparece Alicia.

—Parece que no te alegras de verme —suelta, mientras permanecemos sentados frente a frente, como dos extraños—. ¿De verdad quieres hacer algo para salvar lo nuestro?

—Alicia, creo que esto tiene que terminar aquí. Ambos sabemos que jamás volveré a confiar en ti. Tampoco entiendo cómo he podido creer que podría fiarme de Sam. Mi amistad con él acabará en cuanto nos reunamos, al igual que lo nuestro muere ahora mismo. No puedo seguir con esto; he sido un idiota... y alguien me ha hecho entenderlo.

Ella rodea el escritorio y se apoya en él, entre mis piernas. Resoplo asqueado.

—¡No! ¿Es por la mujer a la que le pagas para tener sexo? —Su imagen irrumpe en mi mente sin previo aviso, sobre todo al tener a Alicia frente a mí en la misma postura en la que Gisele estuvo días atrás—. ¿Quién es?

—No tiene nada que ver con ella, esto es entre tú y yo. Aquí ya no hay nada que hacer. —Sonríe perversa y adivino qué va a hacer—. ¡No! No quiero que me toques. No quiero juegos. Aquí acaba todo, tanto si te gusta como si no. Ahora, vete, por favor.

—¿Qué te da ella que no te dé yo? —pregunta alzando una ceja—. ¿Esto?

Su pie derecho se posa en mi virilidad y ante mí reaparece la viva imagen de Gisele... tan hermosa como de costumbre, trayéndome de vuelta un recuerdo reciente...

***

—Tú no eres mi dueño —me dijo entonces, provocándome, mientras deslizaba el pie derecho por encima de mi pantalón—. Tú eres mi jefe, que es muy diferente.

Mis ojos se cerraron al sentir cómo trazaba eróticos círculos sobre mi masculinidad, ya excitada. Sin ninguna vergüenza, me cogió la mano y se la metió dentro de la braguita. Gimió y la contemplé.

—Ya está mojada para mí. —Me podía y, al moverse, perdí la cordura. Sí, Gisele era especial —. Este pie me está matando.

—¡Ah! —jadeó, al notar cómo mi dedo se introducía en ella con soltura. Estaba preparada, receptiva. Gruñí—. Humm, qué salvaje... Me gusta.

Se tumbó despacio hacia atrás, sin apartar el pie de mi miembro... provocándome, excitándome...

***

¡Un momento!

Cuando abro los ojos, regreso a la realidad y descubro que no es ella quien me toca. Alicia está frente a mí, besándome con pasión. Me descubro devolviendo el beso con la misma entrega, creyendo, pensando, que es Gisele. Me levanto y la aparto con repulsión.

¿Cómo me he dejado llevar por un puto recuerdo?

—¡Basta! —grito, sintiendo asco de mi propio comportamiento. ¿Cómo se ha podido colar tan real Gisele en mi mente? Me enferma mi debilidad por ella—. ¡Alicia, vete!

—Matt, tienes que saber una cosa. Estoy embarazada y no sé si es tuyo o de Sam... —¡No! ¡No! ¡No! El mundo se me viene encima—. Ahora no puedes dejarme. Sabes que lo más probable es que tú seas el padre... Él y yo, en fin, no fue más de...

Ya no la oigo, únicamente pienso en Gisele. ¿Romperá nuestro pacto al enterarse de esto? Un instante después he perdido de nuevo el control, destrozando el despacho como de costumbre. La sensación de vacío me inunda. Sé que no me lo perdonará.

«¡Es lo mejor, joder! ¡Que se vaya!»

Sin embargo, necesito lo contrario.

***

La mando llamar a través de su amiga Noa; no tengo consuelo alguno, pues temo su reacción. ¡Esto no puede estar pasando! En cuanto ve el desorden en la estancia, su sonrisa se evapora. Me conoce lo suficiente. Ha aprendido enseguida.

—Gisele, por favor, cierre con llave y siéntese, no quiero que nadie nos moleste. —Intento mantenerme serio, sin romperme, aunque no sé por cuánto tiempo—. Por favor —repito.

Accede y se acomoda delante de mí. No soporto ni mirarla, por lo que me incorporo y la beso, triste, apesadumbrado. La acerco por la nuca, demostrándole sin palabras lo arrepentido que estoy de lo que voy a confesar... Ella me corresponde, aunque extrañada.

—Lo siento —murmuro. Ella se levanta enseguida, poniéndose a mi altura—. No quería que...

No puedo ni pronunciar la frase. No me sale la voz. Gisele se adelanta, alterada.

—Ha estado con ella... —adivina mostrándose entera. Asiento sin tener el valor de mentirle. No se lo merece. ¡Soy un miserable, joder!—. Supongo que era de esperar.

—¿No le importa? —Levanto la mirada, desconcertado.

—¿Debería? Son novios, esperaba que un día sucediera.

Los músculos se me agarrotan ante su pasotismo. No quiero lastimarla, pero, si ella no demuestra lo contrario, eso significa que lo que hemos vivido no es verdad..., que mentía.

—Gisele, ¿por qué es así? Nunca antes la he sentido tan fría. Sé que he roto mi promesa y quería que lo supiese de mis propios labios —intento excusarme, sin saber a dónde nos llevará esto—. No me he acostado con ella, pero sí la he besado y me ha tocado...

Se lo cuento todo, incluido lo del embarazo. Mi corazón se desgarra con el suyo cuando finalmente deja de fingir indiferencia y se rompe delante de mí. Le pido perdón de todas las maneras posibles, trato de convencerla sobre lo que imaginaba... ¡Era ella a quien besaba sin tenerla! No me cree. La he decepcionado y tengo miedo..., demasiado.

—¿Está llorando? —le pregunto desesperado.

—No.

¡Me miente! Veo sus lágrimas, las mismas que elimino con rabia.

—Gisele, ¿tanto daño le he hecho?

—No eres tú, soy yo.

Se aleja de mi toque, evitándome. «No me rechaces.»

—Está muy pálida, ¿se encuentra bien? Gisele, ¿qué...?

—Hoy no me sentía muy bien ya antes de venir aquí, eso es todo. —No entiendo su tranquilidad cuando yo estoy destrozado. ¡¿Acaso no lo ve?! Me enfurece que no me reclame mi error, que no reaccione como necesito... hasta que, finalmente, explota—. ¿Qué espera que le diga? ¿Que me duele? ¿Que lloro por usted? No sea egocéntrico. Nosotros teníamos un trato o pacto, como lo quiera llamar, usted lo ha roto y yo ahora no sé si quiero seguir con esto. ¡Por Dios, su novia está embarazada!

—¡Mierda! ¡Le he dicho que ni siquiera ella sabe quién es el padre! No le estoy pidiendo una vida entera, sino el tiempo que le quede de estar aquí. ¿Es tanto pedir?

Algo cambia en ella, algo que se me escapa de las manos. Gisele se muestra ausente, pensativa, como si fuese consciente de un hecho que hasta el momento no sabía. ¡¿Qué?!

Incluso su rostro se contrae de dolor.

—Gisele, míreme.

No lo hace y acabo como siempre..., incluso golpeo el escritorio. Casi lo vuelco. Me vuelven a sangrar las manos; sin embargo, mi frustración tiene otro nombre.

—¡Odio verla tan fría! ¿Cuándo ha sido usted así conmigo? ¡Nunca, a pesar de cómo la he tratado tantas veces!

—¿Cómo se sintió usted cuando creyó que yo estaba con Thomas? —replica, y me lastima con su comentario—. ¿Lo ve? Con esta frialdad se comportó usted. Es más, me insultó y me dijo que no podía confiar en mí sin siquiera dejar que me explicase. Ahora me dice que ha roto el pacto y que podría ser padre, ¿cómo quiere que me lo tome?

—¿Cómo puedo hacerle entender que el niño tal vez sea de otro? Ella y yo ya no estamos juntos, lo hemos dejado —insisto para que entre en razón, aunque no me lo merezca—. ¿Cree que puedo seguir con una mujer que no sabe quién la ha dejado embarazada?

—Yo no estoy en su cabeza, no sé lo que piensa.

—Me haré cargo de su embarazo porque hay muchas más probabilidades de que ese niño sea mío que de Sam. También lo hago porque no quiero que nadie sepa lo pérfida que es Alicia, no puedo crearle mala fama y que luego el bebé cargue con las consecuencias. —¡Como sucedió conmigo, joder!—. En cuanto esa criatura nazca, se le harán las pruebas necesarias y, si no es mío, que su padre se haga cargo de él. Punto final.

«¿Y si lo es? No puedo fallarle ni darle la vida que me dieron a mí.»

Gisele me pide tiempo, poder reflexionar, y sé que eso juega en mi contra, especialmente cuando analiza mi estado, mis nudillos..., esos que ya ni sufren después de tantas heridas y marcas.

Me siento en el sofá, cubriéndome la cara con las manos. Me tiemblan.

—No ha sido nada, nada —repito—. Estaba con usted, no era ella. No, Gisele.

—¿Y qué me está pidiendo entonces? Nunca sé qué pretende.

¡Yo tampoco!, de modo que me mantengo en silencio.

—Estoy en mi horario de trabajo, tengo que irme y, sobre todo, no quiero tomar una decisión a la ligera. —Tomo aire. El cuerpo me pesa, apenas tengo fuerzas... aunque, si se marcha por esa

puerta, no sé qué será de nuestro pacto...—. No se acerque, no ahora.

—Gisele, no lo piense demasiado o me volveré loco —le pido, y acuno su cara entre mis sucias manos. Parece tan vulnerable...—. ¿De acuerdo?

—¿Por qué? ¿Tanto me necesita?

—Usted me hace sentir diferente, me siento bien a su lado... Me hace olvidar, me transporta con su alegría.

Me acaricia la mejilla, acelerando mi corazón. ¿Me está perdonando? Desconozco qué ve en mis facciones, pero las suyas se angustian al mirarme a los ojos.

—Yo también me siento de otra forma cuando estamos juntos. Suelo ser atrevida, pero no tanto como con usted... Me provoca contradecirlo, me gusta discutir para luego terminar besándonos como posesos... Pero hoy, ahora, he entendido que es una locura y estoy confusa. Deme unos días, sólo unos días para aclararme y entender qué es lo correcto...

—Está bien —mascullo fríamente—. No piense en lo correcto, haga lo que sienta.

—A veces, dejarse llevar no es bueno, sobre todo con respecto a usted.

—¿Vamos a discutir de nuevo?

—No... Yo voy a...

—Béseme antes de irse. Por favor, Gisele, hágalo. —Quizá sea la última vez y el mero hecho de imaginarlo me parte en dos—. Gisele.

Le miro los labios, aproximándome a ellos temiendo un rechazo.

—Mía, quiero que siga siendo mía —imploro—. Todavía no quiero perderla.

La ciño a mi cuerpo hasta que ni siquiera puede moverse. Sin poder soportarlo más, sujeto su mandíbula y la beso con toda la desesperación que siento. Le suplico entre vehementes besos que me perdone o perderé la cabeza, si es que no lo he hecho ya...

—Para —jadea contra mi boca. Mi ansiedad se multiplica y la posesión me domina—. ¡Basta!

Me alejo de repente, disfrazando mis sentimientos..., el sufrimiento que me supone su rechazo.

—Esté pendiente del móvil. Cuando llegue Denis, la avisaré. Porque sigue queriendo hacer el reportaje, ¿verdad?

—Sí —responde cortante.

—La estaré esperando. —¡No la reconozco!—. No lo olvide, por favor.

«Yo no lo hago.»

***

Quizá es una de las noches más largas de mi vida. La paso sentado en la cama, con la mirada perdida en la puerta, esperando que en cualquier momento venga a buscarme..., pero amanece y no hay rastro de Gisele Stone. Ganas de irrumpir en su habitación no me faltan; no obstante, sé que eso no mejoraría la situación. Más tarde ni siquiera desayuno con mi familia; aunque vivimos juntos, apenas coincido con ellos. Me refugio en la soledad y, últimamente, en la compañía de Gisele...

Nuestro encuentro no es como imaginaba. Denis está con nosotros y me muestro como el jefe arrogante que finjo ser delante de él.

Mi atuendo es formal, igual que mi comportamiento. Aun así, no aparto mis ojos de Gisele en ningún momento..., sobre todo cada vez que se prueba un nuevo vestido para posar con él. No soporto la idea de que otros muchos la vayan a ver así. ¡Me enferma!

—¿Podemos hablar a solas? —me pregunta en una de las ocasiones que nos cruzamos. Niego frente al equipo de profesionales que nos acompaña—. Bien, entonces hablaré aquí. ¿Qué coño le pasa?

No doy crédito. En el estudio reina el silencio debido a su insolencia. Nadie puede creer que una empleada se esté dirigiendo a mí con esos modales... De ser otra...

—Vamos. —La sujeto de malas maneras del brazo y la encierro en la habitación donde está el cambiador y sus vestidos, todos ellos llamativos..., sensuales—. ¿Qué mierda hace? ¿Cómo se atreve a desafiarme de esta forma delante de ellos?

—Usted tiene la culpa, le he pedido que hablásemos a solas. ¿A qué viene este cambio? Ayer me pedía que no rompiese el trato y hoy me trata con indiferencia. Campbell, yo no soy una muñeca que usted pueda manejar a su antojo.

—Gisele, Gisele, colma usted mi paciencia.

—Pues a mí ya no me queda ni una pizca.

¡¿Acaso no ve que estoy muriendo de celos?! Agitado, la atrapo contra mí y recorro cada centímetro de su boca con mi lengua. Detesto su provocación durante toda la sesión... Tiene que saberlo, y es lo único que ha hecho. ¿Ha tomado entonces una decisión?

—Yo tampoco lo soy, señorita Stone; no lo olvide, nunca seré su muñeco. —Me alejo sin más, frío—. Ahora vístase y acabemos con esto de una maldita vez.

Me largo y la dejo justo como se merece...

El resto de la jornada no va mejor. Ella parece que lo hace a propósito, incluso conociendo mi temperamento. Durante ese tiempo, apenas me ausento unos segundos para tomar la medicación... En dos días tengo terapia y necesito confesar todos estos nuevos sentimientos que estoy experimentando, y pedir ayudar para saber gestionarlos.

Cuando todo acaba y nos despedimos del equipo, ya no puedo contener mis ganas de saber qué está ocurriendo, qué pretende con su actitud y por qué me martiriza así. Estoy furioso por lo que está causando en mí.

Pese a todo, he podido controlar mi rabia, no liberarla.

—Al fin... —musito, y reviso su cuerpo de pies a cabeza. Está explosiva, impactante. Va con medias, vestido muy corto, el cabello suelto y cofia—. Es hora de que usted y yo hablemos, ¿no le parece?

—La verdad, sí. A ver si logro entender a qué viene este genio de león enjaulado.

Su comentario me hace gracia, aunque no es momento de ironías.

—Gisele... No sé cómo pude acceder a esto, no he podido equivocarme más. —Me acerco a ella serio. Da pasos atrás, ofuscándome—. Ha sido una auténtica tortura verla tan atrevida y saber que no lo era sólo para mí.

¿Está temblando?

—¿Cómo puede parecer tan inocente y sensual a la vez? ¿Tan niña y mujer? Me encargaré de comprar todas y cada una de las revistas, para que ningún hombre la vea.

—Está loco...

—Ya lo creo que sí. —Mis ganas de estar con ella me consumen, pero quiero más...—. Bueno, parece más relajada. ¿Ha pensado en lo que hablamos ayer?

Asiente con la cabeza y descansa su cuerpo contra la pared. Se acabó el juego.

No tiene más espacio para huir.

—Pero primero quiero saber a qué ha venido todo lo de hoy. La furia, esa frialdad conmigo después de cómo terminamos ayer. Al llegar me he mostrado simpática. —¡Ahí está el problema!

¿Acaso ella no lo ve? Me dejó anoche y hoy... ¿A qué se debe su cambio?, ¿en qué se ha basado? No quiero imaginar que sea por el dinero—. ¿Qué le he hecho?

La sujeto con fuerza por la cintura y todo mi cuerpo se agarrota. La deseo tanto...

—No he dejado de pensar en usted toda la maldita noche. Una noche que íbamos a pasar juntos. —Le chupo y lamo el labio inferior—. Luego vengo aquí y la encuentro vestida así de provocativa. ¿Cómo cree que me he sentido durante la sesión de fotos? Me he creído morir, Gisele, morir al verla tan sensual y perfecta posando.

Un gruñido se le escapa de lo más profundo cuando se abraza a mí y hunde su nariz en el hueco de mi garganta. Agonizo por esto; sin embargo, necesito respuestas.

Me retiro un poco y busco su mirada.

—¿Me ha perdonado? —reclamo.

—¿Usted qué cree?

—Dígamelo.

—No vuelva a fallarme —puntualiza, y resbala los dedos por mis ansiosos labios—. Empecemos de nuevo.

—Estaré a la altura. —Más relajado, me rozo con su nariz. Me sigue perteneciendo—. Quiero hacerla mía aquí y ahora, como lo hubiese hecho ayer toda la noche.

Ruedo la mano por su fina cintura y voy bajándola poco a poco. Recorro sus muslos muy cerca del triángulo de su exquisita intimidad.

—No...

—¿No? —repito creyendo que está retándome como de costumbre. Lo intento de nuevo. Me rehúsa. Algo no va bien—. ¿Por qué me rechaza?

—Ayer me...

—¿A qué está jugando, Gisele? —Me aprieto las sienes y la observo angustiado. Mi mente me dice que está aprovechándose de mi debilidad, jugando conmigo—. ¡¿Qué más quiere de mí?! ¡Le he suplicado y trato de comportarme!

—Campbell, no tiene nada que ver con...

—Entonces, ¡¿qué es?! Odio que me rechace y ahora lo está haciendo, ¡¿por qué?!

—Estoy con el...

—¡Calle!

—¡Déjame hablar, joder!

No sé si con la intención de sosegarme, sitúa la mano en mi pecho. Enloquecido, la sujeto, también la otra, y las encarcelo por encima de su cabeza, para colocarme luego entre sus rodillas, inmovilizándola en todos los sentidos. Ella parece asustada... pero lo dudo.

¡¿Por qué tendría que estarlo?!

—No seas brusco —me amenaza seria—. Suéltame ya.

Me rozo con ella y le beso el cuello, la clavícula. Dios, adoro su olor. La sensación que me produce su proximidad.

—Campbell, no. —La frialdad al pronunciar mi nombre me obliga a dar marcha atrás. No entiendo qué está pasando; por más que lo pienso no le encuentro sentido a su rechazo—. Suéltame, no me apetece seguir aquí.

—¡¿A qué viene esto?! —La encierro colocando ambas manos contra la pared, ella en medio de ambos brazos—. ¿Qué es lo que le falta? ¿Quiere más dinero? ¿Lujos? ¡¿Es eso?!

Su rostro se tiñe de rojo, incluso se horroriza. Finalmente me da un bofetón.

—¡Cerdo! —me grita llorando. Me quedo estático. No imaginaba que le estaba causando daño

alguno. Su mirada me hiela la sangre. Está dolida, decepcionada, frustrada. «¡¿Qué has hecho, Matt?!»—. ¿Cómo te atreves? ¡¿Cómo?! ¡Muy pronto te vas a dar cuenta de lo equivocado que estás conmigo y ya será tarde! ¡No querré verte nunca más!

—Discúlpeme, Gisele —imploro, y me aferro a sus manos con agonía. Su frase es mortal—. Me ha cegado pensar que ya no me desea. ¿Es eso? Gisele, ¿ya no me desea?

—¡No me toques! ¡Te acabo de decir que quería seguir con esto, contigo, pero ya no! ¡Nunca me dejas explicarme, te deseo tanto como te odio en estos momentos!

—¡¿Por qué me rechaza entonces?! —Hundido y sin saber cómo calmarla, acuno su cara. Niego con la cabeza al analizar su expresión; le repugna mi actitud. ¡¿En qué he fallado ahora?! —. ¿No ve cuánto la deseo? ¿No ve lo que hace conmigo?

—Lo que veo es lo que tú estás haciendo conmigo —replica casi sin voz mientras se bebe las lágrimas. Me parte el corazón—. No te conformas con nada, me haces llorar, haces que me duelan tus palabras como jamás pensé que me pudiera suceder. Cuando dejas suelta tu imaginación eres muy dañino... Déjame, me voy a mi casa.

—Gisele, por favor, perdóneme. —Me aparta de un empujón. No tiene ni idea de lo que sufro cuando soy consciente del dolor que le causo con mi inestable personalidad. No sé por qué no puedo confiar en ella... Me evitaría tantos malentendidos como el que parece éste. ¡¿O no lo es?! —. No me haga esto, por favor, no me abandone así.

Sin prestarme atención, se encierra en la habitación en la que se ha ido cambiando de atuendos. Aporreo la puerta, intento abrirla por la fuerza, sin éxito alguno.

—¡Gisele! Ábrame, por favor —imploro agotado mentalmente—. ¡Gisele!

—No saldré... No hasta que se vaya.

No la molesto más; aun así, me quedo en la puerta, apoyado en ésta. Estoy triste, mal. Toco la madera con la necesidad de transmitirle a Gisele mis caricias, mi arrepentimiento... una vez más.

De nuevo sé que he de poner tierra de por medio o no tendré las fuerzas necesarias como para dejarle su espacio, para que piense si realmente le compensa soportarme por dinero.

A ninguno nos está haciendo bien este pacto..., se ha vuelto tóxico. No hay confianza.

¿Alguna vez la habrá?

Capítulo 8

Miedo

A mi vuelta del viaje relámpago que realizo a Nueva York para entregar las fotos de Gisele en mano, me cuelo en su habitación y la observo mientras duerme. Algo se ablanda en mi interior, estoy cediendo. Parece inquieta; intuyo que también está mal y, egoístamente, necesito creer que es por mí. Han sido unos días de mierda. Apenas he dormido, no he tomado la medicación tal como debería y, por estar fuera de Málaga, no he acudido a terapia. Me encuentro en un túnel en el que no veo la luz al final del mismo. Siempre sucede lo mismo, es como un bucle del que no sé cómo escapar.

—No me has llamado —le reprocho en voz baja—. No me has perdonado. —Camino hacia la puerta, negándome a contemplarla más—. No me quedan fuerzas... Ayúdame.

Me encierro en mi cuarto. ¿Podré dormir esta noche?

Tengo pesadillas; jamás he dejado de tenerlas, pero últimamente se desatan con más intensidad. La causa es la misma de siempre: me siento abandonado. Ésa es una herida que nunca termina de cerrar.

—Chist —musitan cerca de mi oído. Me acarician la frente, el pelo—. Tranquilo.

Es su voz... Doy un salto en la cama y la veo. ¿Es real?

—¿Gisele? —pregunto adormilado. Ella afirma y sonríe. Mi maldito corazón se dispara. La he echado tanto de menos en sólo cuatro días que da miedo—. ¿Qué hace aquí? ¿Ocurre algo?

Me empuja hacia atrás, de modo que caigo de nuevo en el colchón. Se recuesta en mi pecho, clavando esos ojos grises que tanto he extrañado en los míos.

—Sí —confiesa, y sé que está nerviosa. El temblor en su voz la delata. Dios, me mata. Me duele este sentimiento tan intenso que ella despierta en mí—. Pasa que llevo varios días sin verlo y lo he echado mucho, muchísimo, en falta. No sabe cuánto.

—Gisele —gimo, y la estrecho contra mi pecho, proporcionándome la paz que necesito—. Yo también, maldita sea, yo también...

Ella se aferra con más desesperación a mí... Parece sincera. Quiero creerla.

—¿Me perdona, entonces?

—Cómo no —susurra tan cerca de mi boca que casi puedo besarla. Me contengo—. Todo está olvidado, todo.

—¿Por qué me soporta así? Sabe que no lo merezco.

—Cállate —me pide, y se aproxima a mi boca. Gisele me contempla diferente. Algo ha cambiado en su mirada—. Calla. —Desesperado, reclamo su boca permitiendo que advierta todas y cada una de las sensaciones que me hace sentir. Quizá me equivoque, pero hoy no tengo modo de detenerlo—. Le daré tiempo. Lo ayudaré, lo entenderé.

¡Maldita sea! Me pueden sus palabras, me superan.

—Gisele, he dormido atormentado cada noche intentando comprender por qué me rechazó. Sigo sin entenderlo.

—Estaba con el período; traté de decírselo, pero se ciega. —No puede ser... ¡Joder! Dejo ir un gemido lleno de frustración e impotencia en lo más profundo de su boca. Fui un estúpido. Un cerdo—. Ahora estoy aquí... para usted.

—Entonces, hágame olvidar. Quiero olvidarlo todo.

Gisele se aleja con un último beso y, aunque necesito más, le permito que lo haga para que me desabroche los botones de la camisa, ya que me he quedado dormido con la ropa puesta. Me desnuda con tanta ternura y sensualidad que me hace pedazos.

—¿Qué ha hecho estos días? —pregunta, y me lame el pecho, descendiendo para besarme el vientre. Me retuerzo, estremecido.

—Extrañarla más de lo que me habría gustado —confieso entre jadeos sin saber ocultarle mis sentimientos, mientras le acaricio el cabello, ese en el que he echado de menos enredarme mientras la hago mía... La miro y creo verla emocionada, acelerada—. Gisele.

Cambio de posición, sorprendiéndola, y, en segundos, está debajo de mi cuerpo. Ella sonríe para mí y me muerde el labio, risueña. Parece feliz...

—Si sigue así, no podremos ni empezar. Estoy demasiado ansioso.

No sólo ansioso, también nervioso. Me tiemblan las manos cuando empiezo a desabrocharle el vestido, acariciando despacio la piel que va quedando expuesta. La desnudo. La recorro desde el cuello hasta los pies, la devoro sin tocarla. No sé si ella es capaz de percibir el fuego que desprenden mis dedos. Creo que por primera vez... me dejo llevar con ella en todos los sentidos. No tengo límites. La he anhelado en exceso.

Y no, no quiero perderla.

—Es tan hermosa... Su piel es tan suave y blanca.

Se arquea, se cede a mí al tiempo que me hundo en sus pechos y los beso y chupo, los lamo y muerdo. Jugueteo con sus pezones, sintiendo cómo mi erección no puede ir a más, estoy a punto de explotar. Me contengo... Necesito darle placer a ella, por lo que exploro su sexo, lo rozo en círculos con caricias tan lentas que resultan una tortura para ambos.

—Quieta, déjeme disfrutarla.

Gisele está mojada, muy húmeda, por y para mí. Los gruñidos que escapan de mi garganta son peores que los de un león malherido; aun así, me entrego a ella... a su excitación. Introduzco un dedo en su sexo, agonizando con sus grititos, con sus movimientos.

—Por favor... venga. —Su súplica me desarma y termino deslizándome entre sus piernas, subiendo hasta su altura mientras nos rozamos y gemimos desconcertados. Soy consciente de lo que quiero de ella, y no sé si me lo dará—. Siga, no se detenga.

—Gisele, estoy a punto de entrar en usted. —La miro a los ojos y añado—: Si lo hago, significará que será mía hasta que se marche, ¿es lo que quiere?

Traga; parece habérsele formado un nudo en la garganta.

—¿Me dejará que diga que no? —Niego con la cabeza. Ambos sabemos que no tendría la suficiente fuerza de voluntad como para no insistir hasta conseguirlo—. No lo dude entonces.

Acabo de desnudarme y, con un grito agonizante por su respuesta, la penetro hasta llenarla completamente de mí, encajando una y otra vez... despacio. Con mi mirada puesta en la suya, la embisto como jamás lo he hecho. Y siento que no puedo más. Esta noche ella no me lo pide, ni insiste como de costumbre, pero yo lo necesito como respirar.

Será otra de nuestras primeras veces...

—Béseme —musito. Ella me abraza, incrédula. Percibo su miedo—. Gisele.

—¿Q-Qué?

—Pídamelo. —Me muevo. Entro y salgo—. Pídamelo, Gisele.

—¿Lo haría?

—Pruébelo.

Con un suspiro, eleva las caderas.

Me clavo en ella con un gruñido y pierdo el control cuando añade:

—Béseme, señor Campbell. —Me sujeta la cara, se adueña de mi boca y nos entregamos sin límite.

Estoy perdido, asustado... Le cedo mis besos al mismo tiempo que entro en su interior. La disfruto. La siento mía. Y, no, me doy cuenta de que no me la estoy follando.

Le estoy haciendo el amor y no me arrepiento. No, maldita sea. Pues lo que estoy sintiendo es muy intenso. Ha conseguido romper mis esquemas, destrozar la máscara que me pongo ante el mundo. Ella está descubriendo la mejor versión de mí y no sé si eso es bueno... Sin embargo, la sensación de plenitud no puede ser algo negativo...

—Gisele, más, más.

Ella me lo da. Se contrae, me atrapa, obligándome a enloquecer y a aumentar el vertiginoso movimiento de nuestras caderas, aunque sin que sea brusco. Resulta suave, dulce, como Gisele Stone en estos momentos. Leo en sus ojos mientras me pierdo en su boca que algo me oculta, quizá un nuevo sentimiento. No lo sé... pero está preciosa.

Hoy por primera vez me entrego en cuerpo y alma, aceptando la complicidad que existe entre nosotros más allá del sexo, de la pasión. Es especial... Siempre lo ha sido.

—Más rápido... —implora desesperada—. Lo he echado tanto en falta...

—Y yo a usted.

Gruño, me acelero, siento que el corazón se me saldrá del pecho. Los gemidos no pueden ser más salvajes... Me llena, lo hace como no es capaz de imaginar. Acariciar su cuerpo es una de las mejores cosas que he aprendido a hacer en la vida y no quiero dejar de hacerlo. No sé hasta cuándo durará esta sensación, pues soy tan inestable que ni yo mismo puedo preverlo, pero, mientras dure, la necesito así, sólo para mí, y, aunque me duela pronunciar la palabra por la posesión que conlleva, la quiero, de momento, *mía*.

—¿Está bien? —susurro jadeando.

—Sí.

—Lo siento —pronuncio en voz alta por todo lo que le he hecho pasar—, pero es una agonía saber que se va a ir. No me abandone aún.

—Hoy me ha besado mientras... ¿Qué significa para usted besar mientras tiene sexo? —me recuerda y me plantea, aunque sabe que odio las preguntas.

—Que no es sólo sexo.

—¿Y qué es entonces?

—Usted se ha convertido para mí en alguien especial. No es sólo sexo.

—¿Me abraza?

La estrecho contra mi pecho, que late fuerte por ella, por esa última pregunta en la que se ha mostrado tan vulnerable, pidiendo un simple abrazo. ¿Cómo negárselo si también me estoy muriendo por ello?

Entonces hablamos del reportaje y...

—Quiero darle algo, lo dejé en su habitación el día de su marcha.

¿De qué demonios habla?

Me mira emocionada y, a continuación, me suelta que no quiere mi dinero, que nunca lo ha querido, y me devuelve el que ya le he entregado, intacto. Me quedo mirándola en busca de algún signo de tomadura de pelo. Ella se ríe con picardía y parece sincera. Me desarma cuando me acaricia la mejilla con ternura, acelerando mi sombrío corazón.

—¿Qué quiere decir? —pregunto cauteloso—. ¿No desea que le pague?

—Eso he dicho.

—¿Por qué? ¿Porque le gusta tener sexo conmigo o porque le gusto yo? —Aguardo su respuesta en vilo. Y ella sabe que exijo sinceridad.

Se deja caer hacia atrás, desnuda... Es bella, sensual. ¿Qué pretende? Me contengo, luchando conmigo mismo. La bestia pide ser liberada de nuevo...

—La verdad es que tener sexo con usted es un placer —asegura picarona—. Pero no podría hacerlo si usted no me gustara, por supuesto. Y me encanta... mucho.

—¿Desde cuándo?

—Aclare la pregunta: desde cuándo ¿qué?

—Le gusto. —Y añado—: Mucho.

Resopla.

—Desde el primer día que lo vi. Incluso tan prepotente, borde y salvaje como se mostró. —Lo dice con dulzura, sonrojada. Jamás hubiese imaginado esto—. Y los días van pasando y usted se va mostrando... Bueno, se ha convertido en parte de mi día a día; si no está, lo extraño, estoy decaída, no hay diversión.

Una repentina felicidad se apodera de mí. ¿Cómo puedo gustarle? Me sorprende, me impresiona. Yo también me siento así. Toda mi percepción sobre Gisele cambia. El sobre con el dinero está delante de mí y no ha tocado ni un solo euro. Le gusto.

Pero, entonces, ¿qué la llevó a aceptar?

—¿Por qué se queda callado? —Parece preocupada.

—¿Por qué aceptó el trato del dinero?

Se cubre con la sábana; tiene claro que no puedo apartar los ojos de su cuerpo e intuyo que ella también necesita aclarar lo nuestro con la cabeza fría.

Está pensativa y orgullosa de su decisión.

—Sabe que me gusta picarlo. Sobre todo, después de la forma en que usted se comporta a veces. —Se sienta sobre los talones y prosigue—: El primer día, entró en mi habitación prácticamente exigiéndome... Supe que de una forma u otra íbamos a terminar como lo hicimos, pero quería demostrarle que yo no iba a ser una mujer sumisa a la que pudiera manejar a su antojo. Y me propuse pagarle con su misma moneda.

¡Joder, joder! Si ella supiera a dónde me llevó esa misma reflexión al día siguiente.

—Gisele, nunca le he dicho cuánto lo siento. No sé qué me pasó con usted desde el primer momento.

—¿No lo sabe o no me lo quiere contar?

—Pensará que estoy loco —comento, y me río.

—Ya lo pienso —me susurra al oído, lamiéndome la oreja—. Cuéntemelo.

La acomodo junto a mí y apoyo la cabeza en su hombro, mientras ella juega con mi cabello, regalándome una ternura que me trastorna, que me desarma.

—Aquel día no podía haber ido peor, Sam, Alicia... No eran celos, era rabia por la traición, confiaba en ambos. Y entonces me encontré ante una criatura de ojos grises tan transparentes que

me encendieron, descontrolándome.

Está temblando, su corazón galopa frenético. ¡¿Qué sentirá?! Odio no saberlo.

Como no dice nada, continúo.

—Además, usted me desafiaba, me ponía a prueba y me alteraba como nadie. La quería tocar, probar y, por primera vez en los tres años que llevaba con Alicia, no me importaba serle infiel, aunque en teoría ya no estábamos juntos.

»Quería engañarla con la descarada que apareció en mi despacho excitándome... Sentí que usted era mía, eso era lo único que pensaba, igual que el día que Thomas la abrazó.

Me enervo al recordar a su amigo.

La dejo sobre la cama y le tiro suavemente del pelo, exigiendo que me mire. Sus ojos, impacientes, me estudian. Es preciosa, ¡joder! Y nadie más que yo puede tocarla.

—Y lo es, recuérdelo, lo ha prometido, Gisele.

—No lo olvido.

Se acurruca y me arrastra con ella. Nos quedamos tumbados de lado, sin tocarnos. He saboreado cada parte de su cuerpo en diferentes posturas. He penetrado por primera vez donde ningún otro lo había hecho, enseñándole a probarnos en la intimidad. Nos miramos. ¿Es mía? «No, las personas no son propiedad de nadie.» Sin embargo, me siento mejor si lo creo así... y hay un porqué, una frase que me marcó... ¿Hasta cuándo la querré de esta manera?

¿Podrá soportar mis miedos...?, ¿mi enfermedad?

—¿Qué pasa? —susurra, interrumpiendo mis pensamientos—. ¿Qué es lo que lo tiene tan lejos de aquí?

—Nada —contesto con sequedad—. ¿Qué hace esta noche?

—¿Me está pidiendo una cita, señor Campbell? —ronronea.

—No lo creo —respondo divertido. Me prueba constantemente; su sonrisa brilla radiante—. Pero hoy me gustaría salir y quiero hacerlo con usted.

—Bien, entonces podríamos tener una no cita. ¿Qué le parece?

«Acepto.»

Y no es lo único que admito esta madrugada... Esto se ha convertido en una locura.

—Nunca me quedo saciado de usted.

—¿No lo dejo satisfecho? —se burla entonces—. Me rompes el corazón, Campbell.

—He dicho saciado, satisfecho siempre.

Y es así cómo me hace sentir...

«Satisfecho siempre. Saciado nunca.»

***

Llega la no cita. Le compro bombones; no es un detalle romántico, es un detalle..., sólo eso. Al volver esa noche de la cena tan aclaratoria sobre nosotros y nuestra relación, la arrastro impaciente hasta mi cuarto. Está preciosa, provocándome como una condenada diablesa. ¿Quiere sacarme de quicio? Parecen no importarle mis extraños comportamientos. ¿Y si...? ¡No! Le quito la ropa casi arrancándosela y ella hace lo mismo con la mía.

Su deseo es del mismo calibre que el mío.

—Gisele..., esto se nos está yendo de las manos.

—Lo sé. —Me acaricia el pecho y me lo besa—. No me lo recuerde.

—¿Va a dormir conmigo?

Busco su boca, acariciando sus pezones, sensibles y rosados, erguidos, esperándome. No tiene idea de lo que hace conmigo.

—Si me lo pide, lo haré... Haré cualquier cosa, pero tóqueme. No deje de hacerlo, por favor... —Suspira. Me contempla con detenimiento y su mirada se ilumina, provocándome ternura. ¿Qué siente? ¿Hay más? Me resisto a que lo haya—. Campbell, lo echaba de menos, no me deje más —carraspea—, por ahora.

«Por ahora...»

Se pone a horcajadas sobre mí y la penetro hasta que me acoge por completo. Gemimos y de nuevo se atreve a besarme en la boca sin que se lo haya pedido... aunque ya no se lo niego. Sé que no es sólo sexo. ¿Alguna vez lo ha sido desde que llegó?

¿Tanto me he equivocado con ella?

—Quédese —susurro o imploro, ya no lo sé—. No se vaya esta noche.

—Las que quiera.

La lanzo sobre la cama y arremeto con fuerza, con intensidad. Ella me acoge en su interior con cada dura embestida. La empalo con el mismo anhelo con que necesito respirar, hambriento, perdiéndome en cada caricia que recibe mi cuerpo. Beso sus pechos, su cuello... La chupo, la saboreo. Empiezo a quererlo todo de ella, ¿o siempre lo he querido? Estoy confuso y la única forma de ahuyentar los complicados pensamientos que me llegan es clavándome en ella y penetrándola salvajemente. La bestia se libera... Gisele Stone no tiene límites y me devuelve cada gesto con la misma desesperación que yo.

Me pide más y... se lo doy.

***

Me despierto al notar que su cuerpo se aleja del mío. Incómodo por el frío que siento sin su piel, la busco. Está boca abajo, con su suave y blanca espalda desnuda, su largo cabello esparcido a su alrededor sobre la almohada y su semblante tan indefenso que duele mirarla de lo hermosa que es. Sé que últimamente le robo horas de sueño, pero ¿qué puedo hacer? En mi cabeza resuena la ansiedad de sus preguntas, preguntas que me han marcado ferozmente. «¿Qué pasará cuando me vaya? ¿Ya nunca más voy a saber de usted?» Necesito tiempo para saber hasta dónde soy capaz de dejarme arrastrar en mi obsesión por ella. Sobre todo para que Gisele conozca al verdadero Matt antes de arrepentirse de sus preguntas. ¿Querrá quedarse conmigo? ¿Por qué me produce todo esto?

¿Me abandonaría? No lo soportaría.

Acaricio la piel clara de su espalda sin defectos. Se mueve y susurra «no me dejes...». ¿Se referirá a mí? No me conformo con acariciarla y beso su hombro derecho y luego el izquierdo, y después su cuello, disfrutando de la paz que sólo ella sabe darme. La rodeo por la cintura. Gime y suspira y, cuando estoy a punto de dormirme de nuevo, pese a que ya está amaneciendo, la puerta de mi habitación se abre de golpe.

—Matt, Alicia quiere... Oh... —Al incorporarme bruscamente, veo que Roxanne, mi hermana, nos mira horrorizada. Alicia entra detrás de ella. ¡No!

Están perplejas, ofendidas, pero ninguna dice una sola palabra. Me levanto rápidamente, cubro a Gisele con las sábanas de seda y corro a ponerme el pantalón del pijama.

—¿No sabéis llamar? —pregunto en susurros—. ¿Qué coño hacéis aquí?

—¡Ésa es la perra! —vocifera Alicia, furiosa—. ¡Matt, ¿cómo has podido?!

Mi mirada se dirige hacia Gisele; está tan cansada que ni los gritos la han afectado.

—Fuera las dos de aquí —les espeto enfadado—. La vais a despertar.

—Matt... —balbucea Roxanne, y se calla de nuevo.

—He dicho fuera las dos, esperadme en mi despacho. —No se mueven—. ¿Estáis sordas? No quiero que se despierte y os encuentre aquí, idos.

—Pero ¡Matt! —insiste Alicia, y esta vez sí sobresalta a Gisele, sin llegar a despertarla.

Furioso, me acerco a ellas y las empujo fuera del dormitorio con brusquedad.

La rabia me domina ante la impotencia de no haber podido impedir la situación.

—Al despacho, ahora —exijo, y les cierro la puerta en las narices.

Frustrado y rabioso, me acerco a Gisele y contemplo cómo duerme. ¿Qué le diré de todo esto? ¿Cómo se sentiría si supiese lo que acaba de ocurrir? Estoy hecho un lío, no sé cómo actuar con ella. Por una parte, temo hacerle daño, por lo que, para evitarlo, preferiría no decirle la verdad, pero tampoco puedo mentirle... Una vez más, ¡me debato entre lo que debo y no debo hacer! Roxanne y Alicia me esperan en la primera planta, pero ¿quién tiene ganas de bajar, teniendo a Gisele Stone en la cama? Tan sexy, provocativa... dulce. Sin embargo, para protegerla y que no se arme un escándalo que he de evitar, tengo que hablar con ellas.

Me inclino y le beso el cabello. Huele tan bien... Está tan bonita cubierta con mis propias sábanas, impregnadas del olor a sexo que hemos compartido durante horas... que quiero quedarme y que, al abrir los ojos, se encuentre conmigo.

Pero, ¡maldita sea!, he de bajar.

Dejando un reguero de besos sobre sus hombros desnudos y sintiéndome el hombre más miserable de la tierra por dejarla sola después de la noche que hemos vivido, la arropo de nuevo y me preparo para la batalla...

Roxanne y Alicia me esperan en la puerta del despacho con cara de asco. Las ignoro y las invito a pasar dentro. Mi relación con mi hermana no pasa por nuestro mejor momento. La guerra va a empezar..., sus gestos no dejan lugar a dudas.

—¿Con qué derecho entráis en mi habitación sin mi permiso?

Roxanne está atónita por mi mal genio con ella, pero Alicia se adelanta y dice:

—Matt, ayer me pasé todo el puto día llamándote, pero, como no me contestaste, he decidido venir temprano a verte aquí, ¿y qué me encuentro? —Río irónico. ¡Ella dando clases de moralidad, cuando no sabe quién es el padre de su hijo! Es el puto colmo—. Ya veo que todo esto te divierte, ¡pues a mí no! Me debes una explicación.

—Alicia... —la advierto secamente.

Roxanne y ella son buenas amigas y no quiero enfrentarme a la mujer que quizá sea la madre de mi hijo. Tal vez no debería intentar salvaguardar su reputación, pero tengo que evitarle cualquier perjuicio al bebé... No quiero que pase por lo que yo...

—¡Matt, por Dios, es normal que te pida una explicación! —reacciona por fin Roxanne—. ¿Te has vuelto loco? Alicia está esperando un hijo tuyo, es tu novia, y tú estabas con esa chica en la cama... —susurra en estado de *shock*.

—Roxanne, no deberías meterte en este asunto. Además, tienes que saber que Alicia y yo ya no estamos juntos, lo que significa que con mi vida puedo hacer lo que me dé la gana.

—Sólo quiero saber una cosa, Matt, y me marcharé —replica mi hermana. Asiento con la cabeza, tenso—. ¿Qué significa Gisele Stone para ti?

Suspiro hondo. ¿Qué significa Gisele para mí?

No hay una respuesta a esa pregunta, porque ni yo mismo lo sé aún... Me cuesta respirar

cuando ella no está a mi lado, me siento triste, vacío... diferente. Y eso significa...

—Oh, Dios mío... —jadea Roxanne, mirándome horrorizada. ¡¿Qué está pasando por su mente?!—. Será mejor que me vaya ahora. Esto no puede estar ocurriendo.

Se marcha despavorida, sin darme una explicación. No entiendo nada, pero, en estos momentos, a decir verdad, es lo que menos me preocupa. Sin embargo, nunca podré olvidar esa mirada... tan clara como espantada, que incluso impresiona.

¿Qué mierda le ha pasado? ¡¿Qué ha visto?!

—Alicia, creo que será mejor que tú también te vayas. —Se aproxima a mí con un paso tan airado que la falda de su vestido verde se balancea—. No te me acerques.

—¿Crees que me puedes dejar por esa perra? —Rujo en mi fuero interno—. ¿A cuántos más se ha tirado para conseguir un empleo?

Por un segundo odio a la mujer que un día no tan lejano formó parte de mi vida y fue una pieza fundamental en ella. El puño me arde y necesito mantener el control.

—Te dije que le pagaba para que no sospecharas. Controla tu lengua.

—No te creo. En poco tiempo te dejará y tendrás que volver arrastrándote y...

—¡Fuera! —grito casi zarandeándola—. ¡No te atrevas a hablar así de ella! ¡Gisele es mil veces más mujer que tú! ¡Es pura, honesta, sensible y cariñosa! ¡Todas las virtudes que tú jamás poseerás! ¡Vete de mi vida de una maldita vez!

—Te arrepentirás de esto, Matt.

¡No lo soporto! La cabeza me estalla y una vez más... me dejo llevar por la ira. Me duelen las palabras de Alicia, sobre todo ahora que sé cómo es realmente Gisele.

Cuando regreso a mi habitación, ella ya no está... Me doy una ducha rápida, me visto con un traje de chaqueta y corbata, ya que en teoría he de ir a la agencia, y bajo a mi despacho. Todo está hecho un asco, lo que significa que Gisele todavía no ha pasado por aquí. ¡Joder! Me quito la chaqueta de malas maneras, desaliñándome el vestuario sin querer. ¡Me da igual!

¿Y qué hará cuando vea que he vuelto a perder las formas?

Estoy destrozado... Eso, sumado a que llevo varios días con recaídas, sin apetito, con insomnio... con la necesidad de romper, de gastar... Los ojos me pican al pensar en todo ello.

La puerta se abre y, sentado como estoy, miro al frente, avergonzado.

—¿Qué le ha pasado? —pregunta Gisele dejando la bandeja y corriendo hacia mí para acunarme la cara entre sus manos. Gimo—. ¿Qué le han hecho?

Envuelvo su cintura con las manos y descanso la cabeza en su vientre.

—Me está asustando. Por favor, dígame qué pasa —insiste hundiendo los dedos en mi cabello despeinado—. Estoy aquí, puede confiar en mí.

—Lo que me ha dicho me ha hecho daño. No lo soporto.

—¿Quién? ¿Qué le han dicho? —La abrazo con fuerza—. Dígame, por favor.

—Alicia.

Hay silencio..., uno que odio.

—H-Ha estado con ella...

Me alejo de Gisele enseguida. No doy crédito, ¿tan poco confía en mí? ¿O es una excusa para dejarme?

—¿Qué está pensando? —Me incorporo y me pongo a su altura. Ella me rehúye, no puede ser —. Gisele, míreme.

—No quiero... Ya no lo aguanto más.

Temblando, enmarco su cara. Necesito que me mire a los ojos. No estoy dispuesto a perderla

por algo que no he hecho. ¡¿Por qué me juzga sin preguntar?! Estoy haciendo lo posible por no decepcionarla, aunque sé que, con mis actos, no dejo de hacerlo.

—¡No! ¡Maldita sea, no! No, Gisele, no crea eso, no he vuelto a estar con ella. Jamás la volvería a tocar. ¡Se lo prometí!

—¡No le creo! Me ha dejado por irse con ella, buscando… ¡¿qué?!

—¡He dicho que no! La he echado de casa, le he pedido que no vuelva. ¡¿No demuestro con ello que me da asco su mera presencia?! —Estoy harto de estar entre la espada y la pared—. Lo último que necesito es discutir con la persona con la que deseaba despertarme y con la que, por culpa de una estúpida, ¡no he podido hacerlo! ¿Lo entiende ahora?

—Campbell —solloza con un suspiro—, no me lo vuelva a hacer.

Se lanza a mis brazos y la acojo en ellos. Últimamente este gesto tan cariñoso nace con mucha facilidad del uno hacia el otro... Y me relaja, como no debe, como necesito. Le cuento la escena vivida con mi hermana y con Alicia, y tengo la sensación de que Gisele me está ocultando algo. ¿Para proteger a Roxanne? No me lo explica, lo único destacable, y nada trascendente, de su mañana es que aún no ha desayunado, por lo que le pido que lo haga conmigo; aunque no tengo apetito, me sirve de excusa para que hablemos de cosas simples..., de ella, de mí. Sin embargo, una vez más, Gisele consigue llevarme a su terreno.

—¿Está bien después de lo mucho que anoche...? —le pregunto.

Está sentada sobre mis rodillas, ambos relajados. Me desconozco tanto...

—No entiendo por qué siempre me pregunta lo mismo. ¿Tengo cara de estar mal...?

—Qué insolente es. —La interrumpo antes de que suelte una de sus frases y tapo su boca con mi mano—. Pero me encanta.

—¿Le encanto yo o mi insolencia?

—¿Usted qué cree?

—Dígamelo, yo he preguntado antes.

—Ambas cosas, Gisele —confieso esquivo. Me niego a entablar una conversación más profunda. Temo el día en que llegue ese momento—, ambas cosas.

—¿Le puedo hacer una pregunta?

Niego enseguida, incluso hosco.

—Usted y sus preguntas... —Parpadea repetidas veces, picarona—. A ver, dispare.

—¿Alguna vez podré tutearlo? No entiendo a qué viene tanta formalidad cuando nos acostamos, tocamos y jugamos continuamente en cualquier parte.

—Cuide esa boca. —Me pongo más serio al ver el rumbo que ha tomado la conversación y mis pensamientos con ello, por lo que añado—: Mientras trabaje aquí, no. Cuando deje de hacerlo y nos veamos, por supuesto.

—¿Qué quiere decir eso? —plantea estática, sorprendida y ¿emocionada?

—Ya lo ha oído.

«Cuando dejes de ser la chica de servicio... para convertirte en mi... mi, ¿qué?»

«¡No desvaríes, joder!»

—Se acabaron las preguntas, señorita Stone, vuelva al trabajo.

Capítulo 9

Quizá

Estoy agobiado. Otra fiesta, una de esas que organizan William y Karen con sus amistades, y no puedo quedarme aquí encerrado eternamente, aunque no me siento cómodo con tanta gente... y todavía menos con Dylan, el niño pijo que no quita sus ojos de Gisele, enfermándome.

Es una reunión que no me depara buenas sorpresas. Alicia acude como amiga de Roxanne y, pese a mis advertencias, mantiene un enfrentamiento con Gisele.

A ésta no la deja en buen lugar y, una vez más, acabamos donde no quiero.

—¿Gisele? —pregunto, asomándome a su habitación.

—Vete, no quiero verte.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—¡Estoy harta de todo, de tu novia y de ti! ¡Déjame sola!

—¿Qué te ha hecho? —Me crujo los nudillos, inquieto—. ¿Qué te ha dicho?

Se sienta en la cama con la mirada perdida y hace dibujos con las piernas. Su silencio me desquicia. Siento que voy a perder la puta cabeza si no habla de una vez.

—Nada que no fuera verdad. Que yo sólo soy tu putita, y ella, la madre de tu hijo.

—¿Y tú te lo has creído? —Me observa fijamente, sorprendida... Quizá es porque tenemos otra de nuestras primeras veces. La he tuteado... y es que cada día me siento más cerca de ella, aunque también más confundido y asustado—. Dime, ¿te lo has creído?

—¿Cómo no voy a hacerlo? Es la verdad —replica encogiéndose de hombros. «¡No, joder!»—. Es un título que tú mismo me colgaste.

Me acerco.

—Lo hice para protegerte, no me culpes de ello.

—No nos engañemos. Yo soy un capricho para ti, y los caprichos, al igual que vuelven loco, cansan... En cambio, un hijo es para toda la vida.

—Sabes que tal vez no sea mío. Gisele...

—¿Qué?

—Lo sabes, ¿no es así?

—Yo ya no sé nada... Todo esto se me ha ido de las manos, ya no sé qué creer o no.

La acaricio. Intento transmitirle mi sinceridad.

—Gisele, por favor. ¿No te das cuenta de cómo cambio cuando estoy contigo? —Nuestras miradas se encuentran—. Sé que tú sientes que te necesito; no me preguntes de qué forma... pero te necesito.

—Me tienes mal —confiesa muy bajito. Juguetea con nuestros dedos, que, sin saber cómo, han terminado unidos. Es una sensación tan desconcertante estar así con alguien—, no sé qué necesitas.

—A ti, sólo a ti.

—¿Por qué me haces esto?

—¿Qué? —pregunto intranquilo—. ¿Qué te hago?

Silencio, y mi mente empieza a entenderlo todo... o cree hacerlo. A veces me creo mi propia realidad paralela; otras, acierto... con razón.

—Gisele, dime.

—Ahora, hoy, me tuteas, ¿y mañana? —me replica, y soy consciente de cuánta verdad hay en sus palabras. ¿Por qué nunca se ha planteado que puedo ser bipo...? Si no lo ha hecho mi familia...—. Avanzas y retrocedes, pides y no das. Me agotas, porque no encuentro sentido a esos cambios tuyos tan radicales.

—¿Te vas? ¿Me estás dejando?

Me desconcierta su actitud.

—¿Dejar? Esa palabra no existe en nuestra relación, porque no somos nada.

—Prometiste ser mía.

Me agarroto ante un posible rechazo, la mandíbula me duele de lo tensa que está de pronto. La respiración se me acelera y mis dedos se impacientan entre los suyos.

—Háblame —ordeno, chirriando los dientes—. Me vuelvo loco sin saber qué piensas. Te lo repito, prometiste ser mía.

—Pues hoy hago como tú, no quiero serlo. Ya no te lo permito.

—Gisele.

—Matt.

—¡No me jodas!

—Me pides muestras de mi rendición ante ti, pero ¿qué obtengo yo a cambio? ¡Nada!

«O demasiado.»

Al final acabamos discutiendo, como tantas otras veces. Gisele me necesita, me lo dice, lo presiento. Yo me encierro en mí mismo... hasta que creo que llorará.

—Escúchame, no quiero verte así —le digo angustiado—. Quiero que salgas ahí fuera y demuestres tu fortaleza. Si alguien trata de herirte de nuevo, te juro que lo echaré de la maldita fiesta. ¿Está claro?

—¿Por qué harías eso por mí?

—Porque me importas —afirmo como si fuese obvio, ofuscado—, porque me estás pidiendo algo y yo te lo estoy dando, ¿no te basta?

—Matt... —me está suplicando—, estoy confusa.

—Lo sé, eres demasiado para mí. Lo sé, Gisele.

***

Tras nuestro acercamiento, y con la tensión que no deja de haber en el ambiente, la fiesta finaliza. A última hora salgo a despedir a Denis, mi socio, a quien he invitado personalmente. Al entrar no veo a Dylan, el cerdo que lleva molestando a Gisele toda la noche y a quien, por William, Karen y compañía, he tenido que soportar y morderme la lengua... o, mejor dicho, no soltar mi ya conocido puño.

—¿Dónde está Dylan? —pregunto, con la bilis quemándome la garganta.

—Hijo, tranquilo. ¿Qué ocurre? —William se sobresalta.

—¡¿Dónde está?! —repito.

Karen, impresionada, señala hacia una de las salidas.

—Se acaba de ir por la puerta trasera, ha comentado que tiene el coche aparcado ahí atrás.

¡Mierda! Corro atemorizado en esa dirección y, aunque mis padres me llaman, no les hago caso.

Si ese cerdo se atreve a tocarla...

—¡Matt! —El grito de terror de Gisele se clava en mi alma—. ¡¡Matt!!

Al alcanzar el lugar de donde proviene la voz, el mismo demonio se apodera de mí. Gisele corre alejándose de Dylan, pero él la alcanza y la sujeta del pelo, tirando de ella hasta que consigue arrastrarla, a la vez que le hace una considerable herida en el cuello. No puedo ni describir lo que siento... ¡Me duele!

—¡No la toques! —grito, haciendo que la suelte y dándole un puñetazo—. ¡Miserable, voy a matarte por ponerle las manos encima!

No me controlo y lo golpeo furioso... una y otra vez... y una más.

El tiempo se detiene mientras me ensaño con él.

—Matt, ayúdame —suplica Gisele desde el suelo—. Déjalo, ven...

Le doy a Dylan una patada en el vientre.

No puedo seguir, pues mis padres me apartan de él.

—¡Márchate, bastardo, y no vuelvas o juro que te mataré! ¡No te quiero cerca de ella!

Me arrodillo y la estrecho en mis brazos. Veo que su vestido está roto; la cubro con mi cuerpo... No me importa quién nos vea. Le beso la frente y la abrazo de nuevo, esta vez contra mi pecho. Tiemblo tanto como Gisele, que tiene la cara bañada en lágrimas y la mirada desencajada tras el brutal ataque.

—¿Qué te ha hecho? ¡Maldito, ¿qué le has hecho...?! ¿Gisele?

—Matt —llora ella—. Creía que...

—Estoy aquí, chist, estoy aquí. —No me sale ni la voz—. ¿Te ha...?

—No... —gimotea sin cesar—, no ha pasado nada...

Me siento morir. Si no hubiese llegado a tiempo... ahora estaría...

—Estarás bien, tranquila.

Solloza contra mi pecho. La levanto en brazos.

—¡¡Karen, por favor, trae todo lo necesario, hay que curarla!! —Corro hacia mi habitación, desesperado, asustado. Al llegar, la dejo sobre mi cama—. ¿Gisele, me oyes?

No responde, los párpados se le cierran. ¡No! Soy incapaz de tranquilizarme. Algo me perfora el pecho, algo penetrante, que duele como si me estuvieran clavando un puñal.

—¡Gisele!

La zarandeo suavemente, compungido... y entonces, sin poder evitarlo, lloro contra su vientre, notando el sabor amargo de las lágrimas en mi propia garganta. ¿Qué es esto tan fuerte que se agita dentro de mí? Por primera vez dudo... ¿Es amor? ¿Realmente puedo experimentar ese sentimiento sin que varíe al día siguiente? ¿Sabría amarla como se merece? ¡No! No quiero, amar no es bueno. Es malo, destructivo, te vuelve vulnerable.

Y yo no puedo volver a serlo.

Los siguientes minutos son una tortura, incluso Karen me obliga a relajarme. No quiero que Gisele se aleje de mi habitación y opto por no llevarla al hospital y que venga nuestra doctora a casa.

La espera se me hace larga..., resulta agónica.

—Matt, ¿qué sucede? —me pregunta William mientras me cura la herida de la mandíbula.

Carla, la médica, está con Gisele. No puedo ni mirarla. ¡Estoy hecho polvo! Imaginar cómo se ha sentido es muy doloroso—. ¿Qué está ocurriendo entre esa muchacha y tú? Lo de esta noche, tu manera de provocarla en el desayuno y, ahora, mírate.

—No quiero hablar de eso.

—¿Hasta qué punto ella es importante para ti? ¿La quieres, hijo?

¡No!, aunque me parte el alma verla mal. Hubiese preferido mil veces estar en su lugar y ahorrarle este sufrimiento. Estoy tan cansado...

—No —respondo finalmente—. Me importa, pero no hasta ese punto.

—No logro entender tu desesperación entonces.

—Yo tampoco, pero me importa mucho. No quiero verla así, no puedo. Estoy muy asustado, William.

—Entiendo.

—¿Qué pasa, William? ¿Por qué demonios me miras así?

—Matt, sólo quiero que sepas una cosa. Entiendo que lo has pasado muy mal, pero todo el mundo no es como tu madre biológica. Tal vez en Gisele encuentres a la persona que te haga cambiar, que dé sentido a tu vida... Te quiero y no me gusta verte así.

—Ella tampoco me quiere.

—¿Y si lo hiciera?

—Nada cambiaría, William; tú sabes cómo soy y ella ya me va conociendo. Jamás podría hacerla feliz. Tal vez al principio, Gisele pensaría que podría soportarme, pero luego... —hago una pausa—, luego se iría, sé que se iría. ¿Crees que sería capaz de soportarlo?

—Es el miedo lo que no te deja ver más allá, Matt. Busca dentro de ti, no te cierres.

—No puedo ni quiero hacerlo, no sé confiar en nadie de esa forma. —Es superior a mí—. Y basta ya de preguntas, por favor.

Pese a todo, quiero protegerla. ¿Sabré hacerlo? En cuanto aparezca su hermano, Scott se opondrá a que se quede en mi habitación, y Roxanne también. Pero mis confusos y divididos sentimientos por Gisele pueden más. Me enfrentaré a quien sea. Lo haré.

Perdido en mis cavilaciones, el tiempo transcurre. Me relajo un poco... Está mejor, lo noto. Cuando nos quedamos solos, ella abre los ojos y me mira. Respiro aliviado.

—Hola —susurra con una sonrisa.

—Gisele. —Me apoyo en su frente—. Al fin se ha despertado. ¿Cómo se siente?

El dolor se refleja en su pálido rostro. Vuelvo a tratarla de usted... manteniendo una distancia que ya no existe entre nosotros. El caso es que me da temor avanzar más después de mi última reflexión... del dolor que estoy experimentando. Cuando se recupere, tenemos que hablar.

No debemos ir más allá. Me lastima este sentimiento.

—Estoy bien, tú tienes magulladuras.

—Estaba tan preocupado. —Busco su mirada, ignorando sus palabras—. Si le hubiese pasado algo, yo...

—Estoy bien y todo es gracias a *usted* —recalca la última palabra y eso me entristece—. Lo llamé porque sabía que me buscaría, que no me dejaría en manos de ese salvaje.

«Nunca.»

***

Las horas transcurren y me niego a escuchar sus súplicas cuando me pide que la traslade a su

habitación para cuando aparezcan a verla su hermano y su amiga. No puedo permitir que me abandone. La cuido, la baño. Me ocupo de ella, de sus necesidades.

Vuelvo a pelearme con Roxanne cuando amenaza a Gisele. Descubro que, después de nuestra bronca del otro día, regresó a mi dormitorio para escupir mentiras.

Odio que Gisele me lo haya ocultado, aunque haya sido para proteger mi relación con mi hermana. Más tarde, y para colmo, aparece Scott Stone junto a Noa. Se muestran preocupados, se acercan a Gisele, la abrazan y la besan... Luego estalla todo.

—¿Por qué no estás en tu habitación? —pregunta Scott, amenazándola con la mirada—. ¿Qué haces aquí?

—La voy a cuidar hasta que esté recuperada —intervengo con tranquilidad—, estará bien.

—Gracias, Campbell, pero desde hoy la cuidaré yo.

—Gisele no se va de aquí —sentencio, y me acomodo en una de las sillas de mi dormitorio, en la más lejana para darles un poco de intimidad, ya que no pienso moverme de aquí y ha de quedar claro.

Su amiga y también empleada de esta casa está atónita.

—¿Cómo dices? —me encara él.

—Scott —intercede Gisele, suplicante—, aquí estoy bien.

Está aterrorizada.

Sé que tiene miedo de defraudar a su hermano... y yo, de que me deje en los próximos minutos... Anoche fue una de las peores que he vivido. Ella, inmóvil en la cama, apagada. Si conciliar el sueño ya resulta complicado para mí..., esta madrugada ha sido imposible.

—¿Te has vuelto loca? —inquiere Scott—. Es tu jefe y, por lo que sé, tiene novia y va a ser padre. ¿Qué coño pintas tú aquí?

¡¡Maldito sea!! ¿Acaso Gisele va a llorar por su culpa?

—Scott, sé lo que hago.

—Gis —dice Noa—, hay sitio en mi casa, vente conmigo.

Miro a Gisele y ella a mí. Trago saliva, frenético.

Pensar que se pueda ir me altera. «Por favor», le suplico con la mirada.

—Gisele Stone —La voz de Scott truena en la habitación, estupefacto, escandalizado—, ¿qué significa esto? ¿Estás con él?

Los ojos de ella brillan angustiados. La impotencia que siento me nubla la razón. ¿No entienden que está mal? Mis padres no se entrometen, ¡que no lo hagan ellos tampoco!

—Dime que no le has tocado un pelo —brama Scott. Me levanto para tenerlo frente a frente —. ¿Has tocado a mi pequeña Gisele?

—Ya has oído a tu hermana, aquí está bien.

—¡¿La has tocado?!

«Calma», me digo, y me obligo a mantenerla, intentando por ella que no nos enfrentemos.

—¡Malditos seáis todos los Campbell! —escupe él—. ¿Qué le has hecho?

—¡Scott! —grita Gisele. Su valentía me impresiona—. ¡Se acabó, no quiero peleas!

Sin importarme quién esté delante, voy hacia la cama y me siento a su lado.

Le acaricio con suavidad la mejilla.

—Tranquila, Gisele. No pasa nada. Tranquila. —Se calla, alarmándome. ¿Está valorando marcharse?—. ¿Quiere irse? —pregunto.

—¿Usted quiere que me vaya?

¡No! ¿No lo percibe en mis ojos?, ¿en el temblor de mis manos?

—No, pero no me puedo negar al verla...

—¿Al verme cómo?

Estoy dolido, acobardado. La situación se me escapa de las manos. Gisele espera mi respuesta y no sé qué decirle. Me suplica... ¿qué?

Creo leer en su mirada la necesidad que tiene de mí, ¿o acaso es miedo?

—Gisele... dígalo, no pasa nada —me rindo—. Elija lo que desee.

—Vamos, pequeña —nos interrumpe Scott. Noa se mantiene al margen—. Los días de reposo los pasarás en casa, luego te reincorporarás de nuevo... o no, ya lo hablaremos. ¿Dónde están tus cosas?

—Scott...

—Gis, por favor. Entiendo que te deslumbren ciertas cosas, pero no es el hombre que había esperado para ti. Hazme caso, sé de qué hablo.

—Deja que sea tu hermana quien decida, yo no le haría ningún daño.

Ella me mira y le suplico en silencio de nuevo, apretando la mandíbula. Intento decirle sin palabras que, si se marcha, no estaré bien y sé que ella tampoco..., no, llegados a este punto. Es contradictorio teniendo en cuenta lo que espero de la relación, pero soy así de egoísta...

Advierto que ya me echa de menos sin haberse ido. ¡Maldita sea! Y yo a ella.

—Scott, Noa..., me quedo aquí. —Suelto bruscamente el aire que había contenido—. Él se ha ocupado de mí desde que pasó esto, estoy bien.

Se queda conmigo...

Capítulo 10

Estoy hecho de pedacitos de ti

Días, horas, minutos... una semana con Gisele Stone que me da vida.

La paso entera cuidándola, delegando mis obligaciones laborales en Denis para poder estar pendiente de ella en todo momento. Me siento pleno, satisfecho de imponerme ante su indecisión de marcharse, hasta que, en medio de una discusión, ella dice las palabras que no espero oír.

No quiero que las pronuncie. ¡¿Por qué hemos llegado a esto?!

—Tal vez me equivoque y me vaya de aquí rota en mil pedazos, pero quiero que sepas que te amo y que voy a luchar por ti hasta que me lo permitas... —No puede estar pasando. Niego con vehemencia—. Lo amo, mi señor Campbell.

Me quedo atónito. Me siento muy pequeño, vulnerable. El corazón no puede irme más deprisa. La boca se me seca y la respiración se me entrecorta.

Esto no puede estar sucediendo.

—Matt —susurra ella, ante mi silencio. Cuando me toca, me aparto bruscamente. Tengo tanto miedo...—. No hagas esto, por favor, no lo hagas.

—¿Que no haga qué? —mascullo.

—Alejarte así de mí; no lo hagas, por favor. —Se me acerca desnuda. Pese a lo delicada que es la situación, me excita—. Sé que al decirte esto corro el riesgo de perderte para siempre, pero me es imposible soportarlo más... Te amo, Campbell; sé que es una locura, yo misma estoy asombrada. Tu misterio, tu forma de querer dominarme me hacían buscarte, necesitarte y, sorprendiéndome, he llegado a amarte.

Estoy confuso. ¡¿Cómo ha podido enamorarse?! ¡¿Cómo ha permitido que esto sucediera?! Lo nuestro no puede ser. ¡Me abandonará cuando descubra que...!

No tengo ni siquiera el derecho de plantearme el lastimarla de ese modo..., lastimarnos.

—No podía dejarlo así, tenía... necesitaba intentarlo.

—Gisele...

No puedo hablar, lo que la une a mí es mucho más que sexo. ¿Y yo? Si le permito entrar en mi corazón, ¿cómo soportaré más tarde su marcha? Se irá, lo hará. Da igual lo que prometa. Cuando me conozca de verdad, se largará. Últimamente no me estoy medicando, ni tratando con las terapias. No soportará vivir con alguien como yo...

—¿Te vas a quedar callado? ¿No piensas decir nada? —me espeta, zarandeándome—: ¡Dime algo!, que me vaya, que soy una imbécil por dejarme llevar, pero no seas cobarde.

—¿Qué quiere que le diga? —respondo frustrado, manteniendo tontamente las distancias. Me ha puesto contra las cuerdas y no se lo perdono—. ¿Qué espera oír?

—Algo, cualquier cosa. Di lo que piensas, pero no calles.

Camino de un lado a otro de la habitación. Desearía tanto ser capaz de... ¡No!

—¡Pienso que esto es una maldita locura! —suelto exasperado, y luego me callo. Ella no tiene suficiente con eso y se coloca frente a mí, desafiándome, apretando su cuerpo contra el mío. Ahogo un gemido. ¿Qué mierda se ha creído?—. Gisele, ¡está loca! Usted no tiene ni idea de lo que dice. Sabe que yo no soy un hombre que merezca su amor. Ya me va conociendo lo suficiente como para entenderlo. ¡¿Por qué me cuenta esto?! ¡¿Sabe lo mucho que me tortura?!

—¡Eres un imbécil! Te acabo de decir que te amo, ¿y qué mierda me dices tú? ¡Que te torturo! ¿Y yo? ¡¿Yo qué?! Cada maldito día muero cuando me tocas, cuando te siento conmigo. ¡Cada día muero al saber que me voy a ir!, que te voy a dejar de ver... No puedo soportarlo. ¡Me duele!

¡También a mí! Se está rompiendo por mi culpa y musito:

—Sabe que no estoy preparado para esto.

—¿Te estoy pidiendo algo? ¿Alguna vez lo he hecho? —Se seca de un manotazo las lágrimas que yo intento enjugar. Alcanza su ropa—. No te he pedido que me ames...

—¿Adónde va?

—A mi casa; tu madre me ha dicho que me reincorpore el lunes, como bien sabes. —Me está dejando, como tanto temo—. Aquí ya no tengo nada que hacer. No me ata nadie, únicamente el trabajo.

—Gisele, ¿qué me está diciendo?

—¡Que me voy!

Me niego y le sujeto el mentón con brusquedad.

No soy consciente de si la he lastimado, porque estoy agonizando con su decisión.

—¿Se va? ¿Me está dejando?

—Pero ¡¿qué más quieres?!

—¡¿Me deja?!

Furioso, la empotro contra la pared. Nos miramos y siento que me pierdo, no sé qué me hace. Sus ojos esperan, ¿qué? Mis sentimientos no son tan potentes como los suyos. La deseo tanto que muero por fundirme con ella, por enterrarme en su cuerpo hasta que me duela, pero esto no es amor; es pasión de la que desgarra y duele, no amor.

—¿Qué estás haciendo, Campbell?

—No se va. —Niego vehemente—. ¡No se va!

—¿Qué pretendes entonces? ¡¿Qué?!

Estamos discutiendo desnudos, hambrientos el uno del otro, pero también confusos. «Déjala marchar», me digo. Y, aunque indeciso, confieso finalmente:

—No quiero perderla. —La miro a los ojos—. No ahora.

—No ahora. ¿Y el día que me tenga que ir me dejarás marchar?

¡Joder!

—Siempre me está llevando al límite, no se conforma con nada, tiene que estar hurgando en las heridas. —La aprieto, quiero estrujar cada centímetro de su cuerpo—. Déjelo estar, ¿quiere? Cuando ese día llegue, ya hablaremos.

—¿Qué significa eso?

—¡Maldita sea! ¿No se cansa de retarme? —Se ríe, alterándome—. ¿Qué le hace gracia? ¿Le gusta volverme loco?

—No me has respondido.

Fatigado de esta lucha, la levanto del suelo y la embisto con una vertiginosa acometida, colándome en su interior hasta que gemimos desesperados. No es el momento, pero no estoy

bien... y, cuando estamos cerca el uno del otro, no sabemos controlarnos.

—¿Qué me haces, Campbell? —musita ella.

¡¿Yo?!

—¿Qué le hago? —Arremeto con fuerza—. ¡¿Qué?!

Entre salvajes penetraciones y sintiendo cómo se estremece en mis brazos, disfrutando, provocándome con palabras que me estremecen, me obliga a decir frases de las que segundos después me arrepiento...

—No lo sé, Gisele, no lo sé. No sé si quiero que se vaya ese día o ningún otro...

Para continuar:

—Gisele, créame que no quiero hacerle daño, no quiero decir algo que tal vez nunca vaya a cumplir. Deme una tregua, por favor.

Mientras la hago mía sin compasión, ella se retuerce de placer. No se rinde. Entonces soy consciente de lo que está sucediendo, de lo lejos que he llegado, del cerdo en el que me he convertido. ¿Cómo puedo estar follándola sin más, descargando mi frustración, después de lo que ella ha confesado sentir? Se ha tragado su orgullo por mí y yo...

No se merece esto...

—No me voy a rendir —insiste jadeante—. No lo haré. Serás mío.

—Gisele. —Libero su cavidad, dejándola en el suelo—. ¿Qué clase de monstruo soy?

—¿Qué haces? No, Matt...

—Márchate —le pido, sentándome en la cama, hecho un mar de dudas y tuteándola sin pretenderlo, pues no puedo más. Lo cierto es que hace mucho tiempo que dejé de considerarla una simple chica de servicio—. Nunca podré darte lo que necesitas.

—Escúchame...

—Váyase, Gisele. —No puedo mirarla o me arrodillaré ante ella y le entregaré mi alma. Me da miedo todo lo que produce y despierta en mí—. Me voy de viaje. No estaré aquí el lunes cuando vuelva. Es lo mejor; créame, lo es.

—Entiendo. Soy muy... Soy demasiado poco para ti —termina en un susurro.

«No. Yo soy el que no vale nada para alguien como tú.» Le permito que se vaya incluso sabiendo que lo que acaba de decir es la mayor estupidez que he oído nunca...

***

¿Y de qué me sirve rechazarla?

Voy a la agencia, sin encontrar allí mi lugar.

Denis me tranquiliza y me cuenta que Diego Ruiz, el mismo cliente de la vez anterior, quiere a Gisele para otro reportaje como el de «La chica de servicio». Miento y le explico que no está disponible, con la intención de ocultárselo a ella.

Horas después de «nuestra despedida», acepto de una vez por todas que mi fuerza de voluntad es nula si se trata de Gisele. ¿Dónde estará? ¿Adónde habrá ido? Estoy desesperado, no me contesta los mensajes, no me coge el teléfono. Su amiga me dice que ha llorado, que está destrozada... y es por mi culpa. ¿Qué puedo hacer? Tengo que disculparme. Voy a buscarla a casa de Noa, donde ésta me ha dicho que se encuentra. La hallo en la habitación de invitados, dormida y con los auriculares puestos.

La zarandeo suavemente para despertarla.

—Gisele, ¿dónde diablos ha estado? —pregunto nervioso—. La he buscado en casa de su

hermano, en su habitación. He ido donde cenamos la otra noche. ¿No lleva su teléfono móvil?

—H-He tenido cosas que hacer. —Me mira confusa. Ha llorado. Su rostro está demacrado, apagado—. ¿Cómo ha entrado? ¿Qué hace aquí?

—Su amiga me ha dado la llave. Me tenía preocupado. —Me acerco a ella y me siento en la cama. Cuando le acaricio la mejilla, la noto temblar—. Gisele, algo dentro de mí me empuja hacia usted una y otra vez... Intento evitarlo, pero no puedo. Míreme, otra vez a su lado cuando le prometí que no volvería a verla.

—¿Por qué? —replica ella—. Dígame por qué. Necesito entender por qué me deja y luego me busca. No me gusta ser la muñeca de nadie.

Y no lo es.

—No lo sé, no lo sé... Estoy muy confuso, Gisele. —La miro a los ojos—. Estoy asustado por lo que provoca en mí, ¿no lo ve? Me ha confesado algo tan grande como... —No soy capaz de decir la palabra—, ¿y qué hago yo? La empotro contra la pared para embestirla hasta quedarme satisfecho, sin importarme la profundidad de su declaración.

—Entonces ¿dónde nos deja esto? —Parece emocionada.

—Si quiere que me vaya, lo entenderé.

Se abalanza sobre mí y la rodeo con la misma desesperación que ella me recibe. Me hace preguntas a las que respondo, pero me quedo con una frase: «Déjate llevar».

Tratándose de ella, no me lo pone fácil. Me pregunta sobre mi madre biológica, recordándome lo mucho que yo decía quererla y ésta jamás respondió... Hablamos también sobre Amanda, pues Gisele tiene el presentimiento de que hay alguien más y, sí, es ella. Le cuento que se trata de una chica con la que veraneé, se obsesionó con el tiempo y, tras volver a vernos y estar juntos, estuvo a punto de quitarse la vida por mi rechazo. Hasta ese punto duele el amor.

¡¿No entiende eso?!

Sin embargo, hay un vacío en mí, uno que sólo puede llenar Gisele. Egoístamente necesito escuchar de nuevo la frase, aunque sé que no le puedo corresponder.

En el sofá, con ella acurrucada contra mí, la sensación no me abandona.

—¿Qué piensa? Está muy callado. ¿Campbell?

—Gisele.

—¿Sí?

—Dígamelo.

Parece tensarse, quizá le recuerda a cómo he reaccionado. ¡He sido tan gilipollas!

—¿Gisele?

—Lo amo, señor Campbell, lo amo.

Suspiro. Ella se abraza aún más a mí. No entiendo cómo no se cansa de vivir constantemente lo mismo conmigo: peleas y reconciliaciones, cediendo y sin entender qué me está ocurriendo.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé, sólo sé que lo comprendí... cuando me contó lo de Alicia. —No me lo puedo creer. Ahora comprendo su reacción al confesarle mi desliz con mi ex—. Los humanos entendemos lo que nos sucede al rozar el límite.

—¿Se arrepiente de hacerlo? ¿Hubiese elegido esto para su vida?

Levanta la cabeza y me busca.

—Campbell, eso es algo que ocurre, que no se busca ni se espera. —Hace una pausa y contempla mi boca seca—. Pero, si pudiera, lo habría elegido de la misma forma, porque no me

arrepiento de amarlo como lo hago. Es algo que duele cuando las cosas no van bien, que es muy a menudo, pero también es lo más hermoso que me ha pasado nunca.

Es la primera vez en mi vida que me siento amado de verdad por alguien ajeno a mi familia. Ella me ha devuelto la ilusión, las ganas de vivir. ¿Cómo permitir que esté con un enfermo? He de cuidarme, pero quizá lo mejor es no medicarme nunca más. Ella merece a alguien que esté a la altura, no a un hombre que dependa toda su existencia de pastillas y profesionales. Sé que con ella a mi lado podré... Su visión tan optimista de la vida me da esperanzas, igual que la forma como me entiende y consuela cuando me abro un poco más esta tarde..., aunque pronto decido zanjar los temas que tanta curiosidad le producen a ella, y a mí, dolor.

—¿Qué planes tiene para más tarde y para mañana?

—¿Planes? —repito confuso, suspirando—. Pensaba quedarme aquí con usted esta noche y que mañana pasáramos el día juntos. ¿No quiere?

—Hay varios problemas —dice, acariciándome o jugueteando con mi barbilla—. El primero, tengo que saber si Scott va a aparecer por aquí... No sería prudente que mi hermano lo encontrara en mi cama.

—Bien, en ese caso nos iremos a un hotel, pero hoy pasa usted la noche conmigo —sentencio con firmeza—. Diga el otro problema.

Titubea, preocupada.

—Mañana he quedado con mis amigos para ir a la playa. Emma, su novio y... Thomas.

—¿Una pareja, Thomas y usted? ¿Dos parejas? Cuénteme eso.

—Al parecer, Emma se ha echado novio y lo va a llevar a la playa. Con respecto a Thomas, ya sabe que es mi amigo y que con él no hay problemas de parejas, por supuesto.

—Por supuesto. Entonces, ¿no quiere pasar mañana el día conmigo?

—Campbell, quiero pasar con usted todos los días de mi vida, creo que eso ya ha quedado claro. —Sonríe, burlándose cuando me agarroto. Es tan osada—. Campbell...

—Gisele, basta.

—No me rechace. Eso es lo que usted me pide a mí, ¿no?

***

Finalmente, salimos con sus amigos y el maldito Thomas. Con este último, pese a que Gisele lo niega, confirmo mis peores temores. Thomas la mira de una forma que me desgarra. Su mirada es profunda, sincera y llena de amor... Su mejor amigo está enamorado de mi chica de servicio. Entonces soy consciente de que la contemplo con la misma intensidad que él, con el mismo sentimiento. No estoy preparado para reconocerlo ante ella, pero acabo de darme cuenta de que la amo. La amo... y duele demasiado. Sobre todo, al volver a decepcionarla poco después, ya que no soporto las atenciones de Thomas hacia Gisele, que no son de simple amistad. Me acerco a él y le exijo que se aparte de ella, que la deje en paz. De las palabras pasamos a las manos y acabamos a puñetazos en medio de la playa. La gente intenta separarnos, Gisele recoge sus cosas y huye de mí. Y aunque nos reconciliamos, no me perdono que ella pase por alto mis idas de cabeza. Estoy enamorado, la amo como jamás podría amarla nadie... pero le hago mucho daño.

Y lo peor es que no soy capaz de dejarla marchar. ¡Soy así de despreciable!

¿Hasta cuándo podrá soportarlo?

Capítulo 11

Te amo

No quiero creerlo. ¡Me niego a aceptar que me esté abandonando! ¡Me lo juró! Me prometió que se quedaría a mi lado mientras me susurraba cuánto me amaba. Sé que no están siendo nuestros mejores días, que nuestros hermanos no nos lo están poniendo fácil, ¡que yo mismo enloquezco a cada momento! Si ayer me di cuenta de que...

No puedo perderla.

—¿Adónde? —le pregunto, alterado, a Noa.

—Ya se lo he dicho, a casa de Scott para preparar su equipaje. —Me estremezco ante la idea de que ya no esté—. Se va para no volver —añade ella.

—No puede ser, no me ha dicho nada. No se puede ir así. Hemos amanecido juntos.

—Tal vez piense que no la toma en serio, o que no la quiere, no lo sé. —Se encoge de hombros—. La cuestión es que la pierde, Matt.

Me meso el cabello con desesperación.

—¿Cuánto hace que se ha ido?

—Un buen rato.

¡¿Se está riendo de mí en mi puta cara?! Está claro que a Noa está situación le divierte, pues tampoco apoya lo nuestro y está pensando, junto a Scott, llamar a los padres de Gisele para que vengan y sean un obstáculo más... Sin mirarla, salgo corriendo hacia mi coche.

No arranca o quizá soy yo que estoy demasiado nervioso. ¡Joder!

Cuando lo consigo, parto con el corazón a punto de salírseme del pecho. No puedo perderla, no ahora, cuando sé lo que siento por ella. Verla con Thomas me abrió los ojos. Pero ¡se ha ido! ¿Qué voy a hacer si la pierdo? ¿Cómo volveré a confiar en ella si consigo hacerla entrar en razón y que se quede? Me volveré loco, no puede sucederme esto.

¿Y si la encuentro y no quiere verme? Estoy hecho un lío.

Recorro el trayecto por carretera a toda velocidad, muerto de miedo. Mi mundo se viene abajo sin su calor, sin su alegría... ¡Es mi vida! ¡No puede dejarme! Al llegar y aparcar, recupero un poco el aliento. Gisele está delante de la casa, sin verme, caminando distraída mientras mira el móvil. De repente, levanta la vista y se encuentra conmigo. Se detiene... ¿Va a correr en dirección contraria? Me importa una mierda, ¡me niego a dejarla marchar!

Desesperado, aligero el paso hacia ella y la estrecho con fuerza contra mi pecho. Necesito sentirla, comprobar que es real. Mi chica de servicio. Ella no me rechaza...

—Gisele, estás aquí —suspiro agobiado—. Me tenías al borde del infarto. Has debido decirme que te ibas... Anoche me hiciste una promesa y ya la has roto —la tuteo, ha llegado el momento. Parece desconcertada.

—No entiendo nada —musita temblorosa—. ¿Qué ocurre?

«¡Que me vas a dejar, maldita sea!»

—Matt, ¿qué pasa? —Forcejeando, se aparta y me mira a los ojos; sé que la decepción se refleja en ellos. Me escuecen—. ¿Estás... llorando?

—¡Yo no lloro!

—¡Pues dime algo!

—Te has ido sin avisarme. ¡Pese a tus promesas! —Le sujeto la cara entre las manos, sobrecogido—. ¡¿Por qué lo has hecho?! ¡¿Es por lo ocurrido ayer?!

Desordené su casa, peleamos por celos, aunque ella me puso en mi lugar... Me siento cada vez más descontrolado. Quiero romper cada maldito objeto que hay a mi alcance.

—Tenía algo de tiempo libre y no he querido molestarte. No tiene nada que ver con lo de ayer.

—Gisele, sé que a veces soy algo brusco, que no eres capaz de entenderme porque ni yo mismo lo hago, pero prometiste no dejarme.

Niega de nuevo, acariciándome la mejilla.

—No lo hagas, ¡me lo prometiste!

—Yo no te...

Sus labios tiemblan, quizá al saberse descubierta, de modo que la acallo al apoderarme de ellos, mientras la arrincono contra la puerta. Gisele se aferra a mi cuerpo y la toco, la beso. Tiene que entender que está hecha para mí, que nadie la querrá como yo, a pesar de lo mal que ambos lo pasamos con este desgarrador amor... Recorro con mi lengua cada rincón de su boca, exigiendo que se entregue como yo lo hago.

—Matt —jadea—, entremos..., por favor.

—Hoy te odio —confieso besándola, fuera de mí. Finalmente me aparto y niego con la cabeza. No puedo creer que me haya engañado—. ¿Por qué, Gisele? ¡¿Por qué?!

Al cruzarse nuestras miradas, no sé qué ve en la mía que sus hombros se hunden. Tiene miedo, ¿se rinde? Maldita sea, va a decir algo, pero me adelanto.

—Sé que me amas, pero también entiendo tu miedo respecto a mi forma de ser. Gisele, aunque no sepa expresar mis sentimientos por ti, los tengo y no estoy preparado para ello. —Aprieto los dientes; sus preciosos ojos me contemplan, atentos y temerosos—. No estoy preparado para muchas cosas, pero, si tú te vas, me hundo en el precipicio.

Frunce el ceño y los ojos se le empañan de lágrimas, pero no se pronuncia.

Y como me pidió una vez, me dejo llevar por lo que grita mi impaciente corazón.

—Contigo todo es diferente. No lo pretendía, pero tú sabes manejarme. Por favor, no te vayas. Quiero intentarlo. No vas a oírme decir muy a menudo lo que voy a decirte ahora, pero... te quiero, Gisele.

No hay reacción por su parte, no la que yo espero y necesito, pues se limita a contemplarme en silencio. Ya se lo he confesado, ¡¿qué más quiere?! ¿Tan claro tiene que se irá y no le importa mi declaración? Entonces, ¿por qué le brillan los ojos?

—Matt, ¿qué has... dicho?

¡Joder!

—Gisele, ya lo has oído —susurro agobiado. Me siento tan perdido—. Te odio por ello, por hacerme sentir esto. —Le seco las lágrimas—. Es la verdad. No sé en qué momento ha sucedido, pero me temo que ya no puedo estar sin ti, que no sé estarlo...

Está temblando, y yo, muriendo con su silencio.

—Gisele, quiero que te quedes conmigo, te necesito a mi lado.

—Estoy aquí —musita, y se arroja a mi cuello, abrazándome tan desesperada que por fin me relajo. ¿Por qué me abandonaba?—. Y tú estás siempre conmigo, lo sabes...

—Hoy no lo tengo claro. —La abrazo—. Gisele, ¿qué está pasando?

—No lo sé —balbucea contra mi pecho—, pero acabarás conmigo.

—Tú ya lo has hecho conmigo. —Descanso mi frente contra la suya, está helada. La beso con suavidad—. No quiero perderte —digo casi sin voz—. No te vayas, por favor.

—¿P-Por qué repites esto? ¿Por qué crees que me voy a ir?

—Estaba en la oficina y he decidido llamarte, pero no me contestabas... El miedo al saber que te habías arrepentido de lo que me dijiste ayer y esta mañana ha podido conmigo. ¡Te he llamado más de cuarenta veces sin obtener respuesta!

—Te hice una promesa, Matt.

—Lo sé, pero, cuando he ido a buscarte a casa, me he encontrado con Noa. —Doy un paso atrás, necesito que me mire a la cara cuando le cuente el resto de la historia. No quiero pensar que ha sido una encerrona—. Me ha dicho que te vas para siempre, que vuelves con tus padres. No podía creerlo, ¡¿cómo me vas a dejar así?!

—Lo que te ha dicho Noa no es verdad...

—¿Qué quieres decir?

—Antes de irme al centro comercial, le he dicho que, si preguntabas por mí, te explicara que estaba de compras. No he querido llamar a la oficina para no molestarte... No sé de qué me hablas. —Dudo de sus palabras. La desconfianza se apodera de mí—. Matt, no voy a ninguna parte. ¿Estás seguro de que Noa te ha dicho eso exactamente?

—¿No te vas?

Niega sin dar crédito.

—¿Por qué Noa me ha mentido?

—No lo sé. No lo sé.

—No le gusto para ti. Y tampoco a tu hermano.

Gisele, con evidente tristeza, se encoge de hombros.

Entonces me besa, feliz al recordar lo que siento.

—No me importa nadie —me asegura entre beso y beso—. Sólo tú y yo, sólo tú.

Un ronco gemido brota de mi boca, perdiéndose en la profundidad de la suya. Es lo que necesitaba oír... Y la reclamo, saboreándola con deleite, sin piedad, porque esta mujer me pertenece como yo le pertenezco a ella, y haría lo que fuera porque funcionara.

Lo haré.

—Te amo, Campbell —musita y me sonríe—; no puedo creer que tú también me quieras.

—Yo tampoco —confieso amargamente—. Pero ya no hay vuelta atrás.

—No quiero que la haya. Sé que es complicado para ti, pero vamos a estar bien.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —duda entre sollozos.

—Sí, Gisele, te voy a cuidar.

«No merece otra cosa.»

Y como estoy dispuesto a entregárselo todo, la llevo a mi refugio. Es donde voy cuando estoy agobiado o simplemente necesito la tranquilidad que mi enfermedad no me aporta... De momento no es más que un terreno vacío, en el que están empezando a construir lo que será mi hogar, y ya que soy capaz de admitir lo que siento por Gisele... espero que también el suyo. Contrariamente a lo que ha venido sucediendo hasta este momento, ahora el que presiona más respecto a los planes

de futuro soy yo. Necesito que deje de ser la chica de servicio... Ella se niega, aunque sé que no será por mucho tiempo. No puedo permitir que la mujer con la que quiero compartir mi vida sea mi empleada. Es una necesidad darle su lugar en mi casa, con mi familia.

La guío hasta mi árbol favorito y me siento en la base de éste, colocando a Gisele sobre mis rodillas. Entonces me sonríe y yo continúo indagando.

Me produce ansiedad no conocer todas las respuestas, aunque disfrazo mis inquietudes y nervios tras una calma que en absoluto siento.

—Quiero saber qué planes tienes cuando estés de vuelta en Lugo —me cuesta incluso pensar que se irá y puntualizo—, una vez que te vayas de aquí.

—Pues seguir estudiando. Hace dos años, terminé la carrera de Periodismo y trabajé en un periódico local. Pero después tuve que dedicarme a otras cosas al no encontrar posibilidades de ejercer la profesión. Ahora me propongo hacer un máster.

—¿Y dónde quedo yo? —insisto, metiéndole presión.

—Supongo que vendré los fines de semana, vacaciones, puentes. —Se muestra más decaída según va hablando. ¡¿No va a pedirme que lo abandone todo por ella, que me amolde a su vida con mis negocios?! ¡Lo haría!—. Aunque no me gustan las relaciones a distancia.

—¿Y entonces? —Tengo un nudo en el pecho que apenas me deja respirar—. Dime, Gisele, ¿me aceptas, pero a la vez te pierdo?

—Tenemos tiempo, no sé... Maldita sea, Matt, ¿me vas a dejar marchar después de decirme que lo soy todo para ti?

—¿Crees que voy a hacer eso? —Le acaricio la mejilla—. ¿Qué es un miserable fin de semana? Gisele, me he acostumbrado a verte diariamente y me parece absurda la idea de encontrarnos sólo de vez en cuando.

Intenta rehuirme. Su silencio no me gusta. Está meditabunda, ida.

—Gisele, ¿qué estás pensando?

—¿Tenemos que hablar de esto hoy? Me siento presionada. Sólo estamos en julio, aún quedan dos meses para...

—Quiero una promesa, Gisele. —Me incorporo con ella y de pie, frente a frente, la atraigo hacia mí por la cintura—. Dime que esto no terminará mal, dímelo.

—Lo prometo...

***

Poco a poco nos vamos entendiendo... o no..., aunque parece que a ninguno de los dos nos importa.

Sigo ocultándole cada detalle de mi enfermedad, a pesar de que ella advierte cambios en mi personalidad que no son normales, como las compras compulsivas, el sentimiento de posesión respecto a ella y todo lo que quiero, mi miedo a perderla o la forma en la que me aprieto los puños cuando estoy histérico.

Nuestro entorno tampoco es que ayude... Noa y Eric han empezado una relación y se mantienen al margen, y también mis padres, pero Roxanne y Scott no nos lo ponen fácil.

Con todo, yo me centro en Gisele... Incluso en una ocasión, cuando duerme entre mis brazos, en una bañera que he preparado para ella junto con una sorpresa, le confieso que la amo. Sé que no lo oye, pero lo siento.

Mi manera de comportarme con ella ha variado, tanto que hasta a veces considera que soy

romántico... No sé si lo dice para picarme o porque realmente lo cree. Yo replico que odio esa palabra, y es cierto..., no la soporto. Me recuerda lo débil que puedo llegar a ser. «Oh, a veces eres tan romántico...», me ha dicho, a lo que he replicado: «Odio esa palabra, deja ya de repetirla».

Otra noticia que no espero altera mi calma y la ansiedad aumenta... Diego Ruiz sigue insistiendo para que Gisele pose para su campaña y yo continúo ocultándoselo a ella. Otro secreto más. ¿Hasta cuándo?

Para colmo, una mañana Denis entró en mi despacho de la agencia y me dijo: «Van a sacar una nueva edición de la revista, en cuya portada aparecerá una foto de la modelo que protagonizó el reportaje "La chica de servicio", incluido en las páginas interiores».

«¡¿Qué coño estás diciendo?!», repliqué.

«Me acaban de llamar para decírmelo. Necesito que avises a Gisele; dentro de tres días le ingresarán el dinero que le corresponde por esta segunda edición.»

Furioso, me volví hacia la ventana. ¿Por qué mierda tenía que estar ocurriendo eso? Maldito el día en el que le hice caso y acepté que Gisele posara para la jodida publicación.

***

Hoy, finalmente, todo estalla. Gisele se entera de que le he ocultado el interés de Diego por ella y se encara conmigo muy enfadada. Yo tampoco entro en razón.

No... si está en peligro la relación.

—Esto no es querer... —susurra con la voz rota—. Querer a alguien no es tomar decisiones sin su consentimiento y a sus espaldas. No es mentir. Aunque no se acepte una situación, querer... no es ocultar.

—Gisele, ¿qué estás diciendo? Tú sabes que te quiero, ¡maldita sea!

—¿Estás arrepentido?

—¡Ya basta!

Se enfrenta a mí con la valentía y osadía de siempre.

—No lo estás, ¿verdad?

—No, Gisele, no lo estoy —confirmo, chasqueando la lengua—. ¿Y sabes por qué? Porque eres demasiado importante en mi vida como para arriesgarme a perderte con un trabajo de esas características. Sé que eso es lo que sucedería. No pretendo perjudicarte con ello; al contrario, quiero protegerte y protegernos.

—¿Eso es lo que te produce mi amor? ¿Miedo e inquietudes?

—No tienes ni idea. —Niego vehemente—. Hoy en el refugio pensaba hablarte del maldito reportaje «La chica de servicio»... Has tenido tanto éxito que se va a hacer una segunda edición de la revista. ¡No lo soporto, no quiero que vuelvas a hacerlo!

—¿Qué dices? —No se lo cree. ¿Acaso no confía en su físico? Es perfecta—. ¿Éxito?

—Maldigo el día en que dejé que posaras para mi proyecto, maldigo el momento en que te dije que sí, desesperado por volver a verte.

Reconozco que intenta controlar sus emociones, está alterada.

—Gisele, ¿vas a llorar? —Le enmarco la cara entre las manos, temblando—. Te vas a marchar, ¿verdad?

—Matt...

—¡¿Por qué me haces esto?! —la interrumpo—. Apareces un buen día en mi casa

desarmándome, cautivándome y, cuando consigues tenerme a tus pies, te vas a ir... ¡por un maldito reportaje!

Siento como si un puñal se clavara en mi pecho.

—¡No empieces a divagar!

—Jamás debí confiar en ti, jamás debí dejarme llevar por tu cara de ángel. ¡Márchate si eso es lo que quieres!

Se aferra a mi pecho, pero la obligo a que me suelte sin ninguna delicadeza y estampo su libro, con el que está entusiasmada por las noches, contra la pared.

—Matt, ¡cálmate! —Miro por la ventana, sin ver nada, y de nuevo me abraza, esta vez desde atrás—. No me pienso marchar, deja de pensar que lo haré.

—Suéltame, no quiero tu maldita compasión. No pretendo amarrarte a mi lado por pena. Gisele, por favor, márchate.

—Matt, no es verdad, ¡no es lo que quiero! —Me vuelvo de cara a ella—. ¿No ves en mi mirada todo el amor que te tengo? Me duelen tus dudas. ¿No entiendes que lo nuestro es tan repentino como intenso y fuerte?

—Gisele... —susurro descompuesto—, quererte tanto me duele.

Por un momento se queda callada, pensativa.

Sabe que me vuelve loco no saber qué piensa o qué siente.

—Sé que un día serás consciente de la carga que supongo en tu vida y te irás, lo sé —le aseguro. ¡No podré ocultarle toda la vida mi enfermedad!—. Lloras porque te duele ver que es verdad. Te entristece porque, aunque me amas, ese amor no es suficiente para soportar mi inestabilidad... Me asusta ver que no seré capaz de mantenerte a mi lado.

—Matt, escúchame, por favor —me pide, estudiándome con tristeza. Me tira del brazo y nos sentamos en el sofá. Antes de hablar, me acaricia la mejilla y me rozo con su mano—. Te encierras en tu mundo y te atormentas. La que se asusta soy yo de ver lo que hago contigo, cómo te descontrolas cuando no me dominas... Mírate, Matt, tus miedos aumentan los míos y ninguno de los dos disfrutamos de esto... Quererme te destruye.

—No me abandones por esto, sabes que te necesito a mi lado.

—No, Matt, ya no sé qué necesitas. —Solloza, y la rodeo con los brazos, acercando mi boca a la suya. Necesito su calor para sentirme vivo—. Me desconciertas. Me acabas de decir que me marche y ahora que no lo haga. ¿Cómo sé cuándo hago bien contigo?

—Siempre que no me dejes, harás bien... No me escuches cuando te pida algo tan estúpido como que te vayas, sabes que no lo siento —susurro, frotando mi mejilla contra la suya—. Dime que te vas a quedar.

—No había pensado irme...

—Bésame y demuéstrame cuánto me quieres. Dime que me vas a querer siempre.

—Siempre —me promete, aunque parece asustada—. Siempre, Matt.

Entrelaza los dedos de ambas manos tras mi nuca, y me besa con ansia y a la vez con tanta ternura y suavidad que hace que me pierda. Adoro cada una de sus facetas, cuando se entrega salvaje en el sexo y cuando, como hoy, es delicada. Me complementa como no imagina.

—Así te quiero, Matt, incondicionalmente —declara, pegada a mi boca—. No lo dudes nunca.

—Dime que harás lo que te pida por verme feliz.

—Sabes que sí —contesta insegura—. ¿Qué es lo que quieres de mí, Matt, qué?

«Lo quiero todo. Absolutamente todo.»

—No vuelvas a posar nunca más. Tengo dinero y puedes disponer del que necesites. No te va

a faltar de nada, te lo prometo.

—Matt, no me pidas esto. Si adaptarme a ti implica dejar de ser quien soy, eso no es lo que quiero —se niega en rotundo, aunque con calma—. Me encanta experimentar, en este tiempo has podido comprobarlo, y posar me gustó y me llenó. Tengo metas y me propongo cumplirlas, como he venido haciendo hasta ahora... Vine aquí para ganar el dinero que necesito para seguir estudiando. No es estabilidad económica lo que busco.

—¡No estoy de acuerdo, no, Gisele!

Nuestros puntos de vistas son tan distintos que continuamos con la lucha, una que parece que no va a acabar bien, pues ella insiste y a mí me duele, quizá sin motivo.

Me cuesta entenderla, aunque, en el fondo, sé que tiene razón. Mis temores no me permiten ver más allá de ellos. ¿Así la haré feliz? No puedo encerrarla en una burbuja... Sin embargo, quisiera hacerlo...

—Recuerda que no te estoy pidiendo permiso —replica desafiándome, de pie frente a mí, con el mentón levantado y los brazos en jarras—. Matt, sé que nada es fácil y, si tengo que estar en la redacción de un periódico de pueblo para hacer lo que me gusta, lo haré. Pero mi meta es llegar más alto y no lo voy a dejar aquí. No terminaré algo que aún no he empezado.

—Gisele, sé que no te importa mi opinión, pero no quiero que lo hagas. Te suplico que no lo hagas.

—¡Eres tan egoísta...! —responde, golpeándome el pecho. La cabeza me duele. El cuerpo me pesa. Estoy cansado de luchar contra ella... y, sobre todo, contra mí mismo. A pesar de todo, no hallo forma de controlarlo—. ¡No me puedo creer que me estés pidiendo eso! ¡Ésta soy yo, Gisele Stone, y no me vas a manejar y cambiar a tu antojo!

¡Joder! Tiene razón. La conocí así, empecé a quererla por su forma de ser, por cómo se comporta y se enfrenta ante distintas circunstancias. Siempre ha sido desafiante, atrevida, sensual, a la vez que cariñosa, tierna, dulce. ¿Qué es lo que pretendo hacer con ella?

¡¿Qué?!

Me pide que la deje sola, y sé que por una maldita vez debo respetarlo. Sin embargo, una frase suya no deja de atormentarme; una frase que quizá tiene más sentido del que ella misma pueda imaginar.

«Me abruma la constante montaña rusa que vivo a tu lado, unas veces arriba y otras abajo... Y siempre con esa sensación de vértigo. Ahora quiero estar sola, por hoy no puedo más... Me presionas y no puedo pensar.»

Acabo marchándome de casa, emborrachándome en un bar cualquiera con Denis. Cuando ya no puedo más, cojo el coche. Apenas veo... incluso la visión es doble por momentos. La carretera está oscura y de fondo suena una canción que me parte en dos.

¿Cómo estará ella?

No sé cómo consigo entrar en el garaje de casa. Una vez aquí, apago el motor y me apoyo sobre el volante. No puedo ni abrir los ojos. He bebido demasiado.

—¡Roxanne! —¿Es la voz de Karen?—. ¡Roxanne, baja, por favor!

Está cerca, puedo notar su presencia. ¿Y Gisele? Quiero gritar su nombre, pero no tengo fuerzas. No me salen las palabras.

Poco tiempo después presumo que mi mente me está jugando una mala pasada, pues mi hermana no puede estar haciéndome esto... es imposible. Adoro demasiado a esa caprichosa y ella ha de querer lo mejor para mí.

—Lo que te vas a encontrar no es nada agradable. Piensa qué estás haciendo con él y toma

una buena decisión. Desde tu llegada, esto es lo que has conseguido... Entra.

¿Es real? No puede ser. Me duelen los párpados y no puedo abrirlos. Entonces percibo unas caricias que reconocería incluso ciego. Es ella... tiene que serlo.

—Matt, ¿qué tienes?

Abro los ojos, apenas un poco. La veo.

—Estás aquí —balbuceo y abro los brazos. Ella acude a mí y ya el recuerdo es vago.

«Quédate conmigo, Gisele.»

***

Cuando despierto de nuevo, Gisele se encuentra a mi lado, en mi habitación. Me cuida, me besa, pero hay algo en ella diferente. Su mirada es extraña. Está muy apagada.

¿Qué me oculta?

—¿Vas a llorar? No llores, por favor, me parte el alma verte así. Me he vuelto loco, no sé qué me ha pasado. He sido imprudente al beber, no me he sabido controlar. Si quieres hacer esos reportajes, hazlos. Si eso es lo que has decidido, adelante.

—¿Estás dispuesto a ceder por mí...?

—Por ti haría cualquier cosa, no lo dudes —le aseguro, y es verdad, no miento—. Gisele, mírame, dime que me perdonas. Voy a perder la cabeza si no lo haces.

—No tengo nada que perdonarte. Matt, perdóname tú...

—¿Por qué? Gisele, ¿qué te tengo que perdonar?

—No haber sabido entenderte, calmarte. Siento todo el daño que te hago.

—Gisele, no, no y no. No pienses eso, no pidas perdón por algo que no has hecho... —intento tranquilizarla. Me abruma su angustia—. Estoy tan asustado que digo cosas horribles, pero no es tu culpa, sólo mía por no saber confiar en ti. Y lo mereces tanto...

Su silencio me duele. Sobre todo, cuando poco después estamos a punto de hacer el amor. Mientras me mima entre caricias y besos imposibles de olvidar, pronuncia con tristeza:

—Te amo, Matt, nunca olvides que eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Me sabe a despedida; sin embargo, confío en ella, en sus promesas. No puedo seguir creyendo que me dejará. Ha demostrado todo lo contrario.

***

La frialdad de la cama me hace despertarme. Gisele no está a mi lado. ¿He dormido unas horas? Increíble, pienso sonriendo. ¿Dónde está mi pequeña diabla? No me voy a alarmar, no hay por qué... pero no la encuentro y, al asomarme por la ventana, mi mundo se rompe en mil pedazos: la veo en el jardín... Está huyendo en medio de la noche, con una mochila a cuestas.

—¡No...!

Abro la puerta de la habitación y me cruzo con mi hermana Roxanne. Sus ojos me piden calma; mi corazón no puede asimilar que ella tenga algo que ver en esto.

—Es lo mejor... —susurra.

—No tienes ni puta idea, joder.

Al llegar abajo veo cómo se dejar caer de rodillas. ¿Está llorando? ¡Me está dejando! Me duele tanto que no puedo disimular mi alarido de dolor cuando me acerco a ella por el jardín.

—¡Gisele! —Se tensa—. ¡Gisele, ven, por favor!

Agotada, me da la cara. Corro hacia ella, con el pantalón de pijama como única prenda. ¡No puede estar haciéndonos esto! Nada tendrá sentido si cruza la puerta de salida.

—¿Esto es ser mía? —le reprocho asustado—. Confío en ti, pienso que soy un imbécil por haber pensado que me ibas a dejar y decides marcharte en mitad de la noche..., abandonarme. ¿Por qué, Gisele? ¿Por qué? ¡Me has hecho una promesa!

—¡Porque no soy buena para ti!

—¿Que no eres buena para mí? —repito incrédulo—. ¿De dónde diablos has sacado eso?

—¡De verte... Matt, mírate!

No entiende que es mi puta vida.

—Gisele, ¿eres consciente de cómo he creído morir al ver desde mi ventana que te ibas? ¡Estoy sangrando por dentro! Sé que no merezco que me quieras, pero que me abandones de esta manera...

—¡Lo sé, maldita sea! —Lloriquea, mucho, sé que defraudada. Sus ojos no mienten—. ¡No he sido yo, yo no me rindo!

¿Qué pretende decirme? Me duele tanto su traición...

—¿Me amas? —pregunto sin fuerzas. Mi madre me dejó una madrugada, como ella pretendía hacerlo en ésta. La historia se repite—. Gisele... ¿me amas?

—Tanto que hasta me duele —balbucea tomando aire—. Si he pensado en irme no es porque no te ame... Es porque no quiero hacerte sufrir más. Sé que tú piensas que no eres bueno para mí, pero, créeme, yo soy la que te perjudico.

—Te equivocas, ¡no lo haces!

—Precisamente porque te quiero he pensado en irme. —Mientras habla me zarandea, ¡¿qué pide?!—. Pero antes de hacerlo he comprendido que no puedo, aunque te destroce, aunque me destroce..., quiero quedarme contigo. ¡Te amo, Matt, y también yo soy egoísta!

No puedo creerla; ha conseguido que afloren sensaciones que creía superadas.

—Pero lo has pensado, has estado a punto de hacerlo. ¡Maldita seas, Gisele, eres mía!

—Lo soy, Matt, ¡nunca he dejado de serlo!

La aprieto entre mis brazos, sin gritos, agotados por esta relación que se complica más cada día. No hay rabia, hoy siento que es momento de abrir por completo mi corazón. No puedo pasar por una situación parecida y, si es eso lo que necesita para atarse a mí, lo haré.

Me aparto, la beso y la acaricio con desesperación; luego le enmarco la cara con ternura; ella se relaja con el gesto.

—Gisele, ¿sabes lo mucho que te amo?

Percibo que el color de su cara, incluso en la oscuridad de la noche, varía.

Empieza a temblar sin responderme; no sé si es un buen signo dado el punto en el que nos encontramos. Su respiración se altera, su rostro se contrae y sus ojos se inundan de nuevo. Si no me abraza y me dice que ella también a mí, voy a perder la cabeza.

—Nena, ¿qué te ocurre?

—¡Lo has dicho, Campbell! —masculla, y empieza a golpear mi pecho—. Maldita sea, dímelo de nuevo. ¡Ves, he estado a punto de irme y no quería!

—¡No me lo recuerdes...! ¡Te amo! Por Dios, Gisele, estoy arrepentido. ¿Cómo podría vivir sin la persona que más necesito? Lo que tenemos es especial, ¡eres mía, joder!

Desesperado al sentir que se me escapa de entre los dedos, la tumbo en el césped.

La beso agonizando.

—Te ataré a mi cama, nena, y jamás pensarás en dejarme. Te daré todo, lo prometo, no puedo

creer que estés aquí. No, no te reclamaré sin más en el sexo. Tú mereces que te haga el amor, y será en nuestra casa. Te vendrás a vivir conmigo pronto, lo sé.

No quiero ni parpadear. Temo no verla. Sonrío sin ganas y la acaricio; está aquí.

—¿Lo sientes, Gisele, sientes cuánto te quiero?

Afirma y se curva. Me besa, me aprieta la cara. Sé que está arrepentida o eso es lo que deseo creer. Nos levantamos... Cojo sus cosas y hablamos de camino y ya en la habitación. La idea de que sea mi mujer me abruma. Ella se resiste...

—¿Te casarías con este loco?

—¿Con cuál de ellos? Hay tantos en ti...

Y, aunque tarde, sé que lo será. No puedo permitir que Roxanne la vuelva a hacer reflexionar. ¿Cómo ha podido? Según Gisele, mi hermana me protege... ¿arrebatándomela?

La noche se presenta larga, agónica, y Gisele no acepta casarse conmigo. ¿Olvidamos sin más lo que ha ocurrido?

¡¿Me dice que descanse después de lo que mi mente tiene grabado?! ¡No puedo! Estoy lleno de angustia. La miro fijamente y, atormentado, la saco de la cama y la pongo a mi altura. Su diminuto pijama le cuelga de la cintura...

—¿Qué pasa, Matt?

—Que te amo, Gisele, te amo. —Busco su mirada, creo conocerla y ambos pensamos en la huida de antes—. Gisele, no vuelvas a hacerlo, por favor.

—Perdóname —implora arrepentida—, me duele pensar en el daño que te he hecho al intentar irme... ¡Pensé, estúpidamente, que era lo mejor para ti, para que fueras feliz!

—¡¿Sin ti, Gisele?, ¿sin ti?! —La agito furioso—. ¿Sin la persona que tanto necesito a mi lado para poder respirar? ¡Explícamelo para que lo entienda!

—La presión, Matt —susurra con calma. Sigue sorprendida y yo, lastimado—. He dudado; no me preguntes cómo, pero lo he hecho..., dudé de tu amor. ¡Lo hice pese a sentirlo! Aunque las palabras no salieran de tu boca, ¡yo las sentía!

—¡Basta!

—¿Me perdonarás?

La ahogo con mi cuerpo, desesperado por tenerla para mí toda la maldita vida que me quede por delante. Hay miedo en ella.

Yo no controlo lo vulnerable que me ha hecho sentir. Sin orgullo, le respondo:

—Sabes que lo haré, Gisele. Sabes que haré cualquier cosa que me pidas y también sé que sabes por qué. Míranos esta noche, aquí tienes la prueba...

—¡No me lo recuerdes!

—¡Me dejabas, te ibas!

Llora. Me bebo sus lágrimas, la apremio. Hay ansiedad en nuestro beso.

—Gisele, estoy asustado —gimo contra sus labios.

—Lo siento tanto...

«Y yo también...»

Por la furia que me corroe, la hago caer al suelo. Estamos tan coléricos que no sentimos la frialdad; necesito que me entregue todo de ella... ahora... Mientras nos besamos, devoramos y luchamos por el poder del otro, las palabras y súplicas llenan el intenso momento...

—Tócame, Matt, por favor... Tócame.

—Mía, nena. No vuelvas a hacerlo, ¡no!

—No, no, no. Te amo... te amo.

Hay sollozos, arañazos y descontrol en nuestra unión.

El desenfreno al enterrarme en su cavidad me colma. La amo, la quiero... y medito si, tras nuestros problemas, la oposición a nuestro alrededor de nuestros hermanos..., sus padres lejos, lo necesario es unirnos formalmente.

—Serás mía siempre —clamo hambriento de toda ella—. No dejaré que te vayas.

—No...

—Te estoy haciendo el amor... —susurro moviendo las caderas—, no te reclamo en el sexo sin más. ¿Lo sientes?

Hemos perdido; el amor nos ha vencido y tenemos que aceptarlo.

—Sí... —me muerde el labio—, lo siento.

Me adentro en su carne, disfrutando de la plenitud de Gisele Stone... La atropello en cada enérgica embestida, no hay marcha atrás. Hoy la marco como mía.

Y por ello susurro, en medio de nuestra batalla:

—Siéntelo, nena..., conmigo, juntos.

»Mírame. Aunque me sea difícil expresar mis sentimientos, te quiero. Sé que te puede asustar lo enfermizo que parece, lo obsesivo y posesivo de mi amor por ti, pero te amo así y no puedo evitarlo.

»Siento haberte pedido cambios; es más, sé que no los harás y, aunque me desesperes muchas veces, tampoco quiero que cambies. Te necesito como eres; por ello me tienes a tus pies, jamás he conocido a alguien como tú.

No deja de llorar con cada sentida palabra, hasta que, en medio de nuestra burbuja intensa y fogosa, consigue hablar:

—Te amo, Matt... y necesito que te controles...

Limpio sus lágrimas y la abrazo.

—Perdóname... Ayúdame, solo no puedo.

No le cuento cómo hacerlo...

***

Los días pasan... La presento ante mi familia como mi pareja, y no todos la reciben bien. Roxanne está en medio, pero ya nada me detiene. Quiero que deje de ser la chica de servicio para siempre, merece tener su lugar.

Más adelante, en el desfile de mi hermana, todo se va a la mierda. Gisele desaparece; no la encuentro e irrumpo en la sala donde Roxanne y Alicia están encerradas con otras muchas personas. Hasta aquí ha llegado su intromisión; ya me he peleado con Scott por mi relación con Gisele y lo haré con todo aquel que se interponga entre nosotros.

Hoy más que nunca dudo de mi paternidad del bebé que espera Alicia... ¡Ya está de tres meses! Estoy convencido de que me engañó con Sam más de una vez, ¡de eso no me quedan dudas!

Los problemas no cesan: Alicia acaba en el hospital, con un amago de aborto. Los padres de Gisele están aquí, los llamó Scott... Éstos me prohíben verla y, desquiciado, me cuelo por la ventana de su cuarto, con planes de irnos a vivir juntos tal y como había accedido a hacer, presionada por las circunstancias, mientras se lo rogaba en nuestro refugio cuando hacíamos el amor... Y aún hay más. Finalmente, a petición de su padre, llega su exnovio, lo que termina de matarme... Mi cabeza se llena de imágenes de Gisele y él juntos... porque ella me ha ocultado su

presencia. Confundido y temeroso de un posible final por las influencias externas sobre nosotros, cedo a presentarme ante ellos. Este momento tenía que llegar.

Su madre parece más amable... El padre tiene las ideas claras.

Ambos, con sus matices, me recuerdan físicamente a sus hijos, aunque para los parecidos soy un desastre. Sin duda Gisele es la más hermosa de la familia.

Perfecta entre ellos... para mí.

—Mamá, papá, éste es Matt. Scott ya se ha encargado de hablaros de él, aunque mostrándoos una imagen suya que no se corresponde con la realidad. —Aprieto con fuerza nuestros dedos entrelazados—. Pido disculpas por lo sucedido, pero yo no tengo la culpa de que se me quiera tratar como a una niña pequeña.

—¿Oyes, Isabel? ¡Yo soy el culpable! Después de que este hombre haya tocado a nuestra hija en nuestra cara, ¡como si fuese una fulana! —Gisele me observa enseguida, temiendo que pierda el control. Me estoy consumiendo por dentro; aun así, y por ella, callo—. Si ayer no me gustaba Matty, hoy mucho menos.

—Matt —corrige ella secamente.

—¡Me importa una mierda cómo se llame! —Se levanta y me señala con el dedo. Empiezo a despreciarlo con todas mis fuerzas según sigue hablando y pone en duda nuestros sentimientos, hasta que añade—: Dale el lugar que le corresponde o te juro que la perderás.

«Claro que lo haré, y entonces nadie nos separará.»

Es lo que me digo y me obligo a creer… Su hermano Scott es el único que recapacita, que acepta la decisión de Gisele de estar conmigo y nos lo pone un poco fácil… Pero nunca es suficiente. No para mí, que soy mi mayor enemigo.

Capítulo 12

Me enamoré de ti

Provócame...

Me quedo mirando el escaparate de la joyería y pienso de nuevo si es lo mejor, dado el momento en que nos encontramos. Rememoro palabras, reproches de gente ajena a mi relación con la mujer que me ha cambiado la vida y, casi sin ser consciente de ello, entro en la tienda.

Camino de un lado a otro, pensativo y agobiado. La quiero en mi día a día, cada segundo y, si para ello tengo que atarla a mí, lo haré.

¿Qué diría Gisele? Que tengo que intentarlo.

—Hola —me saluda la dependienta—, ¿puedo ayudarlo en algo?

—Busco un anillo de compromiso, por favor.

Son las dos de la tarde y es un día complicado, después de lo que sucedió anoche. Gisele me espera en el hotel, donde, por culpa de su padre, hemos tenido que pasar la noche. Cree que estoy en el trabajo, pero soy incapaz de concentrarme, con toda la mierda que inunda mi cabeza.

Desde que la conocí... estoy, en cuanto a mi enfermedad, en el peor momento. No sólo sufro cambios de humor a menudo, sino que estoy muy irritable y, además, mi mente me está jugando constantemente malas pasadas... Veo cosas donde no las hay.

Lo peor... es que pierdo el control, incapaz de reprimirme, aun dudando de si lo que sucede a mi alrededor es cierto o mi realidad paralela. ¿Qué puedo hacer? Tengo la sensación de que me estoy volviendo loco. La ansiedad está a su máxima potencia, el nudo en el pecho me oprime los pulmones y dificulta mi respiración y los ojos me escuecen diariamente... y no del cansancio.

—Venga por aquí —me dice la mujer—. ¿Tiene una idea de lo que busca?

La tengo.

—El más caro, hermoso y elegante que tengan.

Media hora más tarde, salgo y, nervioso, llego al hotel. Después del enfrentamiento de anoche con el padre de Gisele y de tantos altibajos, me siento irascible e inestable.

Se ha quedado dormida en la cama, vuelta hacia el lado opuesto a mí. Me acerco a ella y la miro. Veo el rasguño en su mejilla y su expresión descarada, que no la abandona ni siquiera cuando duerme. Así acurrucada está tan bonita que duele mirarla.

—Cerdo y cerdo —maldigo de nuevo a su padre por haberla encerrado en su habitación. Al escaparse con su hermano Scott por la ventana, Gisele se hirió en la mejilla con los cristales—. Me las vas a pagar, Michael, juro que lo harás.

No controlo mi rabia, la impotencia que siento porque le hayan hecho daño. Y el nombre de Álvaro, su exnovio, regresa para tensarme y alterarme.

Me acuesto en la cama detrás de ella, aunque sé que no podré dormir, pese a lo mucho que lo

necesito. Le rodeo la cintura con un brazo, sintiendo el afán de posesión que siempre despierta en mí... y que tantos problemas nos trae.

Huelo su cabello.

Me muero por tocarla, por hacerle el amor, pero estoy tan furioso que temo no saber controlarme. No sería la primera vez que la lastimo mientras... Y, desde luego, no seré yo quien le cause más dolor.

Pienso en algo que me calme, que me ayude a dominar las ganas que tengo de salir corriendo y golpear a Michael Stone... Muchos recuerdos se agolpan en mi cabeza mientras cierro los ojos.

El día que nos conocimos, siendo ella la chica de servicio.

Cuando momentos después la aceché y, con insolencia, le ordené que se tumbara.

Esa noche en que me dio más de lo que yo esperaba... Cuando creí haberla comprado.

Su desvergonzado regalo de cumpleaños.

Su carácter fuerte, desafiándome a diario.

La primera vez que la besé haciendo el amor... pues me negaba a ello.

La sorpresa cuando Gisele rompió nuestro pacto y me devolvió el dinero.

Mis viajes poniendo tierra de por medio, echándola de menos.

Su intensa confesión.

«No todo ha sido bueno.»

El ataque que sufrió por parte de Dylan en la fiesta.

Su huida en medio de la noche, abandonándome, tras emborracharme al haber roto el trato... Y creer que la perdía.

Sus preguntas, mis falsas respuestas.

Mi secreto, su transparencia.

Su ex, mi hermana, su hermano..., su padre. El embarazo de Alicia. Todos intentando separarnos.

¡No!

Me agito en la cama. ¡Cuánto hemos pasado en tan poco tiempo! ¿Cuántas veces ha tenido que ver cómo la apartaba de mi lado y la buscaba después? Y ahora sólo dependo de ella. Es algo que me negué a reconocer hasta que fue inevitable... pues la iba a perder.

—Matt, chist... Te quiero.

Me finjo dormido mientras Gisele me acaricia. Se ha despertado y recorre con los dedos las facciones cansadas de mi rostro, desprendiendo ternura.

—Sé que estás despierto, Campbell —susurra con un ronroneo—. Conozco a la perfección tu cuerpo para adivinar cada una de tus alteraciones. ¿Me oyes? Mírame.

Me resisto y ella continúa.

—Anoche, con todo el lío de mi padre, no te vi bien, y hoy quisiera que me dieses un poco de amor, ¿puede ser?

La miro y, en cuanto veo el corte que se hizo con el cristal en la mejilla, me enfurezco.

—¿Te duele?

Niega con la cabeza y pregunta:

—¿A qué hora has vuelto?

—Pronto y esta tarde no iré a trabajar.

—Lo comprendo, son las nueve de la noche —me dice sonriendo.

¡¿Qué?! Me he dormido... Qué raro, pero supongo que no se ha debido tanto a mi cansancio como a que lo he hecho al lado de Gisele. Ella me calma, me transmite seguridad.

—¿Me das un beso? —me pide ella.

Me muero de ganas, pero estoy tan furioso pensando en su padre que temo perder la cabeza y hacerle daño. Soy un salvaje... y no sabe cómo odio perder el control en el sexo.

—¿Tienes hambre? —pregunto, cambiando de tema.

—¿No me vas a besar? —se queja, poniendo los ojos en blanco—. Entiendo... Mucho menos tocar.

—No, no lo haré. No quiero hacerte daño y, créeme, estoy haciendo grandes esfuerzos para no ir a casa de tu hermano y...

—No lo harás —me corta. Se levanta y, riendo, empieza a desnudarse con sensualidad—. Tú me quieres y sabes que con eso me harías daño y que yo no te lo perdonaría nunca. ¿Vienes a la ducha? —me pregunta provocativa, excitándome de inmediato.

—No.

—¡Como quieras!

Se mete en el cuarto de baño y yo rebusco en mi bolsillo y saco la caja con el anillo. ¿Cuándo será el momento indicado para dárselo?

Me levanto y lo guardo entre las pocas prendas que tengo aquí, en el bolsillo de una chaqueta, y voy a ver a Gisele... Está tumbada en la bañera llena de espuma, con ésta bordeando sus pechos.

—Hola —me saluda coqueta—. ¿Te has arrepentido?

—No, voy a pedir la cena.

Después de que nos la traigan, ella sale del cuarto de baño sin albornoz, desnuda y moviendo las caderas.

Sonríe.

—¿Qué miras?

—Deja de jugar, Gisele, es una advertencia.

Se chupa el dedo índice, encogiéndose de hombros.

—¿Qué me puede pasar si te desobedezco? —Mi respiración se acelera cuando la veo bajar el dedo hasta su sexo. Gime. ¡Maldita sea!—. ¿Mereceré un castigo?

Corro hacia ella, la cojo y caemos juntos en el sofá. La coloco a horcajadas sobre mí y clavo los dedos en sus muslos sin miramientos, arrastrándola hacia delante y moviéndola luego arriba y abajo sobre mi erección.

—Oh, Campbell... qué duro. —Se muerde el labio y, ansioso, me incorporo y la beso, metiéndole la lengua con deseo, con desesperación. Toco sus pechos, su vientre—. Ay...

Me alejo de inmediato y veo que sin darme cuenta le he rozado la herida y que le cae un hilillo de sangre.

—¡Joder! —La aparto y le examino la mejilla—. ¡Te he dicho que esto podía pasar!

Ella aparta la cabeza, tapándose el corte.

—Nena —susurro, arrodillándome a sus pies, más calmado—, ¿no entiendes que me preocupo por ti y que todo esto me duele?

—Estás exagerando.

—¡No si se trata de ti!

Aprieto los puños, rabioso por haberle hecho daño. ¿Por qué no me sé controlar?

—Sonríeme —le pido, arrepentido de haber sido tan brusco—. Eres preciosa, me muero por tocarte y hacerte enloquecer. Lo estoy deseando. Te deseo tanto que mis manos no saben estar lejos de ti. Pero dame unos días, Gisele, ¡porque no puedo más!

Pensativa y preocupada, pregunta:

—¿Estás bien...?

—Sí. —Rehúyo su mirada—. Sabes que siempre necesito más de ti.

—Toda una vida, Campbell —promete, sabiendo qué es lo que necesito. Sin ser consciente, le aprieto las manos. ¡Mierda! Me abraza, me besa el cuello. Gimo—. Humm. ¿Cenamos?

Me alejo para curarla.

—Sí; anda, ponte algo de ropa —le ordeno, tras limpiarle la herida con una gasa—. Maldita sea, odio este corte.

—¿Estoy fea? —se burla.

Aprieto los puños y luego le pongo el albornoz y la siento frente a mí. Los nervios y el rencor me están destrozando por dentro.

—Eres la mujer más perfecta que hay sobre la faz de la tierra —digo finalmente, con voz seca —. Perdóname por no saber controlarme, por lo mucho a lo que te he sometido en tan poco tiempo. Prométeme que no harás caso a ninguna llamada de Álvaro, que no me dejarás.

Suspira.

—Soy tuya. ¿No lo he sido desde aquel día en que nos conocimos en tu despacho?

«Mía», esa maldita palabra... No es de mi propiedad ni debo creerlo. De hecho, lo sé; sin embargo, necesito oírlo constantemente.

Le sonrío tirante, he de sosegarme. Lo fue, lo es... y lo será. El anillo que le voy a dar es buena prueba de ello: será mi mujer.

—Matt, tienes una mirada sospechosa —me acusa, con una ceja alzada—. ¿Qué me escondes?

—Nada malo. —«No en este caso, quiero decir»—. Que te amo, nena.

—También yo.

No sé si lo hace aposta, pero al comer saborea detenidamente cada bocado. No puedo dejar de mirarla, de imaginar que es de mí de quien está gozando con tanto entusiasmo. Se relame los labios... Cierro los ojos, atormentado.

—¡Campbell! ¡¿Qué haces?! —Abro los ojos y veo sorprendido que está delante de mí y que yo estoy tocando la punta de mi miembro, mojada, apretada entre mis dedos—. ¡Estoy aquí para ti!

—¡Mierda! —grito—. Eres tú quien me incita, tienes que dejar de ser tan perversa.

—¡Pues hazme lo que quieras! —Niego, tapándome de muy mal humor. Es increíble—. Entonces, llévame a la cama y, si no quieres hacerme el amor, abrázame y hazme sentir que estás aquí. ¡O me va a dar algo!

Con un nuevo intento la arrastro hasta allí y me lanzo sobre ella, que jadea con asombro. Le abro las piernas, me cuelo en ella y deslizo las manos por su cuerpo. Estoy febril. Gisele es ardiente y arremete contra mi erección... Pero no puedo seguir cuando veo en su cara que le he hecho daño.

—¡Matt!

—¡A dormir! —Destapo la cama.

—¡Buf!

Furiosa, enciende la televisión y no... no puede ser. En la pantalla hay una chica en el centro de una cama, mientras dos chicos disfrutan de ella. La están poseyendo por delante y por detrás.

—¡Apaga eso! —le gruño, cuando enfocan los genitales de esos cerdos—. Gisele, tu maldito juego me tiene al límite.

—Buenas noches, Campbell —dice ofuscada, dándome la espalda—. Sé soñar y fantasear.

—No te atrevas y no me impidas abrazarte.

—¡Lo haré hasta que decidas tocarme!

Con paciencia, espero que se duerma para soportar otra noche de insomnio. Más aún con la perspectiva de tener que ir mañana a ver a Alicia, que está ingresada por una amenaza de aborto, de un hijo que todavía no sé si es mío...

¿Qué dirá Gisele cuando sepa que tendré que dejarla sola para visitar a mi exnovia?

Y sigo sin darle el anillo.

«De puta madre.»

Capítulo 13

Te voy a perder

—Sabes que lo entiendo todo, Matt, pero, si se trata de Álvaro, tú te...

Con la mirada que le echo, la dejo callada. Ofuscada, asiente y se encierra en la ducha. No ha probado bocado de la enorme bandeja que nos han servido, yo mucho menos.

—Gisele —la llamo, abotonándome la camisa—. Abre la puerta.

—¡Me quieres callada, pues silencio! —Oigo ruidos—. Vete a verla, hablaremos más tarde.

—No voy a verla, lo sabes. —Oigo el sonido del agua, lo que quiere decir que me ignora—. ¡Gisele, abre!

—¡No me da la gana!

—Gisele... —murmuro, abrochándome el cinturón—. Te quiero, nena.

—¡Perfecto y hasta luego!

Sé que en el fondo la culpa es mía, pero estoy entre dos aguas. Y termino cogiendo mis cosas y marchándome del hotel. Les mando un mensaje a mis padres diciéndoles que todo va bien, pero no es así.

Alicia me espera con la mayor de las sonrisas, satisfecha al saberme preocupado por la situación. Estoy deseando que nazca ese niño y confirmar que no es mío, pero tampoco puedo darlo por hecho y negarle lo que me negaron a mí.

—Hola, Matt —susurra, estirando la mano.

Niego con la cabeza. No pienso tocarla.

—¿Cómo estás?

—¿Encima ese tono? —me recrimina de mal humor—. Estoy aquí tras el encuentro con tu... Ella me llamó zorra delante de todas y yo...

—Basta, Alicia.

Me cruzo de brazos, sin mirarla.

—Te tiene ciego, Matt. ¿Quién dice que no quiere tu dinero? —Cierro y abro los puños—. En apenas un mes y algo no puede vivir sin ti, ¿quién se lo cree?

—Yo, Alicia, yo —replico, señalándome—. Porque ella me hace sentir lo mismo y, te lo advierto, contrólate si se trata de Gisele.

—Pero ¡es que...!

No lo tolero, salgo de la habitación y cierro de un portazo. Estoy cansado de que se pongan en duda los sentimientos de Gisele, un error que yo mismo cometí al conocerla y ofrecerle dinero como si fuera una fulana... creyendo que era igual que todas.

No me apetece ir al trabajo, mi socio Denis me cubrirá. ¿Y si intento hablar con Michael Stone? Quiero lo mejor para su hija, que él sepa que mi única preocupación es cuidarla.

Finalmente me decido y me dirijo hacia la casa de su hijo Scott, donde los padres de Gisele

están pasando unos días, tras viajar desde Lugo para saber qué estaba sucediendo con nuestra precipitada relación; una alarma creada por Scott Stone.

Hasta hace poco lo nuestro era clandestino, pero me cansé y quise que todos lo supieran, dejar de esconderme..., aunque Gisele se negara a ello en un principio.

¡No puede ser!

Lo que me encuentro al llegar es lo que menos me gustaría ver en el mundo. Michael está a unos metros de distancia, tomando algo en una cafetería, nada más y nada menos que con Álvaro, el exnovio de Gisele.

Dominándome, rodeo el local por detrás y me siento cerca de su mesa, oculto por una columna de piedra que nos separa. No puedo sentirme más frustrado, más inseguro... pero no pienso perderla.

—Imagínate cómo estamos —comenta Michael—. Hace poco más de un mes nos dice que se viene a Málaga a trabajar para poder pagarse el máster de periodismo y ahora ha dejado el trabajo, está con su jefe y él va a ser padre.

—Gisele siempre ha sido responsable, ¿qué le habrá pasado?

El innombrable y yo no nos parecemos en nada. Yo tengo el pelo oscuro y los ojos verdes y soy de complexión fuerte. ¿Por qué Gisele se ha fijado en dos personas tan opuestas? Él había sido el primer y único hombre en su vida hasta que me conoció.

Pero fui yo quien le enseñó a gozar, tocándola y disfrutándola como él jamás supo, ni pudo hacerlo. He probado cada parte de su delicado cuerpo y ella se ha entregado a mí como nunca hizo con él. Estaba frustrada y a mi lado descubrió el sexo completo, salvaje.

Pensar que le perteneció a este hombre...

Cojo aire.

—Esa relación no va a llegar a ningún lado —continúa Michael—. Será otro juguete de un niño rico como es él y no pienso consentírselo. Lo peor de todo es que sus padres lo apoyan... No sé qué consiguen con esto.

—No perder a su hijo.

«Qué coño sabrás tú.»

—Dime, Michael —prosigue el tal Álvaro. Yo tamborileo con los dedos en la mesa—. ¿Dónde está Gise?

«¿¡Gise!? ¿Es un apodo cariñoso?»

—Se escapó anoche con él. —La voz del padre se altera—. Tenemos que hacer algo y que abra los ojos.

—Michael... sabes que os aprecio, pero fui a verla y me echó.

«Y lo volverá a hacer.»

—No importa, aún no es tarde. Llevan muy poco tiempo juntos y no hay estabilidad alguna. —Me crujo los dedos—. Mi hijo me contó que la ha visto llorar muchas veces por el tal Matty, pero hasta aquí ha llegado.

Me levanto y, odiándolos como ellos jamás imaginarían, decido desaparecer durante el día de hoy... Lejos de Gisele, porque no quiero que me vea de nuevo perder los papeles.

Creerá que estoy trabajando y será lo mejor para ella.

Pero noto cómo mi temperamento me consume y termino gastando dinero sin ton ni son, sin tomarme las pastillas porque me niego a ser un enfermo..., riendo cuando quizá no es el momento.

Mensaje de Matt a Gisele. A las 10.35.

Nena, perdóname por lo de hace un rato.
Te quiero... Voy de camino al trabajo. Tenías razón, no debería haber ido a verla. Dímelo, por favor.

Mensaje de Gisele a Matt. A las 10.36.

Te amo.

Ha contestado seca, seguramente esté enfadada. ¿Y si supiera...? ¿Me dejaría Gisele si supiera a qué se enfrenta estando a mi lado?

Horas después decido buscar respuestas.

—Matt, ¿eres tú?

Abro la puerta de la habitación, confirmando mi presencia.

—¿Quién si no? —pregunto a la defensiva—. ¿Por qué lo has dudado?

Con gesto irónico, se levanta de la cama y pasa de largo hacia la sala. Pero yo no le permito que me ignore de esta manera y la sujeto del codo, empujándola contra mí.

Con el mentón en alto, me mira cara a cara. Su actitud es desafiante, como siempre.

—No te atrevas, Matt. Son las once de la noche, te has ido a ver a tu ex y no he sabido nada de ti en todo el puto día. —Se suelta de mí y se dirige a la ventana—. ¿Cómo ha ido?

—¿Has hablado con tu familia?

—No, pero sí con la tuya... con todos excepto con Roxanne. —Suspira. El corte de su mejilla está mejor—. Por supuesto.

Adoro a mi hermana, pero se ha interpuesto entre Gisele y yo apoyando a Alicia, y ha puesto una distancia entre nosotros que nunca antes tuvimos.

—Gisele, háblame de Álvaro.

—¿Qué? —Niega con la cabeza, asomándose a la ventana—. No me jodas, Matt.

—Te llamaba Gise...

Su asombro es evidente cuando se vuelve y, con las manos en la cintura, se encara conmigo. Supongo que espera que ceda, pero no puedo. Mi cabeza va a estallar con las imágenes y los planes de su padre, que por supuesto no le contaré para no preocuparla.

—¿De qué vas, Matt?

—¿Cómo es que decidiste dejarlo? —insisto, pellizcándome el puente de la nariz—. ¿Por qué?

—Yo también te he hecho una pregunta y no me has respondido.

—No he estado con ella ni cinco minutos. —Me apoyo en la mesa y cruzo los brazos sobre el pecho, consumido por la rabia al pensar que pueda dejarme. Es un miedo que no consigo quitarme desde la infancia—. Gisele, por favor, necesito saberlo.

Con los hombros hundidos, rodea la mesa y destapa una bandeja. Está llena de fruta de todo tipo, dispuesta en forma de corazón y, en el centro, mi nombre escrito con fresas sin cortar.

No sé qué decir.

—Gisele...

—No comes nada —susurra, haciéndome sentar en la silla, mientras ella lo hace en una al otro lado de la mesa—. Me tienes preocupada, Matt.

—Estoy bien...

—No duermes —añade, dándome un trozo de fruta en la boca, paseándolo por mis labios.

Sube una pierna hasta el extremo de la silla—. Y tus cambios de humor me van a volver loca. Esta mañana me pides perdón en el mensaje, me dices que me quieres, ¿y ahora me hablas de Álvaro?

—Necesito saberlo.

Mi voz suena seca, asqueado al oír el nombre de él en sus labios. Tengo que hacer lo contrario que ese hombre, saber qué cartas debo jugar para retenerla. Ella nunca lo quiso... Y he de aprovechar estos días para hacerle entender que ha de ser mi mujer.

—Come —me incita, apoyando el mentón en la rodilla—. Matt, hace años que lo dejé...

—Háblame de la ruptura, por favor.

Como a duras penas, pues sé que así hablará.

—Ese día había llegado de la universidad, cansada, y mi madre me dijo que Álvaro estaba esperándome. Lo saludé. —Aprieto los dientes, tragando de golpe. Pero ella me da más fruta, atenta—. Fue algo rápido, yo tenía claro que él empezaba a ser un estorbo en mi vida, que no me aportaba nada. Sólo podíamos ser amigos.

—¿Qué más?

—Lo subí a mi habitación y... —Escupo la fruta y cierro los ojos con fuerza. No quiero ni imaginarlo—. Ya basta, Matt. Lo dejé, punto final. Le dije la verdad: que era demasiado tierno y sensible para una persona con un temperamento como el mío.

—¿Y te dejó ir sin más? —mascullo sin mirarla.

—Él no es como tú, Matt —susurra y percibo su aliento cerca—. Por eso estoy aquí contigo y no con otro...

—Gisele —le advierto atormentado.

—He discutido con mi padre, con mi hermano y con tu hermana. —La miro y me sonríe, gateando sobre la mesa. Me mata—. Pero no estoy mal, porque sé que mereces que te apoye.

Me debato sobre si sacar el anillo ahora mismo o esperar. Pero mi inseguridad me lo impide. No estoy preparado para una posible negativa.

—Ven aquí —ronronea con sensualidad, tirando del cuello de mi camisa—. Tócame, bésame y fó...

—Chist —la interrumpo, al intuir lo osada que va a ser—. Aún no, Gisele... Estoy lleno de rabia, de impotencia.

—Ya pasó —me provoca, lamiéndome los labios—. Olvídalo.

«No puedo, no después de ver a tu padre planeando cómo alejarte de mí.»

—Gisele, basta.

Pero ella sabe cómo jugar sus cartas, cómo ponerme al límite y provocarme una erección de mil demonios..., una que está a punto de traspasar el pantalón, pidiendo ser liberada, como la bestia que llevo dentro.

—Matt —gime, recorriéndome con la lengua, desde el labio superior, pasando por el inferior, hasta que la cuela dentro de mi boca. Me aprieto el muslo, ¡Dios!—. Duro... a lo Campbell.

Poco a poco, desliza la mano dentro de la bragueta de mi pantalón, acelerándome el pulso. Sus dedos llegan al glande y, suavemente, pasea las yemas por él una y otra vez... y una más.

Siento que voy a perder la cabeza y, completamente rendido, la cojo en brazos y la acorralo contra la pared. El camisón corto se le levanta hasta la cintura, haciendo que me olvide del control.

Con la palma de la mano, empiezo a acariciarla desde el tobillo, avanzando hacia su rodilla y ascendiendo luego por el muslo. Mi boca no tiene contemplaciones con la suya y la devoro como

si fuera nuestro último día juntos.

Le tiro del pelo, desesperado por penetrarla y no salir de su, seguramente, húmeda cavidad.

Un gemido.

Permanece inmóvil.

Algo no va bien.

Gisele suele entregarse a la pasión, al deseo desmedido que nos une. Sin embargo, ahora levanta las manos contra la pared, ofreciéndose como la sumisa que nunca ha sido.

—Te he hecho daño —afirmo. Ella niega con la cabeza, empujando las caderas contra mi pelvis. Me duele de tanto como la necesito—. ¿Entonces?

—Hazme lo que quieras...

Se arquea más.

Miro su mejilla, el corte parece casi curado; sin embargo, me doy cuenta de que la he aferrado con tanta fuerza que he arañado la blanca piel de su cintura.

—A dormir —digo agobiado.

¿Por qué no sé tratarla tan bien como se merece? Por la puta rabia.

—¡Vaya día, Matt!

La dejo en el suelo y, sin mirarla, me encamino hacia la cama. Sin quitarme la ropa, me tumbo dándole la espalda.

La petición de matrimonio me tortura y el tiempo se me acaba, ya que quiero hacerlo antes del jueves, cuando viajaremos a Nueva York para que ella pueda posar para el reportaje. Un mundo en el que jamás debí introducirla.

—Matt —susurra en mi oído, detrás de mí—, me gusta cuando eres posesivo y exigente en el sexo, ¿qué demonios te pasa?

—Duerme.

—¿Vamos a discutir otra vez tontamente?

—Yo...

—Anda, mírame.

Me vuelvo de cara a ella. Hundo los dedos entre los largos mechones de su cabello. Gisele me sonríe, consiguiendo que le devuelva la sonrisa, y ambos disfrutamos de una tranquilad que no poseemos.

—¿Cómo te ha ido en el trabajo? —pregunta, acurrucándose contra mi pecho.

La abrazo con fuerza.

—Como siempre —miento—. He organizado algún reportaje, ha habido varias sesiones de fotografía. En fin... lo típico.

—Bien. —Me besa sobre el corazón—. Te amo, Matt.

—Y yo, nena. No te imaginas cuánto.

—No olvides que estoy aquí —dice, enterrando la cara en mi cuello—; por favor, recuérdalo.

—Lo hago.

«Aunque te mienta y no te diga que quizá pronto he de hacerme otro examen y te oculte que no es el único desde que nos conocemos.»

Pero lo hago para protegerla, para no tener que involucrarla en este duro proceso.

Capítulo 14

A que no me dejas

—Gisele —la llamo, zarandeándola—. Nena, despierta.

—¿Humm?

Bosteza, mirándome con un ojo cerrado. Estoy de pie, a su lado, listo para que vayamos a dar un paseo. Me apetece salir con ella, ir de fiesta y desconectar un poco, comprarle cosas, mimarla. Me siento eufórico, sin sueño, aun sin haber dormido apenas.

—¿Vas a salir? —pregunta incorporándose y buscando su móvil—. Matt... —entrecierra los ojos—, son las cinco de la madrugada.

—¿Y qué más da? —Suelto una carcajada—. Vamos, preciosa.

Alarmada, me mira de arriba abajo.

—¿Estás bien?

—Muy bien, cariño —digo, tirando de ella y llevándola hasta el armario para que busque algo de ropa—. Elige qué ponerte, o, si lo prefieres, salimos ahora y cuando abran las tiendas compramos lo que quieras. ¿Te apetece comer? ¿O quizá algún capricho? Tienes que hacerte una copia de las tarjetas y...

—Matt...

—Lo que quieras, todo es tuyo. Recuerda que...

—¡Matt!

Al mirarla, me doy cuenta de que he sacado toda su ropa del armario y la he esparcido sobre la cama. He agitado el mueble sin darme cuenta. Veo lo desconcertada que está, pero ambos callamos. Ella no entiende mis cambios de humor y yo no sé controlarlos.

—¿Qué te pasa, Matt? —me pregunta, con la mirada perdida en el desorden—. ¿Qué haces? ¿Adónde vas? ¿¡Qué es esto!?

—Nena...

—¿Comprar? ¿Salir? —continúa, señalándome—. ¿Qué caprichos me vas a compra de madrugada, Matt?

—Tienes razón, ha sido un...

Coge toda la ropa a la vez, sin ordenar nada, la lanza al armario y abre la cama. Me mira e, impaciente, me arranca la camisa. Luego se arrodilla y me baja el pantalón.

—Gisele, ¿qué estás...?

Me suelta, con las manos en alto, señalando que no hay provocación.

—Duerme, Matt —ordena cansada—. Creo que necesitas descansar en condiciones.

Toda la diversión se ha esfumado. Me tiro sobre el colchón boca abajo y me maldigo, tapándome la cabeza con la almohada.

Gisele tiene veinticuatro años y es la pequeña, y por tanto la protegida, de su familia. Lo que

le espera al lado de un hombre que con veintinueve tiene tantas cargas, inseguridades y miedos respecto al pasado, no será fácil para ella.

***

El martes me voy del hotel antes de que Gisele se despierte. Sé que está cansada, porque ha pasado la mayor parte de la noche desvelada y supongo que la causa soy yo.

En el trabajo estoy desganado. No llamo a Alicia, ni tampoco a mi hermana Roxanne, aunque espera mi llamada, pues ha decidido enterrar el hacha de guerra con Gisele.

Mi móvil suena dos horas después de que llegue al despacho. Mi corazón se desboca. En la pantalla aparece «Número oculto»..., algo que nunca me ha gustado. No me dan buena espina. Cuando se ocultan, pienso que no será nada bueno.

—¿Sí? —pregunto.

Pero nadie habla, únicamente se oye una respiración alterada.

—Ey —reclamo.

Nada.

Cuelgo.

Dos minutos después, vuelven a llamar. Sin embargo, suspiro tranquilo al ver que es Gisele y no ningún desconocido.

—¿Matt? —dice.

—Dime, nena.

Cierro el portátil, desanimado. Tengo su foto encima de mi escritorio.

—Creía que desayunarías conmigo —refunfuña—. Te echo de menos, Matt.

—Perdona, tenía trabajo —respondo, tapándome la cara con las manos. Hoy su padre ha vuelto a quedar con Álvaro en la cafetería. Los he visto de camino aquí y no lo tolero—. Yo también a ti, Gisele.

—Pues no te alejes. Estás raro...

—No es nada.

—Bien.

Oigo el sonido de colgar. Me ha cortado la llamada. ¡Joder!

—Matt —me llama Denis desde el pasillo—. Todo listo, te esperan.

—¡Voy! —grito.

Bebo un poco de agua y me encamino hacia la sala donde se va a hacer el reportaje. No sé muy bien de qué va... Chicas casi desnudas, lo que me faltaba.

—Poneos una detrás de otra —les ordeno, o casi les gruño, con las pocas ganas que tengo de estar aquí—. Rápido, por favor.

—Sí, señor Campbell.

«Como me llamaba Gisele. “Mi señor Campbell”, decía.»

—Un momento... —dice una de las chicas—. ¿Tu novia no es Gisele Stone?

Me acerco, interrogándola con la mirada.

—La vi en una revista y hace poco en el desfile contigo —me aclara intimidada—. Lo digo porque me ha parecido verla aquí fuera.

—¿Fuera, en la empresa? —Alzo una ceja.

—Sí, hablando con un chico.

La bilis me sube a la garganta.

—¿Qué dices?

—Bueno... —titubea, mirando a las otras, que se encogen de hombros—, igual me he confundido.

Aparto a mis empleados y a las modelos y corro por los pasillos. Creo ver una melena como la suya, pero un momento después la he perdido. Miro enloquecido a todos lados, abriendo y cerrando cada puerta donde hubiese podido colarse... Nada.

—¡Gisele!

—¿Matt?

Es mi hermana Roxanne.

—Hola, he venido a verte. ¿Qué pasa?

—¿Has visto a Gisele? —Niega, asombrada—. No sé si ha venido y, de ser así, se ha ido.

—Si quieres, vamos a buscarla.

Salimos los dos a la calle, pero parece como si se la hubiese tragado la tierra. Y, de repente, tengo una intuición y le pido a Roxanne que me lleve en coche hasta la cafetería donde el padre de Gisele y el innombrable se encuentran.

—¡No! —Le doy un puñetazo a la ventana del vehículo—. Dime que no puede ser. ¡Dímelo!

—¡¿Qué?!

Mi hermana mira a un lado y a otro. ¿No los ve?

—Son Gisele y su ex —señalo, volviéndome loco, dando codazos y patadas—. Lo está besando.

—Matt...

—¡Me lo juró!

—Ey...

—No puedo, no lo soporto... —Me ahogo—. ¡La perdonaré, lo sabes, pero...!

—¡Matt! —Roxanne me obliga a mirarla y me acaricia la mejilla—. No es ella, ¿qué te pasa?

No puede ser que los celos me cieguen así. Me bajo del coche y, poseído por el mismo demonio, aparto bruscamente al cerdo de ella. Mi hermana, que ha corrido a mi lado, pide disculpas innumerables veces a la pareja... No es Gisele, tampoco Álvaro.

La oposición de su padre y sus planes para separarnos me están volviendo loco. ¿Qué me está pasando? He perdido todo el control.

—Tienes que relajarte, Matt.

—Márcame su número de teléfono, por favor —susurro arrepentido—. Necesito hablar con ella.

—No te abandonará —me consuela, mirándome de reojo—. Tarde, pero lo he entendido, y tú tienes que hacerlo también.

—Su padre... —Me callo.

Me tiemblan las manos cuando cojo el teléfono. Me recrimino no confiar en ella, dar las cosas por hechas. Imaginar lo que no es con tanta facilidad me agota. Escuchar lo que dice la gente... ¿Es que nunca aprenderé?

—Nena —digo, nada más oír su respiración—, ¿estás en el hotel?

—¿Matt? —Se oye mal—. ¿Eres tú?

—Claro que soy yo.

—Este puto cacharro no tiene cobertura. —Me hace reír, así de fácil oscilo de un sentimiento a otro—. ¿Todo bien?

—Sí...

—Estoy aburrida, sola... Amor, no vengas tarde, por favor.

Su súplica me hace recapacitar.

—He sido un estúpido. Voy para allá y pasamos la mañana juntos.

En vez de aprovechar los momentos a su lado y preparar el terreno para darle el anillo, me estoy distanciando de ella una vez más. ¡Idiota!

—Me voy, Roxanne.

—Cuídate... —me dice preocupada.

Espero que sea sincera... Más adelante hablaremos con calma. Ahora mi prioridad es otra y su repentino cambio me hace dudar.

En menos de diez minutos estoy de vuelta en el hotel. Gisele me espera arreglada, tremendamente sexy, alterando mis sentidos. Lleva un pantalón corto, camiseta escotada de tirantes y zapatos de tacón.

Incluso se ha maquillado. Los celos se apoderan de mí de una forma absoluta, fulminante. Sólo con imaginar que otro la mira ya me enervo. Otro... que pueda darle lo que yo no: una vida estable, sinceridad.

—Campbell... Campbell —se burla ella, viniendo a mi encuentro con esa alegría que hace que me rinda a sus pies—. Cuidado con lo que sea que vayas a decir, porque no pienso cambiarme, ¿entendido?

—¿Adónde vamos?

—A pasear. Es martes y quizá te apetezca que disfrutemos de esta mañana tan calurosa de verano... —Se abanica con la mano y se tira a mis brazos. Yo la acojo con desesperación—. Hola, amor...

—No empieces.

Trago saliva mientras cierro los ojos, sintiéndola mía.

—¡Matt! Pues entonces vámonos y disfrutemos de este virginal romance —se ríe con alegría.

Le beso la frente, tenso y agarrotado al verla lucirse tan atrevida.

—¿Te das cuenta? —añade—. Podría ser que nuestros días aquí fueran como una luna de miel y la estás desaprovechando. ¡Tonto!

Luna de miel... He de darle el anillo. ¿Cuándo será el momento? Quizá en un lugar donde nos sintamos cómodos. Un reservado, claro que sí. Por la mañana iremos de compras y durante el almuerzo se lo propondré.

Pero llega el momento y ella dice una frase que me echa para atrás. ¡Joder!

—¿Has visto esa chica vestida de novia? —Me señala el otro reservado. Hay una celebración —. Yo odio las bodas.

—Eso ya lo he oído otras veces —contesto, dándole sushi en la boca. Se relame. Ya estamos con el maldito juego—. ¿En qué piensas?

—En lo importante que puede llegar a ser en tu vida una persona a la que nunca habías visto y con la que de un día para otro todo es intenso, fuerte. —Coge su refresco y dice picarona—: Por nosotros, Matt. Por los momentos que hemos vivido.

—Y por los que nos quedan —añado, mirando lo descarada que es. Preciosa... lo es todo para mí—. Dime cuál es tu favorito.

Hacemos chocar las copas y bebemos.

—Es muy difícil, Matt —contesta, masticando melancólica una aceituna—. Quizá el día que me dijiste cuánto me querías, tras haber creído por la trampa de mi amiga Noa que me marchaba. ¿Y el tuyo?

«Me devolviste las ganas de luchar contra un imposible.»

—Todos, Gisele, porque con cada uno me has enseñado algo. —Le cojo una mano—. Pero sigo esperando el más especial, el día que pueda decir que eres mía frente a todos los que insisten en lo contrario.

—Lo soy —dice sonriendo, con sus ojos grises iluminados.

—Sabes de qué te hablo —añado ronco.

Se le desencaja el semblante y a duras penas consigue tragarse la aceituna. De pronto, le da una tos muy escandalosa. Me niego a creer que esto sea una negativa, que no me vaya a aceptar y que el resto del mundo consiga así lo que quiere... hacerle ver que no soy bueno para ella.

—¿Vamos a la playa? —suelta de pronto, jugueteando con un trozo de miga de pan que hay en la mesa.

«Estupendo.»

—Sólo tienes que pedir… aunque no me haga ni puta gracia.

—Ay, Matt.

Pero quiero vivir por y para complacerla.

***

No puedo más, no lo soporto. ¡Voy a perder la puta cabeza! De pronto, casi las únicas palabras que mi madre me dedicó en mi niñez me atosigan al ver a Gisele disfrutando de un baño, en biquini, y con cuatro pares de ojos pendientes de ella.

«No le dejes tus cosas a nadie, lo tuyo es sólo tuyo. Nunca permitas que te lo arrebaten. No des aire o libertad a aquello que sientes como propio, si lo haces, lo perderás...»

¡¡Ella no es tuya!! Me presiono las sienes, controlándome. Estoy a punto de estallar. Entiendo cada palabra, lo que me quiso transmitir, y lo consiguió, sin duda alguna. Sobre todo la inseguridad de lo que he vivido. Mi madre biológica le dio libertad a mi padre y él la abandonó... Más tarde, yo se la di y ella renunció a mí.

Odio sentirme así, pensar de esta manera tan drástica. ¡Soy lo que me enseñaron! Y soy... lo que mis malditos impulsos me arrastran a ser.

Capítulo 15

Si aún te quieres quedar

Son las cinco de la tarde del miércoles y mañana salimos de viaje. Hoy estoy muy animado, demasiado. Tras el buen rato de ayer en la playa, veo las cosas de otro color. No le he dado el anillo y acabo de cambiarlo por otro más bonito y sencillo, más Gisele.

—Karen —telefoneo a mi madre, mientras entro en el coche—, ¿me oyes?

—Sí, cielo. Dime.

—Necesito que me hagas un favor, que me reserves una mesa donde le he dicho a Roxanne y con los detalles que te diré.

Me tiemblan las manos al tocar el anillo.

—Claro que sí; dime, hijo.

—En la mesa quiero pétalos de rosas rojas y un mantel oscuro.

Me callo que, sobre ellos, pondré el anillo de compromiso con el que espero obtener el sí que dé paso a la alianza de casados.

—Karen —insisto—, es importante.

—Suena a cena romántica... Uy, uy.

—Sí —digo esperanzado—. A las nueve, por favor.

—Cuenta con ello y dale besos a Gisele... Ah, Alicia ha salido del hospital.

—La llamaré a la vuelta del viaje.

Apago el teléfono. Ahora sólo me queda ir a un sitio, parar todo esto y demostrar que puedo ser el hombre serio y responsable que Gisele necesita.

Aparco en la acera, frente a la casa de Scott Stone, el hermano de mi futura esposa.

—¿Qué haces aquí? —Es el padre quien me recibe—. Vete por donde has...

—Vengo a pedirte formalmente la mano de tu hija.

Su sonrisa se ensancha y, con tranquilidad, me cede el paso hacia la vivienda.

—Sabes que mi hija se va a ir a Lugo con Álvaro, ¿verdad? — Inmediatamente me agito por su ataque tan cruel—. No la has tratado como corresponde, Campbell. La has mantenido como chica de servicio mientras la metías en tu cama.

—Eso no es verdad —mascullo—. Y no he venido a discutir.

—En cambio, yo sí vine por mi hija. ¿Y ese anillo para cuándo? —ironiza, caminando con las manos a la espalda—. Sé cómo eres. Le callarás la boca con eso y luego la dejarás tirada como a una fulana.

—Cállate —digo—, no sabes lo que dices.

—La vas a perder. No te dará tiempo a cansarte de Gisele cuando ella se dé cuenta de que no eres la persona que...

Impotente, me acerco a él y lo cojo del cuello. Me duele la mandíbula de lo apretada que la

tengo.

—Se irá con Álvaro y le dará todo lo que tú, a pesar de tener...

Pierdo el control, mis instintos me dominan y le doy un puñetazo, deteniéndome al ser consciente de que es el padre de la mujer que amo. Pero él sonríe, se burla y... tras el primer golpe llegan varios más.

—¡Campbell! —Es la voz del hermano de Gisele—. ¡Basta, malnacido!

Me empuja con fuerza, haciéndome caer hacia atrás. Nos miramos a los ojos. Sé cuánto lo adora su hermana; sin embargo, todo esto ha sido por culpa de él, por alarmar a sus padres.

¡Mierda!

Miro a mi alrededor buscando a Isabel, la madre, pero no está.

—Te vas a enterar —me amenaza Scott, y sale corriendo a la calle. Me levanto y voy tras él... Está destrozando mi vehículo con una barra de hierro—. Fuera de aquí, ¡lárgate y cuéntale a mi hermana lo que has hecho!

¿En qué va a terminar todo esto? No pienso pelear más... Que destrocen o que me provoquen lo que quieran, mi prioridad siempre será Gisele Stone.

Regreso al hotel en un taxi. Quizá debería sentirme culpable; no obstante, no es así. Michael Stone me ha desafiado y me ha rechazado cuando le he pedido la mano de su hija... Y no me la ha dado.

¿Qué esperaba que hiciera tras sus repugnantes palabras?

Cuando llego a la habitación, la encuentro en silencio. ¿Gisele se ha dormido? Me acerco a la cama y me siento a su lado.

—Cariño, despierta —le digo, acariciándola con suavidad.

Abre los ojos, bostezando, y me mira. Estoy tranquilo, sí, y ella se da cuenta enseguida. Me encuentro mucho mejor y no debería... Ya están hechas las maletas. Nos vamos a Nueva York para su reportaje.

—Hola. —Le sonrío—. Levántate, voy a llevarte a cenar.

—¿Ahora? —pregunta sorprendida.

—Sí, sales poco y he reservado mesa para las nueve.

Pero entonces hay algo que me llama la atención. Las sábanas se mueven. Miro a Gisele, incrédulo, y ella susurra con voz melosa:

—Tengo ganas de salir, pero déjame un poco de tiempo...

—Gisele, ¿qué estás haciendo? —Sonríe. ¡¿Qué demonios?!—. ¿Te estás tocando?

—Estoy hambrienta desde hace varios días y dentro de dos voy a tener el período...

Será sinvergüenza... Me temo que es una estrategia.

—Necesitaba saciar mi apetito —me confirma juguetona—. ¿O tienes algo para mí?

Dios, no me resisto. El restaurante y la proposición de matrimonio tendrán que esperar.

***

Me abraza mientras yo acelero en cada acometida, aliviando el dolor de no haberla tocado en tres días. La amo..., la deseo y la quiero en todos los sentidos.

¡Dios!

Arremeto con intensidad, devorándole los labios, acariciándola hasta que me duelen las manos y la siento llegar al clímax.

—Nena, me llenas —gruño, uniéndome a ella. Tiemblo satisfecho, nunca saciado—.

Abrázame.

Lo hace y cierra los ojos. La veo cansada y no puedo engañarme, tengo miedo de perderla por lo que ha sucedido con su familia.

—Gisele, ¿estás bien? —Me mira y se me encoge el estómago al recordar la expresión y las palabras de su hermano. Aun así, me lo callo y digo—: ¿Recuerdas la cena? Vamos a ducharnos juntos, ¿te apetece?

—Mucho. ¿Todo bien?

Le acaricio la mejilla, ocultando mis secretos y temores. ¿Se habrá planteado ella que yo esconda algo? Sé que hay actitudes que no entiende... ni los demás tampoco.

—Vamos, preciosa.

La cojo en brazos y la llevo conmigo al cuarto de baño. Mi cuerpo vuelve a reclamarla a gritos. Hace días que no la toco como quisiera y ninguno de los dos estamos acostumbrados a estar más de unas horas sin sentirnos.

—Matt...

Para mi sorpresa, me acaricia el pene con la mano. La apunta directamente, duro, grueso. Y luego me rodea el cuello con un brazo, mientras mueve suavemente la otra mano hacia delante y hacia atrás.

—Quiero más, Campbell —gime provocadora. Me coge de la mano y me hace sentar en el borde de la bañera—. Quiero probar cada parte de tu rígido cuerpo.

Se agacha y me chupetea el cuello, que yo echo hacia un lado entre gemidos desesperados. Va bajando por mi torso, mirándome entre las pestañas. Desliza la punta de la lengua hasta mi vientre y al llegar a mi pubis hace una pausa.

—¿Sigo? —pregunta, con las manos apoyadas en el borde de la bañera.

—Detente.

Pero no lo hace. Me chupa y se mete mi pene en la boca con la intensidad que sabe que me enloquece y tortura. Maldigo en voz alta, casi tirándole del pelo... ¡Joder! Y, tras un par de lametones más en la punta, que ya me brilla, se retira obediente.

—Manda lo que quieras —me incita, con su habitual desparpajo.

—Abre bien las piernas —le ordeno contenido.

—Si acabas de...

—Lo sé —sonrío—, pero quiero más. —Señalo al fondo—. Súbete ahí.

—Matt...

Le doy una palmada en el trasero y, sonriendo, le susurro:

—Provócame.

Sus ojos se iluminan y sus caderas se contonean al ritmo de sus pechos, que están hechos a mi medida, con esos pezones rosados que me encanta lamer sin control alguno.

—Mi señor Campbell... —gime.

Mi mirada está clavada en ella mientras me obedece y deja las piernas colgando del lavabo, al sentarse encima... con su sexo abierto expuesto, preparado para mí.

Sé que se siente deseada, y se retuerce al ver cómo me relamo los labios, con la mirada fija en el centro de su placer.

—Buena chica —murmuro, inclinándome y arrodillándome entre sus piernas—. Sólo tú consigues ponerme tan duro sin tocarme.

Al advertir mi aliento cerca de su sexo, gime impaciente por la necesidad que la abrasa. Estoy muy cerca, me aproximo y ella se abre aún más, ofreciéndose sin pudor.

Con el primer lametón, grita por lo que le provoco con mi lengua alrededor de su cavidad. La sensación que me transmite es arrolladora. Y entre gritos de necesidad, se agarra con fuerza a mi pelo y me empuja a que no me contenga, dándome la libertad de dar rienda suelta a la imaginación.

—Por favor... ¿qué me haces, joder? —suplica retorciéndose, provocando que se avive mi deseo—. Te necesito... fuerte, rápido.

Entonces dejo de ser suave y empiezo a lamerla y chuparla sin control alguno. Succiono su clítoris y extiendo la humedad alrededor, saboreándola hasta hacerla enloquecer. Mis labios se vuelven impacientes, ansiosos, voraces. Y ella se arquea, se eleva para que profundice más.

—Deliciosa, delicada —digo, apresando su culo y llenándome las manos de él—. Han sido días duros, en los que he querido tomarte de mil maneras.

—Hazlo hoy —gimotea—. Así... más.

La beso, la chupo y succiono con una exigencia desbordante. Lloriquea, le gusta. Sé que está a punto y con la lengua la barro sin piedad. Entonces los temblores la dominan y tiene un poderoso orgasmo.

—Matt... —jadea retorciéndose, mientras me lleno de su humedad, de su esencia, y no me alejo hasta que ya no queda nada—. Ha sido increíble...

—Tócame —le pido, acercándome su mano para que tantee mi miembro, completamente excitado—. Eres un pecado, tu sabor es tan exquisito... mira cómo me tienes.

Cierra los ojos, creo que cansada. Pero repentinamente se encuentra conmigo de pie, echándola hacia atrás en el lavabo, con su morbosa imagen reflejándose en el espejo que queda detrás de ella.

Y la penetro con una rapidez que asusta. Entro y salgo de su cuerpo, salvaje, con precisión. Le pellizco los pechos, se los masajeo.

Pierdo la cabeza al verla a través del espejo, arqueada, con los senos erguidos.

—Apriétame, contráete.

Hace lo que le pido y, tras un gruñido descomunal, le atrapo los labios y se los beso con el ansia de posesión que me atrapa, y me pierdo buscando su boca, chupándosela, devorándola.

Ella me busca intensamente, sin tregua. Nos mordemos los labios, acallando los gruñidos y gemidos del otro.

—No puedo más —solloza—. Matt...

Me vuelve más loco, ya no puedo atravesarla con más potencia, mis manos no pueden exigirle más, porque me lo está entregando todo.

—¡Córrete ya, Gisele!

Flaquea.

—¡No ordenes! —jadea.

Hace presión con sus paredes vaginales y aprieta mi hinchada virilidad, incrementando las siguientes acometidas. Dentro, fuera y todo se va a la mierda. Me tenso, intentando dominar mi cuerpo, mis sentidos, en esta última y dura invasión... Y luego caemos al vacío.

—Matt... —Gisele se desploma sobre mí—. Dios...

—Joder, sí.

La estrecho entre mis brazos, enterrando la nariz en su pelo.

—Gisele...

—¿Humm?

Paseo los dedos por el centro de su espalda y ella me da unos mordisquitos en el pecho,

chupeteándolo.

—Más... —susurra.

—Ven.

Flácida y sonriendo coqueta, se baja del lavabo y me da la espalda. Apoya las manos en el borde, mirándose en el espejo de frente, conmigo pegado a su espalda.

—Morbosa...

—Me encanta. —Y, suavemente, la embisto por detrás—. M-Matt...

—Pide —gruño, chupando su hombro.

—Así...

Me pierde su forma de morderse los labios, de acompañarme con las caderas, sus ojos sin apartarse de los míos a través del reflejo, que nos muestra el placer del morbo compartido.

Me coge las manos y me las pone en sus pechos, pero yo voy más allá y, con la izquierda, le masajeo el pezón, se lo pellizco, mientras con la derecha introduzco un dedo en su cavidad...

—¡Matt!

Se agota y me agoto. Las estocadas son lentas, las caricias suaves, como ella merece.

Y así nos perdernos, nos encontramos y estallamos.

—¡Ah! —grita desahogándose.

—Joder —murmuro, apoyando la frente en su nuca—. Eres mía, mía. Te amo, preciosa. Me complementas en todo.

—Y tú, mi señor Campbell. —Se ríe, mirándome por encima del hombro. Me besa y cuchichea contra mi boca—: Menuda limpieza le has hecho a la chica de servicio.

«Menuda frase...». Y es que ella es así de espontánea. Fue lo que me enamoró...

Ahora nos reímos los dos. Estamos pegajosos, sudados, pero nada importa. No hay límites para esta pasión.

—¿Una ducha? —pregunta jadeante, casi sin voz.

Nos duchamos juntos entre risas, felices. Pero por un momento, el eco de sus palabras me borra la sonrisa.

«No lo harás. Tú me quieres y sabes que con eso me harías daño y que yo no te lo perdonaría nunca.»

Y, sin embargo, lo he hecho, me he enfrentado a su familia. Disimulo mi malestar, ¿voy a perderla?

Acuno su cara entre las manos y le beso la nariz mientras susurro, mirando sus ojos llenos de amor y de una confianza que no merezco:

—Te amo, nunca haría nada con la intención de hacerte daño... —Gisele asiente, sonriendo—. Nos iremos de viaje y nos olvidaremos del mundo.

Risueña, se lanza a mis brazos. Yo la estrecho contra mí con desespero, tan enamorado que sé que no podría vivir sin ella...

Al salir de la ducha, pensativo, me tomo la pastilla a escondidas antes de dirigirnos al restaurante donde todo puede cambiar entre nosotros. Voy a hablarle de lo sucedido con su padre, de mi intención de controlarme.

Lo que no le diré es que estoy dispuesto a someterme a lo que sea para conseguirlo. No quiero meterla en un problema que es para siempre, aunque lo puedo llegar a controlar... O así me lo aseguraron.

Es la hora. ¿Me aceptará? No puede dejarme, me lo prometió...

Como también yo a ella no defraudarla. Y, no obstante, lo he hecho.

Una cena, pétalos de rosas y un anillo sobre la mesa... ¿Cuál será la respuesta?

***

Sopa, ensalada y pescado... Ha llegado el momento.

—Esta noche quiero que descanses, para que mañana estés bien para el viaje —le digo mientras cenamos—. Siento que no vayas a tener mucho tiempo para disfrutar de Nueva York por culpa de mi trabajo, pero debo estar aquí el lunes.

—Lo sé...

—Harás el reportaje —carraspeo— y volveremos.

—No te preocupes, ya iremos en otra ocasión.

Nos sirven el vino y dejo de comer, observándola.

—Nena, Nueva York podría ser un buen lugar para una luna de miel.

Traga con dificultad.

—Gisele, ¿si te propusiera matrimonio formalmente, me rechazarías?

Tontea con la comida, pensativa y sé que nerviosa. Aunque, de pronto, parece querer sonreír y me mira de reojo.

—No lo sé. Tiéntame... con anillo y todo.

—Por supuesto —suspiro aliviado—. Gisele...

Se me seca la boca y ella se alarma.

—¿Qué sucede, Matt?

Alargo las manos y atrapo las suyas. Puedo adivinar cómo también su boca se seca de nerviosismo.

—Gisele, tengo algo importante que decirte. En realidad, varias cosas.

—Dime —dice con voz insegura.

—Quiero que pienses sobre algo muy importante para mí. A cambio, tengo promesas que hacerte que sé que quieres escuchar.

—¿Qué promesas? —Retira la comida, nerviosa—. ¿Qué me quieres pedir?

—Prometo controlarme, prometo no dar puñetazos. Prometo ser más paciente y todo cuanto me pidas —me callo y tomo aire—... si aceptas ser mi esposa. Te amo, Gisele. Lo necesito para saber que estamos bien y que no te irás de mi lado.

—Matt... —titubea—, creía que...

—Nena, estos días hemos pasado por distintos estados de ánimo y nos hemos enfrentado con gente que ha juzgado nuestra relación: tu padre, nuestros hermanos. También está Alicia y... Álvaro, que ha aparecido, inquietándome. Sé que hacer lo que te he prometido no será fácil, pero lo haré por ti y sólo por ti.

»Gisele —continúo—, me tienes completamente hechizado, enamorado, y quiero compartir mi día a día contigo. Sabes lo que provocas en mí y que haré cualquier cosa que me pidas. —Su respiración se acelera—. Te amo, Gisele, te amo como jamás pensé poder amar a nadie y no puedo perderte.

—No lo harás —susurra; apenas se la oye.

Le acaricio la mano.

—Quiero que seas mi esposa para mimarte y cuidarte como mereces. Eres mi vida, nena, ya no puedo vivir sin ti.

Por un segundo me parece ver la emoción en sus ojos.

—Matt, yo...

—Antes de responder tienes que saber algo más, no quiero mentirte. —Le aprieto los dedos, acallándola—. No he podido controlarme, Gisele, y hoy, antes de venir al hotel, he pasado por casa de Scott y...

Se tensa, sentándose recta en la silla.

—¿Para qué, Matt?

—He discutido con tu padre y lo he golpeado.

Su cara se arruga, descomponiéndose.

—Matt, dime que no es verdad —implora—. Dime que no has sido capaz de hacerme esto.

Bajo la mirada. Ahora, al verla, la culpabilidad me puede. Gisele niega con la cabeza y yo busco una salida desesperadamente.

—Lo siento... pero la bofetada que te dio, encerrarte en la habitación y el corte de tu mejilla me han estado atormentando. Lo sabes, me has visto estos días. No sé qué me ha pasado, pero cuando él me ha provocado... Quería aguantarme por ti, pero he perdido los estribos, no he sabido frenarme. He sido consciente de las consecuencias demasiado tarde —continúo desesperado—. Él está bien, sólo ha sido un golpe en la mandíbula. Perdóname. Sé que soy difícil, pero haré cualquier cosa por ti, lo sabes, Gisele.

—¿Y Scott?, ¿y mi madre? —balbucea sin aliento—. ¿Por qué, Matt?

—En ese momento estaba él solo y me he perdido en mi mundo. Estábamos hablando, me ha hecho reproches acerca de ti y...

Evito echarle directamente la culpa a su padre... Ella se tapa la cara con las manos y se echa a llorar.

—Lo siento, nena, te juro que estoy arrepentido. Te hace daño y eso me duele, pero no soporto que te toque y te lastime.

Le he hecho mucho daño. En su rostro se reflejan la decepción, el dolor. Yo estoy desesperado, no sé qué más decirle, qué hacer para que me entienda sin confesarle cuál es el detonante de mis cambios de humor..., lo que sí nos separaría para siempre.

—No llores, por favor, me parte el alma verte así...

—¿Por qué tienes que complicarlo todo? —solloza interrumpiéndome—. Estábamos tan bien... Tú y yo solos, en nuestro mundo...

La estoy perdiendo, me agarroto y decido proponerle una salida que quizá nunca pueda cumplir:

—Gisele, te dejaré marchar si es lo que necesitas para ser feliz. Lejos de este loco que te ama de una forma enfermiza... pero piensa que, si te vas, me matarás.

Se seca las lágrimas, yo estoy a punto de derrumbarme. Si me pide que me aleje, no podré resistirlo. ¡Su padre me ha provocado y yo le he mentido al decirle que sólo ha sido un golpe...!

«Cuéntaselo todo.»

—Sabes que no puedo vivir sin ti, ayúdame, por favor —le suplico.

Y al decirlo me arrodillo y le cojo la mano, mostrándole el anillo.

Ella hipa, perdida, buscando mis ojos.

—Gisele, quédate y cásate conmigo.

Tiene los ojos muy abiertos y me mira sorprendida.

Se incorpora temblando y, casi sin fuerzas, me pide que me levante también. Yo la miro asustado, lleno de recelo por sus dudas. Me da pánico pensar lo que sucederá... La abrazo.

—No puedo, Matt —susurra—. Dame tiempo.

¡No! La aparto de mí para mirarla a los ojos.

—Gisele... —gimo, aferrado a su cintura—, por favor.

—¿Me has contado toda la verdad? —La sujeto con más fuerza, completamente aterrorizado ante su posible huida—. ¿Sólo ha sido un golpe en medio de un arrebato?

Me callo. Me falta valor.

—Dame algo, Matt. Algo para que pueda confiar en ti.

—No... —termino confesando cabizbajo. Se me quiebra la voz—. Le he pegado más de una vez... Lo siento muchísimo, nena. Perdóname.

Se tapa la boca con las manos, horrorizada, y, sin decirme nada, se marcha corriendo.

«No me abandones tú también.»

Yo pago la cuenta y voy tras ella hasta que los dos nos encontramos cara a cara en la habitación del hotel.

Nuestras respiraciones agitadas expresan lo que nosotros no nos decimos con palabras.

—¡Es mi padre! —me grita desesperada—. Lo conozco y sé que ha podido provocarte. Se te podía haber escapado el puño una vez, vale. Pero no más. ¡¿Cómo has podido?! —Me mira enfadada—. Dime que por lo menos está bien.

—En eso no te he mentido.

Mantengo la distancia, con ganas de darme cabezazos contra la pared.

—Rompes todas tus promesas, Matt. ¡No valen nada!

—¡Porque te amo!

—¡¿Y de qué nos sirve?! —replica furiosa, de pie en el centro de la habitación—. ¡Hoy sí y mañana no, contigo no sé qué esperar! ¡¿Qué pasa, Matt?!

Le doy una patada a la puerta, callándome mi secreto, y entonces veo que coge su maleta.

—Sé que estás cansada de oírmelo decir, pero no te alejes, Gisele —imploro, cortándole el paso, acunando su cara con impotencia y dolor..., el mismo que reflejan sus ojos—. Haré cualquier cosa por ti.

«Esta vez haré lo que me diga el médico.»

—Gisele. —Me desgarra ver que intenta rehuirme. No se lo permito—. Prometo cambiar... Quédate. Créeme.

—Eso lo he oído antes —dice más sosegada—. Y ya no sé si puedo creerte. No puedo aceptar el anillo.

—¿Por qué, nena? —insisto, lleno de agonía—. ¿Es un final?

—Matt... —Llora.

—¿Me estás rechazando, acaso dejando?

Hundida, deja la maleta y me mira... Luego se arrodilla, y yo con ella, y lloramos abrazados.

Creo entender que se queda a mi lado, que será mi mujer.

Sin embargo, su boca me dice lo contrario:

—Lo siento, Matt...

Le acaricio el pelo, la beso desesperadamente. Las manos, la boca, los ojos, los pómulos.

—Perdóname —imploro entre beso y beso— y cásate conmigo. —Me apoyo en su frente y cierro los ojos. Me está matando—. Por favor, nena, por favor.

—Lo siento —susurra con tristeza.

Me parte en dos.

—Dentro de ocho horas sale el vuelo —dice, apartándose de mí—. Déjame dormir, por favor. No más por hoy. Estoy confusa..., muy confusa.

—No te vayas, duerme aquí.

Se mete en el baño y yo aguardo con su maleta en la mano, para evitar que salga y se marche. Estoy asustado, el corazón casi me ha dejado de latir, pendiente de su decisión.

Me paso una hora y media sentado junto al cuarto de baño, con las manos en la cabeza, meciéndome, pendiente de cualquier sonido, de un llanto, pero no oigo nada. Y empiezo a preocuparme.

—¿Gisele? —Doy un par de toques en la puerta—. Dime algo, por favor.

Ninguna respuesta.

—Voy a entrar, dime que estás bien.

Gisele continúa sin hablarme y yo me veo forzado a abrir la puerta.

«Nena.»

Corro hacia ella y le sujeto la cara entre mis manos. Está pálida, de rodillas junto al retrete y con la mirada perdida.

—¿Qué te ocurre? —Niega con la cabeza e intenta soltarse—: ¡No puedo dejarte, por favor!

Su cuerpo se convulsiona y, con un golpe de tos, empieza a vomitar la cena. Yo la contemplo espantado. Cojo con rapidez una toalla para empaparla en agua y refrescarle la cara cuando acaba de vaciar su estómago.

—¿Es por mí? —pregunto—. Lo siento tanto... ¡Tanto!

Se ha quedado como una muñeca de trapo. No tiene fuerzas y sé que ha llorado todo el rato que ha estado encerrada. Tiene la cara hinchada y los ojos rojos, a punto de cerrársele.

—Te llevo a la cama. —La miro a los ojos, pero ella los cierra—. Nena...

—No me toques, no hoy...

Aun así, la cojo en brazos y la deposito en la cama. Poco a poco, y temblando, empiezo a desnudarla. Se encoge, se cubre con las manos ante mí, que tantas veces he adorado cada centímetro de su piel.

—No te escondas —susurro.

—¡Maldito! ¿Quieres sexo otra vez, sabiendo lo que has hecho? —Niego y niego con la cabeza, entendiendo que piense tan mal de mí—. No me toques.

Pero vomita de nuevo, esta vez en el suelo de la habitación, de lado en la cama. No sé qué hacer, cómo calmarla. ¿Qué le pasa...?

—Gisele. —Al terminar le acaricio la mejilla y le doy agua, que bebe sin fuerza—. ¿Podrías estar...?

Nuestros ojos se encuentran y creo descubrir en los suyos el temor a que se confirme mi sospecha. Sé que es una locura, pero nada me haría más feliz que tener un hijo con ella y darle todo lo que no me dieron a mí.

—No puede ser —contesta agitada—. ¡No, Matt, no ahora!

—Eres mía, nena. Mía.

Cierra los ojos, cansada, enferma...

Llamo para que limpien la habitación y luego me acuesto junto a ella, que se ha quedado dormida hecha un ovillo.

Tengo un nudo en el pecho que me desgarra el alma. Supongo que hoy no podré dormir, ni quiero hacerlo. Sólo deseo mirarla, suplicarle al despertarse que me perdone...

Sé que superaremos este bache...

***

Y una noche más he perdido el sueño.

Lo peor es que Gisele, que duerme, lo hace temblando por lo que ha sucedido entre nosotros. No he sentido nunca tanto miedo; si la pierdo, mi vida no tiene sentido. Me siento a su lado y, mientras trato de calmar sus pesadillas, cojo el teléfono. No puedo seguir así, ha llegado el momento de concienciarme y cuidarme.

—Soy Matt Campbell —susurro en cuanto descuelgan, sin importarme que sea de madrugada —. Necesito ayuda... Gisele me ha rechazado y no soporto más esta situación.

Oigo un bostezo.

—¿Qué haces despierto? —pregunta el doctor, desconcertado.

—He peleado con su padre y la he defraudado. Maldita sea, te juro que no quería, pero él no me lo ha puesto nada fácil. Aun así, le he pedido matrimonio a Gisele, cargado de promesas que tienen que ver con mis comportamientos... pero no ha aceptado el anillo y tiene la maleta hecha para irse —confieso roto, arañando las sábanas que cubren su cuerpo—. He tocado fondo y tengo miedo de que sea demasiado tarde...

Silencio, y me temo lo peor. Duele demasiado esta situación.

—¿Quieres iniciar el proceso, Matt?

—He de hacerlo por ella; he visto tanto rencor en sus ojos... —Gisele se mueve y me callo. No quiero que descubra esta conversación. Finalmente, no se despierta y beso su frente, cerrando los ojos, negándome a creer que me deje—. No duermo ni como apenas. Mis cambios de humor son insoportables y los impulsos que vienen y van pueden conmigo... La palabra «mía» se repite... y ella no deja de preguntarme qué me sucede.

—Cuéntaselo...

—Es muy duro —digo, desgarrado—. Y no quiero dañarla más, no lo soportará.

—Tranquilo... Tómate media pastilla esta noche y descansa un poco. Y ven cuanto antes por aquí. Empezaremos con nuevos exámenes y, si hay que cambiar el tratamiento para que te controles, duermas, así como las tera...

—Haré lo que sea. Estoy desesperado.

—Solo no puedes, Matt. Recuerda que no es la primera vez que lo intentas.

—¡Por ella daría mi vida! —Gisele se sobresalta y yo me acuesto detrás, hundiendo la cara en su pelo. «¿Qué estás haciendo con ella, Matt?»—. En cuanto volvamos del viaje, iré a verte y empezaremos de cero. Quiero darle lo mejor.

—¿Viajarás con ella? —cuestiona, ahora más despierto.

—Ha intentado dejarme, pero no puedo soportarlo. Ayúdame —susurro, destrozado, contra su nuca—. Por ella reconozco que estoy enfermo, que necesito tratarme y hacer frente de una puta vez a mi problema. Si ella se va..., no soy nada.

—Lucha entonces por estabilizarte.

—Ya lo he decidido...

Cuelgo el teléfono y rebusco entre mis cosas la pastilla que necesito para dormir.

Y, desgraciadamente, lo hago demasiado.

***

—¡¿Gisele?!

¡¿Cómo demonios me he dormido?! A las seis estaba despierto, tranquilizando a Gisele, que

temblaba.

Lo primero que busco es su maleta y su billete. No hay nada. Ella no está. ¡No! Me visto con lo primero que pillo, cojo mi maleta y mi billete y, entonces, veo su nota en la mesilla.

Me ha venido la regla. Todo va bien... Necesito irme sola a este viaje, pensar. No te estoy dejando, pero creo que necesitamos un poco de espacio. Horas, días... nada más. Te amo.

GISELE

¡Mierda y mierda!

Nada me importa si no es ella y, tras coger un taxi, en quince minutos estoy en el aeropuerto. Me siento alterado, descontrolado. Choco con las personas que esperan sus vuelos, pregunto a los empleados. Entonces la veo, está saliendo de los servicios, con un pañuelo en la boca.

Camino lentamente hacia ella.

No puedo aceptar que se vaya sin mí cuando ya habíamos planeado viajar juntos, vivir juntos... ¿Qué va a suceder ahora?

—Matt —dice al verme y, decaída, se apoya en la pared. Me da la sensación de que no le sorprende que la haya seguido. Me conoce—. ¿Qué haces aquí? Te he pedido un tiempo de soledad.

—No puedo, cariño —contesto sincero, retirándole un mechón de la cara—. No puedo estar sin ti.

—Y no lo estarás, porque yo tampoco puedo... Aunque a veces quisiera, porque no sé qué pasa contigo.

Me meto la mano en el bolsillo y saco el anillo. Gisele niega con la cabeza, tratando de que me lo vuelva a guardar.

—Te amo, lo sabes —dice entonces.

—Pero... —No termino la frase.

Cierro los ojos, angustiado al ver lo que he destrozado con mis propias manos.

—Matt —susurra suplicante, esperando que abra los ojos, con sus manos temblando en mis mejillas. Pero yo me niego a escuchar su respuesta—. Necesito tiempo para tomar una decisión.

—¡No!

Estampo mis labios contra los suyos ferozmente, implorándole que abra la boca, que se me entregue, que siga siendo mía. Y ella finalmente cede enloquecida.

—No... nena, no —insisto contra sus labios, vehemente—. Déjame que vaya contigo, quédate conmigo... Te daré tiempo, no habrá boda... ¡Lo que quieras!

—Ayer te habría aceptado, maldito seas —me reprocha, golpeándome el pecho, poniéndome los dedos sobre los labios para que me calle—. ¿Por qué has tenido que joderlo así?

Por megafonía avisan de la próxima salida.

—No lo sé —miento. «Ayúdame.»—. Va a salir el vuelo, Gisele. —Tendiéndole una mano, la invito a que nos vayamos juntos. Pero sigue dudando—. No me hagas esto. No me destroces sólo para conseguir un día para pensar.

—No es sólo un día... —Se aclara la garganta, entrelazando los dedos con los míos—. Es un descanso mental, para mí y para ti, para que valores y entiendas que tienes que cambiar.

No me resigno a perderla.

—Ya lo he entendido, Gisele.

Coge su maleta y da un par de pasos, luego se vuelve y me mira. El pulso se me acelera esperando su sonrisa, su perdón y su mano cogida de la mía; esperando una nueva oportunidad.

Pero el tiempo pasa y no hay ningún movimiento, ningún gesto por su parte, en este aeropuerto en el que nuestra relación y nuestras vidas pueden dar un giro.

Capítulo 16

Lo siento

Octubre de 2011

Me miro al espejo de mi casa, en Málaga, y no me lo puedo creer. Ha llegado el momento... ¿Cuánto he soñado con ello en estos meses desde que la conocí? Estoy muerto de miedo una vez más, pero en esta ocasión por un motivo diferente. He conseguido mantener mis promesas, hacerla feliz. No ha resultado fácil vivir separados en Madrid, con ella ya en la universidad. Sin embargo, no podía defraudarla más. Sí, ha llegado el día; me ajusto el traje de chaqueta y sonrío... En apenas unas horas Gisele Stone será mi mujer. No. No me abandonó en aquel aeropuerto y, aunque no aceptó casarse conmigo, fue suficiente su perdón.

***

La contemplaba mientras se iba, consciente de que ya no podía hacer nada más. No quería hacerla sentir peor con frases que la presionaran. Entonces se dio la vuelta cuando estaba a punto de perderla de vista. Me crují los nudillos y ella sonrió.

También lloraba.

—¿Por qué eres tan idiota a veces? —protestó viniendo a mi encuentro. Yo no sabía si moverme. No quería volver a equivocarme—. ¡Loco de mierda! Te mereces esto y más.

—¿Por qué, nena? ¿Es un final?

—Matt...

—¿Acaso me estás rechazando?

La pregunta era, en realidad: «¿Acaso me estás dejando?».

Salió corriendo hacia mis brazos y la estreché con fuerza; ambos caímos de rodillas. Liberé un gemido de dolor... muy cercano al llanto, algo que sólo lograba Gisele Stone. Temía que se arrepintiera de la decisión que, contra todos, estaba tomando.

—No lo hagas más, por favor —suplicó, y negué a pesar de que no podía verme—. Júrame que vas a cumplir todas y cada una de las promesas que me hiciste ayer en la cena.

—Te lo prometo, nena... Lo siento.

***

Hoy recuerdo con amargura aquel día. A punto de dar el paso definitivo en nuestra relación, hago un repaso de lo vivido... proyectando el día que hicimos planes de futuro.

Acababa de terminar el reportaje y sólo quería abrazarla, amarla, cuidarla; sí, cumpliendo

todas y cada una de las promesas...

—Matt, he estado pensando mucho una cosa —mencionó. Nos encontrábamos acurrucados en la cama y yo hacía líneas imaginarias sobre su espalda desnuda—. Me parece injusto llevarte conmigo a Lugo, cuando tus lugares de trabajo están en Madrid, Málaga y Nueva York. Me quedaré contigo donde decidas, pero tengo condiciones...

—Dilas —repliqué seco. Me temía malas noticias.

—Scott se viene conmigo y viviré con él hasta que demos el paso. —Cerré los ojos. ¿Por qué necesitaba estar lejos de mí? El pensamiento hizo que la aferrara con posesión—. Será poco tiempo, ya verás. Scott quiere progresar y no seguir trabajando de chófer. Ha estudiado Administración de Empresas, haría cursos extra si fuera necesario, y he pensado que podrías hacerle un hueco contigo, ya que no encuentra nada... Que pudiese aprender el trabajo a tu lado sería perfecto.

¡Para colmo me proponía enchufar al traidor de su hermano! Me pedía una locura.

—Abre los ojos y dime algo.

—Te alejas de mí, ¿qué quieres que te diga? —mascullé sin disfrazar mi enfado, aunque sabía que tenía que contenerme—. Estoy acostumbrado a pasar las noches contigo, pero me has pedido tiempo para pensar, ¿y ahora me prohíbes vivir a tu lado?

—Te doy tiempo a ti también, Matt..., para que pienses y aprendas a controlar eso de dar puñetazos cuando las cosas no salen como tú quieres. Me lo has prometido y estoy a tu lado para apoyarte... —Me dio un beso, sin conseguir tranquilizar mis peores temores. Sentía que continuamente estábamos pendientes de un puto y fino hilo—. Quiero que lo nuestro funcione y para ello tiene que haber pautas, aunque estemos un poco más de tiempo separados. Podría mandar solicitudes a las universidades de Madrid, no me importaría estudiar allí. De esta forma ambos podríamos conseguir nuestros objetivos. Y no tendríamos por qué irnos de España.

Su última reflexión me gustó más y sonreí.

Gisele se incorporó un poco, ilusionada.

—Lo habías pensado, ¿verdad?

¿Que si lo había hecho? Mi mente no dejaba de funcionar..., todo por tenerla junto a mí. De modo que, más tranquilo, jugueteé con nuestros pies desnudos, con las piernas entrelazadas, después de haber hecho apasionadamente el amor.

—Sí, pero no quiero presionarte. Si prefieres Lugo, allí iremos. Recuerda que buscamos tu bienestar y tu felicidad. En cuanto a la distancia, déjame convencerte.

Picarona, sonrió y se sentó a horcajadas sobre mí. ¡Dios! Ya estaba excitado de nuevo. Era insaciable si se trataba de ella. Quería más, siempre más.

—Golosa, señorita Stone...

—Es usted un dulce muy tentador, señor Campbell —musitó con sensualidad—. Miremos lo de las universidades. No me importa, de veras. Sé que a estas alturas es difícil encontrar un hueco, pero podemos intentarlo... Aunque la casa de Lugo...

Por ella compraría las que fuese necesario. Le acaricié la cintura, pensativo.

—La dejaremos, no hay problemas. —Me incorporé a su altura y empecé a besarla. Gisele se estremeció ante mi dureza. Sonreí sin que me viera—. Déjalo en mis manos, yo me encargo de la matrícula. Tal vez tengamos suerte y haya alguna plaza libre, no te preocupes.

—¿Y respecto a los planes de Scott?

—Ahora no.

Poco más tarde acepté aquella petición..., por ella y sólo por ella.

Y es que Gisele es una caja de sorpresas. Cuando menos lo espero hace justo lo contrario de lo que había previsto, quizá para desafiarme, para recordarme que, a pesar de todo, no la manejaré como a veces, y equivocadamente, quisiera. Aquella vez acerté y ganamos los dos...

Estábamos cenando en un restaurante de Madrid, como otra noche cualquiera... aunque no lo era.

—Nena, me pediste cambios y creo que los estoy haciendo —empecé a hablar y me arrodillé a su derecha. Gisele parecía en trance y yo temía mucho otra negativa—. En estos tres meses he soportado no vivir contigo, permitiendo los reproches telefónicos de Michael y... no puedo más. —«Estoy en terapia, medicándome», quise decirle, aunque, una vez más, callé—. Te quiero en mi casa, en mi día a día y a todas horas.

—Campbell —me pasó las manos por el cabello, burlona—, ¿adónde quieres llegar?

—Cásate conmigo —supliqué, y se me quebró la voz. Saqué temblando el anillo del estuche y la miré directamente a los ojos—. ¿Quieres ser mi esposa, Gisele Stone?

—Sí, Matt... Claro que quiero.

No me lo podía creer. Estuve a punto de llorar... A continuación, deslicé el anillo en el dedo anular de su mano izquierda, el que estaba conectado directamente con su corazón, ese que latía por mí. Luego la abracé, quizá con más impaciencia que nunca.

—Dos semanas —musité besándola y riendo—, ni una más.

—¿Dos? —Me sujetó de la camisa, inquieta—. ¿Cómo vamos a organizarlo en tan poco tiempo? Quizá debamos darnos tres meses, todo será...

—Déjame a mí. Tendrás la boda que te mereces.

Y la tendrá. Aquella cena fue el 10 de octubre y hoy es 29 del mismo mes.

Dos días después volvieron sus padres de Lugo y los ánimos se calmaron... De Alicia sé poco y con nuestros hermanos la situación también ha mejorado bastante.

Aun así, estos días he vuelto a estar más irascible y no es para menos...

Después de la noche de la despedida de solteros, cogí el teléfono y miré el reloj... ¡joder!, las tres de la tarde. La cabeza me reventaba y no podía mover el cuerpo. ¿Para qué levantarme? No podría verla... pero necesitaba saber de ella. «¡Ya basta de tanta gilipollez!», me dije. ¿Acaso le iba a quitar emoción al enlace por estar juntos un día antes? Si estaba loco por ella...

Mensaje de Matt a Gisele. A las 15.02.

Preciosa, ¿cómo estás?

Me incorporé un poco y todo me dio vueltas; volví a tumbarme. Menuda noche la anterior... Soportar al maldito de Michael fue una tortura; menos mal que William estaba ahí para evitar una nueva disputa, igual que Scott, ya que poco a poco nuestra relación había ido mejorando. Me sorprendió su actitud conciliadora conmigo después de todo y jamás podré olvidar sus palabras. «Mi hermana te ama más que a su vida y sé que tú le correspondes. Sólo puedo desearos la mayor suerte del mundo. Soy feliz si mi pequeña lo es y tú lo consigues. Siento mucho todo lo ocurrido tiempo atrás... Si así lo deseas, tienes un hermano más con el que contar para cuando lo necesites.» Sí, ambos amábamos a Gisele y él había descubierto, aunque algo tarde, que ella era mi vida...

En cuanto el móvil sonó, volví en mí y leí su mensaje.

Mensaje de Gisele a Matt. A las 15.16.

De pruebas y cosas de ésas...

Muy cansada, para qué mentirte.

Sonreí. Las compras no eran lo suyo.

Ya tenía ganas de verla con el vestido con el que se entregaría a mí para siempre.

Mensaje de Matt a Gisele. A las 15.17.

Ya queda poco. ¿Todo bien anoche?

Mensaje de Gisele a Matt. A las 15.22.

Muy bien, todo fue genial. Pero hoy estoy muerta. Matt, luego hablamos, que estoy ocupada. Te amo.

¡De puta madre!

Unos golpes en la puerta me distrajeron. ¿Quién mierda era?

—Soy Roxanne, te traigo el desayuno... si se le puede llamar así a estas horas. —Me levanté con cautela, abrí la puerta y la hice pasar. Parecía agotada, aún iba en pijama. Yo únicamente llevaba el pantalón de un chándal color negro—. Menuda cara tienes.

—Estoy cansado, muy cansado.

«No sólo de la fiesta», quise decir.

—Te he traído un poco de zumo y un par de tostadas. Tienes que comer algo. —Me senté en la cama. Ella se acomodó a mi derecha, con la bandeja en sus rodillas—. Mañana es el día que tanto esperas.

Asentí mirándola fijamente. Su aspecto era triste; la veía más consumida cada día.

No era feliz y yo odiaba verla así.

—Gisele estaba nerviosa anoche. Sobre todo, cuando salió del baño. —De pronto sonrió, una sonrisa que no llegó a su triste mirada azul—. Te pillé saliendo del baño... Matt, jamás pensé verte así; estás realmente bien.

—Todo es gracias a ella.

—Lo sé... Siento que nuestra relación no avance, las cosas no han sido fáciles —susurró tímida. No podía culparla, la situación necesitaba su tiempo para volver a la normalidad—. Alicia me telefoneó ayer, me comentó que hace varios días que no la llamas.

Bebí un poco de zumo. Ese tema me agotaba. Quería borrar a esa mujer de mi vida, pero no sabía cómo hacerlo. Mejor dicho, no podía hacerlo hasta confirmar que ese bebé no era hijo mío. Aun así, no le faltaba de nada mientras llegaba el momento... dinero.

—Ya sabe que te casas. —Me encogí de hombros. Me importaba una mierda la opinión de mi ex—. Está algo resentida, no te pondrá las cosas fáciles.

—Me da igual. —Probé las tostadas—. Pensaba que ya no tenías contacto con ella.

Roxanne bajó la cabeza; lo hacía cada vez que tocábamos ese tema.

Algo me ocultaba, pero no quería presionarla.

—Sólo venía a desearte suerte. Quiero que seas feliz, Matt; lo mereces. —La atraje hacia mí, como cuando éramos más pequeños, y la abracé contra mi pecho. Mi hermana mimada...—. Sé que ella te hará dichoso..., lo estáis demostrando. Dile que os deseo lo mejor.

—Me gustaría que se lo hicieses saber tú personalmente —respondí acariciando su cabello—. Gisele me ha devuelto la vida y me harías uno de los mejores regalos en un día tan especial como el de mañana si fueses tú quien le hiciese saber esto.

Calló, lo que me hizo dudar de su decisión, aunque me adoraba y confiaba en ella.

—Te dejo desayunar —comentó apartándose, y me dio un rápido beso en la mejilla—. Te veo luego. Mamá no está, se ha ido con Gisele...

Asentí con una sonrisa al imaginar a mi futura esposa. Seguro que estaba nerviosa; llevaba varios días así. Desde que bajamos de Madrid a Málaga para el enlace, no dormía bien, incluso había perdido peso y me preocupaba ese hecho. Menos mal que con el puente de noviembre podríamos disfrutar de un viaje de ensueño sin que ella tuviera que ausentarse demasiado de la universidad..., una plaza que me había conseguido mi prima Silvia, comprada.

Gisele lo desconocía...

Me levanté una vez acabado el desayuno y cogí el móvil. Nada, Gisele no me hablaba. Iba a enloquecer a lo largo del día, pues quería estar con ella.

Fui hacia el armario y pillé un pantalón de chándal en azul oscuro y una camiseta de manga corta del mismo color, y luego me calcé unas zapatillas de deporte. Necesitaba relajarme, y tal vez corriendo un poco mi frustración disminuiría: así me lo había aconsejado uno de los profesionales que llevaban mi caso..., concretamente, Carlos. Cogí una mochila y eché lo imprescindible dentro: móvil, documentación y algo de dinero.

Al salir de mi habitación, la casa parecía desierta; faltaba mi chica de servicio en cada estancia...

Salí a correr nada más dejar la puerta de entrada de la casa atrás, esa que un día no muy lejano había dejado de ser mi casa. No sé cuánto tiempo pasé corriendo, pero ya casi oscurecía. Me detuve, asfixiado, bebí un poco de agua y miré el móvil, las siete de la tarde...

Necesitaba noticias, por mínimas que fueran. No podía más, por lo que escribí a mi madre. Sabía que estaban juntas y, desesperado, pregunté como si hablase con Gisele, como si no hubiese intermediarios, sabiendo que Karen se lo mostraría inmediatamente, pues ya me conocía y adivinaría que no me apetecía hablar con nadie más…

Mensaje de Matt a Karen. A las 19.03.

Gisele, no sé nada de ti y eso me preocupa. Dime si todo va bien.

Cuando volví a casa de mis padres fui directamente a darme una ducha. Lo hice rápido, sin demorarme un puto segundo, pues pensaba ir a verla... A la mierda con todos y con todo. Cuando me estaba secando el pelo, el móvil sonó. De inmediato descolgué, era el número de Karen.

El primer suspiro de alivio del día escapó de mis labios.

—Matt, soy Karen. —Me tensé al oír su voz, ¿por qué no me llamaba Gisele?—. ¿Está contigo? Y no me mientas, por favor, que ya sois mayorcitos.

Apreté la mandíbula, no podía estar pasando.

—Karen, háblame claro —advertí enfadado—. ¿Qué quieres decir? No te entiendo.

—Ay, cielo. Gisele estaba con nosotras probándose el traje..., luego se lo quitó y de pronto comenzó a reír a carcajadas. No sé, parecía tener un ataque de pánico —relató muy preocupada —. Le preguntamos qué pasaba, pero nos dijo que todo iba bien. Fue al baño y ya no ha vuelto...

¡Joder, joder, joder!

—¿Habéis perdido a mi futura mujer?, ¿a mi prometida? —Fue un alarido salvaje más que un reproche—. Cuéntamelo todo ahora mismo.

Suspiró y pude oír cómo a su alrededor comenzaba el caos. ¡Maldita sea!

—Fue así, cielo, no hace mucho rato..., una media hora tal vez. Pensábamos que necesitaba un poco de espacio y por eso hemos tardado tanto en ir a buscarla.

Puta mierda...

Tiré con desesperación todo lo que había en el baño. El corazón me latía descontrolado, no podía estar pasando esto a un día..., ¡a un maldito día!

—Cielo, tranquilo, parecía nerviosa. Dime algo, ¿sabes de algún lugar al que ella haya podido ir para encontrar la paz que en estos momentos necesita? —Un lugar, un lugar... ¡Joder! ¿Por qué habría huido?—. Por cierto, se quedó sin batería en el móvil. —Pareció haberme leído la mente —. No te habrá llamado por eso. Piensa, sé que puedes saber dónde está.

Sin embargo, no podía pensar; mi mundo se venía abajo sin saber de su paradero.

Ya oscurecía y estaba sola...

—Hasta luego —respondí secamente.

Con impotencia, lo pateé todo a mi alrededor. ¡Puta mierda!

«¿Dónde estás, Gisele? Piensa, piensa... ¿El refugio? ¿Nuestro refugio?»

Y allí se encontraba, tan asustada como una niña pequeña.

Mi corazón dio un vuelco al oír su relato lleno de estrés.

—Dime qué necesitas para estar bien y lo tendrás ahora mismo —supliqué.

Clavé mi mirada en la suya y, asustándome, empezó a llorar.

—A ti, te necesito a ti —susurró, y se aferró a mi nuca. Dios, esa respuesta era la más inesperada y la que, sin saberlo, más necesitaba—. He tenido un día horrible y ahora entiendo que, si hubieras estado a mi lado, habría sido diferente. Estoy acostumbrada a verte a diario, a hablar por teléfono contigo y hoy... ¿Qué has hecho tú? Ni te he preguntado, perdida en mi mundo.

¡Era lo de menos!

—Gisele, gracias por tanto como me das. No te imaginas lo que has hecho conmigo. —La besé, la toqué, demostrándole cuánto la quería—. ¿Estás bien?

—Únicamente necesito sentirte para saber que todo lo estará.

—Claro que sí, jamás pienses lo contrario. —La tumbé sobre el césped, me quité la chaqueta y nos cubrí con ella. Su dulce rostro estaba a escasos centímetros del mío. Me comporté más tierno que nunca, se lo merecía—. Te voy a hacer feliz, no lo dudes.

—No lo hago.

***

Ahora, de camino a la iglesia, el pellizco en el estómago me oprime la respiración. Al llegar apenas veo a los muchos invitados que nos esperan aquí, sólo quiero ese momento en el que Gisele entre y recorra el pasillo para llegar hasta mí y unirse de por vida a este bipolar que la ama más que a su propia vida...

Cuando la sala se alborota, sé que ha llegado.

Me ajusto la corbata negra, a conjunto con el traje, y me aliso la camisa blanca con las manos antes de levantar la mirada al frente... Entonces, la mujer más bonita vestida de novia que jamás haya visto aparece con los primeros acordes. Va acompañada de su padre. El vestido le queda ceñido y de él cuelga una pequeña cola detrás. Su escote es discreto, y los encajes de la tela le dibujan una silueta muy sensual. El cabello, suelto y algo ondulado, y lleva la diadema de diamantes que le regalé, como gesto de complicidad.

Aun así, algo ocurre. Su rostro está descompuesto y sus pasos se ralentizan hasta llegar a detenerse. ¿Qué hace? Me duele, me duele leer sus dudas y verla tan quieta en la entrada, como

una estatua de hielo. Sus facciones parecen congeladas y, aunque me mira, no avanza. El corazón se me acelera, las manos empiezan a temblarme y los puños, a picarme..., sobre todo cuando los murmullos retumban en mi cabeza. Intentando tranquilizarme, levanto la mano, ofreciéndosela a Gisele para que venga a mi encuentro. No hay respuesta.

—No me hagas esto —musito, aunque sé que no me oye.

Sí me lee los labios.

Capítulo 17

O tú o ninguna

Sin pensarlo, doy un paso hacia ella.

—Matt —me llama Karen, que es la madrina, agarrándome del brazo. La observo con los dientes apretados. ¡¿Qué está pasando?!—. Déjala, sólo está un poco nerviosa.

—Creo que me va a dejar —confieso mi temor en susurros. Niega convencida—. Ve a por ella o lo haré yo mismo. Y, créeme, no seré suave. Me va a dar un puñetero infarto.

Me tranquiliza con la mirada y toma mi mano para que ambos esperemos de frente. Los acordes suenan de nuevo pese a la indecisión de Gisele. Ella mira atenta a su padre, que parece dedicarle unas palabras; finalmente me contempla y se anima a dar el primer paso. Quizá no es capaz de imaginar que estoy muriendo por culpa de su actitud. Llevo esperando esto desde hace meses y no tenía ni idea de que me haría pasar por esta ansiedad.

Todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo están agarrotados. Necesito que la angustia se vaya, que Gisele se una a mí. ¡¿Qué diablos le pasa?! ¡¿Por qué duda?!

—Ya viene, cielo —señala Karen, acariciando mi mano—. No se lo tengas en cuenta, está sometida a mucha presión.

Asiento con un puto nudo en la garganta al presenciar lo lenta que avanza Gisele. Lo hace con la mirada fija en mi mano tendida todavía hacia ella. Sus ojos grises brillan, ¿miedo o ilusión? No quiero engañarme, pero está tan pálida... que dudo de que sea cualquier tipo de emoción positiva. ¡¿Acaso no quiere esto?!

Le ruego sin palabras..., le imploro con mis gestos y semblante. Cuando está a escasos centímetros de mí, alza la mirada y en sus labios se dibuja una tímida sonrisa. No sé si besarla o reclamarle el mal trago que me está haciendo pasar..., uno innecesario a estas alturas.

—Gisele —la animo con la mano tendida todavía—, vamos.

Percibo el temblor cuando se libera de su padre y acepta mi mano con delicadeza; yo, con fuerza. Siento que mis pulmones vuelven a cobrar vida, de modo que, sin importarme los presentes que observan en silencio, llevo su mano hasta mi acelerado corazón.

—Mira lo que has hecho conmigo. —Parece estar insegura y me lleno de dudas, hoy que no deberíamos sentirlas—. Gisele, si esto no es lo que quieres...

—Se me ha atascado el tacón. —¡El colmo! ¿Cómo me puede mentir tan descaradamente?

—Tienes los ojos brillantes —apunto, y le hago la pregunta—. ¿Miedo o ilusión?

Vuelve a sonreír y no me es suficiente. No hoy.

—Matt...

—Respóndeme.

—Estoy aquí —me recuerda casi sollozando, emocionada—. Te quiero.

Me conformo, por un momento lo hago, y la guío para que miremos al frente, ya que el

sacerdote se dispone a iniciar la ceremonia de una vez. Sin embargo, Gisele levanta la mano con timidez para llamar la atención de éste. ¡¡No me lo puedo creer!!

—Padre, por favor, necesito unos minutos a solas con mi futuro esposo. —Le aprieto la mano en señal de ofuscación y chirrío los dientes—. Volveremos enseguida.

Los murmullos aumentan, sacándome de quicio, y, cuando nos dan permiso, Gisele me arrastra a una habitación contigua de la estancia principal sin importarle nada más... ni siquiera yo, ¡¿o no ve lo mal que estoy?!

—¿Me puedes decir qué demonios te pasa? —le reclamo triste, impotente—. Me tienes al borde del infarto, Gisele. Estás haciéndome pedazos. ¿Eres consciente de ello?

Empieza a reírse a carcajadas. A mí la paciencia se me está agotando. ¡Es de locos! Me muero porque nos demos el «sí, quiero» y nos marchemos a disfrutar de lo nuestro, joder.

—Gisele, por favor, entiende que ahora no estoy de humor para tus juegos. —Me acaricia la mano—. ¿No te das cuenta? Es nuestra boda.

—¡Lo sé, lo sé!

¡¿Lo sabe?! ¡Entonces, ¿a qué juega?! Nervioso, doy media vuelta y me paso los dedos por el pelo. Estoy a punto de explotar y no es lo que deseo el día de nuestra unión.

—No entiendo nada. Me duelen tus dudas y me destroza verte tan triste. Creo que me has mentido y que no quieres esto.

—Matt. —Me acaricia el hombro y me abraza por detrás. Dios, necesito tanto de esto, de ella. ¡Maldita inquietud!—. Perdóname por ser tan estúpida y estar tan asustada... Entiéndeme, en dos semanas hemos organizado una boda gigantesca... con la iglesia llena de gente que no conozco. Todo eso ha hecho mella en mí.

—No he pensado en eso —reconozco, y se me quiebra la voz. ¿He sido muy egoísta? Quizá lo sigo siendo—. En cambio, en ese camino tuyo interminable hasta el altar, me he cuestionado que me quieras, he intentado comprender qué te sucede... Gisele, me ha destrozado verte a punto de echar a correr. —Las palabras se me atascan en la garganta ante la mera idea—. Sólo he vuelto a respirar cuando he visto que seguías avanzando.

—Matt, mírame, por favor.

Descolocado, lo hago. Ella me está sonriendo y mi corazón se paraliza. ¿Por qué me lo pone tan difícil, si verla así es ahora mi mayor inspiración en la vida, verla feliz?

—Te amo, claro que te amo, y más que a nada en el mundo. Sin embargo, los nervios han podido conmigo. Anoche te lo expliqué, sólo te necesito a ti a mi lado para calmar mis temores y no te he visto en toda la mañana...

—Sabes que no hubiese deseado otra cosa —replico sin dudar.

—Matt, escúchame, quiero casarme contigo y ser la señora Campbell. —Me acaricia los labios y me ablando con su formar de suplicar. Aun así, continúo tenso—. Vamos a salir de esta iglesia y volveremos a entrar, pero esta vez juntos. Es lo único que necesito.

—No sé qué pensar. Me has mentido con lo del tacón. —Me rehúye la mirada, confirmándome mi teoría—. ¿Cómo puedo saber que esto es realmente lo que quieres? Tal vez te hayas sentido presionada y por eso has llegado hasta aquí sin desear hacerlo.

—Matt —se le rompe la voz.

—Te he imaginado huyendo de mí cuando te has detenido casi en la entrada. Me he sentido morir.

—Tienes razón. Me he sentido algo presionada, pero, aun así, casarme contigo es lo que quiero. Necesito que acabemos con esto y nos vayamos juntos, solos los dos a disfrutar de

nuestra vida. —Su semblante se transforma, más pícaro... más Gisele Stone—. Dime la verdad, ¿a ti te apetece compartir algo tan nuestro con tanta gente?

—Pídemelo y nos iremos ahora mismo.

—Ya, como si fuera tan fácil —replica burlona, y pone los brazos en jarras. ¿Puede estar más preciosa, sensual y a la vez delicada? Me da miedo incluso tocarla, temo desmontarla—. Ay, Campbell, así no es la vida. No quiero matar a nuestras familias del disgusto.

—¡¿Y a mí?!

—Matt...

—Has estado a punto de hacerlo. Quería recorrer el pasillo e ir a buscarte —le recuerdo con amargura. A continuación, añado—: Estabas tan pálida y hermosa... Nunca habrá una novia más impresionante que tú. Pídeme lo que quieras y lo tendrás.

Su mirada se torna más dulce... pudiendo conmigo. La atraigo hacia mi cuerpo, contra mi pecho, la abrazo y le beso la frente. Gisele está temblando y no es la única.

—Matt, vamos a tener toda una vida para nosotros, regalémosles un día al menos a los nuestros. —Y agrega coqueta—: Estás muy guapo y elegante... Te comería. Prometo darte mucha guerra, esta vida no será para nada aburrida ni rutinaria.

—Mírame. —Clavamos la mirada en el otro. Me sonríe, contagiándome su felicidad, por lo que le devuelvo el gesto—. Te amo y no deseo otra cosa que hacerte mi esposa. Por favor, concédeme este deseo ya.

—Vamos pues, Campbell. Acabemos de una vez.

—Eso es lo único que deseo.

Intento besarla, pero se cubre la boca con la mano. ¡¿Y ahora qué demonios pasa?!

—¿Me quieres quitar el pintalabios? —Me saca de quicio su actitud... esa que tanto adoro en otros momentos, pero hoy ya no puedo más. Aun así, ella insiste en torturarme. Es una costumbre—. Los invitados van a pensar que te he traído aquí para seducirte. ¿Qué van a decir de esta inocente chica?

—Gisele, vas a recordar este día toda tu vida.

—Ten consideración, Campbell.

«Vale, bien. Contrólate. Ya no queda nada, Matt», me obligo a recordarme.

—Al diablo con lo que piensen los demás.

—¿Y ahora qué me estás pidiendo? —protesto frente a su descaro.

—Que me beses, Campbell, que me beses.

No lo dudo. Por Dios, me muero por besarla, por hacerla mía, por disfrutarla como no he podido en mucho tiempo por sus condiciones y los obstáculos a nuestro alrededor.

—¿Más? —mascullo burlón tras apenas un roce que me tiene excitado ya.

—Por favor.

—Me vas a volver loco.

«De hecho... ha nacido para ello.»

Tras aumentar la tensión sexual y algunos contratiempos con su madre... llega la hora y ya no hay nada ni nadie que impida el momento. Seremos marido y mujer.

—Isabel, ve a tu sitio y, por favor, diles que toquen de nuevo la marcha nupcial —le pido manteniendo la calma—. Hazlo, te lo ruego.

Gisele libera aire intensamente.

—¿Preparada?

Con seguridad, se agarra de mi mano y volvemos al recorrido del principio, ese que hemos

hecho entrando con nuestros respectivos padrinos. Lo avanzamos lentamente, aunque sin ninguna duda. Gisele está más calmada; no obstante, sigue temblando.

Yo tampoco puedo disimular lo nervioso que estoy.

Jamás imaginé que viviría este momento hasta que la conocí.

Una vez que llegamos al altar, Gisele empieza a llorar. El corazón se me hincha de amor. Es de felicidad, puedo advertirlo. Ya no hay miedo, ni dudas..., no ahora. Nuestros familiares parecen contagiados de nuestros sentimientos y también lloran. Conmovido, le enjugo las lágrimas. Ella sabe que mi emoción es evidente. Mis dedos no pueden temblar más. La miro a los ojos y sonrío con ella. Entonces, pronunciamos los ansiados votos.

Mientras deslizo la alianza platino en su dedo anular derecho, me hago el fuerte para no romperme como ella, pero lo que siento es tan poderoso que no hay palabras para describir tantos sentimientos. Gisele me llena, con su sonrisa ilumina mi camino y sólo quiero protegerla. Sobre todo cuando, clavando sus preciosos ojos en los míos, pronuncia las palabras que nunca olvidare: «Para siempre». Finalmente, y estremecidos por lo vivido, sellamos nuestro amor con el beso más sincero y puro que jamás nos hayamos dado, que marca nuestra unión.

—Te amo. Te amo tanto que me duele —susurro sin poder hablar, y le limpio las lágrimas que vuelven a brotar—. Chist, ya está. Ahora por fin eres mía.

Ella asiente y me besa muy lentamente. Es un beso cargado de ilusión, de promesas. A nuestro alrededor los invitados vitorean, aunque nosotros no salimos de la burbuja, la nuestra.

—Te amo, nene —dice ella esta vez. Es mi vida—. Por fin eres mío.

—Me matarás.

—Lo siento...

—Te amo tanto... —Mimo su espalda, trazando círculos en la parte trasera de su vestido lleno de encajes. Suspiro y la contemplo de arriba abajo. Es la mujer más impresionante que he visto nunca—. Estás preciosa, llena de la luz que necesito...

El gentío se nos acerca para felicitarnos, abrazarnos y lo que se tercia en estas circunstancias... En otro momento me hubiese opuesto; hoy y ahora soy tan feliz y me siento tan pleno que no me importa. Todo por ver la sonrisa emocionada de Gisele... y tampoco puedo olvidar los rostros de Karen, William, Roxanne y Eric, mi familia.

—¿Preparada? —pregunto a Gisele abrazándola desde atrás—. ¿Todo bien?

—Sí... —afirma con rotundidad, envolviéndome con sus manos—. Todo bien, sí.

La salida de la iglesia es un caos, pero finalmente lo conseguimos. En el coche, los mimos, las muestras de amor y la pasión entre besos no cesan hasta que llegamos a casa de mis padres, donde se celebra la fiesta. Karen ha elegido la decoración perfecta, blanca.

Aun así, lo que más me llama la atención de todo o, mejor dicho, lo que más curiosidad me produce, es Gisele. ¿Se sentirá diferente ahora? ¿Le costará asimilar el paso que hemos dado?

No la suelto de la mano, en la que, constantemente, acaricio su alianza...

—¿Más tranquila? —le pregunto una vez sentados con la familia, y le doy a probar un canapé. Gisele asiente y saborea con picardía el aperitivo. Joder... cómo puede volverme tan loco sin apenas hacer nada—. Estupendo, pero controla esa lengua.

Insiste, torturándome, provocándome, a pesar de saber que debemos comportarnos.

—Gisele, para ya.

—Chicos —nos interrumpe William—, ¿a qué hora pensáis salir mañana para Corfú?

—Por la mañana —respondo evitando beber demasiado... Estoy con el tratamiento, aunque llevo tres días sin tomarlo para disfrutar del enlace—, el vuelo sale a las once.

Mi suegro carraspea mirando hacia mi dirección.

—Dime, Michael —murmuro.

—Cuídamela mucho. —Su voz se quiebra. Está emocionado y no me extraña, su hija está preciosa—. Sé que lo harás, pero es mi deber pedírtelo.

La contemplo. No tengo dudas en responder al contagiarme de su seguridad.

—Estará bien. No le va a faltar de nada y la protegeré con mi vida si es necesario.

Poco después decido devolverle a Gisele el mal trago de la iglesia.

Ella no se lo espera... pero he jurado que recordaría este día toda la vida y lo hará, y no sólo por lo que supone en nuestras vidas. Necesito que sienta algo más...

—Matt —me reclama; no sabe adónde la llevo.

—Dime.

—¿Qué me quieres enseñar? —La guío hasta mi ya antigua habitación, donde hemos vivido tanto antes de llegar aquí—. ¿Algo grande?

—Gisele, Gisele...

—¿Sí, Matt?

—¿Para qué me has traído aquí, esposo? —Agarrotado por su provocación, me ajusto la corbata—. ¿Un regalo especial?

—Sí, cariño. Un regalo que hasta esta noche no podrás olvidar. —Le doy una suave patada a la puerta para que se cierre y me encamino hacia ella. Suspira—. Veo que tienes ganas de jugar, y, para qué engañarnos, yo también.

—Y —deja caer, provocándome— ¿por dónde empezamos?

Se me escapa una carcajada mientras la acorralo contra la pared. Una vez que no tiene escapatoria, le empiezo a subir el vestido poco a poco. Es una tortura, pues no sé si tendré fuerza de voluntad para continuar con el plan ideado. No, si se trata de Gisele. Me puede.

—He estado pensando mucho —comento contenido.

—¿En qué?

—Silencio. —La acallo con un dedo en sus húmedos labios—. Voy a demostrártelo.

Gisele cierra los ojos, dejándome ver su vulnerabilidad.

Está tan bonita que duele contemplarla.

—Nena, mírame. —No tarda en obedecer, algo que no llevo bien, pues me gusta demasiado que me contradiga—. Quiero que me mires ahora, mientras te toco y acaricio.

Rozo la mano por su muslo suave y desnudo, mi perdición.

—Será un juego nuevo. Quiero que me digas qué ves en mi mirada en estos momentos. Y háblame de lo que estás sintiendo.

Entrecierra los ojos y frunce el ceño. ¿Tiene dudas?

—¿Quieres hacerlo? —insisto.

—Sí —musita temblorosa.

—Entonces, empecemos.

Nerviosa, se agarra el vestido en alto para que pueda bajarle la braguita, que es de encaje; sólo con tocarla ya me vuelvo loco..., pero será más tarde cuando disfrute de ella con calma. Ahora he de mantener la mente fría, aunque es complicado. Una vez que me hago con la diminuta ropa interior, deslizo la punta de los dedos por su sexo.

Intento no gemir, pero está tan mojada ya... La acaricio dócil, contenido.

—Dime, Gisele.

—¿Q-Qué...?

—Recuerda lo que acabo de decir —mascullo con exigencia.

—Tu mirada es peligrosa —balbucea gimiendo—. Me siento frustrada.

La rozo en círculos, despacio... muy despacio... muriendo por enterrar los dedos dentro de ella salvajemente.

—¿Por qué?

—Es una tortura... —confiesa acelerada—, un toque tan lento e intenso.

—Tan lento... ¿Tanto que te parece que voy a parar? —La pongo a prueba. Afirma con la cabeza, curvándose, pidiendo más. ¡Joder!—. Quiero saber cómo te sentirás si me detengo cuando tú tanto me necesitas.

—No lo hagas, por favor. Me siento necesitada... y no podría soportar que pararas.

Se me escapa un gruñido sin apartar mis ojos de ella. Entonces doy un paso más, confundiéndola, y la acaricio con más fervor, enloqueciendo... Sin poder de control, meto un dedo en su cavidad. Ella se retuerce, se contonea suplicándome más en silencio.

Estoy a punto de rendirme ante sus encantos, pero no debo.

—No podrías soportarlo —repito, concentrándome—. Interesante.

Introduzco otro dedo. Gisele grita. Lo retiro de inmediato.

—Matt... vuelve a hacerlo.

—Dime qué te parece ahora mi mirada.

No deja de arquearse. El placer le nubla la razón. Conozco cada uno de sus gestos.

—Extraña —susurra.

—¿Cómo extraña?

Hago un nuevo intento, muy lento... agonizante, y no sólo para ella.

—Vengativa.

—Me alegra que me conozcas tan bien, te servirá para el futuro. —Y con todo mi pesar, sonrío sin ganas y me alejo. Me quedo con ganas de mucho más, pero se merece esto—. Ya hemos terminado el juego, vamos a ponerte bien el vestido.

Niega con la cabeza, incrédula; chirriando los dientes, se deja caer contra la pared.

Así quiero verla.

—Vamos, Gisele, podrás llegar más tarde al orgasmo, ¿verdad? —Le acerco la braguita, se la subo y bajo el vestido. Todo en orden de nuevo, aunque más duro que una piedra—. Hacer esperar a los demás se te da bastante bien y no te ocurrirá nada por aplicártelo un poco a ti misma. Tal vez sientas deseos de matarme, pero no lo harás.

Su mirada se desencaja y, con una sonrisa perversa, le aferro el mentón.

—Sí, esposa mía, lo has entendido. Así me has hecho sentir tú. Desesperado, frustrado, deseando que llegaras a mi lado. Sin embargo, me has hecho aguardar hasta casi sentir que no podría soportarlo.

Gisele no se da por vencida y me coge la mano para llevármela entre sus piernas.

No puedo evitar gruñir. Ella casi solloza entre gemidos.

—Estoy mojada. Me duele. —Y hace un puchero—. No me hagas esto.

—Esas palabras me suenan, Gisele. —Ahora soy yo quien captura su mano para llevarla a mi corazón—. Aquí me dolía a mí, pero ahora ya no me duele. También a ti se te pasará.

—Te he pedido disculpas.

—Y yo te las pido a ti ahora. Créeme que no me gusta dejarte ansiosa y no tocarte. Pero, por otra parte, es lo justo.

Jugamos, nos picamos y, por qué no decirlo, nos calentamos..., pero no cedo. No debo.

—Soy complicada, lo sé —reconoce su error.

—Lo somos.

Poco después bajamos de la mano para integrarnos de nuevo en la fiesta. Incluso me ausento un momento para conversar con Silvia, mi prima. Gisele no me quita ojo y a mí me preocupa que sepa de qué estamos hablando, ya que todo lo que he hecho ha sido por el bien de ambos y quizá no estaría muy de acuerdo si descubriese cómo la aceptaron en la universidad. Sinceramente, me da miedo su reacción... Es otro de los secretos que le oculto.

A la vuelta de la misteriosa conversación, la encuentro cabizbaja. Sé que ha estado hablando con Roxanne y me enfurece la mera idea de que la haya hecho llorar.

—¿Estás bien? —le pregunto cuando llego a su lado. Gisele asiente, mimosa a la vez que extraña—. Me estás mintiendo. Tienes los ojos llenos de lágrimas.

—Me he emocionado con tu hermana... Por lo visto, tengo la costumbre de hacerme una idea equivocada de los Campbell... Más bien con los hermanos Campbell.

—¿Qué quieres decir? —Mi confusión es evidente.

—Me equivoqué contigo al principio pensando que eras un bruto. —Casi río, ¿acaso no lo soy?—. Y ahora me he dado cuenta de lo equivocada que estaba con Roxanne... Temo estar haciendo lo mismo con Eric.

Eric... no me extraña su desconfianza. Él estaba prometido y aun así se lio con Noa; más tarde pareció que jugaba con ella, hasta que dejó a su prometida, y ahora Noa está embarazada.

Con la intención de calmarla, la obligo a que se incorpore y la ciño a mi cuerpo.

—Todos te hemos dado motivos, nena. Los equivocados hemos sido nosotros, no tú.

Ella me corresponde con besos y abrazos. Incluso se aferra más fuerte a mi cintura, como si le diese miedo caerse. Y no entiende que, si alguna vez lo hace, siempre estaré ahí para levantarla. Será la mujer más protegida del mundo y jamás dejará de sentirse amada.

—Y ahora, vamos. —Le muerdo el labio inferior. Es deliciosa... y me quedo con ganas de más, siempre más—. Cortemos la tarta, bailemos y hagamos el brindis. Cuanto antes terminemos, antes podremos irnos tú y yo solos, por fin.

—Sí, por favor... ¿Has podido solucionar tus asuntos con tu prima?

Asiento sin entrar en más detalles, aunque sé que los espera... La llevo hasta donde se encuentran todos, y la locura, con nosotros presentes, estalla. Los invitados empiezan a tirarnos pétalos blancos, gritan... hasta nos contagian con sus sonrisas. La mayoría de los familiares por nuestra parte son de William, Karen no tiene, y también están los de Gisele... Sus amigos...

Las chicas me arrancan a Gisele de las manos para que lance el ramo de novia. Cojo una copa y, sonriendo, contemplo la escena. La sorpresa llega cuando es Roxanne quien se hace con él. Ella está feliz con las flores... Mi lado más protector se alerta, ¿acaso está manteniendo una relación con alguien en secreto? Y, si es así, ¿por qué lo oculta?

—¡El pastel, Matt! —grita Gisele, ilusionada—. ¡Vamos juntos!

Voy a su encuentro y, como un esposo formal, me pongo a su lado y juntos cortamos el pastel. Además, como ella es muy traviesa, acaba llenándome de tarta y yo a ella. Terminamos a carcajadas, besándonos hasta que no queda un trozo de pastel en el rostro del otro.

Los presentes se vuelven a animar, y entonces suena una balada de Luis Miguel. Sonriendo, le pido que me conceda ese baile tan especial, como lo es la letra de la canción. Gisele se apoya en mi frente para buscar mi mirada y besarnos como si estuviésemos solos.

—Así es, Gisele —confieso en susurros—. O tú o ninguna.

—Te adoro.

—¡A brindar! —nos avisan en el momento más inoportuno.

La mayoría de los invitados proponen hacer un brindis y dedicarnos unas palabras... Michael es el primero. Gisele y yo, frente a todos, de pie, escuchamos atentos. El resto de los presentes están sentados.

—Solamente diré que sé que Matt hará feliz a mi hija o, de lo contrario, haré que lo metan en la cárcel, por robarme mi tesoro más preciado.

Ruedo los ojos y espero más del discurso de Karen, que deslumbra con su elegancia.

—Lo único que puedo decir es bienvenida a la familia, aunque desde el primer momento que los vi juntos... —Las lágrimas interrumpen sus palabras. Se me forma un nudo en la garganta. Es tan especial para mí...

Entonces llega el turno de Scott Stone.

—Yo quiero brindar por mi cuñado. Sí, sólo por ti, ya que menuda pieza te has llevado. Paciencia con mi pequeña. —Sonrío y le guiño un ojo. Gisele se emociona más.

William se pone en pie y me mira; está orgulloso de mí, lo presiento...

—Yo quiero deciros que sepáis amaros y respetaros. La confianza es la base de una relación. Por una vida llena de felicidad. —Todos brindamos con sus palabras.

Me quedo muy pensativo, reflexivo. No podía haber tenido una familia mejor... los Campbell.

—Me parece que fue ayer cuando entré en el dormitorio de mi Gis y vi ropa de Matt debajo de la cama... —La madre de Gisele se corona con el discurso más bochornoso.

Cuando es Roxanne quien se incorpora, cojo aire. Espero que no estropee el momento.

—En este brindis, sobre todo quiero felicitar a Gisele. Gracias por devolverle a mi hermano la sonrisa. —Carraspeo, apenas puedo tragar. Las necesito unidas, cómplices.

—Por vuestro amor y los hijos que van a venir fruto del mismo —dice Eric. Noa lo respalda.

Y la idea de ver crecer el vientre de Gisele me estremece. ¿Será pronto?

Miro a Gisele y le seco las lágrimas, que no dejan de caer de sus ojos. Detrás me parece ver que Scott y Roxanne... ¿discuten? No les presto demasiada atención, ya que necesito ser yo quien dedique unas palabras a la mujer de mi vida. La pongo de cara a mí y uno nuestras manos sin dejar de acariciar las alianzas, el símbolo que nos ha unido para siempre.

—A veces, la vida es dura, te trata mal y tú no entiendes por qué. Con el tiempo, vas superando obstáculos e intentas olvidar situaciones o personas que te hicieron daño y procuras ser más fuerte, tan fuerte que te vuelves frío, lleno de miedos..., cruel, a veces, y con cargas que no te abandonan y no lo harán. Sin embargo, un día la vida te vuelve a cambiar. Llega a tu casa la chica de servicio más hermosa sobre la faz de la tierra y, sin pedir permiso, se adentra en cada célula de tu piel... sin retorno.

»Hoy no puedo ser más feliz... Esa chica es mía, mi esposa. La que me hace ver la vida de otra manera y me complementa con su alegría. Un brindis por la mujer más maravillosa del mundo, mi mujer, Gisele Campbell.

Entre sollozos, salta a mis brazos, que ya la esperan abiertos. La rodeo con la energía que necesito, con el amor que se merece, demostrándole que cada una de mis palabras es tan cierta que moriría por ella de ser preciso; que, aunque calle, haré todo lo posible porque mi enfermedad nunca más sea una piedra en nuestro camino.

—¿Eres feliz? —le susurro cerca del oído—. ¿Lo eres?

—¿Y me lo preguntas?

—Dímelo, por favor.

—Te amo, Campbell —replica. Carraspeo emocionado—. Ya soy tuya.

Lo es.

A lo lejos, Roxanne me hace señas. Scott asiente con la cabeza. Ya está todo listo.

—Te tengo una sorpresa —confieso, y le beso el cuello muy despacio; ella se estremece. Estoy muy nervioso por la incertidumbre de si le gustará—. ¿Preparada?

Capítulo 18

Quiero perderme en tu cuerpo

La llevo de camino a nuestro refugio, aunque ella no lo sabe. Está tan cansada que durante el trayecto se ha quedado dormida. Está preciosa, lo es. En lo que llegamos no puedo evitar acariciarle la mano, la alianza. Gisele no es capaz de entender cuánto ha significado para mí este paso. Incluso he hablado con el equipo médico para pedirle que me dé un tiempo de descanso con el tratamiento. Necesito disfrutar de nuestro viaje, necesito hacerla disfrutar a ella sin restricciones; que nos emborrachemos hasta que no podamos más; que seamos una pareja normal... Carlos no está muy de acuerdo, pero le he dicho que confíe en mí, que los nervios de estos días se han debido al estrés.

Sabré gestionarlo todo.

Una vez que llegamos, estaciono fuera. Quiero cumplir con ciertas tradiciones y me temo que Gisele dirá las palabras mágicas: «mi romántico no reconocido». Y es que odio que me lo recuerde. Esta noche se lo concedo todo, incluso que me llame así. Estoy tan feliz...

Bajo, rodeo el vehículo y abro su puerta. Despacio, la cojo en brazos. La beso sutilmente. Ella entreabre los ojos, desconcertada, como toda una bella durmiente... Es de locos que esté pensando en este tipo de frases... Si ella supiera...

—¿Dónde estamos? —pregunta y sonríe.

—Hemos llegado.

—Bájame. —Niego con la cabeza. Ahora el que sonríe soy yo—. ¿Por qué?

—Lo haré cuando hayamos traspasado el umbral. Ya sabes, la tradición.

Parece ilusionada con lo que le propongo. Se arropa contra mi pecho, frágil, tierna... como en otras ocasiones. Todavía recuerdo sus gestos cuando ha llegado la hora de los regalos. No podía creer que hubiera tantos y tan caros. Mi familia se ha entregado al enlace en todos los sentidos; se han implicado a todos los niveles y siempre se lo agradeceré.

—Cierra los ojos —le pido. Compruebo si me ha obedecido y así es, de modo que abro la verja y la cierro, para, cuidadosamente, dejarla sobre el suelo. Tiembla—. Ábrelos.

—¿Estamos en el refugio?

—Aquí está mi regalo —expreso orgulloso—, espero que te guste.

Gisele contempla impresionada cada novedad. El jardín está iluminado con velas; no son unas velas cualesquiera, sino que están dispuestas para que formen un corazón. Cerca de éstas, pétalos de rosas rojas y blancas proyectando más corazones. Roxanne y Scott me han ayudado a que esto quedara así, como sé que Gisele ha soñado siempre, a pesar de su pánico a las bodas.

No habla y finalmente deja escapar un sollozo. ¿Será de su gusto?

Me mata no saber qué piensa.

—¿Qué te parece?

—Matt... no tenías...

—¿No te gusta? —Me preocupa su reacción—. Dime algo, Gisele.

Se lanza hacia mí, por lo que no dudo en abrazarla y besarle el cabello con suavidad. Le doy su tiempo para que reaccione, pero antes la vuelvo a alzar en mis brazos. El corazón no puede irme más deprisa. Aquí está nuestro futuro cuando ella acabe los estudios.

—Quiero que lo veamos juntos. —Sonrío cuando añado—: Mira.

Gisele gira la cabeza y no da crédito. Nuestra casa está acabada. Éste será nuestro hogar una vez que volvamos de Madrid dentro de algún tiempo.

Aquí veremos cómo crecerá nuestra familia.

—Matt... ¿Cómo...? Hace apenas dos semanas me dijiste que... Ahora sé por qué no querías que viniésemos algún fin de semana desde Madrid.

—Han trabajado muy duro y muchísima gente, pero aquí está. Para ti, para nosotros.

Se muestra eufórica con la idea, lo que me relaja... que no tema tanto al futuro.

—Para que la estrenemos juntos —le recuerdo—. Te has emocionado.

—Yo no tengo nada para darte... —El corazón se me encoge con su ternura. Quisiera abrazarla y no soltarla jamás. ¿Acaso no entiende que me lo ha entregado todo con su mera presencia?—. No te rías... Matt, me has dado una casa, pétalos, velas...

—Tú me has regalado lo más importante: a ti misma, Gisele. Tú eres mi vida. —La deposito en el suelo, estremecido al verla llorar de nuevo por la emoción—. No te puedes hacer una idea de lo que eres para mí. No sabes lo que siento al saber que ya eres mi esposa. Sólo quiero esto: tú, yo y nuestro mundo. Me sobra todo y todos los demás.

—Te amo. —Me besa, succionándome el labio. ¡Dios!—. Te amo, te amo, te amo.

Le correspondo de la misma manera, con un beso sensual, fogoso, para a continuación sostener su mano entre la mía. Necesito que conozca cada parte de esta casa que nos verá crecer como pareja... Cada estancia tiene mucha claridad y espacios amplios, a su gusto.

—Todo blanco —apunto al ver cómo frunce el ceño a medida que avanza desde el salón hacia el resto de la casa—. El blanco es señal de pureza, pura como lo eres tú.

—¿Acaso me lees la mente?

—Lo intento —respondo burlón, aunque me encantaría hacerlo. Pagaría por saber qué piensa en la mayoría de las ocasiones—. Ven, quiero mostrarte algo más.

En el jardín trasero pedí un espacio acristalado y cerrado, con calefacción incluida por si en invierno le apetece estudiar aquí, leer o lo que quiera. Pero hoy, en el centro del mismo hay una cama con dosel, blanco, cómo no. Así lo he encargado. No faltan las flores ni las luces, ni tampoco una mesa con fresas, nata y champán. Necesito que sea una noche perfecta.

—Aquí, Matt. —Señala con el dedo índice la cama y me guía para que nos sentemos ambos. Me contempla. Le cuesta hablar. Yo también tengo un constante nudo en la garganta. Supongo que todos estos intensos sentimientos son tan nuevos para ella como para mí—. Quiero que me hagas el amor aquí ahora mismo.

—¿Quieres jugar?

—Sí...

—Es increíble. Lloras, te ríes y ahora quieres jugar.

Se deja caer hacia atrás con sensualidad y alcanza una fresa para deslizarla por su clavícula, pechos. Joder, me está matando. El pantalón me va a estallar, y es que nadie me excita como Gisele... Peor es todavía cuando se apodera de mi mano y la lleva al centro de su placer. Un gruñido desesperado escapa desde lo más profundo de mi alma. Ella gime.

—Aún me duele aquí, Matt... Ya quiero sentirte.

—¿Ya no quieres jugar?

—Más tarde. —No deja de retorcerse—. Ahora me urge aliviar este dolor.

La hago incorporarse para posicionarme detrás de ella y le voy quitando la ropa muy despacio. Su cuerpo va quedando desnudo, cediendo poco a poco, y cada prenda termina a la orilla de sus pies... Toco sus hombros, huelo su cabello. Me mata tanta belleza.

—Me encanta este vestido. Estás preciosa desde cualquier ángulo que te mire.

La acaricio y me desprendo del sujetador para acariciar sus redondos y perfectos senos. Mis manos se llenan de ellos. Los mimo con la sensibilidad que merecen.

La respiración no puede irme más acelerada. Es jodidamente insuperable.

—Matt, si me tocas así, me vuelvo loca... —Y yo... Su placer es el mío. Me arrodillo, le quito las medias lentamente y después la braguita. Su sexo queda tan cerca de mi boca que agonizo de sólo pensarlo—. ¿Qué me haces?

—Lo que ningún otro ha podido. —Aprieto la mandíbula—. Eres deliciosamente perfecta. ¿Tienes idea de lo que me supone saber que nadie más podrá alejarte nunca de mí?

—Lo sé...

—Desnúdame —le ordeno.

Gisele no tiene paciencia: me arranca la corbata y me despoja de la chaqueta y la camisa salvajemente, calentándome incluso más por segundos. Una vez desnudo, me acaricia el pecho, se entretiene... haciéndome perder la puta cabeza. Ya no puedo más.

—Túmbate —le indico. Obedece enseguida—. Abre las piernas, nena.

Me acomodo a su lado y resbalo los dedos por la piel de su cintura, por su plano vientre.

—Cierra los ojos y déjate llevar. Es turno de complacer a la señora de la casa.

—Matt...

—Silencio.

Gisele no es capaz de imaginar cómo me enciende cuando es obediente justo como ahora. Y, como he dicho, me entrego a su placer, sintiéndolo como mío. Recorro sus pechos, pellizcándolos, para después morder sus pequeños pezones. Mi lengua se deleita con ellos. Gisele se muestra inquieta, excitada, tirándome del cabello... sobre todo cuando desciendo desde su ombligo a su intimidad.

—Estás mojada para mí. —Mi voz es muy ronca—. ¿Estás bien, cariño?

—Sí... No te detengas, por favor.

Hundo un dedo en su sexo y jugueteo muy despacio, para continuar con movimientos circulares, mientras Gisele gimotea y se retuerce con desesperación.

—Bésame y no abras los ojos —le pido.

Lo hace. Alza las caderas sin paciencia. Sus ruegos son estrangulados, no soporta más la tensión; yo tampoco... pero hoy quiero dedicarle mucho más que mi tiempo, necesito regalarle cada uno de mis sentidos, mi incondicional entrega.

—Quieta —le recuerdo cuando se inclina e intenta besarme.

Es mi turno. Soy yo quien la besa, quien devora sus labios, profundizando más el dedo, gozando con la humedad de éste. Lo meto y saco repetidas veces, sin abandonar su boca.

Estoy perdiendo la cabeza ante su sumisión y también al ser consciente de que hoy es nuestra primera noche como marido y mujer... la primera de tantas que nos quedan por hacer el amor.

—Matt...

—Cuando quieras —la incito, excitándola hasta que ambos no podemos estar más calientes.

Gisele se estremece, se contrae y entonces sé lo que viene. Su orgasmo estalla en mis manos. Ella solloza, gime... A mí, una vez más, me vuelve loco—. ¿Estás bien? —le pregunto acelerado.

Asiente sonriendo. Me llevo el dedo a la boca y chupo su humedad. ¡Joder!

—Ven aquí, nena.

Apenas tiene fuerzas cuando intenta incorporarse, por lo que la ayudo. Desesperado, la subo a horcajadas sobre mi cuerpo. Ella se entrelaza a mí con piernas y brazos. Es una sensación tan jodidamente intensa... Los dos solos, en medio de nuestro jardín, yo de pie y a punto de fundirnos en uno solo... La contemplo y sé que es imposible estar más enamorado. Amo cada parte de su cuerpo, gestos, forma de ser...

—Llevo todo el día deseando hacer esto —le confieso en susurros—. Te deseo tanto...

Me rodea muy fuerte y entro en ella. Todo explota a nuestro alrededor. Me acoge mientras me besa sin compasión. Se entrega. Yo sólo puedo acariciarla, mimarla.

—Mi esposa —gruño, chupándole el labio—. Jamás te marcharás.

El mero hecho de pensarlo me desquicia, por lo que muevo las caderas a un compás de vértigo, entrando y saliendo de Gisele frenéticamente. Nuestros cuerpos echan fuego.

—Ni lo pienses, porque jamás dejaré que te vayas —insisto descontrolado. Gisele niega vehementemente—. Eres mía para siempre.

Gisele, en señal de entrega, se echa un poco hacia atrás, lo justo para que ambos podamos seguir manteniendo el equilibro, y, salvaje, muerdo, chupo y lamo su cuello, sus senos. La siento tan mía que, de pronto, el miedo me invade. Me asusta no estar a la altura de lo que merece.

—Dime que me amas —imploro—. Dímelo.

Gisele me estudia, sonríe y se contonea, envolviéndome con sus paredes vaginales. Sabe que me tiene al límite. Por su semblante, adivino que ella se siente igual, por lo que sube y baja, una y otra vez... y una más. Me tira del cabello, loca por otro orgasmo.

—Te amo. —Me pierde que me lo diga y, posesivo, hago un movimiento y caemos en la cama. Mi cuerpo cubre el suyo y la embisto hasta que los primeros espasmos empiezan a apoderarse de nosotros—. Más, más.

Entonces recuerdo qué noche es. Es especial. Ralentizo el ritmo de los envites y me clavo en ella con más calma, despacio. Le hago el amor, no la follo sin más. Esa palabra no volverá a existir entre nosotros... Busco su mirada, ella la mía. Nos mecemos al mismo compás hasta que, precipitadamente y a la vez, nos corremos sintiendo cómo su humedad envuelve la mía por completo. No podemos más... aunque estoy seguro de que sí queremos.

Satisfecho siempre. Saciado nunca... y Gisele conoce de sobra la frase.

—¿Todo bien? —pregunto sonriendo—. Estás preciosa después del sexo.

—Quiero más.

¡Maldición! ¿Puede estar más compenetrada conmigo?

Cierro los ojos y tomo aire; jamás imaginé que encontraría a una mujer que me complementaría y llenaría en todos los sentidos y hoy está aquí, cedida a mí.

—Gisele, ¿te he dicho que te amo?

—Sí... —balbucea con emoción—. Y yo a ti.

—Lo sé, hoy lo sé.

***

La noche da para mucho; apenas dormimos, aunque en un momento de la madrugada tengo

una pesadilla, una que se repite constantemente: Gisele marchándose. Por ello, soy tan estúpido que no la dejo ir sola ni siquiera al baño, por lo que, con el nuevo día, me propongo enmendar mi error, no quiero cargarla. Me temo que he empezado muy pronto.

—Joder, joder. —Es la voz de Gisele, que a la vez me sacude. Abro los ojos, me inclino y la observo. Está muy hermosa tan salvaje—. ¡¿Te ríes?! ¡Hemos perdido el vuelo!

¿Y qué más da? Ahora lo que nos sobra es tiempo...

—¡Es la una, Matt, la una! —Me vuelvo a tumbar. Maldición—. ¡Levántate!

Si supiera lo que despierta en mí con esos modales... La deseo como el primer día.

—¡¿Qué miras, Matt?!

—Con el cabello enmarañado, los ojos rasgados y envuelta en esa sábana, pareces una salvaje. Eres mi perdición. Me imagino deslizándome entre tus muslos y...

—¡Para!

—Anda, acurrúcate aquí conmigo —le pido mientras le tiendo la mano; la derecha, que desde ayer es mi preferida, la de la alianza—. Más tarde cogeremos otro.

—¿Otro? ¡Yo me quiero ir ya! —Pone los brazos en jarras. Ese gesto sólo me produce más diversión, deseo y ternura—. Tanto jugar anoche... y mira ahora.

Se me escapa una risilla.

—Ven conmigo —insisto con calma—. Un poco más.

Se amarra el cabello en alto y viene hacia mí, cayendo de golpe. La atrapo y la acurruco en mi pecho. Ella hace líneas sobre éste con un dedo, junto a mi corazón.

—¿Cómo has amanecido, esposo?

—Mejor que bien. Cansado, pero ha merecido la pena. ¿Y tú?

Se queda en silencio.

—Te voy a preparar el desayuno. Ése será mi regalo —comenta de pronto y se incorpora. Sonrío, sé que este tema le preocupa y no tiene por qué—. Espérame aquí.

—Está bien.

La beso antes de que se marche, relajándome un poco más.

—No tardo.

«No tengo prisa», estoy a punto de responder, pero no me da tiempo. Me quedo tumbado, con los brazos detrás de la cabeza, hasta que mi teléfono suena, rompiendo mi paz. Me extraña, pues he dejado las oficinas a cargo de Denis y Scott, y mi familia sabe que en un día como hoy no tienen derecho a molestarme. Ignoro el sonido hasta que se vuelve insistente. Me incorporo un poco, miro la pantalla. El número no me es conocido y eso me tensa. Odio no reconocer de primeras quién me llama, me produce en los músculos un estado de alerta que no me gusta. Aun así, acabo respondiendo.

—Matt Campbell —murmuro inquieto—. ¿Hola?

Silencio; uno que detesto y no me da ninguna confianza.

—Matt Campbell, ¿quién es?

Nervioso ante la situación, cierro y abro los puños.

—Soy yo... —Esa voz... esa calidez. Me niego a creerlo—. Soy Amanda.

—¡¿Tú?!

¡¡No me lo puedo creer!!, no en estos momentos de mi vida. Su recuerdo me atormenta. Me evoca lo duro que es el amor a veces y no estoy dispuesto a volver a pasar por ese calvario, no con Gisele a mi lado. Corto la llamada y lanzo el teléfono.

Sin embargo, ya no me puedo concentrar. La tengo en mi cabeza, incluso la visualizo tal cual

era: rubia, tierna... muy dulce, su piel también blanquecina...

Gisele, a la vuelta, me nota irascible, ¡y es que lo estoy! Hasta me tomo una pastilla para relajarme en un momento en el que ella está a punto de pillarme. Me encuentro tan mal... No sé si debería llamar a Carlos y retomar el tratamiento durante los días que esté fuera. No obstante, ¿Gisele disfrutará con un enfermo! ¡Me niego! Es nuestra luna de miel.

Poco después me quedo un instante solo y Amanda vuelve a llamar. Astuta, pues sabe que cortaré la comunicación antes de que le permita incluso replicarme, me suelta la frase..., una que no quiero oír. No puede ser. ¡Gisele no me haría algo así! Los puños me pican...

Empieza mi pesadilla.

Capítulo 19

Ámame otra vez

Durante el vuelo observo de soslayo a Gisele con recelo. Ella no deja de preguntarme si estoy bien. ¡¿Cómo estarlo?! Cada vez que creo haber encontrado la paz, algo viene a recordarme que no soy una persona normal, que mi pasado siempre me perseguirá...

Ya en el hotel, uno muy lujoso, con villa propia, la contemplo mientras duerme. No, ella es incapaz de hacerme algo así..., pero entonces empieza a jadear, a revolcarse en la cama, sola, a tocarse, mientras duerme. Siento que la sangre corre más deprisa por mis venas... ¿La puta excusa que me da luego? Que ha soñado con nuestro momento erótico de la noche de ayer, cuando jugamos con las fresas y la nata... No sé qué pensar, las dudas me queman por dentro, la desconfianza, pero ¿lo merece?

Finalmente empezamos a hacer el amor. Sin embargo, no estoy bien. Soy salvaje mientras arremeto contra ella. Sus ojos me buscan y temo encontrar algo distinto en los suyos.

—Tranquilo —me implora, masajeándome la espalda—. M-Me tienes a-aquí.

Estoy tan fuera de control que tomo su boca con ferocidad, pues estoy dividido. No quiero creerlo y, a la vez, Amanda lo ha afirmado con mucha contundencia. También me siento culpable, ¿cómo se tomará Gisele saber que he tenido contacto telefónico con la mujer que me manipuló a su antojo? Estoy desconcertado y herido, ¿con motivo?

¡No lo sé!

Estoy haciendo el amor con la mujer de mi vida y, a pesar de mostrarme tan impaciente, hay una frialdad entre ambos que odio.

Aborrezco estar debatiéndome así después de nuestro matrimonio, de nuestra unión.

—Háblame... Matt —me pide mientras la embisto fuerte.

—Gisele... Amanda me ha llamado. —Mi confesión le arranca un grito, se inquieta y remueve debajo de mí, ¿rechazándome? «Maldita sea», me lamento—. Te quiero, nena, te amo.

Un segundo después se contrae alrededor de mi miembro para que estalle y acabe con esto, lo que me hiere profundamente. Me sacudo, corriéndome en su interior. Ella está jadeante... distante.

—¿Estás bien? —le pregunto, convulsionando aún—. Lo siento, te he dicho...

—¿Qué quería?

—Gisele...

—Te he hecho una pregunta, Matt, y déjate de rodeos.

Ruedo hasta dejar de estar encima de su cuerpo y me mesa el cabello. ¡¿Por qué calla?! Está enfadada y yo, dolido; si es cierto que ella y... ¡No puede ser!

—Te has visto con Andy —murmuro finalmente. El asco que me produce pronunciar el nombre de otro es...—. Amanda me ha dicho que estuviste hablando con él.

—Matt, no sé de quién me hablas, pero eso no es lo importante. Me estás diciendo que la mujer que te causó tanto dolor vuelve a llamarte. Vuelve a tu vida... ¡¿Qué quiere ahora?! ¡¿Por qué te busca?!

La contemplo con cara de pocos amigos. ¡Que no se atreva a mentirme!

—Se ha enterado de que me he casado y quería felicitarme. Su esposo, Andy Gonzales, se lo ha dicho. —Gisele hace una mueca con la boca, una que reconozco... Es cierto, entonces—. Veo que ya sabes quién es. ¿Por qué no me has hablado de él?

—Se me olvidó... Quería decírtelo, pero...

—Pero no lo has hecho —la interrumpo y me incorporo, alejándome para tratar de mantener el control—. Creía que confiabas más en mí, pero ya veo que no.

—¿De qué vas, Matt?

—¡¿Yo, Gisele?! ¿Por qué se acercó a ti?

Se levanta de malas maneras y, sin darme explicaciones, se marcha al baño. De camino a éste coge algunas prendas amarillas y un neceser. ¿Qué coño está haciendo?

—¿Adónde vas? —le reclamo. Ella hace como que no me oye mientras rebusca algo en su maleta—. Gisele, te estoy hablando.

Se encara conmigo y alza el dedo índice, advirtiéndome:

—Escúchame tú. Estamos en nuestra luna de miel. Si la quieres pasar aquí encerrado, discutiendo..., tendrás que hacerlo solo. —Sin paciencia alguna, la atrapo del brazo—. Suéltame, todo esto es ridículo. Es ridículo que seas tú quien se enfade, cuando debería ser yo. ¡¿Sabes cuánto te resististe a nuestra historia por los miedos que ella te metió?! No, Matt, no. No le voy a dar ese gusto.

—Está casada, no quiere nada de mí.

—¡Tampoco su marido de mí! ¡Por Dios, fueron unos minutos!

Se libera de mi agarre, sale de la habitación y, ya en la sala, se sienta en el sofá. Cómo no, la persigo muy enfadado. Mira al vacío, hacia la piscina privada que tenemos.

—Ha pasado unos días en Málaga para visitar a su familia y de ahí la maldita casualidad de que te encontrases con él. Gisele, sé sincera —le pido o más bien le reclamo, situado detrás del sofá, de ella. ¡Puta despedida de soltera!—, ¿intentó algo contigo?

—¡No, Matt! —Se incorpora hecha una furia y me sacude para que entre en razón. Yo sólo tengo la imagen de ellos dos en mi mente—. ¿Y dónde demonios estaba ella? ¿Tú la viste al salir?

Aferro sus manos evitando más tonterías. ¡Me cansa empezar así nuestra unión! Si me lo hubiese contado esa misma noche o al día siguiente... ¡¿Qué oculta entonces?!

—Viven en Madrid, de ahí que desaparecieran de Málaga, y ese viaje lo hizo él solo —recalco con la respiración acelerada, observando si hay algún cambio en sus facciones. ¡No sé! Quiero creerla—. Amanda trabaja.

—¡Vaya, cuánto te ha contado! ¡Maldito seas, Matt! —Sus celos son evidentes. Los míos me matan—. Escúchame, no me importa si está casada o no. ¡No me importa nada!

—¡¿Tampoco mentirme?!

—Escucha —insiste, cogiendo aire—, no sé dónde está ni lo quiero saber, pero, ojo, procura que sea lejos de ti. Es una advertencia y, te lo repito, yo no te he mentido.

Su convicción y seguridad, su forma de afirmarlo, no pueden ser un teatro. Gisele no es así, ¡por Dios! ¿Nunca aprenderé con ella? Maldita Amanda, Andy y lo que los rodea.

Bajo la mirada, avergonzado, y la arrastro a mis brazos, apoderándome de su boca. Gisele no

me rechaza; al contrario, nuestras lenguas se entrelazan con pasión, suavidad... con calma, algo que estábamos perdiendo.

—Te quiero, Gisele. Eres mi vida, no te alejes.

—No me alejes tú... Te has mostrado tan frío y seco. No nos hagas esto, Matt.

Me apoyo en su frente, acunando su rostro.

No sé qué me está pasando, no puede ser la ausencia del tratamiento. Apenas llevo tres días sin él. La bipolaridad no va a poder conmigo. La enfermedad no va a conseguir que deje de lado mi vida así... No puede controlarme cuando y como quiere.

Necesito ser libre y las pastillas me recuerdan que no lo soy.

—No me dejes hacerlo, sabes que no soy nada sin ti.

—No sé qué te está pasando —musita con tristeza.

—Nada, cariño... —miento suspirando. ¿Hasta cuándo podré seguir así?—. Vístete. Vamos a pasear, a comprar, a disfrutar del mar. Quiero hacerte feliz.

—A este Campbell es al que quiero ver —me recuerda sonriendo, pero la alegría no llega a sus ojos. Está mal y le tiemblan los labios al recalcar—: Y sin hablar de nada ni de nadie, ¿me entiendes?

—Será como tú quieras, sólo tienes que decirlo.

—Entonces, vámonos de aquí y disfrutemos como es debido.

***

Los días pasan y conseguimos que la llamada quede en el olvido. Vamos a la playa —e incluso jugueteamos allí—, a cenar, de compras. Allí empiezo a plantearle la idea de ser padres. Gisele lo tiene claro, se niega rotundamente. Quiere tomárselo «con calma».

Hoy en la playa, nos alejamos del resto y hacemos el amor lejos de la orilla. Luego me recuerda que Silvia ha llamado y temo que las cosas se estén complicando con el tema de la universidad. A la vuelta de nuestra aventura marina, voy a por unas bebidas para ambos.

La observo desde la barra, no le quito ojo. Entonces mi móvil vibra.

Veo el número, me suena. Sé que es Amanda, que no debo responder. Su insistencia termina con mi paciencia y hago lo que no me conviene, descolgar.

—Amanda, basta. No quiero tener más problemas con mi mujer.

—Tienes que escucharme; es muy grave, Matt.

Las palabras de Amanda se clavan en mi alma. La conversación no juega a mi favor y su forma de explicarlo todo es tan convincente como la de Gisele. ¡¿Quién miente?! En una de ésas, veo a Gisele salir disparada de la playa. ¡¿Acaso intuye que me están contando lo sucedido y escapa de un lugar público porque sabe cómo me comportaré?!

¡Maldita sea!

Bebo hasta que no puedo más. Golpeo hasta que me sangra el puño e incluso me lo vendan en el bar. ¡No puedo más! Voy a perder la cabeza. Temo tanto enfrentarme a Gisele y reconocer la mentira en sus ojos. ¡¿Por qué nos hace esto?!

Sólo quiero paz... y he vuelto a perderla.

Llamo a Carlos, desesperado.

—Retoma el tratamiento, Matt. Has recaído, no puedes estar sin las pastillas. —Ésa es su única solución.

—¡No quiero ser un enfermo toda la vida!

—Así no te ayudas...

Corto la llamada y, después de pasar más de tres horas fuera, regreso a buscarla. Está en nuestra villa, arreglada y maquillada, como si nada... tras marcharse de la playa sin aviso...

—¿Dónde estabas? —me reclama con exigencia, impasible.

—En el bar del hotel. He visto cómo venías hacia aquí. —Cierro la puerta y me siento al fondo de la estancia, lejos de ella. Estoy mareado—. ¿Dónde vas así vestida?

—Voy a salir a cenar con Luci y su marido; tú también estás invitado.

—¿Perdón?

Se refiere a la pareja con la que hemos coincidido y que he tolerado por ella... Gisele no responde y se marcha hacia la terraza, en la que tenemos vistas al mar. Yo, derrotado, debatiéndome conmigo mismo, porque cuando la miro me digo que no puede hacerme algo así, voy detrás de ella. Intento tocarle un hombro, pero me esquiva, aun sabiendo que ese gesto me mata.

—Gisele...

—Déjame, Matt.

Insisto, abrazándola desde atrás. ¿Acaso no va a decir nada más? ¿No va a explicarme por qué me está omitiendo información? ¡Se ha marchado sin más de la playa!

¿Qué me oculta?

Pocos segundos después, se libera de mí y se dirige a la habitación.

—Gisele, no me hagas esto. —La detengo por el brazo para que me mire a los ojos—. Sabes que no soporto que me rechaces.

Todo me da vueltas... Alza el mentón, desafiante. Se suelta y se sienta en el borde de la cama. No permanece mucho allí, pues poco después se levanta de malas maneras y se encara a mí.

—Maldito seas, Matt, maldito. ¡Te vas y vuelves al cabo de horas, bebido y con el puño vendado! ¡No me digas lo que tú no soportas!

Se masajea las sienes, ¡¿va a contarme de una vez lo de Andy?! ¡Que se excuse!

—¿Tienes algo que decirme, Matt?

—Gisele...

—No me mientas, por favor.

Voy hasta ella lleno de agonía y la agarro del mentón con fuerza.

—Me ha llamado Amanda, sé que has hablado con ella... —le espeto con rabia y dolor, con decepción. ¡¿Por qué no me cuenta nada?!—. ¿Qué mierda le hiciste a su marido? ¿Qué?

—No sé de qué demonios me estás hablando. ¡No empieces con eso!

Se suelta, pero no se lo permito y la acorralo contra la pared. Busco sus ojos.

—Amanda insiste en que Andy no la quiere; dice que desde la noche en que te vio sólo piensa en ti, y que por eso no la has dejado ponerse en contacto conmigo. No he podido subir antes..., me costaba verte tras la llamada.

Una sucesión de imágenes que mi mente visualiza me golpean de nuevo. Gisele coqueteando con Andy, bebida, la noche que lo conoció, en la despedida de soltera.

Me mata.

—¿Qué has hecho, Gisele? ¡¿Qué me ocultas?!

—Matt, pero ¡¿qué dices?! Apenas crucé dos palabras con él...

Me duele la cabeza. Me escuecen los ojos.

—Gisele —le imploro. Necesito creerla—. ¿Por qué? Dime por qué.

—Matt, no sé qué está pasando. Ese hombre me dijo que te conocía y yo le pregunté si tú a él

también... poco más.

—Sabes que te quiero, Gisele, dime la verdad. —Le acaricio el pelo; no sé qué pensar ni qué creer—. Te perdonaré, pero no me mientas, nena... No me mientas, por favor.

—Mírame, Matt —balbucea temblorosa—. Esa noche viniste a verme a los servicios de mujeres, ¿no lo recuerdas? ¡Me hiciste el amor! ¿Crees que hubiese sido tan frívola de engañarte contigo allí mismo... con tu familia...? ¡Ella está loca, tú estás loco! —Su voz se rompe—. Y me vas a volver loca a mí. Matt, te manipula.

Me observa y se marcha al sofá. La historia se repite, me arrodillo a sus pies y sujeto sus manos entre las mías. ¿Cómo decirle que necesito ayuda, que me niego a ser un enfermo que le estorbe toda la vida, que quiero recuperarme sin causarle daño y hago justo lo contrario, que vuelto a tener una realidad paralela... que no puedo más?

—Lo siento, lo siento, Gisele. —Lloro; lo hago de una vez por todas porque en el fondo sé que soy una carga para ella—. Tienes razón, tú no me harías algo así... Voy a matar a ese miserable, lo voy a matar. Siento haber roto la promesa que te hice...

—¿Por qué ahora sí me crees?

—Porque no puedo pensar lo contrario. Eres tan transparente, tan honesta...

Gisele permanece en silencio.

—¿Me perdonas? Dime que sí, Gisele, dime que sí. —Asiente, aunque no convencida—. Te amo, nena, te amo tanto... Me destroza pensar que otro te pueda tocar.

—Déjalo ya, Matt. Lo que te pido es que no vuelvas a contestar sus llamadas.

—Yo te quiero...

—Anda, ven. —Me atrae hacia ella tirando de mí con cuidado—. Vamos a la ducha.

Me mete bajo el chorro de agua y trato de relajarme. Estoy hecho polvo. A veces llega un punto en el que no puedo más con mi mente, pues me juega malas pasadas y se lo permito aun creyendo que Gisele nunca me haría daño, no intencionadamente.

¿Y si me sincero sobre mi enfermedad? Me dejará... No lo soportará.

—Gisele. Lo siento, lo siento mucho.

—Lo sé... Olvida lo ocurrido, por favor.

—No te merezco.

«Ella no me contradice. Lo sabe tan bien como yo.»

***

De viaje de regreso a Madrid, y mientras contemplo cómo duerme durante el vuelo, recuerdo los pocos momentos de paz que hemos tenido estos días. ¿Cómo he podido hacerlo tan mal? Llegamos a un punto en el que los celos nos cegaron a los dos tras una maldita propuesta sexual de la pareja con la que ella había hecho bastante amistad... ¿Cómo confiar en el resto del mundo? Siempre quieren algo; en este caso, sexo. Estoy más calmado, aunque con remordimientos por no haberla hecho disfrutar como merecía, a pesar de que hemos tenido nuestros buenos momentos... ajenos a todos. Es el único modo en el que somos felices... cuando estamos solos, incomunicados...

***

—Ojo con lo que haces o no me importará que estemos en la playa para tomarte —le advertí

uno de los días que estábamos en la playa, ella en una tumbona y yo a su lado.

—¿Hablas en serio, Campbell?

—¿Aquí? —me sorprendí.

—No hay mucha gente y también yo tengo hambre de ésa.

Estábamos en una zona privada, apenas había gente; ella nos cubrió con una toalla... y se posicionó encima discretamente. Es una descarada. Mi descarada.

—Quiero aquí, Matt, aquí mismo.

—¿Qué es lo que quieres...?

—Que me toques, que me tomes. Suave, discreto.

***

Y lo hicimos. Hoy todavía me pregunto cómo pude. La acaricio, tiene la cabeza apoyada en mi hombro. Está muy cansada. Yo también, pero no puedo dormir. El vuelo se me hace eterno, aunque no sé si tengo ganas de llegar a casa... Sólo si hay calma, pues detesto pelear con ella. Espero que nos sirva la conversación que mantuvimos tras la trifulca con ese par...

***

—¿Te das cuenta? Todos los hombres te desean, ¿qué voy a hacer contigo?

—Matt..., las mujeres de tu alrededor te provocan y te buscan. Incluso te han besado en mi presencia. Piensa en ello y no tergiverses la realidad.

—Te entiendo... —admití; era cierto—. Debo confesarte que golpear, aunque haya sido la maldita pared, me ha dejado como nuevo y no me siento culpable en absoluto.

—Matt, creo que tenemos que tranquilizarnos un poco... —musitó preocupada. Esa noche todo había sido una locura—. No podemos ir golpeando a la gente por ahí. Un amor tan posesivo no es bueno para nosotros y mucho menos para nuestra relación.

—Para nuestro matrimonio, querrás decir... —puntualicé—. Tienes razón y, créeme, yo no quiero ser así..., pero hay momentos en los que no puedo controlarme.

—Matt, cuando me propusiste matrimonio en julio, me prometiste hacer cualquier cosa por mí, y hoy te pido que pienses antes de actuar. Ya no tienes por qué sentirte inseguro respecto a nosotros. Soy tu mujer. Decías que necesitabas que nos casáramos para sentirme tuya... y lo soy, soy tu esposa.

—Creía que sería más fácil.

—Y lo estaba siendo, Matt... —Sus ojos expresaban inquietud—. Pero desde hace unos días veo que estás descontrolado y eso me preocupa. ¿Hay algo que deba saber?

—No, Gisele... No hay nada que tenga que deba preocuparte.

—A veces siento que magnificas las situaciones. —Me martirizó tanto saber que tenía razón —, que tu ánimo tan pronto está arriba como abajo.

—Lo sé, lo sé. A veces siento que es tan difícil, y que te hago daño. Sé que me amas, pero tengo tanto miedo de perderte...

—No, Matt, eso no sucederá.

—Eres tan perfecta, tan honesta, tan hermosa. Eres cariñosa y buena. Cuando te alejas me falta el aire, te necesito tanto... —Era cierto, mi amor era tan grande que dolía... una frase muy nuestra—. Me asusta que descubras un mundo en el que yo no esté.

—Ya no hay mundo si no estás tú, entiéndelo. Y también yo tengo miedos...

—¿De qué podrías tenerlos? Yo no me separaría de ti, lo sabes.

—Matt, no escuches a nadie, únicamente tienes que mirar nuestro día a día juntos, lo que hay entre nosotros. ¿Sientes que te quiero?

—Claro que sí.

—Entonces no dudes.

***

Todavía me pregunto por qué lo hago, si está demostrando soportar mis cambios de humor, mi inestabilidad, mis celos, mi posesión... Y pensar que por lo menos uno de nuestros problemas pueda dejar de existir. Un problema con nombre propio: Alicia. ¡Daría tanto porque mi primer hijo fuese con Gisele...! Una llamada nos ha dado un poco de esperanza. Todavía puedo sentir la emoción de mi chica de servicio...

***

—¿Qué pasa, Roxanne?

Mi hermana empezó a hablar y yo no podía creérmelo.

—¿Están juntos? Si te enteras de cualquier novedad, por favor, llámame.

—¿Qué pasa? —me preguntó Gisele, alarmada.

—Tranquila.

—Parece muy importante.

—Desayuna, cuando termines te lo cuento. —Hizo justo lo contrario—. Gisele, come.

Insistió en negarse.

—Tan desafiante siempre. Es algo serio, nena; come y luego hablamos.

—No quiero más, ¿me lo cuentas?

—Ven.

La llevé a la terraza y la rodeé por la cintura. Ella estaba impaciente, y preciosa también.

—Gisele, antes de decirte nada, quiero pedirte que no nos hagamos ilusiones. —Me mantenía cauto. No quería más decepciones—. Es lo único que te pido.

—¿Qué pasa?

—Nena, promételo.

—Me estás preocupando.

—Roxanne cree que el niño que espera Alicia es de Sam. —Me maldije al ver cómo sus ojos se empañaban enseguida... por la emoción... pero no teníamos certeza alguna, aunque quería dársela—. Dice que los ha visto juntos en Málaga y que él le tocaba la... barriga.

—Oh, Matt... Ojalá fuese cierto.

Se abrazó a mí y lloró como una niña pequeña. Y es que en el fondo lo era... Había vivido todavía tan poco... y, a pesar de su fuerte carácter, era muy vulnerable.

No sabía cómo consolarla. Me partía en dos su desconsolado llanto.

—Ya, nena. No llores así.

—Quiero que sea verdad, Matt... Necesito que sea verdad.

—Lo sé, cariño. Yo también lo necesito.

***

Me aprieto los párpados, cansado de tanto pensar y no poder hacer nada, e ideando la forma en la que seguir con las terapias sin que Gisele se entere. Ahora que vamos a vivir juntos no me resultará fácil escaparme. Solemos estar en contacto constantemente y, si yo no respondo en la oficina, enseguida le pregunta a Scott... Sé que ahora viene lo más difícil: la convivencia.

—¿Matt? —Bajo la mirada hacia mi hombro y le sonrío. Beso su frente. Está soñolienta, con las mejillas rojas, preciosa—. Nunca olvides que te amo.

—¿Se ha despertado cariñosa, señora Campbell?

Entrelazamos nuestras manos.

Me da un vuelco el corazón al ver cómo me acaricia los dedos, la alianza.

—Me he despertado con ganas de decirte que, juntos, superaremos lo que nos propongamos. Porque te quiero por encima de todo... y sé que tú a mí.

—Me asusta cuando te pones tan intensa —reconozco apesadumbrado.

—Pues acostúmbrate, Campbell. Tienes toda una vida para hacerlo.

Capítulo 20

Mía

La vuelta a la rutina no la llevo nada bien. En la oficina no me concentro, y tampoco hallo el momento de hablar con Carlos, ya que está en Málaga y nuestras sesiones de terapia deben ser mediante videoconferencia o bien tengo que acudir a un compañero suyo, aquí en Madrid, aunque él me apoye desde allí... Con todo, como por momentos me siento bastante fuerte, llego a la conclusión de que puedo... con Gisele a mi lado, podré conseguirlo.

Me digo que quizá los médicos hayan exagerado sobre mi bipolaridad.

Hoy es lunes, son las siete de la mañana y estamos a punto de salir de casa, aunque reviso una documentación que me ha enviado mi socio. Es para Gisele, una nueva propuesta laboral, una que no le ocultaré. La idea me pone tenso, pero... es su vida, su decisión; ya he entendido que no debo tomarlas por ella.

—¿Qué son? —pregunta Gisele refiriéndose a los papeles, curiosa.

—Denis me ha enviado estos documentos para ti.

—¿Para mí?

—Diego te quiere para otro proyecto. El último reportaje del perfume ha ido bastante bien. Quiere que firmes un contrato para varias marcas de ropa. —Evalúo sus facciones. Parece sorprendida—. Ropa deportiva. ¿Qué te parece?

—Dime qué te parece a ti, o si nos puede acarrear problemas. ¿Te opondrías?

—Gisele... con este contrato, se abre ante ti una carrera. Piensa bien las cosas.

—¿Te opondrías? —repite algo preocupada mientras caminamos.

Detengo mis pasos, ella me copia. Me acerco.

—Te hice una promesa y quiero cumplirla. —La atraigo hacia mí por la cintura, sincerándome —. No te voy a engañar, no me gustan estos trabajos en absoluto, ya lo sabes, pero, si tú quieres hacerlo, te apoyaré.

—¿Te he dicho alguna vez que eres el mejor? —Sonrío espontáneamente—. Lo eres, Campbell, lo eres. No sabes lo que significa para mí que cedas en esto.

—Sólo quiero hacerte feliz. —Le acaricio la mejilla—. Sé que podremos estar bien.

—Ya lo estamos... Me encanta esta casa y este matrimonio. Me encantas tú.

—Me alegra oír eso.

La abrazo contra mi pecho. No puedo evitar que el temor de que ella descubra un nuevo mundo y éste la aleje de mí esté más presente que nunca.

—Venga, vamos —la animo, besando su frente—. Tenemos mucho que hacer y el día es corto. Dime dónde quieres desayunar.

—No lo sé, pero algo dulce, por favor.

Vamos al Starbucks y pedimos un desayuno variado. Nos espera un día completo; la familia

viene a visitarnos y tenemos que hacer compras, todo lo que jamás imaginé que haría. Son cosas cotidianas que me aburren, pero junto a Gisele todo tiene otro sentido.

Ella se lo ha dado a mi vida.

—Matt, come algo más... —susurra, sentada en mis rodillas—. ¿Estás bien?

—¿A qué viene esa pregunta? —mascullo a la defensiva

—Comes y duermes muy poco... Me tienes preocupada.

Bajo la mirada y toco el anillo de casado. Nuestra unión es lo que me da fuerzas para soportar la carga que llevo solo. No quiero que Gisele la tenga también.

No sería feliz así conmigo. Lo sé.

—Estoy bien, nena. Venga, termina de desayunar, que no quiero que llegues tarde.

Me acaricia la frente, no sé por qué, y pasea su lengua por mis labios.

—Humm, tan exquisito siempre. Eres tan irresistible...

—¿Algún día te tomarás la vida en serio? —Dice que no con descaro y me lame de nuevo. Es insaciable, perfecta..., mi vida entera—. Mejor, no quiero que lo hagas.

—Campbell, la vida por sí sola ya es problemática —si ella supiera...—, ¿para qué voy a aportar yo más de lo mismo?

—Tu filosofía de vida es la correcta, no la cambies.

—Jamás... —Clavo la mirada en la suya, sin entender cómo me ha escogido a mí. Soy consciente de lo afortunado que he sido—. ¿Satisfecho? ¿O quieres más?

—Satisfecho siempre, saciado nunca. De ti siempre quiero más.

***

Cuando llego a la oficina me encuentro con Scott. ¿Qué hace aquí? Lo esquivo, pero él consigue retenerme después de atender una breve, aunque importante, reunión. En la misma sala de juntas y mientras recojo las propuestas, veo que entra y cierra. Me ajusto la camisa, la corbata... Empieza a estorbarme todo. Él se cruza de brazos, cauteloso.

No me gusta su postura.

—¿Cómo ha ido? —Señala la mesa.

—Bien, muy bien; ya te contaré más tarde, ahora tengo prisa.

—Mi hermana está preocupada por ti, Campbell. ¿Tiene motivos?

Lo desafío con la mirada y paso de largo de malas maneras.

—No soy un niño al que tengan que controlar, Stone. Gracias por preocuparte.

—¿Te drogas?

—¿Perdón? —Me detengo justo enfrente, encarándolo. Él no se viene abajo—. ¿Qué demonios estás diciendo y a qué vienen estas acusaciones?

—No he querido comentar nada con Gisele, pero tus cambios de humor son un tanto sospechosos. Mis padres y yo hemos llegado a esta conclusión, y espero que nos estemos equivocando una vez más. Porque, según tú, nada que ocultar, ¿verdad?

—¡Verdad, maldita sea! Y ahora déjame salir de aquí.

A raíz de ahí todo empeora. Estoy furioso, irritable, mosqueado con el mundo. ¿Por qué me tienen que recordar constantemente que algo en mí no va bien?

¡¿Drogarme?! ¡¿De qué más me van a acusar?!

Toda mi frustración la disfrazo cuando estoy con Gisele y más tarde, a la hora del almuerzo, en casa, ya que he decidido comer con ella, o hacer el intento, recién llegados de comprar lo

necesario para la cena. Estoy sentado en el sofá. Me duele la cabeza, estoy cansado..., los párpados me pesan, aunque mis sueños son ligeros.

Cuando me estoy quitando los zapatos, Gisele viene a mi encuentro.

—Matt, quiero pedirte una cosa... Es importante.

—Pide. ¿Qué será esta vez?

Para mi sorpresa, se arrodilla delante de mí. ¿Y esto?

—Bueno, bueno —me burlo sin ganas—. ¿Qué me vas a pedir, señora Campbell, que hasta me masajeas los pies...?

—Ya sé que dirás que soy caprichosa... —lo es—, pero quiero un perrito.

—¿Un perrito? —No puede ser. Somos tan opuestos... Quizá de ahí nuestra fuerte atracción, no hay otra lógica—. Gisele, sabes que por ti haría cualquier cosa, pero no soporto ver la casa llena de pelos.

Usando sus armas como de costumbres, pone cara de pena, incluso finge un puchero. Si supiera que no tengo el día para estos juegos... De modo que retiro los pies de sus delicadas manos y me echo hacia atrás, sin quitarle la mirada de encima.

—¿No me vas a complacer? —replica, poniéndose insistente y con los brazos en jarras—. Me gustaría mucho, sobre todo si es un chihuahua marrón claro...

—No.

Sus ojos se entrecierran y echa a correr, ¿hacia nuestra habitación?

No me puedo creer que me esté montando semejante escena. Y todavía queda lo peor: una cena con toda la familia que no me apetece en absoluto... Me incorporo con un suspiro y subo a la segunda planta. Al oírme, solloza y acabo sentándome a su izquierda.

—Gisele, no te pongas así.

—Déjame.

—¿Estás llorando?

—Tú tienes la culpa —musita, cubriéndose la cabeza con la almohada. ¡Maldita sea! No es día para volverme loco—. Sólo quería un perrito...

—Los perros lo ensucian todo y siempre hay pelos en cada rincón de la casa. —El colmo llega cuando patalea sin cesar—. ¡Vaya berrinche! No eres una niña pequeña.

—Me has dicho que pida lo que quiera y ahora no me lo das... Eres muy malo, Campbell, muy malo.

—Gisele, basta. —Golpea el colchón con los puños—. Puedes llegar a ser agotadora.

Me masajeo las sienes, oyendo gritos y lloros sin sentido alguno.

—¡No y no! —repito, aunque no sé si a ella o a mí.

—¡Eres cruel, señor Campbell!

Va a acabar conmigo... En silencio, salgo de la estancia. Bajo la escalera y cojo las llaves, la cartera y el móvil. Finalmente salgo de casa dando un portazo. Hace frío, no me apetece nada estar aquí; me había tomado la tarde libre para pasarla con ella, pero, debido a su nuevo capricho, me temo que va a ser imposible. ¡Es todo tan ridículo!

Ya en el coche, sujeto el móvil; las manos me tiemblan más de lo normal últimamente... Llamo a Denis, necesito que me ayude con el asunto. No tengo paciencia solo.

—¿Qué ocurre? —dice éste.

—Necesito un cachorro, chihuahua, marrón clarito...

—¿Cómo? —Suelta una carcajada—. ¿Me estás tomando el pelo?

—No, Denis, no. Así es la descripción que me ha dado Gisele.

—Madre mía, cómo te ha cambiado el matrimonio, Campbell.

—Te recojo en cinco minutos y ni una puta broma más.

Las horas se tornan interminables mientras recorremos Madrid en busca del regalo de Gisele, que, por cierto, espero que cuide. Una mascota no es un juguete.

Ya por la tarde, regreso a casa. El cuerpo me pesa como si llevara plomo encima. Tengo muy poca energía debido a mi mala alimentación. Con un suspiro, cojo al cachorro en brazos, que parece asustado, y al entrar en casa lo dejo en el suelo con cuidado. Voy a nuestro dormitorio. La estancia está muy silenciosa y me extraña. Gisele no ha dejado de enviarme mensajes durante toda la tarde sin que le haya respondido. No estoy de humor. No me encuentro bien.

Ella duerme acurrucada en la cama, tierna, como de costumbre. La zarandeo con suavidad. Finalmente despierta y me observa con la misma intensidad con la que yo la miro a ella.

Su paz consigue que me relaje, que me olvide del caos y el estrés vivido.

—¿Has comido? —le pregunto para romper el hielo.

—No, me he quedado dormida esperándote... ¿Qué hora es?

Se incorpora y va directa abajo por la escalera.

—Las siete de la tarde, Gisele.

—¿Tan tarde?

—Sí, cariño —apostillo con ironía—, sí.

—¿Tú has comido? ¿Llegas ahora?

¡¿Qué demonios piensa que he estado haciendo?! Suspiro y mascullo:

—No he comido, no he tenido tiempo ni hambre, y, sí, llego ahora. —Rebasa la sala, aunque no se da cuenta del detalle y el cachorro está muy callado, por lo que miro por encima de su hombro, señalándolo—. Espero que te guste, pequeña caprichosa.

Se gira muy despacio, y no tarda en volverse de nuevo hacia mí.

—¡Matt! —Salta a mis brazos y la estrecho con desesperación, con ganas de confesarle lo mal que me siento. Aun así, me callo por hacerla feliz—. ¡Gracias, gracias!

—No hay de qué, siempre a tu disposición, señora Campbell. No ha sido fácil encontrar un perro con las características que has descrito, pero ahí está... He vuelto loco a Denis.

Me río fingiendo entusiasmo; no sé si consigo que me crea, aunque me he acostumbrado a mentir muy bien y dudo de que ponga en cuarentena mi reacción.

—Eres el mejor esposo del mundo. —Me besa y lo hace de nuevo, y luego una vez más. Y no puedo parar, no si se trata de ella—. Te amo, te amo. Te amo tanto...

—Más te quiero yo —musito con más verdad que nunca—. Ve a verlo y dime si he acertado.

Nos besamos de nuevo y se arrodilla. Lo arropa en sus brazos. La imagen es tan tierna que la recreo mentalmente de otra forma... Gisele acunando a un hijo de ambos.

¿Me regalará en breve lo que más deseo en el mundo después de a ella?

—Oh, Matt, es precioso. Será nuestro bebé.

—¿Bebé? No, Gisele, bebé es en lo que pronto nos embarcaremos.

—Voy a cambiar el parche por la píldora anticonceptiva —explica sin más, sabiendo que su decisión me molesta—. Me parece que es lo mejor, dadas las circunstancias.

—¿Vas a jugar sucio? —¿Acaso no es cosa de dos?—. Muy mal, puede ser la guerra.

—Vale... No voy a discutir sobre esto.

***

La llegada del cachorro no le hace ningún bien a nuestro matrimonio. Gisele se pasa las horas con él. En cuanto llega de la universidad, toda su atención es para *Tomy*... e incluso, por las noches, ha permitido que yo durmiera en otra habitación, ya que me niego a compartir la cama con el perro. No sé si esta vez soy yo o es ella, pero nos hemos distanciado y no lo soporto más. La presión de la familia, que nos vigila de cerca, ya que están en Madrid por una temporada, tampoco la llevo nada bien... Para colmo, ellos no son los únicos que están en la capital: Alicia y Sam también, y me inquieta que este último se acerque a Gisele.

No sé por qué están aquí, con qué intención, ¡pero me tortura!

Mis suegros están cerca...

Gisele se niega a que seamos padres y está a punto de hacer otro reportaje.

Roxanne y Scott se comportan de manera extraña...

Alicia me reclama más dinero y atención...

Sam está más cerca de lo que quisiera... y Andy también...

No como ni duermo...

Por las noches ordeno y desordeno los armarios... Mis manías han vuelto.

He tocado fondo y cualquier cosa me saca de quicio.

¿Qué más me puede pasar?

Abro los ojos un rato después de haber hecho el amor con Gisele. Tanteo a mi alrededor y ella no está. Me incorporo tan rápido que un mareo me nubla la visión.

No me lo puedo creer, ¡me niego a que me haya utilizado para salirse con la suya!

Lo único que hay de ella es una maldita nota.

Matt, he ido a comprar la cama para Tomy. No tardo... Te amo.

Tu adorada y obediente esposa: Gisele Campbell Stone

Salgo disparado a por el teléfono y marco su número.

—Matt, ¿me puedes llamar dentro de un rato? —es su jodida respuesta.

—¿Dónde diablos estás?

—Matt, por favor..., llámame un poco más tarde... Estoy en algo importante.

¡¿La cama del perro es algo tan serio como para comportarse así?! ¡No me lo creo!

—¿Con quién estás? —mascullo fríamente—. No me mientas.

—Sola, te lo prometo.

—Dime dónde estás, me vuelve loco no saberlo.

—No puedo, por favor, confía en mí... Matt...

—Escúchame, voy a salir por trabajo, pero a la vuelta te quiero aquí —le advierto sin entender a qué se debe su ausencia, su secretismo. ¡Se ha escapado de casa a escondidas mientras yo dormía! ¡¿Con quién ha ido a verse?!—. ¿Me has oído, Gisele?

—Sí, sí... Ahora nos vemos.

—Gisele, quiero que vuelvas a casa.

—Vale... Hasta luego.

Pero nada de lo que dice lo cumple. Me voy al trabajo tal como le he comentado, pues tengo una reunión; de hecho, ése era el motivo por el cual no íbamos a comprar la maldita cama... También visito al compañero de Carlos, intentando buscar soluciones. Me ofrece las mismas de siempre: pastillas, terapia... Acepto de nuevo, aunque para que vuelvan a hacer efecto deben pasar algunas semanas... Cuando regreso a casa, no hay rastro de Gisele aún.

¡Ni siquiera me responde!

Liberando de una vez por todas la tensión acumulada, suelto mi puño contra la pared, sobre la fotografía en la que se nos ve a Gisele y a mí disfrutando durante nuestra la luna de miel. ¡¿Por qué está tan rara?! Tres días sin dormir conmigo con la excusa del perro; está distante, observando cada movimiento que hago, ¡¿para qué?! ¿Está buscando una excusa para alejarse de mí? ¿Con qué motivo? ¡Ha conocido a chicos en la universidad, maldita sea! Hace días presencié cómo se reía con uno de ellos, incluso han desayunado juntos. Hablan...

¡¿Y si ha empezado a sentir algo por otro?! ¡Me estoy volviendo loco! ¿Será Andy?

Cojo una botella de vino y la estampo contra el sofá. Gisele está aquí. Viene con las manos vacías..., no ha comprado nada. Se descompone en cuanto ve el estado en el que me encuentro. Y yo sufro ante su mirada... Algo me oculta.

La conozco. Esta vez no me equivoco.

—¿Dónde has estado tantas horas? —le espeto apretando la mandíbula.

—Matt... —Se le va la voz—, ¿por qué has hecho esto?

—Maldita seas, Gisele. Te advertí que quería que volvieras a casa antes que yo. ¿Dónde mierda has estado? ¿Y con quién?

Niega repetidas veces, colmando mi poca paciencia. Me ha engañado en la cama, en la llamada, y me temo que ahora no sabe cómo salir de ésta. ¡¿En qué he vuelto a fallar?!

—Contesta, Gisele —insisto desde lejos. Temo acercarme y recibir su rechazo—. ¿Crees que puedes hacer conmigo lo que te venga en gana? Responde.

Acorta la distancia. La respiración se me acelera ante su cercanía.

—Tengo algo importante que decirte. ¿Quieres oírlo o vas a seguir con esta actitud tan déspota?

¡¡Maldita sea!! ¿Cómo se atreve a darle la vuelta a la situación?

Los puños me arden. Necesito desahogarme, destrozarlo todo hasta no poder más.

—No quiero oír nada, no me vengas con tonterías. Sólo quiero saber dónde has estado y con quién. Necesito saber por qué te has ido cuando te he pedido que no lo hicieras. ¡Sólo intento protegerte!

—No sabía que estuviera en una prisión y que tú fueras mi carcelero.

—¡Eres mi esposa y creo que debes consultarme tus planes! —gruño enfurecido sin entender su actitud—. Gisele, me pides todo lo que te da la gana y yo hago lo posible por complacerte. Pero esto es aprovecharte de mi debilidad por ti.

—Siento lo de *Tomy*, lo siento de verdad... Tienes razón, me he pasado en eso, pero tú también te pasas. Mira lo que has hecho, no puedo creerlo.

—¡Gisele!

Intenta marcharse hacia el jardín, pero la atrapo del codo y la giro de cara a mí bruscamente. Los celos me están matando, la incertidumbre de no saber qué está pasando.

¿Acaso está dejando de quererme y por ello se distancia de mí?

—¿Dónde has estado? ¿Con quién? Estás rara, ¿me estás engañando?

—He estado sola, pero de camino a...

—¡Cállate!

—¡¿En qué quedamos?! ¡¿Hablo o no hablo?!

Trato de sosegarme, cierro los ojos y respiro profundamente antes de recordarle:

—¿Me has utilizado en la cama para luego marcharte dejándome dormido? ¿Te crees que soy un muñeco que puedes manejar a tu antojo?

—No divagues, Matt, contrólate. No pienso consentir esto.

—¿Qué me ocultas? —le suplico en un intento de acabar con esta ansiedad.

—Ya basta, Matt, ya basta.

—¡No basta! No me creo que hayas estado sola tanto rato. —No es creíble. Quiero creerla... Ha venido con las manos vacías—. ¿Dónde está la maldita cama del perro?

Se suelta de malas manera y se dirige hacia fuera. El jardín esta mojado por la lluvia que ha caído; aun así, no le importa y se sienta en una de las hamacas. Se tapa la cara con las manos, rehuyéndome una vez más desde que ha llegado. Me arrodillo ante ella y cojo sus manos. Necesito que me mire a la cara. No me gusta lo que veo...

—Hoy tus ojos grises están llenos de mentiras, lo sé.

—Matt...

—¿Has visto a Andy? ¿Os habéis visto?

—Siempre dudando de mí. ¡No he visto a ese hombre! —Sujeto su mentón con fuerza—. ¡No tengo nada que ver con él!

¡No entiendo tantas cosas!, su silencio, su rostro lleno de culpabilidad...

—No te creo, tienes los ojos enrojecidos. ¿Por qué has llorado?

—He visto a Sam y...

—¡No! —la interrumpo sabiendo lo que viene a continuación. ¡Quería protegerla! Y ella, con su insolencia, no me lo ha permitido. ¿Por qué siempre tiene que hacer justo lo contrario de lo que espero?—. ¿Por eso lloras? ¡Gisele, dime que no te ha tocado! ¡Dímelo!

Niega con la cabeza.

Sus ojos se llenan de lágrimas y el dolor me atraviesa el alma.

—Matt...

—¡Cállate, cállate! Claro, te sientes culpable... —Camino en círculos, enloquecido a medida que pienso y me encierro en mi mundo—. Prometiste ser mía, sólo mía.

—¡Basta, Matt! ¡No tiene nada que ver con tus malditos pensamientos! ¡Déjalo ya!

—Trato de darte cualquier cosa que me pides —le reprocho con amargura; así lo siento últimamente: doy más de lo que recibo por su parte. Ésa es mi sensación—. Pero yo te digo que quiero un hijo y tú te niegas. ¡Dime, ¿qué quieres que piense?!

Altiva, se levanta y se encara conmigo, frente a frente. La frase es la causa.

—¿Todo es por eso? No lo puedo creer. Eres tan egoísta... Te he pedido un poco de tiempo en ese asunto, ¡no estoy preparada para ser madre! ¡No!

—¿Qué has hecho con el parche? —La estudio de arriba abajo, completamente fuera de control—. Esta mañana no te lo he visto, ¿qué ha sucedido?

—Voy a tener el período, y para después me he comprado la píldora —me replica con aires de grandeza, desafiante—. Te guste o no, la tomaré.

Una loca idea surca mi cabeza y corro hacia la sala. Observo de un lado a otro hasta que mis ojos dan con su bolso. Lo abro y lo vuelco hasta que cae todo lo que hay dentro, incluida la caja de las pastillas anticonceptivas... El motivo de no volver a ponerse el parche se debe a que le confesé que un día se lo arrancaría sin que se diese cuenta...

—¡Eres un mierda! —solloza—. ¡Mañana compraré otra caja y no me importa lo que tú digas! ¡No quiero tener un hijo, no aún! ¡No me vas a obligar! ¡No lo tendré!

La busco, intento tocarla y ella me lo niega. ¡Un gesto que desprecio completamente!

No soporto su rechazo.

—No me hagas esto —imploro—. Odio que nos destrocemos así, pero tú y Sam a solas... No

puedo controlarme. ¡Alicia me dejó por él! —Lo intento de nuevo. Me evita intencionadamente —. Maldita seas, Gisele. Sabes cuánto odio esto y lo haces, igual que no saber dónde has estado, y aún sigo sin saberlo. ¿Qué has hecho con Sam?

—¡Nada, nada! ¡Lo he visto con Alicia, pero no pienso decirte nada más por estúpido!

—¿Qué estás diciendo? —Recapacito acelerado—. ¿Eso era lo importante?

Me ignora y se encierra en nuestra habitación. No le importa cuánto grite y le suplique, no me abre. El cachorro llora a mi lado y ni siquiera eso consigue que Gisele se ablande. No sé qué está pasando..., apenas me reconozco; tampoco a ella. Nuestra relación y la convivencia ha dado un vuelco en pocos días. Hay desconfianza..., dolor. Me siento en el suelo, al lado de la puerta, y me apoyo contra ésta... Nervioso, me incorporo y tomo una de mis pastillas para relajarme. Lo necesito. ¿Nunca encontraremos el punto medio?

Cuando finalmente sale ya con el pijama y unas zapatillas, la persigo hasta la cocina.

—¿Dónde has estado? Dímelo o me voy a volver loco, Gisele.

Ella, cabizbaja, se dispone a hacer la cena. ¡Es lo que menos importa ahora!

—He ido a buscar la cama para *Tomy,* pero hace días Roxanne me habló de ciertos planes de Sam y Alicia... y he decidido hacer algo al respecto. He cogido el coche y he ido hasta la puerta del hotel de Sam...

Se gira y a mí me cuesta tragar... En sus ojos se reflejan la pena, el dolor... y el odio.

—¿Y?

—Los he oído burlarse de ti, Matt. —Se sienta y empieza a llorar. Mi pulso se acelera más que de costumbre. Mi Gisele... ¿Qué le he hecho? Apenas ríe últimamente y hoy me temo que la he vuelto a juzgar mal sin motivo—. Hablaban del bebé... De falsificaciones de ADN y de cómo iban a hacerte creer que el niño es tuyo... Del dinero que le has dado y que Alicia se ha gastado en caprichos para ella... Pero ¡al volver me has arrastrado a esto y la noticia ya no me hace feliz!

Estoy en trance. No sé si lo que he oído es cierto o fruto de mi imaginación.

Le sujeto el mentón, desesperado, buscando sus ojos con temor e ilusión..., la misma que ella ha perdido...

—Gisele, ¿me estás diciendo que el niño es de Sam?

—Lo he oído todo, Matt... —musita tensa, manteniendo distancia—. Que con él no usaba protección y que estuvieron juntos más de una vez. Es un maléfico plan para sacarte dinero. Te han utilizado y tú has caído en la trampa.

—¡Mierda, mierda y mierda! —No me puedo creer que me la hayan jugado así, ¡que por culpa de ellos haya puesto mi relación en peligro tantas veces!—. ¡Lo van a pagar!

—Lo harán en cuanto dejes de pasarle dinero...

—¿Por eso has tardado tanto y has vuelto con los ojos rojos? —pregunto mirándola. Le he hecho tanto daño...—. Dime qué te ha ocurrido a ti, necesito saberlo.

Se encoge de hombros; parece sentirse tan pequeña que me detesto.

—He llorado por la felicidad tan grande que he sentido al oír la noticia, pero luego, al volver, me ha pillado un atasco. Ha sido complicado llegar a casa.

—¿Por qué no me has llamado?

—Lo he hecho, pero no me has contestado.

Tanteo mis bolsillos... vacíos. ¡Joder!

—Mierda, está en el coche. Me lo he dejado allí.

—Creía que lo llevabas encima. Me has llamado cuando te he dicho que no podía hablar, que estaba con algo importante. —Me callo—. ¿Dónde has estado tú?

Me toco la nariz, me la pellizco. ¿Cómo decirle que he hablado con el doctor? Ni siquiera conoce su existencia y, ahora que vuelvo a retomar la medicación, ella no tiene por qué saberlo. Yo solo podré..., sabré hacerlo y la haré feliz de una vez por todas.

—Un conocido de aquí, de Madrid, quería verme para un negocio... He estado con él.

—Bien.

Se muestra esquiva y se levanta para continuar con la cena. La cabeza me estalla. El temor a perderla se hace más fuerte. ¡¿Por qué, si sigue aquí... soportándome?!

La rodeo desde atrás, la huelo. Sollozo. Me duele hacerle pasar por este calvario.

—Matt, no...

—Perdóname, perdóname, por favor. Perdóname por todo. Sé que me he portado como un loco, pero no era mi intención hacerte daño u ofenderte... Me asfixio sin ti.

—Y me asfixias a mí.

¡Zas! Latigazo de dolor.

—Estoy muy contento con lo que me acabas de decir. Nena, ya no tenemos que estar preocupados, aún no me lo puedo creer. Ahora Alicia ya no es un problema. Siento todo lo demás. Perdóname por lo que te cuento o me callo...

Gisele se agarrota. Aun así, no pregunta. ¿Cómo alguien tan especial puede haberse enamorado de un estúpido como yo? No la merezco y me duele mucho reconocerlo.

—Yo también estaba contenta...

—Ésta es la mejor noticia que podías darme. Solamente habrá hijos nuestros, tuyos y míos, no de otra mujer. Gisele, te amo. Dios, te amo tanto... Necesitaba esto... Gracias.

Advierto un nuevo cambio en mí y es que no sé controlarlo... ¿Qué voy a hacer?

¿Lo notará ella?

—¿Me perdonas? Me vuelve loco sentir que te alejas. —Le beso el hombro con ternura—. Lo siento.

—¿Sientes lo de la píldora también?

—No, no me puedo arrepentir de haberlas tirado para tener algo que deseo tanto con mi mujer, la persona a la que amo más que a mi vida. Quiero ese niño y no jugaré limpio. Tú decides que no sin consultarme y yo haré lo mismo sin consultártelo a ti.

Deslizo las manos hacia abajo y acaricio su vientre con dulzura, abrazándola.

—Déjame, por favor, esta noche necesito estar sola.

—No, nena, no. Te amo, te amo demasiado. No me apartes, no lo hagas.

—¿De qué sirve, Matt? No te arrepientes. Y no me gustan tus reacciones cuando te enfadas... No quiero vivir así. —La tensión invade cada uno de los músculos de mi cuerpo. Mi respiración se agita cuando me observa—. ¿Qué pasa ahora?

—¿Me quieres dejar?

—Lo que te estoy diciendo es que no quiero ver mis recuerdos hechos añicos y que no te reconozco. Me hiciste una promesa, me lo prometiste, y hoy la has roto, Matt. ¿Qué te trastorna tanto?

—Me llevas al límite y exploto sin querer. ¡No quiero hacerte daño!

Empieza a llorar de nuevo, y a mí se me forma un nudo en el estómago.

Ya no sé cómo calmarla. He perdido la capacidad para ello. Hoy estamos tan mal que me da pavor no volver a recuperar lo que teníamos justo antes de la boda...

—Pues entonces dime cómo hago para entender que puedes besarme y al minuto siguiente gritarme. ¿Qué sucede Matt? ¡¿Qué?!

—Todo va bien...

—¡No, no es cierto y no queremos verlo!

¡Lo sé...! No obstante, me niego a contarle la verdad.

Si lo hiciera, me pediría un tiempo. Sería su reacción al saber que quizá no conoce lo más importante del hombre con quien se ha casado...

—La cena está lista, será mejor que dejemos la conversación para mañana. Hoy no arreglaremos nada. —Me toco las sienes. Me doy unos golpes en la frente, desquiciado.

—No voy a comer nada y tú no te vayas de casa. Es una orden, Gisele.

Mostrando su fuerte carácter, tira a la basura la pasta que acaba de preparar. Luego, se aproxima a mí hasta que nuestras caras se rozan. A mí sólo me inspira besarla.

¡No quiero perderla!

—¡Tú a mí no me ordenas nada! Soy tu mujer, no una empleada como lo era antes, ¿entiendes?

—No me grites, Gisele.

—¡Tú hoy no has dejado de gritar! ¡No me pidas lo que no das!

De nuevo me deja con la palabra en la boca y sube la escalera corriendo. Con calma, la sigo, pues no tengo fuerzas... Flaqueo como no imaginé, y físicamente también soy mi peor versión... Me encuentro a Gisele arropando al perro con una manta en el suelo.

No me da la cara.

—Gisele, ¿vas a dormir sin mí?

—Me gustaría hacerlo... —confirma suspirando, fría—. Has pasado otras noches en la habitación de al lado y hoy necesito soledad.

—Nena... Deja que te toque, permíteme que te haga sentir la persona más amada de esta tierra... Lo siento, te necesito.

—No quiero... Déjame sola, por favor.

Entra en la cama y se tapa hasta casi cubrirse la boca, dándome la espalda. Me está matando. Miles de ideas surcan mi oscura mente, y ninguna buena. Algo ha cambiado y no lo soporto. Siento una presión en el pecho como si me lo estuvieran acuchillando.

—¿Aún eres mía? Hace noches que no duermo a tu lado. Yo me muero por ti, lo sabes. Sin embargo, has dejado que un cachorro pusiera distancia entre nosotros.

No obtengo respuesta por su parte, a pesar de que la acaricio con ternura, con amor... con todas esas sensaciones que sólo ella es capaz de despertar en mí.

—Te amo, Gisele, sabes que no puedo estar sin ti —imploro con desesperación—. Deja que te toque, que te sienta y te lo pueda demostrar.

—Hoy no. Lo siento.

—No me desprecies, por favor.

Me contempla por encima del hombro, con el ceño fruncido, llorosa.

—Matt... ¿qué te tiene así? —Huelo su pelo soltando mil y una maldiciones. Es muy difícil y ella no se merece esto. Si la pierdo... Sollozo—. Ven... Estoy aquí...

—Perdóname. Eres mi mujer, la única que puede calmar esta agonía...

Empiezo a desabrocharme el pantalón creyendo que es lo correcto, que cuando nos unamos en uno solo todo pasará... Tiene que ser así. Cuando le demuestre que lo que siento por ella es tan grande que me hace perder la cabeza. Temo que un día no soporte más mi descontrol y se arrepienta del paso que hemos dado, pues no lo resistiría.

—¿Qué quieres decir, Matt? —La cubro con mi cuerpo y entro en ella poco a poco, muy

lentamente. Gime. Gruño... de placer, de dolor. La extraño—. ¿Qué callas?

La incorporo y le arranco el camisón cuando se opone, lo rompo, para hundirme luego hasta lo más profundo de su ser, obligándola a que se curve por la fuerte penetración.

—¿Me amas? —Nueva estocada—. Gisele...

—Ahora no quisiera hacerlo —solloza golpeándome el pecho con rabia, con decepción—. ¡Quisiera odiarte por todos tus secretos!

El placer me nubla la razón y sólo pienso en que es mía; necesito que ella lo entienda así. Entonces, busco su boca... pero me rechaza como jamás ha hecho en el sexo. ¡No!

—No me niegues los besos, nena... —suplico con amargura—. Yo lo hacía contigo cuando sólo era sexo, o creía que lo era. Tú nunca fuiste sólo sexo.

A pesar de mi lamento, vuelve a girar el rostro. Está ausente... Enloquezco.

—Estos días siento que te has alejado. —Busco su mirada sin dejar de clavarme en su interior con dureza. Sólo así me siento pleno—. No soporto sentirte tan fría.

—Es lo que siento...

—Finge, hazlo, por favor... —le imploro, sufriendo al saber que no goza conmigo, que mi pasión no le es suficiente—. Finge que te gusta sentirme dentro de ti, hazme creer lo contrario de lo que estoy viendo en este instante. Me muero de pena al vernos así.

Gisele aprieta los párpados, se contrae y me atrapa en su interior... Extasiado, le acaricio los pechos mientras mi chica de servicio se agarra con fuerza a las sábanas.

—Así, nena, así... Te amo mucho, demasiado. Me duele, me duele.

Me envuelve con sus piernas. Se entrega a esta pasión insaciable, a este amor desgarrador que nos mantiene en una constante montaña rusa. El balanceo se torna lento.

—Bésame, Gisele. —Obedece, aunque solloza y tengo miedo de descubrir el porqué. No siente nada... A mí me desgarra saberla tan lejos de mí, a pesar de que no hay espacio entre ambos—. No me dejes, sé que te decepciono a menudo.

Abandono un reguero de besos por sus ojos llorosos, sus húmedas mejillas, sus helados labios, y continúo bajando hacia sus redondos y preciosos senos al tiempo que la penetro despacio.

—No seas tan fría. ¿No me deseas?

Lucha por no abrir los ojos y cuando lo hace... más lágrimas. Lo que percibo en ellos me rasga el alma, me parte el corazón. ¡Esto no nos puede estar pasando!

—Esta noche no —confirma rota de pena—. Lo siento.

Avergonzado, salgo de ella con rapidez y me marcho a la habitación contigua. Lloro; lo hago como un niño pequeño ante el rechazo de mi mujer... que sin duda me merezco.

Capítulo 21

Amanecer sin ti

La mañana no empieza mejor en casa. Una frase se me queda clavada en el alma... «Poséeme... como quieras. ¡Soy tuya, ¿es que no lo ves?!», y decido pagar mi frustración con quienes verdaderamente lo merecen. Llamo a Alicia para decirle que voy a darle dinero y, cuando me indica la dirección de su hotel, me anticipo a nuestra cita y llego una hora antes. El estómago se me revuelve, por momentos creo estar viviendo un capítulo repetido. Ella... Sam... negándome lo que ya sé, con la única diferencia de que esta vez no los creo. Gisele no miente. El encuentro termina mal, pero es justo lo que necesito.

La sangre en mis puños, en esta ocasión, me crea satisfacción, aunque no me voy de rositas..., pero eso me es indiferente. Estoy mal con Gisele, quizá en nuestro peor momento con ella, que es mi mayor apoyo, ¡qué mierda me importa, entonces, el resto del mundo! Sin saber a quién acudir, voy a la oficina. Algunos empleados se escandalizan cuando aparezco, pero disimulan. Ya me conocen y simplemente fingen que no han visto mi entrada.

Denis es mi consuelo..., quien me escucha y me aconseja, pese a no saber a lo que me estoy enfrentando a espaldas de todos. Más tarde, opto por volver a casa.

Necesito estar con ella, que me perdone. Las fuerzas me flaquean.

No encuentro salida a mi problema y me temo que Gisele huiría de saberlo, sobre todo ahora que nos hallamos casi en un punto de inflexión.

Al llegar a casa suspiro antes de meter la llave en la cerradura. Una vez que lo hago, me doy cuenta de que parece estar esperándome mientras limpia. Enseguida se alarma cuando me ve.

No sé si seguir caminando; he roto otra de mis promesas y no sé cómo se lo tomará.

—Gisele —murmuro desde la entrada—, ¿cómo estás?

No tarda en venir a mi encuentro, acariciándome las heridas con pesar. Cierro los ojos disfrutando del contacto que anoche, y con razón, me negó. ¿Cómo explicarle que, pese a no merecerla, la amo más que a mi vida y no puedo dejarla, aunque sé que la lastimo?

¡Soy un puto egoísta!

—¿Te has peleado?

—Tranquila...

—¿Qué te ha pasado, Matt? ¡No más secretos!

—Me he peleado con Sam. He ido a reclamarles a ese par de... —Me relajo frente a su asustadiza mirada cuando se encuentra con la mía—. Me lo han negado todo hasta que les he dicho que tenías la conversación grabada. Les he dicho también que ahora podrán disfrutar juntos y sin un puto duro.

—Y te ha golpeado... —Parece desolada.

—Se ha lanzado contra mí, sí, pero también se ha llevado lo suyo. Me ha amenazado diciendo

que esto no quedará así... Después he ido a la oficina y Denis me ha curado.

—Pero ¿estás bien?

—Ahora sí... Estoy contigo.

No le rehúyo la mirada y en la suya percibo reflexión, miedos, pena.

¿Es lo que le provoco?

—Matt, ya no más, por favor. Te imploro que luches por esto. —Se lanza a mis brazos y la sostengo con pasión, y con dolor. La huelo, sintiéndome por fin en casa, tan arropado —. Hoy me has hecho mucha falta. No sabes cuánto.

—Lo siento, lo siento tanto... Por todo, nena... Dime que me perdonas.

—Te amo, claro que te perdono. —Y me besa, curando las heridas de mi alma. No la merezco —. Quiero estar bien y olvidar lo de ayer. Llevamos apenas unos días casados, Matt, no nos puede suceder esto y dejarnos vencer. Acabamos de emprender el camino.

Me aprieto los párpados, pues me pican los ojos. Me alejo apenas un poco.

—No sé vivir sin ti —le recuerdo—, eres mi vida. No dejo de repetirme «cuídala», porque sé que tú eres la única que me puede calmar. Iluminas mi día. Me siento avergonzado; después de lo de anoche pensaba que no querrías verme. —Me interrumpo, abochornado, hasta que retomo el hilo, con voz quebrada—. Me he sentido destrozado al pensar que te podría haber hecho daño y ahora llego y me encuentro a mi chica de servicio limpiando, pero los ojos se te siguen iluminando al verme. Te quiero, lo sabes, ¿verdad?

—Sí...

—Dime algo...

—Tú también eres mi vida, entiéndelo ya de una vez... Y mírame. —Se señala el cuerpo sonriendo, en el que lleva una prenda que me es familiar. A ella le queda preciosa y no deja de sorprenderme. ¡Cuánto la amo, Dios!—. Llevo tu pijama para tenerte cerca.

¿Hasta cuándo soportará todo esto? Sé que he de intentarlo, pero también estoy cansado de repetírmelo y ver que después nunca lo consigo. Gisele no está preparada para la vida que le estoy dando y soy consciente de que debo cambiar antes de que sea demasiado tarde.

—¿Qué te pasa, Matt? —pregunta cuando me toca el mentón. Gimo—. ¿Te duele?

—No.

Muy despacio, se aproxima a mi boca herida. No sé si besarla o no, pues no quiero presionarla, pero Gisele no se da por vencida y reclama mis besos.

Poco después se los entrego sin condición. Nos abrazamos con la locura que sentimos, nos acariciamos con esa pasión que nos desgasta y nos besamos demostrándonos todo ese amor que tanto dolor nos causa; es tan grande, intenso y fuerte, que duele, sin más.

Cuando queremos darnos cuenta, estamos en el sofá, ella sobre mí, rozándose sin cesar.

—Matt, no sigamos así.

—No —musito en sus labios—. No sé qué me pasa, me aterroriza perderte.

—No entiendo este temor, eres mi esposo y te amo. No dudes, simplemente no dudes.

—¿Dónde está mi chica de servicio? Ella no es tan apagada y triste. —Me duele tanto advertir que su mirada ya no brilla igual—. Siento que no está. Quiero que vuelva.

—Para ti siempre estará aquí, recuerda mi promesa. Siempre seré tu chica de servicio, no importan las circunstancias, la distancia o el tiempo. Siempre será así.

Su frase me estremece... Suena a una despedida y no es lo que estamos haciendo. Me cura las heridas y, mientras lo hace, veo detrás de ella, en el mueble, la nueva caja de pastillas anticonceptivas. Quizá no lo sepa, pero un bebé es algo tan grande para mí que estoy convencido

de que sería un motivo determinante en mi vida que me impulsaría a mantener el tratamiento, a mejorar día a día... para darle a mi hijo lo que yo no tuve, para enseñarle valores, cuidarlo, mimarlo... y jamás, por el motivo que fuera, nunca, abandonarlo.

Por ello, una idea se cuela en mi cabeza.

Sé que debería consultárselo, pero lo entenderá cuando lleve un hijo nuestro en su vientre y advierta mi comportamiento. De modo que, cuando no me ve, saco la pastilla correspondiente al día que le toca. Ella, despistada, cree que ya la ha tomado.

«Es nuestra salvación. Lo sé.»

***

Días después me encuentro de nuevo en la cocina, tirándola por el desagüe.

—¿Qué haces, Matt? —me sorprende Gisele. Me agarroto.

—Bebía agua —respondo nervioso, sin saber cómo evitar que haga más preguntas, saliendo de la cocina cuanto antes—. Venga, vamos a dormir.

Subo los escalones de dos en dos hacia nuestra habitación. Me quito la camisa y entonces oigo un golpe. Gisele está detrás de mí, con el rostro desencajado.

Un nudo se me forma en la garganta.

—¿Cómo me has podido engañar de esta forma?

—Gisele, ¿qué pasa?

—¡¿Tienes algo que contarme?!

No respondo. Ella me enseña una pastilla anticonceptiva y me la lanza a la cara. El temor se apodera de mi cuerpo... Me dispongo a correr hacia ella y calmarla, pero levanta la mano y niega.

—¿¡Por qué me haces esto!? ¡No me toques! ¡Eres un miserable!

—Tranquila, escúchame. —Da un paso hacia atrás—. No te vayas, ya me marcharé yo.

—¿Cómo?

—No quiero perder el control, lo hablaremos mañana.

—¿No quieres perder el control? ¿Te crees que en estos momentos me importa? Te pedí tiempo, te prometí que sería mucho menos de lo que yo misma imaginaba, pero no te conformas con eso. ¡No te conformas con nada!

—Basta —suplico sosegado. Necesito transmitirle lo mismo. Si hablamos quizá entenderá mis razones, pero seguiré omitiendo mi enfermedad—. Ahora estás demasiado nerviosa.

—¡No, basta, no! ¡Exiges demasiado y yo ya no puedo más! —Me impresiona el desgaste que muestra en cada palabra, su desgana—. Me controlas los amigos, la ropa, las salidas. Nunca sé de qué humor te voy a encontrar... y cuando necesito un poco más de tiempo, me quieres atar con un hijo. Me siento perdida, no soy yo... Desde una semana antes de la boda estamos en un constante tira y afloja por tus mierdas. ¡Ya basta!

—Gisele, sólo te protejo. —Intento que entre en razón. ¡Yo tampoco la quiero controlar! Me gusta libre, pero hay miedos—. Temo que Sam o Andy se te acerquen y ya sabes que quizá pretendan algo más. Pero bien, si necesitas más espacio..., te prometo que...

—¿Promesas? —me interrumpe fuera de sí—. ¡No! No quiero una promesa que no vas a cumplir, no quiero más promesas rotas. ¿De qué nos sirve eso, Matt? Lo hablamos hace días y me prometiste respetar mi decisión, pero ¡no es verdad!

—Sería la unión que nos falta —insisto desde cierta distancia—. Sé que ahora te asusta, pero...

—¡Vete a la mierda y no me sigas!

Otra noche que dormimos separados. ¡Momentos de angustia, desesperación!

Otra madrugada que transcurre en la que paso las horas muertas sacando y guardando ropa del armario sin saber qué hacer, pensando... ¿He de confesarle mi enfermedad? Así no podemos seguir. Yo no me domino, no sé. En ocasiones pierdo la noción del tiempo, no controlo mis movimientos, mi actitud, y mis temores me esclavizan.

Aún más cuando al día siguiente, a punto de irse de viaje para el proyecto de Diego, intenta evitarme preparando las cosas cuando cree que no estoy.

Me siento morir... Está huyendo sin ni siquiera saberlo; no puede más, es evidente.

—¿Te ibas sin despedirte? —Su respuesta es un resoplo—. Gisele, ¿es así?

—Siempre pensando bien de mí. Tienes dos días para pensar, pero escúchame bien: si insistes en atarme con un hijo, no te lo perdonaré.

No quiero creer lo que está tratando de decirme. ¡Me niego! Es un ultimátum.

—No te vayas así, no te alejes sin arreglar lo nuestro... —Me temo que es nuestro punto de inflexión y me asusta—. ¿No me vas a perdonar antes de marcharte?

—No puedo hacerlo, Matt, el sexo o la cama no bastan para solucionar los problemas que tú llevas encima. Tienes que saber que estoy a tu lado y confiar en mí como yo lo hago en ti... O no sé, ya no sé nada con respecto a ti.

—Me destrozas si te vas así —confieso mis temores—, me asusta esta separación.

—Tienes dos días para recapacitar sobre lo de anoche... y también sobre todo lo demás —me advierte fríamente cogiendo sus cosas.

No es Gisele, es puro hielo... como lo fui yo.

Grito de impotencia al ver que no hay vuelta atrás.

—¡Gisele! ¿Puedo perderte en este viaje? ¿Eso es lo que me estás diciendo?

Su respuesta es el silencio mientras veo cómo se va alejando de mí...

«¡Vuelve!»

***

Dos días... dos días que me resultan eternos. Cuarenta y ocho horas en las que sólo quiero dormir para que el tiempo pase rápido. Roxanne y Scott se quedan conmigo.

En el sofá y hasta arriba de calmantes, sólo hay una idea que soy capaz de transmitir:

—¡Necesito que vuelva! —Doy golpes en el sofá—. ¡Por favor, decídselo!

Temo que no lo haga, pues en las llamadas está distante, fría. Sus ganas de luchar se han perdido y mi única salida es confesarle la verdad...

Hablo con ella de nuevo, ya que Scott me pasa mi móvil cuando oye que suena. Mi cuñado se ha convertido en un gran apoyo.

Mi familia no entiende qué está sucediendo... y yo me estoy volviendo loco.

—¿Gisele? —pregunto a través del teléfono—. ¿Eres tú?

—Sí... ¿Cómo estás?

—Te extraño, no estoy bien sin ti. Necesitaba escucharte, oír tu voz... Gisele, quiero que sepas que me odio por todo, que ahora que estás lejos veo las cosas con más claridad y entiendo que he sido un maldito cerdo. ¿Sabes lo que es verte marchar y no poder detenerte? —le confieso llorando, sin avergonzarme de ello.

—Matt...

—Nena, por favor, sé cómo lo estoy estropeando todo y cómo te alejo de mí con mi absurdo comportamiento, pero no te vayas. No dejes de ser quien eres. Roxanne tiene razón, la alegre y descarada que se ríe de todo ya no está. Tú eres honesta y honrada, ¿por qué tengo que martirizarte porque un miserable como yo te desee?

Gisele no habla... Scott se muestra preocupado. Roxanne sufre al verme.

—No puedo seguir así. Te amo demasiado y me estoy muriendo, Gisele. Estoy a un paso de perderte, lo sé. ¡Me niego, lo eres todo para mí!

—Lo sé... —dice suspirando; su voz es gélida, ausente. Ha perdido su calidez.

—¿Lo sabes, de verdad lo sabes?

—Matt, hablamos luego, por favor... Las cosas no están bien y yo también estoy reflexionando sobre ello. Tenemos que hablar, ya no podemos posponerlo más, con tantos silencios y secretos reflejándose en tus ojos.

—Gisele —le imploro ante su frialdad y distancia—, no me digas esto.

—Estoy dolida, Matt; siento reconocerlo, pero me has decepcionado... —Niego con la cabeza, me incorporo mareado y apoyo la frente contra la pared, bebiéndome las lágrimas. Esto no puede estar sucediendo—. ¿Qué estamos haciendo, Matt? Esto es una relación enfermiza, tóxica, nada buena para ninguno de los dos.

Ella también llora... ¡Maldita sea!

—Matt, ¿sigues ahí?

—Me prometiste que siempre serías mi chica de servicio y hoy, ahora, siento que te he perdido —le recuerdo sus palabras con amargura. Tengo el corazón partido en dos—. Dime qué puedo hacer para recuperarte; dímelo, por favor, porque no puedo más...

—No me has perdido, pero creo que necesitamos un tiempo. Debes recapacitar y, aunque pides perdón, no me das lo que necesito y ambos sabemos de qué hablo. Quiero sinceridad, Matt, y en ti no la hallo... Creo que no te conozco.

—No, Gisele. ¡Soy yo!

—¿Qué nos ha pasado? En unos días hemos cambiado tanto... Te rechacé y luego te acogí sin deseo por las paranoias de tu mente. Y tú me suplicaste que fingiera ¡a menos de un mes de casados! ¡Me niego a que esto nos suceda de nuevo!

—Me muero al pensarlo, te juro que me muero, Gisele. ¿Podré verte más tarde desde tu portátil? —pregunto dándome cabezazos contra la pared. Scott me detiene—. Necesito que hablemos mirándonos a la cara, necesito verte. Esta soledad me está matando.

—De acuerdo —acepta, aunque su forma de dirigirse a mí no es la misma, ha cambiado—. Te aviso cuando termine y, si estás ocupado, luego me llamas tú, por favor.

—No lo dudes.

—¿Estás mejor?

—No sin ti. ¿Puedo pedirte una cosa? —Silencio. Me rindo, ha llegado el momento—. Te mando una canción. Escúchala, por favor. Expresa lo que quizá yo no sé decirte... Hablaremos cuando llegues a casa. No puedo más, Gisele. Llevo solo mucha carga y quiero hablar contigo.

—Sí...

—No olvides que te amo.

—Yo también... Hasta luego.

Miro la pantalla del teléfono. Ha cortado...

Scott pone la mano en mi hombro y lo observo sin saber qué hacer, qué decir. Se trata de su hermana y le estoy haciendo daño. Tuvo razones para no quererme a su lado y yo, en vez de

demostrarle que estaba a la altura, he hecho todo lo contrario. Me siento en deuda con él, de modo que le pido a Roxanne:

—¿Nos dejas solos, por favor? —Mi hermana asiente, no sin antes acercarse y darme un largo abrazo, de los que reconfortan—. Estaré bien...

—No soporto verte así.

—En cuanto ella vuelva, todo cambiará —musito haciéndome el fuerte.

Finalmente se va...

Le ofrezco a Scott que nos sentemos uno frente al otro. Él me observa atento y, con la mirada clavada en el suelo, jugando con mis dedos y permitiendo que las lágrimas continúen recorriendo mis mejillas y mis labios, confieso.

—Soy bipolar... Padezco esa enfermedad y nadie lo sabe.

—¿Q-Qué me estás contando, Campbell?

Levanto la cabeza y asiento. Scott no da crédito. Su frente se arruga, muestra confusión y, ¿por qué no decirlo?, dolor. No sé si por mí... o por la carga que llevará su hermana.

—Ella no lo sabe y yo...

—Joder, Matt. ¡Estás loco! —Le cuesta hablar—. ¿Cómo estás llevando este peso tú solo? Debiste contárselo, Gisele merecía saberlo. No es justo ni para ella ni para ti.

—Tenía miedo...

—Ella te ama por encima de todo. Os hubierais ahorrado tantos problemas...

—Me medico por temporadas —prosigo con el relato, aunque sin fuerza—. Temo que la enfermedad pueda conmigo y lo está haciendo. ¡La estoy perdiendo por la bipolaridad!

—No, Matt, la estás perdiendo por no entregarle la misma confianza que ella a ti.

Me acuno la cara con las manos y me permito derrumbarme como necesito. Scott me sacude el pelo; entiendo que quiere animarme con ese gesto, pero estoy tan perdido...

—Vais a salir de ésta, tranquilo. Atiende tus obligaciones, distráete mientras vuelve. No puedes seguir delegando tus compromisos en la agencia. A su regreso, cuéntaselo.

—¿Qué quieres decir con esto? —le pregunto confundido.

—Que te apoyo, Campbell, y que aquí voy a estar para los dos. Formas parte de la persona que más quiero en el mundo y, si ella no está bien, yo tampoco.

—No la merezco, Scott...

—Pero lo harás.

Sonríe, recordándome a su hermana. Entonces me relajo. Quizá no deba, no cuando Gisele más tarde se mantiene en la misma postura y lo único que le digo es «Te prometo darte espacio, pero quédate en casa».

***

La última noche antes de su regreso, salgo, tal como me aconsejó Scott; de hecho, él me acompaña a una reunión con cena incluida, que se prolonga con una fiesta de esas que nunca acaban. Me ausento para ir al baño. Me enjuago la cara y me miro en el espejo.

Estoy demacrado, aunque he dormido bastante debido a las pastillas. El teléfono suena, destrozando el silencio, mis observaciones. Enseguida respondo, creyendo que es Gisele.

—Matt, soy Amanda. ¿Gisele está en...?

—De viaje, y no empieces, por favor. ¡No lo estoy pasando bien!

Cuelgo y, cuando me doy la vuelta, me encuentro de frente con aquellos ojos tristes que un

día me destrozaron. El pulso se me acelera. No la esperaba... Va con un vestido negro; sigue teniendo el cabello rubio, y su piel está igual de pálida... apagada. Amanda está aquí. Da un paso hacia mí y yo, hacia atrás. No quiero que me toque. Su imagen me recuerda los años que necesito olvidar, enterrar. ¡Fue una de las culpables de que sufriera en el pasado!

—Andy está en Nueva York también. —Me descompongo—. ¿Están juntos?

—¡Claro que no! Está trabajando, ¡deja de atormentarme de una vez!

—Matt, él y yo estamos muy mal... Está haciendo esto para vengarse de ti, porque sabe que no he podido olvidar lo que viví contigo y...

—¡¡Cállate y vete!! —No se mueve. Sus ojos claros rompen en llanto—. ¡Fuera!

Camina hacia atrás y niega con la cabeza. ¡Me siento acorralado, vigilado! Una vez que se marcha, salgo disparado en busca de Scott, aunque no puedo contarle nada... Tiene el teléfono en la mano y, por su semblante, intuyo que ha llamado a Gisele... ¿Ya ha cortado?

Scott se encoge de hombros.

—Matt —me pregunta—. ¿Qué sucede?

—¡Necesito hablar con ella! ¡No era verdad!

—¡¿El qué, Matt?!

—Voy a mandarlo todo a la mierda y me voy a mi casa. No me siento con ánimos para esto y realmente no me importa lo que pueda perder. ¡No quiero que nadie me joda y me atormente hablándome de lo que hace mi mujer lejos de mí!

—Mi hermana no estaría de acuerdo con eso y lo sabes, Matt. No quiero saber qué ha pasado entre vosotros, pero, joder, la amas, ¿quieres dejar de hacer el imbécil?

—La estoy perdiendo y yo soy el culpable, lo sé...

—Pues entonces deja de lamentarte, de ir de aquí para allá como un alma en pena y lucha por ella. —Me apoyo en una barandilla, a su lado, contemplando el oscuro y frío cielo de Madrid—. Joder, Campbell, ¿qué te ha hecho mi pequeña? Menudo cambio... Ayer hasta lloraste. Nunca esperé verte en ese estado.

—Tu pequeña es mi vida, mi luz, y no concibo la existencia sin ella. Ella es lo que jamás pensé llegar a tener y no puedo perderla, aunque sé que no la merezco.

—Lo entiendo y precisamente por eso háblale claro de una puta vez. No te lo calles... No es tan malo, tú no eres culpable.

—Quizá no lo acepte, no es fácil, y si la pierdo...

—No la perderás, no al menos por lo que me has contado. —De nuevo la enfermedad. La próxima vez que hable de eso... será con ella—. Aun así, debiste decírselo desde el primer momento. Así Gisele podría haber elegido; en cambio, ahora no tiene salida.

—¿Por qué?

—Porque te ama.

Capítulo 22

Abrázame muy fuerte

Las horas de espera se hacen eternas, ¿a qué hora llegará? Ya ha anochecido y Gisele no está en casa. Scott y Roxanne, que por momentos no se soportan, aunque en otros parecen muy cómplices, se han ido. Me han asegurado que mi mujer regresará.

Doy vueltas por la sala, echando de menos al cachorro, ya que se lo han llevado por hoy. Ha sido un buen compañero, ¿quién me lo iba a decir? Incluso he dormido con él...

«¿Qué has hecho conmigo, Gisele Stone?»

Supongo que ella se preguntará cada día lo mismo... y no positivamente.

Oigo la cerradura y me vuelvo enseguida. Gisele está en la puerta, pero no se mueve y, aunque me muero por fundirme en ella, no sé si debo... hasta que no soporto más la tensión y, desechando la idea de que puede rechazarme, acorto la distancia que nos separa en dos largas y aceleradas zancadas. La estrecho contra mí, la huelo, la siento. Gisele se entrega a mi desesperación mientras acaricio cada centímetro de su cuerpo. Es mi vida.

—Gisele... estás aquí, no lo puedo creer. Te quiero tanto...

Busca mi mirada.

Desconozco lo que interpreta en ella, pero me parece ver una fugaz sonrisa.

—Hazme el amor —me pide entre sollozos. Acuno su rostro, temblando. Mi Gisele, no soporto verla tan mal. Si supiera lo roto que estoy—. Matt, necesito borrar las imágenes de nuestro último encuentro, la decepción... Tenemos mucho de que hablar, lo sé, pero necesito sentirte. Me duele esta lejanía... me parte... Estoy aquí...

Su frialdad se ha evaporado... por lo que afirmo con la cabeza sin dudar.

—Lo siento mucho, Gisele, siento todo lo que ha pasado. —La voz se me rompe—. ¿Qué te estoy haciendo, mi vida?

—Por favor, házmelo suave, como tú lo sabes hacer. —Me suplica que no saque al salvaje que guardo dentro—. Quiero olvidar y enterrar todo lo malo que ha sucedido.

Atormentado, la alzo en brazos y la subo hasta nuestra habitación. Despacio, la dejo en nuestra cama. La observo sin poder creerlo... Me está dando una nueva oportunidad. Me arrodillo y la desnudo como si fuera la primera vez, la primera que me di cuenta de lo que significaba en mi vida, cuando supe que lo era todo para mí.

—Te he necesitado tanto —confieso—. Me destroza pensar que te puedo perder.

—No hables. No ahora, por favor.

Me libero de su ropa interior... negra, de encaje. Luego la acaricio suavemente, rodando los dedos por sus senos, vientre y muslos. Lo hago con suavidad, hasta hacerme un hueco entre sus piernas. El deseo más agudo se despierta en mí; ardo... pero hay algo más grande y poderoso que

domina todo mi ser... y es el amor que le tengo. Me puede... Es un amor tan intenso que me destroza cuando no está cerca.

—Nena. —Rozo su sexo, su humedad, al tiempo que abro los pliegues de éste. Dios mío... me desea como yo a ella—. Te adoro, lo sabes.

Me entrego, inclinándome para besar sus pechos, su piel... cada rincón del cuerpo de Gisele Stone, mi mujer, mi chica de servicio, mi razón de vivir. Ella me recibe arqueándose, pidiendo más... Me parece estar soñándola como en las noches que no ha estado.

—Despacio, Gisele, despacio.

Creo movimientos circulares en su sexo, ahondando en su abertura, enloqueciendo.

—Sí, cariño, hoy sí te siento mía...

Me detengo y me desnudo sin apartar mi mirada de la suya. Esta noche percibo tantas cosas en sus ojos... Descifro su sufrimiento, lo mucho que me ha echado de menos en su ausencia... y hay algo más, algo que no alcanzo a entender. ¿Qué sabe? ¿Qué calla?

—Ven, Matt —me llama con su mano tendida hacia mí—, por favor.

—¿No te he complacido?

—Te deseo a ti, te deseo dentro de mí.

Se abre para mí e, incómodo, me acoplo entre sus muslos. Estoy tenso, asustado y temeroso de volver a percibir ese sabor amargo de saber que no siente nada al hacerle el amor.

—Nena —jadeo entre gruñidos cuando nuestras pieles estremecidas se rozan—, qué sensación... Eres tan hermosa, cálida, suave...

Me envuelve con todo su cuerpo y me acaricia al tiempo que voy encajando en su interior. Ella solloza, sé que recuerda lo ocurrido. Un gruñido de rabia se me escapa de los labios. ¡Odio hacerle daño, joder! Me da pánico pensar que no sabré hacerla feliz.

—No pienses, Matt —suplica, cogiéndome la cara—. Déjate llevar y llévame contigo.

—Te quiero, Gisele.

—Yo también —responde llorosa.

Me fundo en ella, le hago el amor como se merece, muriendo de ternura cuando me sonríe. Muevo las caderas despacio, sin apartar mis ojos de los suyos, donde veo mi reflejo. Es el de un hombre locamente enamorado de la mujer que lo acoge dentro con pasión.

Apenas puedo soportarlo, sobre todo cuando viene a mi encuentro... Me mata.

—No puedo más, Gisele... Han sido muchos días. —Se sostiene de mis hombros, clavándome las uñas. Grito satisfecho. Acelero las acometidas, adentrándome en su exquisita humedad, esa que hoy sí le provoco yo. La siento—. Córrete conmigo, nena.

Temblamos al tiempo que, juntos, nos dejamos ir y nos unimos en uno solo. Pronuncio su nombre como ella el mío, hasta que caigo contra su cuerpo. Escucho su acelerado corazón, ese que he añorado estos días, y me rompo. Estoy completamente hundido.

—Matt, no llores, por favor, hablemos. —Gisele permite que su llanto también fluya, lo que me ocasiona más desconsuelo—. Te amo, juro que te amo más que a nada en el mundo, pero no podemos seguir así. Me lo tienes que contar, sé que callas algo.

—Lo siento, lo siento mucho. Soy un cerdo, un cerdo... ¿cómo he podido tratarte así? —me reprocho a mí mismo en voz alta—. Es verdad que tengo cosas que contarte, pero me asusta hacerlo, me aterroriza no saber qué pasará después.

Advierto que le cuesta tragar cuando pregunta en susurros:

—¿T-Tan grave es?

No sé cómo empezar, y la abrazo con más fuerza hasta que le pido:

—Vístete, nena, vamos abajo. No sé si me perdonarás, pero voy a arriesgarme.

Me incorporo y la ayudo sin poder sostenerle la mirada.

Gisele se enfunda en una bata, temblando; sé que está asustada por esta conversación tan trascendental en nuestras vidas. Quizá marcará un antes y un después en nuestro matrimonio. Si su decisión me es desfavorable, no me daré por vencido.

Hoy sé que no soy nada si no la tengo a mi lado respirando del mismo aire que yo.

Cuando llegamos abajo, nos sentamos en el mismo sofá, muy cerca, y cojo sus manos buscando sus ojos. Gisele asiente, parece preparada, aunque no creo que lo esté...

—Antes de decir nada, quiero que sepas que prometo que cambiaré, continuaré con lo que dejé para poder estabilizarme... Si ves que no lo cumplo, seré yo quien te deje marchar. No te pienso destruir —susurro atormentado. Su respiración se acelera—. Si aún no quieres tener hijos, esperaré. Si pasa mucho tiempo y sientes que no estás preparada..., renunciaré a ello por tenerte a mi lado, todo por tenerte en mi vida.

—Continúa, Matt —me suplica besándome las manos, la alianza. Me rompo más, si cabe. Ella añade ante mi estado—: Me mata verte así, cariño. Somos dos, una pareja, y, si tú tiras de la cuerda hacia un lado y yo hacia el contrario, la vamos a romper.

Me falta el aire y valor para confesar tantos errores... Gisele insiste.

—Quiero estar aquí contigo y formar esa familia que deseas tener, pero no quiero que me impongas las cosas. Quiero poder tener amigos sin necesidad de pedirte permiso, salir sin que eso te haga sentir inseguro. No tienes que pensar que estoy en constante peligro, o engañándote... —Cierro momentáneamente lo ojos—. No quiero vivir en una cárcel, necesito disfrutar de la vida y que disfrutemos también juntos. Por eso me uní a ti.

¿Cómo no he visto esto antes? He modificado su vida a mi antojo... Me odio tanto...

—Te apoyaré en todo —empiezo a decir, convencido de que es lo más razonable. Ya no sé cómo actuar y me aterra volver a prometerle lo que luego no le doy—, aunque sabes que no podré dejar de ser celoso o a veces posesivo. No quiero serlo, te juro que no. Pero te amo y no sé controlar el sentimiento, aunque intentaré que no sea tan enfermizo. ¿Me quieres así?

—Siempre. —Me limpia las lágrimas sin dudar en su respuesta. Acaricia mis facciones—. Entiendo que seas celoso, incluso posesivo por lo que has vivido, aunque no que lo seas tan excesivamente y, además, sin motivos. No lo soporto. Pero me voy a dejar la piel para que esto funcione. El amor que nos tenemos es muy grande.

—Estás clavada en mí, Gisele. Dime qué más necesitas y lo haré.

—Que confíes en mi palabra y que, si alguien te habla mal de mí, me lo cuentes y nos enfrentemos juntos a ello. No nos dejemos manipular por nadie; ambos sentimos el amor del otro, ¿por qué escuchar a gentuza que no tiene ni puta idea de nada?

¡Lo sé! La atraigo hacia mí y le acaricio la espalda.

—¿Me ayudarás? Yo solo no puedo.

—Estoy aquí para eso, soy tu mujer —me recuerda, rozando mis brazos desnudos.

—Antes de que continúe, dime, ¿tú tienes algo que contarme?

Carraspea y suspira... Me temo que mi calma durará poco.

—El hermano de Diego se me insinuó. —Aprieto los puños y la mandíbula, a la vez que cierro los ojos, controlándome. ¡Maldito hijo de puta!—. Mírame, Matt, por favor. No pasó nada, le di una bofetada y me marché. Después de eso, Diego no dejó que se acercara más a mí.

—Estabas tan lejos de mí, yo no podía ayudarte en caso de que...

—Matt...

—¡Cerdo de mierda!

—Deja eso y continúa con lo que me ibas a decir, por favor —me pide. Sabe que lo mío es fundamental para entendernos—. No me mientas y no me ocultes nada, te lo ruego.

Le cuento lo de la universidad..., mis conversaciones con Silvia. Le hablo de Amanda, de nuestro fortuito encuentro. Le cuento de las intenciones de Andy, de su venganza, de cómo está tratando de enloquecerme para desquitarse.

Ella sufre, lo adivino en sus facciones.

Me acuno la cara, me mezo hacia delante y hacia atrás, confesando sin fuerzas:

—Te he fallado, Gisele... Te conocí y te tomé sin más... Te convertí en mi amante y luego, sin apenas ser novios, te supliqué que nos casáramos.

Todas esas imágenes pasan por mi cabeza, recordándome que no he estado a la altura, cuando ella se entregó desde el primer día sin pedir nada a cambio... o sí, sinceridad, y tampoco se le he dado.

—No te conquisté antes, ni he sabido hacerlo ahora... No nos fuimos a vivir juntos, con tiempo para conocernos, te hice mi esposa siendo casi unos extraños. No te he llevado a cenar, ni al cine... Te encerré en casa conmigo por egoísmo. —Finalmente me armo de valor y busco su mirada. Está asustada, conmovida y emocionada—. Quédate a mi lado y déjame conquistarte como no lo he hecho antes, deja que te dé todo lo que te he negado...

—Cuéntame qué te pasa, Matt. Quiero saberlo todo.

—Cariño —apoyo mi frente en la suya con un suspiro. Ella tiembla—, estoy enfermo.

Su cuerpo se convulsiona, liberando un sollozo abrumador.

—No volveré a tocarte si no quieres; de hecho, no lo haré hasta que tú me lo pidas. Te daré espacio —le prometo, y la envuelvo con mis brazos. Sigue aquí, destrozada—, pero déjame explicarte cómo empezó mi tortura para que puedas entenderlo y ayudarme.

—Matt...

—Te quiero, Gisele, dime que me perdonas, dime que te quedarás conmigo. Dime que no te he perdido, por favor.

Su rostro incluso se vuelve más dulce, aunque está asustada. Ha perdido el color.

—Gisele, dime que esta sonrisa es porque te quedas, dímelo.

—Me quedo, claro que me quedo. No me importa nada, Matt, estaré contigo en todo. Sé que no va a ser fácil, pero formo parte de tu vida, ¿es que no lo ves? No puedo quedarme más tiempo fuera de esto que te tiene tan mal.

La estrecho contra mí, suspirando aliviado entre sus brazos. Ella me demuestra con gestos y caricias que es sincera, ni siquiera me ha preguntado a qué enfermedad se enfrenta y ha decidido quedarse. Mis temores eran infundados, ¿por qué no he confiado antes en ella? Daría todo lo que tengo por cambiar cada duro momento que le he hecho pasar.

—No quería decepcionarte así, Gisele. Te amo por encima de todo y hacerte daño a ti es hacérmelo a mí. No pensaba que ocultártelo nos podría afectar tanto a ambos, a nuestro matrimonio —musito contra su suave cabello. Su olor me recuerda que está aquí, apoyándome pese a todo. Y muero pensando lo que podría haber evitado de haber hablado antes con ella. Mi corazón está tan roto como el suyo—. La enfermedad me hace hacer locuras, me vuelvo primitivo y no pienso en las consecuencias...

—Matt...

—Siento mucho haberte arrastrado conmigo a algo como esto. Me duele tanto...

—Lo sé... ¿Qué es exactamente lo que tienes, Matt?

Necesito un lugar más íntimo, de modo que la cojo de la mano y subimos de nuevo a nuestra habitación. Bajo la luz, dejándola tenue, y le pido que se siente en la cama. Alcanzo una silla y la sitúo justo enfrente. Sus miedos y los míos se entrelazan como nuestras manos. Percibo la ansiedad en sus ojos..., una ansiedad que a mí me asfixia.

—Gisele, quizá en alguna ocasión lo hayas pensado al no entender mis cambios... Lo que tengo es un trastorno bipolar, que, junto con los traumas que acarreo desde que mi madre se fue..., es una bomba.

Enseguida baja la mirada, parece perdida. Incluso por un momento creo reconocer el sentimiento de culpa en su rostro. ¡No! Finalmente estalla y llora sin control.

—Nena, mírame, por favor, necesito explicártelo. —Me obedece, partiéndome en dos su tristeza, que es la mía—. No lo quería creer, me negaba a hacerlo. En Nueva York, cuando tenía veintidós años, fui a ver a un médico, preocupado al no saber qué me pasaba, por qué gritaba y a continuación empezaba a reír. Después de hablar con él y de que me contara en qué consistía la enfermedad, decidí no tratarme al ver lo que conllevaba: medicación, terapias... Nadie lo sabe, ni siquiera Karen.

—Pero sí Scott...

Asiento esquivo. Odio tener la sensación de que ella tendría que haberlo sabido antes. Pero me tuve que desahogar con Scott, y Gisele sabe la complicidad que tenemos… Quizá de ahí que adivine que se lo confesé a él… O no… No sé cómo lo ha sabido y hoy es lo que menos importa.

—No podía más y lo hablé con él, tu hermano sabe llevarme. —Se me escapa una sonrisa irónica, ¿quién lo hubiese dicho?—. Nena, juro por Dios que no quería hacerte pasar por esto y que intenté ponerle remedio. Lo hice, pero no me sirvió de nada y no quise seguir.

—¿A qué te refieres?

Apenas le salen las palabras, a mí me duele profundamente.

¡Está sufriendo, y mucho! Jamás la he visto tan consternada.

—Muchas veces he pensado lo egoísta que soy. Tú no merecías esto y yo tenía tanto miedo de perderte cuando supieras a quién te unías... —Me arrodillo ante ella, sin soltarla, y la miro. Ella se muerde el labio, que le tiembla como el resto del cuerpo. Parece tan vulnerable y perdida que me maldigo una y mil veces—. Aquella noche, Gisele, aquel 16 de junio en que te vi por primera vez, cambiaste mi vida. La sensación que me provocaste fue demoledora, me intrigaste e impactaste y por eso te busqué luego en tu habitación... Pero a la mañana siguiente comprendí mi error.

Con un dedo recorre mis ojeras, las arrugas de mi frente..., mi dolor...

—Aun así, no supe controlarme. Cuando se trataba de ti, no sabía hacerlo. Volví a visitar a un médico en Málaga. Confirmó el diagnóstico y me hizo hacer más pruebas. Entonces no me atreví a contártelo por vergüenza. Callé mi secreto, te lo oculté, a pesar de que, de una manera u otra, tú formabas ya parte de mi vida.

—¿No te medicas? Yo te vi...

—Odio las pastillas y al principio no las tomé, pero luego accedí a ir al psicoterapeuta para aprender a controlarme. Cuando notaba que me descontrolaba más, tomaba alguna que otra cápsula, pero nunca de manera regular. Pensaba que con alguna esporádica podría funcionar —confieso débil—. Y entonces, cuando Dylan te atacó tras la fiesta de mis padres, perdí los nervios y luego ya no volví a la terapia y me negué a seguir con el tratamiento. Quería creer que no estaba enfermo para así no sentirme culpable ante ti por buscarte y tenerte cada día.

Se suelta de mí y se tapa la cara con las manos. Me muero sin saber qué piensa; sin embargo,

conociéndola, sé que se lamenta por no haber estado a mi lado entonces, ¡pero ¿cómo, si se lo ocultaba?! Estoy seguro de que ahora entiende tantos comportamientos...

—Gisele, yo quería ser otro, pero no pude, ¡no supe! —Me observa y me acaricia los párpados. Me dejo querer, mimar. Los cierro. Me reconforta su ternura, aunque admito que no la merezco. Ella ha vivido envuelta en una burbuja que nada tiene que ver con la vida que yo le estoy ofreciendo desde que nos conocimos—. Cuando te pedí que fueras mi mujer y tú me dijiste que necesitabas tiempo, todo se me vino encima, así que volví al médico; quería recuperarme por ti. Por eso a veces desaparecía sin decirte adónde iba.

—¡Matt, ¿por qué lo hiciste todo solo si yo estaba contigo?! —grita en medio del llanto—. ¡Te habría ayudado, estoy siempre disponible para ti!

Nos abrazamos y lloramos juntos mientras le descubro al verdadero Matt.

—Y luego te fallé, nena; cuando aceptaste ser mi mujer, lo dejé otra vez todo. Creía que me podría recuperar por mis propias fuerzas, pero, al abandonar el tratamiento, perdí el apetito y empecé a dormir mal. Me quise convencer de que podría estabilizarme y, como la vez anterior, tomaba una cápsula cuando la necesitaba, sin regularidad. Creía que funcionaba, he necesitado creerlo..., pero ya ves que no ha sido así, cariño —explico antes de emitir un sollozo lastimero—. Esta enfermedad es de por vida, Gisele; para mantener cierta estabilidad, tendré que vivir entre médicos y medicamentos. Al principio hacen falta algunas semanas para que haga efecto. Y si lo dejo, la recaída es inmediata.

—Pero mejoras, Matt; cuando seguías el tratamiento, eras otro. Cierto que aún no controlabas tus impulsos, pero los cambios eran menos bruscos —me anima con desesperación, aferrándose fuerte a mí—. Puedes hacerlo, ¡puedes, Matt!

—Ayúdame. —Busco su mirada—. Yo solo no puedo y, si tú no estás, nada tiene sentido.

—¿Por qué hemos tenido que llegar tan lejos, Matt? ¡¿Por qué, si yo siempre he estado aquí, dispuesta a ayudarte?!

—¿No hubieras huido aquella noche al saber a quién te entregabas?

—No, Matt, ni tampoco lo hice días más tarde, cuando reaccionaste con aquel comportamiento. Me quedé y, créeme, me planteé por qué no me marchaba, pero no pude.

—No hiciste lo correcto —me lamento con melancolía, recordando lo que vivimos entonces —; sin embargo, me alegro, aunque suene egoísta.

—¿Qué te causó aquella reacción, Matt?

Me levanto sin fuerzas y, de mi cajón auxiliar, debajo de la ropa interior, saco un diario. Vuelvo otra vez a la cama y se lo pongo en las manos. Su pulso es inestable, pero necesito que lea cada página escrita por mí... desde lo más hondo de mis sentimientos.

—Lee, Gisele. Es importante para ambos. Quizá ése sea el trauma que me hizo ser como soy... o quizá mi madre padecía la misma enfermedad, nunca lo sabré.

Ella roza con los dedos las hojas y empieza a leer con apenas un susurro:

—«El primer día de colegio: ese primer día en el que todas las madres se muestran preocupadas por sus hijos, excepto la mía... Me empujó suavemente hacia la escuela, era su forma de decir que no pasaba nada, pero no era verdad. —Hace una pausa—. Todas las demás madres besaban a sus hijos con ternura, apoyándolos en ese difícil momento. Yo tuve que entrar solo y no lloré, como hacía la mayoría de los niños. Aunque sólo tenía cuatro años, no quise mostrar el momento tan amargo que estaba viviendo. Entré en el colegio ocultando mi dolor por que mi madre me dejase solo ese día tan importante».

—No llores, nena, por favor. Ya hace años de eso y es mejor no entristecerse por ello.

—Todavía te duele, sé que es así —hipa, y me mira fijamente, desconsolada—. Odio a esa mujer, Matt, la odio. Sólo tenías cuatro años y ya te hizo sentir diferente de los demás. No puedo entenderlo, ¡no puedo! ¡Y no es pasado! ¡Todo esto es culpa suya!

Aguanto el tipo, consolándola. No quiero que sienta lo hecho polvo que me encuentro.

—Al llegar, me dijo estas palabras: «No le dejes tus cosas a nadie, lo tuyo es sólo tuyo. Nunca permitas que te lo arrebaten. No des aire o libertad a aquello que sientes como propio; si lo haces, lo perderás...». Y la perdí a ella, Gisele. Le di espacio para no agobiarla y se fue... De ahí la desconfianza que me acompaña siempre.

—Ella dio comienzo a tus miedos y creó tus inseguridades. Pierdes el control por la impotencia al sentir que tu mente se dispara sin tu consentimiento. Te destruyes, Matt.

—Lo sé, ¡lo sé!

Tiro el diario contra la pared. ¡Maldita sea!

Ella me calma.

—Te enseñó a ser posesivo con lo tuyo, Matt. Desde el principio dijiste que yo era tuya. Lo siento, cariño, siento no haberte entendido o haberme esforzado más. Tú eres lo que te enseñaron a ser y yo te hundí en vez de levantarte. ¡Tu enfermedad y tus traumas te dominan y no he sabido verlo!

—Chist, chist, no te culpes, no lo hagas. —Niego con la cabeza repetidas veces y, con la necesidad de tranquilizarla, la ayudo a levantarse para que luego podamos meternos en la cama; la cojo en brazos y nos quedamos frente a frente sin retirar la mirada el uno del otro—. Yo no quiero ser así, pero no es fácil cambiar... Luego me volví obsesivo... Ya no puedo más con todo esto.

—¿Por qué te hizo eso, Matt? ¿Por qué tu madre te ignoraba así?

—No lo sé, supongo que siempre fui una carga para ella. Pero ya no quiero hablar más de esto por hoy. Quiero que sonrías, porque tus lágrimas me destrozan.

Entrelazamos nuestros cuerpos, con el corazón todavía destrozado, aunque ambos intentamos disimularlo, fingiendo que nos vamos calmando... o quizá lo hacemos.

Estamos juntos y no hay mejor sensación que ésta.

—¿Cómo te ha ido en Nueva York, Gisele? Y no me hables de ese cretino.

—Bien... Denis me ha cuidado... —Me tenso. Ella añade—: Como un amigo, como el mejor de los amigos y el más leal a ti. ¿Y a ti, Matt?

—Todo mal sin ti y sólo quiero dormir contigo en paz, me has hecho mucha falta. Jamás te daré motivos para que te vayas... Gracias por quedarte a mi lado pese a todo. Creía que...

—Chist, lo sé. —Me besa. Suspiro.

—Supongo que hoy dormiremos juntos, ¿no? —pregunto inseguro. Le debo tantas disculpas —. Tengo que cuidarte como no he sabido hacerlo hasta ahora.

—Yo quiero dormir con mi esposo, claro —dice burlona, aunque sin ganas—. A estas alturas no me voy a poner quisquillosa.

—Buenas noches —susurro, acostándome contra su pecho, ahuyentando las lágrimas que luchan por escapar. No me puedo creer que esté aquí, oyendo su acelerado corazón—. Sé que no será fácil para ti, pero soy tan egoísta que no te dejaré ir. Gracias por confiar en este esposo que tantas locuras hace.

—No me des las gracias, merece la pena luchar por este amor.

—Jamás lo dudes, nunca, por favor. —Beso su cuello, inspiro su olor. ¡Dios, mía!—. Soñaré contigo, con esta vuelta tan esperada, con tu mirada tan transparente y tus brazos tan acogedores,

con tu perdón y paciencia. Mi Gisele, soñaré contigo.

Sé que, cuando cree que duermo, llora como no ha podido hacerlo antes. Me finjo dormido para que se desahogue, maldiciéndome una y mil veces y llorando en silencio, con y por ella.

***

Los días posteriores no son fáciles. Después de saber lo mal que lo está pasando, intento evitarle malos tragos. Me niego a arrastrarla, a que se enferme conmigo. Una de las noches, mientras estoy en el despacho de casa, poco concentrado debido a que he retomado la terapia y el tratamiento, Gisele asoma la cabeza. Sonríe.

—La cena ya está. ¿Vamos?

—Sí.

Caminamos hacia la cocina y nos sentamos frente a frente. Hay tensión, nervios. Estoy irascible con tanta pastilla y temo cometer el error de lastimarla de nuevo. ¡Pero no sé cómo evitarlo! Ella sufre al verme, ¿cree que no soy consciente de ello? Jamás la he visto tan apagada.

—¿Qué tal te ha ido hoy? —me pregunta con ánimo.

—Terapia de diálogo.

—Cuéntame más. —Juega con la comida, inquieta—. ¿Te sientes cómodo?

—No me apetece hablarte de ello.

—Nunca te apetece. No quiero quedarme al margen, Matt.

—Pues yo quiero que lo estés. ¿Crees que no sé cuánto lloras por las noches?

—Matt...

—¡No, Gisele, no voy a meterte más en este dolor que no es tuyo! Ya no eres tú, mi mujer no está, mi chica de servicio... ¡Mi Gisele!

Baja la mirada para no mostrarme algo que ya he percibido: ¡sus ojos empañados!

—¿No tienes hambre? —insiste, rompiendo el hielo—. Apenas has...

—¿Y tú? Has perdido peso, Gisele.

—Matt...

—Así no me ayudas nada —le reprocho con más dureza de la que quisiera, y me levanto para marcharme a una de las habitaciones de invitados. No soporto fingir que no la estoy oyendo llorar y no poder hacer nada por evitarlo—. No eres la misma y yo no voy a hacerte más daño contándote cosas que te hacen sufrir. Que sepas que te sigo esperando.

Minutos después, ella abre la puerta. Me quedo callado, serio. Estoy tan jodido...

—Hola. He vuelto, Campbell, y prepárate... —No tardo en adivinar que su cambio se debe a nuestra fugaz conversación. ¿Cómo puede ser tan optimista pese a mi forma de ser?—. Seré tu descarada y caprichosa esposa, pero, por favor... vuelve a ser tú.

Se me escapa una sonrisa; me recuerda a mi chica de servicio, a esa que se enfrentaba a mí sin importarle mis cambios de humor, contradiciéndome siempre... provocándome.

Más calmado, quizá por el efecto de las pastillas, destapo la cama, invitándola a que entre conmigo. Ella no duda en venir a mi encuentro y parece feliz... Me lo transmite.

—Entonces —puntualizo—, déjame reconquistarte como mereces.

Capítulo 23

Me dediqué a perderte

Sorprendentemente, lo consigo.

Como también el hecho de no ocultarle nada más; por ejemplo, una llamada de Amanda, que de nuevo se pone en contacto conmigo. Gisele incluso presencia una pelea con Andy y no la decepciono, porque conoce sus intenciones..., su provocación... Por mi parte, le muestro toda mi confianza y apoyo cuando llegan unas fotos en las que, desde el ángulo desde las que están tomadas, puede parecer que Gisele me engañó en Nueva York con el hermano de Diego. Con mi actitud le demuestro que es hora de cumplir mis promesas.

«Y lo estoy haciendo.»

Llega diciembre y pasamos las Navidades en Lugo... Michael vuelve a hacerme sentir inseguro, poca cosa para su hija, aunque nunca en presencia de ésta. Álvaro está cerca y su padre hace lo posible por mantener a Gisele alejada de mí. Incluso me entero de que intentan envenenarla con la excusa de que me drogo, y ella no sabe cómo salir del paso.

Recaigo... La sensación de estar enfermo, de que no valgo para nada y de que no soy el marido que Gisele se merece, me sobrepasan. La estabilidad que habíamos conseguido vuelve a tambalearse por culpa de su padre. Las reacciones de Gisele no ayudan; no sé qué le está pasando, pero ha cambiado. Ya no va a la universidad con las mismas ganas y un día, cuando voy a buscarla, me la encuentro llorando...

***

—Gisele, joder. Dime qué ha pasado o entro en la cafetería para averiguar qué ha sucedido allí dentro. ¿Qué te ha contado la chica? —le pregunté desesperado, sin ni siquiera saber qué persona la había atendido—. ¿Quién demonios te ha hecho daño?

Ella no me respondía y yo no sabía qué hacer. ¿A qué se debía su cambio?

—Gisele, deja de pensar y dime qué te tiene así. ¡Dímelo, que me estás volviendo loco!

—V-Vámonos, por favor. Te lo explicaré por el camino. —Abrí la puerta para salir del coche y entonces soltó atropelladamente aquella excusa. Mentía. La conocía y no eran paranoias mías —. Me he encontrado con una chica que me ha contado algo parecido a tu infancia y la pena me ha podido...

***

Está tan rara desde entonces... Recuerdo que, en el viaje que realizamos a Málaga para la boda de mi hermano Eric y Noa, Gisele me pidió hacer una parada en casa de mis padres y hablar a

solas con Karen. ¿Qué le contaría? ¿Le pediría consejo?

¿Y por qué me dejó a mí al margen? Ahora la que parece esconder secretos es ella. Durante el enlace de mi hermano y su amiga no dejó de espiarme, con Scott como cómplice. No entiendo nada. Nada.

Ya en Madrid, el 8 de enero, por su cumpleaños, le preparo una sorpresa. Seré su chico de servicio... por y para la mujer más especial que he conocido nunca. Se muestra ilusionada..., pero sus ojos me rehúyen a menudo. Me oculta algo y necesito saber qué es, aunque tampoco encuentro el modo de preguntárselo. No quiero presionarla.

No es feliz, lo sé. ¿Por mi culpa? No creo haber hecho nada en esta ocasión. Estoy tan perdido..., ya desconozco cuándo hago bien o mal. No tengo ni idea. Gisele me desconcierta como nunca antes... Sus mentiras son evidentes, pero ¿por qué?

—Ya está la cena —me dice como otras noches. A veces la sorprendo, pero hoy de nuevo lo hace ella y, aunque sonrío, desconfío. La última vez que se dio esta misma escena no terminamos bien. ¿Confesará?—. He preparado pollo al limón con tu arroz favorito.

—Gracias.

—No seas bobo.

—¿Qué te pasa? —me animo a preguntarle mientras me acerco—. Te noto rara.

Descansa la frente contra mi pecho y susurra:

—Tenemos que hablar... Es un asunto que me duele, pero tengo que hacerlo.

La alarma se enciende en cada uno de mis sentidos. Me agarroto. Me aferro a su rostro y la obligo a que me mire a los ojos. La angustia se apodera de mí. ¿Es culpa mía?

—Estábamos bien —le recuerdo con un fuerte nudo en el pecho—. Dime qué pasa. Qué te tiene tan distraída y ausente... Si es por...

—No es sobre nosotros, es sobre ti, pero ven.

Me lleva a la sala y me propone que cenemos.

Vuelvo a tener el estómago cerrado y, al ver su expresión, el apetito es más nulo todavía. Está muy seria, abatida... por lo que aguardo con la respiración acelerada.

—El martes descubrí algo inesperado y que, de haber podido escoger, te aseguro que no hubiese querido saber —empieza a decir con mucha cautela. Estamos en la mesa, con la cena delante. Ella tampoco come. Está ausente, perdida y cohibida—. Odio esto... Matt, ¿qué harías si tu madre biológica volviese a tu vida de alguna forma?

—Gisele, ¿qué dices? ¿De qué va todo esto? —pregunto crispado. Su reflexión me pilla por sorpresa, no sé qué pretende—. ¿A qué viene este asunto de nuevo?

—La he visto, Matt. Me destroza decírtelo, pero no sólo a ella, también a tu padre. —No me lo puedo creer. Rompiendo mi promesa, doy un golpe en la mesa—. Por favor, tranquilízate y escúchame. —Coge mi mano. Estoy en trance—. Ella no sabe quién soy, descubrí su identidad por casualidad. ¡No hubiera querido hacerlo, mi vida!

—¡Continúa!

—Un hombre mayor idéntico a ti estaba con ella y, Matt... se llama Antonio Salgado.

¡¡No, no y no!! Barro la mesa con el brazo y derribo todo lo que hay en ella, enfurecido. Gisele no se mueve. ¡No!

—¿Dónde están? —le reclamo caminando de un lado a otro, tirándome del pelo, pateando cada objeto con rabia, dolor, ira..., con sed de venganza—. Voy a enfrentarme a ese mierda. ¡No vivirá para joderme más la vida! ¡Ella morirá de pena por él!

Gisele dice que no con la cabeza, llorando, y me suplica sin voz:

—Seguiremos mañana, que estarás más tranquilo. Ven aquí, Matt...

—No, ahora, no, Gisele —¡¿Cómo esperar?!—. ¡Di todo lo que sepas de una vez!

—Necesito contarte algo más...: mi conversación con Karen.

—Habla.

Lo que me cuenta es tan surrealista que no doy crédito. No lo digiero.

Karen y mi madre biológica son hermanas de padre... Crecieron juntas, aunque, a ojos de la gente, como amigas... Lizzie fue fruto de una relación paralela de mi abuelo... y, cuando Karen tenía once años, todo cambió. Sus caminos se separaron debido a la muerte del padre de ambas, pero, años más tarde, Lizzie consiguió localizar a Karen y le confesó que me abandonaría. Karen... buscó la forma, junto a William, de adoptarme. ¡Y se lo agradezco! No obstante, ¿era necesario ocultarme esta historia? ¡Me da igual si se lo prometió a su hermana! ¡Ella me dejó tirado!, ¿merecía más respeto que yo? ¡Sin duda debería haber conocido al detalle todo esto! La ira se apodera de mí, recordándome por qué no debo confiar en nadie. ¡Todos a mi alrededor me han mentido, y toda la vida! ¡Estoy harto!

No puedo más...

Golpeo la pared una y otra vez, desquitándome, hasta que los puños me sangran. Cuando me giro, Gisele me observa con tristeza, ¡odio darle pena! Se acerca e intenta abrazarme, pero no puedo... Ella ha callado, permitiendo que tuviera tan cerca a dos de las personas que han destrozado mi vida y, de momento, no puedo perdonarla.

—Necesito estar solo.

Me voy de casa pese a sus súplicas... Hoy, ahora mismo, quisiera estar muerto.

***

Me paso la noche bebiendo, incluso fumando, tirado en medio de la calle. Al amanecer voy a la agencia. Mi aspecto da asco... Menos mal que Denis se ocupa de mí antes de que llegue el resto de la plantilla. ¿Qué opinaría Scott? Horas después regreso a casa.

Gisele me espera; diría que no ha dormido en toda la noche, pues su delicada piel está más pálida que de costumbre. *Tomy* me recibe con alegres ladridos. ¡Qué ironía, ahora que por fin tengo un hogar estable, todo a mi alrededor se tambalea!

—¿Dónde has estado? —me reclama Gisele—. Merezco saberlo.

—Soltando la rabia a mi manera, asimilando lo que me contaste anoche. ¿Y sabes qué? No confío en nadie. ¡Karen y William me han mentido! ¡Yo confiaba en ellos más que en mí mismo! —confieso golpeando de nuevo la pared—. ¡Ese bastardo disfrutando de mi madre y yo mira cómo me veo! ¡¿Cómo quieres que esté?!

—Lo sé... lo sé, ¿qué puedo hacer?

Me pellizco el puente de la nariz, contemplándola.

Ambos somos conscientes de lo que viene. Gisele se tensa, abrazándose a sí misma.

—He dejado el tratamiento, ya lo sabes. Lo hice los días de Lugo, no lo soportaba más... —Omito que su padre es la causa de mis dudas—. Me hacía sentir débil. ¡Me hacía creer que soy un enfermo que tiene que drogarse con pastillas y acudir a terapias donde no me siento cómodo! ¡Me hacía pensar que no soy un hombre y que no te merezco!

—Matt...

—¡Quiero ser normal! —grito en un intento de desesperación por serlo.

—¿Me dejas abrazarte? —pregunta cohibida.

¡No puede, es que debe! La necesito más que respirar. La atraigo hacia mí y la estrecho contra mi cuerpo. La acaricio mientras advierto sus miedos, los míos. La emoción nos embarga como pocas veces. Nuestra relación vuelve a estar en peligro y me duele.

—Te irás, sé que lo harás. Mis miedos han vuelto y no soy capaz de seguir solo con esto. Tampoco quiero hacerte más daño involucrándote en el problema.

—Juntos podemos hacerlo, por favor —me recuerda con esa fuerza que la caracteriza.

—No soportarás verme como me ves ahora, y yo sé que no me podré controlar. ¿Sabes?, esta mañana he gastado más de cinco mil euros para cosas de la oficina que no eran necesarias. ¡No puedo, Gisele!

En medio de esta desesperación, la empotro contra la pared y la toco necesitando de ella, de sus besos y caricias, de su amor y pasión. No importa que no sea el momento. Preciso que se entregue en todos los sentidos, que me recuerde por quién debo luchar...

—Me quedaré aquí, Matt. Sabré entenderte, pero tienes que ayudarme. No sé cómo hacerlo. Si te vas, si no confías en mí... si no aceptas medicarte... Tienes a mucha gente que te quiere, que te adora... No nos hagas esto.

Le arranco la camiseta con desesperación. Observo sus pechos, que suben y bajan con alteración.

—¡No me entiendes! —le reprocho.

—¡Lo hago, siempre lo he hecho!

La tumbo en el suelo. Gisele cede, me acoge. No me rechaza, a pesar de ser brusco.

—Matt...

—No te alejes.

—No lo hago.

—Estoy hecho una mierda —murmuro nublado por sus besos—. Quiero y no quiero saber dónde están. No sé qué soy capaz de hacer.

—Pasa página, olvida que existen... Ellos cerraron ese libro y no se arrepienten.

—¿Has hablado con ellos? —Me detengo angustiado—. Dímelo, nena. No me mientas tú también, te lo ruego.

—Es duro decirlo, Matt, pero a ella la odio... No se arrepiente de nada, es feliz con él. Me ha contado algunas cosas, las necesarias para decirte que no merece la pena ni siquiera que vayas a verla y te haga recordar toda la mierda que te está destruyendo.

—Dime dónde están.

Le arranco la braguita. Tiembla a mi merced.

—¿Estás de su parte? ¡Contesta!

—¡No!

Como no me dice dónde están, me incorporo para marcharme otra vez, pero Gisele cierra y se encara a mí, desnuda, provocándome. No sé qué pretende... La estudio, con la respiración alterada y el pulso disparado. Finalmente la empujo contra la pared de cara a ésta, me bajo el pantalón y la embisto por detrás. Grito de placer, de desolación...

Le muerdo el cuello, la chupo... La deseo tanto pese a lo que siento ahora...

—¡¿Quieres esto?! —reclamo confundido.

—¡Sí, mierda, quiero a mi marido!

—¿Me sientes?

Entro y salgo de ella. La acaricio. Finalmente, la cojo del pelo y tiro hacia atrás, hacia mí; quiero que me mire a los ojos cuando me responda. Esos ojos llorosos y nublados por la pasión.

Chupo su boca y muerdo su labio inferior entre mis dientes salvajes.

—Eres mío —me recuerda, enloqueciéndome—. ¡No vuelvas a marcharte!

—Te protejo.

—¡No si me alejas de ti!

Caemos al suelo, le doy la vuelta y la reclamo en todos los sentidos.

Ella no se niega; al contrario, pide más.

—Te amo —susurro gruñendo—. Lo eres todo para mí.

Gisele asiente, refugiándome en su cuerpo... calmando mi sed.

«Mi ansiedad está más viva que nunca.»

Poco después, cuando acabamos, me ayuda a ducharme; lo hace conmigo y me relaja en cierta forma... hasta que nos sentamos en el sofá y mi mente se dispara de nuevo.

No hay paz. No la hallo.

—Cuéntamelo.

—No... Matt.

—Gisele, no hagas que desconfíe de ti. Dime dónde están —suplico cansado de esta guerra, de mi lucha interna que no domino—. Si no me ayudas, volveré a irme.

—Vete entonces, lo prefiero... Sé que no estás preparado para ese encuentro, aún no.

—¿Dónde te llevaste aquel disgusto? ¿Cuando me dijiste que te habías encontrado a una chica con una historia parecida a la mía? ¡¿Dónde?!

Gisele se mantiene en silencio. Entonces los recuerdos me avasallan.

¡¿Cómo he sido tan estúpido?!

—¡En la cafetería, ¿verdad!?

—¡¡Matt, basta!!

Cojo las llaves del coche y salgo corriendo hacia éste. Me bebo las calles, aunque hay tráfico. Después de lo que me parece un camino interminable, llego a la cafetería a la que suele acudir Gisele cada día, ya que está muy cerca de la universidad.

Bajo del vehículo; de reojo me parecer ver a Gisele en su coche. Le dedico una mirada de advertencia y entonces... ocurre. Me encuentro de frente con ella, con Lizzie... Su cabello castaño como antaño, sus ojos claros tan fríos como los recuerdos. El corazón se me acelera. Por un segundo creo que me voy a desmayar... Soy consciente de que no supero su marcha.

«Mamá... ¿por qué?»

—Eres tú —mascullo. Ella da un paso atrás—. ¿Qué me hiciste?

Entro en su cafetería persiguiéndola y cierro la puerta para que nadie nos moleste. Rompo todo lo que hay a mi paso, ni siquiera puedo volver a mirarla... Me destroza.

—¿Dónde está? Vas a pagarlo tan caro como él.

—Vete —me pide Lizzie—. Déjalo; nos iremos y no tendrás que vernos.

—No sabes cuánto te odio. No sabes lo que has hecho conmigo, pero te juro que me las pagarás. ¡No te importo y nunca te importé! ¡Aún me duele tu desprecio! Has sido feliz, has disfrutado de ese cerdo, pero sólo hasta aquí.

—¿Q-Qué vas a hacer? —Destrozo el mostrador—. Estás loco.

—Tú me has hecho así, tú has acabado conmigo. Te veré como yo estoy, destruida.

—¡Vete!

—¡Matt, ábreme, por favor! —ruega Gisele al otro lado—. ¡Estoy aquí!

—¡Dile que esto lo he hecho yo! —le advierto mirándola de reojo. Todos los momentos que vivimos juntos siendo un niño me hacen añicos—. ¡Y que volveré!

No miro atrás, abro y veo a Gisele. La beso y me marcho con una botella de alcohol en la mano. No le doy opción a que me persiga esta vez. ¡Necesito estar solo! No quiero que siga presenciando mi peor versión.

Me voy a un parque y ahí me tiro. El teléfono no deja de sonar. Amanda de nuevo..., a la que le exijo que me olvide de una vez y, sin querer, la lengua se me va; con Karen también, pues me llama y le grito que no quiero verlos.

¡Me han engañado! Finalmente contacto con Gisele.

Es mi vida, mi mundo, mi razón por la que luchar, y me temo que he perdido las fuerzas.

—Nena, te necesito, eres mi paz, ahora más que nunca. No te podré dar espacio, ya ves lo que hizo ella cuando lo hice, se fue... Me voy a volver loco, sé que tú también te irás y te consolarán otros brazos y yo me moriré. Dime que me amas.

—No, Matt, no te dejaré. Vuelve a casa, por favor, vuelve. —Le tiembla la voz—. Claro que te amo; por favor, estoy muy preocupada. Y asustada. ¿Estás bebiendo?

—Háblame para que no cometa una locura, cálmame.

—No hagas nada, te lo suplico, Matt. Vuelve a mi lado y apóyate en mí, no te alejes —gimotea desesperada—. Olvida a esa mujer y perdona a los que te han criado, a los que te aman. Karen y William están muy mal... Nuestras familias ya saben lo que ha ocurrido con tu madre y están muy preocupados.

—Yo no tengo familia, estoy completamente solo, abandonado.

—¡Porque quieres! ¡Estamos aquí para ayudarte!

—¡No sé quién soy! Volveré cuando me sienta mejor.

—¿Lo harás alguna vez? —cuestiona sin paciencia.

—No quiero hacerte daño, no quiero que sufras más al verme perdido. Me desconozco. —Aguarda en silencio y confieso—. Creo que voy a cagarla de nuevo.

Cuelgo el teléfono y cierro los ojos. Bebo y bebo... Cuando los abro, creo estar sumergido en una pesadilla. Amanda está frente a mí, tumbada a mi lado en el césped.

¿Qué quiere de mí? Me acaricia la mejilla... Me repugna, pero no puedo moverme.

—Hola —me saluda—. Has dormido por lo menos tres horas.

—¿Llevas aquí todo ese rato?

—Sí.

—¿Y Andy? —pregunto preocupado por Gisele. Si la busca...

—En la cama, no puede moverse apenas... ¿Estás mejor?

—No lo sé, Amanda. No sé nada y no quiero hablar de esos cerdos... Que se pudran, mañana o pasado nos veremos las caras, ya habrá tiempo para la venganza.

Se incorpora hasta estar sentada y se inclina, no deja de acariciarme.

«Basta, por favor.»

—Te sigo queriendo, ¿sabes? —No puedo creerlo. Me atormenta su frase. Necesito que se vaya—, nunca he dejado de hacerlo. Amo a Andy, pero tú siempre serás especial para mí. Contigo descubrí qué era amar. Dolió, pero fue hermoso mientras te tuve.

—Sabes que para mí no significó nada. Y no quiero hablar de ello. No fuiste buena para mí, y tú misma sufriste mucho. Demasiado quizá, sin merecerlo... Mi corazón está ocupado, no hay lugar para ninguna otra persona.

—No te preocupes, sé que amas a tu mujer. Yo amo a Andy, pero no podemos negar que vivimos un momento crítico. Tú necesitas mi apoyo y yo el tuyo. Dime qué puedo hacer para que estés bien, odio verte así.

—Lo único que necesito es soledad. —Cierro los ojos, visualizando a Gisele, mi razón de vivir, mi única salvación si es que la hay para mí—. Volver a ver a mi mujer como era antes de atraparla en mi mundo. Coqueta, descarada, divertida, sensual, hermosa. Con esa ternura y esa pureza que desprende, con esa alegría que tanto me gusta. ¡Vete!

—Matt —musita. Siento cerca su aliento—. Matt.

—No, Amanda —balbuceo—. No lo hagas.

No responde, abro los ojos. Los suyos están a escasos centímetros. Advierto que hunde las manos en mi pelo y me besa. ¡No! Me echo hacia atrás en la medida que puedo, borrando de mis labios la huella de otra..., una que no es de Gisele.

Y me repele la sensación.

—No quiero hacerte daño, pero amo a mi mujer y no podría hacerle esto —le dejo claro. ¡Es verdad! Da igual lo mal que estemos—. No vuelvas a hacerlo, vete. No soporto los labios de otra, ella me da lo que necesito… en todos los sentidos. Es mi vida, mi mundo.

Amanda por fin me da espacio... Mi fuerza flaquea. Me gustaría mandarla lejos de aquí.

—Andy no me toca desde hace semanas. Desea a tu mujer y yo muero de pena.

—A ella jamás la tocará, porque yo no se lo permitiré. Gisele es mía y, si se le acerca, lo destrozaré —amenazo sin piedad—. Amanda, déjame solo. ¡No quiero ver a nadie!

—Ve a tu casa, tu esposa estará preocupada.

—Estoy enfermo, Amanda, ella me dejará.

—¿Enfermo, dejarte?

—Soy bipolar... Siempre voy a estar mintiéndole. Le prometeré cosas que no cumpliré... —Son reflexiones más para mí mismo que para ella—. No puedo darle lo que pide, pero no pienso dormir cada noche a base de pastillas, ni volverme un idiota, con tanta medicación en el cuerpo. No me reconozco, no sé ni quién soy...

—Si necesitas apoyo o ayuda, estoy aquí.

—¡Vete!

Capítulo 24

Vuelve

Cuando vuelvo en mí, regreso a casa. Gisele me recibe con ternura, me consuela. Yo lloro. Me siento mal, culpable; de nuevo escondo un secreto y, sumado a lo que estoy viviendo, es una bomba de relojería para mí. Sé que en cualquier momento la voy a perder... Es demasiado para ella.

La noche llega cuando más unidos estamos, a pesar de mi estado. Después de cenar con nuestros hermanos, estamos en la cama. Mi teléfono suena... Son mensajes.

Noto su cuerpo en alerta y, de reojo, veo lo que ella ha visualizado. Mi mundo se viene abajo. Son fotografías de Amanda conmigo, y la escena parece tan íntima... ¡Joder!

Quiero desaparecer... No hice nada con ella... ¡¿Por qué no me dejan en paz?!

Vivo en un constante sinvivir. Mi cuerpo no soporta más, ni tampoco mi cabeza.

Mensaje de Amanda a Matt. A la 1.45.

> Matt, Andy me siguió sin que yo lo supiera. Creía que no estaba en condiciones de salir de la cama... Fotografió nuestro encuentro. Me ha dado dos bofetadas.

Mensaje de Amanda a Matt. A la 1.46.

> A tu mujer le llegarán mañana, por correo. Abre tú el buzón. Andy se ha ido tras cometer el fallo de tocarme. Estoy bien.

—¿Cómo has podido, Matt? Me has engañado, me has mentido.

—No es lo que parece, nena, te juro que no estuve con ella. Me llamó por teléfono y contesté pensando que eras tú, acababa de hablar contigo, y, sin saber cómo, le dije dónde estaba y lo que había ocurrido con mi vida. —Gisele se muestra fría, asqueada—. Apareció al cabo de un rato, cuando yo estaba borracho perdido, y se quedó tres horas conmigo... ¡O no lo sé, eso dijo! Me besó, pero la aparté. Estaba bebido y no sabía qué hacía allí exactamente. Gisele, por favor. No respondí a su acercamiento, créeme.

Intento sostenerla. Se libera de malas maneras.

—Eres un falso de mierda, un hipócrita que pide lo que no da. ¡No quieres que otros me toquen, pero tú te dejas tocar! —«No, por favor. No es así. Mi vida», quiero implorar—. ¡Estás mal y te vas de casa para que otra te consuele en el peor momento de tu vida!

Tiene tanta razón...

—¡Cerdo, asqueroso, yo llorando por ti y tú dándole besos a otra! ¡Exiges una sinceridad que tú no me das! ¡Me haces el amor y me pides que tengamos un hijo, cuando me has estado engañando con otra!

—Por favor, cariño...

—No me toques, no me toques. Hoy me das asco. No te perdono esto, Matt, ¡no te lo perdono! Me lo prometiste... Me lo prometiste.

—Gisele...

—¡No! ¡Déjame! —Busca ropa en el armario, yo me tiro del pelo. ¡No la he engañado! Fue un beso robado—. Me voy y no quiero que me detengas.

—Me prometiste que no me dejarías. No la toqué. No es verdad. ¡No la besé siquiera, es el ángulo de las fotografías! Gisele, por favor, lo que me prometiste...

—¡¿Lo que te prometí?! ¡¿Y tú?! —Me evita, decepcionada—. ¡Me has prometido tantas cosas que no has cumplido y te lo he perdonado todo, he creído en ti, y no lo merecías!

—¿Te vas?

—Sí, necesito estar sola.

La aprisiono entre mis brazos.

—Sabes que no me encuentro bien, por favor, no te vayas —le suplico. Estoy a punto de tirar la toalla con mi enfermedad—. No hablaba con ella desde aquella vez... Yo confié en ti cuando las fotos... ¡No pasó nada! Te lo juro, nena, no pasó nada.

—¿Nada? ¿Irte de casa durante casi dos días? ¿Dejarte consolar de esa forma tan íntima por otra mujer? Por la primera mujer de tu vida..., la que tanto te marcó. ¡Todo eso sumado a este sinvivir al que me sometes al abandonar el tratamiento!

—¡No quiero depender de mierdas! ¡No sé lo que hago cuando las tomo!

Me da un empujón y escupe con amargura, antes de marcharse:

—Tu amiga te reclama, el cerdo de su esposo la ha golpeado... Ve. Ella hoy te necesita más que yo.

Hundido, me dejo caer en la cama. No sé si llamar a Scott..., pedirle ayuda, aunque supongo que en breve estará aquí... Es la peor noche con diferencia que he pasado en mi vida. Sé que no hay salida, que la he perdido... y que será difícil recuperarla.

***

No puedo dejar de recordar una conversación que mantuve con Gisele... Todavía no lo he asimilado...

—Matt... —me comentó con cautela—, él es bipolar, ¿lo sabías?

—¡No quiero ser como él! —grité.

—Y no lo eres, Matt —intentó convencerme—. Tú sí quieres ser padre, tú no abandonarías a tu hijo ni a tu mujer. ¡Tú no tienes nada que ver con ellos!

***

Llamo a mis padres, a William y Karen... y me reúno con Roxanne. Imploro el perdón de todos. Lloro en sus brazos como cuando era un niño... Estoy desbordado. No sé ni cómo me siento. Son tantos sentimientos y sensaciones. Todo me parece tan lejano, como si estuviera fuera de mi cuerpo; quizá se deba a las pastillas o al cansancio, la desolación... No lo sé. Tengo miedo, mucho... lo que me lleva a espiarla en la universidad... ¿Qué estoy haciendo? Me comporto como un demente. Río, lloro. Amo, odio. Me relajo, enfurezco.

Mensaje de Matt a Gisele. A las 20.07.

Nena, soy yo. Dime cómo estás. Respóndeme, por favor.

Mensaje de Gisele a Matt. A las 20.08.

¿Cómo quieres que me sienta? Y no finjas, no me mientas, te he visto.

Mensaje de Matt a Gisele. A las 20.09.

La necesidad de verte me ha llevado hasta allí. Lo siento... Tenemos que hablar cuanto antes, no podemos seguir así. Esta noche tengo la cena con Diego y Adam. Te pido que no vengas, sé por qué lo hago.

Adam... una de mis cuentas pendientes. Me la debe. Es el hermano de Diego, quien se sobrepasó con Gisele.

«Ha llegado la hora de vernos las caras.»

***

La cena se presenta larga y aburrida mientras llega el momento.

Entonces suena mi móvil. Me agito en el asiento. El resto de comensales habla.

Mensaje de Gisele a Matt. A las 22.18.

Sé que estás en una cena y que quizá no es el momento... Matt, prométeme que vas a cambiar, que no harás locuras. Dime que confiarás en mí y demuéstrame que yo puedo confiar en ti. Te amo, quiero quedarme a tu lado... No me empujes a alejarme. Dame espacio, quiero recuperar un poco la armonía, a mis amistades. Por favor, Matt, no puedo más. Me muero por estar a tu lado y ayudarte en todo. Me destroza saber lo duro que es todo esto para ti, pero déjame creer que lucharás por nosotros. ¿Por qué has tenido que decepcionarme? Estoy dolida, tal vez me equivoque, pero sé que puedes darme lo que te pido. ¿Podrás esta vez cumplir tu palabra?

No puedo creerlo. Los ojos se me humedecen. Las manos me tiemblan. ¿Cómo puede entenderme si ni yo mismo lo hago? No me la merezco, pero, como mencionó Scott Stone, lo haré. Me juro por mi puta vida que le daré todo lo que hasta hoy le he negado.

Mensaje de Matt a Gisele. A las 22.29.

Claro que puedo, no lo dudes. Te lo prometo todo, eres la mujer de mi vida. Yo también estoy muy mal... Hecho una mierda, indignado y lleno de rabia. Eres tú, siempre has sido tú. ¿Puedo verte hoy?
Te amo.

Mensaje de Gisele a Matt. A las 22.31.

No habrá más oportunidades si me estás mintiendo, no voy a suplicarte nunca más... Estoy haciendo un esfuerzo por entenderte.

Por el amor que te tengo, lo intento una última vez. Si no cambias,
me iré, Matt, y no volveré si no eres el hombre que prometes ser.

Sonrío y acaricio la pantalla... en la que una foto de ella en nuestra luna de miel la ocupa. Sé que hemos llegado a un punto de inflexión, que es hora de cambiar, de asumir.

Estoy enfermo. Soy bipolar. Y ella no me abandonará.

—Eh, Campbell —ronronea Adam, detrás—. ¿Y tu mujer? ¿Te ha contado que se metió en mi cama...? Es tan fogosa que todavía recuerdo cuando la follaba y...

No hay más. Me enfrento a él, pero estoy tan débil... que me da una paliza. Gracias a Diego consigo ponerme de pie. Él es quien me ayuda a llegar hasta el coche para ir a buscar a Gisele. Estoy sangrando por los labios, la ceja y la nariz. Mi ropa está destrozada.

No sé cómo consigo llegar, tengo incluso mareos y... ¡no puede ser! Gisele está con ¿Álvaro? Se abrazan en medio de esta oscura e íntima noche, en la puerta del hotel.

Bajo del vehículo, avanzo hacia ellos y lo retiro de un empujón.

—¡Matt, no!

La discusión no va muy lejos, Álvaro me evita y los agentes de policía llegan enseguida. Nos piden la documentación, y que demos testimonio de lo ocurrido. He perdido la razón.

Parezco un chiflado que acaba de escapar de un manicomio; así me siento, además...

—Eh, ya basta —me regaña Álvaro—, ¿no estás viendo a tu mujer?

—¿Qué buscas de ella?

—¡Amistad, entiéndelo!

Lo que sí entiendo es la situación: los padres de Gisele lo han llamado y él ha acudido, una vez más, como el ejemplo de hombre digno de ella, según Michael Stone.

—Gisele, tenemos que hablar —le imploro.

Ella me toca el labio, la ceja y el pómulo. Su ex se va, nos deja solos... Suspiro. Lo que percibo en Gisele es nuevo hasta hoy. Ha perdido las ganas de luchar por lo nuestro.

No puedo respirar ante tal pensamiento.

—Sí, Matt, tenemos que hablar bastante... ¿Qué ha sucedido?

—Adam... Me he enfrentado a él, pero no tenía fuerzas, Gisele. Me ha ganado. Ni siquiera he podido defenderme. Estoy hecho una mierda y me duele todo.

Hay un silencio ensordecedor, una distancia abismal a pesar de estar tan cerca.

—Te vas a ir, ¿verdad? —adivino, y rozo su mejilla—. Te he perdido, ¿no es cierto?

—Sí, lo acabas de hacer. —Se viene abajo. Sé que no hay marcha atrás—. Esto no es vida. En poco tiempo, me has enseñado a perder la confianza en ti una y otra vez.

—Voy a cambiar —imploro intentándolo por enésima vez. No superaré su partida. No sabré vivir sin ella. Es mi oxígeno—. No sé qué me ha sucedido. Adam me ha golpeado, me ha gritado que eres una fiera en la cama. ¡Que te había follado en aquel viaje y que eres muy fogosa! Y llego aquí y otro, ¡no cualquiera, sino él!, te está abrazando...

—Tú eres quien me está alejando, Matt.

—Gisele. —Acuno su dulce rostro, acaricio su fría piel y suplico. No le fallaré, ya no—. No quiero que te vayas. Prometo cambiar, eres mi vida. He hablado con Karen y William durante toda la tarde. Son mis padres, claro que lo son. Los he abrazado, he suplicado perdón. —Me rompo entre lágrimas. Estoy muerto en vida—. Y una vez más me han apoyado. Junto con mi hermana, estarán siempre conmigo y yo sé que es cierto. Nunca me han dejado caer. Quiero empezar de nuevo y necesito que sea a tu lado.

—Eso me lo has dicho muchas veces y no cambias. Lo acabas de demostrar. Ya no puedo más, Matt. Me duele que nos pase esto a tan sólo dos meses y medio de casarnos, pero he reflexionado mucho y he entendido que el amor que nos tenemos no es suficiente. He querido intentarlo, te he suplicado... —Hace una pausa y niego al tiempo que me roza la mejilla—. Pero ya no tengo fuerzas. Tú necesitas curarte, y yo, madurar para afrontar una vida completamente diferente a la que he llevado hasta que te conocí.

—Lo has decidido.

—Sí...

—¿Y te vas a ir sin más?

—¿Crees que es sin más? ¿Crees que no me has dado motivos para ello?

—Lo sé... Tengo miedo. —Cierro los ojos, me pesan los párpados y necesito despertar de esta pesadilla en la que tantas noches me he visto envuelto. No quiero creer que ahora sea una realidad. Me desgarra el alma—. Estoy aterrorizado, nena.

—Necesitamos un tiempo... pero separados, porque juntos no somos capaces de enmendar estos errores que tanto daño nos hacen. Tú te creas un mundo paralelo, en el cual puedes hacer lo que te apetece, y yo he de entenderlo.

La atraigo hacia mí, ciñéndola por la cintura. Tiene razón, ¡debo darle espacio!

Volverá. Gisele no me abandonaría así.

—Te lo voy a dar, no sé cómo voy a sobrevivir sin ti, pero quiero demostrarte que voy a cambiar, que te puedo hacer realmente feliz. —Le acaricio el pelo, los labios. Ella está destrozada con su decisión—. Estaré en casa, esperándote; solamente dime que volverás.

—Lo haré... Lo haré cuando vea que las cosas son diferentes. Cuando crea que estoy preparada para esto. No, Matt. —Sé que me ha leído la mirada—. No me arrepiento de nada, aunque todo ha sido una locura. Nos hemos precipitado, quizá la situación habría sido diferente si hubiésemos ido paso a paso, poco a poco.

—O yo hubiese sabido valorar lo que tenía... —Asumo demasiado tarde mi error—. Tienes razón, he pedido mucho más de lo que he dado.

—Ambos somos culpables o víctimas en esta situación. No nos martiricemos buscando un porqué. Quizá yo tampoco he estado a la altura, no sé. Hace días que dejé de saber nada. Me voy mañana, lo he decidido.

—¿Mañana...?

—Sí.

—¿A Lugo?

«Allí no, por favor. Te pondrán en mi contra... y te perderé...»

—No, quiero estar sola y sé que mi padre no va a dejarme pensar.

—Te siento tan fría, nunca antes te has mostrado así... Ni siquiera aquella primera vez. Pareces otra; no entiendo cómo en unas horas has podido cambiar tanto conmigo, incluso de forma de pensar.

—Me has hecho daño, Matt —susurra con sinceridad, agobiada—. Yo confiaba plenamente en ti y tú has defraudado mi confianza una y otra vez.

—Me gustaría verte mañana —le pido observándola—. Deja que pueda despedir a mi chica de servicio, no me dejes sin más. Dame algo para soportar esta dura separación.

—Ven temprano —acepta, y camina hacia el hotel—. Buenas noches, Matt.

—Hasta mañana, nena —musito sin querer creer que es una despedida.

Entra en el hotel sin mirar atrás.

Y lloro. Lo hago sin consuelo. Me refugio en los consejos de Scott, de mis padres y Roxanne. Todos me dicen que me relaje, que volverá. Y lo sé, pero me da miedo plantearme que estaré días o semanas sin ella. No soporto la sensación de soledad que me envuelve ante su inminente partida. Hoy entiendo que es lo mejor, aunque duela demasiado saber que podría haberlo evitado... ¡Puedo hacerla feliz!

***

A primera hora de la mañana estoy en la puerta del hotel. No he dormido. No he tomado medicación para poder estar consciente. Miro la hora y me apoyo en el coche.

La veo... con sus maletas, y es como una maldita pesadilla de la que quiero despertar.

—Vengo a decirte adiós, nena —puntualizo para que sepa que acepto su decisión. Abro los brazos y las lágrimas brotan de sus ojos para descender por sus mejillas—. Tenía que verte de nuevo.

Corre hacia mí y nos fundimos en un abrazo desesperado. Nunca me he sentido peor.

Tengo un sabor amargo en la garganta que apenas me permite tragar, y un nudo en el estómago, cuyo dolor me hace estar a punto de doblarme en dos... pero aguanto.

—¿Puedo hacer algo para que te quedes?

—Necesito este tiempo, y no sólo por nosotros como pareja... Lo necesito para mí, quiero un poco de libertad, de espacio. Me ahogo, Matt. Lo siento tanto...

—Cuando te sientas confusa, recuerda que yo siempre estaré aquí, esperándote... Vuelve pronto, por favor. He pensado mucho. Prometo someterme a un tratamiento desde mañana mismo. Te lo prometo, cariño, pero vuelve —suplico destrozado, con el alma en pedazos—. Te amo, recuerda que sin ti no soy nada. Si te duele, no te va... —Sollozo—. Te recuperaré, cariño.

—Matt, no me falles —implora asustada—. Quiero creerte, confiar en ti.

Me acerco a su boca y ella la abre para mí.

Nuestros labios se mezclan como nuestros fluidos y lágrimas. La miro a los ojos, rogándole en silencio que no tarde en regresar, que no se acostumbre a vivir sin mí, porque jamás podría rehacer mi vida sin ella; antes preferiría morirme... Nos despedimos con un último beso y niego con la cabeza, no quiero ver cómo se va... Gisele no mira atrás y le grito, roto de dolor, mientras contemplo cómo camina en dirección contraria a mí.

—¡Te amo!

«Vuelve, mi vida. Por favor, vuelve pronto.»

Pero... a veces, los sueños son premonitorios, se convierten en realidad...

Capítulo 25

Bailar el viento

Quédate...

Bajo del coche en el que hoy, y como viene siendo habitual desde hace días, soy el copiloto. Casi no me sostengo en pie, mis músculos han perdido fuerza, el agotamiento se ha vuelto mi gran amigo.

Miro a mi derecha, la entrada de mi casa, nuestra casa. El refugio de Gisele y mío. Un intenso nudo se me forma en la garganta. Es muy difícil asimilar que cruzaré las puertas y ella no estará...

Siento una mano en mi hombro, dándome el empujón que necesito. Es Scott Stone, el hermano de mi mujer, que conoce lo dura que está siendo esta nueva etapa, pues, desde que ella se fue, la semana anterior, es mi gran apoyo.

Ya estamos en la provincia de Málaga. Volvemos del psicoterapeuta, al que hemos ido para asegurarnos de que el tratamiento que retomé en Madrid, y que ahora voy a seguir aquí, es el correcto para luchar contra esta enfermedad que está a punto de acabar con lo que más quiero en la vida: Gisele Stone.

—Tranquilo, todo va a salir bien —me dice mi cuñado, colocándose delante de mí—. Anoche su voz era más alegre, ¿no te lo pareció?

—Le gusta que yo esté aquí... —reconozco compungido—. Sabe que no podía seguir en Madrid, tampoco en casa de mis padres, y el refugio es lo más nuestro que tenemos.

Entonces me vengo abajo.

—¿Qué voy a hacer sin ella, Scott?

—Va a volver pronto —me recuerda, tan triste como yo—. Aprovechad este tiempo, recomponeos. —Me da el llavero, que cojo con manos temblorosas—. ¿Necesitas algo...?

Juego con las llaves, con la mirada perdida en ninguna parte, sin el valor suficiente para dar el paso y entrar en casa. Hoy la noche de bodas es el recuerdo que más me duele; aquella noche nos amamos locamente y ahora el vacío frente a esas imágenes es demoledor.

—Déjame unos minutos a solas, por favor —le pido, caminando.

—Estaré aquí.

Abro la puerta exterior y cruzo la zona del jardín. El suelo está húmedo; ha llovido bastante estos días, recordándome lo fría y triste que es esta época del año. Es invierno, en pleno mes de enero. No quiero ni mirar a mi alrededor, no puedo soportar tantos recuerdos compartidos de aquella mañana tras la boda...

Su emoción por viajar era evidente...

Pero no disfrutó como me lo propuse, la jodí también en nuestra luna de miel.

Hoy tengo miedo, miedo de no saber recuperarla, de que no vuelva nunca. A pesar de las llamadas diarias que me realiza desde su marcha, su voz suena muy apagada.

Sé que no es feliz estando lejos de mí, pero tampoco conmigo. Las constantes y absurdas peleas, mi negativa a tratarme, mintiéndole... y mi desquiciado comportamiento la han agotado.

No sé quererla como merece.

Temo que pierda las fuerzas, la ilusión y las ganas de luchar.

Inspiro al llegar a casa; son las cinco de la tarde, pero no sé si donde ella está es de día... o de noche... No ha querido decirme su paradero; sabe que la buscaría, pese a haberle prometido lo contrario. No soy tan fuerte como piensa.

Justo antes de abrir, suena mi teléfono. Nervioso, rebusco en el bolsillo del pantalón oscuro que llevo puesto. Un gruñido escapa de lo más profundo de mi ser. Mi garganta se abre de nuevo. La energía y el aire que necesito me llegan inmediatamente.

Es ella, Gisele.

—¿Cariño? —pregunto con agonía.

—Hola, Matt.

—Hola, preciosa.

—¿Qué tal...?

La noto cansada, habla en un tono poco audible. Me siento en la entrada, en los escalones. No puedo más, desconocer tantos detalles de su vida es un sinvivir. Me duele demasiado esta distancia.

—¿Cómo estás, nena? —susurro.

—¿Y tú? —La oigo suspirar—. Recuerda que si tú estás bien, yo también lo estaré. He hablado con Carlos... Me gusta ese doctor.

—Es amable, sí —digo sin ganas; de lo que menos me apetece hablar es de él—. Estoy en la puerta de casa, me falta valor, Gisele.

Hay un precario silencio, crudo.

—Te quiero mucho, mi vida. Estoy muy orgullosa de ti —musita—. ¿Entramos juntos?

Una de sus ocurrencias. Sonrío, negando con la cabeza.

—Solo no puedo.

—No lo estás... Estoy contigo; venga, ábreme la puerta.

Con más ánimo, me levanto y me encamino hacia la puerta. La llave entra a la primera y no dudo en cruzar la sala, su voz es el empujón que necesito. Ahí, fotos de Gisele presiden la estancia; también las hay nuestras, dándole luz a este rincón tan especial. Hay muchas imágenes, sobre todo de nuestra luna de miel.

Una que me hace sonreír es en la que ella está con su brazo alrededor de mi cuello, sentada en mis rodillas y haciendo burla. Mi cara denota entre diversión y sorpresa; se me ve juguetón.

—Matt —me llama preocupada—. Dime algo, cuéntame cosas.

Carraspeo.

—Estoy haciendo todos los trámites necesarios y cuando regreses...

—Nos quedaremos en Málaga —acaba enseguida, consciente de que me altero si no habla de una pronta vuelta—. ¿Has comido?

—Algo... En casa de mis padres. Tengo algún que otro mareo, náuseas... Esto es muy difícil, cariño.

Otro largo suspiro; está contenida, cambiada.

—Carlos me ha contado que, aunque las pastillas son imprescindibles para controlar el estado

de ánimo, la depresión y los episodios..., tienen sus reacciones adversas. —Camino por la sala, rozando su imagen con los nudillos—. Sé que al principio cuesta, me acuerdo de cuando empezaste la otra vez... —murmura incómoda—, pero ahora cuentas con el apoyo de todos.

Y el que más necesito está lejos y ni siquiera sé por cuánto tiempo.

—Te extraño, nena; a veces siento que me voy a volver loco si no te acaricio, si no vuelves pronto. Me haces falta —confieso, mal—. ¿Podré enmendar alguna vez tantos errores?

—Lo estás haciendo ya...

—No sé vivir sin ti, Gisele.

Me gustaría decirle que no volveré a dejar el tratamiento, que no volveremos a pelearnos por tonterías y que no le pediré explicaciones de cada paso que dé. Pero sé que es pronto y que pensará que será otra promesa rota.

He de ser prudente.

—¡¿Nena?!

—Dime...

—¿No tienes la misma necesidad de abrazarme?

—Matt —implora con voz quebrada; finalmente rompe a llorar. Domino el maldito impulso de dar un puñetazo en la mesa, pues odio lastimarla—. Dime que estoy haciendo bien, por favor. Dime que, si no me hubiera ido, tú no habrías decidido dar el paso... Dime algo para no pensar que estoy siendo egoísta.

Cierro los ojos, no puedo evitar derramar unas agrias lágrimas.

—Nena... Siento defraudarte, pero tienes razón. Chist, no llores, chist —trato de calmarla y cierro los puños. Me gustaría tanto abrazarla, besarle la frente y decirle que todo va a salir bien... —. Si no hubiéramos llegado a esta situación, no habría conocido el dolor, la angustia que ahora me atraviesa y, seguramente, no hubiese valorado lo que puedo perder.

—¿Perder?

—Sí. —Hago una pausa. No quiero presionarla, pero tampoco sé cómo llevar esto a cabo—. Tengo miedo de perderlo todo. A ti, que eres mi mundo.

—No lo harás, Matt. —Me pellizco la nariz—. Tú eres el mío.

Beso la alianza que nos unió y susurro:

—Estoy enfermo, lo he asumido.

—Te amo igual. —Se desgarra con el llanto.

—Yo más, nena; tanto que duele, no lo olvides.

—Lo sé... Descansa, ¿vale? —gimotea, tratando de hacerse la fuerte. No quiero que corte la llamada, luego nada tendrá sentido—. Te llamo esta noche.

—Aquí. ¿Y allí qué será, mañana, tarde, madrugada...?

Se calla, negándose a decirme su paradero..., algo que no termino de entender. Es mi mujer, ¿por qué no puedo saber qué es de ella, si hace frío o calor, si llueve o va a la playa...? Igual con mis llamadas la estoy molestando en mitad de la noche y no tengo forma de saberlo.

—Está bien —cedo, roto. Hoy haría cualquier cosa que me pidiera y aceptaré cada una de sus condiciones—. Te espero.

Cuelga sin que me despida.

Me molesto, pero aun así hago lo posible por entenderla, por ponerme en su piel. Intuyo que es porque no quiere que la siga oyendo tan derrotada, pero su voz es mi único consuelo.

Sus promesas son mis esperanzas.

Dejo el teléfono en el sofá y, con los dientes apretados, busco la manera de relajarme para no

caer en el error de terminar destrozando los muebles, que cuando ella vuelva quiero que siga viendo intactos... sin mi puño marcado en ellos, como tantas otras veces.

—¡Scott! —Un segundo después, aparece éste, pálido—. ¿Y si no encuentra motivos para volver? ¿Cómo haré para soportarlo?

—No pienses más, Matt. Joder... Necesitáis esta separación para recapacitar y que cuando volváis no caigáis en lo mismo.

—Está mal y sola.

—Por cabezona. He llamado a mis padres y...

—No me hables de ellos.

No quiero oír una mísera palabra de la persona que ha ayudado a que llegáramos a esto. Su padre ha hecho lo que ha podido por alejarla de mí y ahora que lo ha conseguido no quiero ni verlo.

No hay en mí ningún sentimiento positivo hacia Michael Stone, es un maldito cerdo. ¡Un egoísta!

—Tu hermana Roxanne viene para acá.

—Excúsame con ella, por favor. —Me toco la cabeza, me duele. No me encuentro bien, ¡estoy harto!—. Voy a echarme un rato... Si Gisele llama, no dudes en avisarme.

—Tranquilo.

—¡¿Quieres dejar de decirme «tranquilo»?! Me haces sentir como el enfermo que quiero olvidar que soy. —Scott asiente, aguantando otro chaparrón—. No puedo estar tranquilo sin saber a cuántos kilómetros está, si está completamente sola..., si otro la mira. ¿Cómo se hace, Scott?

—Confiando en su palabra, igual que Gisele está confiando en la tuya.

—¡Qué fácil se ve cuando no es a uno mismo a quien le pasa!

—Trato de ayudarte. Estoy aquí para lo que necesites.

Avergonzado, le doy la espalda y avanzo escaleras arriba. Según llego, más desesperación siento al contemplar la habitación en la que tantas noches hemos dormido.

Me doy un cabezazo contra la pared, que me produce vértigos. Quiero estamparme hasta caer inconsciente al ver nuestra cama tan vacía, sin las sábanas tiradas por el suelo, sin el desorden que formábamos al hacer el amor.

—Vuelve pronto —susurro desesperado.

Toco el cobertor buscando su aroma, anhelando, destrozado, su recuerdo. La cama está fría, no hay rastro de su sonrisa, la señal de que me falta a mi lado. Tengo un mal presentimiento, uno que no me abandona desde que la vi partir lejos de aquí.

Capítulo 26

Éxtasis

Me remuevo inquieto en la cama, me quiero despertar sin conseguirlo. Sé que es un sueño el que me tiene atrapado como a un recluso. Ésta es la única salida para mí, la que suelo buscar para encontrarme con ella, para tenerla cerca... fantaseando, recordando, pero hoy es diferente. Lo presiento por la escena que se va formando.

Veo a Gisele y me veo a mí mismo en nuestra casa de Madrid. Su cabello, suelto, con los mechones rubios despidiendo luz. Al darse la vuelta, quedamos cara a cara.

¡No! Sus ojos están tristes, su mirada gris apenas brilla. Lucho, me debato para no entrar en la pesadilla.

De pronto, me sumerjo en ella, ahogándome.

***

—Necesito hacerte el amor como mereces, no brusco —le susurré—. No hoy que te despides. Siempre debí cuidarte y adorarte así.

Tanteé bajo su monte de Venus, estaba mojada sin un toque previo.

—Gisele... te amo, eres mi vida.

Calló, percibí que apenas respiraba. La cubrí con mi cuerpo, estremeciéndome con el contacto tan ardiente del suyo. Se abrazó a mi piel e inspiré antes de abrirme paso dentro de ella, que me recibía con la misma pasión de siempre, la que nos desbordaba.

—Tan mía.

Enredó las manos en mi pelo, callada.

—Recuerda tus palabras. No tardes en volver...

Necesitaba perderme en ella hasta saciarme, aunque realmente nunca sucediera: «Satisfecho siempre. Saciado nunca», le repetía cada vez que podía, y no mentía.

—Háblame, dime algo, Gisele. —La cubrí de besos, sin olvidarme de ninguna parte de su tersa y nívea piel—. Ya te extraño.

—Matt, no. Déjalo... Sabes que voy a volver.

—No lo sé, hoy y ahora no lo sé.

La arropé con leves caricias, me dejé el alma en mimar su cuerpo, delineando marcas invisibles para que no se olvidara de mí. Gisele tembló, deseándome con la pasión insaciable e irrefrenable de aquel primer día que nos tocamos, cuando ella era la chica de servicio.

—Promételo, nena.

—Confía en mí.

—No puedo —susurré—, tengo miedo.

—Bésame...

Le rocé el cuello, la clavícula, el lóbulo de la oreja. Me detuve en el contorno de sus labios, hasta que la agonía me venció y profundicé en ellos. La penetré despacio, moviendo la pelvis de una manera tan lenta que incluso dolía. Gisele se unía a mí gimiendo, mirándome.

—Te amo, Gisele. Te amo demasiado.

Sentí que perdía el control cuando ella salió a buscarme, levantando las caderas. Me atrapó, estaba muy húmeda, caliente.

—Déjame a mí, Matt.

Sin dejar de besarla, le cedí mi sitio y se puso encima de mí. Su cuerpo y el mío se rozaban, nuestras pieles se buscaban. Mi mujer se movió de manera seductora, como es ella, descarada. Y con la palma de su mano empezó a dibujarme caminos por la piel.

—Eres hermoso.

Me puse a su altura, rodeando su cintura, y la amé desesperadamente, necesitándola hasta querer morir en ella… justo allí, en medio de nuestra intimidad, dentro de la burbuja en la que estábamos.

—Cariño, recuerda que las sensaciones que tú me causas ninguna otra las ha provocado nunca —clamé, gruñendo—. Nadie... hasta que tú llegaste a mi vida y te convertiste en ella.

—Me duele irme...

—No lo hagas —musité sin presión—. Nena... quédate.

—Te amo, Matt, y es duro amarte. Es tan complicado... que necesito desaparecer. Pensar...

Arrastró las manos por mis músculos... Tenía marcas, en mí había señales que demostraban mis pérdidas de control, el motivo de su huida. Cerró los ojos y yo hice lo mismo; quise dejarme llevar, fundiéndome, presa de ese amor tan inseguro que se transformaba en miedo y dolor.

—Llename —suplicó, volviendo a mirarme y a buscar mi boca. Caí contra la almohada y me aferré a su nuca—. Matt, por favor...

El trotar de sus pechos me volvió loco, se movían a nuestro compás. El momento no podía ser más apasionado e intenso, más duro.

—Senos tan perfectos y redondos, tan hechos para mí.

—Más Matt... Más... Más... —Salí, entré. Grité, casi supliqué cuando irrumpí por última vez en su ser—. Dios... Matt...

La llené de mi esencia mientras nos sacudíamos con incesantes espasmos. Entonces, algo que yo temía sucedió: sus manos me tocaron, su lengua me recorrió sin reparos y sus ojos no me abandonaron. Supe que memorizaba con tristeza la unión, mi piel... a mí.

—Nena, me destrozas.

Gisele calló y yo aullé; entendí que con cada roce su alma sangraba como la mía, en medio de ese silencioso adiós. La impotencia me consumió y susurré:

—Te despides.

***

—¡No! —grito y me incorporo.

Estoy sudando, tengo la frente, el cuello y el torso empapados por gruesas gotas de sudor. Miro al frente, topándome con la cruel realidad. Scott y Roxanne me observan angustiados desde la otra punta de la habitación.

—Así no la ayudas —me regaña mi hermana—. Ella se ha ido para que estés bien; no sigas

siendo tan negativo, ¿quieres?

No les cuento de qué ha tratado esa especie de premonición.

—Venga, levántate que son las diez de la noche. —Y más suave, añade—: Tienes que tomar el medicamento...

—No podría olvidarlo —replico.

Me levanto y me meto en el baño, cerrando de un portazo. Trato de mirar hacia el futuro, de hacer frente a los problemas... a mí mismo, a los fantasmas del pasado.

***

Dos días después, creo que estoy consiguiendo mi objetivo: adaptarme, enfrentándome a esta difícil situación sin negar lo evidente, que ella se ha ido, pero estamos en pleno proceso de recuperación.

Bajo a desayunar, con un pantalón largo y sin camisa, ya que está encendida la calefacción. Scott me guiña un ojo a modo de saludo. Me sitúo enfrente de él. Sé que tampoco lo está pasando bien; duerme poco al estar pendiente de mí y tener lejos a su hermana, «su pequeña», como él la llama.

—Tu hermana ha preparado el desayuno y se ha marchado —comenta y asiento. Roxanne y él son un gran equipo—. ¿Qué tal has dormido?

—Bien. —Omito el detalle de la pesadilla—. Si tienes cosas que hacer, sal. Mi madre viene hacia aquí.

Me sirvo zumo de naranja recién exprimido y trato de reforzarme con una buena tostada, cubierta de mantequilla y mermelada.

—Gisele ha llamado —suelta. Furioso, le echo una mirada cargada de reproche—. No hemos querido despertarte.

Doy un sutil golpe en la mesa.

—Estoy harto, estoy cansado de tener normas e imposiciones para hablar con mi mujer..., absurdos horarios que van a acabar conmigo. ¡¿Nadie entiende que esto es peor?!

—Quería ver cómo estabas antes de que hablaras con ella. Gisele está hoy muy optimista y pretendo que estéis en la misma línea.

—Pues me lo dices y finjo —le espeto, tirando la tostada contra el plato—. Voy a llamarla.

Me bebo el zumo de un trago, me limpio con la servilleta y me levanto de la mesa. Decido subir y cubrirme el torso con un grueso jersey y, de regreso, me dirijo al jardín.

Vuelvo a estar nervioso al llamarla. No sé qué esperar, cada conexión es una nueva angustia, y en la llamada deposito esperanzas sobre su vuelta, confiado de que no se tuerzan más las cosas ni se enfríen por su parte.

Dos pitidos, tres... ¿Por qué no me lo coge?

Camino de un lado a otro, dando patadas al aire. Estoy muy agobiado, me altero si no está tan pendiente de mis llamadas como yo de las suyas. Casi no vivo esperándola.

Después de tres minutos de reloj, me devuelve la llamada.

—¿Matt?

—Sí. —Simulo tranquilidad, agonizando por dentro.

—Perdona, estaba en la ducha.

La imagino envuelta en el albornoz, con el pelo empapado.

Suspiro ruidosamente.

—¿Cómo estás? —pregunta.

Es cierto que parece más animada.

—Mucho mejor —miento—. ¿Y tú?

—Compartir contigo las terapias me hacen bien. —Oigo ruido de bolsas—. Ayer estabas guapísimo con corbata.

Me río.

—Y tú con ese vestido verde.

—¿Quieres saber qué estoy haciendo? —lanza juguetona.

Mi pulso se acelera frente a su alegría.

—Por favor.

—Tras la ducha, estoy echada en la cama, con un libro a mi lado, escuchando música y comiendo patatas fritas, pero... —Se ríe a carcajadas. Me siento al borde de la mesa, cautivado por su tono de voz... risueño, coqueto—. Desnuda, sin nada de ropa.

—Gisele... —la regaño.

—¿Humm?

Resoplo.

—No me digas estas cosas, me enloqueces, lo sabes.

—Ajá...

—Eres perversa —me burlo. Con la mano en el bolsillo, me pongo a caminar por el jardín—. Cuéntame más.

—¿Te das cuenta? No discutimos...

Me tenso, no me gusta nada el comentario. ¿Trata de decirme que estando lejos somos más estables? No me resulta agradable que piense así. Discutir con ella, con intensidad, me encanta, porque las reconciliaciones son igual de apasionadas.

—Matt —susurra con incomodidad—, ¿te apetece jugar?

Alzo una ceja, curioso.

—¿A qué, cariño?

—A las adivinanzas. Yo te cuento... Tú me cuentas...

—Eres mi locura. —Empieza a llover y entro en casa. No veo a Scott cerca—. Pide y lo tendrás. No me cansaré de decírtelo.

—Hablemos de mi etapa como chica de servicio. Yo pregunto y, si respondes bien, podrás ordenar... Si tú no aciertas, te quitas una prenda.

—Hecho —digo entusiasmado subiendo a la habitación, el único rincón que ahora me consuela—. Gisele... te amo muchísimo.

—Campbell... Y yo a ti. Ahora más que antes.

—Me relajas —musito—. Gracias por hacerlo más fácil.

La oigo tragar y enseguida entro en su juego. Lo que menos quiero es crispar este momento. Durante más de dos horas hacemos el tonto. Reímos, recordamos. Me pregunta, respondo y viceversa. Terminamos desnudos, calientes y sin culminar con un «final feliz».

Prefiero esperar a tenerla en mi cama, aunque me esté muriendo de ganas de pedirle barbaridades a través del teléfono.

La charla se alarga a pesar de los varios minutos callados, jadeantes por la contención a la que nos hemos sometido. Hasta nos contamos qué hemos comido.

Todo por estar juntos de alguna manera.

Al terminar de hablar con ella, sigo sonriendo... El camino es menos doloroso, ahora se

vislumbra más llevadero. Sé que podremos.

***

Oigo el sonido del ¿despertador? Trato de apagarlo de un manotazo, pero insiste. Caigo en la cuenta de que me están llamando y, casi cayéndome de la cama, respondo con una sonrisa.

—Hola —canturrea Gisele—. Me he adelantado, ¿eh? Scott dice que dormías.

—Buenos días, cariño.

—¡En pie!, nos vamos a correr.

—¿A correr? —pregunto, comprobando el tiempo. La lluvia ha dado paso al viento, con algunos tenues rayos de sol entre las nubes.

—Sí, Carlos dice que es bueno que te sigas manteniendo en forma. Te acompaño, ¿te parece?

—Me encantaría, dame unos minutos. No cuelgues.

—No, para algo tenemos tarifa plana.

No dejo de reírme mientras busco entre mis prendas un chándal gris que sé que a Gisele le encanta. Me peino frente al espejo del baño; hoy mi cabello está bastante rebelde y tengo que mojármelo. Me cepillo los dientes y vuelvo al dormitorio.

Me calzo las deportivas y, con el teléfono en la mano, le digo a Scott por señas que voy a salir. Asiente sonriendo, trabajando desde el ordenador portátil en la sala.

Ya en la cocina, me bebo un vaso de leche y me tomo las dos pastillas que me corresponden... He dejado de verlas como si fueran mis enemigas. Cojo una mochila y echo dentro lo justo para cubrir mis necesidades al hacer deporte.

Me la cuelgo a la espalda.

—Nena, ya estoy en la calle. —Cojo las llaves y cierro—. Por cierto, no me has dicho cómo has amanecido hoy. Has irrumpido con mucha energía.

—Nada como un buen café y una llamada a mi señor Campbell —se regodea. Empiezo a correr; me cuesta, hace días que no practico ningún deporte—. ¿Cómo vamos? ¡Un, dos, un dos!

—No te oigo correr. —Entro en su juego.

—¿No?

Enseguida se oye cómo trota, el sonido de sus pisadas en un mismo lugar. No sé cómo lo hace, pero consigue que olvide la situación en la que estamos. Me hago a la idea de que está viajando por cuestiones de trabajo.

—¡Cuánta gente en la calle! —grita acelerada. Maldita sea, me encanta esta Gisele—. ¿Ponemos música?

—A ver...

Una canción de Pablo Alborán.

—Ohhhh, ohhhh, ohhh —tararea a pleno pulmón.

—Hoy estás muy feliz —comento asfixiado, confuso, dándome más caña—. ¿Puedo saber por qué?

—Porque he soñado contigo, porque poco a poco veo que vamos encontrando lo que perdimos... Porque te quiero, Matt.

Un soplo de vida me levanta otro poquito hoy. Sigo sonriendo, embobado por la gran mujer que tengo conmigo. Hay grandes avances en nuestra relación en escasos días.

—Yo no he dejado de soñar contigo desde que te fuiste —confieso.

—Lo sé... —Se apaga, aunque por poco tiempo, y añade—: Humm, ¿no serán sueños

guarros?

—A veces...

—Esto se pone caliente —dice y dejo de oír cómo corre—. ¡A beber agua para enfriarnos!

«Ya lo necesito.»

Tengo el pene exaltado, durísimo, al recordar sus curvas femeninas. Encendido, hago una parada y me agacho, con las manos en las rodillas, recuperando el aire, ya que he perdido la práctica.

—Gisele, no me sueltes.

—Jamás.

«Ahora lo sé.»

***

Durante las siguientes tres semanas, en eso se basa mi vida, en estar con ella, de su mano… Incluso voy a terapias en las que Gisele está presente a través de videoconferencias. Cada día me siento con más ánimo y me estoy adaptando al ácido valproico, a la quetiapina, algunas de las pastillas que tomo.

Otra vez duermo y me alimento mejor, mi cuerpo no reacciona con tanto rechazo y los efectos secundarios han disminuido, casi desaparecido.

Pero, sobre todo, mi humor mejora, porque el tiempo se acorta y la vuelta de Gisele se acerca. Hablamos a diario, le permito que controle el tratamiento, que se involucre. Las conversaciones son menos serias, suele haber risas, alguna que otra broma subida de tono.

Aunque sigo hecho pedazos por no tenerla aquí.

Por otro lado, las pesadillas se han vuelto parte de mi vida, con una palabra que se repite en cada una de ellas: «quédate». Gisele nunca me oye y termina marchándose para no volver.

A pesar de ese miedo, mi confianza en mi mujer se ha reforzado, ya que está cumpliendo su palabra de no abandonarme, incluso con la distancia que nos separa.

No es como mi madre biológica, jamás lo haría.

—¿Adónde vas, cielo? —me pregunta Karen.

Hoy toda mi familia está en casa.

—A terapia, Gisele ya me espera para poder realizar la videoconferencia.

—Ayer hablé con ella, mándale besos. —Se aproxima y me pone bien el cuello de la camisa, la corbata—. Estás muy guapo, hijo.

—Ya queda poco. —Le guiño un ojo, animado—. ¿Vamos, Scott?

—Sí, y tu hermana dice que también viene.

Miro a ambos, en este mes han hecho muy buenas migas. Jamás lo hubiese creído: ella, la chica pija; él, el tío más campechano de la tierra. Totalmente incompatibles.

Noa sonríe a su marido, ante la complicidad de Roxanne y Scott.

Mis ojos navegan por el vientre de Noa, que va creciendo. Me da cierta pena. No veo el momento de ser padre, de que Gisele me regale algo tan grande y maravilloso que nos una de por vida.

—Como queráis —digo finalmente.

Poco tiempo después estamos en el gabinete de Carlos; les pido que me esperen fuera. Cuando abro la puerta de la consulta tras llamar, él me pide que me siente.

—Qué me cuentas —empieza, con la libreta a su lado para anotar.

—Estoy mucho mejor, las cosas son más llevaderas.

—Hoy te enfrentas a una terapia complicada.

Cruzo los dedos debajo de mi mentón y asiento.

—A Gisele también la noto más entera —me dice, preocupándome. Se coloca recto, alertado por mi comportamiento—. ¿Qué piensas?

—¿A qué crees que se debe? —Me señala con el bolígrafo—. A veces los celos vienen para atormentarme. La imagino cerca de otro, sin poder hacer nada. —Trago saliva.

—Matt...

—Estoy muerto de celos —lo interrumpo—, aunque ella no lo sabe, por supuesto. —Y añado —: No quiero pensar cosas malas, maldita sea, pero es imposible.

—Lo estás haciendo muy bien —me elogia.

Más tranquilo, se vuelve a su izquierda y enciende el ordenador. Tras varios segundos de espera, la primera visión en la pantalla es Gisele sonriéndome. El corazón se me acelera, me inflama el alma y, sin importarme la presencia del médico, me pongo de rodillas.

Le acaricio la cara en la pantalla.

—¿Cómo estás? —pregunto. Va de marrón, ropa fina y larga, sé que con la intención de despistarme—. Estás preciosa, nena.

—Te extraño, me encanta tu corbata —ronronea y mueve el dedo índice. Me acerco—. Tengo algo que contarte —baja el tono—. Es muy importante.

Miro a Carlos por encima del hombro, estamos justo antes de empezar una nueva sesión en la que abordaremos el tema de mis padres biológicos, el reencuentro que tuvimos hace poco más de un mes, y adivino que Gisele intenta calmarme.

—Os dejo unos minutos —dice Carlos, riendo.

—¿Qué pasa? —le insisto a Gisele, cautivado al verla.

—Mañana, tú y yo solos haremos esto en casa, ¿te apetece?

Su pícara sonrisa y su voz coqueta me arrancan una carcajada.

—Será un placer, señora Campbell.

Capítulo 27

Fue nuestro amor

—¡¿Queréis iros?! —Echo a Roxanne, a Scott y también a Noa y a Eric. Mis padres sonríen, empujándolos como yo—. Gisele me espera, joder. ¡Fuera!

—Venga, daremos una vuelta y cenaremos contigo —dice mi padre.

Scott se parte de risa y se burla:

—A saber qué harán para que nos esté echando.

Termino riéndome con ellos y, como un quinceañero en su primera cita, subo corriendo la escalera. Es la primera vez que Gisele y yo estaremos solos, sin nadie. Me recuerda a cuando tuvimos nuestro encuentro sexual vía ordenador, siendo yo aún su jefe y ella mi empleada.

Esta noche he dormido muy bien gracias a su propuesta de ayer. Me he afeitado y me he arreglado como a Gisele le gusta, seré su señor Campbell.

Me siento en nuestra cama para que no olvide lo que le aguarda a su vuelta: no saldrá de ella... no hasta que sienta que ya no podemos más, que hemos recuperado los días perdidos.

Cuando aparece en la pantalla, resplandece mi sonrisa.

No hay nadie más perfecta que ella y se lo hago saber.

—Eres mi locura, mi sensual diosa, esposa.

Curva los labios y, apasionada, se aleja y entra en la ducha. ¿Qué hace ahí? Sufro una convulsión. Está completamente desnuda. Reaparece mi Gisele, viva, alegre, la mujer de la que me enamoré.

Me pongo cardíaco, mañana hará un mes que no nos tocamos y es imposible no sentirme hambriento. Me ajusto el miembro.

—Supongo que me extrañas. —Se arrodilla. Mi erección aumenta. Me quedo impactado con su sorpresa—. Quiero complacerte en lo que me pidas, no saciarte, lo sé.

Sólo puedo gruñir, sonreír, amarla. Estoy tan caliente que creo que voy a estallar. Estiro el brazo, fantaseando con que la estoy acariciando.

—Te necesito tanto... —susurro—. Te amo más que nunca. Porque, aunque duele, estás cada día. No me abandonas... Es complicado hacerte pasar por todo esto, pero sé que nos está consolidando.

Desde ese momento se mueve con posturas eróticas, tocándose, pidiendo que me toque. Volvemos a caer en este juego, morboso y diferente, calentándonos frente a una pantalla. Nos entregamos en medio de confesiones y una de Gisele me impacienta.

—Quiero verte gozar; pronto estaré en casa y quiero que recuerdes cómo nos hemos amado igualmente, sin importar nada.

La complicidad entre nosotros aumenta, la pasión nos desborda. La intensidad nos sigue consumiendo, enfrentándonos a esta lejanía.

Me sonríe, está preciosa, alegre.

La necesito, me va a explotar el pecho de lo mucho que la amo.

Al acabar, estamos eufóricos, satisfechos, no saciados. Nos hemos corrido juntos, desesperados. Una vez más, la intensidad se manifiesta entre nosotros con la pasión.

—Matt... Salgo en el primer vuelo disponible de mañana, no puedo más —dice de pronto, ilusionada—. Te quiero abrazar y que me mimes, quiero que tus brazos me rodeen cada noche. Te añoro mucho...

Mi mundo vuelve a cobrar sentido, la vista se me nubla.

Aguanto el tipo, pues no quiero romperme. Lo haré cuando la tenga entre mis brazos, sin permitirle que vuelva a escapar.

Gisele se ríe a carcajadas, contagiándome su felicidad. Me muevo hacia un lado para coger el pantalón e intentar dejar aparcada la conmoción. Al incorporarme, algo cambia. Hay un momento en que esa sonrisa se desvanece, preocupándome, y musita:

—Mañana te llamo... Te quiero.

La conexión se corta tras hacerle una broma. Me quedo extrañado por su acelerada despedida, pero decido no darle más importancia de la que tiene. Mañana estará aquí y tengo mucho trabajo por delante.

Inspiro, temblando.

«No puedo creerlo.»

Entro en la ducha y vuelvo a recordar lo increíble que ha sido lo que hemos vivido hace unos segundos. Sin querer, estoy tocándome solo, sin apartarla a ella de mi mente, regalándole cada sucio pensamiento, cada desgarrador suspiro.

Es extraño entre nosotros no tocarnos en días y la situación ha durado semanas. Después de lo que ha sucedido, si hubieran pasado más días sin que volviera, hubiese recorrido el mundo hasta encontrarla y estrecharla.

—Dios... —gimo y me vacío, con la cabeza echada hacia atrás.

Me convulsiono durante unos minutos, casi gritando, sin contenerme. Es a ella a quien tengo en mi mente mientras culmino el momento.

Me quedo pensativo, en estado de *shock*. Cuando salgo, soy otro hombre, uno que irradia felicidad por cada poro de su piel.

Le mando un mensaje a Scott pidiéndole que venga lo antes posible. No recibo contestación. Hoy preparo las pastillas que he de tomar con otra clase de pensamientos, más positivos aún.

No sé ni por dónde empezar. Cojo el teléfono para encargar flores, pero un número desconocido se refleja en la pantalla.

—¿Sí? —pregunto, buscando las llaves del coche que nos regalaron y que Gisele querrá ver al llegar. Está sin estrenar, para ella.

—Soy Amanda...

«¡Puta mierda!»

—Ni se te ocurra joderme —la amenazo, sin controlar mis emociones. No hay tregua esta vez —. Mi vida está cambiando; te deseo todo lo mejor, pero te quiero lejos de mí.

—¿Cómo estás?

—¿Me estás oyendo? Amanda, estoy recuperando a mi mujer. No quiero ser brusco, pero déjalo estar.

—Algún día podrías necesitarme y para ti estaré siempre.

Se me cae un cajón lleno de objetos por los nervios. Me maldigo, valorando si cortar la

llamada sin más explicaciones. Sin embargo, en el fondo no soy tan frío. Sé que ella ha sufrido mucho.

—En ese caso, te llamaré —le hago creer—. Adiós.

Cuelgo el teléfono y recojo las cosas del suelo. Al levantarme, me encuentro con los golpes que hay en la pared; son míos, y me cuesta verlos cada vez que abro los ojos al despertar.

Tendría que avergonzarme por haber permitido que mi puño se soltara durante las noches..., pero lo hago en pleno sueño, inconsciente, atontado por las pastillas... y también agobiado por las pesadillas y, sobre todo, al tantear la cama y sentirla vacía... sin el calor de Gisele fundido con el mío.

«No soy el responsable», me digo, recordando las palabras de Carlos. Además, ya hace unos días que no lo he vuelto a hacer.

***

—¿Qué pasa? —dice Scott. Me sobresalto con su irrupción. El resto de mi familia lo acompaña. Son una piña—. Pero bueno..., esa cara es la de un hombre feliz.

«Será capullo.»

—Vuelve mañana —anuncio sobrexcitado, eufórico—. Quiero a todo el mundo trabajando: debe haber flores, el perro… Necesito prepararle una inolvidable velada de San Valentín, ¿me habéis oído?

—¡Qué buena noticia! —grita Roxanne, mirando de reojo a Scott.

Noa señala con la mirada la pared.

—No he querido preocuparla —le explico—. En cuanto llegue, le contaré en qué condiciones ha sucedido, que no le he fallado.

—¿Nos ponemos manos a la obra? —Karen cambia de tema—. Esto hay que celebrarlo. ¡Que todo quede perfecto!

—Quiero rosas rojas, la casa preparada como la noche de bodas. Cubrid el jardín, allí quiero que esté cada detalle, la cama. Encargad una cena para que esté lista sobre las nueve. — Y les pido, o más bien exijo—: Sé que tenéis muchas ganas de verla, pero os agradecería que mañana nos dejéis solos.

—Claro —contestan al unísono.

Tengo tantas ideas... como, por ejemplo, velas, ya que de pronto se me ocurre que no pueden faltar. Será el día más especial que vivamos juntos, porque ya no habrá más separaciones.

Empezaremos de cero.

—Iré un momento a la empresa de paso que voy a comprar algunas cosas personalmente, estaré de vuelta enseguida —los aviso, sonriente. Todavía sigo impactado por la noticia—. He de decirle a Denis que estaré más tiempo ausente aún, ya que quiero regalarle a Gisele un viaje y perdernos un poco.

Roxanne carraspea y deja caer:

—De todas formas, todavía no era prudente volver al trabajo. Recuerda el consejo de Carlos.

—Sé lo que tengo que hacer. Ahora que mi mujer vuelve, no voy a destruirla de nuevo —advierto, cansado de la puta enfermedad.

Mientras camino con Denis, mi necesidad de fundir la tarjeta de crédito me alarma. Son signos de debilidad que denotan un nuevo episodio de bipolaridad.

Pero no se lo explico hasta que encuentro lo que busco.

—¿Tendría dos? —le pido a la dependienta.

—Claro que sí, ¿se las pongo?

—Sí; dese prisa, por favor.

Son dos velas anaranjadas con forma de corazón, en un recipiente de cristal transparente. Quiero que sea un símbolo nuestro, que las dos llamas estén encendidas como lo seguimos estando nosotros.

Las manos empiezan a escocerme, la ansiedad de querer malgastar dinero me asusta. Es el síntoma de una nueva crisis y, aterrorizado ante la posibilidad de cagarla de esta manera, se lo cuento a Denis.

Salimos de inmediato y nos detenemos en una cafetería próxima, en pleno centro de Marbella.

—No sabes cuánto me alegro de que vuelva —comenta él y pide dos Coca-Colas. No debo beber alcohol—. En la oficina lo tengo todo controlado.

—Lo sé. —Miro el teléfono, que acabo de encender. Hay tres llamadas perdidas. Mierda—. Denis, Amanda me ha llamado.

—Matt...

—Mañana, en cuanto Gisele llegue, se lo contaré, no quiero secretos. —Sonrío melancólico —. Hoy estaba preciosa, era ella, Denis. Sonriente, tierna. ¿Cómo podría no valorarla ahora?

—Quizá pronto te haga padre.

—La convenceré —bromeo.

—A por ello.

Brindamos con los vasos. No quepo en mí de alegría. Estoy exaltado, pero no como me sucedía antes, sin control, ahora en el buen sentido.

—Sabes que me muero por serlo, por eso caí en las redes de Amanda. Ella sí quería ser madre, pero Gisele… ya no sabía qué hacer para convencerla de que tuviéramos un hijo...

«Por no hablar de las trampas que le hice», me callo.

—Tenéis tiempo.

—Ahora nos sobra. —Me pellizco el puente de la nariz—. Dile a Diego que Gisele regresa, por si quiere ofrecerle algún reportaje... —Denis abre los ojos como platos—. Sólo quiero hacerla feliz, apoyarla en su carrera.

—Tu cambio impresiona.

Si supiera lo duro que está siendo, lo que estoy sufriendo para estabilizarme, para controlar los cambios de humor. Las pastillas no son mágicas y para que funcionen se requiere un proceso de aprendizaje en las terapias, por eso no dejo de acudir a Carlos dos veces por semana; más adelante será cada semana o cada quince días, pero ahora mismo estoy muy vulnerable y no debo bajar la guardia. Cualquier suceso que me impacte podría derrotarme.

—Me queda mucho aún —murmuro—, estoy remontando, pero con las cosas claras.

—Me alegro.

—Bueno, me voy, que he de prepararle a Gisele una bienvenida como se merece. No se arrepentirá de haber vuelto.

Los dos nos reímos.

—Te acompaño a tu casa —dice, mientras paga la cuenta, alejándome de la tentación de gastar. Se lo agradezco en silencio—. Habrá que colaborar con la sorpresa a la señora.

Ya en casa, seguimos festejando la novedad del día siguiente. Cuento las putas horas, que pasan lentamente. Estoy muy cansado, se me cierran los ojos, y cuando Karen lo nota, me pide que los deje seguir a ellos.

Me niego, porque es tan especial para mí volver a verla que no quiero que nada salga mal. Estoy dispuesto a involucrarme hasta en el último detalle que mañana, a estas horas, estaremos disfrutando los dos solos.

—No puedo creerlo —repito una y otra vez, radiante.

Cuando por fin puedo irme a la cama, no tardo en dormirme. La pesadilla se repite, hoy es peor. Mi súplica se vuelve agónica con la palabra: «quédate».

—Basta —imploro, moviéndome en la cama—. ¡Basta!

—¡¿Qué pasa...?! —Hoy es Roxanne la que se encarga de ahuyentar los miedos que me presionan cada noche—. Duerme, Matt.

«Es lo que quiero.»

Con el amanecer, dejo atrás el maldito espejismo que se empeña en acosarme. Soñoliento, cojo el móvil, que está sonando. La cama está muy desordenada, parece que hayamos dormido cuatro o cinco personas en ella.

Sonrío, serán las ganas de darle duro a mi descarada esposa.

—Matt... Ayer me precipité. Necesito un poco más de tiempo. Me siento bien aquí, me gusta esto.

Capítulo 28

El ruido

Doy vueltas por la habitación con las manos en la cabeza, a punto de destrozar cada rincón del refugio. Mi mente me dice que adelante, mi corazón grita prudencia. Hiperventilo, sin aire.

No sé qué está pasando, la estoy perdiendo. Tras la angustiosa conversación, le he colgado sin entender su actitud, sus palabras. Ha dado marcha atrás, se niega a volver hoy, como había prometido.

—¡No tiene las cosas claras! —le grito a su hermano, que está descompuesto—. ¿Acaso está jugando conmigo? ¡Ayer me promete volver, le trato de dar el cielo y, sin más...!

—Tiene que haber un motivo —insiste él.

—No me la creo, me habla de espacio, de inmadurez. ¡Que se ha sentido utilizada! ¡¿A qué coño viene esto?! —Me tapo la cara sin saber cómo actuar. Estoy roto por dentro—. No está preparada... ¿Qué más quiere de mí, Scott? ¡¿Qué?! Si se lo estoy dando todo.

—Volverá, te lo ha dicho.

—Pero ¡¿cuándo?! —Levanto la mirada, presionándome los ojos—. Me pide que luche, ¿en qué sentido? Más no puedo hacer, ¡estoy siguiendo sus pautas!

—Voy a llamarla.

Scott, enfadado, me arranca el teléfono. Serio y pálido, se queda callado esperando una respuesta que no llega.

No pierdo la esperanza, Gisele me ha pedido tiempo, ha insistido en que va a volver, pero casi cortando la comunicación que hasta ahora hemos tenido.

Esto es un palo enorme, decepcionante.

Jamás hubiese esperado una conversación tan tensa, tan llena de reproches justo hoy. Ha destrozado mis ilusiones, las que ella misma creó durante el encuentro sexual. ¡No quiero creerlo!

—No responde —maldice Scott en voz baja.

—¿Qué está pasando? —La pregunta es más para mí mismo que para él—. Alguien le está comiendo la cabeza, Scott. ¡Son excusas porque ha dejado de quererme!

—Escúchate, Matt. —Me aprieto las sienes, intento recapacitar—. ¿La crees capaz de jugar de esta forma contigo? Mi pequeña daría su vida por ti. Tranquilízate, vamos a averiguar por qué pospone la vuelta.

El aire me abandona, me estoy asfixiando y Scott, que se da cuenta, corre a mi lado. Abre la ventana y me ayuda a recuperarme de este principio de ataque de ansiedad.

Siento que si Gisele me deja voy a perder la cabeza, no dudo que me volveré loco. Sin ella no soy nada ni nadie. Es la única persona que ha sabido quererme tal como era, con mis virtudes, mis defectos y mis problemas.

Me levantó cuando estaba hundido en la miseria. He sido posesivo, a veces destructivo, pero por los miedos a que fuera como todas que me aplastaban. ¿Cómo he pensado tan mal de mi mujer? «Se ha agobiado», me digo. Tiene que haber una solución.

«Recapacita.»

He llegado a una conclusión rápida, confusa. Voy a darle tiempo, todo el que quiera, pero que me lo pida, que me hable..., que me dé razones y me calme.

—Scott —susurro, estático, mirando al vacío—. ¿Y si le ha pasado algo? ¿Y si la están obligando a dejarme?

Me sirve un vaso de agua, alterado.

—Matt... —intenta advertirme.

—¡No! ¿La oíste ayer? ¡Por Dios, Scott, era feliz!

—Ya..., pero no te engañes, ha sido clara. —Baja la voz.

Me bebo el agua que me da y me quema la garganta por lo seca que la tengo. Me atraganto, ni siquiera el líquido me entra. No entiendo por qué Gisele está actuando de esta forma, pues no ha dejado de animarme, de buscar un entretenimiento diario.

—¿Qué hago? —digo, soltando el vaso y dando pequeños golpes con mi puño izquierdo en la palma derecha—. ¡¿Qué hago?!

—Tranquilo, Matt, ella está bien... Es su decisión.

—¡No la acepto!

—Habla con ella. —La decepción también se hace presente en sus facciones—. No puede ser, ¿de acuerdo?

—¡Lo sé...!

Triste y lloroso, vuelvo a llamarla.

***

—No me da ni una respuesta ni nada —le cuento a Scott—. Ha contestado la llamada sin hablar. Estaré aquí, estaré aquí... —consigo decir, angustiado—. La esperaré, tiene que volver.

—Matt, la buscaremos si hay que llegar a ese extremo.

—Lloraba, Scott, ¡lloraba destrozada! —Lo miro, tan dolido como la he oído a ella—. Si se siente así, ¿por qué no regresa?

—Yo tampoco lo entiendo.

¿Y si...? Dejo vagar la vista por la casa, respirando a duras penas.

—¿¡Dónde está Álvaro!? —grito, descomponiéndome a medida que mi cabeza se monta películas—. Habla con tus padres, Scott, ¡dime que no están cerca!

Scott no es capaz de pronunciar palabra. Como los mejores amigos que somos, nos miramos a los ojos. En los suyos vislumbro las mismas dudas que en los míos. Hay pánico, incertidumbre.

—Dime la verdad, Scott. —Rompo a llorar como un niño pequeño—. Me destroza la vida si no vuelve.

—Vamos a esperar. Iré a Lugo, hablaré con mis padres. Olvida lo de Álvaro, ya no hay nada entre ellos.

—No puedo, no puedo, ¡no puedo! —repito sin cesar. Los escalofríos me asaltan. Me dejo caer al suelo, resbalando la espalda por la pared—. Localízala, no quiero presionarla... Me estoy muriendo.

—Llama a tu familia —murmura, arrodillándose a mis pies—. Explícales lo que ocurre.

Saldré mañana por la mañana. Vamos a dejarle que piense bien las cosas durante el día de hoy.

—¿Qué ha pasado? —No dejo de preguntarme—. Ayer ella reía, ayer compartimos momentos inolvidables. ¿Qué le están haciendo?

Noto una opresión en el pecho, un sabor tan amargo en el paladar que me cuesta tragar. Veo un poco borroso, la imagen de Scott se difumina mientras lo miro. Tras unos angustiosos segundos, vuelvo a ver bien.

—Matt, me duele decirte esto, pero me temo que no hay nadie que la esté influyendo. Ha dicho que no estaba preparada.

—¡¿Entonces?!

—Es algo suyo... Estoy tan confuso como tú.

—Déjame solo, por favor. No quiero ver a nadie.

Me incorporo, tambaleándome. Mi cuerpo es puro plomo y mi mente un laberinto en el que no hallo una salida. Me niego a creer que no haya sido sincera, que me haya estado engañando.

Sus ojos, que conozco tan bien, desprendían felicidad. Es cierto que se le empañaron al terminar la conexión. Mientras subo al dormitorio, rememoro lo sucedido, necesitando localizar el detonante de su decisión. No encuentro nada, no sé si es que no lo hay o que yo sigo estando ciego...

Me lanzo a la cama y ahí desgarro la ropa que llevo puesta. Me tomo una pastilla para dormir, deseando despertar y que todo quede en una horrible pesadilla.

***

Me despierto alterado y recorro con la mirada la habitación. Estoy a oscuras, pues las luces están apagadas y fuera ya es de noche. Me levanto de la cama y salgo como una bala hacia abajo; adormilado como estoy, me tropiezo en el penúltimo escalón, pero consigo estabilizarme.

Voy en bóxers; fuera llueve, pero ni siquiera me importa cuando me planteo que saldré fuera un rato.

Mis padres, que están solos y cuchicheando, se me quedan mirando. Se los ve apenados, no saben qué decirme. Sé que no hay consuelo para este dolor que me está desgarrando el corazón.

—¿No ha llamado? —pregunto con voz pastosa.

—No... —contesta mi padre—, tampoco responde a las llamadas.

—¿Tienes hambre, cielo? —pregunta mi madre.

Le digo que no.

Siento un pesar en el alma y me escuecen los ojos, que tengo hinchados de tanto como me he desahogado justo antes de dormir. Hoy la pesadilla me ha dado una tregua y temo que el motivo sea que se ha convertido en realidad.

—Estaré fuera —les comunico—. No me molestéis, por favor.

—Hijo...

—¡Ahora no, papá! —lo interrumpo y salgo al jardín.

La mesa sigue preparada; sólo falta la cena, que nunca se servirá. Los pétalos dibujan un camino y, sobre el cristal, las dos velas que ayer compré.

Apago la luz, dejando un ambiente íntimo.

Sin hacerme a la idea de que esto esté sucediendo, enciendo la música y empieza a sonar una canción de Bisbal que refleja este momento, y prendo las velas... como lo hubiese hecho de estar Gisele aquí. Hay una foto de los dos, besándonos; el reflejo de lo que quiero que sigamos siendo.

Fue el día de su veinticinco cumpleaños, que celebramos aquí mismo por todo lo alto, solos, antes de que se desatara la locura en mí.

Suelto un gruñido al cielo, desgarrado.

—Vuelve... —suplico, acariciando en la imagen su pelo, su cara—. ¿Dónde estás? Por favor, cariño, vuelve a casa.

Cierro los ojos, apretando los párpados. Trato de buscarla, de oír su voz mentalmente. Pero ya no queda nada de la Gisele Stone que amo, ya que, a causa de su cobardía, se ha negado a darme más explicaciones. Al mirar hacia la mesa, empiezan a temblarme los dedos.

Una de las llamas de las velas, la que está próxima a la imagen de Gisele, se apaga. La que en teoría es mía se aviva aún más. Lleno de malas vibraciones, vuelvo a encenderla...

Una repentina ráfaga de aire se cuela en este espacio cerrado... La vela no es capaz de resistir dos segundos, cuando la oscuridad se cierne sobre el apagado corazón. No quiero pensar, ¡me niego a creer que la llama del amor de Gisele por mí se haya extinguido!

—Ayer me quería —susurro—. ¡Me lo juró!

Con manos flácidas, cojo el teléfono de casa, que está sobre la mesa, y marco... Lo tiene encendido, pero los intentos que hago son fallidos. No obtengo nada por su parte. Ni una palabra de aliento, de arrepentimiento o de esperanza.

—¡Hijo! —Oigo a mi madre justo antes de estampar un vaso contra la radio—. Matt, por favor.

—¡Dile que vuelva!

—Llama a Carlos —le pide mi padre a mi madre—. Rápido.

Levanto las manos y caigo de rodillas sobre el césped.

—¡No voy a dejar el tratamiento...! No recaeré esta vez —me convenzo—. Porque Gisele va a volver y no voy a defraudarla —balbuceo entre lágrimas—. No me haría esto, ¡me ama!

—Lo sabemos —murmura mi padre, tratando de levantarme. He perdido la fuerza—. Esperemos noticias de Scott.

—Decía que ha perdido la calma —recuerdo en voz alta, atormentado, meciéndome hacia delante y hacia atrás—, que se la he robado. ¿Por qué ahora? ¡¿Por qué?!

—Confía en su palabra...

***

Transcurre una semana más. Me han aumentado la dosis para conciliar el sueño, ya no duermo si no es con pastillas. Estoy como drogado, no sé qué está sucediendo más allá de mi habitación.

Acepto el tratamiento para que los días sigan pasando y acabe este dolor que, con cada segundo que pasa, abre una brecha más profunda en mi pecho, un dolor que ya no aguanto.

Es demasiado, me está partiendo en dos.

—¿Scott? —pregunto entre sueños. Creo ver su silueta, hace una semana que se fue a Lugo en busca de noticias—. ¿Y Gisele? Dime que la traes de vuelta, he dejado de creer en todo... La necesito, por favor.

Se aclara la voz y murmura:

—No consigo localizar a mis padres; me consta que Gisele les ha solicitado ayuda, pero piden tiempo. Ella está muy tocada sentimentalmente.

El perro de Gisele ladra... Lo arropo con la sábana y susurro:

—Pero ¿por qué? —Me incorporo, siento mareos. A su lado, Roxanne llora, acariciándome el pie—. ¿Qué he hecho esta vez?

—No lo sé —admite.

—Dile que, si me he equivocado en algo, me perdone. —Oigo otro llanto, que se suma a mi voz ronca. Mi madre y Noa lloran juntas en la puerta—. No me engañéis, por favor.

—No sabemos nada —consigue decir Noa—. De un día a otro he perdido a mi amiga y a ti te veo tan mal... Ya no sabemos qué hacer.

—Llamad a Carlos. —La ansiedad regresa, es eterna. Se ha instalado conmigo—. No tengo fuerzas y necesito levantarme... Buscadla.

Mi hermano Eric apoya las manos en los hombros de su mujer.

—Que le vuelvan a regular las pastillas —dice con una amarga mueca—. No puede seguir así. Debe levantarse. Esto no es sano. Que la busque y ella dé la cara.

Scott baja la mirada; aunque es su hermana de la que hablan, él opina igual... Y yo vuelvo a caer en un profundo sueño, en el que, una noche o un día más, le pido que se quede.

Capítulo 29

Mi soledad y yo

He perdido la noción del tiempo. A estas alturas todos están esperando que abandone el tratamiento, que pierda la razón. Y es cierto, a veces flaqueo.

Pero me mantengo constante en ese pensamiento. No caer es mi objetivo. Me estoy volviendo más flexible que nunca en cuanto a Gisele, permitiéndole que haga lo que quiera, comiéndome mis celos..., ya que continúa sin dar señales de vida.

Ya son demasiados días. Miro el colgante del medio corazón que me regaló en las Navidades y estoy a punto de arrancármelo de un tirón. Me hago muchas preguntas que siguen sin tener respuestas.

Me siento muy solo, incluso rodeado de gente.

Mi imagen en el espejo es la de un hombre que ha perdido la ilusión, sin vida en los ojos. Ya no distingo el verde que antes brillaba, porque ella no está. Sigo persiguiendo la idea de que vuelva, para poder seguir y mantenerme de pie. Estoy hecho una auténtica mierda.

Abro el armario, lleno con la ropa de ambos. La nostalgia me visita con frecuencia, hoy tampoco desiste de estar aquí. Mi mundo se está derrumbando, no consigo remontar.

—Matt. —Sin hablar, miro a mi hermana—. ¿Qué vas a hacer? Hoy te vemos más consciente y nos preocupa.

—Me voy, Roxanne.

—¿Qué? —Corre a mi lado y ve las maletas.

—Voy a buscarla, no me resigno a perderla. Es un dolor tan grande el que tengo por su ausencia, que son como puñales por todo el cuerpo y no aguanto más.

—Ya no sé qué pensar...

—No hables mal de ella —le ordeno y miro al frente. Rozo uno de sus jerséis, su camisón de dormir. Hundo la nariz en la tela, reconociendo su aroma. Gruño, contenido—. Siempre he sabido que no era suficiente para Gisele.

—No digas eso.

Paso los dedos por la prenda, la aprieto. Me refugio en lo que me queda de mi mujer. Esta situación es como estar en medio de un desierto sin agua. Se me va la vida.

—¿Puedo pasar? —Es Scott. Asiento, sin permitir que los sentimientos afloren—. Déjame a solas con tu hermano, por favor.

Roxanne cruza la habitación y Scott se sienta en la cama; me pide que tome asiento a su lado. Con el camisón de Gisele en la mano, me acomodo a su izquierda. También está agotado, tiene muy marcadas las ojeras, que antes no se mostraban en su rostro.

—¿Adónde vamos? —pregunta.

—¿Vamos?

—Voy contigo. —Me muerdo el labio y aprieto la mandíbula—. Te estás haciendo demasiado daño.

No sé qué decir. Y sí, me estoy destruyendo.

—Gracias, Scott.

—No seas idiota. —Me empuja, quitándole hierro al asunto. No quiere emocionarse y saca su coraza; yo, la mía, parpadeando repetidas veces—. Hagamos una cosa, insistamos hoy y, si mañana no nos ha contestado, iremos a Lugo, a Madrid... Donde quieras.

Gimo, asintiendo. Otro plazo.

—Dame el teléfono. —Scott lo saca del bolsillo y lo deposita en la palma de mi mano, que está morada de apretar la tela.

—Te dejo solo.

Espero que salga y, decaído, dominando las emociones, lo vuelvo a intentar. El frío contestador es quien hoy me responde. Ya no sé ni cuántos mensajes le he mandado, mucho menos las llamadas que le he hecho, y opto por esta vía.

Jugar las últimas cartas antes de ir a buscarla.

—Cariño... —susurro tembloroso—, supongo que no estás leyendo mis mensajes, de lo contrario estarías aquí. Estoy muy mal, te echo tanto de menos que prefiero morir a seguir así. Nena —imploro con voz quebrada.

Barajo la posibilidad de que me escuche y tome el primer vuelo. Necesito que me abrace y olvidemos esto. Sé que es difícil..., pero al menos podría acabar con esta maldita congoja.

—No sé qué está pasando —retomo, cada vez con menos voz—. Vuelve, prometo no hacer preguntas, pero ven a casa... Ya no sé qué hacer. No sabes lo duro que es despertar y que tú no estés, que no me respondas... Cariño, por favor, no puedo más.

Mis heridas empiezan a sangrar por dentro.

—Te amaré siempre, Gisele. Sé que estás con tus padres; no te lo reprocho, sólo dime qué he hecho mal. Estoy perdido, mi vida. Si necesitas más tiempo, sólo pídemelo, te lo daré, pero no me prives de ti. ¿Quieres que vaya a buscarte?

»Si necesitas verme para recordar lo que te hago sentir, háblame e iré donde me pidas. Mi vida está vacía, no hay nada que me mantenga en pie. Quiéreme como antes, por favor. No me dejes así.

Me tiro del cabello, observándome en el espejo. Casi soy otro, no me reconozco. He perdido peso, estoy demacrado.

Me tiemblan tanto las manos que el teléfono no se fija en mi oído.

—Estoy rozando la locura —continúo, abriéndole mi alma—. La casa está intacta, todo está preparado para cuando vengas. *Tomy*... *Tomy*... —No soy capaz de seguir—. Llámame, por favor. Acaba con esta eterna agonía que ya no es soportable.

Me rindo y lanzo el teléfono contra el espejo, el cristal salta por los aires. Si me corto, no lo siento; no me duelen las heridas que no sean causadas por Gisele Campbell Stone.

—¡¡¡Vuelve!!!

***

Otro sueño acabó rompiendo por completo mi calma...

—Matt, Matt —me susurraban. Me tapé los oídos—. Mírame.

—¿Nena?

Me incorporé y los ojos de Gisele se clavaron en los míos. Mi primer impulso fue arrastrarla conmigo a la cama, pero ella negaba con la cabeza. ¿Reía?

—Hola, mi vida.

—Nena, por Dios, abrázame.

Me abalancé y la tiré al suelo, sujetándole las manos por encima de la cabeza. Intenté besarla, pero Gisele giró la cara. Mi cuerpo se bloqueó. Esta vez fue ella quien tomó la iniciativa, me besó. Su boca se amoldó a la mía. Grité, gruñí, reconociendo su sabor.

—Mi Matt —susurraba—, mi Matt.

—No me dejes, te quiero demasiado.

—Déjame ser tu Gisele...

Incrédulo, me retiré, dejándola en libertad. Una sonrisa pícara apareció en sus labios. Entrecerré los ojos, sopesando su comportamiento. ¿No estaba emocionada como yo?

Era deseo lo que percibía en su mirada, no amor.

—Quiero sorprenderte una vez más —enumeró con el dedo—. Ven aquí, Campbell.

—¿Qué me estás haciendo?

—Volver...

—Te necesito. —Abrió los brazos y, sin pensar nada, corrí hacia ellos. La aplasté contra mi cuerpo, le besé el cabello. Lloré contra los mechones de su pelo—. Estás aquí.

—Tómame, Matt... Demuéstrame lo contrario de lo que...

Me besó los labios, me mordió y luego me soltó. Abrió el cajón y cogió el consolador que compramos y que estaba ahí. Sonrió y, contoneándose, empezó a desnudarse.

Mi respiración aumentó de ritmo, me tensé de pies a cabeza. No se detuvo, se quedó completamente desnuda. Debajo no llevaba ropa interior. Se tocó el pezón y se pasó el vibrador por allí. Sentí que temblaba; la visión era impactante.

Siempre había sido una descarada, pero en esa ocasión me estaba sorprendiendo.

—Mírame —pidió y se metió el consolador, apoyando un pie sobre la cama. Gimió, levantando una mano para que no me acercara—. Espera... aún no...

Me di cuenta de que ya no la conocía. No parecía feliz, no disfrutaba con lo que estaba haciendo.

—Gisele, basta.

—Quiero complacerte... satisfacerte.

Hizo un puchero, cerró los ojos y siguió con las penetraciones, forzándose. ¿Qué le sucedía? ¿Por qué se obligaba a sentir? Creí que en cualquier momento se echaría a llorar. Había amargura y no placer en su semblante.

No daba crédito a su forma de actuar, ¿por qué no me dejaba tocarla? ¿Qué pretendía? Estallando, fui y le quité el puto cacharro.

Tragó, mirándome a los ojos. Algo se rompió.

—¿Qué está pasando contigo? —le reproché duramente—. Deja de jugar, me estás lastimando al sentirte tan lejos.

—Matt. —Se sentó sobre la cama, llevándose las manos a la cabeza y negando sin cesar—. Ya... Ya no siento lo mismo...

—¡No! ¿Quién eres?

—Te he dejado de querer. —Lloraba—. Lo siento, ¡lo siento!

—Mentira, ¡mentira!

Se enfrentó a mi ira, con las lágrimas cayendo sin compasión por su bello y pálido rostro. Me

abracé a sus piernas, apoyando la cabeza en ellas, llorando.

—Lejos lo he entendido... —Me acariciaba el pelo llena de agonía. Deseaba quererme, yo lo sentía, y le dolía no poder hacerlo—. Quería intentarlo, sorprenderte... comportarme como antes, satisfacerte... pero ya no puedo...

—Gisele —imploré, levantando una mano. Negaba cerrando los ojos, de los que caían las lágrimas de dolor—. Nena, por favor, no vuelvas a irte... *Quédate*.

***

Abro los ojos, arropado por unos cálidos brazos que me mecen como cuando era un niño. Tengo el rostro empapado, las lágrimas corren angustiosamente por mi cara, mojando el pecho de la mujer que me dice que me tranquilice.

Y no es ella, ¡sé que no es ella!

—Matt, por favor —me pide. Es Karen, mi madre—. Me duele mucho verte así, te tienes que cuidar.

—¡La odio!

—No digas esas cosas.

A veces los sueños son premonitorios, se convierten en realidad... aunque no sean positivos. Es lo único que puedo pensar, me está sucediendo.

—Me muestra en sueños lo que no hace con las llamadas, a las que no responde. Ha desaparecido, ¿no te das cuenta? ¡No hay otra explicación! Me complació por pena... ¡Me dijo que deseaba regresar, pero en realidad no era eso lo que sentía!

—Cielo... —Me acaricia el pelo.

—¡Se ha dado cuenta estando lejos! —grito contra su pecho. Me siento como si lo hubiera perdido todo. Un día se entregó, diciéndome cuánto me quería, y al siguiente llegaron los reproches con aquella llamada, cuando había prometido volver.

Aunque me duele, he de asumir que Gisele ya... ¡No!

Me levanto e intento arremeter contra todo lo que hay sobre el escritorio, pero Scott y mi padre, que están ahí, me sujetan por detrás. Soy una bestia, luchando, peleando por destrozar la casa.

—¡No me quiere! ¡Me ha olvidado! —Me cruje el cuerpo y clamo—: ¡No me ama! ¡Fingía por mí, para no hacerme daño! ¡Lo intentaba! Lo intentó en aquel encuentro...

—Matt, ya —me regaña mi padre.

—Por favor, por favor, que alguien me despierte. Que me la devuelvan. Si ha cometido un error... ¡la perdonaré! —Lloro entre lamentos. Se me desangra el alma, mortificado por los celos —. ¡Por favor!

Mi hermana Roxanne entra descompuesta. Al verme, gruñe herida, sacando su instinto de protección hacia mí. Sin pensarlo, señala a Scott y le grita:

—¡No pienso tolerárselo más!

La veo con el teléfono en la mano. De pronto, la habitación se queda congelada, a la espera de la respuesta de Gisele. No sé por qué, creo que ha llegado el día en que ella dé la cara. Hace un mes y medio que se fue, más de dos semanas desde que se ha esfumado.

—Gis, ¿qué demonios está pasando...?

No oigo qué más dice, porque sale escopetada del dormitorio y yo sólo quiero escuchar a Gisele. Mi madre, delante de mí y agarrándome la cara con las manos, me acaricia. Esta maldita

realidad no tiene final.

—Deja que hablen... Dale una pequeña tregua.

—¡Ya no es una, son muchas! Su ausencia es demasiado dura. ¡¿No os dais cuenta de que vivo sumido en sueños y pesadillas por tenerla?!, ¿que se me está acabando la vida por su partida y ella no me ayuda, me está derrotando más?

—Hijo... —interviene mi padre, pero lo corto.

—No quiero olvidarla. ¡Me niego a olvidar a mi mujer!

Abro el cajón donde están los reportajes que ha hecho hasta ahora. La posesión se manifiesta y araño su imagen, en la que está sonriendo y cautivando a la cámara.

Destrozo cada hoja... a mi Gisele.

«¿Dónde estás, cariño?»

Los gritos de Roxanne aumentan de volumen, está alterada.

Me inquieto, mi familia se agarrota como yo. Aun así, me siguen pidiendo prudencia. De pronto se hace el silencio.

Mi hermana ya no grita ni habla.

Cinco minutos después, aparece en la puerta con los hombros hundidos. Niego, me levanto y camino hacia atrás, resquebrajándome por dentro. Me da miedo que hable, que pronuncie las malditas palabras que no quiero oír.

Sin acercarse... solloza y confiesa lo que Gisele le ha dicho:

—Matt... no va a volver...

Capítulo 30

Ojalá

Julio de 2012

—Cielo, tengo algo que contarte...—La voz de Karen me estremece, además de la atención que pone en mí el resto de mi familia. La observo con rabia, resentimiento, esperando que no se trate de lo que imagino. No, me niego en un día tan especial. Han pasado meses. No puede ser—: Sí, hijo. Gisele ha vuelto, viene para el bautizo de Jazz.

Jazz, el hijo de mi hermano Eric y Noa..., mi sobrino, mi pequeña locura.

Me quedo en trance... Los recuerdos me abruman sin que pueda moverme del asiento.

***

Cuando Roxanne me dio la noticia de que no volvería, quise morirme. Fue un vacío tan grande, una soledad tan intensa... que creí no soportarlo. De médicos, profesionales, se llenó la casa cada día. Mi familia se asustaba al verme... Me quedé encerrado en la casa del refugio sin salir, recordándola, memorizándola conmigo... en nuestra cama, como la noche de bodas... Allí donde fuimos felices, amándonos hasta sentirnos agotados, hasta la locura... «¡Vuelve!», grité y grité. Lloré como jamás lo había hecho antes.

El dolor en el pecho apenas me dejó respirar. Incluso estuve ingresado por los incesantes ataques de ansiedad que me provocó su huida. Mi vida sin ella no era vida.

Lo extrañaba todo de Gisele, hasta su simple sombra deambulando por casa. «Vuelve.»

Por ella recorrí Málaga junto a Scott; luego viajamos hasta Madrid y rastreamos todo lo que fuimos capaces. Finalmente llegamos a Lugo. Gisele debió de cambiar de teléfono, pues era imposible localizarla; no daba señales de vida, y yo sentía que en cualquier momento iba a perder la razón. ¿Por qué? Nadie sabía responderme y no sabía qué pensar.

Confiaba en ella... o no lo hacía. ¡Estaba hecho una mierda!

—¿Es aquí? —le pregunté a Scott, manteniendo una calma que no era tal en mí. Él asintió y llamé a la puerta. Me abrió un tipo, no el que esperaba—. ¿Está Álvaro?

—Ehh... sí. —Desconfiado, se cubrió el pecho. Iba semidesnudo—. ¿Quién lo busca?

—Matt Campbell. —Se quedó mirándome y asintió para marcharse. No eran horas para hacer visitas, pasaban de las doce de la noche, pero acabábamos de llegar y no tenía paciencia ya. Cuando Álvaro salió, se tensó—. Está aquí, ¿verdad?

—No tengo ni idea de qué estás hablando, aunque por tu tono deduzco que se trata de Gisele. Y no, aquí no está. La última vez que la vi estabas presente.

—¡No te creo!

—No es mi problema. Estoy acompañado, ¿no lo ves?

Lo cogí del cuello y lo empotré contra la pared.

—Si me entero de que me estás mintiendo, te juro que te...

—Matt, basta —intervino Scott—. Vámonos, esto es una locura.

¡Lo era!

Me giré y me encaré a él, preguntándole lo que me había negado hasta entonces.

—No puedo seguir así, es inútil ya, ¿verdad?

—Sí —masculló, y vi que controlaba las lágrimas. Era su hermana, ¡mi mujer!... él y yo, a esas alturas, los mejores amigos—. No merece la pena, Matt... No quiere regresar.

Bajé la mirada y rompí en llanto.

Scott me apretó el hombro, consolándome. Fui consciente de que él estaba tan decepcionado como yo con el comportamiento de Gisele... Se había ido para no volver.

Me costaba asimilarlo... Incluso dejaron de importarme mis padres biológicos...

Era muy duro enfrentarme a todo a la vez.

—¡No! ¡Me niego! —protesté ahogado por las lágrimas—. La amo... La amo. No puedo estar así... Si no vuelve, voy a enloquecer. No, por favor. Quiero localizarla, tenemos que vernos. ¡La quiero! Me estoy volviendo loco.

Durante largas semanas, me sentí así. Perdí diez kilos, apenas comía. Sólo quería estar acurrucado en mi cama, en mis sueños... El único lugar donde podía tenerla, recordarla..., donde era mía; allí me sonreía, coqueteaba, y sus ojos brillaban rebosantes de amor.

Ésa fue mi vida durante las siguientes semanas a su marcha, hasta que un día Karen y William se encerraron conmigo, tratando de hacerme reaccionar, para que volviera a levantarme, que volviera a la vida. Estaban sufriendo tanto por mí... No se lo merecían.

Sus palabras me hicieron recapacitar. Yo estaba muriendo... y ellos, conmigo. Por mi familia, traté de salir de ese pozo oscuro, sin fondo. Si Gisele era capaz de vivir sin mí, yo tendría que superarlo y aprender a hacerlo sin ella.

Con lucha, esfuerzo y mucha voluntad, logré salir adelante. No permitiría que los fantasmas del pasado volviesen por su culpa. Nunca más. No me dañarían, así lo decidí. Me hice fuerte, inmune a su recuerdo, a los sueños... donde quiso visitarme. No le abrí nunca más esa puerta... o casi no lo hice.

Gisele Stone no iba a poder conmigo.

—Maldita seas, Gisele. ¡Aborrezco el día en que te cruzaste en mi camino!

Mi familia se sobresaltó, pero me dejaron desahogarme como venía siendo habitual.

Dejé la casa del refugio, no soportaba estar allí; no con sus recuerdos. Volví a casa de mis padres, pues me reconfortaba estar cerca de ellos, y ésos no fueron los únicos cambios que hubo en mi vida... cuando un día, el menos esperado, sonó mi teléfono. Estaba solo en mi antigua habitación, vistiéndome para ir a la oficina, ya que había retomado el trabajo apenas unos días antes. ¿Quién sería? Desconocía el número.

—Matt Campbell, ¿quién habla? —pregunté, anudándome la corbata.

Hubo un breve silencio, incluso me pareció advertir un fuerte suspiro.

—Soy yo... —susurró con un hilo de voz—, Gisele.

¡No! ¡No! ¡Ya no!

No hablé, no me salieron las palabras, pero sabía que tenía que hacerlo. Reconocí ese tono..., esos sollozos. ¡Todo un teatro! ¿Cuántas veces había necesitado esa voz para calmarme?

La rabia y el dolor fueron los que se antepusieron a mis verdaderos sentimientos.

—No sé qué pretendes decirme a estas alturas; sólo quiero que sepas que no deseo saber nada de ti —afirmé con rotundidad—. Esto se acabó porque tú así lo decidiste.

—Quiero volver... —balbuceó llorosa. Cerré los ojos y apreté la mandíbula, ¿cómo podía estar haciéndome eso, después de tanto tiempo sin saber de ella?—, te echo de menos... Me duele, Matt... lo siento.

—¡Maldita sea! —mascullé, y me callé.

Por un instante estuve a punto de decirle que regresase, que podríamos empezar de nuevo, que la seguía amando, que aún era mi todo... Si tan sólo me hubiese pedido más tiempo... la habría esperado con la esperanza de su retorno. Ella no lo quiso así. Cambió de teléfono sin decirme antes su paradero, apartándome de su vida definitivamente. A pesar de ello, en el momento en el que oí de nuevo su voz, estuve a punto de caer..., pero no me lo permití. No, ya no más. No le iba a dar la oportunidad de destrozarme de nuevo..., de tenerme loco y enamorado de ella para luego huir, no. Yo cumplí mi promesa, ella rompió la suya.

—No a mi casa, no a mi vida. Hasta hace dos semanas he estado encerrado, llorando tu marcha; ahora ya es tarde. No dejaré que me vuelvas a hacer daño. Puedes olvidarme definitivamente, esta vez con mi consentimiento.

—¡Matt! ¡Matt!

Colgué y tiré el móvil sobre la cama. Apoyé la frente en la pared, respirando aceleradamente. Tenía el pulso disparado, la boca seca. ¿Por qué había tenido que marcharse así?

¡A mí también me seguía doliendo!, pero ella no merecía más que indiferencia.

La odiaba.

El teléfono volvió a sonar. Lo alcancé cabreado. Era el mismo número... y sabía que sólo había una forma de que atendiera mi petición, de que no volviera a jugar conmigo.

No soportaría su presencia. Acababa de asimilar su ausencia.

—¡Maldita, seas, Gisele...! No me vuelvas a llamar y, si apareces en mi casa o en mi vida, me iré yo y mi familia me perderá, ¡¿entendido?!

Oí un ruido de fondo, hasta que se pronunció de nuevo. Parecía rota...

—Está bien... Te quiero, Matt.

—¡Gisele!

—¿Sí? —susurró esperanzada. Los ojos me escocían. Aquello no debía estar sucediendo, no cuando había pasado página—. ¡¿Qué, Matt?!

Mi nombre en sus labios me recordó todo lo que habíamos vivido y... ¡No!

—Te odio como no creía que pudiera hacerlo, no te puedes imaginar el daño que me has hecho, el hombre que has despertado en mí. He creído perder la cabeza, ¿sabes? He pasado algún que otro día en el hospital. He viajado buscándote, porque tus padres decían que no sabían dónde estabas... He rastreado Lugo, Málaga y Madrid durante las dos siguientes semanas a tu sentencia. Dejé la medicación y he tenido que volver a empezar —confesé llorando. ¡Dolía!—. No quiero verte. Te habría esperado, no importaba cuánto tiempo... Pero desapareciste sin más mientras yo me moría por ti y no te lo perdono. Te he amado igual que quise a mi madre..., que me dejó y me destrozó. Tú reabriste la herida al romper la promesa de no actuar como ella y el dolor ya no es soportable.

—Escúchame... ¡Te amo!

—No puedo, Gisele.

Apagué el teléfono y lloré como un imbécil, aunque iba a ser la última vez que lo hiciera por Gisele Stone. Había demostrado que, a pesar de ser mi mujer, no merecía mis lágrimas...

A los pocos días recibí otra llamada, una que me sorprendió: Amanda. Supo del abandono y quiso saber cómo me encontraba, ofreciéndome una vez más su amistad. No lo pensé, me dije que su apoyo no me vendría mal. Eso destrozaría a Gisele si algún día se atrevía a volver... a desobedecerme. Forjamos la amistad que antes nunca fui capaz de darle. Ella estaba ya separada de Andy; yo, de Gisele. Salíamos juntos a comer, a pasear... a relajarnos o, al menos, tratar de hacerlo. Nunca la toqué... como no pude tocar a otra mujer.

***

—Bien, quizá es lo mejor —mascullo finalmente tras el eterno silencio. Miro a Scott, que asiente—. Es hora de arreglar papeles, de hacer formal la separación.

—Sí, y de que borres cualquier vínculo con ella —espeta Roxanne con rencor.

—Matt... —Suspiro y asiento, dándole permiso a Eric. Me hablará de ella también—. Noa me ha pedido que no la desprecie, yo...

—No lo hagas —lo interrumpo—. Ella ya tiene su vida y yo, la mía. No me ama... yo tampoco a ella. No tengas problemas con tu mujer por mí. No la desprecies. Es su amiga.

Pensativo, me dirijo hacia mi habitación. Al entrar en la ducha, repentinamente los músculos se me agarrotan. ¡Maldita sea! Un puto recuerdo me embarga, uno de tantos que están guardados bajo llave..., pero hoy su nombre ha sonado demasiadas veces.

Agobiado, acabo la ducha antes de lo esperado, y es que me niego a sucumbir como ya lo hice estúpidamente. Su cuerpo ya no causaría el mismo impacto en mí, ni tampoco su presencia. Me abandonó a pesar de saber que era mi vida entera y ya no quiero saber de ella... Es cierto que desde que se marchó en enero no he podido tocar a otra, tampoco lo he intentado... pues no me he sentido preparado para ello, pero algún día, no muy lejano, lo estaré.

Su vuelta no me va a trastornar. Ahora tengo una vida estable y en ésta no hay hueco para ella. Aunque, y según su comportamiento, Gisele opinará lo mismo dado el poco interés que mostró en recuperarme. Me olvidó sin más. Me amó, eso nadie lo puede negar, pero se rindió cuando más la necesitaba. La que hasta hoy sigue siendo mi mujer tomó su rumbo, y yo empecé uno nuevo, en el que ya no tiene cabida.

Capítulo 31

Manías

En la iglesia estoy inquieto, aunque muestro mi lado más frío. He vuelto a ser el Matt Campbell del principio: desconfiado, indiferente... con una coraza. Mientras se celebra la ceremonia, Jazz llora y se lo pido a Noa para poder calmarlo. Tengo un jodido nudo en la garganta... En este mismo lugar nos casamos Gisele y yo, y recordarlo es complicado.

Cuando la ceremonia está llegando al final, me percato de que Noa mira constantemente hacia atrás. Cojo aire, pues sé por su expresión a quién me voy a encontrar. Sigo la dirección de su mirada y el impacto es tan grande que siento que no podré hacerlo...

Está apartada de todos, incluso diría que casi oculta para que nadie se dé cuenta de su presencia. Tras pensarlo y muy lejos de permitir que perciba cómo me siento en realidad, le sostengo la mirada cuando la suya se cruza con la mía. El corazón me duele...

La desafío, no se la retiro... Está preciosa, ¡maldita sea!; quizá más delgada, pero es ella tal y como la recordaba, pese a que he intentado no hacerlo.

—Matt, le voy a llevar al pequeño —me avisa Noa. Le doy un beso a Jazz y se lo cedo—. Creo que es hora de que lo conozca.

—Tarde, pero sí —mascullo.

Mi familia observa mi reacción y les advierto con los ojos que nada de escándalos; no quiero que sientan pena por mí, pues Gisele no va a conseguir que retroceda.

No me va a desestabilizar, aunque en estos momentos la impotencia me esté dominando y las manos me tiemblen. ¿Con qué derecho vuelve a mi vida ahora?

—Matt, ¿adónde vas...?

—Suéltame, Amanda. No soy yo quien tiene que esconderse hoy.

Me ajusto la chaqueta y me aflojo la corbata de camino a ella. Cada uno de los músculos de mi cuerpo se agarrota; aun así, no doy marcha atrás. Me detengo justo enfrente y el corazón se me parte en dos... Su imagen con el pequeño es...

¡¿Cuántas veces la visualicé así?!

Un segundo después alza la mirada y se encuentra conmigo. Advierto que no sabe cómo actuar. Siento como si me estuviesen clavando puñales en el alma. Duele mirarla, me duele saber que está tan recuperada a pesar de lo que me hizo...

—Bienvenida, Gisele —murmuro sabiendo cuánto le lastimará mi frialdad.

—Gracias...

El rostro le cambia al buscar por encima de mi hombro. Intuyo que ha visto a Amanda. Sus ojos expresan un sentimiento que recuerdo, uno que no le pertenece, no con respecto a mí. O quizá no son celos... sino amor propio, orgullo herido al creerse reemplazada, y encima por ella.

—¿Podemos hablar? —pregunta repentinamente, y enseguida añade—. Deja...

—No es el momento —la interrumpo e ideo un plan para marcharme. No soporto tenerla tan cerca. Quisiera... Le quito a Jazz de los brazos, procurando no tocarla. No puedo—. Eric me ha pedido que se lo lleve; hasta luego.

No espero ni a que se despida ella también y me marcho en busca de mi hermano. Le doy al niño, encaminándome luego a paso rápido al baño. Percibo unos pasos detrás y advierto:

—Amanda, déjame solo.

Me encierro y apoyo la espalda en la puerta, sin fuerza. ¡Maldita sea una y mil veces! Se fue y se llevó mi vida entera; ahora regresa y todavía es capaz de hacerme temblar...

Me mojo un poco la cara, tomando la decisión de salir con más entereza que nunca. He de hacerlo. Una vez fuera, me cruzo con Roxanne. Su furia es evidente. Me conoce.

—No te atrevas, Matt. Te ha hecho mucho daño.

—Lo sé. Déjame paso, por favor.

Detrás está Scott. Su rostro refleja el dolor que experimenta ante la situación, y a mí se me desgarra el alma. Quisiera huir de aquí, emborracharme y desahogarme con él. Tengo claro que este mal trago no lo es sólo para mí. Sé que Scott la ama tanto como yo y hoy por hoy seguimos sin entender cómo se marchó así, cómo nos apartó de su vida... Es muy duro.

—Le ha dicho a Noa que se va —comenta con un carraspeo—. No soporta esto.

—Se arrepentirá —le recuerdo. Resoplo—. Detenla. Noa no se lo merece.

—Es su decisión. Ya no es una niña, Matt... Me cuesta esto.

—Te entiendo.

Paso de largo, dándole un apretón de hombros, y entonces la veo irse... corre hacia la salida. Mi corazón se anticipa a mi mente, por lo que la persigo frente a las eternas miradas de los presentes, que están pendientes de nosotros, de nuestro encuentro, de mi reacción.

—¡Gisele! —grito furioso al ver que huye de nuevo. Su nombre en mis labios ¡quema!—. Maldita seas, es el bautizo del hijo de tu mejor amiga. ¿Cómo puedes ser así?

Ella se detiene en seco. Por detrás su silueta es... Ese vestido le queda tan... ¡Basta!

—Huir no es lo mejor, ¿sabes? —le recuerdo con amargura—. Scott estaba muy ilusionado con tenerte aquí y Noa también en un día como hoy.

—Déjame sola, por favor.

Me ciño a su cuerpo desde atrás. La respiración se me acelera ante esta ansiada cercanía... Ella gime. No ha cambiado, me provoca... de modo que mascullo en su oído:

—No te pido nada para mí, Gisele. Todo lo que te pedí me lo diste para más tarde arrebatármelo. Hablo en nombre de tus seres queridos.

—Matt...

—No, maldita sea, este Matt no quiere oír ni una sola mentira más de tu boca. —Conozco ese tono lastimero y se acabó—: Por una vez no pienses en ti, hazte ese favor para recuperar lo que tú misma borraste de tu vida sin ningún tipo de remordimiento.

—¿Recuperar? —plantea, y a mí se me escapa una carcajada sarcástica—. ¿Me hablas...?

—De tu familia. Conmigo no hay nada que tengas que recuperar y no juegues con esto, Gisele. No me hagas creer que te importo, no ahora. Porque ya no te creo.

Se inclina un poco hacia delante y empieza a gritar hasta que creo que se desgarrará la garganta. Me alejo, contemplando cómo hiperventila aceleradamente.

—¿Qué pasa, Gisele?

Se gira hacia mí.

Su semblante cambia; parece estar asfixiándose, a punto de perder el conocimiento.

—Me estás asustando —le reclamo enfadado—, deja de hacer esto.

Se toca el pecho, incluso tengo la sensación de que le sobra la ropa. Entonces recuerdo que yo me sentí así muchas veces. Me temo que es una crisis de ansiedad. Impresionado, doy un paso hacia ella, que estira la mano pidiéndome ayuda.

—No —susurro, permitiendo que su mano caiga al vacío. No puedo tocarla... Busco a mi alrededor, desesperado. Está junto a un vehículo—. ¿Es tu coche?

—Sí...

¡¿Es que nadie va a salir de la iglesia?! Finalmente, al creer que se va a desplomar, la situación me supera y la sujeto del codo, empujándola hacia mi coche.

—Entra, voy a llevarte a casa de Noa y Eric.

Ni siquiera la ayudo a entrar, rodeo el vehículo y, cuando entro, ella está sentada, casi inconsciente. ¡Joder! Cojo la botella de agua que traía de camino aquí, temblando.

—Bebe agua —le ordeno sin saber qué hacer—. Gisele.

—No puedo.

Creo que perderé la cabeza cuando agarro su rostro para que beba de la botella. Su boca se abre, mi respiración se acelera todavía más. El contacto con su piel me mata.

—Matt —jadea al sentir mi tacto, cerrando los ojos—. Sácame de aquí, por favor.

—Creía que no vendrías —confieso, observándola—. No hables, no ahora.

El agua se desliza por sus labios y no puedo soportarlo. La suelto. ¿Por qué tiene que remover sentimientos que creía olvidados? Niego a punto de estallar, pero me controlo y me dejo llevar... Con el pulgar seco una gota que se escurre por su temblorosa boca.

La agonía aumenta, de modo que pongo el coche en marcha y enciendo la música. Suena una canción que escucho muy a menudo, una que no quiero asociar con ella y, ahora que está aquí, lo asumo, lo acepto... Desciendo el cristal de las ventanas, pues a Gisele no es a la única que le falta el aire. La letra dice tanto de nosotros... que de vez en cuando la contemplo mientras conduzco. Ella, con evidente ansiedad aún, alza la mano y rueda los dedos por mi mejilla.

Gimo de dolor, rabia, decepción y rencor. Es duro mirarla sabiendo que ya no es mía; que no quiero que, después de lo sucedido, lo siga siendo... pero algo me ata a ella...

—¿Sigo siendo un pedazo de tu vida? —pregunta con un hilo de voz.

Tengo claro que se refiere a lo que le ha removido la canción. Por un instante no sé qué decir y ella cada vez está más pálida, de modo que, antes de que se desmaye, confieso con pesar:

—Lo fuiste... —Carraspeo, no me salen las palabras—: Fuiste mi vida entera.

Asiente cerrando los ojos y una lágrima se desliza por su rostro... Me obligo a no tocarla, a dejar de mirarla, y me bebo la carretera para llegar cuanto antes a casa de mi hermano. Una vez allí, aparco y le envío un mensaje a Scott pidiéndole que no tarde en venir... pues debe encargarse de Gisele. Yo no puedo rozarla más, ni siquiera mirarla.

Aunque se lo niegue, sigue doliendo tanto o más que antes, ahora que está de vuelta.

Poco después mi amigo está aquí. Salgo huyendo hacia dentro. Mi familia me observa mientras camino de un lado a otro. Roxanne cuchichea con Amanda. A mí no me apetece hablar con nadie, ¡tengo tantas preguntas! No tendría por qué querer conocer las respuestas, no a estas alturas, pero las necesito para seguir adelante, para superar esa ruptura que creía haber dejado atrás. Sin embargo, hoy soy consciente de que no es así.

Me mentía a mí mismo.

Frustrado por esa necesidad, voy hacia la habitación donde Gisele está encerrada con Scott. Su padre hace amago de acercarse y le indico con la mano en alto que ni se le ocurra. No lo

quiero cerca. Él es el causante de mi última recaída, esa que provocó que rompiera la promesa que le había hecho a su hija...

Me apoyo en la puerta y, antes de entrar, oigo cómo Gisele y Scott se están enfrentando. Se ha quedado sola, quizá la única que la entiende es Karen... y no me extraña, mi madre es muy especial.

—Es mejor que me vaya, creo que no he debido volver —dice Gisele. Aprieto los puños contra la madera—. Es otro error más que hoy asumo.

—Eso es, vete de nuevo y olvídate de todos —le reprocha Scott. Está dolido. Conozco ese tono. ¡Yo me siento igual de engañado! No la creíamos capaz de huir—. ¿Dónde quedó la hermana valiente y desafiante que se enfrentaba a todo con valor? Si te sientes así, trata de enmendar errores y lucha para demostrarnos que no fue fácil para ti..., que no fuiste tan cínica como para largarte y olvidarte sin más de todos los que te queremos.

—Scott, basta...

—¡Ni Scott ni mierda! ¡Vuelve, maldita sea, vuelve de una vez! ¡Quiero a esa hermana de siempre, no a esta que se rinde sin dar nada de lo que dio antes! ¡¿Dónde está mi pequeña?!

—Scott, tú no sabes nad...

Ante la conversación tan alterada, abro sin pedir permiso. Los observo a los dos; parecen exaltados, tristes y compungidos. Yo me encuentro entre la espada y la pared.

Sé que él no quiere que me acerque a ella...

—Scott, me gustaría hablar con tu hermana a solas. —Éste niega con la cabeza. A mí me preocupa que se reprochen palabras de las que más tarde se puedan arrepentir—. Creo que es necesario.

—¿Seguro?

—Sí.

—Cualquier cosa, estoy fuera...

Antes de que pueda responder, Gisele se adelanta.

—No soy un demonio. —Para mí como si lo fuera, aunque diría que ahora mismo es más parecida a un fantasma—. ¡Puedes largarte tranquilo, que, cuando se me pida que me marche, lo haré!

Está tumbada en la cama, un poco incorporada. Mantengo la postura erguida, distante, aunque realmente lo que me nace es pedirle que se relaje. Odio verla así.

¿Dónde ha quedado la mujer que conocí, esa de la que estuve enamorado...? Está apagada, triste, ¿de verdad le provocamos algún tipo de sentimiento? No lo creo. Hubiese regresado... ¿Habrá conocido a otro? Sólo de imaginarlo siento náuseas..., dolor; uno que me perfora el pecho como no debería, como no se merece. ¡Ha sido feliz mientras yo lloraba!

No merece nada de mí, excepto indiferencia, de modo que, altivo, le recuerdo:

—Estamos en una celebración y por tanto no quiero que haya este tipo de dramas. No obstante, creo que es necesaria esta conversación. —Me acerco muy despacio, sin poder evitar repasar cada centímetro de su cuerpo—. ¿Sabes? A pesar de haber sufrido tanto por tu marcha, de odiarte como lo hice..., no me gusta verte así. Es difícil no reconocerte.

Ella parece cohibida, ¿cuándo lo ha sido? Sin duda es otra mujer... ¿Quién la ha hecho cambiar tanto? Agonizo pensando que se trate de otro. No lo soporto. ¡La aborrezco!

—Si estás inquieta por miedo a lo que los demás digan, olvídalo. Tu hermano te adora, se ha puesto de esta forma porque te ha necesitado mucho.

—He sentido todo lo contrario, ¡me detesta!

—¿Quién eres? —inquiero con frialdad—. ¿Por qué has tenido que volver?

Se incorpora de la cama, sentada, y se tapa la cara con las manos. ¡¿Por qué calla?! ¿De verdad no es capaz de excusarse después de pasar más de seis meses fuera?

—¿No tienes nada que decir, Gisele? —le exijo con rabia. Parece otra, en la misma piel—. ¿En esto te has convertido? ¿En una mujer a la que no le importa nada?

Levanta la cabeza de golpe y entonces hace algo que no quiero ver, que me sigue atormentando. Casi gruño cuando sus lágrimas caen desconsoladamente.

—Que me odio, que siento mucho haberte hecho daño, que fui inmadura e insensata. ¡No sé por qué dejé de sentir! —Chirrío los dientes... ¿Dejó de sentir? ¡Dejó de amarme! Cínica. Le sigue faltando el aire, pero ya no me afecta—. No sé qué me pasó... Tu amor era tan grande que me absorbió, me asustó y me destruyó, Matt... Temí volver a lo mismo; necesitaba la tranquilidad y estabilidad que tú te negabas a darme.

—Hasta ahí puedo entenderte. Me podrías haber pedido más tiempo y seguir en contacto conmigo. Sabes que lo hubiese hecho por ti. Pero te perdí sin más. Sé que ya no importa, pero necesito ciertas respuestas.

Hace una mueca amarga.

—Sentí que siempre sería lo mismo, que nuestra relación sería día tras día vertiginosa. —Me rehúye la mirada—. Sé que ya estabas mejor, pero también otras veces prometiste cambiar y no lo hiciste.

—¡Estaba en ello! —escupo, fuera de mí. He perdido la paciencia. Incómodo ante mi estado, me alejo un poco. Estoy cansado de disfrazar una calma que no siento, no con su repentina vuelta —. Y lo estaba cumpliendo pese a tus excusas, ¡pese a tus mentiras, después de jugar con mis sentimientos el día anterior!

—No me grites.

—Entonces deja de burlarte. No vengas dando una imagen que no se corresponde con tu comportamiento tras la última llamada. ¡No te creo!

—Lo volviste a repetir... Lo que tuvimos no era vida, ¡porque tú me dejabas al margen y me dolía sentirme una intrusa que se entregaba por completo a cambio de secretos! —La cabeza me estalla ante los recuerdos—. Quizá juntos hubiésemos podido superarlo. O no, no lo sé. Demasiadas confusiones al estar casada con un hombre del que, con los meses, pude comprobar que desconocía parte de su pasado.

—¿Por qué aquel día todo cambió? —pregunto, necesitando saberlo.

Mi frase la confunde... y a mí me vuelve loco, aunque me domino. Quisiera saber tantas cosas de su vida lejos de la mía y, al mismo tiempo, odiarla hasta no querer ni verla.

—¿Qué día, Matt?

—El día que te duchaste y nos vimos por la pantalla —mascullo conteniendo todos los sentimientos que afloran ante aquel momento—. El día que compartimos intimidad... en fin, ya sabes a qué me refiero.

Cuando se duchó, me excitó y me prometió que volvería en el próximo vuelo. ¿Cómo puede mirarme directamente a los ojos después de aquello? La miro y no me puedo creer que la tenga aquí..., que estemos tan cerca y a la vez tan lejos. Mis manos tiemblan por el ansia de tocarla. Mi corazón me grita que me distancie, que ya me ha hecho bastante daño.

—Vi los golpes, Matt, y no creí en tu cambio... Esa noche pensé mucho en cómo era mi vida antes, durante y después de ti —confiesa con voz quebrada—, y vi lo brusco que era todo... Me

asusté y decepcioné al saber que me mentías, tú y todos. Yo merecía sinceridad, la que no me diste al casarnos, sobre tu enfermedad.

¡¡No es posible!! Avanzo hacia ella, cabreado, decepcionado. Me juzgó sin más.

—¡No tienes maldita idea de nada! —Cierro y abro los puños, calmándome o controlándome. ¡Hoy no lo sé! Vuelvo a estar perdido. Ella ya no le hace bien a mi vida—. Fue un error sacar conclusiones sin hablarlo conmigo. ¿Qué más, Gisele? No veo por qué me abandonaste con tanta crueldad. Sé que son excusas, porque dejaste de sentir... —repito su frase anterior con amargura —. Porque comprobaste lo que yo tanto temía.

—¿Me vas a decir ahora que nuestro matrimonio fue una mentira? —replica con impotencia —. No te atrevas, Matt. No intentes cuestionar eso.

—Hoy dudo de todo lo que tiene que ver contigo. ¿Cómo pudiste?

Juega con sus dedos. A mí me duele todo el cuerpo por la tensión.

—No estaba preparada para aquello otra vez y tampoco para ser madre... Anhelé que fuésemos una pareja de novios que se conocen, van a cenar, al cine... con vida social —susurra, y parece revivirlo. Su frente se arruga—. Después de que di el paso de casarnos, tus cambios volvieron a ser constantes... Peleas, arrebatos y celos por nada. Y yo no sabía que vivía con una persona con problemas… en una casa destruida por ti, Matt... Necesitaba tranquilidad, la calma que perdí cuando llegué como la chica de servicio.

¿Cómo he podido ser tan estúpido? Creo entenderlo todo. ¡Maldita sea de nuevo!

—Una calma que yo te robé —escupo irónico—, ¿cierto, Gisele?

—Tú no sabes nada de mí, Matt. ¡No sabes que yo también tuve que...!

Doy una patada a la cama, ¡basta! La apunto con el dedo y le recuerdo:

—¡No lo sé porque te negaste a que lo supiera y se acabó, no me voy a volver loco de nuevo!

—¡Yo tampoco he venido a esto!

Tiene que entender que, aunque lo sucedido es irreparable, no le di motivos para no regresar. No esa vez. En ese momento estaba luchando incluso contra mí mismo y cumplía.

—Los destrozos fueron estando prácticamente dormido, al despertarme y no tenerte. Pero no fueron más de tres veces y les pedí a todos que no te lo contaran para no hacerte daño sin motivo. Porque aquel día, Gisele... —pronuncio su nombre con frialdad. El recuerdo es devastador— ya hacía una semana desde el último arrebato. Fueron días esporádicos, te lo repito, tres en unas semanas. Y me destrozaba ver lo que había hecho. Me destrozaba por ti, por mis promesas que sí estaba dispuesto a cumplir.

—Perdí la confianza... Lo perdí todo y creí que me volvería loc...

—No necesito saber nada más. No puedo volver atrás. —Niego con vehemencia ante su mirada suplicante. ¿Qué pide a estas alturas?—. Las respuestas que me has dado son coherentes; sin embargo, insuficientes para dejar a un hombre que se moría cada día que no te tenía. ¡Un hombre con unos miedos que tú, con tu marcha, hiciste revivir!

—Lo siento... Matt. ¡Lo siento mucho!

Pierdo el control y, con rudeza, la empujo hacia atrás en la cama, con una rodilla entre sus piernas. Su vestido se desliza, sus piernas quedan expuestas... ¡Es una descarada!

—¿Lo sientes, Gisele? —Me acerco a su rostro. Enseguida reconozco su aliento, ese que tanto eché de menos. ¡No puedo querer más!—. ¿Esto es lo que me tienes que decir?

—¿Q-Qué esperas que te diga?

—Me estás desafiando. —Le sujeto el mentón y la piel me arde ante el contacto. Aprieto los dientes, necesitando huir de esta pesadilla... pero no puedo—. Eres la misma descarada, pero con

una gran diferencia: tú a mí ya no me vuelves loco.

—¿En qué sentido lo dices?

Se inclina hacia mí hincando los codos en el colchón. Nos miramos, estamos tan cerca que con un solo movimiento rozaría sus labios, por lo que la empujo de nuevo... No puedo caer. No la creo, ya no puedo. Ni siquiera la reconozco. No lo hago desde que me dejó.

—¿Me estás provocando, maldita?

—No...

—Más te vale.

La suelto de golpe, dándole la espalda. He de marcharme de aquí. No le daré el gusto de que piense que puede controlarme. Es imposible. Me destrozó la vida. No olvido.

—¿Por qué ella? —De espaldas a Gisele, la miro por encima de un hombro. No tengo ni idea de qué habla, pero su tono es un reclamo lleno de rabia—. Amanda, ¿por qué ella?

—Porque siempre estuvo cuando la necesité.

—No, ella nos hizo mucho daño con mentiras y confusiones. ¡También trajo recuerdos que a ti te hacían enloquecer!

—Pero estuvo cuando tú no estuviste. Me ayudó cuando mi mujer no se dignó hacerlo —le recuerdo sabiendo cuánto le duele. De hecho, es el único motivo por el cual respondo así—. Ahora, sal y compórtate. Tu hermano y Noa te necesitan.

—¿Estáis juntos? —ignora mi orden.

No tiene vergüenza. Su osadía sigue sin tener límites. No obstante, ahora no me enloquece, me asquea esa actitud... ¡Me tortura imaginarla con otros comportándose así...!

—Creo que no es asunto tuyo.

Capítulo 32

Ya no

Scott me sirve otra copa mientras juego con Jazz en la fiesta. Intento evadirme, y Carlos me ha dado autorización para ello. Llevo un día sin medicación; hoy no la tomaré, ni mañana, por precaución ante el alcohol. Confía en mí incluso más de lo que lo hago yo.

Desvío la mirada, con Amanda detrás... y me encuentro con la escena. El estómago se me revuelve. Scott me detiene por el brazo, pero me zafo, enfurecido. ¡Mierda ya!

—Necesito que hablemos un momento —le pido a Gisele sin rodeos. Está hablando con un tipo que está muy muy cerca de ella. ¡Cuánto asco!—. Álex, si me disculpas, enseguida te la devuelvo.

La guío hasta la sala y, en cuanto cierro, me encaro con ella.

No sé qué ve en mis facciones... Se asusta.

—¿Cómo puedes ser así? ¿Has venido para esto? —Señalo hacia la puerta con horror—. ¿Para coquetear con otros en mi cara? ¿Quién eres? No eres aquella Gisele.

—Eh... no, él...

—Me importa una mierda, ¡¿entiendes?! Has cambiado tanto que no te reconozco. ¡No podré confiar en ti nunca más! ¿Sabes?, fue lo mejor, que te marcharas. Ahora entiendo que has sido la equivocación más grande de mi vida.

—¿Cómo? —pregunta, negando. Estamos de pie, frente a frente—. ¡Mientes!

—No en cuanto a ti, Gisele —confieso con tristeza. No puedo creer que hayamos llegado a este punto—. Esto es lo que has conseguido. Me hiciste pedazos como ni siquiera lo consiguió mi madre... Eres un error que quiero borrar para siempre.

—Ya basta, ya basta. Sé que hice mal y pido perdón por ello, pero no voy a dejar que me pisoteéis más. —Me apunta con el dedo en el pecho. La esquivo—. ¿Yo soy tu mayor error? Y esa cínica que llevas al lado, ¿qué? ¿Ya no recuerdas cuando te volvía loco contándote mentiras de mí? ¡¿No te acuerdas?!

—Cállate.

—¡No me da la gana! Esto es lo que ella quería. Dejó a Andy para recuperarte a ti y tú, como un estúpido, has caído. ¡No me dejaré humillar! La defiendes porque te la tiras cuando te apetece, ¿no es cierto?

¡Es el puto colmo! Me cruzo de brazos, apoyándome en la puerta. ¿Cómo se atreve?

—Jamás te podrá tocar como yo lo hice y nadie te complacerá como yo.

—¿Estás segura? —cuestiono dibujando una falsa sonrisa, aunque me tenso cuando hace amago de caminar hacia mí—. La verdad es que ya no me acuerdo de cómo eras, hace bastante tiempo que lo olvidé.

Se enfurece tanto que se acerca y me empotra con su cuerpo contra la puerta. Se ciñe a mí,

provocándome hasta sentir que me duele cada maldito músculo.

¿Cómo se atreve a provocarme así? ¡Tendría que echarla! Me pican las manos por el oscuro deseo de tocarla... y no debo... A saber con cuántos me ha engañado...

Ése es un pensamiento que me repugna; prefiero estar muerto a imaginarlo.

—¿No te acuerdas? —replica con la respiración acelerada. Niego y la desafío con el mentón en alto, controlando mis salvajes impulsos—. ¿No recuerdas cómo eran mis manos en tu piel, cómo gozabas sin control, como tú mismo me enseñaste a hacer? —Se me forma un nudo en la garganta. ¡Maldita!—. Si no tienes memoria, yo puedo ayudarte.

—No quiero sobras.

Agarro su cintura para apartarla, pero ella se sujeta a mis manos. Quiero gritar hasta la locura. Me estremece, me sigue excitando pese a lo mucho que la odio.

—No te voy a tocar —le advierto ronco—. No quiero lo que otros han manoseado siendo mío... porque legalmente sigues siendo mi mujer.

—Y tú mi marido y, sin embargo, esa arrastrada te toca. ¿La quieres?

—¿Cómo? —Río sin ganas—. Qué cínica eres. ¿Crees que puedes irte durante meses, disfrutar de la vida y ahora venir exigiendo? Estás muy equivocada. Ya no soy el tonto que te amó.

—¿La quieres? —insiste, y acaricia mis manos. Me acelero—. Matt, yo...

Cierro momentáneamente los ojos... Me llama con tanta familiaridad que me transporta al tiempo en el que estuvimos juntos, a esos momentos en los que, pese a pelear hasta la saciedad, nos amábamos con intensidad... Gisele aprovecha mi vulnerabilidad y se arrima más. Siento que voy a estallar de deseo, sobre todo cuando se contonea... ¿Qué pretende? Con su actitud me obliga a desconfiar todavía más de ella...

¿Aspira a convencerme con sexo? ¿Tanto ha cambiado?

—No, ella no te puede hacer sentir como yo. Es incapaz de sacar al hombre fiero y voraz en el sexo que tú eres. No, Matt, no despertará tu pasión como yo lo hacía —jadea a un paso de mis labios. Me mantengo erguido, distante, disimulando lo que abrigo dentro—. Me repetías que ninguna otra podría tener ese efecto sobre ti. Nunca te saciabas, ¿recuerdas?

Advierto el temblor en sus manos cuando coge la mía y la arrastra debajo de su vestido, entre sus muslos. Termino cayendo, rozándola hasta que la palma me arde.

—Aquel tiempo pasó —le recuerdo fríamente, observando cómo se lame los labios. ¿Cómo puede haberse vuelvo tan superficial?—. Ya no queda nada.

—¿Nada, Matt?

—Nada, Gisele.

Da un paso hacia atrás, pero, irracional, la atraigo hacia mí, apretándola contra lo que ella misma ha excitado. ¿Es lo que busca? Mi piel arde como hace meses que no sentía...

—Algo queda —susurra aturdida ante mi actitud—. Me sigues deseando.

—Tanto como te odio —afirmo, y deslizo la mano por sus muslos. «¡Detente!» El calor es insoportable. La araño, con ganas de fundirme en su carne. Gime—. ¿Qué buscas?

—¿Y tú?

Hace un ruido parecido a un sollozo, clavando sus ojos en los míos, arqueándose para mí... y vuelvo a la realidad. Ella no es la Gisele que llegó, la chica de servicio... Ahora es otra y ha conseguido que yo también lo sea, por lo que paralizo cualquier movimiento.

—Te fuiste y te negaste a decirme dónde estabas.

—Luego me arrastré suplicándote en aquella llamada y no me dejaste volver.

¿De verdad es capaz de excusarse con eso? ¡Esto no tiene sentido!

—Ya era tarde. Cambié por ti, fui otro como jamás pensé que pudiera serlo, y tú no supiste valorarlo —afirmo de manera despectiva—. Te esperé, te esperé en nuestra cama... —Trago, el dolor es profundo. Gisele hace muecas, ¿sufre?—. Pensé que regresarías, pero nunca lo hiciste. No quise resignarme a perderte y me bebí las calles buscándote, incluso de madrugada... con tu hermano, desesperado a mi lado. Dejé de ser quien era por ti y nada te importó. Ahora mi vida es otra y tú no estás en ella.

—Para mí tampoco fue fácil, Matt —explica compungida—. Tuve muchos sentimientos contradictorios cada día desde que vi que me mentías. Miedo al pensar que siempre sería lo mismo, dolor al querer alejarte de mi vida y a la vez... desearte en ella.

—No fue suficiente, ¡no me amabas como yo creía que lo hacías!

—¡Estuve yendo al psicólogo! ¡Antes de marcharme me destrozaste de tal modo que todo se me vino encima! ¡Me culpé del dolor de tu familia y del de la mía, no podía con tanta presión! —Furiosa, me golpea el pecho una y otra vez. Su confesión me abruma. ¡Nunca debió irse!—. He pensado tanto... Quizá yo te perjudicaba, no sé. Llegó un momento en que no sabía nada. Tenía ataques de ansiedad. No sólo tú sufriste.

Pone la mano en mi corazón; sin embargo, me muestro frío como el mismo hielo.

No soporto su presencia pese a saberla tan rota como yo. Se lo merece. Juntos podríamos haberlo superado y ahora sería todo tan distinto...

—Matt, cuando llegué por primera vez a tu casa, lo nuestro se desató de una manera que nos sobrepasó a los dos. Yo no creía en el amor, ni tú confiabas en las mujeres. Tenías más experiencia en la vida, en los desengaños, y cargabas mucha mierda a tus espaldas. Y me arrastraste contigo. Tu presión fue muy dura para mí y no fui del todo consciente de ello hasta que me marché... Me asusté y decepcioné al ver aquella pared golpeada cuando ya me proponía volver.

—Gisele... —suplico que se calle.

Mi cuerpo, pese a mis palabras, la busca, la necesita, y ella no se da por vencida. Me acorrala con el suyo, atrapándome con sus sensuales movimientos. Está tan bonita... tan atractiva y frívola jugando a esto... que me niego a creer que amara a esta mujer.

—Creía que sería nuestra destrucción y la de nuestra familia —continúa torturándome—. Los oí, Matt... Nadie estaba bien, y tú, sin querer, con tus secretos, derrumbaste nuestra confianza cuando yo me debatía y luchaba por creerte. Tú exigías y yo ya no podía entregarte más, porque te di todo lo que pude.

—Podías, Gisele. ¡Quedarte conmigo me era suficiente!

—¡Lo siento, ahora estoy aquí! Quiero saber de ti, de tu vida... de cómo sigues, y apoyarte. ¡Lo haré, aunque no pueda más! —«¡Ahora es tarde! El daño está hecho», quiero gritarle, pero soy incapaz. No me salen las palabras, pues, a pesar de la cercanía, la desprecio por convencerme de esta forma tan sucia. Acerco mi rostro al suyo y clavo los dedos en su cadera—. Bésame; te mueres por hacerlo y yo te voy a recibir como siempre.

Por un segundo me dejo llevar y la embisto con mi cuerpo... hasta que soy consciente de que me tiene justo donde quiere. No se lo pienso consentir. No me creo ni una de sus palabras. Ha sufrido; sin embargo, ha sido en vano, ya que podía haberlo evitado.

La libero, pellizcándome el puente de la nariz... debatiéndome. Niego perdido en esos ojos grises que tanto adoré y que ahora sólo me causan dolor. Han perdido su esencia...

—No te confesé los percances que tenía para no herirte y preocuparte. Te dije que estaba

cambiando y era cierto —suelto hundido—. Pero no tenerte en momentos tan difíciles era duro, no era consciente del todo de aquello, dormía gracias a las pastillas.

Ella no sabe qué responder y yo lo tengo claro.

—Ya no más, Gisele —sentencio sin un ápice de duda—. Tu juego ha terminado.

***

Poco después me voy de la fiesta y le hago creer que me he ido con Amanda, pero es Denis quien se encarga de ésta. La noche de insomnio regresa con la vuelta de Gisele Stone. Al día siguiente, a pesar de ser domingo, tengo un asunto pendiente en la oficina... Mi socio aparece, está raro. Algo me oculta, lo conozco, y la verdad es que no estoy para más tonterías...

—Amanda ha llamado —me dice. Suspiro—, pregunta si vas a comer con ella.

—Dile que hoy estaré ocupado... —Carraspeo para evitar dar más detalles—. Y además es domingo. He venido por lo que tú y yo sabemos. Explícaselo.

—Puedes hacerlo tú mismo, está ahí fuera.

¿Es gilipollas?

—Te he dicho mil veces que no me gustan las cosas así —le advierto de malas maneras—. No quiero sorpresas; yo decido cuándo y dónde veo a la gente.

—Entonces, ¿qué hago con ella?

—Vete a la mierda, Denis.

—Estás muy nervioso desde ayer. ¿Me quieres contar algo?

¡¡El puto tema!!

—Hazla pasar, Denis.

—Quiero preguntarte una cosa.

—No —mascullo revisando unos papeles—, no quiero hablar de Gisele. Ella me quiere volver loco, se atreve a coquetear con otro en mi cara. ¡No quiero que me la recordéis! Y dile a Amanda que entre.

Hoy la cabeza no me da para mucho, y lo que menos necesito es a Amanda...

Mi socio se encamina hacia la puerta, aunque no deja de mirar hacia la estantería. ¿Qué hace?

—¿Puedo entrar? —Es ella, que asoma la cabeza. Asiento—. Matt, ¿qué ocurre?

—Estoy ocupado. ¿Qué necesitas?

Me quedo mirándola, ya que viene directamente hacia mí, rodea el escritorio y alza una mano. Instintivamente echo el cuerpo hacia atrás. Amanda insiste. ¡¿Qué cojones...?!

—Mírame a los ojos y siente cómo te acaricio —me implora mientras lo hace—. Tu rostro es suave, mis manos cálidas para ti, Matt... Mira mis labios y...

Retiro su mano y le advierto:

—Amanda, basta.

—Es ella, ¿verdad? —Me aprieto las sienes, cansado del tema, y eso que no ha hecho más que empezar—. Ahora que somos amigos y ha sido tan difícil conseguirlo, no me apartes así.

—No quiero hablar de esto. Y hoy no podré comer contigo, lo siento.

—Odio esto, odio esto. Desde ayer estás frío y seco conmigo. No quieres hablar y eso es lo único que te pido. Ella ha vuelto, pero no a tu vida, ni por ti.

¡Lo sé, joder! Le dedico una mirada envenenada.

—No voy a decir más de lo que he dicho. Hoy no puedo comer contigo —afirmo con rotundidad—. No es por ella ni por ti, es por mí y se acabó.

—No es verdad; hemos pasado muchas horas juntos, hablando, y, desde que la viste, todo ha cambiado. Vi cómo os mirabais, su forma de provocarte, y volverás a caer, lo sé y no lo soporto.

—No quiero recordarla, me niego a que sigáis torturándome así y creo que no tengo que dar explicaciones a nadie.

Se sienta sobre mi escritorio y de sus claros ojos empiezan a caer lágrimas. Maldita sea, no es culpa suya, pero hoy, especialmente, su presencia me molesta.

—Amanda, tú sabes qué sucede entre nosotros.

—Quiero que sepas una cosa, Matt. Antes me daba miedo confesarlo, pero ahora me siento presionada por esa vuelta y no voy a callarlo. Tienes que saber lo que has significado para mí en estos dos meses, cuando he obtenido por fin la amistad que tanto busqué.

—Amanda...

—Quiero estar contigo, Matt, y quiero más.

—No puede haber más, lo siento.

Con la mano señalo la puerta y la invito a salir. Me da pena actuar así, las consecuencias para ella, incluso tengo cargo de conciencia al pensar que la traje de vuelta a mi vida para dañar a Gisele...

—Llámame si...

—Está bien —cedo al verla llorar—. Cenemos esta noche.

—Te veo luego, entonces —susurra y me besa la mejilla—. Gracias, Matt.

Me encojo de hombros y miro el móvil para llamar a Denis. Tenemos una conversación pendiente: el asunto que nos ha traído a trabajar un domingo; sin embargo, no da señal. Cuando me incorporo, veo su móvil en la estantería hacia la que él miraba tanto... Está en silencio. ¿Qué narices se trae entre manos?

Lo busco por la planta, pero no hay rastro de él.

—Este tío es idiota —murmuro para mí mismo—. Seguro que ha ido tras Amanda.

Miro la hora en mi teléfono, justo en el momento en el que me llega un mensaje. Scott.

> Le he conseguido a mi hermana
> una entrevista en un periódico,
> pues está buscando trabajo. Ya te contaré con más calma, pero quería
> que lo supieras. En un par de horas te llamo.

¿Qué hay que hablar? Se está instalando en Málaga, y no precisamente por mí. Me atormenta el hecho de que nuestras vidas se vayan a estar cruzando constantemente por los lazos que nos unen y... sin embargo... Aunque ya no sea mi chica de servicio ni yo su señor Campbell, ¿cómo terminar de olvidarla así? ¡Es imposible!

Desquiciado, le dejo una nota a Denis y decido ir a visitar a mi sobrino. Estar con Jazz me tranquiliza, me da vida. Es tan pequeño y a la vez tan necesario ya en mi vida... Cuando llego a casa de Eric, llamo a la puerta varias veces. No obtengo contestación.

Lo intento una última vez. Finalmente abren... No puede ser.

—Ya bast... —Gisele interrumpe su conversación—. Matt...

Me examina la vestimenta, y no es la única que lo hace...

Está en albornoz, sonrojada y mordiéndose el labio inferior. Acaba de salir de la ducha, pues aún hay restos de espuma por sus piernas... ¿Qué conspiración es ésta?

¡No quiero verla, joder! Me hace daño.

—¿Qué haces aq...? —Se me atasca la frase—. No tenía idea de que estabas aquí.

—De niñera... ¿Entras?

Abre la puerta para que pase. No me creo capaz de soportar estar así con ella.

—¿Noa y Eric no están?

—No.

—¿Estás sola? —Carraspeo y frunzo el ceño.

—Con Jazz, que está dormido —responde señalando dentro. Ese maldito color rosado en las mejillas... esa piel tan blanca que... «¡Te abandonó!»—. Eh... me gustaría vestirme, ¿vas a pasar?

Niego sin saber dónde posar la mirada.

El deseo más intenso me consume sin compasión.

—De acuerdo... Voy a cerrar, el bebé ha llorado.

—¿Se está despertando?

—Eso parece... —De nuevo sonrojada. ¡Joder!—. ¿Qué quieres hacer?

—Lo veré entonces.

Entro sin ni siquiera rozarla y voy directo al dormitorio. El pequeño duerme a pierna suelta. Le doy un beso en la frente, lo acaricio y salgo con postura arrogante. No quiero darle motivos para que empiece de nuevo con un juego al que me niego a entrar.

—Has debido oír mal —le aviso de camino—. Dile a Noa que vendré mañana.

—No hace falta que me desprecies así —replica con prepotencia. De fondo oigo la televisión —. Eres una persona adulta, no es necesaria esta actitud. Y no te preocupes, poco tiempo tendrás que soportar mi presencia.

La miro enseguida. ¿Está intentando decirme que se marcha? Scott me ha comentado lo de su entrevista de trabajo. ¿Quién miente? Tal vez se ha arrepentido...

—Dentro de unos días me vuelvo a Lugo.

—¿Te vas?

Cierro y abro los puños. Se vuelve a largar, y a Galicia... ¡No debió pasar por aquí!

—Creo que es lo mejor. Vine con intención de pasar sólo unos días. Más tarde pensé en quedarme, pero aquí no se me quiere como antes. —Se cruza de piernas, dejándome ver sus muslos. El control que he de tener es sobrenatural. No entiendo por qué me pone a prueba así. La deseo, joder... Es mi mujer—. ¿Qué miras?

Sacudo la cabeza, fingiendo indiferencia y ahuyentando los recuerdos que se presentan sin mi consentimiento, en los que me veo hundiéndome en ella hasta enloquecer.

—Me voy, que tengas buen vuelo.

No me da tiempo a abrir la puerta cuando Gisele se adelanta y se posiciona en medio. ¡Basta! La maldigo en silencio y creo que soy capaz de transmitírselo con una mirada.

—Te vas porque sabes qué va a suceder —me provoca, apoyándose en la puerta. Se arquea. No tiene vergüenza. ¿Cree que me olvidaré de todo por un puto polvo?—. Sabes que vas a terminar tocándome, porque te mueres de ganas, aunque te lo quieras negar.

—Te equivocas. Me voy porque no quiero verte, tú y yo ya no tenemos nada más que hablar. —Pienso bien la frase, pero, dado lo mal que lo estoy pasando por su maldita culpa, es lo mejor: acabar con esto—. Búscate un abogado, quiero el divorcio.

Gisele palidece.

—¿Es lo que quieres, Matt? —musita con tristeza.

—El matrimonio es lo único que nos une ya. ¿No es lo que tú decidiste?

—Lo decidí empujada por ti, por tus broncas, por tus celos enfermizos... por los destrozos y las confusiones. ¿No recuerdas cuántas veces te pedí que cambiases? ¿No recuerdas el tormento

que me hiciste pasar por nada? —¡De nuevo reproches!—. Asumo mi parte de culpa, pero creo que tú ayudaste mucho a que yo me asustase de esa forma, a que no regresara, a confundirme cada día que estaba lejos de ti... Y a volverme loca, porque casi lo hice. ¡Me has hecho llorar como nadie y eso que soy fuerte!

Recuerdo todas esas noches en las que lloré su ausencia y la rabia se apodera de mí. ¿Cómo se atreve a culparme cuando ya lo estaba haciendo bien? ¡Es una cínica que no es capaz de reconocer que se cansó de un enfermo como yo! Lo que siempre temí, se cumplió...

Asqueado, río y aferro su mentón para que me mire a la cara.

Ella se muestra altiva... ¿Qué pretende? Está destrozando mi calma.

—Fuiste cruel, Gisele. Sabes cuánto te pedí que no me abandonases, pero lo hiciste y no me diste opción a encontrarte, porque ni siquiera sabía dónde demonios estabas —escupo fríamente, apretando su piel hasta que está roja—. Ahora has vuelto, ¿y qué? ¿Qué quieres? ¡¿Qué buscas?!

—¡Nada, no quiero nada, porque, según tú, ya no queda nada!

Se libera, pero la empujo y la encierro entre mi cuerpo y la pared. Hay algo en mí que me impide marcharme y dejarla como una absoluta mierda, lo único que se merece.

—¿Qué haces?

—¡Maldita seas, maldita seas, Gisele! —La aplasto. Tiembla, aunque intenta fingir. ¿Cómo sé cuándo miente? Estoy harto de hacerme preguntas con respecto a ella. No lo soporto—. No quiero verte nunca más. ¡Fuera de mi vida!

—Tienes miedo. —No sólo me reta, sino que se atreve a juguetear con los dedos en mi pecho, aferrándose a mi camisa. La presión en mi cuerpo es extrema... Necesito tenerla y no debo—. Tienes miedo de sentir que nada ha cambiado... Que, aunque has tratado de borrarme y sacarme de tu vida, me sigues amando igual.

—¡No, no y no! —Cierro los ojos, no puedo verla. Entonces advierto su aliento, la miro y está muy cerca. Intuyo su intención, sobre todo cuando me sostiene por la nuca. Busco sus ojos, esos que parecen ser sinceros—. No, Gisele, no.

Se aproxima más y vuelvo a suplicar:

—No.

—¿Seguro? —Se relame los labios. Me mata—. ¿Es un «no» rotundo?

—Te odio y te odio. —Aun así, hago lo contrario. Me ciño a su cuerpo, buscando refugio en él. Gisele libera un quejido. ¡Basta!—. ¡¿Quieres volverme loco?! Soy un hombre; si quieres que te folle, lo haré, maldita seas, juro que lo haré.

«No puedo volver a caer, no puedo», me repito luchando contra mis instintos, contra ella misma, que hunde los dedos en mi pelo como tanto me excitaba e, idiotamente, lo sigue haciendo. Sus gestos me suplican que continúe, mi corazón me pide que recule.

—Sabes que quiero, lo sientes —ronronea con atrevimiento. Gruño. Tengo tanta hambre de ella que me asusta. No puede ser. Con Gisele siempre he querido más y eso ya es imposible—. Tú también lo quieres, porque nadie te ha dado lo que yo soy capaz de darte.

—¿Y qué es?

—No me provoques. —Doy un paso hacia ella con prepotencia. Niega con el dedo índice—. No, no, Campbell, no me vuelvas a desafiar.

—¿O qué?

Me besa... Me besa como sabe enloquecerme, como no debe... como estoy deseando. Su gemido al sentir que no la rechazo, más que un gemido, es un llanto controlado. Mis manos

acunan su rostro sin evitar el temblor en ellas. Soy incapaz de controlarme y me dejo llevar, besándola como he soñado tantas noches, recorriendo su boca con ansiedad.

La deseo... Ese sabor, esas manos, esa pasión... ¡Cómo la he extrañado!

—Matt —solloza.

Nos entregamos con desesperación, sin pensar en nada más... Ése es mi mayor error, pues advierto su sufrimiento, su silencioso perdón perdido entre las lágrimas que escapan de sus ojos para escurrirse en nuestros labios. Y me rindo, por un momento lo hago. La subo a horcajadas sobre mi cuerpo, embistiéndola con mi cintura... Sigue doliendo.

—Por favor, Matt, por favor, bésame así.

Lo hago. No pongo límites. La reclamo con fervor, introduciendo mi lengua en su boca, buscando la suya y calentándome a medida que siento cómo me recibe.

—Dios... te he echado de menos... mucho. Matt...

Entonces mi mente se llena de todos esos momentos en los que no estuvo. Sus «te he echado de menos» hoy me saben amargos, pues ella, con su abandono, los causó. No puedo olvidar las noches en el hospital, las pesadillas de madrugada, mis viajes en su busca sin éxito, los silencios cada vez que la llamaba...

Me retiro y le advierto, a pesar de lo mucho que me duele esto:

—No me engañas más, Gisele. No te lo voy a permitir.

La deposito en el suelo. Estamos muy cerca uno del otro y a la vez tan lejos...

—No sé qué pretendes, pero de mí no vas a obtener más. Me hiciste demasiado daño. Quizá tengas razón, yo te empujé a hacerlo, pero irte sin más me destrozó y tú lo sabías. Me abandonaste cuando habías jurado no hacerlo. Quise rogarte en persona... y no me lo permitiste, porque no te encontré. Ni siquiera estabas en Lugo.

No puedo evitar emocionarme ante tanta incertidumbre y dolor.

Estoy alterado, inquieto.

—¿A qué has venido, Gisele?

—Decidí venir para no fallarles más a los míos y comenzar una nueva vida. —Intenta acercarse. Me alejo. Se limpia las lágrimas y continúa—. Pero ahora que estoy aquí... y sé que toleras mi presencia, me quiero quedar por otros motivos.

—¿Qué motivos? —pregunto sin paciencia—. ¡¿Cuáles?!

—Mi hermano, Noa y tú sois los motivos que ahora siento que me retienen aquí. —No me la creo. ¡Me miente!—. No pudimos hacer las cosas bien al principio... pero ahora podríamos intentarlo poco a poco, siendo los amigos que nunca fuimos, ir evolucionando juntos... y ver qué pasa, sin presiones, dejando que las cosas sigan su curso por sí solas. No quiero perderte otra vez y tal vez no sea tarde para nosotros.

—¡Sigo estando enfermo! ¡No estoy estabilizado y todo ha vuelto de nuevo!

—¡No me importa, sólo quiero que no me mientas y que compartas conmigo tu rutina en la enfermedad! —implora temblorosa, apretándose las manos para ¿no lanzarse a mis brazos? No habrá consuelo—. Sé que no podemos borrar de un plumazo el tiempo, el dolor, la decepción... Pero, al comprobar que no te has ido al verme, como juraste que harías, siento que no quiero dejar las cosas así. Deseo intentarlo como nunca antes lo hice; con confianza, sin peleas absurdas..., sin obsesiones ni miedos, sin puñetazos en la pared, sin destrozos, dejándole su espacio al otro.

—Ya no hay nada entre nosotros y ahora estoy recuperando la calma. He entendido que he de curarme por mí mismo y no abandonarme porque te perdí... —Me asfixio con cada palabra, con

su presencia... con su sabor, que aún navega en mi boca—. No veo por qué tendría que arriesgarme nuevamente contigo. ¡Me niego a destrozar mi vida por ti!

—Si estás con Amanda y tenéis una relación..., olvida cualquier estupidez que pueda decir, pese a destrozarme de nuevo.

—No exijas. ¡No te atrevas a poner mi mundo al revés!

—¡No lo hago, pero ten las cosas claras!

No sé qué pensar ni qué creer... Me está desquiciando.

—No me voy a arrastrar suplicando amor, Matt —confiesa apesadumbrada. Sé que no se dejaría pisotear. En cambio, ¿espera que sea yo quien se rebaje? He dejado de entenderla, o quizá nunca lo hice—. No sé por qué tendrías que arriesgarte tú, yo lo tengo claro.

—¿Por qué, Gisele?

Acorta la distancia otra vez... y en esta ocasión no me alejo. Me rindo. No puedo más.

—Porque te amo y nunca he dejado de hacerlo, pero, si para tenerte me tengo que rebajar como una sumisa sin recibir nada de tu parte, entonces lo siento, pero no lo haré. —«Me ama...» ¿Es cierto?—. Ya te he dicho que no fue fácil para mí, que nunca en mi vida he estado tan mal... También he tenido que tratarme, Matt, y ver cómo mis padres sufrían por mi recuperación. Te repito que te amo y ahora, dime tú, ¿qué he de hacer?

Estoy en trance. La pena me consume el alma. ¿Qué nos hemos hecho? ¡¿Qué?!

—¿Algo que decir, Matt? —Se le quiebra la voz por la emoción—. Ya sabes lo que siento, lo que jamás he dejado de sentir por ti. Las cosas no han sido tan fáciles para mí como la mayoría pensáis. Yo también he sufrido. He vivido un infierno.

Impresionado y destrozado, apoyo la cabeza sobre la pared y me balanceo contra ella, con los puños apretados, controlando la presión a la que estoy sometido...

—Odio que me cuentes esto ahora y odio que hayas vuelto —confieso con rabia, con impotencia. Rujo como un animal herido—. Jamás me vuelvas a decir qué sientes y nunca más hables de un «nosotros». ¡No queda nada! ¡No hay más de ti y de mí juntos!

—¿No me darás una oportunidad? —Sus manos me rodean por detrás. Me besa la espalda. «Basta, Gisele. Basta»—. ¿Me has borrado de tu vida del todo?

—No hay nada que puedas hacer y sí... —Me libero de su agarre, temblando. Esto es lo mejor para ambos... para mí. No podríamos ser felices. Hay demasiado rencor en mi corazón—. Me has perdido, Gisele. No quiero saber nada más de ti.

—Si necesitas unos días... un tiempo, estaré esperando.

—No lo hagas. No me esperes, porque no te llamaré. —«Igual que tú no lo hiciste», quisiera añadir, pero soy incapaz de destrozarla más—. Ya no quiero nada de ti, tan sólo el divorcio.

—En cuanto tenga un abogado, te avisaré a través de Karen, Noa... —susurra y sé que controla el llanto. ¡La conozco o al menos creí hacerlo, maldita sea!— o Scott, si se decide a volver a mirarme a la cara como antes.

Evitando que se aleje, la cojo del brazo bruscamente y la vuelvo hacia mí. De nuevo estamos cara a cara y sin obtener muchas respuestas a mis silenciadas preguntas.

—Scott te adora, Gisele.

—No lo suficiente como para perdonar mis errores.

Se deshace de mi agarre, sacudiéndose, y se sienta en el sofá, mirando al vacío.

Está perdida y, lo que es peor, sola. Únicamente cuenta con el apoyo de Noa y... Karen, que de una manera u otra ha sabido entender su marcha como yo no supe hacerlo.

—Todos cometemos errores —le recuerdo antes de intentar marcharme—. El mío fue darte la

libertad de que te fueras sin mí y, míranos, ambos perdimos.

—Lo sé...

—Demasiado tarde.

Capítulo 33

Cómo te atreves a volver

Durante la cena con Amanda, mi cabeza está en otro lado... Mentalmente sigo en la conversación que hemos continuado Gisele y yo esta tarde. No me concentro. Es mi eterna tortura...

***

—Sólo te voy a decir una cosa, Matt: yo he estado lejos y tú has podido hacer lo que te ha dado la gana. Hoy te he pedido una nueva oportunidad y te has negado.

—Así es.

—Espero que sea una decisión firme, porque, estando yo aquí, si quieres algo de mí, no voy a consentir que te tires a esa arrastrada si es que no lo has hecho ya. Si esta noche ocurre, olvídate de cualquier gilipollez que yo haya dicho.

—¿Qué quieres decir?

—Que, si te la has tirado tiempo atrás, no puedo reclamarte nada, aunque me duela, aunque me destroce imaginarte y... Si te acuestas con ella hoy, olvídate de mí. No voy a ser el segundo plato de mi marido.

—Cuántos platos has comido tú después de mí, ¿eh? ¡¿A cuántos hombres se ha tirado mi mujer en esa larga ausencia?!

—No hables de forma tan despectiva de mí. Y no me toques. —La ignoro y le sujeto la cara para que me mire—. Te cambio la respuesta por un café. ¿Aceptas, Campbell?

—No... Fui el primero en hacerte gozar del sexo y eso no lo podrá cambiar nadie. Fui el primero en tocarte, amarte y hacerte el amor con la pasión y la intensidad que tú esperabas. Fui el primero en hacerte sentir especial, querida, amada. Fui tu primero en la mayoría de los sentidos y eso no lo puedes cambiar, ¡¿entiendes?!

***

Aun así, sigo sin saber la respuesta... y ha jurado no buscarme. ¿Qué me oculta?

—¿Tienes hambre? —me pregunta Amanda, sacándome de mis pensamientos.

—La verdad es que no... Amanda, estoy un poco agobiado, confuso.

—Dime qué ocurre. Estoy aquí, Matt.

Retiro la comida, observándola. En el restaurante hay mucho ruido.

—Voy a ser muy sincero, Amanda. Si vernos significa que albergas alguna esperanza de un «nosotros», me temo que lo mejor será dejarlo por un tiempo. No quiero hacerte daño, jamás debí decirte que te necesitaba.

—¿Qué quieres decir? —insiste suspirando—. Todo gira en torno a ella, ¿verdad?

—Cuando se marchó, pensé que sería por poco tiempo, que si la esperaba sin volverme loco la tendría de vuelta. Luego, como ya te conté una vez, caí en una depresión al saber que no vendría y la busqué... No la encontré y no regresó.

—Sigue, Matt.

—No fui capaz de levantarme, de retomar mi vida... Cuando creí que la odiaba, ella me llamó. Le dije que no y al poco tiempo recibí tu llamada. —Me muevo incómodo, es complicado decirle esto—. Necesitaba apoyo, cierto, pero...

—No el mío.

—Me he negado a pensar que fui tan egoísta, pero ésa es la realidad.

—Siempre he sabido que me utilizabas. —Asiento con pesar. Me lo temía—. Me hablabas de ella con impotencia, venías a buscarme para charlar cada vez que la recordabas... No me fue difícil ver que me necesitabas, pero no de la misma forma que yo a ti.

Mantengo la distancia. Aun así, ella intenta cogerme de la mano. Niego frustrado.

—Aunque hemos pasado muchas horas juntos, tu incomodidad siempre ha estado en medio. Ése es el motivo que me impulsó a confesarte mis sentimientos: el miedo a su vuelta... Lo peor de todo es que ni siquiera me has utilizado para darle celos. Ahí comprendí que, si no hacía nada, te perdería. Ya nos ha visto juntos, ya has conseguido lo que querías, ya no me necesitas.

—Seguiremos siendo amigos, pero sólo eso. No quiero nada más, no puedo tener nada más contigo. Es un imposible.

—Verte conmigo le hará daño. —¡Era mi idea!, pero me duele hacérselo—. Yo, por tu bien o por ayudarte, estoy dispuesta a...

—No —la interrumpo antes de que continúe. No lo soporto—. No la voy a herir de esa forma. Al ver que tenía un ataque de ansiedad, me asusté, me do...

Amanda intenta incorporarse, pero se le cae la copa de vino y termina manchándose su vestido y todo lo que hay a nuestro alrededor... Suspiro aliviado. La excusa perfecta para irnos y acabar con esto. Bebo un poco de mi agua, me incorporo y ella lo hace conmigo, acercándose a mí más de lo debido, más de lo que suelo permitirle.

—Matt, pasa esta primera y última noche conmigo... y si no funciona, me rendiré.

—Hazlo ya entonces —le pido apesadumbrado—. No puedo tocar a otra. Lo siento.

—Pero Matt... Ella habrá estado con...

—Cállate. —Chirrío los dientes. Esa idea se me hace insoportable. Estúpidamente, albergo la esperanza de que Gisele tampoco haya podido estar en la intimidad con otro. Es muy pronto para superar algo tan intenso como fue lo nuestro... Quizá no esté preparada—. Te dejo el taxi pagado. He de irme, Amanda. Perdóname.

***

Pasan tres días y no sé nada de Gisele. Estoy en la sala con William y Karen, hablando de los nuevos proyectos que tienen, y sinceramente no me concentro.

—¿Todo bien? —me pregunta William—. Pareces inquieto.

—A veces es mejor hablar las cosas, Matt —me aconseja Karen. Mi padre la observa y sonríe; el apoyo de ambos me alivia un poco—. Pero con calma. No volváis a lo mismo.

—¿Y si nunca puedo superar su marcha? Sería volver a lo de antes, asustándome cada vez que se fuera, preocupándome por sus salidas. Odio vivir así.

—Cielo, eres celoso por naturaleza, pero has conseguido no ser posesivo. Y hay una fina línea que marca la diferencia.

»William y yo siempre lo hemos tenido claro. Es tu turno, y no debe importarte si a Roxanne o a Eric no les gusta la idea. Es tu vida...

—Tengo miedo —confieso incorporándome.

—Y es normal... Ve a buscar respuestas, quizá lo ahuyentes.

Les doy un beso a cada uno y entro en mi despacho, ese mismo en el que Gisele y yo nos conocimos... Ha transcurrido poco más de un año y han pasado tantas cosas, nos ha cambiado tanto la vida... ¿Merece la pena oírla siquiera? Hay silencios que me atormentan, preguntas sin respuestas que me torturan. Las noches son largas, a pesar del tratamiento.

Sin pensármelo más, saco mi teléfono y marco el número de Scott.

—¿Q-Qué pasa, Campbell? —Su voz suena rara, entrecortada. ¿Está con alguien?

—¿Interrumpo algo?

—Eh... no. ¿Todo bien?

—Necesito la dirección de tu hermana.

—Matt, esto es lo mejor —trata de convencerme. Le está costando tanto como a mí confiar en ella—. Lo has pasado fatal. Ahora ambos estáis repuestos, no quiero que...

—Sé lo que hago. Mándame la ubicación por WhatsApp.

Cuando llego a su casa, ella no me espera... Está en camisón y acaba de darse un golpe en la frente. Sangra, por lo que me veo obligado a cogerla en brazos, ya que está mareada, y trasladarla hasta su habitación, incluso curarla. Mis barreras van cayendo al recordar su olor, sentir su tacto... y esa vulnerabilidad consigue que me ablande un poco... apenas nada.

Sin embargo, es más de lo que había imaginado, y más de lo que debo, si quiero protegerme de ella.

Entonces, ¿por qué la busco? Esta nueva situación me supera... me lastima.

—¿Mejor? —le pregunto tras silencios intensos—. Estás pálida.

—Sí, mejor, gracias... ¿Qué haces aquí?

No puedo evitar acariciar su mejilla, su frente, paseando el dedo por sus facciones, que muestran confusión. De reojo, me percato de que se aferra a las sábanas con fuerza... Joder.

—No he vuelto a saber de ti —mascullo con un carraspeo—. No he vuelto a verte.

—Te advertí que no me arrastraría sin recibir nada a cambio y tú dejaste claro qué querías. Te fuiste con ella, Matt... No me dejaré pisotear.

¿¡Es que no entiende nada!?

—Quiero la respuesta a la pregunta que te hice el otro día —la presiono de nuevo.

Gisele se mantiene callada, con su mirada clavada en la mía. Sé lo que necesita.

—No, no pasó nada —confieso mosqueado—. Ahora, respóndeme.

—Quiero más detalles, Matt. No puedes rechazarme, irte a cenar con otra y hoy venir a pedirme explicaciones, cuando tú eres el primero que ha de darlas.

—¿No te basta con mi palabra? —Aprieto los puños—. ¡¿No es suficiente con que esté aquí, cuando tú dijiste que, si intimaba con ella, no viniera?! ¡Creo que está claro!

—¿Cuál era la pregunta, Matt? —¿Evita sonreír? El puto colmo.

—No juegues conmigo, Gisele. Con cuántos hombres has estado.

—¿Por qué ese interés?

—Ya me has respondido, lo haces al evitar contestar. —Siento que me rompo en dos. Confiaba en ella. Quería hacerlo—. ¡¿Cuántos?! ¡¿Qué has hecho?! ¡¿Qué, Gisele?!

Se queda mirándome, desafiándome al tiempo que se muerde el labio. Me está desquiciando por lo que calla. ¿Cómo ha podido? La situación es tan surrealista... solos, ella casi tumbada en la cama, yo sentado a su lado, pero tan distantes... No, ella no es la misma Gisele Stone, ni yo aquel Matt Campbell. Con su marcha lo destrozó todo.

—Con ninguno, Matt.

—No te creo; mientes, lo sé —mascullo enloquecido—. ¿Cuántos?

—Ya te he respondido, y no me acuses de mentir, porque nunca lo he hecho. —Se recompone y empieza a gatear hacia mí. Me agarroto. No quiero sexo. Necesito la verdad y está tan cerca que me cuesta pensar—. Te hice una promesa y ésa sí la cumplí.

—¡¿Cuál, maldita?!

—Te prometí muchas veces que siempre sería tu chica de servicio, no importaba dónde, cuándo... igualmente sería tuya.

—¡¿Lo fuiste?! —Enfurecido, la cojo de la barbilla y la acerco hasta que asiente con la cabeza. Roza su nariz con la mía. ¿No ve cuánto sufro con esto? Me acostumbré a su ausencia y ahora me tortura su presencia—. ¿Por qué, Gisele?

—Me lo estás poniendo difícil, Campbell. —Me acaricia el pelo, estremeciéndome—. No me vendré abajo, rompe esta barrera invisible que nos mantiene alejados.

—Gisele, ¿por qué no lo hiciste? Deja de jugar, no lo soporto y menos con este tema. Basta ya, no seas perversa.

Se sienta sobre sus talones y, sin darse por vencida, hunde los dedos en mi cabello.

—Porque te amo y porque ha sido así —confiesa en susurros, emocionada. Cierro los ojos, sintiéndome más débil aún. Si no miente... no me ha olvidado—. Porque no me imaginé otras manos tocándome como tú lo hacías. No quería otros labios, otro roce. No quise sentir otra piel, nadie podría hacerme arder como tú. Porque, para mí, más de medio año no es suficiente como para borrar lo que tú y yo teníamos. Era amor; nos precipitamos al casarnos, pero era intenso, ¿no lo recuerdas Matt?

—Gisele... —suplico sin fuerzas—. No más... no más.

—Como tú me recordaste el otro día, fuiste el primero en hacerme el amor de forma tan ardiente, el que me enseñó la pasión desenfrenada, el que me hizo vivir un sentimiento tan complejo, profundo, grandioso, Matt... Y quiero que seas el último.

Pierdo el control y la empujo hacia atrás, cubriéndola con mi cuerpo por completo. Su entrega al rodearme la cintura con las piernas y cogerme por la nuca me obliga a no retroceder. La deseo, ¡Dios!, la deseo con cada maldita célula de mi cuerpo..., incluso con el corazón roto por su culpa.

Acaricio su piel y por un segundo me parece que estoy soñando...

—Dime que tú tampoco has podido dejar que te tocara otra. Dime que no has podido olvidarte de mí —suplica y me besa, me muerde. Enloquezco—. Dímelo, Matt.

No nos damos una tregua.

Somos dos locos entregándose a esa pasión que nos consume.

—Matt... te he echado de menos, mucho... Demasiado.

Sus palabras me duelen en el alma.

Me transporta a lo que hizo, a lo mal que estuve, a cuánto la extrañé... a cómo la perdí de un día para otro... Y pierdo la razón, la embisto fuertemente con la cadera, rugiendo por el daño que me causan todavía los recuerdos.

—Maldita seas, ¡maldita!

Gisele no deja de temblar, sollozar o gimotear, ya no lo sé... sobre todo cuando desciendo la

mano y, a través de la tela, rozo su delicada intimidad...

Busco sus ojos, lleno de rabia, de dolor, de incertidumbre.

—Por favor, no —implora contoneándose. Su humedad empapa mis dedos, y mi mente me juega una mala pasada—. No pares, no, por favor. Matt, necesito sentirte.

—Estás mojada... Mucho, para mí.

Asiente confusa.

—¿Por mí? —insisto, apretándome el pecho. Me lastima esta emoción..., este miedo que creía superado—. ¿O porque te toque un hombre?

—No he querido que lo hiciera otro, recuérdalo.

—Cállate, ni lo menciones.

No lo superaría...

—Gisele. —Trago saliva, apenas puedo respirar, y confieso, mirándola a los ojos—: He echado en falta esta sensación, he extrañado tu pasión. He extrañado lo que sólo tú eras capaz de hacer conmigo.

—¿«Era», Matt? —inquiere compungida. Me empieza a desabrochar la camisa a duras penas. Estamos tan cerca que no hay espacio para sus manos—. ¿Hablas en pasado?

¿Lo hago? ¡No sé qué siento! Me ciñe más a ella y exploto.

—¿Lo preguntas, Gisele?

—Por favor...

—¡¿Lo preguntas?! ¡Habla!

No soporto desearla como lo hago, ni rendirme tan pronto después de lo mucho que me ha costado recuperarme. Empujo mi cuerpo contra el suyo salvajemente, la beso con la misma agresividad, la acaricio con desesperación en todas y ninguna parte. No sé qué estoy haciendo... sólo que quiero más. Vuelvo a quererlo todo de ella.

—¿M-Me sigues queriendo? —Su pregunta me desconcierta y, como anteriormente, rompe esa especie de burbuja en la que consigue atraparme. Me alejo, aunque Gisele intenta que no sea así. Me miro las manos y me doy cuenta de que no soy capaz de tocarla sin olvidar nuestro pasado. No asimilo tenerla en la cama sin más, después de todo—. No te vayas...

—No puedo... Lo siento.

—Háblame de ti, Matt —implora desesperada. Me sujeta por la camisa para que no me marche—. No te alejes, aunque no me toques... Cuéntame de ti, necesito saber.

Aunque intento levantarme para irme, me resisto y me quedo sentado en la cama; ella también, enfrente.

—Ya sabes qué sucedió cuando te fuiste... —mascullo más distante—. Me puse en tratamiento, lo hice por ti. No fue fácil y pudiste comprobarlo, pero con tu apoyo todo era soportable, ése era el ánimo que me daba tenerte a diario. Eras mi consuelo y, con la esperanza de superar nuestro bache... de recuperar nuestra relación, cumplí mi promesa. Pero mi objetivo era que te sintieras orgullosa de mí.

—Matt...

—Ya sé que me dirás que lo olvide, pero ya no hay más perdón. Llegó el día en que me dijiste que ibas a tardar más tiempo... Fue una semana tan demoledora que creí no superarlo, y entonces Roxanne me comunicó que no ibas a volver. No podía creerlo... Te llamé, pero no respondiste. Dejé la terapia y, con Scott, me fui a buscarte, sin dar contigo.

—Lo siento... ¡Lo siento!

Escupo cada palabra, dañado, decepcionado. Aún me cuesta creer que Gisele, mi Gisele, mi

chica de servicio, mi mujer... me hiciera pasar por ese calvario.

—Dos semanas, Gisele, dos y entendí que debía odiarte —confieso atropelladamente, con la mirada perdida en el suelo—. Porque yo te amaba y tú me estabas borrando de tu vida sin darme ninguna oportunidad, sin querer verme, y el siguiente mes transcurrió tan lleno de dolor que no quiero recordarlo... Y tras dos semanas más, durante las cuales comencé a asimilarlo, me llamaste. Pero no, ya no podía ser. Entregarme de nuevo era caer y sufrir otro abandono..., no.

—Nunca podré perdonármelo... Menos aún sabiendo que no te tratas...

—Ahora sí, llevo tres meses en ello; sin embargo, tu vuelta... hace que me tambalee. —La observo. La voz apenas me sale, tengo un nudo en la garganta que me oprime la respiración—. No en cuanto a dejar la terapia, sí en algunas crisis que tengo a veces. Incluso con tratamiento me cuesta controlarlas, y más con el impacto que representa para mí tu presencia. Aún no modero del todo mis impulsos, pero en general estoy más estable.

—Yo... yo no quisiera irme, pero si me pides que lo haga —cierra los ojos. «No lo digas, por favor»—, lo haré... con tal de que estés bien.

—Los miedos siguen siendo mis enemigos —añado ignorando su frase, acariciándole la mejilla. Percibo su culpabilidad, su arrepentimiento, y necesito más respuestas, algo que dé sentido a todo esto—. Dime qué fue de ti, Gisele... Y no, no quiero que te vayas, porque si lo haces... —No soy capaz de expresarlo—. Háblame de tu vida.

—Me sentía confusa, perdida. Me puse en manos de un psicólogo hasta que me vi con la fortaleza necesaria para enfrentar mi vida y te llamé... ya sabes... —Se toca la frente, la herida. Arrugo el rostro—. Me encontré con Diego y me propuso trabajar; acepté, fue un buen escape. Me dijo que alguna vez te avisó de las portadas en las que yo saldría... y que tú le prohibiste que te hablara de mí. Perdí la sonrisa, como creí haberte perdido a ti.

—Era duro saber que la razón de mi existir hasta hacía poco era feliz sin mí y me protegí de ese daño.

—No fui feliz, al perderte a ti lo perdí todo. No quiero que eso vuelva a suceder.

—Yo puedo decir que estoy encontrando la calma que siempre he necesitado. —Cambio de tema. Odio todo esto—. Mi vida ahora es muy diferente.

—Me alegra saberlo. —Y sé que no es verdad, que en el fondo le hubiese gustado ser la razón por la que yo estuviese mejor. Me confunde su actitud—. Te veo bien...

—Lo estoy... o lo estaba. No lo sé... Vivo con William y Karen... Dejé la casa de Madrid y no voy por el refugio desde que decidí seguir sin ti.

Mi relato le supone una etapa que le cuesta asimilar. Lo advierto en sus tristes ojos.

—Matt... ¿Y *Tomy* cómo está? —Sonrío—. Noa me ha dicho que lo tiene Silvia...

—Sí... Se lo llevó poco tiempo después... No podía tenerlo cerca, me recordaba a ti; la soledad me invadía acurrucado con él esperando tu vuelta. Ahora lo veo cuando viene Silvia.

—Matt. —Pone la mano en mi hombro. Suspiro y la miro emocionado. Me parece un espejismo. La he soñado tanto...—. ¿Está todo perdido? ¿No hay marcha atrás?

—No quiero que la haya —confieso con sinceridad—. Pero a veces lo que uno quiere no es suficiente. No me gusta reconocerlo, pero es así.

—¿Eso es un «sí»?

—No lo sé...

Nos quedamos mirándonos, quizá intentando descifrar qué piensa el otro. Finalmente mis instintos pueden más y, ante su tristeza, le acaricio la mejilla con suavidad, tierno, como no me he mostrado hasta ahora. Mi gesto provoca que se rompa, que su llanto truene.

—No llores, Gisele. Sigo sin soportarlo. —Elimino sus lágrimas, roto como ella—. Odio verte llorar, pero esto es lo único que te puedo ofrecer ahora. Sé que no me porté bien, pero te fuiste y no volviste. Perdimos el contacto, siendo mi mujer..., sin darme la oportunidad de sentirte mía aun en la distancia. Me borraste de tu vida, eso es lo que no te perdono... que me dejaras sin más, sobre todo cuando prometiste volver al día siguiente. Asumo el resto.

—Yo también viví un calvario, sufrí como nadie sabe. No me encontraba bien psicológicamente y allí me rompí. Sé que me dirás que me habrías ayudado..., pero tú tampoco estabas bien y nuestra familia...

—¿Qué? Dime.

—Todos sufrían y me sentí culpable de ello... Oí conversaciones de tus padres, de tu hermana... —¿Por qué no nos sinceramos antes de llegar tan lejos? Nos hubiéramos ahorrado mucho sufrimiento—. A todo esto había que sumar tu decepción y el dolor que sentía al creer que, una vez más, me dejabas al margen de tu vida. Y ahora nadie recuerda mis noches en vela por ti, mi preocupación y mi llanto.

—Yo sí, Gisele. Nunca podré olvidar cada día que te hice llorar como hoy y, aunque enloquecía, trataba de calmarte. —Me miro las manos, que me tiemblan, y niego con impotencia —. Hoy no sé hacerlo.

—Matt...

Me pongo de pie sin saber qué más decir o hacer. Gisele me sigue, colocándose delante de mí, en medio de esta habitación tan desconocida... la de su casa... sólo suya. Confuso, la agarro de la cintura, vibrando con el mero hecho de rozarla. Ella se deja llevar y apoyo mi frente en la suya. Suspiramos sin poder apartar la mirada del otro.

¿Cree que he olvidado todo lo que le he hecho pasar? Es imposible.

—Gisele, recuerdo perfectamente el día en que creí haberte hecho daño con mi forma tan salvaje de estar contigo, cuando vi la sangre que corría entre tus muslos... —Solloza. Yo gruño —. Y cuando, en la luna de miel, te grité al pensar que me engañabas. El día de la cama de *Tomy*... y cuando me fui dos días y dejé que Amanda me encontrara. ¿Crees que no valoré todo esto al marcharte?

—Matt, no sé si lo valoraste antes, pero ahora no. Añadido a todo eso, aquella noche me planteé darte un hijo incluso en medio de esa oscura relación que teníamos, para que tú fueses feliz, aunque yo aún no me sentía preparada. —Me avergüenzo tanto de esos comportamientos —. La decisión que tomé no fue fácil, me arrepentí con el paso de las semanas. Lo siento mucho, Matt, pero tú también me destrozaste.

Lo peor es que lo sé, pero no puedo evitar estar decepcionado con ella. Cuando esperas demasiado de alguien y te rompe el corazón como tanto temías, resulta imposible no desencantarse.

—Yo ahora estoy dispuesta a volver a empezar y hacer las cosas bien, como nunca fueron y, en cambio, tendrían que haber sido. Voy a luchar por ello, por salvar nuestro matrimonio, sólo con que tú me lo digas.

—¡Me quitaste la vida!

—¡Y tú a mí!

Y en medio de esta absurda batalla, nos entregamos de nuevo.

Esta vez en el suelo, como dos personas hambrientas y desesperadas por recuperar algo que quizá ya no se pueda. Nos besamos, nos acariciamos sin sobrepasar los límites.

—¡Maldita seas, Gisele!

—Me sigues deseando. —Se arquea, me tienta como siempre—. Soy tuya, Matt.

—¡Dejaste de serlo!

—¡Nunca!

No estoy preparado para fundirme en ella, para sentir ese calor que me abrasaba, pues entonces sé a ciencia cierta que no habrá marcha atrás... Aunque, a pesar de todo, no sé si quiero que la haya.

—No puedo, ¡no puedo! —Me incorporo y trato de marcharme. Gisele no me lo permite, me sujeta—. Tengo que irme, ¡déjame!

—¡Matt, quiéreme! —Consigue paralizarme. ¡¿No ve qué hace conmigo?!—. ¡¿Crees que merece la pena luchar por lo nuestro, Matt?!

—Espero que sí, Gisele —murmuro saliendo—. Y no, no pude tocar a ninguna otra.

—¡¿Qué?!

—¡Lo que has oído!

Salgo disparado sin mirar atrás y, cuando estoy a punto de abrir la puerta principal de su casa, me encuentro con sus padres, que están accediendo a ella con las llaves.

Michael pone cara de asco. A mí me saca de quicio su presencia. Lo desprecio profundamente.

—¡¿A esto vienes, cerdo?! ¡¿A aprovecharte de mi hija?!

Me crujo los nudillos, negando con la cabeza, fuera de mí. ¡¿Cómo es capaz de reclamar?!

Gisele no tarda en aparecer al oír sus gritos. Parece que ha vuelto a llorar. ¡Y ahora ¿por qué?! Tampoco sé si le hace bien verme de nuevo... No puedo más.

—¿Yo? —replico a Michael—. ¿Por qué no le cuentas de una maldita vez que gracias a tus presiones falté a la promesa que le hice en Lugo?

—¿Qué? —demanda Gisele, sin dar crédito.

—Gisele, te protegí, lo hice. Pero tu padre ya no va a poder conmigo. —Y añado, antes de largarme—: Se hartó de decir lo poco hombre que yo era, antes y después de saber qué me ocurría. ¡Y me sentí así!

—¿Por qué no me lo dijiste? Matt, ¿por qué?

—Porque te protegía —murmuro dejándola atrás—, siempre lo he hecho.

Capítulo 34

Sueños rotos

Con su vuelta, mi vida se trastoca. La calma ha desaparecido y la necesidad de visitar al psicólogo es urgente. Aun así, me controlo en cuanto a mi enfermedad, pero no con respecto a Gisele. Sigo sus pasos; comprendo que, con cada uno de ellos, empieza a establecer aquí su vida sin mí y eso me causa ansiedad. No quiero jugar con ella, pero, si me busca... me rindo a todas esas pequeñas cosas que adoraba de ella... A su desafiante actitud, a su provocación, a sus constantes ganas de hacerme enloquecer.

Y hoy ha sucedido lo que tanto me temía; sin embargo, sin duda lo necesitaba... La piel me ardía por hacerla mía.

He desaparecido tres horas después de hacerle el amor repetidas veces, pensativo, asimilando lo que acababa de ocurrir. He tenido miedo de que no fuera verdad.

Ella está en mi cama, donde tantas noches se acurrucó. Se encuentra de espaldas y, tras tomarme mi tiempo para superar lo que ha pasado entre nosotros, entro en la cama y la rodeo con un brazo. Apenas puedo creerme que sea real. Beso sus hombros desnudos, su nuca...

«Mi vida...»

—Gisele —susurro a sabiendas de que no me oye. Duerme—, estás aquí.

Busco sus dedos y, con un lamento, los entrelazo con los míos.

—Buenas noches, mi chica de servicio.

Y en vez de dormir, revivo con necesidad lo ocurrido hace apenas unas horas en esta misma habitación, la forma en la que llegamos aquí... ¿Hemos hecho lo correcto?

Quiero creer que sí... pues hace meses que no me siento tan confuso, pero pleno.

***

Por fin llegó la maldita noche y no dejaba de pensar en ella... Gisele no había pasado un buen día, incluso había acudido sola al hospital porque no se encontraba bien, tal vez era ansiedad. Casi todos le daban de lado y, aunque por momentos sentía que se lo merecía, me rompía el alma. Odiaba verla así, por lo que, antes de dormir, le mandé un mensaje...

Me encontraba agotado en todos los sentidos, sin ganas de comer y atormentado. ¿Intentarlo de nuevo...? Me negaba a ceder, pero el corazón me empujaba un paso tras otro hacia la misma dirección... a Gisele Stone. Muchas vueltas y la misma conclusión: ¿merecía la pena abrir esa caja donde permanecía ella y todo lo que conllevaba traerla de vuelta? Me dolía verla llorar... Me desgarraba presenciarlo.

Sus ojos reflejaban la amargura que nunca quise ver.

—¿Señor Campbell? —llamaron repentinamente a la puerta de mi habitación cuando estaba a

punto de intentar conciliar el sueño. Se trataba de una voz femenina...

—¿Quién es? —pregunté confuso.

—La chica de servicio.

Era imposible. Ninguna chica había visitado mi dormitorio después de que... En fin, una pastilla de más me vendría bien esa noche, pensé, o podría hacer una locura.

—¿Perdón? —Lo intenté de nuevo—. Aquí no, ninguna sirvienta tiene acceso a esta habitación.

—Ésta sí. ¿Puedo pasar?

—¿Quién dice que es? —insistí; no entendía nada.

La puerta se abrió sin esperar mi consentimiento. No podía ser. Con el vestido que una vez llevó, una sonrisa coqueta y la bandeja en mano... pasó y cerró, adelantándose hasta quedar en medio de la estancia. Era ella... hermosa, sensual, atrevida... Me sentí morir. Tocado y ¿hundido? Sí, muerto, sin respiración.

Era la viva imagen de una diosa.

—La chica de servicio —repitió guiñándome un ojo. El corazón me dio un vuelco al volver a ver su alegría, sus ojos vivos. La extrañaba, joder—. Su chica de servicio, para complacerlo, señor Campbell.

No di crédito. Sencillamente no me esperaba su visita, su forma de seducirme... Me costó incluso tragar cuando, sin ninguna vergüenza, observó mi pecho desnudo.

¿Qué se proponía? ¡Necesitaba tiempo!

—¿Qué haces aquí? —le reclamé—. ¿Por qué has entrado sin mi permiso?

—He venido a servirle la cena, señor Campbell.

—Cállate, cállate.

Era una tortura oír que me llamaran así... incluso, cuando esa misma tarde mi nueva secretaria lo había hecho, me había llenado de recuerdos que me dejaron muy tocado. Cerré los ojos y eché un brazo por encima de éstos. Ella no podía estar ahí... ¡¿Quién demonios la había dejado entrar?! Maldita conspiración...

—Gisele...

—¿Sí? Dime qué necesitas.

Le hubiera suplicado que no insistiese, pero, por los ruidos que produjo a mi alrededor, dejando la bandeja, deduje que me habría ignorado. «Esta noche no nos hará ningún bien, lo presiento... si queremos ir poco a poco», me dije.

—Matt...

—Vete, por favor. —Me volví hacia el lado contrario—. Mañana hablamos.

—No quiero irme. —En poco tiempo la tuve acariciándome los hombros con delicadeza, obligándome a gemir. Me deseaba, lo percibía—. Deja que me quede contigo... Te necesito, Matt, y sé que tú también a mí.

—No quiero necesitarte... Vete.

—Te he traído la cena... ¿Te apetece que te la dé?

—No.

—¿Un masaje?

—Joder, no.

—Ordena entonces. —Trazó líneas por mi espalda. Se me erizó la piel. No podía evitarlo—. Recuerda que soy la chica de servicio.

—¿Qué mierda buscas?

—A mi esposo, al que dejé un día por los miedos que ambos teníamos..., por la ausencia de comunicación entre ambos.

—Gisele...

—Quiero intentarlo y tú me has dicho que también... No me engañas, si no has estado con otra mujer es porque aún hay algo... Seis meses no es tiempo suficiente para apagar este grandioso amor. Yo te amo, mucho. —Reí con amargura. Era muy astuta—. Tanto que, como tú decías, hasta me duele.

¡Y lo seguía haciendo!

—Poco a poco, Gisele; no estoy preparado para volver a tenerte en mi vida... Sé que sin querer te hice daño..., que no me porté bien. Quizá me merecía esto, porque siempre pensé que no era digno de ti.

Se acurrucó detrás de mí y se abrazó a mi espalda. Lo que sentí fue tan fuerte... Ella era mi adicción y mi perdición. Se había propuesto recuperarme, pero ésa no era la forma...

—Gisele...

—No me adviertas, no me detendré.

Me rozó el abdomen y me excité. Sentía sus piernas desnudas junto a mí, con ese vestido que tantas veces le había pedido que se subiera...

—Gisele, lo eras todo para mí y siempre supe que me abandonarías, que me dejarías. Aunque tú me prometías lo contrario, no podía creerte. Eras demasiado perfecta en todos los sentidos como para quedarte conmigo, con un hombre exigente, sombrío... enfermo y lleno de problemas... Apagué tu alegría. Tus ojos ya no brillaban igual.

Me besó la nuca y me encogí. Cada palabra salía de mi alma.

—Te fuiste..., maldita sea, te fuiste. —Con rabia, golpeé el colchón—. No lo superé, tu marcha me mató. Yo no te defraudé, no lo hice, pese a que lo creíste. No preguntaste nada, no confiaste en mí cuando sabías que yo por ti lo daría todo.

—Estoy aquí, Matt.

—¿Sabes lo que me supone verte después de tanto tiempo? ¡¿Lo sabes?!

—Sí...

—¿No te vas a ir?

—¿Me echarás?

—¿Te irás? —insistí.

—¿Ahora?

—Sí.

Me armé de valor y la miré por encima del hombro. Ella seguía mimándome a besos, sus ojos y los míos conectados, sin esconder cómo nos sentíamos.

—¿Quieres que me vaya, Matt?

—No lo sé... —musité atormentado—. No sé nada.

—Tienes la última palabra.

Me di la vuelta. Ya estábamos frente a frente. Dios... me acariciaba y yo moría.

A la vez, seguía luchando contra mis propios sentimientos.

—No quiero —afirmé finalmente—, no quiero que te vayas.

—Lo sé, por eso estoy aquí.

—Te siento... conmigo.

—Matt... te he echado de menos, mucho. Te tuve presente en todo momento, no te he olvidado nunca. —Me tocó el labio, triste—. Me cambiaste la vida y, después de haberme

marchado y por fin haber regresado, no concibo la existencia sin ti. Nunca lo he hecho desde que te conocí... Me duele pensar en la distancia que puse entre los dos. Lo lamento todo, haberme ido, no haber confiado en ti. Más tarde, cuando quise volver, no me importaba si seguías destrozando cosas; entendí que no podía vivir sin ti y habría estado a tu lado, apoyándote, pero los malentendidos debidos a que tú no me hablaras y yo no confiaba en ti... nos llevaron a esto.

¡Tenía tanta razón!

—Matt, te amo, mi vida. Te amo tanto como antes, porque más no creo que se pueda amar a una persona.

—Se puede —repliqué con voz ronca por la puta congoja—; yo te amé más. Te amé como nadie podría hacerlo. Te amé hasta la locura.

—Lo sé, lo sentí.

—Dolía mucho.

—Tengo miedo... ¿Ya no me amas? —Necesitándolo, acorté la pequeña distancia que había entre ambos en esa enorme cama. Toqué su rostro, confirmando que era real. Gisele empezó a llorar—. ¿Hasta tal punto te perdí, Matt?

—No preguntes... No lo hagas, por favor.

—Sólo dime si has dejado de quererme. Necesito saberlo, Matt... Quiero saber qué sientes. No me resigno a perderte.

Me rendí y la besé.

Fusioné nuestras bocas como antaño, con esos besos lentos que no se hacían eternos, sintiendo el amargo sabor de sus lágrimas. Su arrepentimiento me afligía.

—Llegué a odiarte de tanto como te quise. Te odié por el daño que me hiciste. —Hundí las manos en su pelo y, entre beso y beso, confesé—: Las noches eran mi única salida. Te imaginaba conmigo, en nuestra cama, siendo tan mía como lo eras antes de irte... ¿Cómo pudiste dejarme así? Quise morirme, lo prefería a estar sin ti.

—Matt...

—Añoraba sentirte así, enredar las manos en tu pelo, ver los ojos más bonitos y alegres del mundo. Eché de menos tu boca, tan cálida, entregada a mí..., tus brazos acogedores. —El nudo en la garganta casi no me dejó seguir y, tras unos segundos, pude continuar relatando mi calvario —. Tu olor me acompañó, tu risa... Te he echado de menos, no sabes cuánto y de qué forma. Me dejaste vacío, sin ganas de luchar.

—Abrázame, por favor, Matt. Hazme olvidar lo que te hice. Lo que nos hicimos. Hemos perdido... y ahora podemos enmendar cada error. Abrázame.

—Ven aquí. —La acurruqué contra mi pecho, que ella besó. Estábamos temblando—. Gisele... es duro tenerte aquí. Es doloroso abrazarte como lo hacía antes.

—Lo sé, noto que no quieres sentir nada por mí y que deseas borrarme de tu vida. Te pido que no lo hagas. Estoy dispuesta a reconquistarte, dispuesta a todo para ganarme el amor que sé que no hemos perdido.

Y de nuevo retrocedimos... Le pedí que se marchara, que necesitaba tiempo, pero, al ver que lo hacía, salté de la cama y cerré la puerta, acorralándola.

Iba a perder la cabeza.

—Deja a un lado el orgullo como lo estoy haciendo yo, Matt. Si quieres, esta noche me rindo, te ruego y me arrodillo ante ti para demostrarte por qué no te ha podido tocar ninguna otra. Hoy te cedo mi voluntad por entero, me entrego a ti sin importar el mañana.

Le desabroché el primer botón del vestido... Parecía mi primera vez.

—También quiero demostrarte que jamás podrán hacerlo, porque eres mío… aunque no lo quieras, aunque esas perras te acechen, suplicando quedarse las sobras que yo dejé tiradas.

Paseé la mirada por sus pechos, liberándola de otro botón.

—No creo que te hayas vuelto tan frío como aparentas. No me creo esta fachada que ya pude echar abajo una vez, cuando eras mi señor Campbell.

—Cállate.

—Sí, mío, cuando yo me abría para ti donde y cuando tú querías. —Con provocación, se puso de cara a la pared, enloqueciéndome al contonearse. La embestí con mi pelvis por detrás, gruñendo. No podría estar más duro. ¡Qué contradicción!—. ¡Ay...!

—¡Ay!, es poco para lo que vas a decir esta noche. ¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

—No me amenaces, no es necesario... No lo quiero..., ya lo exijo.

La recorrí sin ninguna paciencia con las manos, desde la cintura hasta los pechos. Gisele gemía y yo creía estar rozando la gloria. Ella siempre había sido mi refugio...

—No me podré controlar, Gisele. —Empujé y gemí—. Eso no ha cambiado.

—No quiero que lo hagas. Hace mucho que no estás con una mujer y...

—Hace mucho que no estoy contigo —puntualicé, y le pellizqué un pezón. ¡Maldición! Me tenía rendido a sus encantos y le susurré al oído—: No es lo mismo no acariciar a otra que no acariciarte a ti. No es lo mismo, Gisele, entiende que no es igual.

—¿E-Eso es bueno o malo?

Le di la vuelta bruscamente. Parecía sorprendida, débil. Por mi parte, me sentía hambriento. Aferré sus manos por encima de su cabeza y la inmovilicé. Ella, coqueta, se relamió los labios.

¡Basta!

—Gisele, eso es malo, muy malo. —Intentó besarme, pero me puse en pie y se lo negué. ¡No era un juego!—. Es malo, porque durante meses no he podido mirar a nadie con deseo, no he anhelado a ninguna mujer. No he podido siquiera pensar en ello. ¿Sabes por qué?

—N-No...

—Porque no he dejado de desearte en ningún momento. Porque no he dejado de pensar en ti. Es cierto que nadie me puede hacer sentir lo que tú y te odio por ello. —Chupé su mentón, descontrolado. Me podía como lo hacía entonces—. Después de esta noche, prefiero morir, porque tengo miedo de saber qué ocurrirá luego.

—No me marcharé de nuevo, te prometo que no te abandonaré nunca... —Era una súplica, necesitaba que la creyera—. Jamás me iré, porque te amo.

—Eso ya lo he oído antes y, sin embargo, te fuiste. Lo hiciste cuando yo traté de creerte; de hecho, tuve la certeza de que vendrías. ¿Podré volver a confiar en ti? ¿Podré, Gisele?

—No sólo depende de mí... ¿Me lo contarás todo? Ahora eres otro.

—He cambiado.

—Matt, confía en mí como yo lo haré en ti, pese a lo que te diga nadie.

La frase me desconcertó, me alteró.

Nuestro entorno no jugaba a nuestro favor... de nuevo. Me encaminé hacia la puerta y la abrí dispuesto a salir. Debía salir de allí.

—Y qué dicen.

—Que no me quieres —aseguró—, que sólo me harás daño, como yo a ti.

—¿Y tú qué crees?

—Que no es verdad, que jamás me harías nada malo. —Tenso, le evité la mirada. Ella se

percató—. No creo que te quieras vengar de mí. Tú no eres cruel, eres bueno y generoso. No me harías pasar por eso. Yo te confiaría mi vida, creo en ti.

—Lo hice, me quise vengar... Gisele...

—Matt... —imploró temerosa—. No, ¡me niego a creer que me estés utilizando!

—Sabía que el hecho de que yo estuviera con Amanda te destrozaría y pensé que, al verte, te lo restregaría por la cara para herirte, para pisotearte..., pero no puedo. No soy capaz. Ella me lo ha ofrecido durante la cena, no puedo ocultártelo. Lo poco que Amanda y yo hemos compartido en este tiempo ha sido suficiente para ella y se ha declarado.

—¡Me dijiste que no!

—Gisele, ¡no te he mentido! Ella vino porque supo de tu marcha y yo me negué a sus proposiciones, pero, al pensar en la cara que pondrías al verme a su lado, le pedí ayuda. Sin embargo, ahora que has regresado, lo tengo claro... Ella me lo ha reprochado, me ha suplicado, pero ha entendido que mi cambio es por tu vuelta, aunque yo se lo he negado.

—Me amas —afirmó con seguridad, entrelazando nuestros dedos—. Sé que es así y pronto lo sabrás tú también. Entenderás que jamás has dejado de amarme. Lo siento así.

—No es fácil.

—Lo sé... Ya no sé qué más decirte...

—No digas nada entonces. Quiero ver a la chica de servicio que me enloquecía con sólo mirarla, a la mía... a la que perdí días antes de esa puta marcha suya que me destrozó, a la que brillaba, a la que no se rendía... a mi chica de servicio.

—Estoy aquí, ¿no me ves? —Supe que mentía, que se hacía la fuerte, pues ella sabía tan bien como yo que esa chica se perdió con nuestro final—. Soy la misma, para complacerlo... señor Campbell.

—Cállate.

—Señor Campbell.

—Que te calles.

—No me da la gana. —Me sacó la lengua como una niña pequeña—. Cállate tú.

—Me estoy controlando mucho, no me provoques.

—¿Me callo con esa parte de tu cuerpo que tan loca me volvía?

—Prueba —mascullé.

—No me desafíes.

—¿A qué? —Me agarroté y apreté la mandíbula cuando se arrodilló ante mí y me bajó los bóxers. Atrapé su mano y la detuve, desquiciado, tan caliente como no recordaba que se podía estar. Era la única que podía tentarme y conseguir que me rindiera así—. Gisele... ¿qué haces? No te dará tiempo a dar la primera lamida y ya estaré acabando.

Mi cabeza y mis labios sólo podían pensar y repetir:

—Tengo tanta hambre de ti. Tanta necesidad y miedo de tocarte.

Y así fue...

Cuando lo hice, cuando la toqué, creí perder la razón. Su cuerpo estaba tan receptivo como siempre y su sexo, húmedo, mojado por mí. Metí y saqué los dedos, allí en medio del pasillo, tras una lucha que no terminaba... Quería que se fuera, pero no la dejaba irse... Su cuerpo, convulsionando de placer, me empujó al abismo. Mientras besaba sus pechos, la acariciaba e introducía los dedos en su cavidad como si de mi propio pene se tratara, la sentí estallar en mis manos. Fue una sensación tan intensa que me corrí sólo con verla...

—No me conformo con lo sucedido ahora —le recordé tirándole del cabello—. Sé que

entiendes perfectamente por dónde voy.

—Ajá. Satisfecho siempre. Saciado nunca.

—Te acuerdas —gruñí como un animal herido—. Gisele...

—Las cosas especiales nunca se olvidan y tú eres la persona más especial que ha habido, hay y habrá en mi vida. No me importa nada ni nadie, quiero recuperar mi vida a tu lado. Los demás se pueden ir al infierno si no respetan mis decisiones.

—¿Por qué dices eso? ¿Ha ocurrido algo más?

—Nada que no sepas... Matt. No sabes lo mal que me siento por lo de mi padre... Nos ha faltado tanta comunicación al querer protegernos el uno al otro.

—No quiero mencionar nada de esa etapa —le advertí, asqueado. La impresión de su sexo ardiendo entre mis dedos todavía me duraba y no quería empañarlo con una conversación tan sucia—. Ahora ya no hay secretos o sabemos del otro lo que debemos saber... Los días y el tiempo dirán cómo podemos curar nuestras heridas.

—Las tuyas están muy abiertas.

—Lo están y no será tan fácil como perderme contigo esta noche.

—Estoy dispuesta a correr ese riesgo. —Se incorporó esquiva y luego me sonrió—. Voy a preparar un baño, ¿te apetece?

Me pellizqué la nariz... Aquello supondría dar un paso más y no estaba preparado.

—Igualmente lo haré, Matt; necesito sentirte más profundamente. Piel con piel.

Entró en la habitación y se dirigió al baño y la seguí. Estaba inclinada en la bañera y entendí que no podía resistirme más. Sabía que luego llegarían las consecuencias, pero esa noche, en ese momento, quería dejarme llevar..., calmar mi agonía, hacerle el amor hasta desfallecer.

Cuando Gisele se giró, ronroneó con sensualidad:

—Quiero verte, tocarte y disfrutarte como en mis fantasías... fornido... mío. —Se agachó y me quitó los bóxers ya manchados. Me acarició las piernas y luego subió hasta rozar la punta de mi miembro. ¡Dios! Gruñí. Aquello era el puto infierno disfrazado de cielo—. Sí, demasiado tiempo. Quiero hacerte tantas cosas...

—No vas a dormir. No te vas a marchar hasta que sienta que no puedo más, y dudo mucho que mis ganas terminen aquí.

—Lo mismo digo, señor Campbell.

—Gisele, deja de provocarme.

—Nací para ello.

Y así era. Sin paciencia, le arranqué la ropa al tiempo que ella me besaba.

—Eres real —susurré todavía conmocionado—, maldita seas, Gisele.

—Te amo, te amo, Campbell... Te amo.

Esa palabra me torturaba, de modo que, sin control, la empujé dentro de la bañera, entré y luego la subí a horcajadas sobre mí. La contemplé y quise aplastarla con mis manos por la puta emoción que me recorría por dentro. Estaba ahí y... era mía. Mi pene vibraba contra los pliegues de su intimidad y era tan desconcertante, excitante y duro.

—Matt... un paso más. —La sujeté del pelo, fiero—. Más... mucho más...

—¿Estás segura? —Asintió jadeante—. Yo no, pero mis ganas de ti me pueden. Me arrastras y me vuelves loco. ¿Qué quieres, Gisele?

—Tiéntame... poséeme... y ríndete.

¡Lo haría, joder! Tres putas palabras que significaban tanto para nosotros...

Con sus ojos fijos en mí, apoyó los brazos en mis hombros sin que yo dejara de acunar su

rostro y fue bajando muy despacio. Cerré los ojos hasta sentir que me faltaba el aire, entrando poco a poco en su cavidad... Me sentí pleno, dentro de ella, en casa.

—Joder y joder —mascullé, y me aferré a su cintura, obligándola a no continuar con esos placenteros movimientos. Sus paredes vaginales me apretaban como la primera noche que la hice mía...—. No te ha tocado nadie... nadie, Gisele.

—N-No, claro que no... ¿No me habías creído?

Me cogió la cara, ella temblaba y no era la única. Me asusté al volver a sentir algo tan grande y poderoso por ella... Ese algo tan grande que siempre había dolido..., esa noche incluso más. Y no, no estaba preparado para eso..., para reencontrarnos así tan pronto.

Agarré su cadera con fuerza, prohibiéndole continuar.

—Sí, pero sentirlo es... demasiado. No sé si puedo.

—Déjate llevar, Matt —imploró asustada de mis repentinos cambios—. Rompe esta barrera, al menos por esta noche. Deja que te demuestre lo mucho que te he echado de menos en todos los sentidos, lo mucho que he anhelado tenerte como ahora.

—Esta situación me supera.

Vibraba dentro, pero seguíamos quietos.

Descansé la cabeza en su pecho. Ella me rodeó, consolándome, a pesar de tener claro que para ella también suponía un choque emocional.

—Tranquilo.

—Me duele tanto lo que ha pasado...

—Lo sé, también a mí.

—Me cuesta volver a empezar y verte cada día. —Me abrazó mientras me acariciaba y besaba. Era tierna. Era mi Gisele—. Quiero y no quiero tenerte en mi vida. Necesito la oportunidad, pero a la vez tengo miedo de perder la estabilidad que tengo ahora.

—No tiene por qué ser así.

—Gisele... Hace dos meses que no grito ni río sin un porqué. Los cambios no son los de antes y contigo aquí... me he sentido alterado. He tenido de nuevo el impulso de golpear al saber que conocerás otro mundo fuera de mí y que yo tendré que verlo y respetarlo. No sé si estoy preparado para verte salir con compañeros de trabajo... No sé si estoy preparado para volver a darte el dominio que tenías sobre mi vida.

—Tómate tu tiempo y espacio. —Estaba triste—. Yo te estaré esperando.

Me obligó en cierta manera a que la mirara y se apropió de mi boca; mis labios no dudaron en acoger los suyos como siempre. De pronto, empezó a moverse suave, lento. Era una exquisita tortura. Hacia delante y hacia atrás. Nuestros cuerpos entrelazados... Su piel y la mía fundiéndose en una sola.

—Pero necesito verte, sigues siendo como un imán para mí —confesé balanceando sus caderas—. Me he negado, pero he vuelto a ti y no quería, Gisele...

—Empecemos poco a poco, tú en tu casa y yo en la mía. —Acarició mi lengua con la suya y la mordí. Me estaba matando con sus apasionados movimientos, con esa sensualidad que derrochaba sin pretenderlo—. Salgamos, quedemos y, cuando estemos preparados, volvamos al refugio, lejos de todo y de todos..., solos tú y yo...

No respondí nada, me callé disfrutando del placer que me estaba proporcionando. Aunque no llegamos al final y sabía que eso la frustraba, yo, de momento, la necesitaba así... delicada, sensible.

—Dime qué quieres, por favor. Matt, soy yo, tu Gisele. La chica de servicio a la que añoras en

la distancia. Tu descarada esposa, que te sigue amando con una locura infinita.

Me escocían los ojos, le di un último beso y bajé la mirada hacia la unión de nuestros sexos, cubiertos por el agua que nos rodeaba. A ese millón de gotas se sumaron algunas más... que resbalaron de mis ojos y que no permití que Gisele presenciara.

—Sí —musité roto, aferrándome con fuerza a su cadera para controlarla—, necesito esta oportunidad para saber cómo podría haber ido, para no quedarme con la espina, el dolor de saber que te he alejado nuevamente. Te pido paciencia.

—Gracias, gracias por no cerrarme las puertas de golpe... Yo te pido confianza.

Desarmados, nos besamos de nuevo..., rotos por ese amor que no habíamos dejado de sentir, aunque nos estuviese destruyendo por dentro. Estaba ahí y más vivo que nunca.

—Gisele.

—Dime —jadeó.

—Sigue, estoy agonizando.

Con sus ojos puestos en los míos, se movió hacia delante y hacia atrás, acariciándome el cabello al tiempo que yo hacía lo mismo con su cintura. Me consumía por dentro su forma de hacerme el amor..., de entregarse. Incluso cuando le pedí que apoyara las manos en los laterales de la bañera y se arqueara por y para mí, lo hizo, mientras yo me deleitaba con sus movimientos, con la sensación de plenitud que sólo ella me aportaba. Fue como nuestra verdadera primera vez…, esa vez que hicimos el amor después de saber lo que sentía por la chica de servicio.

Poco después, desbordados y de pie en la bañera, me mecí una y otra vez, y una más. Estábamos sumergidos en nuestra burbuja, viendo en la mirada del otro la transparencia..., aferrados al otro y acariciándonos como si fuese la última vez que lo haríamos. Entre palabras de placer, nuestros cuerpos empezaron a convulsionar, a temblar, y estallamos al mismo tiempo. Me corrí sabiendo que quizá esa noche marcaría un antes y un después en nuestras vidas.

La abracé con el alma, y con el corazón temblando de amor...

—Me puedes, Gisele. ¡Me puedes!

Entonces llegó lo peor: la cabeza empezó a darme vueltas. No podía creer que siguiese siendo mía, y me dolía esa distancia que a veces se hacía presente entre nosotros desde su regreso..., como los silencios vacíos.

—¿Vienes? —Dudé si entrar de nuevo en la bañera, pero accedí y me senté, dejándole un hueco entre mis piernas. Ella se arrodilló y se sentó sobre sus talones—. ¿Estás bien?

—Sí.

—Te conozco, Matt. —La rodeé con mis piernas—, y sé que me estás engañando.

—Estoy bien.

—Y lejos de mí —susurró—. Matt...

Eché la cabeza hacia atrás, pensativo.

—¿Qué debo hacer para volver atrás en el tiempo? —preguntó con pena, pasando la esponja por mi pecho para enjabonarme. Ese pecho que latía rápido—. Quiero recuperarte..., pero en algunos momentos siento que choco con un muro de piedra...

—Déjame unos minutos, por favor.

—¿Estás arrepentido?

Me rompí ante su pregunta.

Me rompí en todos los sentidos. La miré y permití que las lágrimas contenidas salieran a flote como llevaba evitando desde que ella se había permitido el lujo de irrumpir en mi habitación con el mismo vestido y la misma actitud que me enamoró.

—¿Crees que estoy arrepentido? ¡¿Me puedo arrepentir de esto cuando lo he deseado cada maldito segundo desde que te fuiste?! —Ella negó asombrada, confusa—. ¡Dime, Gisele! ¡¿Cómo?! —La voz se me quebró y cogí aire, para añadir sin contención—: ¿Qué puedes hacer para recuperarme? La pregunta no es ésa, Gisele, sino ¿alguna vez me has perdido? ¡Nunca! Nunca... nunca lo hiciste. Me duele, pero es así.

Ante mi confesión, se lanzó a mis brazos, que la aferraron sin dudar. Rompió en llanto, besándome y expresando en cada beso su arrepentimiento. ¡Y lo admití!

No fue únicamente culpa suya...

—No llores, Gisele —la consolé sufriendo—. No puedo evitar sentirme así, la situación me ha superado... Eras tan mía... pero un día te perdí y no pude recuperarte.

—Lo siento, lo prometo...

—Desapareciste, Gisele. Me borraste de tu vida. Te odié por haberlo hecho. Yo me sentía completo contigo, mi vida sin ti no tenía sentido... —Mi discurso no cambiaba, pero estaba clavado en mí—. Hoy estás nuevamente conmigo y, aunque todo ha cambiado, parece lo mismo que cuando eras mi esposa, en nuestra casa.

No se separaba de mí, destrozada y desolada.

—... Y a la vez sé que no es así y eso me mata. Meses de sufrimiento confirman mi dolor, mi agonía. Tú no has estado conmigo y no sé cómo aceptar esta noche... tu vuelta. Me voy a volver loco, ¡loco por ti!

Se enrolló en mi cuerpo, rodeándome con piernas y brazos.

—No pienses que te estoy culpando —insistí en recordarle, admitiéndolo en voz alta—; sé que mi actitud te hizo tomar esa decisión tan drástica. Me duele entenderlo ahora, cuando ya no estamos separados, pero tengo miedo de volver a dejarte entrar en mi vida. —Ella me arañaba de impotencia. No era un rechazo...—. No por ti, por mí... No sé si estoy preparado. Temo volver a depender de ti y a no ser nadie si no estás a mi lado.

—No voy a pedirte nada más. —Sollozó contra mi cuello mientras la mimaba echándole agua templada para que no se quedara fría, recorriendo las heridas que tenía por el cuerpo. Estaba débil—. Matt...

—¿Por qué tienes tantas magulladuras? Odio esto.

—Últimamente estoy torpe... —Luego retomó nuestra conversación anterior—: La decisión es tuya. Ahora me iré y no volverás a saber de mí hasta que así lo decidas. Yo no volveré a insistir, no puedo estar suplicando perdón el resto de mi vida por una decisión que, acertada o no, tomé.

Me destrozó la idea de perderla de nuevo... Nuestros llantos cesaron, quizá dando paso a la rabia que sentíamos por no avanzar pese a lo ocurrido minutos atrás.

—Me voy —musitó, alejándose. Estaba tan triste que me desgarró el alma—. No olvides que te amo y que estaré disponible para ti cuando lo decidas. Hazlo pronto, Matt... no estoy dispuesta a pasar noches clandestinas contigo siendo tu mujer.

—No lo intentes —amenacé ante su frase—. No me acuses de querer eso, porque lo he intentado, Gisele. He mantenido la distancia para no hacerte sentir como si fueras mi amante. —Ella abrió mucho los ojos—. Me has provocado y aquí me tienes... ¡Tú para mí no eres un objeto y, aunque un tiempo te hice sentir así, nunca lo has sido!

—Lo sé. —Advertí su miedo—. ¡Lo siento!

Me dio un beso en la mejilla y salió corriendo del cuarto de baño, envuelta en una toalla. Decidí seguirla. Tenía tantas preguntas aún... Acaricié la alianza que llevaba colgada al cuello,

siendo consciente de que, a pesar de que se fue, no había querido desprenderme del todo de ella, manteniendo ese vínculo de alguna manera... No la olvidaba.

¿A quién había tratado de engañar? A todos les decía que no me lo quitaba del cuello porque era mi alianza y Gisele no tenía derecho también a despojarme de ella. Idiota...

—Gisele... dime qué has hecho este tiempo. Háblame de ti y quédate. No te vayas.

Se rindió, hundió los hombros y cedió.

Conversamos un poco de todo... aunque nos interrumpió una llamada de Amanda que a Gisele no le gustó nada. Y, entonces, le hice la pregunta que me atormentaba.

—¿Dónde está tu anillo de casada, Gisele? No lo veo.

—Tú tampoco llevas el tuyo en el dedo. —Señaló mi cuello. ¡No había comparación!—. Y sigo enfadada.

—No lo llevo en el dedo, pero va conmigo, al igual que nuestra cadena y la pulsera, que siempre guardo en mi bolsillo, porque se ha roto dos veces.

—Lo tengo guardado, ¿y qué? ¿Qué me reclamas? —Me crucé de brazos—. Tú has hecho tu vida y llevas el anillo colgado del cuello, ¿te lo pondrás en el dedo?

—Me lo pondré cuando sienta que quiero tenerte de nuevo en mi casa, en mi cama, todas las noches y a todas horas.

—Eso ha sonado prepotente —me recriminó muy molesta—. Puede ser que yo me niegue a estar en tu cama todas las noches. No me jodas tratándome como una mierda. ¡No me hagas sentir miserable, me tienes al borde de un precipicio!

—No era mi intención... Siento haberte molestado, lo siento mucho.

Avanzábamos y retrocedíamos. La distancia seguía en medio cuando no estábamos haciendo el amor y, no, no podíamos cometer el error de volver a refugiarnos en eso.

—¿Te irás, Gisele?

—¿Quieres que me vaya? —preguntó como al principio de la noche.

—No, sabes que no.

—Haces que tenga dudas.

—Quiero que te quedes, ¿entendido? —Dejó que la toalla resbalara por su cuerpo, desnudándose de nuevo. Maldición—. No sabes lo que haces conmigo, ni te lo imaginas.

—Quiero y necesito verlo.

—No juegues —le advertí ante su coqueteo y sus sensuales movimientos—. Después de seis meses, no estoy para esto. Hazlo como tú sabes, Gisele. Enloquéceme, pruébame y sorpréndeme como aquella primera vez..., como hace unos minutos.

—Estoy aquí para complacerlo, señor Campbell.

—Maldita sea... No puedo más, te necesito, joder.

—Estoy aquí, dámelo.

La alcé en brazos y la lancé sobre la cama, posicionándome salvaje entre sus piernas.

—Más... Matt... lo quiero así. Me gusta así. Tú, como siempre... Mi románt...

La acallé y arremetí, adentrándome una vez más en ella esa noche...

Cuando acabamos, llegaron las dudas. Tratándose de nosotros era inevitable.

—¿Por qué me miras así? —me planteó desconcertada—. ¿He hecho algo mal?

—Sí, recibirme como siempre.

—¿Qué quieres decir?

—En la cama. He sentido a mi chica de servicio, a la que me hacía vibrar, gozar..., a la que amé hasta la locura.

Leí en sus ojos su tormento al expresarme en pasado, la incertidumbre de por qué no hablaba en presente.

—Porque no puedo aún —respondí a su silenciosa pregunta—. Déjame acostumbrarme, entender lo que nunca has dejado de ser para mí; aceptar que estás aquí y que, aunque te acusé, ambos fuimos culpables.

***

Me despierto sobresaltado tras los recuerdos de hace apenas ¿unas horas? Miro a mi alrededor, con la respiración acelerada, sudando... Ella está aquí. Todo ha sido real.

«Mi Gisele.»

—¿Todo bien? —me pregunta angustiada al verme.

—Estás aquí. —Asiente y sonrío—. Creía que había sido un sueño.

Me empuja hacia atrás y se acurruca conmigo. Me falta el aire.

—Lo estoy y no me iré.

No tardo en dormirme...

Horas después suena, como cada mañana, el maldito despertador. Lo apago y acaricio la espalda desnuda de Gisele, de la que, con esfuerzo, me tengo que apartar, ya que no quisiera otra cosa que quedarme aquí y no volver a salir nunca más.

Beso su cuello, en el que le he dejado una pequeña marca, con un mordisco, que odio... y me doy una ducha rápida.

Cuando salgo del baño abrochándome la camisa azul, Gisele está buscándome con la mirada. Me parece creer que lo hace tan inquieta como yo hace unas horas. Me acerco a la cama y me siento a su lado. Amanecer así es... volver a vivir.

—Me tengo que ir, Gisele. —Sonríe, asintiendo—. Descansa, no hay nadie en casa.

—Se te ve tranquilo, descansado.

—¿Has dormido bien? —le pregunto suspirando. Afirma con la cabeza. Le retiro un mechón de cabello del rostro. La melena le ha crecido bastante durante el tiempo que ha estado en Manhattan..., una ciudad que, con certeza, no pisaré más; no hasta superar la distancia que supuso para nosotros—. Yo también, hacía mucho que no dormía de esta forma, pese a la interrupción.

Calmado, vuelvo a sonreír y le digo:

—Quiero verte después.

—Me encantaría. Ha sido la mejor noche que he tenido desde que me fui. Porque, antes de irme, cada una de las noches que pasé a tu lado fueron especiales, las mejores.

—Hoy necesito acudir a la consulta de Carlos... —le confieso, no voy a ocultárselo—. Luego tengo mucho trabajo, pero quiero verte, aunque sea de madrugada. ¿Podrás?

—Vale. —Acaricia mi alianza. Me estremezco—. Te espero en mi casa y tengo preguntas, Matt. Aún me quedan dudas.

—Te encantaba preguntar —le recuerdo, besándole la frente—. Adelante.

—¿Por qué lloraste anoche? ¿Por qué me marcaste? Necesito saber el porqué de tus lágrimas después de eso tan hermoso que habíamos compartido.

Me incorporo y camino hacia la salida. Antes de marcharme, la observo y murmuro:

—Porque sigues siendo mía.

Su rostro se contrae. Me temo que la palabra nos causa el mismo miedo a los dos.

Nos recuerda esa posesión que ninguno queremos de vuelta...

—Matt...

—Gisele, si volviese a caer, ¿qué harías?

—Levantarte, apoyarte y cuidarte. Sólo te pido que no me alejes, que no te ciegues como lo hiciste la otra vez. Déjame ayudarte y comparte conmigo tu día a día... Sé que iremos poco a poco por el bien de lo nuestro, pero no más secretos y nunca me rendiré.

Capítulo 35

Cóseme

Al pensar en el día que tengo por delante, me desespero: trabajar muy duro y el psicólogo, una combinación de mierda, porque donde realmente necesito estar es con ella...

Mi teléfono suena y al ver que es Gisele comprendo que me tiene tan presente como yo a ella.

—¿Matt?

—Sí —contesta—, dame un segundo, le pido al ver que Denis viene directo a mi despacho.

—Matt —me llama Denis entrando—, ¿podemos hablar?

—Claro. —Le hago señas para que tome asiento—. ¿Qué pasa?

Percibo su tensión mientras llega. Pocas veces lo he visto en este estado.

—Anoche me llamó Amanda —dice finalmente. Suspiro exasperado—, llorando, diciendo que estabas con Gisele, que dormiste con ella.

Dejo de cualquier manera los papeles que reviso a mi derecha, encarando a mi amigo de frente.

—Me parece que ese comentario está fuera de lugar. A nadie le importa con quién estoy o dejo de estar. A Amanda le dejé las cosas bien claras y no entiendo que te llame, mucho menos entiendo a qué viene esta charla.

Él se muestra inseguro ante mis palabras, desconfiado. Es algo que no entiendo. Se ha convertido en uno de mis grandes apoyos y no me gusta su recelo, me descoloca.

—Hace dos días me acosté con Amanda —confiesa con tono más bien frío. Me encojo de hombros—, pero anoche me llamó para contarme esto. ¿Cómo quieres que me encuentre? Lloraba mucho y es porque siente algo fuerte por ti. ¿Dónde quedo yo en este asunto?

—Yo ahí no entro —respondo con indiferencia—. Tanto ella como tú sois mis... amigos; mi relación con Amanda nunca ha sido más que eso, amistad. Y con esta palabra lo resumo y aclaro todo, no me metáis en vuestros problemas. Y creo que voy a adelantar una visita.

Me encamino hacia fuera, dejándolo en mi oficina. En la puerta de ésta, choco con la nueva secretaria. Me disculpo, y ella me sonríe con simpatía.

—Perdón, señor Campbell. —Sacudo la cabeza al oír cómo me llama. Ella... ella y ella. Las imágenes de la noche anterior me acechan con dureza, haciéndome sentir cada una de las sensaciones que reviví a su lado. La recuerdo sensual, entregada y, sobre todo, enamorada...—. ¿Desea un café?

Niego con la cabeza y atiendo a Gisele, que parece preocuparse por esa voz femenina. ¿Es que no entiende nada?

Hablamos un poco, apenas nada, porque al recordar su marca del cuello, la palabra «mía» enseguida me atormenta. No quiero regresar a lo mismo, de modo que corto la llamada tras despedirme y cojo el coche para ir a visitar a Carlos.

Éste, nada más verme, sabe que no me encuentro bien, que estoy alterado, por lo que enseguida me hace pasar a su consulta, aunque le ha costado unos minutos abrirme y aquí no hay nadie. ¿Entonces? Estoy nervioso... y él, algo distraído. Me pide que me siente y de vez en cuando desvía la mirada hacia la puerta contigua. ¿Qué ocurre?

¡Es lo de menos, joder!

—Ha vuelto... Ya hace unos días, pero no creía que fuera a ser tan duro.

—Vaya, increíble... —¿Es todo lo que tiene que decir? No me parece sorprendido—. Cuéntame, desahógate. No omitas detalles y suéltalo sin pensar. De esta forma me dirás lo que verdaderamente sientes.

—¿Por dónde empezar?

—Siempre por el principio.

Hago caso a su consejo y, apretándome las sienes, empiezo mi relato.

—Apareció en el bautizo de mi sobrino. Me avisaron de que vendría y pensé que podría con la situación, pero, al verla, las barreras flaquearon y no sabes de qué manera. Está igual de hermosa, más delgada y madura.

Carlos apunta algunas cosas en su libreta según me escucha. No dejo de suspirar. Estoy inquieto.

—La traté con indiferencia, mostrando mi lado más seco, frívolo; pensé que quizá así se iría. Finalmente, ante el recibimiento que tuvo, dijo que se iba de nuevo. No soporté verla marchar otra vez y fui tras ella, gritándole lo mucho que su hermano la necesitaba... Tuvo un ataque de ansiedad y le costaba mucho respirar. No la reconocía.

—Seguro que se recuperó —dice sonriendo. ¿Es una burla?—. Continúa.

—La cogí en brazos, la sentí. Su piel suave, blanca como siempre... La llevé en mi coche a casa de mi hermano Eric y la dejé en la cama. Me dolió verla. ¡Me abandonó!

—Tranquilo, Matt.

—Más tarde me animé a ir a verla para saber cómo seguía. Y me llevé más sorpresas... Se mostró tan descarada y desafiante como siempre; la tuve muy cerca, le rocé la piel. Estuve a un paso de caer, pero resistí hasta un nuevo asalto, cuando vi que un amigo de mi hermano coqueteaba con ella; el muy desgraciado se la comía con los ojos y los celos me consumieron.

Carlos carraspea, algo preocupado. Yo necesito escupirlo todo cuando antes.

—Se atrevió a burlarse de mí diciendo que nadie podría hacerme sentir como ella. ¿Qué podía decir? Tiene razón, lo he comprobado a lo largo de los esporádicos encuentros que hemos tenido...

—¿Encuentros? —Ahora sí se sorprende—. Y en esos encuentros, ¿qué...?

—Algún beso que otro... un roce. Pero se me fue de las manos, Carlos... Me dijo que me amaba, que nunca había dejado de hacerlo y eso fue para mí tan fuerte como su presencia.

—Más que besos, ¿cierto?

—Anoche nos vimos y la rabia, el rencor, todo se fue a la mierda. ¿Sabes cómo llegó? ¡Con el uniforme de chica de servicio...! Es muy seductora. —Sonrío sin querer. Es una imagen muy cómica—. Quise resistirme, pero fue imposible. Es mi mujer, ¿cómo no responder ante ella si me hace vibrar con sólo mirarla?

Carlos asiente mientras resoplo. No puedo dejar de moverme.

—No la ha tocado nadie más. Yo fui el primero en mostrarle cosas nuevas y juró que sería el último. La maldita me volvió loco... Caí y no te imaginas de qué forma. Detalles que, por supuesto, omitiré.

—¿Por qué? —pregunta Carlos.

—No te voy a explicar cómo es mi mujer en la cama —replico más nervioso a medida que hablo. Es obvio—. He venido porque estoy mal... Siento que me pierdo, que vuelvo a necesitarla. Esta mañana, antes de irme, lo he visto con claridad; lo sentí también anoche, cuando le mordí el cuello... Pensé, sentí que era mía. He retrocedido a una velocidad que me asusta, a unos sentimientos de posesión que me destrozan. No quiero volver a lo mismo, no puedo hacerla pasar por semejante calvario... Se iría, ¿y luego qué? Si viviera eso nuevamente nunca me recuperaría.

—Matt, tienes que tratar de mantenerte en la línea: seguro de ti y de ella si quieres empezar de nuevo. Porque supongo que es lo que deseas, ¿no?

—No quería, traté de no hacerlo, pero este estúpido corazón grita su nombre. La llora en su ausencia. Me estoy obsesionando, lo sé. Ahora que está aquí necesito saber cómo sería nuestro matrimonio si todo fuera bien, cómo sería confiar en ella... Y tampoco sé si puedo conseguirlo y eso me mata.

—La amas mucho...

Me rasco el mentón, evitando contestar a su afirmación.

—Matt, me gustaría conocerla en persona. Una vez no fue posible, por videoconferencia no es lo mismo y creo que ha llegado el momento.

—No.

—Matt, contrólate. Si sigues así, volverás a lo mismo y no habrá salida. ¿De qué han servido las terapias anteriores? Gisele ha vuelto, pero no tiene por qué arrasar con todo lo que encuentre a su paso. Quiero tratarla y saber cómo ha pasado este tiempo. Pretendo ayudarte, pero no vuelvas a cerrarte, con ello sólo conseguirás perderla para siempre, ¿es eso lo que quieres?

—¡No!

—Entonces piensa antes de actuar, no caigas en los sentimientos oscuros que te producía cuando nos vimos por primera vez. Gisele es tu mujer, no de tu propiedad. Es hora de que entiendas esto, de que le dejes su espacio y que te tomes el tuyo. Ve con calma. Si ella es como cuentas, no querrá verte mal. No querrá perderte y te ayudará, pero para ello tienes que tratarla como según tú merece, no como algo de tu propiedad que no debes prestarle a nadie. Paciencia y, te repito, con calma.

—Es lo mismo que hemos decidido nosotros, pero no sé si podré conseguirlo. Tú sabes cuánto la he echado de menos, y ahora que está conmigo, ¿cómo ir despacio? Y, por otro lado, es lo que necesito, porque su presencia me duele y me hace daño, me hace pensar que me prometió no irse... ¡y se fue!

—Tenéis que teneros confianza, sin secretos.

—Es lo que nos proponemos... Sin embargo, a veces siento que puedo y otras que no. No es la primera vez que me... —«Abandonan...» Omito recordar a mi madre biológica—. Carlos, no sé realmente qué quiero... Sí, intentarlo e ir despacio.

—Me parece lo mejor. Te repito: quiero verla.

—Va a conocer a otros en el trabajo y...

—Matt —me interrumpe—, si no ha estado con otro, incluso en estos meses de separación, ¿crees que lo hará ahora? Vamos a tomar un café y seguimos. Quiero que me hables de sentimientos y no que me des evasivas sobre lo que sientes por ella. Estás demasiado alterado, confuso e inseguro.

—Y todo está en relación con el mismo nombre, Gisele.

—Anda, sal.

Me cruzo de brazos, muy agobiado ante sus prisas y mi estado. Terapia para ambos, ir despacio, pero a la vez necesitar verla...

Vivo una agonía cada vez que percibo su aroma cerca, su calor. Dormir a su lado era lo que necesitaba; he descansado como hacía mucho tiempo que no lo conseguía... exactamente seis meses.

***

Procuro ser fuerte, pero Gisele no me lo pone fácil. Su necesidad de tenerme cerca aumenta la mía y la busco cuando no debo, incluso voy a esperarla a la puerta de su casa. Cuando aparece, no está sola, Thomas la acompaña, y, aunque me controlo, no lo soporto, como tampoco tolero saber que está rodeada de gente nueva en el trabajo que no forma parte de nuestro mundo, personas que la pueden confundir para enseñarle otro.

Por otro lado, ella también se muestra celosa. La idea de que tenga una secretaria que además se interesa por mi vida privada la enfurece. Luego está Amanda, que se ha convertido casi en mi propia sombra...

También llevo a Gisele a mi agencia; les recuerdo a todos que es mi mujer, sorprendiendo a la mayoría de ellos, y en mi despacho le cuento que estoy retrocediendo, que tengo miedo de volver a lo de antes y, aun así, es justo lo que estoy haciendo. No quiero que mis sentimientos por ella me dominen, que me vuelva loco. Gisele no entiende que me reprima, que la rechace como en ese mismo momento en el que hablamos. ¡¿No siente cuánto lucho por no ser el mismo hombre que la decepcionó?!

Con sexo no se arregla todo. No quiero caer en lo mismo de antes... y ella tiene dudas.

***

—Odio que anoche me hicieras tener un orgasmo en el suelo, uno en la bañera y otro en la cama, que me hicieras el amor como lo hiciste, para aparecer ahora con esta actitud tan poco receptiva, ¿a qué estás jugando?

—¿No lo entiendes? —le espeté dolido.

—¡No, me confundes! Voy a perder la cabeza y es por tu culpa.

—Pues así me tienes tú. No me arrepiento de lo ocurrido anoche, no dudes de ello.

—¡Sí dudo!

—¿Por qué? Te lo estoy diciendo.

—Hoy tus miedos son los míos, Matt... Tú temías por otros cuando no había motivo y ahora te alejas. Estamos mal y otra que te ve cada día..., te llama como te llamaba yo y eso te encanta. Y tú no me das la seguridad que yo te daba.

—¿Cómo? Dímelo, porque me vas a volver loc...

—«Te amo, Matt...» Con estas palabras te calmaba.

—Perdóname por no saber hacerlo, por no poder tranquilizar a la mujer que tanto... —No era capaz de pronunciar la palabra—. Gisele, me hiciste daño y estoy luchando para recuperar la confianza en ti... y en mí, porque la he perdido ya que me juré a mí mismo que nunca más caería a tus pies. Y, aunque te fuiste, me has tenido rendido a ellos.

***

Finalmente logramos alcanzar cierta paz al tener nuestra primera cita. En ella le cuento algunas cosas que desconoce, como que Andy entró en prisión algún tiempo y que, al salir, se marchó lejos; que Sam y Alicia siguen juntos a su manera, con el hijo de ambos, y que ésta está tramando algo contra Roxanne, sobre su pasado, que personalmente me encargaré de resolver. También hablamos de nosotros y conseguimos relajarnos y comportarnos como una pareja normal que sale a cenar...

—¿Has recordado alguna vez en todo este tiempo las cosas buenas que vivimos juntos? —le pregunto—. ¿O te has limitado a sacarme de tu vida, repasando sólo lo peor?

—Matt...

—Habla.

—Me gusta recordar cómo me mirabas, lo que me hacías sentir cada mañana al despertar y saber que luego tendría que servirte. Esa etapa también fue divertida.

—Sigue.

—Recordaba la vez que te burlaste de mí en el desayuno, demostrándoles a todos que no te importaba lo que pudiesen pensar. Me enfadé, pero me gustó.

—¿Qué más? —insisto sorprendido—. Dime.

—El día que pasamos juntos en la piscina se derribaron tus barreras.

—Ese día me marché, deseando no haberlo hecho —confieso riendo—. ¿Y...?

—Y te he echado en falta como no podía imaginar, lo sabes.

—También yo, tanto como no hubiese querido. Dime qué otras cosas recordabas.

—Tus ganas de mí siempre, a cualquier hora, no importaba el lugar; las mías de ti, provocándote, incitándote, sacando a la descarada que no sabía que había en mí.

Brindamos y confieso, a pesar de todo:

—Esto no ha cambiado... No lo creo.

—No, no al menos en lo que a mí respecta. ¿Y tú qué opinas, Campbell?

No sé qué decir. No sé cómo explicarle que no quiero sexo sin más, que necesito arreglar lo nuestro de verdad y no empujados por esta atracción que nos desborda.

—Matt, llévame al coche y tómame como aquella noche, acaba con esta agonía y quiéreme... Lo necesito, por favor.

—Apenas has comido...

—No tengo hambre, no de este tipo. Por favor, Campbell. Seré tu esclava sexual si quieres, pero vámonos de una maldita vez.

—Cuida esa boca. No soporto esto... Me voy a volver loco.

—Sácame de aquí y hazme el amor.

Y lo consigue... en el coche, como en aquella no cita que tuvimos al comienzo, nos dejamos llevar por el deseo y la pasión, sin medida, sin control. Ella me arrastra a su terreno, me ablanda hasta que estoy dentro, gozándola como no debo... ¡No así!

—Dime qué quieres que te haga; pide y lo tendrás ya.

—Voy a enloquecer.

—Eso quiero.

—Estoy ansioso, desesperado. No quiero sentirme así, porque te haré daño.

—Hazlo.

—No me des todo lo que te pida —imploro sin fuerzas.

—O, si no, ¿qué?

—O no tendré salida.

—Entonces te repito, pide, que haré todo lo que desees para complacerte. No quiero que tengas salida. Quiero ser el centro de tu mundo, como lo era antes.

Gisele no me ayuda... Quizá lo desconoce, pero hay palabras en la intimidad y fuera de ésta que no debe pronunciar por mi bien, por el nuestro. No es preciso conquistarme con el sexo... Si ya me tiene a sus pies, ¡¿qué más quiere?! ¡¿Cómo no romperme?!

Necesito tiempo y ahora a ella le sobra... No sé en qué piensa, pero no es capaz de imaginar la magnitud que alcanza su completa entrega hacia mí. No pone límites, se deja llevar en todos los sentidos incluso en algunos que antes jamás se quiso plantear. No sé si es su miedo a perderme o que está preparada de verdad… Pero me confunde. Me siento tan perdido… que en el fondo creo que es justo lo que le sucede a ella. Y cede ante todo. Me pregunta si estoy preparado… ¡Siempre lo estuve! ¿Ella lo está de verdad? ¡Me afirma sin dudar que está «segura» de que me corra en su interior mientras hacemos el amor en el maldito coche! Es una decisión que puede suponer tanto en nuestras vidas… Tanto como siempre añoré y supliqué y que me negó con razón. ¿Por qué su cambio? ¿Justo ahora? No sé qué creer. Ni por qué lo hace realmente. Estoy tan confuso…

—Pasa la noche conmigo —me propone cuando terminamos. Estamos en el coche. Ella sobre mí, con el vestido subido, y acabo de correrme dentro...

—No puedo, no hoy.

—Me rehúyes —replica, golpeándome el pecho—. ¡Acabamos de tener sexo intenso y me haces esto!

—Gisele.

—¡Me haces sentir como una mierda que lucha sola para levantar este matrimonio! ¡Te amo, joder!

—Vístete. —No puedo más. Esta noche estoy confuso, abatido—. Nos vamos.

—¿Es lo único que tienes que decir?

Me callo, sólo pienso en su frase, su entrega..., en su afirmación mientras volvía a llamarla «nena» con emoción, sin ser consciente de lo que conllevaba lo que estamos viviendo.

—¡Te odio, Matt!

—¡Cállate!

La beso desesperado, tratando de entender qué nos está pasando. Ella se niega, aunque finalmente vuelve a corresponderme con la misma voracidad que yo, salvaje.

—Te llevo a casa —murmuro contra su boca, arrepintiéndome de mi actitud.

No replica..., se aparta y se queda acurrucada en el asiento. Mientras limpio el desastre que hemos hecho en el coche, mi cabeza explota. No sé qué pensar de su conducta... No la entiendo. No soy capaz de hacerlo ya y me ahoga el sentimiento. Me mata como no imagina. He perdido la capacidad de comprenderla, a ella y sus emociones y decisiones. Y yo se lo he consentido.

Me he dejado llevar por ese anhelo que le suplicaba antaño.

El camino lo hacemos en silencio, perdidos cada uno en nuestras reflexiones. Cuando llegamos, baja del vehículo, lo rodea y me observa. No le devuelvo la mirada.

—No diré nada más. Me siento una arrastrada suplicándote un amor que al parecer no estás dispuesto a entregar... Odio estos cambios más que los de antes. Me pierdes, Matt, y no haces nada por detenerme.

Acelero hasta que las ruedas chirrían y lo último que oigo por su parte es «¡Maldito cerdo!».

Frustrado al saber el daño que le estoy causando con mi silencio, regreso a mi casa. ¡¿Cómo le

explico el impacto que supone para mí su cambio?!

Me doy una ducha, y luego no puedo parar de dar vueltas por la habitación. Su imagen me martiriza. ¡He de ir a buscarla...! ¡Es lo mejor, hablar! Cuando entro en el garaje, me percato de que ahí está el coche de Scott. Éste se encuentra fuera del vehículo junto a Roxanne; hablan uno muy cerca del otro. ¿Qué ocurre? Corro hacia ellos. Ambos se sobresaltan.

—¿Ha pasado algo con Eric, Noa... Jazz? —pregunto desorientado.

—No, no, qué va... Nada de eso; me he encontrado a tu hermana y la he traído.

—¿Dónde? —cuestiono la respuesta de Scott, observándolos de hito en hito—. ¿A estas horas? ¿Qué está pasando aquí?

—Mi novio me ha dejado y no sabía a quién llamar —se excusa Roxanne.

—No tenía ni idea de que tuvieras novio y... Da igual, cuidaos.

—¿Adónde vas? —interviene Scott, sujetándome del brazo—. ¿Has estado con Gisele? Mírate, Matt. Estás desencajado, temblando. Siempre es lo mismo.

—Scott...

—Te va a volver loco, Matt —interviene Roxanne—. ¿No lo ves? Ahora estará disfrutando de haberte dejado así, y tú en este estado. No puedes pararte quieto, estás a punto de llorar y, como dice Scott, desencajado. ¿Qué te ha hecho? ¿Por qué lo permites?

«Ahora estará disfrutando...» ¡La he dejado llorando, joder! Y sola, ¿con qué apoyos cuenta? Ni siquiera su hermano, aunque me duela, es capaz de apoyarla.

Me suelto del agarre de Scott y me monto en el coche pese a los gritos de ambos por detenerme. Me bebo las calles y llego a su casa. La luz está encendida, pero ella no me abre. Golpeo la puerta hasta lastimarme los puños como no recuerdo...

Asustado de que se haya marchado ante mi rechazo, saco el móvil y le escribo. Mensaje de Matt a Gisele. A las 2.14.

¿Dónde estás? Estoy en la puerta de
tu casa. ¿Te has ido? Dime algo, Gisele.
Me estoy volviendo loco.

Tarda algo en responder, pero respiro aliviado cuando la veo en línea...
Mensaje de Gisele a Matt. A las 2.15.

No, me he dejado la llave dentro. Estoy en el Senator Marbella Spa Hotel, es decir, que estoy bien atendida y, por favor, déjame en paz esta noche.

Mensaje de Matt a Gisele. A las 2.16.

Lo siento, no sé qué me pasa.
Estoy confuso, no te puedo mentir.

No dice nada. Tengo la necesidad de hacerle una única pregunta.
Mensaje de Matt a Gisele. A las 2.20.

¿Me echas de menos ahora?
Piensa bien la respuesta.

Mensaje de Gisele a Matt. A las 2.21.

Sí, te echo de menos. Pero, dime, ¿de qué me sirve? Estoy cansada de tu juego.

¡Joder! Me subo al coche y no tardo en estar donde me ha indicado. Conozco la zona.

Mensaje de Matt a Gisele. A las 2.31.

Dile al chico de recepción quién soy. Estoy abajo.

Enseguida me dan paso y subo hasta la planta en la que se encuentra la habitación de Gisele. Llamo repetidas veces. No abre. Nervioso, acelerado y desesperado, pronuncio:

—Gisele, soy yo.

Ella me abre la puerta... Su rostro es serio, demasiado. La recorro con la mirada para cerciorarme de que esté bien. Lleva el albornoz del hotel y tiene el cabello mojado.

Ha llorado.

—¿Qué haces aquí, Matt?

—Vengo a verte...

—Te has ido y me has dicho que esta noche no deseabas estar conmigo —replica con amargura—. ¿Qué pretendes ahora?

—Quedarme —confieso muy nervioso—. ¿Puedo pasar?

Se aparta a un lado en la puerta para que pueda pasar. Lo hago y me espero, quedando frente a frente con ella. Parece decepcionada, y no me extraña si piensa que sólo la he utilizado para un buen rato. Ella nunca ha sido eso para mí..., pero no entiende que dejarnos llevar en la intimidad no es la forma de solucionar nuestros problemas...

Si todavía tienen solución... Me gustaría creer que sí.

—¿Realmente quieres esto? —me espeta cabreada.

—Gisele...

—Estar aquí, me refiero... No tienes por qué quedarte, no me voy a morir sin ti. Me puedo acostumbrar de nuevo. Estoy muy cansada, Matt.

«No me voy a morir sin ti.» ¡Yo estuve a punto de hacerlo!

—Matt, prometí no arrastrarme, pero creo que he roto la promesa muchas veces y no voy a hacerlo más. Entiendo que te cueste asimilar esta situación, pero me jode que me trates de distintas formas.

—¿Puedes escucharme? —le reclamo con impotencia.

—No, Matt. ¡No soy una muñeca pendiente de tus antojos, de tu comodidad! ¡No me puedes hacer el amor, o follarme, me da lo mismo, con una pasión desbordante y al acabar dejarme tirada como una basura en la puerta de mi casa! —grita rabiosa—. Creo que no lo merezco, no después de luchar como lo estoy haciendo por nosotros.

—¡Lo sé y lo siento!

Lleno de agonía, acorto la distancia que nos separa y la empotro contra la pared. Necesito que me escuche, que entienda mis razones... y, no, no la he follado. No sé hacerlo con ella. Siempre le hago el amor, brusco o suave, ¡nunca la follo sin más!

Joder, hay sentimientos, muchos. ¿No lo ve?

Cierra los ojos y se muerde el labio con fuerza. Se siente mal.

—Me decepcionas, Matt —balbucea sin apenas voz, hasta que añade—, ¿vienes a por otro maldito polvo rápido? ¿Es en lo que me he convertido para ti?

—¡No tienes ni idea!

—Tú. —Me zarandea—. ¡Tú me haces concebir esta idea! ¡Tú, maldito...! Tú...

La estrecho contra mí, protegiéndola con cada rincón de mi débil cuerpo.

—No y no, ¡perdóname!

Tenemos que hablar...

Me separo a duras penas y voy hasta el sofá que hay cerca del balcón. La habitación es muy amplia, incluso tiene *jacuzzi*. Doy unos golpecitos a mi lado, invitándola a que me acompañe. En principio se muestra dubitativa, pero finalmente cede con un suspiro.

—Me has dicho que estabas segura, ¿tienes idea de lo que supone eso para mí? —empiezo a decir, atormentado. Esa frase me ha matado—. Te supliqué tanto para llegar a ese «estoy segura» y ahora me lo dices sin más... a pesar de que no estamos en nuestro mejor momento, a pesar de hallarnos en un punto de inflexión y de no saber cómo acabará esto.

—¿Me hablas de niños?

—Te hablo de niños. —Aprieto los dientes, contenido—. Y has dicho que sí, Gisele. Lloraba por eso, porque estabas ahí, regalándomelo tras sólo una semana desde tu vuelta.

Baja la mirada, se calla. Quizá ahora entiende mi confusión, mi emoción y más tarde mis ganas de evadirme. Me he corrido en su interior sin que hayamos usado protección y, aunque he intentado dar marcha atrás, ella ha asegurado que no era necesario... con todo lo que conlleva esa decisión en nuestra vida y para mí. Es mi sueño a su lado.

—Pues dímelo, Matt, pero no te vayas sin darme una explicación sincera o pensaré que sólo me necesitas para tu placer...

—Nunca, Gisele, nunca vuelvas a decir eso. Soy un idiota, lo sé, pero no hasta ese punto. Jamás te utilizaría para un maldito polvo, lo sabes.

—He dudado. —Niego incrédulo—. Lo siento...

—Yo más.

Me aprieto las sienes, pero ella me agarra el rostro. Sus ojos están llenos de amor, de emoción.

—Te amo, créeme que he vuelto con ganas de vivir cada segundo a tu lado, de estar bien, de que formemos una familia... Has cambiado, Matt. Vas a terapia, no rompes nada, te controlas y, si me lo cuentas todo, yo soy feliz.

—No te oculto nada —musito sin abandonar su mirada—. Nada.

—Y esto era lo que necesitaba cuando estaba a tu lado, lo único que te pedía: tu estabilidad emocional para poder sentirme segura. —Parece tan madura hablando... Qué daño nos ha hecho la separación—. Tanto en esta situación como en cualquier otra.

Cierro momentáneamente los ojos. Entonces ella me sorprende. Me hace añicos.

—Te veo con Jazz y anhelo eso, quiero verte así con un bebé nuestro. Sé que no es el momento y que estamos tratando de empezar de nuevo..., pero no puedo evitar emocionarme cuando compruebo la calma que él te da. Me supera pensar que quizá con un hijo hubieses cambiado; te habrías concienciado y no nos hubiéramos tenido que separar. Me duele pensar que no lo hice bien, me duele tu rencor, tu rechazo.

Coge aire, respirando hondo. No soy capaz de decir nada. Estoy en *shock*.

—Nunca he tenido las cosas más claras que ahora, porque no quiero perderte y siento que lo estoy haciendo. Temo no poder recuperarte y que todo sea como antes... Me da mucho miedo que esto pueda pasar. Y está sucediendo, Matt. Nos perdemos.

Los malditos ojos me vuelven a escocer... La voz apenas me sale cuando susurro:

—Me siento perdido, me confunde estar a tu lado. —Entrelazo nuestros dedos, contemplando ambas manos unidas. En la suya ahora sí lleva la alianza. Me la ha mostrado en el coche...—. Siento tantas cosas... Tengo tantos sentimientos contradictorios.

—¿Como cuáles?

—Como quererte a mi lado, amarte como siempre y a la vez negarme a hacerlo... por lo mucho que supones en mi vida... por cómo logras alterarlo todo a mi alrededor.

Juego con nuestros dedos, perdido en mis reflexiones.

—Te fuiste y, aunque te odié por ello, ahora estás aquí. —Le señalo mi corazón. A ella se le acelera la respiración—. Sí, Gisele, estás aquí y nunca has dejado de estarlo, porque, desde el maldito día que llegaste a mi casa como chica de servicio, fue tuyo. Mi mundo cambió y nunca volvió a ser el mismo. Para bien o para mal, logras volverme loco y tengo miedo, mucho.

Asiente y leo su temor, su dolor y angustia... quizá de que no superemos este bache.

—Gisele, por favor. No llores.

—Matt, te amo. —Llorando, se arrodilla a mis pies y me abraza las piernas, aferrándose a mí con temor. Todo me da vueltas. No soporto esa imagen—. Me siento muy sola, no sabes cuánto estoy pasando yo también... Mi padre no quiere que esté contigo, tuvimos una fuerte discusión. Me trató como a una fulana y me hizo daño en el brazo, por eso me dolía.

¡Malnacido, hijo de puta!

—No volverá a tocarte un pelo, te juro que...

—Mi madre, aunque no lo apoya, no ha vuelto a visitarme desde aquel día. Hoy me los he encontrado y me han rehuido, y estoy perdiendo también a mi hermano. La relación con Noa está llena de advertencias... Ya no sé, Matt, quiero ser fuerte, pero no puedo.

Me inclino hacia delante y la envuelvo entre mis brazos. ¿Qué nos están haciendo?

—Me piden que me aleje de ti, dicen que te lastimaré... De Roxanne no obtengo nada más que rechazo y Eric se mantiene al margen... Estoy sola, Matt, sola, y lo peor es que ni siquiera te tengo a ti, como siempre te tuve. Me fui, lo asumo, os defraudé a todos. ¡Me asusté, mi vida era normal hasta que llegaste tú! Fue mucho en poco tiempo, lo que ocurrió no eran situaciones fáciles y tuve miedo de volver para estancarnos en un matrimonio que no avanzaba, porque cada día nos separaba algún secreto.

La han dejado de lado como una mierda. ¡Y quizá es culpa mía! Parece tan desamparada... Su alegría se apaga como su voz y no puedo soportarlo. La necesito como siempre, con su frescura, risueña. Mi Gisele..., mi chica de servicio.

—Nadie tiene por qué tratarte así, esto es un asunto entre tú y yo, nada más. Dios, siento deseos de llamarlos y mandarlos al infierno. Me duele que hayas tenido que pasar por esto, no era mi intención verte así. He sido muy duro contigo... —Me dejo caer en el suelo y la encierro entre mis piernas, consolándola. Parece sentirse muy pequeña—. Odio que te hagan daño, lo sabes. Me destroza. No lo soporto. ¿Qué puedo hacer?

Hunde su rostro en el hueco de mi garganta, en el que puedo notar sus lágrimas... y me estremezco, me parte en dos. Éste no es el reencuentro con el que tanto había soñado.

—No me dejes sola, por favor. Dame algo para poder seguir aquí... Desde que he vuelto, siento que nadie me necesita.

—¡No digas eso!

—Ayúdame... La sensación me asfixia. Por favor... Te amo. Me estoy perdiendo.

—No quiero que lo digas, maldita sea —la consuelo, temiendo su ansiedad—. Sé que fue mi culpa, te presioné para pasar las noches contigo, para que fueras mi mujer. Te forcé a soportar

mucho sin apenas conocernos... Tú, tan delicada, queriendo entenderme cuando ni yo mismo lo hacía... Y me negaba a confesarte mi enfermedad.

Me besa el pecho, aferrándose a mí con fuerza. La rodeo sin poner distancias, sin rencor. Y, roto, le recuerdo lo que todavía, y a pesar de todo, significa en mi vida.

—Yo te necesito mucho. No vuelvas a irte, no podría con ello. Ha sido un tormento vivir sin ti, estar en manos de profesionales y hacer frente a los golpes. No te vayas, no lo soportaría... Dame tiempo, Gisele. Por favor...

Llora incluso más, quiero creer que de felicidad. No pretendo hacerle más daño.

—Gisele, duerme, yo estaré aquí, a tu lado. Voy a luchar por ti, por lo nuestro —musito muy bajito y seco sus lágrimas. Necesito cuidarla de verdad, mimarla con cada uno de mis sentidos—. Se te ve cansada, pálida... Lo siento muchísimo.

—Te amo, mi vida. Gracias por esta paciencia y ternura... Quédate y no me dejes.

«Quédate», esa palabra me desarma.

—Estoy aquí, Gisele.

«Y no me iré. Te amo demasiado para hacerlo», pienso, pero soy incapaz de pronunciarlo en alto.

Capítulo 36

Solo

Cuando amanece seguimos en nuestra burbuja, en esa que a ambos nos da miedo que se rompa cuando salgamos de ella. Hoy tenemos una barbacoa familiar y vamos a ir juntos. Sé que las reacciones no se harán esperar, pero he decidido que no me importa nada. Nuestras conversaciones se vuelven un poco repetitivas, y es que ambos somos culpables de lo sucedido y así nos sentimos. Parece que a cada momento necesitamos recordarnos que ninguno quiso lastimar al otro... evocando al mismo tiempo lo mal que estuvimos...

***

—¿Sabes? —retomé la conversación en la cama, después de hacer el amor en el *jacuzzi* y mientras desayunábamos. No podía olvidar lo que acababa de pasar... Ella sobre mí, meciendo esas caderas... en un lugar tan íntimo y sensual. En ese encuentro sexual hubo amor en cada embestida y caricia, no posesión, pese a que la palabra «mía» se repitió, pero con un matiz muy diferente—, en parte esperaba que vinieras el mes pasado... el día de mi cumpleaños.

—Estuve a punto, pero tú me dijiste...

—Lo sé; sin embargo, esperaba que una vez más me desobedecieras. Pasé el día encerrado en mi dormitorio, recordando que tú fuiste la primera en hacerme un regalo especial el año anterior.

—Lo siento...

—Yo más. —Llenó ambos vasos con zumo—. El día de San Valentín...

—Tenemos toda la vida. Por ti y por mí, Campbell —me interrumpió brindando con los vasos de zumo. Me uní a ella—. Por los muchos años en que celebraremos esos días, por olvidar el pasado y por nuestro futuro. Por los hijos que tendremos y...

—No vuelvas a irte, perdóname por el daño que te hice. Fui un estúpido que con su comportamiento te empujó, te llevó a tomar una decisión que nos destrozó a los dos.

***

Y lo estamos superando juntos...

Hemos ido de compras, también a visitar a Carlos, que nos ha dado algunas pautas para seguir. Ya en la fiesta, las miradas nos persiguen, pero me niego a pensar que alguien vaya a intervenir para separarnos, a pesar de la postura de Michael o de que la misma Amanda esté en la reunión, invitada por Roxanne. Ésta siempre se alía con la persona equivocada...

—Ay, Jazz —le comento al pequeño, aunque sé que no me entiende, mientras juego con él en el jardín. A Gisele la he dejado hablando con Karen—. Cómo ha cambiado mi vida en...

—Matt. —Miro a mi madre mientras acaricio a mi sobrino—. No te alteres, ¿de acuerdo? Pero ve a tu despecho. Gisele está allí y te necesita.

Me incorporo y dejo al crío en sus brazos para salir pitando hacia donde me ha indicado. De camino, me encuentro de frente con Scott, Roxanne y Amanda.

—¡Espero que no tengáis nada qué ver con lo que esté pasando! —advierto.

Cuando abro la puerta del despacho, la imagen es desoladora. Gisele está sobre el escritorio, abrazada a éste, llorando como si le estuviesen arrancando el alma.

—¡Gisele! ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? ¿Qué te han hecho?

Ella me mira de soslayo. No habla. Casi no puede respirar.

—Gisele, dime quién ha sido. Dímelo.

—¿Voy a pagar toda la vida por haberme marchado? —pregunta hipando. ¡Maldición! ¿De qué va toda esta mierda?—. ¿No fue suficiente lo que lloré en la distancia, arrepentida, sabiéndome nada sin ti...? ¿No es suficiente sentir que debo recuperarte? Estoy cansada, no creo merecer tantos reproches...

No entiendo nada. Todo esto ya lo hemos hablado. ¿Se trata de mí? Es imposible. Estamos más compenetrados que nunca. No quiero pensar que... Ellos no han podido ser.

—Matt, tu dolor también es el mío... Estoy harta, muy harta, de que todos me juzguen sin más. El apoyo de Karen es el único que he sentido incondicional desde que volví. He pedido, suplicado, perdón... Ya no más.

—¿Yo qué te he dicho? ¡¿Qué te he dicho?! —Me adueño de su rostro—. ¡No tienes que pedirle perdón a nadie! ¡Yo fui el culpable! —Beso sus labios, bebiéndome las lágrimas que odio ver en sus perfectas facciones—. No quiero verte así, no lo soporto. ¡No!

—No puedo más, ¡no puedo!

—Claro que puedes, yo estoy aquí. Gisele, por favor.

—¿Conmigo?

—¿Y me lo preguntas? Contigo, claro que contigo —contesto sin duda alguna, reprimiendo mis instintos de salir y abroncar a quien haya sido capaz de destrozarla así—. Dime ahora mismo a quién tengo que echar de aquí. Dímelo.

—Ámame, quiero que me ames ahora —suplica, aferrándose a mi camisa. Su desesperación me supera—. Quiero sentirte como siempre, sin reservas.

—¿Dónde quedó mi chica de servicio, tan alegre, aquella loca a la que no le importaba nada, la que me llenaba de felicidad?, ¿tanto la destruí?

—Se quedó con mi romántico no reconocido... con él. —Arrugo el rostro. Duele—. Con el hombre que me dio tanto... con ese que me asaltó por primera vez en este despacho, tocándome el muslo, atreviéndose a besarme sin conocerme.

Los recuerdos me avasallan. La melancolía se hace presente... ¡Qué inicios...!

—Matt, nunca olvidaré ese día... ni el momento en el que entré y te miré sorprendida, porque no había un hombre más impresionante que tú... pese a tu prepotencia, tu frialdad. —Me desabrocha el botón. Sus manos vuelven a temblar, como mi cuerpo cada vez que me roza. Es como una adicción para mí—. Tuve que amar a mi señor Campbell, lo amé hasta la saciedad... En esta misma mesa, en este despacho vivimos los momentos más especiales juntos. En ese tiempo, él era mi romántico no reconocido, y yo, su chica de servicio. Dime tú dónde quedaron esos amantes que nunca se saciaban.

Me agarroto con sus declaraciones. Ella toca mi corazón y confieso con agonía:

—Yo estoy dispuesto a volver, ¿y tú?

—Yo nunca me he ido

—Demuéstramelo.

Sin pudor, abre las piernas y se sube el vestido, recordándome cuando le pedía que lo hiciese. Mi cuerpo enseguida se excita, se calienta. Acelerado, deslizo un dedo por una de sus piernas al tiempo que contemplo esa braguita de seda, su sexo ya mojándola.

—Quieta. Quiero probarte. —Pongo un dedo en su intimidad. Solloza. Gruño. Dios, ¡me vuelve tan loco esa receptividad!—. Hace demasiado que no lo hago... saborearte, lamerte. Gisele, cuánto te necesito.

De un manotazo se seca los restos de llanto y con un gesto me pide que me tumbe boca arriba en el escritorio. Confío en ella y lo hago. Gisele se quita la ropa interior inferior y se coloca encima de mi cuerpo, con su sexo delante de mi boca. ¡Maldita sea!

Me relamo los labios, el hambre por ella es brutal... como la imagen, como mi deseo.

Puedo sentir su humedad.

—La visión desde aquí podría matar a cualquiera. —Deslizo las manos por su fina cintura y con un carraspeo corrijo la frase—. Matarme a mí, ya que esta visión es mía.

—Lo sabes.

—¿Preparada?

—Ansiosa.

—Es hora de que goces sólo tú —mascullo encendido—. Disfrútalo.

Gisele descansa las manos contra la madera, a cuatro patas y, ¡Dios!, la atraigo hacia mí por el culo y la pruebo. Su grito se mezcla con mi gruñido. Su sabor es exquisito y me pierdo entre sus muslos, entre los pliegues de su sexo empapado por la excitación, humedad que barro con la lengua sin control, rodeando cada rincón de...

—Matt —me llaman de pronto—. ¿Estás ahí?

No nos da tiempo a reaccionar y la puerta se abre. Amanda está al otro lado, impactada. No me lo puedo creer. Enseguida cubro a Gisele, incorporándome de malas maneras.

—¡Hay que llamar antes de entrar! ¿Qué es lo que quieres?

—¿Así es cómo te conquista? Sólo la quieres para la cama, ¿verdad? —No doy crédito a su sucia difamación. Está fuera de lugar una vez más—. También recuerdo cuando me lo hacías a mí... ¿Ya le has dicho que voy contigo de viaje la próxima semana?

Las pupilas se me dilatan.

—¿Lo recuerdas o no?

—Amanda, ¿qué pretendes? —cuestiono horrorizado—. ¿A qué viene esto?

—Me prometiste que te acompañaría en el próximo viaje que hicieras fuera de Málaga y Denis me ha dicho que os marcháis dentro de unos días.

¡Ni siquiera me acordaba, por Dios! Mi vida se ha centrado en Gisele y el resto del mundo me ha venido sobrando estos días. La cabeza me va a estallar. ¿Qué consigue con esta actitud?

—¿La vas a llevar? —Gisele me toca el hombro, esperando una respuesta—: Si llevas a esta gilipollas contigo, luego puedes quedarte con ella. No voy a tolerar nada más. Piénsalo bien, Matt, o te advierto que me pierdes para siempre.

—No la escuches, Matt. —No me lo puedo creer. Amanda es una enferma—. Te manipula. Me tienes a mí, sabes que puedo darte todo lo que quieras. Aquella vez no pudo ser, pero estoy dispuesta a cambiar por ti. Ella volverá a dejarte, lo sabes.

Miro a mi derecha, a Gisele, imaginando cómo se está sintiendo ante esta tensa situación. Su respiración está acelerada. Mis puños se cierran y abren... recordando los consejos de Carlos,

evitando descontrolarme como me gustaría. Mi mujer está presenciando como mi ex cuenta e inventa intimidades de nuestro pasado. ¡¿Qué está pasando?!

—Después de esto, creo que sólo hay una pregunta —murmura Gisele fríamente—. Ella o yo. Elige, Matt, no hay marcha atrás.

La contemplo sin poder creerlo. ¿Acaso tiene dudas? ¡Es mi vida entera!

—Si lo piensa es porque no lo tiene claro —insiste Amanda con tono burlón. Gisele se muerde el labio—. Haces bien, Matt. Te dejará de nuevo y sabes que yo jamás lo haría. Te he sido fiel siempre y nunca te he decepcionado. Quédate conmigo, te necesito y tú, a alguien como yo, que te cuide y te mime, que te adore como mereces.

¿En qué mundo he vivido estos últimos meses? ¿De quién me he rodeado? Acorto la distancia que me separa de Gisele y recorro su blanquecina piel, que está enrojecida por el enfado.

Me atormenta que pueda estar recreando imágenes que no han existido, que esté soportando todo esto por no haberle dado antes su lugar como merece. Si ya he aceptado ante mí mismo que la amo, ¿qué espero para enfrentarme a todos por ella?

—¿Cómo me pude equivocar tanto? —le pregunto, aunque no sé a quién de los dos. Si se hubiese tratado de Álvaro, mi reacción habría sido... No quiero ni pensarlo—. Lo siento mucho, Gisele. Te odié, te culpé y te destrocé... pero estás aquí, mirándome de frente, aun con ella en mi vida. Sabes por qué fui egoísta contigo. Creía que era una buena persona, pero hoy ha descubierto su verdadero rostro y, pese a todo, mírate, no te has ido.

—Dime tú qué hago ahora. ¿Me callo o hago lo que realmente haría tu chica de servicio? ¿Qué, Matt? —Y confiesa con tristeza—: No puedo seguir así.

—Haz que ella vuelva. —Rozo el contorno de su boca—. No te reconozco.

—¡Matt, no la...!

La advertencia de Amanda es silenciada por una bofetada de Gisele. Frunzo el ceño, sorprendido, dando un paso hacia delante, hacia ellas, que se encaran.

Intento intervenir; Gisele me lo niega, con semblante irreconocible.

—No me asustas, Amanda. Eres peor que una serpiente, arrastrándote. Vamos, márchate, fulana, y déjalo en paz. ¡Es mi marido!

—Que me lo pida él —replica, frotándose la mejilla—. Yo también sabía chupársela...

Todo sucede demasiado deprisa. Gisele se abalanza sobre ella y ambas terminan en el suelo. Intento separarlas, llevarme a Gisele, pero al principio me resulta imposible. Finalmente la cojo por la cintura y la alejo en volandas de Amanda. Aun así, no para de patalear y gritar.

Incluso me da un golpe en el labio, haciéndome sangrar.

—¡Maldita seas! ¡Nunca te volverá a tocar, nunca! ¡No vales nada! ¡Arrastrada!

Gisele ve la sangre y se asombra. Yo no le doy importancia, es lo de menos.

—Tranquila, tranquila. —La calmo masajeándole los hombros, aunque estoy completamente atónito—. Déjame a mí, por favor.

En el despacho irrumpen los miembros de nuestras familias al completo, asustados por los gritos. No les incumbe, pero creo que ha llegado el momento de dejar las cosas claras. ¡Es mi vida!

—Vete, Amanda —le espeto—, vete ahora mismo.

Tiene la poca vergüenza de negar con la cabeza.

—Tu maldito doble juego ha terminado —insisto—, no quiero volver a verte.

—Pero...

—Pero ¡nada! Os voy a decir una cosa a todos los que estáis aquí: si alguien vuelve a meterse

en mi vida, o en la de mi mujer, lo lamentará. Quiero respeto para ella y, si no lo hay, podéis olvidaros de mí. —Aferro la mano de Gisele y entrelazo nuestros dedos.—. La he visto llorar, arrepentirse, ser otra mujer, a la que no reconozco. Se acabó. Si pretendéis ayudarme aplastándola a ella, hacéis muy mal. Porque lo que le hacéis a Gisele me duele más que el propio daño que se me haga a mí mismo.

Dicho esto, apunto a Amanda.

—Me parece mentira la perversidad que has demostrado hace un rato. Sabes perfectamente que lo que has visto al entrar jamás lo viví contigo. Tú misma has cavado tu propia tumba. Te quiero fuera de esta casa y, si alguien —señalo a Roxanne— se atreve a decir lo contrario, seré yo quien se marche.

Antes de que nadie pueda replicar, salgo llevándome a Gisele conmigo a mi habitación. Nada más entrar y cerrar la puerta, se cruza de brazos. ¡Yo también estoy jodido!

—Perdóname, he sido un idiota. —Intento besarle la frente. Se echa hacia atrás—. No me hagas esto. No me rechaces.

—Estoy muy perdida. ¿Te ibas a ir de viaje con ella? Tengo la sensación de que se me escapa algo de todo esto, no entiendo nada. ¡Nada! —Me agarra de los brazos, casi zarandeándome—. ¡¿Qué callas, Matt?! ¡Me estás volviendo loca!

—Fue una promesa que le hice hace un mes, un día que lloró diciendo que apenas conocía mundo. Pero siempre le dejé claro que no iríamos solos. —Lo intento de nuevo, besarla. Esta vez no me rehúye—. ¿Estás bien?

—No cuando os imagino a ella y a ti... —Niega con la cabeza. No es capaz de expresarlo en voz alta y yo odiaría que lo hiciera. Estoy tan enfadado que temo no dominarme—. ¿Por qué le has dicho a Amanda que no es verdad lo que decía?

—Porque jamás pasó eso con ella.

—Pero al revés sí, ¿no es cierto?

—Mírame, ¡Gisele! —Aprieta los dientes y, enfurecido por el hecho de hacia dónde se están dirigiendo sus pensamientos, la encierro entre mi cuerpo y el armario, sujetando sus manos, o me golpeará de nuevo—. Eres tú la que logró hacerme sentir especial, tanto en ese aspecto como en los demás. Piénsalo así. Tú, Gisele, tú. No Amanda ni ninguna otra. Los recuerdos ajenos a ti están ya enterrados.

Asiente, mirándome el labio herido, y pregunta deprimida:

—¿Cuándo te vas?

—Salgo el lunes. Pensaba decírtelo hoy, pero no he encontrado el momento. —La libero y apoya la frente en mi pecho, que late descontrolado. Ella me abraza por la cintura. Aun así, por momentos siento que pierdo la paz, la capacidad de gestionar mis emociones—. Serán tres semanas... Me parece que estos días lejos de ti me vendrán bien. Necesito aclarar muchas cosas conmigo mismo.

Mi frase es como un puñal para ella... Lo descubro en sus facciones cuando me mira.

—Sólo espero que sea para bien. Sinceramente, me agobia tener que estar tirando de ti. Aclárate de una puta vez, Matt, tus dudas ya me sobrepasan... —Se marcha, dándome la espalda —. Si sigues así, sólo conseguirás distanciarnos y quizá luego sea tarde.

—¡Gisele...!

—Voy a tomar el aire.

Me siento en la cama y me acuno la cabeza, meciéndome hacia delante y hacia atrás. Estoy confundido; cada paso que intento dar al frente, retrocedo con respecto a Gisele. Los recuerdos

aparecen sin querer y me dan un revés, trayéndome de vuelta a la realidad.

¿Cómo debo actuar para no dañarnos? Ir despacio es insoportable y, rápido, imposible. Necesitamos encontrar el término medio y eso es algo que nunca ha existido en nuestra relación.

Cuando ya estoy más tranquilo, bajo. Todos están en el jardín, con la barbacoa en marcha y Gisele con los pies metidos en la piscina. Me pongo en una esquina con los brazos cruzados contra el pecho, reprimiendo las ganas de ir hasta ella y abrazarla por detrás.

Me ve, sabe que no le quito la mirada de encima. Ella sí, tiene esa capacidad.

—Vamos a poner una canción que le encanta a Matt —propone Roxanne alzando la voz. Me temo lo peor—. Es preciosa.

Y tortuosa... de Cristian Castro.

La letra refleja la soledad que he sentido. Asqueado de este tira y afloja, apago la música. Con una severa mirada advierto a mi hermana de que no intente protestar y luego voy al encuentro de Gisele. Ésta sacando los pies del agua y la invito a que vuelva a sentarse ahí mismo.

—Me gustaría invitarte al cine esta noche. Hoy hace un año que te invité a cenar para proponerte matrimonio y tú me rechazaste —le susurro al oído—. ¿Aceptas?

—No lo sé...

—Por favor... Prometo comportarme como mereces.

Me observa por encima del hombro y me acaricia la mejilla. Cierro los ojos, disfrutando de su calidez y ternura, de su tacto, ese que reconocería incluso sin verla.

—Está bien... —accede con un suspiro—. Quiero ir.

—¿Qué piensas?

Roxanne se acerca a nosotros, por lo que vuelvo a advertirle sin palabras que se aleje. Pero no es ella quien lo hace, sino Gisele. ¡Maldita sea!

—Gisele, ¿adónde vas?

—Cerca de la casita, necesito soledad. —La sigo, necesito estar con ella. Es donde vivía Noa cuando entró a trabajar aquí—. No, quédate con ellos.

—Prefiero ir contigo.

Durante el camino intento provocar un acercamiento. No sé si consciente de ello, se aleja. Cuando llegamos, se sitúa en un banco que hay oculto detrás de un imponente árbol.

—Gisele, no me gusta verte tan triste. Lo odio... créeme.

—Siento que éste no es mi lugar, que doy un paso adelante y retrocedo tres.

—Si lo dices por lo nuestro, no es así. Tengo que hacer ese viaje por negocios y pretendo aprovechar esa circunstancia, pues creo que será bueno para mí, para asimilar que estás aquí, para romper las barreras que me separan de ti sin pretenderlo.

Le levanto el mentón y le sonrío cuando me mira a los ojos, para asegurar:

—Quiero que seamos los de antes, que nos amemos sin obstáculos, sin límites. Odio que estemos tan distantes, no lo soporto, aunque sé que yo soy el culpable.

Se roza con mi nariz repetidas veces, cariñosa. Es mi perdición. ¿Cómo no rendirme?

—Matt, no sé qué pasa contigo, conmigo. —Chupo sus labios, ansioso. ¿Qué dudas son ésas? —. ¿Puedo sentirme tranquila estas semanas? No quiero volver a perderte.

—Nunca lo has hecho, ya te lo he dicho. Sigues siendo mi mundo; con un ambiente más calmado... —se me escapa una sonrisa—... pero mi mundo.

En un abrir y cerrar de ojos, la tengo sobre mí, a horcajadas. La atraigo hacia mí por el trasero, gimiendo.

—Te amo mucho, Matt. —Suspiro. Lo sé—. ¿Tú a mí también?

—También, lo sabes.

Quizá soy demasiado cobarde para expresárselo con palabras, pero lo hago con cada caricia y embestida, con cada beso cargado de promesas sobre nuestro futuro...

Un poco más tarde nos despedimos de mis padres, de Noa y Eric, y, cómo no, de mi locura, el pequeño Jazz, y nos vamos a cenar, con la idea de irnos luego al cine. Voy relajado, con el cuerpo satisfecho, aunque no saciado de ella; es imposible. Sin embargo, mi cabeza sigue dando vueltas sobre las preguntas que han quedado sin respuesta. Las necesito si quiero recuperar lo nuestro por completo y hacérselo ver a los que nos rodean e intentan interponerse.

—Quiero saberlo todo. No te estoy dando alternativa, quiero saberlo.

—Campbell, no ordenes...

—Gisele, por favor.

Castañeteo los dientes en señal de impaciencia. No me daré por vencido.

—Mi hermano me ha reprochado que no lo saludara, diciendo que él no tiene la culpa de mis malas acciones, a lo que yo he respondido, claro.

—¿Y?

—Lo de siempre, que te abandoné sin importarme nada y que ahora he vuelto para volverte loco. Tu hermana y su amiga, hasta hace poco tuya también... —Bebe un poco de vino. En mi vaso hay agua—, se reían, disfrutando de verme humillada. Luego, para colmo, ha aparecido mi padre y más de lo mismo —comenta aburrida—: Que no me quiere ver contigo, que si no me daba cuenta de que allí mismo tenías a tu amante.

Aprieto el vaso entre mis dedos, imaginando la escena. ¡Son unos malnacidos! Ella, sobresaltada, me coge la mano hasta que consigue que afloje el agarre.

—Sigue, Gisele.

—Déjalo, Matt. —Suelto el vaso de un golpe en la mesa, y accede a continuar ante mi nerviosismo. Sabe que no soporto que me oculte nada—. ¿Qué quieres que te cuente más? Le he dicho a mi padre que esa gilipollas sólo quería tirarse a mi marido, pero que no había podido... Ella se ha burlado de mí diciendo que había sido la primera para ti en ese sentido.

—¿Por qué no me lo has dicho en el momento?

—Matt...

—¡¿Por qué?! No has debido dejar que te humillaran así.

Con mis gritos, llamo la atención del resto de los comensales y Gisele, sin saber cómo tranquilizarme, rodea la mesa y, frente a mí, enlaza sus manos tras mi nuca.

—Le he dicho que ella fue la primera para ti en la cama..., pero que yo he sido la primera en ser amada por ti, la primera a la que le hiciste el amor, a la que amaste y amas más que a tu propia vida. —Asiento, satisfecho por su forma de defender lo nuestro—. Que jamás serías suyo, porque yo soy tu mujer y ella no podría nada contra eso.

—Mi chica de servicio —la llamo, emocionado por lo valiente y fuerte que es.

De fondo oigo una canción que ya bailamos una vez en mi despacho, de la Quinta Estación; si entonces ya nos venía bien, ahora incluso nos pega mejor. Bailamos, reímos, disfrutamos. Incluso me muestro juguetón, pisándole el pie a propósito.

—Ay, Campbell... No sabes cuánto te he echado de menos.

—Y yo a ti. —La arrimo hasta que no hay hueco entre nosotros y, sí, estoy muy duro ya—. No lo digo en este sentido, pero es algo que no puedo evitar si te tengo cerca.

—Humm. Podemos ir al baño...

—Gisele, tu cuerpo no es lo único que deseo y lo sabes. Yo a ti te...

El teléfono vibra en mi pantalón, interrumpiendo la esperada frase. Tanteo el bolsillo y, cuando saco el iPhone, miro la pantalla. Es Roxanne... ¡De puta madre! Me llevo a Gisele de vuelta a la mesa, lejos de la pista, de la música y el escándalo.

—¿Qué quieres? —le reprocho sin delicadeza.

—Matt, cuidado cómo te diriges a mí y...

—Te hablo como me da la gana. —Los gritos que se oyen por detrás me desconciertan—. Scott, tú y yo vamos a tener una conversación muy seria.

—Pues tienes que saber que Amanda está en el hospital. Lo ha hecho de nuevo. Al principio ha estado muy mal... Ahora, estable dentro de esa gravedad.

No... no, no. Me da un bajón inmenso. ¡No, no y no! Esto no puede estar pasando.

—¿Estás con ella? —pregunto consternado.

—Sí... Scott y yo.

—Bien, hasta luego.

No sé si Gisele presiente que algo va mal; quizá mi mirada resulta demasiado clara, igual que el temblor en mi cuerpo tan incontrolable, porque se arropa en mi pecho.

—Amanda está en el hospital —susurro, abrazándola con fuerza. Se me escapa un sollozo de pura rabia. Esto me recuerda tanto a lo que viví la primera vez con Amanda, con la diferencia de que Gisele no estaba todavía en mi vida y no podía hacerle daño. Ahora sufrimos los dos—. Lo ha intentado de nuevo. Roxanne dice que está estable.

—Y te vas, ¿no es cierto?

—Me siento culpable, no me puedo creer que me esté sucediendo esto nuevamente. Tengo que ir...

—Por favor —implora asustada, quizá teme que me hagan cambiar de opinión. ¡Y no! Ya no hay marcha atrás. La amo—. No vayas con ella... quédate conmigo.

—Gisele...

—Está bien, Matt. —Me aparta, empujándome al ver que me resisto a soltarla—. Que seas feliz. Yo lo he intentado todo, pero no puedo más.

—¿Qué estás diciendo? —le reclamo asustado.

—Que hasta aquí hemos llegado. —Coge sus cosas, incluso paga con rapidez—. Y no me sigas, no lo hagas porque no quiero saber nada más. Estoy harta de fingir que todo va bien, que no me hieren tus desplantes y, aun así, sigo intentando recuperarte. Me conoces, Matt, y nunca te he obedecido tanto como ahora... No, ésta no soy yo.

—No te vayas.

La pego a mí, obligándola a chocar contra mi pecho.

—No te vayas tú... Si me sigues amando tanto como tratas de decirme aun sin decirlo, no vayas a su lado y quédate conmigo.

—¿Y si no sale de ésta? —planteo con incertidumbre—. ¿Cómo podré vivir con esa culpa?

«¿Y si me pierdes?», me parece leer en sus labios. ¡¿Qué?! ¡No!

—Gisele...

—¿Te vas?

—¡Estoy entre la espada y la pared! —Agarro su mentón, aterrorizado ante una nueva despedida que no soportaré—. ¡Volveré... Lo haré, nena!

—No, Matt. —Está sufriendo como yo, joder—. Si vas con ella, me pierdes a mí.

—Tengo que ir —insisto sin saber qué me encontraré allí—. Gisele...

—Supongo que ya está todo dicho. Tú no juegas más conmigo. —Se libera y me besa, rota.

No me muevo. Empiezo a tener la sensación de que no puedo más—. Espero que te vaya bien. No olvides que te amo y que, de no ser por tu decisión, seguiría contigo.

Hace un año le suplicaba que se quedara y hoy soy yo quien la deja marchar...

¡¡Malditos sean todos!!

Cojo mi coche y salgo enseguida sin querer ver lo que realmente está ocurriendo con Gisele. Más tarde podremos hablar, recapacitará. Entenderá que no puedo vivir así, que necesito poner punto y final a una historia que me ha marcado...

Llego al hospital echando humo, desquiciado, fuera de mí como hace tiempo que no lo estoy. Al entrar pregunto por ella dando su nombre y no tardan en facilitarme el número de su habitación. Con un resoplo e indeciso, enciendo la grabadora del móvil. Necesito tener clara cada palabra, sin posibilidad de confusión.

Y aquí están Roxanne y Scott, con la mujer que vuelve a tener las muñecas vendadas, seguramente llenas de cortes. Al verme, sonríe tímida y mi hermana, ampliamente... Los recuerdos me aplastan, me hunden en la miseria. No está grave... y yo no pinto nada aquí.

—No quiero bienvenidas, porque tal como he venido me marcho, ¡¿de acuerdo?! —Ambas se sobresaltan. Scott se acerca a tocarme, gesto que rechazo—. ¿Qué mierda os habéis creído? Le decís a Gisele que ella me está volviendo loco cuando sois vosotros los que me trastornáis. —Y me dirijo a la tercera—. ¡Amanda, no quiero volver a verte! No entiendo cómo me haces pasar por esto otra vez, sabiendo cuánto sufrí. ¡Maldita seas!

—¿De qué hablas? —replica mi hermana—. ¿Ya te ha envenenado?

—Niégalo, dime que no habéis discutido, hazlo.

—Es mentira, sí. Hemos hablado, no discutido.

Miro a Scott alterado. Es el único que dirá la verdad.

—Scott, ¿tu hermana miente? —Él y Roxanne intercambian miradas—. Eres como un hermano para mí y el hermano de ella, te suplico que no me engañes.

Oigo el sollozo de Amanda, el quejido por ignorarla como lo hago, pero no mostraré pena. ¡Ya no! Si se encuentra en este estado es por su propio egoísmo. Es su forma de llamar mi atención, algo que jamás volverá a obtener de mí. ¡Qué tonto he sido!

—Scott —demando de nuevo.

—Sí —responde finalmente—, Gis miente.

Me siento morir al escuchar la confirmación de labios de su propio hermano.

—Scott, por favor. —El nudo en la garganta hace que se me rompa la voz—. Sabes que es mi vida. Dime la verdad —imploro con apenas un susurro—. Sabes que confío en ti más que en mí mismo por todo lo que has hecho en este tiempo. Gisele lloraba diciendo que la habéis tratado mal, no quiero eso para ella.

Da un paso adelante, parece dudar e incluso mira a Roxanne. No entiendo nada y quiero pensar que rectificará, que me dirá que ha mentido por protegerme. ¡No lo sé!

—No te hagas más daño, mira cómo estás desde que ha vuelto... No pierdas más tiempo con ella.

—Scott, ¡¿Gisele miente?!

—Sí, Matt. Sólo ha sido un comentario... nada de discusión. Mi hermana te ha mentido para ponerte en nuestra contra.

¡No y no! Corro lejos de allí, lejos de todo. Me niego a creerlo. Arranco el coche, alterado, y voy en dirección a casa de Carlos; no me importa si ya pasa de medianoche, quiero y necesito hablar con él. Al llegar, llamo hasta que consigo que la maldita puerta se abra. Al verme se

asusta, dejándome pasar sin pedir explicaciones, comportándose como el amigo que preciso esta noche.

—Carlos, dicen que me miente, que Gisele lo hace... Me lo ha confirmado su hermano. Estoy hecho un lío, no sé qué hacer...

—¿Qué ha pasado? —pregunta preocupado.

—Mi mujer dice que han peleado, que le han reprochado cosas horribles. Su hermano Scott, que sabes que es como un hermano para mí, insiste en que no es verdad. Afirma que Gisele pretende ponerme en su contra; sostiene que me miente, que me está dañando... pero la veo tan sincera, tan mía, ¡lo siento así cuando estamos juntos!, que no lo creo, no quiero creerlo.

—Matt, no sé qué decirte ahora —confiesa pensativo—. Al hablar con Gisele cara a cara he sentido que es sincera, que te quiere, lo he visto en su mirada, pero a lo largo de estos meses he conocido a Scott y sé que tampoco te haría daño.

Me volveré loco, lo haré. No soporto la presión en mi pecho, el dolor, la incertidumbre de verme en esta encrucijada. ¿Por qué Scott haría algo así?

No soy capaz de entender nada.

—Escúchame: sé que vas a salir de viaje; vete, hazlo mañana mismo. —Me acuno la cara con las manos. ¿Cómo me voy a marchar dejando las cosas así con Gisele?—. Hazme caso, Matt. Ve y aclárate; tu corazón te dirá qué tienes que hacer. Sé que acertarás...

—¡Ya no sé cuándo hago bien o no!

—Mi consejo es que desconectes. No hables con ella, ni con él... No lo hagas con nadie que te altere. No dejes que nada ni nadie te influya; vete y piensa, siente. Vas a encontrar muchas respuestas en esa marcha, descubrirás la verdad por ti mismo, solo, sin necesidad de que alguien te convenza. Hablar con los demás sólo te serviría para lo contrario, para que volvieran a confundirte... Hazlo por ti mismo. Puedes, joder. Sé independiente de una puñetera vez.

Capítulo 37

Regresa a mí

Transcurren dos putas semanas que son una agonía, un infierno, y decido adelantar el viaje, mi vuelta. Carlos tenía razón, ¡he sido un estúpido! Apartado de todos he pensado mucho, y mis conclusiones son claras cuando aparco delante de donde vive Gisele. Al hacerlo, me encuentro con varios vehículos conocidos y me temo que algo está sucediendo con ella, de modo que prácticamente irrumpo dentro de la casa sin que nadie me abra. Está su familia y la mía... El miedo se apodera de mi cuerpo... y entonces la veo, tumbada en el sofá, pálida y desencajada.

Me arrodillo a su lado, temblando. Intento acariciarla, me rechaza.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te ha pasado? —No dice nada y me dirijo al resto—. ¿Se puede saber por qué nadie me ha avisado de que mi mujer se encuentra mal? ¡¿Por qué?! Al ver vuestros coches fuera he intuido que algo le ocurría. ¡¿Qué demonios sucede?!

—Matt —me llama mi hermano Eric, pidiéndome calma con las manos. ¡Y una mierda!—. Al parecer tiene un virus estomacal, o eso nos ha dicho Thomas.

—¿Thomas?

—¿Qué tiene que ver Thomas con mi mujer?

Busco enseguida la mirada de Gisele, que alza el mentón, retándome. Percibo que alguien se levanta... Es él, su amigo, que enseguida intenta ponerme al día.

—Me he ido al llegar Roxanne, pero no me he quedado tranquilo y...

—¿Roxanne? —Después de todo lo que sé, me vuelvo hacia ella sin compasión—. ¿Qué mierda le has hecho? ¡No te quiero cerca de ella! ¡Vete!

—No le grites a... —Silencio a Scott cogiéndolo del cuello hasta empotrarlo contra la pared. ¡Quiero matarlo! Mi padre nos separa. No doy crédito aún a cómo ha traicionado mi confianza —. Lo siento...

—¡Te creía mi amigo y casi destruyes lo que más quiero en la vida! Estos días he estado pensando mucho... Me negaba a creer que fueras capaz de llegar tan lejos, pero, por más vueltas que le daba, siempre llegaba a la misma conclusión. —Trago saliva. Estoy fuera de mí—: Tu hermana no sería capaz de hacerme eso. No, ella me ama. Tú mentías.

—¿De qué hablas? —me pregunta ésta—. ¿Qué dices, Matt?

Vuelvo a arrodillarme a sus pies, cojo sus manos, aliviado al no sentir su rechazo otra vez. Está mal, le sudan los dedos y su temperatura es muy baja, está helada. ¡¿Qué tiene?!

—Me fui aquella noche, pero no para estar con Amanda, sino para exigirle que me dejara en paz. Y luego hablé tanto con tu hermano como con Roxanne. Allí estaban los dos, junto a Amanda, que no corría el peligro que me habían dicho. —Gruño al recordar esa situación, la traición de ambos—. Afirmaron que mentías, que no habían discutido contigo. Hasta tres veces

le pregunté a Scott... y lo sostuvo. Me dijo que me hacías daño, que te dejara, que sólo querías ponerme en su contra.

—No es verdad. —Niega y se cubre la cara—. ¡No es verdad, no pudieron decirte eso!

—Gisele, está grabado —le comunico, rompiéndome con ella—. Todo lo que a ti se refiere siempre es confuso y justo al entrar en la habitación empecé a grabar la conversación. Quería recordar cada maldita palabra para no volverme loco más tarde.

—Necesito oírlo, ¡no me lo creo!

Con manos temblorosas, saco el iPhone y busco el audio; en principio no lo encuentro, por lo que me alarmo un poco. Cuando lo localizo, oigo un llanto... Es Scott.

¿Por qué nos ha hecho esto? Espero que no tenga nada que ver con...

—Es duro —le advierto antes de ponerlo—. ¿Estás segura de que lo quieres oír?

—Por favor.

Le doy al «Play»... En la sala reina el silencio. Me estremezco ante la poca vergüenza que tuvieron los dos para mentirme en la cara y conseguir que me alejara de Gisele.

Cuando termina, ésta grita compungida y no sé cómo consolarla. ¡Es su hermano! Y me estaba convenciendo para que apoyara a otra... a Amanda. Gisele no se lo merece.

—Fui a ver a Carlos y me aconsejó que me fuese —intento excusarme—. Me dijo que, desde la distancia, yo solo vería las cosas claras, y así ha sido... Cariño, mírame. Estoy aquí. —Le enseño la mano derecha, con la alianza en el dedo. Llora incluso más. Últimamente lo hace demasiado—. Te creo por encima de todos y de todo; eres mi mujer, siempre lo has sido.

Oigo cómo detrás de mí los reproches no cesan, pero a mí sólo me importa ella.

—Gisele, no sé cómo he podido dudar tanto de ti... ¿Me perdonas? Dime que lo haces. Estas semanas he vivido un infierno. —Dice que sí y descansa su frente contra la mía. Es mi vida—. Te he echado tanto de menos, nena... tanto... ¿Qué te hice? ¿Cuántas veces te tengo que destruir para entender que no quiero estar sin ti?

—Matt —suplica, y mi nombre en sus labios me sabe a gloria—, no me dejes más, no lo hagas. Ya no soporto esto, por favor... quédate a mi lado.

—Sí, sí. Vamos a estar bien juntos. No dejaré que nadie te haga daño. Lo siento, ¿en qué me he convertido?

Insegura, se inclina hacia mí y me besa. Dios, cómo necesitaba esto. Estrecho su rostro, lo aplasto entre mis dedos para recibirla con todo el amor que merece.

—Te amo, Matt. —Asiento sin dudar—. Todo esto es muy doloroso.

—Siempre lo ha sido, cariño. Pero te quiero, ¿lo sabes?

—Lo sé. —Emocionada, cierra los ojos—. Te necesito, han sido días horribles.

—También para mí; prometo no escuchar más a nadie, no fallarte.

Le doy un último beso, uno interminable, y me incorporo para gritarles a Roxanne, Scott y Michael lo que de verdad siento a estas alturas. Casi me destrozan la vida.

—No os quiero volver a ver nunca más. ¡Mirad lo que habéis hecho con ella! ¡Conmigo! Nunca pensé que sufriría esta decepción tan grande, tan profunda.

—Lo sentimos... —titubea Scott—. Pensábamos...

—¡Pensabais, pensabais! ¡Ya os equivocasteis una vez y pedisteis perdón y ahora habéis vuelto a hacer lo mismo, cuando sabéis lo que yo siento por ella!

Asqueado de tanta mentira, me agacho y le pregunto a Gisele algo que desde que volvió debimos hacer: aislarnos para reencontramos en nuestra casa, en nuestro mundo.

—¿Quieres ir al refugio? —Aunque no responde, su rostro confirma a la perfección que lo

está esperando con desesperación. Mi chica, ¡cómo me duele verla así! Le beso el cabello, que está despeinado, y la abrazo—. Y ahora, si alguien es capaz de desafiarme, que lo diga.

—Matt... —Es el padre de Gisele.

No tardo en incorporarme y encararlo, enfadado.

—¿Qué quieres? —le reprocho de malas maneras, aunque contenido por ella—. No te atrevas a decir nada. Me voy a llevar a mi esposa, te guste o no.

—¿La vas a cuidar? Dime que no será como antes. Sé que me he portado fatal con ella, pero tenía miedo de que le volvieses a hacer daño. Temo verla sufrir por ti y por tu enfermedad.

—¡¿Ahora me dices esto?! Hipócrita. Tanto tú como Roxanne y Scott habéis ayudado a que nos distanciásemos desde que empezó nuestra relación. Me despreciaste, Michael. Me hiciste sentir inferior.

—Te repito la pregunta, ¿la vas a cuidar?

Intento entender su postura, su preocupación, pero no olvido lo que causó con su actitud de entonces y de ahora. Desde su vuelta sólo ha presionado a Gisele en mi contra.

—La voy a cuidar, claro que lo haré, y por eso mismo empezaré por apartarla de vosotros. La habéis humillado, le habéis gritado, la habéis apartado de vuestras vidas por un asunto entre ella y yo. No quiero que nadie más se entrometa en nuestra relación. ¡Nadie!

—Matt —me llama Gisele, suplicando—, por favor.

—¡¿Cómo me puedo callar?!

—No me encuentro bien, llévame a casa.

—Tranquila, yo te cuidaré.

—No discutas, no merece la pena... Quiero ir a casa y, por favor, no más peleas.

Mi hermano Eric se disculpa, Noa también, aunque son los que se han mantenido al margen de una manera u otra, al igual que William, del que percibo su sufrimiento.

Le pregunto a Gisele qué necesita para irnos y voy a la habitación a buscarlo. Estando allí también oigo el arrepentimiento de los padres de Gisele, incluso los cuchicheos de Scott con ella. Ambos sabemos que mi hermana tiene algo que ver con sus cambios, lo ha manipulado; lo que no entiendo es cómo se ha dejado ni por qué.

Hay más reproches, gritos. Mi única preocupación es Gisele, que incluso está vomitando, ya que tiene un virus estomacal. ¡Ella estaba mal y yo, lejos! Llevármela es la solución.

—Te veo triste, sin luz... —le musito tras abrocharle el cinturón, ya en nuestro coche. Recorro sus facciones—. No queda en ti nada de aquella alegría que me deslumbraba, nada de aquella niña loca que se tomaba la vida de forma tan diferente a la mía.

—Llévame al refugio y deja que sienta que todo es como antes... Prometo volver a ser yo, pero antes necesito tenerte, sentirte mío.

—Lo soy —le aseguro con una sonrisa.

Arranco el vehículo y le agarro un momento la mano. Durante el trayecto, la vigilo de reojo constantemente. Parece encontrarse muy mal, aunque no se queja. Finalmente se duerme, aliviándome. Deduzco que será un impacto entrar en nuestra casa y debe estar tranquila. Allí los recuerdos de nuestro pasado están más presentes que nunca. ¿Cómo decirle que quizá en esa casa pasé más tiempo del que quise y del que yo mismo me hice creer? Volví allí, sí... en más de una ocasión y cuando ya desistí de su búsqueda.

En el fondo, no podía olvidarla, porque me negaba a hacerlo a pesar de odiarla.

Cuando llegamos, la cojo en brazos y, con un suspiro, la deposito en nuestra cama. Me quedo aquí, como tantas noches hice y como otras tantas añoré, velando sus sueños, cuidándola

mientras duerme... observando su belleza, su sensualidad y, a la vez, su pureza.

Después de no sé cuántas horas, abre los ojos, desorientada. La amo tanto, Dios...

—¿Cómo estás? —le pregunto muy bajito, tierno—. Tienes mejor color.

—Estupendamente. ¿Qué hora es?

—Las nueve de la noche.

Frunce el ceño.

—Estás hecha una dormilona, hermosa —comento frente a su desconcierto.

—Ven aquí, Matt.

Me atrae hacia ella y mi corazón se hincha más de amor si cabe. Por fin solos.

—Te quiero, nena —musito con voz estrangulada. Gisele parece no creerse que estemos juntos y en nuestra casa—. Te quiero como antes, incluso más... Estas semanas he entendido que jamás podría dejar de hacerlo. No puedo porque me niego a ello, quiero tenerte siempre en mi corazón, en ese lugar que fue tuyo desde que te vi.

—Te amo... —casi solloza o lo hace, no lo sé—. No quiero volver a lo de antes.

—No lo haremos. —Me hago un hueco entre sus piernas, sin apoyar mi peso en su cuerpo—. Voy a olvidar lo pasado, el instinto de posesión que mi madre me enseñó a sentir. Batallaré contra el miedo de pensar que me abandonarás, como ella... Sé que tú no lo habrías hecho de haberme comportado como merecías.

—Matt...

—Chist. Gisele, mi vida ahora es diferente, más calmada. Con Carlos he aprendido a encarar las situaciones de otra forma, dejando a un lado la agresividad...

—Matt, hazme el amor —suplica muy bajito—. Necesito sentirte, compartir contigo lo mucho que ambos nos amamos. Ha sido muy duro pensar que no volvería a recuperarte.

—También yo he sentido lo mismo.

—Quiéreme.

«Lo hago, mi vida.»

La beso despacio, introduciendo la lengua en el interior de su boca. Ella me recibe con sensibilidad y poco a poco voy deslizando las manos por su piel, desnudándola, calentándome ante sus gemidos, su forma de arquearse para mí. Sé que ya está húmeda.

—Tan hermosa como siempre —la mimo mientras la desnudo por completo—. Con esta piel tan suave, tan blanca... Aunque se te ve muy cansada.

—No para el sexo... Te necesito con urgencia.

Empiezo a desabrocharme la camisa al tiempo que recorro su silueta. Es tan perfecta que me siento el hombre más afortunado del universo. Y esos ojos grises me matan cuando me observa con esta pasión que desborda. Nunca me cansaré de adorarla.

Satisfecho siempre. Saciado nunca... no si se trata de ella.

—Es mi turno —mascullo—. Abre más las piernas.

Enseguida lo hace. Su intimidad queda expuesta ante mí. La ayudo a flexionar las rodillas y con un dedo viajo por su sexo hasta fundirlo en su interior. Su placer es el mío. Me mata con su forma de morderse el labio, la manera de aferrarse a la sábana mientras se arquea. La rozo en círculos, estimulándola, aunque ya no puede empapar más mi dedo.

—Matt —lloriquea entre temblores—, has vuelto...

«Nunca me he ido de ti.»

Con un suspiro, aferro sus manos por encima de su cabeza, encajando a la perfección entre sus piernas, y entro lentamente en ella. Grita... Rujo.

—Dios, Campbell... No vuelvas a irte.

—Jamás. —Le sonrío—. Tú tampoco.

Muy despacio, empiezo a moverme, buscando su mirada y encontrándola de frente. No la aparta. La penetro sin prisa, perdido en esos ojos que son mi locura, sonriendo a medida que me adentro en ella. Vuelvo a sonreír, siendo consciente de lo enamorado que estoy, y descanso mi frente en la suya, moviéndome al compás de sus delicadas caderas.

Le hago el amor como merece, como sé que necesita.

Éste es nuestro verdadero reencuentro.

—Te necesito Gisele, sin ti me siento perdido. —La beso y acaricio, la mimo y adoro. Quiero que se sienta completa—. Eres mi locura, mi vida, mi todo.

Juega, me provoca. Me roza los labios sin besarme. Me rodea con las piernas y se frota. Siempre lento, ahora nos sobra el tiempo. Me mata, joder, y lo sabe.

—Tú, tu cuerpo, mi perdición, mi Gisele.

—Te amo, mi romántico no reconocido. —Hago una pausa para recordarle que odio ese apodo. Ella levanta las caderas suplicando más. Aguanto y no le doy lo que quiere, burlón y ansioso por continuar—. Sí, lo eres, y te amo así. —Suelto una carcajada y me muevo con más dureza, aunque no con violencia—. Llename —me implora, y me tira del pelo hacia atrás. ¡Joder!—. Más adentro... por favor.

Abandono la calma y me entrego a la pasión, sin más control, embistiéndola una vez y una más. Sus piernas, muy abiertas, me acogen con desesperación. Me araña la espalda, me besa. La penetro con frenesí, cogiendo impulso en cada acometida.

—Matt —lame mi boca—, ya... no puedo aguantar más.

Mantengo sujetas sus manos con una de las mías y, con la derecha, recorro la cara interna de su muslo. Hasta ahí puedo sentir su humedad. La rozo, paseando los dedos por los pliegues de su sexo, donde ya la satisface mi pene... Sus paredes vaginales se contraen, ella grita, se retuerce, y yo le doy más duro, arremetiendo hasta que la siento temblar.

—Joder... Nena, Dios, te quiero tanto...

Se arquea hacia atrás y me corro dentro, muy dentro, empujando hasta casi doler. El corazón me va a mil por hora, no controlo mi respiración. Estamos sudando, ceñidos al otro, fundidos en uno solo y oliendo a este aroma de sexo que nos agita todavía más.

—Gisele —jadeo, descansando en su pecho. Sus ojos han brillado cuando enterraba las manos en mi pelo. Las palabras no nos salen. La intensidad nos envuelve.

—Dime.

—Lo siento, lo siento tanto, cariño. Te pido perdón por todo el daño que te he hecho.

—Yo también te pido perdón. Ya nos lo hemos dicho todo, nos hemos perdonado, ahora dejémoslo correr. No podemos pasarnos el día recordando lo mal que lo hicimos.

—De acuerdo, no hablaremos de ello. —Le beso la nariz, nervioso al saber lo que estoy a punto de expresarle en voz alta. Hoy lo siento más que nunca. Mi corazón es suyo—. Te amo, nena. Nunca he dejado de amarte. Fuiste la primera en ese sentido y sé que serás la última.

Repentinamente, se engancha a mi cuerpo con sus brazos y piernas. Me besa, se aleja, vuelve a buscarme. Me mira a los ojos y me acaricia. Parece confirmar que esto es real.

Nunca lo ha sido tanto.

—¿No te lo había dicho nunca? —bromeo con la congoja en la garganta. Niega y llora. Me río. Soy tan feliz...—. Pues te amo, te amo, te amo. ¡Te amo, señora Campbell!

—Y yo a ti... —susurra sin voz—. Echaba de menos estas intensas declaraciones.

«Lo sé, mi vida. Lo siento... Nunca más dejarás de oírlas.»

Capítulo 38

Desde aquí del otro lado

Los días en el refugio van pasando y no puedo sentirme más pleno. Hemos recuperado al cachorro y la casa cada día está más viva... aunque Gisele está extraña; no sé si son los nervios o la emoción de estar de vuelta, pero algo la tiene así. Llora por cualquier cosa, se mosquea enseguida y nos reconciliamos a la velocidad de la luz.

Hoy, por ejemplo, ya no sé qué será lo próximo que me pedirá. Por ahora ha tomado dulces, pan, caramelos de goma, Coca-Cola... Ha comido demasiado y el virus no acaba de abandonarla.

Está tumbada sobre mi pecho, acariciándome el vientre, tranquila. A mí me tiene agotado con sus cambios. *Tomy* está a sus pies y ella, radiante de felicidad. Al perrito le está costando aceptarla de nuevo y hay momentos de desesperación y llanto en Gisele por ello... Son sólo las diez y media de la mañana y, después de desayunar, vuelve a estar cansada.

—Nena —llamo su atención, me preocupa su estado.

—Dime —susurra bostezando—. Estoy bien, te lo prometo.

—Echaba de menos estos momentos... —insisto—. Dímelo, sabes que lo necesito.

—Te amo... —Reímos—. Te amo loco o tranquilo. Duro o suave, te amo siempre.

Por su tono temo que empiece a llorar de nuevo, de modo que, después de unos minutos en silencio, me incorporo para ir al baño y traer clínex. Desconozco por dónde me puede salir en esta ocasión, pues se emociona con facilidad.

Le doy un beso en la frente y le susurro:

—Enseguida vuelvo.

Gisele asiente, aunque parece adormilada. Cojo su neceser para buscar los... Siento que las piernas me flaquean. ¿Hay un Predictor? También está la caja y las instrucciones. Alcanzo estas últimas para buscar el significado de las dos rayas, pues es lo que marca la prueba que Gisele, a mis espaldas, se ha hecho. Ahora entiendo por qué se ha encerrado y no me abría... Entonces otros pensamientos se abren paso en mi cabeza.

No me lo puedo creer. Los vómitos, sus cambios repentinos de humor..., su sensibilidad incluso ante algo tan sencillo como un «te amo». Todo apunta a que... No doy crédito al descubrir lo que significan las dos rayas. Gisele está embarazada.

Me quedo inmóvil. No puede ser, ¿por qué no ha compartido conmigo la noticia? Los nervios se apoderan de mí y, sin saber cómo, llego a la habitación arrastrando los pies. Estoy aturdido, más bien conmocionado... Gisele duerme en posición fetal con el teléfono entre sus manos, en el cual se enciende la pantalla por un ¿mensaje?

Sé que no debo, pero abro el WhatsApp y leo su conversación con Karen.

Me he hecho la prueba, pero aún no he visto el resultado. Estoy

asustada, temo no estar a la altura... Karen, estoy llorando de nuevo.
¿Qué hago?

Prepararte, estaré aquí cuando sepas el resultado.

Con un nudo en el estómago, observo su silueta. Muerto de miedo... me tumbo a su lado, rodeándola con un brazo y posando la mano en su vientre. Las primeras gotas ruedan fuera de mis ojos. Tiemblo de cuerpo entero, sobre todo mis dedos, que aferran su abdomen plano aún. Estoy muriendo de felicidad e incertidumbre, y Gisele no sabe que está embarazada... Un hijo suyo, nuestro, fruto de nuestro desgarrador e intenso amor. Por un segundo mis ganas de gritarle al mundo la noticia son brutales, pero me controlo. Estoy en *shock*.

¿Cómo decírselo? Es una locura..., la locura más maravillosa que he vivido nunca.

No sé cuánto tiempo transcurre, durante el cual no puedo hacer otra cosa que observarla.

—Te amo, cariño... —susurro—. Gracias, mi chica de servicio. No tienes ni idea de lo que haces conmigo. Estoy deslumbrado. ¿Cómo consigues tenerme así? Voy a ser padre, Gisele. ¿Cómo decirte que no hay un hombre más feliz sobre la faz de la tierra?

Se mueve... Entonces no me siento preparado para contárselo, por lo que me callo hasta que vuelve a estar inmóvil, tan quieta que sólo me nace adorarla... Es mi vida.

—Desde que te vi, supe que serías mía —continúo, completamente fascinado por lo que me está haciendo sentir—. Eres tan hermosa, cariño. Te perdí, me odié, te odié, pero volviste y ahora me entregas el mayor regalo que me podrías dar. Te amaré como nadie lo hará. Dime, ¿qué hago ahora? ¿Cómo te digo que llevas un hijo nuestro en tu interior?

De pronto ella gime y se aferra con las dos manos su vientre... donde están las mías. Aunque le cuesta, abre los ojos. Mi corazón se hincha de amor. ¿Se parecerá a ella?

—Matt... —Me acaricia la mejilla, confusa—. ¿Qué haces aún despierto?

—Porque es de día —apenas me sale la voz—. Has dormido dos horas, descansa.

—¿Y qué haces ahí?

—Quererte, cariño.

«Ahora más que nunca, y eso que pensé que no se podía.»

Ella parece satisfecha con mi respuesta; en cambio, yo... siento que enloqueceré.

***

No puedo más y no encuentro el momento oportuno para contarle su estado. Para colmo, sé que ha tirado sin querer el Predictor al retrete, sin conocer el resultado... ¡Es una conspiración! Con lo fácil que me lo hubiese puesto, pero Gisele lo complica todo hasta el punto que jamás nadie lo haría... Se molesta de que esté tan pendiente de sus pasos, ¿y cómo quiere que me comporte? Estoy asustado, incluso me da miedo que haga cualquier movimiento que la lastime. Su humor continúa muy inestable; deduzco que son las hormonas... ¡o no sé! Está celosa hasta de mi secretaria y no le importa demostrarlo delante de ésta.

¿No entiende que sólo tengo ojos para ella? Loco, sí, me voy a volver loco.

Lo que peor lleva es que la esquive en el sexo, pero ¿y si le hago daño? ¡Es una tortura! Sólo pretendo cuidar de ella, de nuestro bebé. La felicidad me embarga al recordar lo que está creciendo en su interior... Mi pequeño me calma, lo hace; aun así, necesito de Carlos.

Carlos, estoy... estoy... no puedes

ni imaginar cómo estoy.

Segundos más tarde suena el móvil.

—¿Qué pasa, Matt?

¡¿Qué no pasa?!, ésa la pregunta.

—Carlos, ¿cómo te digo esto? —gimo frustrado—. Mi mujer, sí, Gisele, está embarazada... y ella aún no lo sabe; me estoy volviendo loco.

Algo muy grande se agita en mi interior al poder pronunciar las palabras en voz alta. Todavía no puedo creer que en su vientre se esté formando el fruto de nuestro amor, no lo asimilo. Los ojos se me humedecen, ¿cuántas veces he soñado con este momento, con poder regalarle a ese bebé lo que por derecho me pertenecía y me robaron?

—Matt, explícate. Mira que sois complicados, os voy a cobrar el doble por ello.

En ese caso me quedaría en la pobreza.

—Como suena. Se hizo una prueba y, por algún motivo que desconozco, no quiso mirarla. Yo la encontré por casualidad y... ¿qué te puedo decir? Estoy... estoy flotando en una nube, a la vez que muy asustado. Llora, vomita y duerme. Lo peor de todo es no saber qué opina del asunto, no sé ni cómo planteárselo.

Carlos suspira.

—Vente más tarde, trataré de ayudarte.

—Gracias.

Pero de poco me sirve, pues Gisele insiste con algo que yo estoy deseando hacerle también.

«¿Me harás el amor al llegar allí?», me preguntó.

«Por la noche —respondí yo—. Más tarde.»

Soy consciente de que han pasado dos noches desde entonces... y todavía no la he tocado. No sé cómo hacerlo, me da miedo lastimarla y no sé cómo contarle lo que ella me tendría que haber contado a mí...

Estoy en mi despacho, fingiendo que trabajo, aunque en realidad, y como de costumbre estos días, estoy dándole vueltas a la cabeza.

—Amor —oigo cómo me llama y, por su tono, sé que viene guerrera. Alzo la mirada, tensándome. No me equivocaba... Lleva un camisón transparente y hace posturitas sensuales desde la entrada. Me va a dar un infarto. Las manos me pican y el pantalón me estalla—. La cena está lista, ¿tienes hambre?

—Más tarde. Enseguida voy.

Con un carraspeo, finjo que continúo con el trabajo esperando que se dé por vencida.

—¿Más tarde? —replica sarcástica—. ¿Qué demonios está pasando? Esos «más tarde» ya me tienen harta. Porque luego no llega nada, Matt, y yo no sé qué hacer.

Me aprieto las sienes, ¿por qué lo complica todo? Estoy perdiendo la puta cabeza.

—Matt, ¿te estás alejando de mí? —Ese tono... Un segundo después está sentada en el escritorio, apartando mis papeles, para abrirse de piernas. La observo con un nudo en la garganta. No lleva ropa interior y mi deseo crece a una velocidad de vértigo, joder—. ¿Por qué no me tocas? ¿Qué te hace poner esta distancia entre tú y yo? No me gusta, me está haciendo dudar de mí, no sé por qué me rechazas. No saber qué te ocurre, me mata.

Paseo un dedo por su piel, con la necesidad de acabar ya con esta tortura.

—Creo que ha llegado el momento de hablar —su semblante se transforma, se tiñe de tristeza. ¡No, maldición!— y espero que estés preparada, porque yo ya no puedo más.

—¿Me vas a dejar, Matt? No me has perdonado... ¿verdad?

—¿Qué dices? —Me incorporo bruscamente, acojonado por sus precipitadas conclusiones—. ¿No sientes cuánto te amo? No soportaría verte marchar de nuevo, me ahogaría en la soledad. Ya te lo he dicho, por Dios, no dudes.

—¡Háblame entonces!

—Gisele, eres mi vida. ¿Por qué tienes que ser tan complicada?

—No te entiendo... Sé que estos días no ha sido fácil estar conmigo, pero estoy mejor. ¿Qué es lo que pasa, Matt? Barajo mil posibilidades sobre tu actitud, pero no llego a ninguna conclusión. ¡Me estoy volviendo loca!

—No más que yo, eso te lo aseguro... Me gustaría crear un ambiente donde te sintieras cómoda, tranquila. ¿Qué propones?

—¿Cómo? ¿Para qué?

—Por favor.

—¡Llevas días ocultando lo que sea y prometimos...!

—¡Al jardín y se acabó!

La cojo en brazos y, aunque intento tener el mayor cuidado posible, ella forcejea, no se está quieta. Se me hace eterno el camino hasta el jardín, donde la deposito con cuidado tras echarle una mirada de advertencia que la relaja o, al menos, aparenta estarlo. Histérico por crear un ambiente acogedor, entro en casa y preparo una sábana y un pequeño pícnic. Gisele me observa confusa; aun así, no explico nada más y la invito a sentarse enfrente.

—Estoy preocupado y, sí, es por un asunto importante —empiezo a decir, prudente—. Hay una pregunta que me atormenta... —Suspiro—. ¿Te gustaría ser madre pronto?

Su reacción me hace dudar y comienzo a temblar como pocas veces.

—Matt, ¿me estás pidiendo que tengamos un hijo?

—Gisele, respóndeme de una vez si no quieres que pierda la cabeza.

Para variar, me reta, cruzándose de brazos, altiva. ¡Maldita sea!

—No bromeo, Gisele.

—Pero ¿qué te pasa?

—¿A mí? ¡Si te lo pido, ¿me lo negarías?!

—No, Matt... —cede al verme tan exaltado—. Ya sé que hemos vuelto hace poco, pero siento que ahora las cosas están bien... aunque estos días te hayas alejado en cuanto al sexo y tu enfermedad nos vaya a acompañar siempre. Quiero formar una familia contigo. No se interpone nada entre nosotros, no si cumplimos lo prometido.

Vale, vuelvo a respirar. Por un momento he sentido que mis pulmones se quedaban sin aire. Ella, como si el asunto no le repercutiese, ¡empieza a comer! Esto es de locos.

—¿Adónde quieres llegar con esto? —pregunta con fingida inocencia. ¡Se acabó!

—A que sé que te has hecho una prueba de embarazo y no me has consultado ni avisado del asunto, cuando somos un matrimonio y, como tú afirmas, no tiene que haber secretos entre nosotros. —Expulsa la comida que masticaba, con los ojos desencajados—. Sí, nena, sí. También sé que no sabes el resultado.

—No... Ejem... Yo...

—Tranquila, Gisele, porque yo, sin querer, sí sé el resultado de esa prueba que se cayó al retrete. Y, aunque no lo creas, ya lo sabía antes de que se cayera.

Intento coger sus manos. Ella se apresura, aferrándose a las mías.

—¿Q-Qué? —balbucea sin voz—. ¿C-Cómo?

—Y me estoy volviendo tan loco como tú al no saber cómo encararlo, después de los problemas que tuvimos con anterioridad por este tema. La noticia me la tendrías que haber dado tú, cariño. —Le sonrío, apoyándome en su frente—. Sí, nena. Gracias...

Incrédula, espera más... y, emocionado, anuncio:

—Vamos a ser padres... Llevas un bebé nuestro dentro de ti. Un hijo mío. Estás embarazada, Gisele...

Precipitadamente se lanza sobre mí, aferrándose a mi cuerpo con fuerza. Dios... es tan especial que no puedo creer que llegase para complementar mi vida así. Una vida vacía hasta su llegada, que con su partida destrozó y que, ahora, recompone con el mayor de los regalos. Sus manos van a su vientre y enloquezco, estremecido de pies a cabeza.

—Gisele, ¿estás bien?

—Te amo, te amo —lloriquea contra mi cuello—. Soy muy feliz.

—Y yo, yo también. No sabía cómo hablarte, ni tocarte. Tengo un nudo en el pecho que no me deja respirar. —Se me escapa una carcajada nerviosa y la obligo a mirarme. Su rostro se ilumina con mi felicidad—. Me vas a matar, nena.

Asiente repetidas veces con la cabeza, sin expresarse. Entonces leo en sus ojos sus dudas e incertidumbre. La conozco, por lo que le explico, cariñoso:

—Fue esa mañana en que llorabas tanto. Mientras tú volvías a dormirte, fui al baño y vi tu neceser. La prueba estaba dentro y creí morir. Un sueño, Gisele, eso fue. Me sentí inseguro al no saber por qué callabas; luego leí que le decías a mi madre que no sabías aún el resultado. Lloré preguntándome cómo hacerlo. Eres muy complicada, nena.

Con tacto, acaricio su vientre. Ella se encoge.

—Cuando aún estabas dormida, te toqué ahí. Fueron unas horas especiales, llenas de incertidumbre... en soledad. Y ahora me da miedo hacerte daño, perjudicar al bebé. Quiero cuidarte, cuidaros. Me muero por tocarte, pero a la vez...

—Me hablaste estando dormida —susurra como si se acordase de algo—. Yo te oí; no soñaba, pero creí que lo hacía.

—Sí, te hablé, cariño. Me preocupaba ver a mi frágil esposa tan sensible y entonces lo entendí todo.

—Matt... —Mientras habla, la tumbo hacia atrás y descanso la cabeza en su vientre, ese que me muero por ver crecer—. Te amo; lo sabes, ¿verdad?

—Nunca he estado tan seguro de ello.

«Ni lo estaré.»

***

Más días que van pasando y vivimos como en un sueño, aunque echamos de menos a nuestros hermanos, sobre todo Gisele a Scott... y yo también. Es una etapa bonita, diferente, y él estuvo en la peor. ¿Por qué cambió tanto? Mi mujer sí que no cambia y constantemente me hace preguntas que no tienen sentido, pero que me producen cierta gracia, como «¿me querrás igual cuando me hinche hasta casi explotar?».

¿Igual? La querré más, siempre más... si es que se puede...

Los meses van avanzando y, con ello, su estado. Cada día me levanto con la idea de que pronto lo sentiré, pues lo necesito y se está haciendo de rogar. En la primera ecografía, oír su

latido fue algo tan grandioso y especial que grabé ese recuerdo a fuego lento en mi memoria. Gisele lloraba y yo oscilaba entre la risa y el llanto.

Estamos en una constante montaña rusa, como en el pasado, aunque ahora por un motivo muy diferente. Hoy tenemos una nueva visita a la ginecóloga y estamos muy inquietos.

—Os cuidaré a las dos —insisto con la seguridad de que nos dirán que es una niña. Tengo ese presentimiento, aunque no sé por qué—; seréis mis consentidas, como hasta hoy.

Las calles de Málaga están alumbradas con las típicas luces navideñas y nosotros caminamos de la mano sin hablar. Los nervios nos tienen en este estado. Cuando llegamos a la clínica, Gisele suspira muy fuerte y yo me detengo, con el corazón a mil por hora.

—¿Estás preparado?

—¿Lo estás tú, Gisele?

—Espero que sí.

Entrelazamos nuestros dedos y entramos en la consulta. Le hacen un control rutinario y luego entramos en la sala donde está el ecógrafo, donde todo está ya preparado. Me piden que me siente en un taburete, junto a Gisele, que se tumba en la camilla. Le tiembla el labio.

—Relájate, nena —la animo, inquieto—. Todo irá bien.

—Dame la mano.

Lo primero que nos llega es su latido... rápido, fuerte, imparable. Gisele me mira sonriendo; mi cuerpo se sacude, sobre todo al ver sus movimientos. Apenas puedo creer que sea parte de mí, que yo sea uno de los culpables de que ese ser esté creciendo y vaya a llegar a este mundo para que lo mimemos y cuidemos como nadie. Todo está bien, por lo que me relajo. Cuando nos van a enseñar el sexo del bebé, bajo la mirada. Entonces oigo la risa de Gisele y la puerta cerrándose, porque la ginecóloga nos quiere dar un poco de intimidad. La contemplo y ella, muy nerviosa, no deja de reír entre lágrimas.

—Matt... ¿me amarás igual aunque te haya desobedecido otra vez? —Trago, no sin dificultad —. Sí, Campbell, tú pedías una niña y yo, caprichosa..., voy a darte un niño.

—Nena... ¿cómo podría no amarte por eso? —Un niño, como lo fui yo. Mi hijo—. Un niño me llena de alegría. Un chico que te cuide y quiera como yo.

La abrazo, acariciando su vientre. Dios, es todo tan emocionante y a la vez estoy tan asustado... No es que quisiese una niña porque sí, reconozco que me da miedo que al ser un chico se parezca a mí... y padezca lo mismo que yo. Es una tontería..., lo sé.

—No tengo palabras... Te amo tanto que hasta me duele, lo sabes. No te defraudaré, nena... Nuestro hijo, ¿puedes creerlo?

—Míralo, Matt —insiste en que contemple la foto fija de la pantalla—. Mira nuestro pequeño.

—Mi Gisele —se me rompe la voz. Muero por tenerlo aquí ya—. Gracias por este regalo.

Un regalo que cuido y mimo todos los días.

«Como haré toda mi vida.»

Las semanas van pasando y, como dice la canción de Manuel Carrasco, desde aquí del otro lado, esperamos su llegada. Gisele está más hermosa que nunca y sus curvas son perfectas. En mí despierta un deseo diferente. Le hago el amor con más calma y paciencia, recordándole en cada suave embestida que la amo más que nunca, tanto como jamás pude imaginar. Si este amor siempre ha dolido, ahora desgarra; ahora mi corazón está dividido... Ese bebé va a llegar a nuestras vidas para terminar de colmarlas de felicidad.

Lo quiero, sin conocerlo. Lo adoro y no deseo otra cosa que tenerlo entre mis brazos.

«No le faltará de nada.»

Uno de los días que llego a casa y subo la escalera, me parece que Gisele habla, ¿sola? Me asomo. Está al teléfono, de espaldas a mí, cabizbaja.

Me quedo escondido detrás de la puerta, sufriendo con ella...

—¿Gisele, pequeña, eres tú? —oigo muy bajito a Scott gracias al silencio de la estancia.

—Sí, soy yo...

—Me gustaría verte. Dentro de unos días voy a ir a Málaga. Quiero hablar con Matt y, si no me acepta allí, dejaré la empresa. Me iré a Lugo... —Me hago el duro escuchando la conversación, pero ¡joder!—. Si no puedo estar cerca de ti, no tengo nada que perder.

—¿Qué te pasa, Scott?

—He cometido muchos errores, lo sé, entre ellos confiar en ciertas personas. Jamás me perdonaré todo lo que tiene que ver contigo. Eras mi vida y...

—¿Es Roxanne? ¿Es ella la mujer con la que has estado?

—Eso no tiene sentido.

—¿Mi pregunta o vuestra relación?

—¿Cómo estás? Dime cómo llevas el embarazo. Estoy muy contento por ti, y también por Matt. Sé cuánto deseaba un hijo... Gis, perdóname, por favor. Os prometo que jamás volveré a haceros daño. Te necesito, y también a él, es como un hermano para mí. He hablado con Carlos y me ha dicho que Matt está muy bien.

—Es un niño, Scott —le dice entre sollozos—, vas a tener un sobrino.

Me temo que ambos se rompen. Entonces abro la puerta; ella me estudia preocupada, bastante tocada emocionalmente. Calmado, le pido que me dé el teléfono.

—Ahora no puede hablar —aviso a su hermano mostrando entereza—. Llámala en otro momento. Te necesita, Scott... y yo también. Ven a casa, te estaremos esperando.

Después de colgar, le recuerdo, con la paciencia que ella necesita:

—Tranquila, nena. Ya es hora de que esto acabe, ¿no crees? Fuera rencores. Scott ha estado siempre que lo he necesitado y me apoyó en los momentos más difíciles de mi vida. Se ha equivocado, pero está destrozado... En cuanto a tus padres...

—¡No! Yo no volví porque mi padre me manipulaba y me advertía contra ti, cuando era él el causante de tus complejos e inseguridades.

—Duerme un poco, preciosa, y cuando te despiertes te vas con tus amigos... —Sonrío manteniendo la calma. Ahora mi máxima prioridad es ella. No necesito conflictos en mi vida, por lo menos no los buscados—. Te amo y quiero que estés bien; tú cedes y yo cedo.

Esa noche, después de su vuelta de la salida con los amigos, en la que hay algún que otro percance, parece inquieta mientras duerme. La miro de reojo; ella, soñolienta, me busca.

—Matt, deja de tocarme. No me dejas dormir.

—¿Yo? —pregunto desconcertado, abriendo los ojos de par en par.

—Dame la mano —me pide, y su voz es... pura emoción. No, es increíble...

—¿E-Es... e-es...?

—Sí —confirma, besándome.

—Gisele, Dios, no lo puedo creer. —Mi mano se agita sola con el movimiento de nuestro hijo. ¿Una patada? ¿Un manotazo?—. No llores, esto es... tan... Estoy asustado.

Ella asiente, también lo está, y entonces, de pronto, todo es tan real que unos miedos que no creía ya que tendría a lo largo de esta etapa más avanzada me sobrecogen.

—Necesito salir —mascullo incorporándome; cojo una bata, abrigándome para salir de la habitación—. Enseguida vuelvo.

—Pero ¿adónde vas?

—Nena, no me preguntes ahora, por favor...

Le doy un beso en la frente y me marcho. Sé que me entiende y que me dará mi espacio. Salgo corriendo hacia el jardín, caminando de un lado al otro. Lo que he sentido ante el movimiento de mi propio hijo es... ¿cómo definirlo? Estoy hecho un mar de dudas; hoy soy más consciente que nunca de que estoy enfermo, de que lo heredé de mi padre y, por lo tanto, mi pequeño podría tener la misma herencia. ¿Cómo ser un buen padre?

Quiero ser su referente, pero ¿se puede con esta enfermedad? Mi padre no supo.

Dudo, me angustio. Me siento contra el árbol y apoyo la cabeza en éste contemplando cómo las horas corren y mis pensamientos no van a mejor. ¿Y si algún día me ve con una pastilla? ¿Qué explicación voy a darle si así es como será cada día? ¡Me rechazará!

No me admirará...

Amanece y todo sigue igual. Anoche no me tomé la medicación y, de momento, prefiero aparcarla. Sé que no debo, que le fallaré a Gisele... «Sólo serán unos días.»

De pronto, siento una mano en mi hombro, me sobresalto. Ella se arrodilla ante mí. Su preciosa barriguita sobresale, recordándome lo que nos une... ¿Seré capaz?

—Te he echado de menos durante toda la noche —comenta con un suspiro de alivio al verme —. ¿Qué te tiene así? Me estás alarmando.

—No quiero hablar.

—Me prometiste que lo hablaríamos todo, que no habría secretos entre nosotros —me reprocha apesadumbrada. ¡Tiene razón! Me vengo abajo—. Lo estábamos haciendo bien, no lo jodas ahora. Llevábamos muchos días esperando que el bebé se moviera. Para mí ha sido lo más bonito que hemos sentido nunca juntos. ¿Por qué te has ido?

—Ya queda poco, Gisele —murmuro perdido en mis cavilaciones, ocultándole que no es lo único que me preocupa. Su bienestar es lo primero—. Los meses están pasando muy deprisa, y anoche, cuando se movió, me hizo sentir inseguro. ¿Crees que seré buen padre? Lo dudé, me asusté... Tengo miedo.

Aguarda con paciencia y me acaricia el rostro. Tiene el cabello despeinado. Tira de mí para obligarme a subir hasta nuestra habitación. Una vez aquí, me empuja hasta que caigo en la cama. Estoy agotado... No he pegado ojo en toda la noche.

—Matt, desecha tus dudas. Recuerda cuando estabas tan desesperado por tener un hijo. Me decías que lo necesitabas para darle lo que a ti te robaron... Pues ha llegado el momento. Ahora puedes demostrar lo buen padre que tú sí puedes ser. —Me masajea, me relaja, consigue que cierre los ojos, que me deje llevar—. No puedes rendirte ahora, después de lo que hemos logrado juntos. Queda mucho, lo sé, pero yo estoy contigo.

—Siento haberme ido anoche, pero necesitaba pensar y calmarme —murmuro hecho un ovillo, como un bebé desamparado—. Es tan fuerte lo que sentí, nena.

—Tranquilo, no pasa nada —susurra tiernamente—. ¿Más relajado?

—Sí —afirmo cansado—, aunque sé que me estás ocultando algo. —Se queda callada, confirmándome mis sospechas..., unas que he querido ignorar—. Sé que estás gastando dinero y no sé en qué, y te vas y no me dices adónde. Callo para no presionarte, pero me gustaría saber lo que sucede, Gisele.

—Tu madre ha aparecido de nuevo, Matt —confiesa. ¡Maldita sea! La ha estado chantajeando por dinero y me ha mantenido al margen para no lastimarme—. Lo siento.

¡No puedo permitirme volver atrás! No cuando mis planes ayer eran otros. Salgo de la cama y

voy directo a la habitación de nuestro bebé.

—¡Te amo, Matt! ¡Lo hice por ti! ¡Quiero verte feliz y bien! —La miro de reojo y le sonrío, aunque mi ánimo está por los suelos—. ¡¿Matt?!

Ella me persigue. Con mi actitud sólo quiero demostrarle que hasta ayer mi mundo era estable e incluso, mientras estaba con sus amigos, mandé que montaran la habitación de nuestro hijo, una que ella miraba por Internet sin hacérmelo saber, pero la descubrí.

—Entra, Gisele. Vi lo que mirabas y aquí lo tienes, cariño.

Se queda petrificada y se acaricia la tripa. Es un gesto que me mata.

Los amo tanto, Dios. Es imposible amar más.

—Cuento los días que faltan para que esta habitación reciba a nuestro hijo...

—Matt... —balbucea ante mi confesión, sorprendida ante mi aparente calma.

La envuelvo desde atrás y contemplamos este espacio que pronto estará completo. Nos falta lo más importante, que de nuevo patalea y se hace notar. «Mi pequeño.»

En medio de este instante, llaman a la puerta.

—¿Quién será? —pregunta Gisele. Suspiro, lo tengo claro. No nos fallaría.

Abrimos y ahí está, en el umbral. Scott. Parece otro, pues está muy desmejorado y delgado. Va vestido con traje de chaqueta, ya que ha estado trabajando para mí, pero desde Madrid. Lo cierto es que está irreconocible... Gisele se lanza a sus brazos.

—Musculitos, te quiero... Te necesito.

—Perdóname —dice él.

Lo hacemos... Si supiera cuánto lo necesito. Gisele lo está pasando mal con el embarazo, Amanda ha vuelto a nuestras vidas e incluso ha tenido la intención de dañarla con un cuchillo y ahora, encima, aparece mi madre biológica, además de mis miedos. ¡¿Qué más puede suceder?!

Algunas veces... en mi soledad, pienso que no puedo más. Carlos mencionó que, en ocasiones, por circunstancias, nuevos cambios o estrés, en realidad se desconoce la causa exacta, las personas bipolares solemos tener recaídas y me temo que me está ocurriendo.

Capítulo 39

A gritos de esperanza

Cierro los ojos una noche más... Estoy relajado, pero no dormido, y escucho los murmullos de Gisele, que está acurrucada delante de mí en la cama mientras rodeo su cintura, su vientre, mi razón de seguir. En un sofá, cerca, soy consciente de que nos vigila Scott. He recaído... Lo he hecho a una velocidad que nos asusta a todos y pierdo el control.

—Él está bien —oigo a Scott—. Ahora duerme relajado, ¿lo ves?

—¿Hasta cuándo?

Me parece dormirme, aunque pronto me siento inquieto y me incorporo sobresaltado.

—¡¿Qué pasa?! —pregunto, y los observo a los dos. Gisele me sonríe con ternura y acaricia mi torso sudoroso. He vuelto a tener pesadillas—. ¿Estás bien, Gisele?

—Claro —me recuerda cariñosa—. Vuelve a dormir, Matt.

—No, voy a correr.

—¿Ahora? —Mira a Scott, fingiendo bostezar. La conozco—. Es de madrugada.

—Lo sé... —La sensación de estar encerrado me asfixia—, pero necesito salir.

—Voy contigo —propone mi cuñado—. Volveremos pronto.

Pero no es verdad... Esa escena se repite casi todas las noches y también algún que otro día. No voy a trabajar a menudo y gasto dinero en cuanto puedo. Sé que no es normal, pero soy incapaz de controlarlo.

Pasan las Navidades, su cumpleaños, y este año tampoco es el mejor. El anterior estábamos pasando nuestra peor crisis y la historia se repite cuando no debería. ¡Está embarazada! Gisele aguanta el tirón junto a Scott y a veces me enfurece que me traten como a un enfermo, por lo que una madrugada olvido mi autocontrol...

Luego llegan los arrepentimientos... como antaño. Es muy doloroso vivir así.

—¿Nena? —susurro en el oído de Gisele cuando entro en la cama y la rodeo como de costumbre. Nuestro pequeño se agita. Respiro aliviado. Ella también al sentirme de nuevo entre sus brazos—. Perdóname, sabes que no quería hacerlo.

—Chist.

—¿Me quieres? —Oscilo entre la risa y el llanto sin sentido—. Te echo de menos.

Me tapa con la manta y se acurruca entre mis brazos, inclinándose un poco para deslizar los dedos por mis posibles ojeras, por mi helada mejilla. Hace frío.

—He destrozado la mesa del jardín —le confieso sintiéndome mal—. Y aún no sé por qué.

—Tranquilo, estoy aquí.

—Te irás...

—Nunca más —asegura sin dudar, evitando el llanto—. Fue mi mayor error y no se repetirá... Puedes destrozar la casa, pedirme que me marche, irte y volver días más tarde... No voy a

discutir contigo, ni a reprochártelo. Hagas lo que hagas, estoy aquí... Esto pasará y volveremos a estar bien. Lo necesito, Matt, igual que a ti.

«¡Lo sé, maldita sea la enfermedad!»

Y aunque lo intento, me cuesta. ¡Simplemente no sé!

Un día, en un centro comercial y mientras derrocho para que nuestro hijo tenga lo mejor, todo lo que a mí me faltó, Gisele me pide que la acompañe.

Scott se mantiene al margen, aunque ya no sabe cómo hacerme entrar en razón.

—Matt... No puedes seguir así. Me estás mintiendo, ¿verdad? No tomas nada.

—Cariño...

—Ven... No puedes hacerme esto, Matt, tienes que volver a ser tú. ¿Crees que soportaré estar tan sola cuando él esté aquí?

—¿Y él podrá soportar un padre que se medica y que le ha podido dejar como herencia una enfermedad? —replico acongojado—. ¡¿Lo crees, nena?!

—Mírame. —Cierro los ojos para no ver sus lágrimas, su dolor..., ese que yo le causo—. Si tú tiras la toalla, ¿quién nos amará a tu hijo y a mí, quién nos va a mimar?

—¿Me das tiempo?

—¿Conmigo o sin mí?

—Siempre a tu lado, mi vida. —Acaricio su vientre—. Al vuestro.

«Siempre.»

Poco a poco lo vamos consiguiendo. Scott es mi fiel compañero, incluso vive con nosotros, aunque parece estar iniciando algo con la jefa de Gisele, Raquel. Él nos cuida, esta vez no sólo a mí, también a Gisele y a nuestro bebé, porque, a pesar de todo, seguimos unidos. Ella no se ha marchado y yo lo he entendido a tiempo.

No obstante, Carlos insiste en que no es mi culpa. Me explica que a lo largo de mi vida se volverán a repetir episodios así. Y si algo temo es que, cuando me suceda, esté nuestro hijo en el mundo, que cuando crezca vea cómo su padre pierde el control... con golpes, con gritos. Una tarde Gisele me propone algo...

—Entonces adelantémonos nosotros. Cuando te sientas así, vete unos días de casa. Scott te acompañará. Le diremos que estás de viaje o lo dejaremos con Karen y nos iremos juntos. No permitiremos que presencie algo así.

—Prométemelo —le pido desesperado—. Prométeme que no dejarás que suceda.

—Te lo prometo, pero no olvides hacerme saber cómo te encuentras a tiempo. No esperes a estar al límite... Sabemos que entonces será tarde.

***

Aunque lo dijo con entereza, sé que le asusta que llegue ese momento, pero poco a poco todo se va estabilizando de nuevo, incluso con las familias.

Sus padres se muestran cercanos... y Roxanne recapacita...

—Quizá sea hora de comenzar una nueva etapa con la familia —dice Gisele.

—No quiero perderos de nuevo —reconoce mi hermana, llorosa—. Necesito demostraros que haré cualquier cosa para que me perdonéis. Lo siento mucho...

Espero que sea la definitiva.

No estoy dispuesto a dar toda la vida las mismas oportunidades.

La cena de esta noche no va mal. Cuando acabamos, nos sentamos todos en la sala. Hay

bromas, risas; sin embargo, advierto que Gisele, aferrada en mi cuerpo, está rara.

—¿Estás temblando? —le pregunto preocupado.

—Tengo frío.

—Dime, ¿por qué esa voz? —Huelo su cabello, la beso. La mimo. La abrazo muy fuerte. Nos queda tan poco ya para conocerlo.

—Tengo un antojo, de golosinas.

—¿En serio? Vaya, es el primer antojo oficial.

—Un poco tardío. —Sonríe sin ganas mientras me incorporo.

—Prométeme que estás bien —insisto inquieto—. Estás muy callada.

—Quiero mi antojo.

—Voy, no tardo ni un segundo.

Salgo corriendo, ilusionado por su antojo, pero cuando estoy de vuelta...

—Gisele, ¿te encuentras bien?

—¡Ay...!

—¡¿Qué pasa?! —grito desesperado y la veo llorando. ¡¿Qué?! Si acabo de irme, por Dios—. ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

Se incorpora un poco. Lo justo para que advierta el líquido que corre entre sus piernas.

—¿Ahora, nena? Pero ¡si aún faltan dos semanas!

—No grites, Matt —me pide Roxanne—. Vosotros siempre tan histéricos...

Mi cuñado viene a mi encuentro. Su rostro también está desencajado.

—Tranquila, cielo —musita Karen a Gisele, con mi suegra también pálida a su lado. Nuestros padres están incómodos, dispuestos a ayudar, aunque manteniendo la calma y la distancia—. Date una ducha y nos iremos al hospital. No pasa nada, a veces sucede.

Ayudo a Gisele a incorporarse por completo, y comenta que ha empezado a notar pequeñas contracciones, que habrá que empezar a calcular cada cuánto son.

¡Maldita sea!

—Tú no subes —me advierte su madre—. La vas a poner más nerviosa. Ya está lista y no hay tiempo que perder... Scott también fue ochomesino.

—¡Me va a dar algo! —grito sin saber cómo detener toda esa agua que chorrea.

Poco después estamos llegando al hospital. Las horas se hacen eternas. Me duele cada puto dolor de ella, cada vez que su empapado rostro se contrae. Me siento a su lado, me meso hacia delante y hacia atrás. La beso. Aprieto sus manos mientras de fondo se oye el acelerado corazón de nuestro bebé a través del monitor. Es una agonía, larga.

Así transcurren hasta quince horas. Incluso tengo mareos. Preferiría estar en el lugar de Gisele. No soporto que sufra así y le susurro a nuestro hijo que no tarde mucho más en nacer, que su mamá lo está pasando mal, que morimos por verlo...

—Nena, ¿qué puedo hacer? —le pregunto angustiado.

—Estoy... —Aprieta los dientes— bien...

¡Mentira!

—No te haré pasar dos veces por esto —le prometo, agobiado por puro miedo, mientras seco su sudor con paños—. ¿Te duele mucho, cariño? Me muero al verte así. Golpéame si quieres, grítame. Me lo merezco.

Me dedica una mirada envenenada, retorciéndose. De pronto rompe a gritar sin consuelo. Los médicos me apartan para comprobar que todo vaya bien. ¡Es una tortura!

Estoy fatal, por momentos siento que se me va a parar el corazón.

—¿Por qué se la llevan? —vuelvo a preguntar al ver que la sacan de la habitación.

—Cielo, ha llegado el momento —me dice Karen—. Va a nacer tu bebé.

—¡Que venga Matt! —pide Gisele a gritos. No sé si seré capaz, las piernas me fallan cuando voy corriendo detrás de la camilla—. Quédate conmigo, no te vayas.

—Prométeme que todo irá bien, nena. Si te pasara algo...

—Señor Campbell, su mujer sólo va a dar a luz —me recuerda la ginecóloga.

—¡¿Sólo?! ¡La están matando!

Madre mía, madre mía. La acaricio y mientras llegamos a donde sea que la están trasladando, la animo, la acaricio, la beso. Sé que puedo agobiarla, pero necesito cuidarla.

—Gisele, vamos a empujar poco a poco —le dan la orden finalmente. Me quedo a su lado. El espacio me causa vértigo. La doctora se dirige a mí—: Ya está lista.

—¿Ahora?

—Matt... —gruñe Gisele, desesperada—, ¡cállate y que salga de una vez, joder!

—Maldita sea, no dejes que te toque nunca más. Soy un cerdo.

Se ríe y no es la única. Aprieto su mano. Gisele me araña y yo no puedo más.

—Nena, ni un hijo más... —pronuncio sin pensarlo—. Con uno basta.

—Matt... ¿y no quieres una niña?

—Gisele, por Dios, lo que te quiero es a ti pronto conmigo. —Hasta estando mal, insiste en provocarme—. No me importa si no tenemos una niña. Vamos, nena, lo estás haciendo muy bien. Sigue.

Sus gritos inundan la estancia, pero de pronto, con un llanto fuerte, él anuncia su llegada. Me dejo caer contra la frente de Gisele, sin atreverme a mirarlo aún, y la acaricio. Ha sido tan valiente... Ambos lloramos de pura felicidad. Está aquí... Es nuestro.

—Ya está, ya está. Ya ha pasado, hermosa, ya ha pasado —gimo contra su húmeda boca y me separo un poco, apenas nada para mirar hacia abajo. Sonrío llorando.

—Un niño, Matt... Nuestro Matthew.

—Nena... —Me tenso ante la idea de que se llame así.

—Ni se te ocurra negármelo, Campbell.

Entonces la doctora nos interrumpe cuando coloca al bebé en los brazos de Gisele. La imagen destroza por completo mis esquemas. No puedo creerlo. Hacen la combinación perfecta. Gisele lo acaricia muy emocionada y yo no tengo palabras para explicar el sentimiento tan grande que inunda cada uno de mis sentidos. Es mi hijo... nuestro. Hoy, 23 de marzo de 2012, nuestra felicidad es completa. Mi vida se llena de color, de otros miedos diferentes. Incluso me da pánico tocarlo, por lo pequeñito que es. Mi Matthew.

Es tan bonito como su madre. Son mi luz, la fuerza que guiará mis pasos.

—Matt... —Asiento, riendo y llorando—. Te amo, mira a nuestro hijo.

—Es el regalo más grande que me ha dado la vida y lo voy a cuidar tanto como a ti. Te quiero, nena. Estoy tan feliz... —Y añado, para calmar mi agonía—. Míralo, es igual que tú, para que al mirarlo me acuerde de ti.

Gisele lo abraza y me uno a ellos. Su olor ya me resulta familiar, mío. Su piel es tan suave... No, no puedo creer que hayamos creado algo tan especial. Siento un amor tan puro y sincero por él... Mi razón de vivir junto con Gisele, mi chica de servicio.

—Gisele —la llama la doctora—, he de llevármelo a hacerle pruebas. Recuerda que aún faltaban dos semanas, pero todo está bien —recalca cuando me altero—. No está nada mal para haberse adelantado. Dos kilos ochocientos y cuarenta y siete centímetros. Matt, vamos, ven con

nosotros y llévalo tú para que lo pueda ver la familia —me señala al bebé. ¿Seré capaz de cogerlo?— y luego le hacemos la revisión.

—Ya vuelvo, preciosa —le susurro con voz quebrada—. Gracias.

Me lo cede y, cuando lo acuno contra mi pecho, abre los ojos. Una lágrima cae en su mejilla y, mientras camino, reconozco el sollozo de Gisele ante nuestra imagen juntos.

—Bienvenido, Matthew —musito, y beso su frente con cuidado. Mi niño—. Te quiero, he esperado mucho y no te defraudaré. Te haré feliz. Te lo prometo. No permitas que nunca rompa esta promesa. Tú no eres ni serás como yo, ¿me oyes? No puedes serlo...

Desde este momento, todo queda en un segundo plano, excepto él y Gisele. Todo queda atrás... Sam, intentando dañarnos de nuevo; Amanda, que finalmente es recogida por Andy y... mis padres biológicos. Él murió y ella se quedó como un día me dejó a mí: sola... Los celos de Gisele en relación con mi exsecretaria, tras una confusión, ya han desaparecido... Los míos perduran... Y lo sé... Sé que los miedos nunca me abandonarán y que siempre siempre querré más. Lo que no imaginé y desconocía era que la vida me daría tanto...

Cinco años después... 14 de febrero de 2018

¿Por qué demonios tardan tanto en traer la cena? Desesperado, miro el teléfono, la hora, ya son las ocho de la tarde. Gisele está a punto de llegar de un nuevo reportaje y no soy capaz de poner en marcha el plan que tenía en mente. Parte de él, sí... Menos mal que Karen ha colaborado conmigo. Resoplo, caminando de un lado a otro, y marco el número de mi madre. La noche será larga, no estoy acostumbrado a tanto silencio.

Me temo que Gisele no se lo tomará bien, ya que no le he consultado, pero confío en que el motivo por el cual lo he hecho la convencerá.

—Karen —demando en cuanto descuelga, sin darle opción a hablar—. Has tardado demasiado. Dime, ¿cómo están?

—Pues, cielo, como hace cinco minutos. Las gemelas: Noelia, en mis brazos, y Esmeralda, dormida... El pequeño Scott, con los coches. —Sí, lo llamamos como mi cuñado, se lo prometí. Se lo ganó a pulso—. Y Matthew —se ríe—, con tu padre y el perro.

—Bien, ya es tarde. Sabes que están bañados y...

—Matt, cielo, disfruta de San Valentín.

Sí, ésa es la idea.

—Mañana temprano los recogeremos —le recuerdo, y añado—: Diles que los quiero; cualquier cosa...

—Disfrutad —me interrumpe con una carcajada.

Estoy a punto de sonreír hasta que veo que nada está preparado; menos mal que llaman a la puerta. Es el repartidor de uno de los restaurantes más prestigiosos de Málaga. La mirada que le echo al chico debe de ser espantosa, porque incluso da un paso atrás.

Yo, en vez de relajar la situación, mascullo:

—Para la próxima no quiero impuntualidades.

—Lo sentimos... señor.

Tal y como cierro, salgo al jardín, donde he decidido sorprenderla. Para recordarle un poco nuestros inicios, he dejado cerca un delantal, una cofia y unos guantes... Sobre la mesa he colocado unos pétalos de rosas y unas velas con forma de corazón que no pudimos utilizar en

otra señalada ocasión. Aunque aquél fue uno de los peores días que viví sin ella, hoy me siento preparado para enfrentarlo y demostrar que hemos podido. En nuestro refugio.

Creo que no me olvido de ningún detalle.

Estoy nervioso, idiotamente nervioso.

—¡Ya estoy en casa!

El grito de Gisele me arranca una sonrisa.

En vez de salir a recibirla, ya que sabe que hoy pensaba salir antes del trabajo, me quedo en el jardín, apoyado contra la pared y los brazos cruzados sobre el pecho. Hace frío en Málaga en febrero; sin embargo, estamos protegidos, debido a que he cubierto la zona.

Cuando Gisele asoma la cabeza, se pone las manos en la boca. Su evidente sorpresa me gusta, toda ella me encanta. Lo que no espero es que, con ese brillo tan especial al descubrir mi sorpresa, dé unos pasos, dejándose ver completamente. Lleva un vestido corto, rojo, con una chaqueta negra a juego con los tacones, el cabello suelto, ondulado, y un maquillaje ligero que hace resaltar sus perfectas facciones por mérito propio.

—¿Has posado así? —La señalo de arriba abajo.

—Matt —gimotea y, por fin, se lanza a mis brazos. La estrecho como si no lo hubiera hecho en mucho tiempo. Es mi razón de existir—. Oh, es precioso.

Se separa unos centímetros y me acuna la cara, mirándome a los ojos, callada, diciendo todas esas palabras que cada día repite. Está emocionada. Es maravillosa. No quiero ni pensar en el reportaje... Por cierto, no me dice nada de éste y me pongo un poco celoso.

—Yo te tengo algo —susurra melosa—, para luego.

—Cállate —gruño, rozando sus labios—. Dime cosas.

Sabe qué le estoy pidiendo, me conoce.

Me rodea el cuello con ambas manos y se ciñe más a mí, de modo que mi erección crece en un segundo contra su muslo. Me sonríe. Le muerdo el labio, algo furioso pero muy cariñoso.

—Todo muy bien, te tengo buenas noticias. —Me besa—. Sólo había chicas, menos el maquillador.

—Bien, muy bien.

—Voy a ver a los peques —murmura, retirándose. La atraigo hacia mí—. Humm, Matt...

—No están.

—¿Cómo que...? —Silencio su boca con mi dedo, besándole el mentón, la mejilla, deteniéndome en el lóbulo de la oreja—. Necesitaba pasar contigo esta noche, solos, sin interrupciones. Estoy hambriento, cariño.

—Estás loco —dice sin respiración.

Se encoge y arquea el cuello.

—¿Me perdonas?

—Sólo por hoy —accede y me acaricia los brazos—. Mañana...

—... temprano iremos por ellos —acabo la frase—. Y por *Tomy*.

—¿Has mandado también al perro?

No puede evitar soltar una carcajada que rompe nuestro erótico momento.

Acabo riéndome con ella. Luego beso su nariz y le cojo la mano, conduciéndola hasta nuestra velada. Me desquicia su intenso suspiro, ese que me da la clave para saber cuánto le gusta mi sorpresa. Quisiera no cenar y besarla, abrazarla y hacerle el amor hasta que me pidiera que parara.

—Es fantástico, Matt —susurra. No puedo creerlo, ¿sonrojada? Me cuesta respirar cuando

ocupo mi sitio, en una silla que nunca se usó en un San Valentín muy diferente—. Yo...

—Chist —le pido, sirviéndole vino—. Un brindis por ti, por ellos y por mí.

Pestañea ligeramente, sacando a la descarada que lleva dentro.

—Te amo, Matt —musita al chocar nuestras copas.

—Yo más, cariño. Siempre más.

Acerco nuestros asientos, levanto su mentón y pruebo el vino de sus labios. Mi eterna adicción. Al separarme, la miro, una y otra vez, porque, a pesar del tiempo que llevamos juntos, me siento como el primer día que reconocí que no podía vivir sin ella: afortunado.

—Cena. —Empujo el plato hacia ella.

Gisele, como pocas veces, me obedece. Su ceño se frunce cuando pongo música, una canción muy significativa para mí en un día como hoy. La escuché en su ausencia cuando no llegó nunca a la cita. La veo tragar despacio, sin dejar de mirarme. Me acaricia con su pulgar la comisura de los labios. Me aferro a su mano, ante la nostalgia de esta canción que oí aquel día cuando pedía a gritos «¡quédate...!», pero no estaba. Hoy es un San Valentín especial, porque puedo echar la mirada atrás sin que me duela que aquella vez no lo pudiéramos celebrar como esperaba... porque, gracias a ese tiempo que nos dimos, ambos tomamos conciencia de que no podíamos seguir así, y nos rendimos para no fallarnos más. No resultó fácil aceptarlo, pero ¿quién dijo que la vida lo fuera?

Le sonrío y, con un nudo en la garganta, susurro:

—Hoy en esta casa, el refugio, no falta ruido: el de tu risa, el de sus llantos, el de vuestra presencia, que es mi alegría al llegar y encontraros aquí. Hoy quiero que escuchemos esta canción que tiene otro sentido, porque no me falta el ruido, ya no, nena.

—Ahora nos sobra —comenta con un hilo de voz, besando mis nudillos.

—Quiero más, Gisele.

—Todo lo que quieras, mi bipolar.

Riéndonos, nos besamos, con la melodía marcando el ritmo de nuestras bocas ansiosas unidas, de nuestros alientos entrelazados, con mis manos atadas a su pelo, profundizando cada muestra de amor que, apasionados, nos regalamos.

—Y ya tengo mis motivos para seguir —gruño, prosiguiendo contra su boca, atrapándola más fuerte por la nuca para que no se me escape—. Tú me diste uno y mil motivos, pero, sobre todo, cuatro, los cuatro más importantes junto a ti.

Me acaricia la mejilla con la mirada cristalizada.

—Me harás llorar, Campbell.

—Sí. —Le muerdo el labio—. Esta noche te haré llorar porque no pararé hasta que grites que me detenga.

—Eso no sucederá, lo quiero duro.

—Come rápido —le advierto.

Cómplices, cenamos. Hacemos un balance del día, como solemos hacer cada noche durante la cena. No puedo evitar estar pensativo al mirarla; sé que se pregunta dónde está mi mente, pero sólo la ocupan ellos, ella. Al acabar, me pide con una pícara sonrisa que subamos a la habitación, en la cual no me da tregua, algo que amo de ella. Adoro su frescura, su travesura. Me lanza contra la cama y me arranco la camisa, enloquecido..., hambriento de toda ella.

—¿Me vas a contar qué pensabas? —reclama sin poder aguantarse.

Lo intuía y se lo hago saber guiñándole un ojo.

—Estaba haciendo memoria de lo que nos ha sucedido —extiendo mi mano, pidiendo que se

una a mí—, recordando cada momento que me has dado, sintiendo que, por días o meses que pasen, el amor que siento por ti va creciendo y creciendo. Te sigo amando tanto que duele.

—¡Oh!

Salta a la cama, cayendo contra mí. ¡Joder!

—Estoy muy orgullosa de ti, de lo que has conseguido y dejado atrás. Eres mi romántico no reconocido, mi esposo celoso pero cauto, mi amante caliente y duro en la cama y el padre más atento y protector del mundo, ¿puedo pedirle más a la vida? —Sonríe enmarcando mi rostro, derrochando amor en sus ojos—. Bipolar, sí, ¿y qué? Pero mío. —¡Joder, joder!, cómo me enciende—. Te amo, Campbell; no te perdonaré no haber necesitado antes a una chica de servicio.

Desesperado, busco sus labios, saboreándolos, lamiéndolos. La temperatura empieza a subir, mis gruñidos van en aumento, sus jadeos se pierden en la profundidad de mi boca.

—No pude necesitarla antes —murmuro, mirándola a los ojos—. Yo no quería a cualquier chica de servicio... Te esperaba a ti, a la mujer que cambiaría mi vida, la que me enseñaría qué es el amor... La que llenó un vacío inmenso, la que curó una herida profunda. Nena, eras tú, siempre has sido tú. Aquella mujer que era la chica de servicio... hoy es *mi chica de servicio*. Sin saber por qué, esperé por ti.

—Tan romántico... Recuerdo cuando odiabas esa palabra. O cuando me dijiste que no escucharía muy a menudo un «te amo», y ahora lo hago cada día —se regodea, traviesa—. Te amaré siempre, Campbell, con todas tus virtudes y defectos..., con esa bipolaridad que no todo el mundo entiende. Siempre.

—Yo más, nena, yo siempre te amaré más. Cada día, cada hora y segundo serán para vosotros. Eres mi vida. Sois mi vida.

Con una sonrisa hermosa, se levanta y se pierde en el baño... La espero impaciente, porque en su mirada hay una clara promesa, así como en sus andares, que desprenden sensualidad. Me acomodo con las manos detrás de la cabeza, inquieto. Atrevida, se asoma con el conjunto de chica de servicio que usó tiempo atrás; transparencias, dejando nada a la imaginación. Zarandea su cuerpo y mi respiración se altera, mi pecho sube y baja.

—¿Te gusta?

—No quedará un trozo de tela —le advierto con un gruñido, llamándola con el dedo—. Te voy a tomar hasta la saciedad y, luego, te haré el amor... Lo quiero todo de ti y, sí, te miro y mi corazón estalla al pensar que esta mujer es mía.

Su boca dibuja una «o», pero pronto se le pasa la sorpresa y gatea con atrevimiento; ya estoy excitado sin haberme tocado.

—Humm, si te portas bien... —Se suelta el cabello y zarandea las caderas—, hoy seré tu esclava sexual, te complaceré hasta dejarte exhausto.

—Nena, satisfecho siempre. Saciado nunca.

Con sensualidad, se mete un dedo en la boca, comportándose como una chica mala. Suspiro y maldigo, ¡si es que me enloquece con un puto gesto!

—¿Desea algo más, señor? —coquetea; recuerda la frase que marcó un antes y un después en nuestra vida... en aquel despacho, cuando la vi y me impactó por primera vez.

—Humm, quizá. ¿Qué me ofrece? —Continúo con su juego, con la frase con la que ella misma me sorprendió.

Se detiene a escasos centímetros de mí, permitiendo que deslice mi pie derecho por su sexo. Al estar de rodillas, me permite el acceso.

Gruño; está mojada, mucho.

—Esta vez, te ofrezco lo que quieras. No me resisto; soy tuya, recuérdalo. —Se tumba sobre mi cuerpo y, frenético, la sostengo de las caderas, sigo por el trasero y bloqueo su provocación. ¡No tiene ni puta idea de cuánto la deseo!—. Pide, será para siempre.

—Para siempre —prometo, rozando mis labios con los suyos—. Ya sé lo que quiero: que me ames para toda la vida, sin límites, de una forma que siga doliendo; que me ames como yo a ti, de una manera desesperada... queriendo más, siempre más, mucho más.

—Tus deseos son órdenes, Campbell. Deja que te lo demuestre yo esta vez. —Se planta en el centro del colchón de rodillas y, perversa, sonríe con este juego tan interesante. Lo ambiciono todo de ella—. Lo quiero ahora mismo desnudo sobre mi cama, voy a hacerle el amor por insolente.

Me recuerda aquellas palabras que le solté... pero las suyas son menos bruscas. La atraigo hasta mí y la atrapo con las piernas, rasgando con posesión el sugerente picardía, reclamándola como mía.

—Me amas y te amo —suspira melosa.

—Siempre, Gisele, siempre. Nunca dudes de lo mucho que te quiero, sin reservas, sin control..., con desesperación, con aquella pasión insaciable que nos consumió desde la primera vez que nos tocamos.

La beso y ella gime contra mis labios, seductora.

Cierra los ojos y cambia de posición, echando la cabeza hacia atrás. Introduzco la mano, envuelto en su sensualidad, y aparto su braguita, posicionándome en su entrada. Lo hago con los dientes apretados, invadiéndola. Primero soy suave, voy lentamente; luego, al ver sus contraídas facciones, potente, me clavo hasta llegar a su interior. Grita mi nombre, me araña los hombros. Yo, con desespero, reclamo su boca.

—Dios, nena, Dios. Háblame.

—Te amo, te amo... y te amo.

Más movimiento, ahora lento. Sus caderas son pura sensualidad al contonearse. Mis manos se llenan de su redondo trasero, con los músculos de todo mi cuerpo tensos. Su sexo arde, caliente... echando fuego; el mío intenta apagar las llamas.

—Más, dímelo más —imploro, colocándome a su altura.

Le beso el lóbulo de la oreja, bajo a su cuello; se arquea dándome acceso a él, también a sus pechos... ofreciéndome su cuerpo. ¡Joder, es perfecta!

—Que te amo... ¡Te amo!

Pierdo el control, la aferro por la cintura y la obligo a que me cabalgue con soltura, a que me permita resbalarme en su cavidad. Dentro, fuera, rozándonos, besándonos. Es intenso, soy duro. Soy yo sin parar, sin detenerme. Y tras dos embestidas más, introduzco un dedo y la obligo a que alcance el orgasmo. Se arquea toda, mostrándome lo mejor de ella mientras se desintegra en mil pedazos. Segundos más tarde, pierdo la cordura y me uno a su locura, corriéndome totalmente satisfecho... sin saciarme.

—Joder, nena —gimo entre temblores—. Joder, ¡más!

Asiente, tragando. Risueña, se deja caer contra mi cuerpo, tirándonos a los dos hacia atrás. Levanta el mentón en busca de aire, sonriéndome. Está preciosa, colorada tras el sexo.

—Toc, toc —murmura dando golpecitos en mi corazón, cariñosa—. Señor Campbell, ¿alguien habita ahí?

—Sí, señorita Stone —respondo buscando su mirada gris cautivadora. Ella se pierde en la

profundidad de la mía. Me impacta su belleza—. Tú... Siempre tú, nena. Mi corazón es tuyo, lo sabes, de la chica de servicio..., mi chica de servicio.

Se deja caer contra mi frente y luego fricciona nuestros labios repetidas veces, calentándome.

—Feliz San Valentín, mi bipolar. —Y, suspirando, musita—: Lo estás haciendo muy bien, no flaquees. Háblame siempre a tiempo como hasta ahora, porque te necesitamos.

—Nunca os fallaré —aseguro con vehemencia—. Te lo prometo.

Epílogo

23 de marzo de 2018

Hoy siento que estoy rompiendo la promesa, que les estoy fallando, y no lo esperaba.

«¿Y, cuando crezca, podré tomarlas? De mayor quiero ser como tú.»

¡Nunca quiero que tenga que tomarlas! Todo ha sucedido tan rápido que temo que esta vez sea demasiado tarde cuando hable con Gisele.

Hoy Matthew ha cumplido cinco años y, justo antes de llevarlo a dormir, me he tomado las pastillas en mi habitación sin saber que estaba presente; he ido al baño y, al salir, él se encontraba allí... Tenía varias pastillas en la mano, a punto de ingerirlas. Se las he arrebatado de un manotazo y luego lo he abrazado. Al apartarse, me he topado con esos ojos verdes, curiosos, haciéndome la pregunta. Me admira..., pero no es suficiente..., no para un enfermo como yo.

¡Lo he puesto en peligro! Su pequeña vida en riesgo por mi descuido...

Lanzo todos los escritos al aire y doy un golpe seco en la mesa. El despacho está insonorizado en nuestra casa también, de modo que nadie puede oír lo que sucede aquí dentro. Entonces, y tan furioso como hace mucho que no lo estoy, vuelco el escritorio. Vacío las estanterías que me rodean y, sin querer, tiro una fotografía en la que está la familia que Gisele y yo hemos creado. Me agacho, acariciando el cristal hecho pedazos.

En la imagen tengo en mis rodillas a las gemelas, que en poco más de un mes cumplirán cuatro años... Ambas sonríen, se parecen mucho a Gisele. Noelia es más revoltosa, tiene el carácter de su madre... Esmeralda es muy tranquila, tierna, lo opuesto a su hermana. El pequeño Scott, que es una mezcla de los dos, está en sus brazos; con tan sólo algo más de dos años, es muy despierto... Y Matthew está situado en medio, de pie entre Gisele y yo, aferrado a nosotros..., protector como de costumbre...

Es idéntico a mí físicamente. Y se llama Matthew.

Es una fotografía de ayer, cuando fuimos a comprar los últimos preparativos para su fiesta de cumpleaños y nos sentamos en un banco del centro comercial.

Aplasto los cristales entre mis dedos, cortándome, pero no me importa.

Matthew es muy nervioso, impaciente, siempre unido a nosotros, tan protector con sus hermanos como yo con ellos, y el hecho de que su carácter se parezca al mío siempre me ha provocado muchos miedos. Es verlo y recordarme de pequeño, por lo que es mi consentido... No me he permitido que le falte nunca nada; sin embargo, tras su pregunta, el mundo se me ha venido encima. ¡¿Y si es como yo?! ¡¿Cómo lo salvo de mí?!

¡Soy una mala influencia!

Acaricio la foto y la aprieto contra mi pecho.

¿Por qué ha tenido que verme?

¿Por qué quería imitarme?

Podría haberle ocurrido algo...

Hoy es la primera vez que vuelven a sangrarme las manos después de años, la primera que tengo un arrebato como éste. La última se produjo hace algo más de dos años, al descubrir el pasado completo de mi hermana Roxanne... Estuve un día fuera de casa y recapacité enseguida. No obstante, y aunque los puños me picaban, lo único que golpeé con rabia fue el colchón, una y otra vez, mientras gritaba de impotencia al volverme a sentir así.

Dejo la foto sobre la estantería y voy al baño; me enjuago las manos hasta que están completamente limpias, hasta que no hay sangre, aunque sí heridas... Me asomo al pasillo, a la primera habitación, la que comparten las gemelas; duermen plácidamente una junto a la otra, se buscan... En la contigua están Scott y Matthew, que casi lo arropa con su cuerpo. Mi pequeño... ¡No puedes ser como yo!

Desesperado, cruzo hasta entrar en la habitación donde Gisele duerme, la nuestra. Está boca arriba, cubierta con la sábana hasta la cintura. Lleva uno de los camisones que tanto me gustan..., de seda, blanco. Me desnudo, quedándome únicamente con los bóxers, y entro junto a ella. Le acaricio la mejilla, sintiéndome culpable por lo que acabo de hacer en mi despacho, que he dejado cerrado con llave. ¡¿Cómo le explico que acabo de fallarle, que he roto nuestra promesa, que casi pongo en peligro la vida de nuestro hijo...?!

—Nena —susurro zarandeándola—. Nena, tenemos que hablar. Escúchame.

Abre los ojos y, al encontrarme tan cerca, me atrae hacia ella por la nuca. Me resisto, intento echarme hacia atrás. Ella sonríe, matándome lentamente.

No merezco hacerle el amor, no hoy.

—Campbell, ¿has terminado de trabajar y estás juguetón?

—Tenemos que hablar...

—Me temo que sí —ronronea cerca de mi boca—. Es una buena forma de empezar.

—Gisele...

—Todos duermen, chist.

Me muerde los labios y se inclina un poco para despojarse del camisón. Maldición, no. Trago e intento levantarme de la cama, pero Gisele me sujeta del brazo y me empuja hasta que estoy tumbado sobre el colchón. No me controlo, la encuentro encima de mí, metiendo la mano en los bóxers para agarrar con firmeza mi miembro, y me rindo. Me puede, aunque hoy no quisiera hacerle el amor, pues estoy demasiado furioso conmigo mismo, decepcionado... y sé que ella también lo estaría... incluso se distanciaría...

Gisele empieza a bajar poco a poco y, con la respiración acelerada, entro en su interior. Dios, la aferro por la cintura y la obligo a moverse salvajemente hacia delante y hacia atrás. Sus ojos me buscan, los míos la rehúyen, cerrándose mientras muero de placer con sus sensuales contoneos. Deslizo las manos por su piel y subo hasta sus pechos; ella se arquea hacia atrás y entonces la contemplo. Su cabeza también cae hacia atrás, gimiendo muy bajito al tiempo que se balancea en círculos. Pellizco sus pechos, los masajeo. La curva de su espalda se pronuncia hasta que enloquezco y, de un brusco movimiento, la tengo debajo de mí. Ella me acuna la cara, acelerada, y la beso; no quiero ver su mirada.

No quiero que perciba mi dolor ante una posible recaída, ante mi culpabilidad. Ella me recibe con agonía, levantando las caderas hasta salir a mi encuentro. Yo empujo y salgo, entro y retrocedo, sintiendo cómo sus uñas se clavan en mi espalda a medida que la embisto una y otra vez sin ninguna delicadeza, dejándome llevar por la locura.

Advierto que se contrae, que está a punto de llegar al orgasmo, y arremeto con desesperación,

dentro, muy dentro. Incluso se queja, pero no puedo detenerme. Soy salvaje, primitivo. Aprisiono sus labios entre los míos, lamiéndolos con fiereza hasta que el placer más abrumador me golpea. Me corro al sentir su calidez, al percibir cómo se rompe aguantando los gritos, que se pierden en la profundidad de mi garganta.

Entre espasmos, caigo contra su pecho, agotado por la pasión, estremecido por el silencio.

—Matt —jadea aceleradamente, acariciándome el cabello—. ¿Estás b-bien?

—Sí... hoy te necesitaba así.

—Ah. —Percibo que se ríe, su cuerpo todavía convulsiona mientras el mío tiembla, y no sólo por el orgasmo compartido—. No sabía que estabas tan hambriento. Por un momento me has asustado, Campbell. Pero ya veo... satisfecho siempre, saciado...

—... nunca... Buenas noches, nena.

—Y tan buenas. —Ríe de nuevo y me abraza con fuerza, hundiendo los dedos en mi pelo, acariciándome, mimándome como de costumbre. La culpa me aplasta—. Te amo.

—Yo más, siempre más.

—Lo sé —musita, y su corazón se acelera—. Y tuya, siempre tuya.

—Sí...

Recuerdo con amargura la noche que pronuncié sin temores «mía»... Hoy puedo decir esta palabra sin volverme loco; siempre mía.

¿Qué dirá Carlos de todo esto? Cada vez nos vemos menos... pues con la medicación estoy estable y, esporádicamente, continúo con las terapias. ¿Estoy retrocediendo?

¡No puede ser!

Cierro los ojos, con la seguridad de que no podré dormir.

—Matt. —Es la voz de Gisele. Repentinamente la luz entra en la habitación—. Matt, despierta. He de salir. Noa se ha puesto de parto.

Trago, abriendo los ojos. Ella está subiendo la persiana y sonríe muy contenta y activa. Enseguida escondo bajo las sábanas mis dedos antes de que los vea.

—Tu padre se va a quedar con Jazz —añade risueña—; Scott, con la pequeña Karina, para que tu hermana, tu madre y yo podamos ir junto a Noa y Eric.

—Espera, no puedes...

—Claro que puedo, Campbell: es sábado y no trabajamos. ¡Te amo!

Me da un fugaz beso y, desde la puerta, se pone los dedos en los labios.

—Chist... sorprendentemente, todavía duermen. Te quiero, mi señor Campbell.

—Gisele...

Me incorporo corriendo y salgo detrás de ella, pero entonces recuerdo que verá las heridas de mis manos. ¡Maldita sea todo! Apoyo la espalda contra la pared del pasillo, agobiado. La imagen de Matthew enseguida regresa para atormentarme, por lo que decido que hoy no me tomaré la pastilla. ¡No volverá a presenciar algo así! No las volverá a ver...

Entro de nuevo en mi habitación y, enloquecido, saco toda la ropa del armario, lo desarmo, buscando algunas mudas para preparar un viaje que sea exprés. Necesito salir de aquí antes de que sea demasiado tarde. Son apenas las ocho de la mañana...

Llamaré a Scott para que se quede con los niños además de la suya y me encargaré de que Gisele lo sepa cuando Noa ya haya traído al mundo a mi próximo sobrino. Me pongo un pantalón y descargo mi furia con la ropa, lanzando las prendas de un lado a otro. Odio tener que irme de casa, dejarlos por unos días... Espero que sean pocos. ¿Qué pensará Gisele?

Le prometí que nuestros hijos jamás presenciarían... que estarían a salvo...

—Papi, ¿qué haces? —Aprieto la mandíbula, sin atreverme a mirar hacia atrás. Es Matthew —. Papi, ¿te ayudo? ¿Cómo se ha caído todo?

—No, no te preocupes; ve con tu hermano.

—No, quiero estar contigo. ¿Y mami?

Advierto sus pasitos acercándose a mí. Se me parte el alma... ¡¿Cómo le estoy haciendo esto?! Descanso la frente contra la puerta abierta del armario, negando, frustrado.

—¿Te duele la cabeza? —insiste él con ese tono tan curioso—. ¡Papi, ya sé! Tómate una pastilla. —Me zarandea del pantalón, llamando mi atención—. ¡Campbell!

Casi quiero reír..., está enfadado. Ha copiado esa costumbre de Gisele.

—Matthew, yo...

—¡Papi, haz caso!

Debido a su grito, oigo un llanto de fondo y algunos cuchicheos. Ha despertado al resto... La cabeza me empieza a doler de verdad. Tengo la sensación de que me estalla. No estoy preparado para quedarme solo con los cuatro en un día como hoy, en el que me ahoga estar encerrado. Normalmente lo hago, pero hoy... quizá esté recayendo.

—Mami, mami... *Oelia* me ha... ¿mami?

Me armo de valor y miro hacia atrás. Cuatro pares de ojos me observan con atención, aunque enseguida Noelia se pone a jugar con la ropa extendida por el suelo y el pequeño Scott se agarra a la mano de Matthew, que me espera impaciente.

Esmeralda parece estar sorprendida con el desorden, aunque hace un puchero y me temo que tiene que ver con su queja interrumpida sobre algo que tiene que ver con su hermana, además de no encontrarse con Gisele... está muy unida a ella.

—Tengo que hacer una llamada —murmuro, desviando la mirada—. El tío Scott vendrá a quedarse con vosotros. Mamá ha tenido que salir con Noa y yo he de...

—¿Te has hecho pupa, papi? —Matthew se acerca corriendo, tirando de su hermano, y trata de alcanzar mis manos. Las escondo detrás de mi espalda, maldiciéndome interiormente. No podré con esto, solo no. ¡Me siento un inútil, joder!—. A ver, papi. A ver...

No sé qué responderle y tampoco quiero que me las vea. Él me observa con la curiosidad marcada en sus inocentes facciones. El pequeño Scott se aferra a mi pierna y Esmeralda se pone a llorar. Noelia, al verla, va corriendo a consolarla. No pueden estar juntas, aunque tampoco separadas. Y yo no sé cómo actuar. Las preguntas de Matthew me atormentan. Su imagen con las pastillas cerca de la boca...

—¡Basta! —se me escapa, sin ser consciente de que grito mucho. El silencio se cierne sobre nosotros. No, no puede ser. Mis pequeños... Jamás olvidaré sus rostros asustados ante mi actitud. No me lo perdonaré si no elimino pronto esa sensación, esa impresión—. Lo siento, chicos, lo siento. Venid con papá, me dolía la garganta y por eso he...

—¿La garganta también, papi? —susurra Matthew.

—Sí, pequeño. ¿Venís?

Me agacho y abro los brazos. Todos me miran, pero no dudan en refugiarse en ellos, pegados a mí. Dios, suspiro conmocionado por cómo han reaccionado. Los huelo, recordando lo mucho que me tranquiliza ese olor a inocencia, y los acaricio con desesperación. Tengo una sensación tan amarga... Me siento perdido y no puedo acudir a Gisele.

Los ojos me escuecen. ¿Soy un buen padre?

—Noelia, sé buena; papá hoy está enfermo —le advierte Matthew.

«Hoy y siempre, pequeño.»

—¿Tenéis hambre? —les pregunto al oído—. Papá va a preparar algo delicioso.

—Pero si tienes pupa en las manos —me recuerda Matthew.

—Ahora hablamos sobre eso, ¿de acuerdo?

Se retira y, no muy convencido, asiente.

—De acuerdo —murmuro tratando de mantener la calma—. Ahora vamos a ir al baño, cambiaremos el pañal de Scott e iremos abajo poco a poco. Le serviremos la comida a *Tomy* y, mientras papá hace el desayuno, jugaréis todos juntos, ¿entendido?

Noelia sale a correr en desacuerdo, Esmeralda llora por Gisele y el pequeño Scott, porque quiere que lo coja en brazos. Matthew enseguida se va y vuelve con el pañal para su hermano... Le sonrío muy nervioso. Él se coloca a mi lado. ¿Será posible que me entienda? ¿Por qué tendría que hacerlo? Él no es como yo, es responsable y... ¡yo lo era!

«Porque te viste obligado a serlo.» Hay una diferencia, ¡claro que la hay!

Recapacito, me recuerdo que estoy solo con ellos y empiezo a hacer justo lo que les he propuesto. No es fácil, Noelia no se deja dominar y Scott empieza a seguir los pasos de su traviesa hermana. Aun así, consigo bajarlos a todos a la primera planta.

Les saco los juguetes a la sala y voy a la cocina. En realidad no sé qué hacerles. Las manos no sólo las tengo heridas, el temblor en ellas es evidente... Saco la leche de la nevera y preparo tres cuencos con un poco de cereales especiales para ellos. Al pequeño Scott, su biberón de cacao. Luego voy hacia la sala, acomodo la pequeña mesa que tenemos a la altura de ellos. Entonces los llamo. Noelia y Esmeralda vienen de la mano de Matthew.

—Coméoslo todo para haceros grandes —los animo sonriendo.

—¿Como tú, papi? —recalca mi primogénito—. Yo quiero ser fuerte como tú.

—Lo serás incluso más, campeón.

Él empieza a saltar, emocionado. Entonces voy al lado de Scott y me siento en el sofá con él encima para darle su biberón, odia tomarlo solo aún. Mientras bebe, se toca el pelo, por lo que entiendo que tiene sueño todavía y empiezo a acariciarle el cabello también, contemplando cómo me mira y sonríe ante mi tierno gesto. El último en llegar a la familia... no lo esperábamos y se presentó. Es muy amado, tanto como sus hermanos. Tiene pasión por Matthew y adora a Gisele. Es cariñoso, delicado.

—¿Está bueno? —le pregunto sin abandonar las caricias.

—*Shi.*

—Mamá vendrá pronto —le comento mientras me agarra un dedo y juguetea con él. Sus ojos poco a poco se van cerrando, pero cuando le aparto el biberón porque se lo ha acabado, se desvela. Lo acurruco contra mi pecho y lo mezo un poco. Me toca el pelo para poder conciliar el sueño. Se lo permito, por ellos haría cualquier cosa—. Chist.

Despacio, su respiración se torna más lenta. Lo observo en silencio; se ha quedado dormido. Es tan guapo. Es una mezcla de Gisele y yo, pero sin duda se tiene que parecer más a su madre para ser tan perfecto. De pequeño era más similar a mí... pero ha cambiado. Beso su frente, le hago arrumacos. Entonces siento que alguien se acerca mientras Noelia corretea por la sala y Matthew trata de controlarla... Mi adorable Esmeralda me reclama.

—Ven aquí. —Le hago un hueco en mis brazos también—. Echas de menos a mamá.

—*Quielo* que venga, papi.

—No tardará, princesa.

Se sienta en mi regazo, acurrucándose en mi cuello. Su aliento me hace cosquillas y me recuerda tanto a Gisele cuando se aferra a mi pecho... que por un momento se me olvida lo

ocurrido ayer, hasta que Matthew juega con su hermana e insiste en darle una pastilla imaginaria. Se me parte el corazón al recordarlo ante su inofensivo juego.

—Esmeralda, ¿quieres a papá aunque sea un poquito? —le pregunto conmocionado, con nostalgia, mientras beso su frente—. Sé que adoras a mamá, ¿a mí me quieres?

—*¡Ucho!* —afirma abriendo los brazos de par en par—. Así de *gande*.

—Es muchísimo, cariño. Yo más.

La pequeña se ríe y se queda tumbada en mi pecho. Apenas puedo moverme... Entonces Noelia, que parecía estar distraída, me mira. Frunce el ceño, marcándosele esos ojos tan grises como los de Gisele, y viene corriendo. Es preciosa.

—¡Papá, *io*!

—Claro que sí, mi vida.

Salta encima de sus hermanos, sobresaltando a ambos, aunque, no sé cómo lo consigo, pero los arropo a los tres. Noelia está en medio, posesiva, siempre celosa de todos los que se me acercan. Se me escapa una sonrisa ante la imagen. Estoy aplastado por tres pequeños seres que no han descansado lo suficiente al haber sido desvelados hace un par de horas por el grito de Matthew. Éste juega con *Tomy* hasta que lo llamo siseando.

Se vuelve hacia mí y se pone la mano en la cabeza. Es tan especial...

—Te va a doler el cuerpo también, papi —me dice, cruzándose de brazos—. ¿Quieres una pastilla? ¿Te la traigo?

—Nunca más vuelvas a coger una, ¿me oyes? —le advierto muy bajito, por lo que no parece que lo regaño, compungido ante la idea de que suba a la habitación. Aunque ya no las encontraría—. Es sólo para mayores y cuando es necesario. Tú no tendrás que tomarlas.

—¿Nunca, papá?

—Nunca, y serás igual de fuerte y grande, ¿de acuerdo?

—¿Tú crees? —pregunta pensativo.

—Claro que sí. ¿Confías en papá?

—Mamá siempre me dice que lo haga —responde acercándose con cara de estar contando un secreto muy valioso. Es muy expresivo. Me sorprende su confesión—. Y yo la obedezco, papi. También dice que me parezco a ti, que soy muy guapo.

—Lo eres, mi hombrecito. —Gisele, siempre tan descarada—. ¿Y de qué más habláis?

—Pues de que de mayor quiero ser como tú y que me llamen Campbell.

—¿Y eso por qué? —Se detiene enfrente y me acaricia las manos con las que rodeo a sus hermanos. Arrugo el rostro ante el dolor que me provoca que vea mis heridas—. Matthew, quiero que siempre seas tú mismo. Eres único y nosotros te adoramos así.

—Pero yo te quiero mucho, papi, y me gusta cómo eres.

—No me digas eso... —le suplico, y entrelazo nuestros dedos—. Tú...

—Eres el mejor del mundo y yo también lo seré.

Su adoración por mí me conmueve hasta el punto de darme cuenta de dónde estoy y cómo. Hay paz en mi interior a pesar de lo sucedido, sin necesidad de huir. Ellos son el motor de mi vida y hoy me han demostrado que también la «calma» a mi enfermedad. Sonrío al ser consciente de ello, de mi cambio con respecto a anoche, de mi optimismo.

El amor de mis hijos es mi fuerza y hoy me han dado una gran lección.

—Tú ya eres el mejor —cuchicheo muy bajito. Él asiente como si mi verdad fuera absoluta. No puedo amarlo más—. ¿Harás caso de lo que te he dicho sobre las pastillas?

—Sí, y cuidaré para que Noelia no las encuentre. Ella es muy traviesa, papi.

—Bueno, pero tiene a su hermano que siempre la va a proteger, ¿verdad?

—¿Como tú a mamá y a nosotros, papi?

—Igual, cariño. Igual. —Tengo una congoja en la garganta que apenas me permite tragar. Es tan pequeño e inteligente que me impresiona lo observador que es—. Ven.

—Si no hay hueco, Campbell —comenta exasperado, haciéndome reír—. ¿Y cuándo me vas a contar cómo te has hecho pupa?

—En cuanto al hueco, yo te hago uno. Y las heridas... —me invento algo rápido—, me he caído y, al poner los puños... me los he lastimado. ¿Contento con la explicación?

—Sí, papi. ¿Ves? Estás tan fuerte que habrás partido el suelo con las manos de hierro.

—Eso será...

Cuántas cosas aprende de Gisele, y no me extraña. Es la mejor madre que podrían tener, entregada y enamorada de nuestra familia, como yo... Hacemos un gran equipo... juntos... aquí, en el refugio, donde la noche de bodas pensé que veríamos crecer a nuestra familia... ¡y tanto sí ha crecido...! Abrazo a los cuatro y cierro los ojos. Ellos, mi mejor medicina, los que ayudan a cicatrizar mis esporádicas heridas.

Oigo un ruido; es la puerta. Aparece Scott, con Karina en el carrito, dormida también. Es hija suya y de mi hermana Roxanne, y acaba de cumplir dos añitos... El imbécil de Scott suelta una carcajada silenciosa al ver cómo me encuentro y termino acompañándolo, contagiado por la felicidad que me produce la imagen de mis hijos sobre mí.

—¿Te ayudo? —me pregunta, y asiento—. Campbell, antes déjame que te fotografíe y se lo envíe a mi hermana, te aseguro que le encantará.

—Venga, va, pero sólo por ella.

Scott saca el teléfono y hace la foto. Antes de enviarla, le pido que me la enseñe.

Tiene razón, no tiene desperdicio. La puta emoción embarga mi pecho. A mi derecha está Esmeralda, que continúa aferrada a mi pecho con su suave manita. A su lado, Noelia, que me agarra de la nuca como si me fuese a escapar. Después está Matthew, encogido entre sus hermanos para darles espacio y cogido de mi mano... y a la izquierda, el pequeño Scott, todavía con sus dedos enredados en mi cabello.

Miro a mi cuñado y asiento para que se la envíe a Gisele. Apenas puedo hablar. Tengo un nudo en la garganta que no me lo permite. ¿Quién me hubiese dicho a mí que crearíamos esta maravillosa familia? Gisele me ha dado todo lo que le pedí y más, y no se merece que la defraude, de modo que le pido ayuda a su hermano con los pequeños de la casa y los vamos acostando uno a uno en el sofá, hamacas y sillitas de paseo. Una vez que acabamos, beso la frente de cada uno de ellos..., mis valientes, derrochando todo ese amor que algún día entenderán que siento por ellos. Todavía son pequeños... y, aun así, lo perciben, lo percibo.

Antes de subir me asomo al cochecito para ver a Karina... Está preciosa, rubia como sus padres y con una piel tan blanquita que apetece morderla. Scott sonríe orgulloso de ella, y no me extraña. Enseguida a mi mente acude Jazz; ya tiene seis años y se queda en casa todos los fines de semana. Suele decir que soy su tío favorito y yo hago todo lo posible porque no me quiten ese lugar. En breve nacerá Luka, su hermano pequeño, al que arroparemos con todo el amor que esta familia es capaz de dar. Karen y William siempre están cuando los necesitamos y desde Lugo... vienen muy a menudo Isabel y Michael, que se desviven también con sus nietos, ganándose un hueco en mi corazón, aunque no demasiado grande... Sonrío.

—Campbell, riéndote solo, ¿eh? —menciona Scott—. Y no deberías, ¿me explicas qué cojones tienes en las manos? Si debemos salir de viaje, avísame, que luego tu hermana quiere

irse a casa de tus padres con la niña en mi ausencia y...

—No voy a ninguna parte, Scott.

Subo arriba y él me persigue. En cuanto ve cómo está la habitación, se echa las manos a la cabeza. Sin embargo, no menciona nada y colabora a la hora de recogerlo todo. Sabe que, si Gisele, con lo ordenada que es, se encuentra con este desastre...

—¿Qué ha pasado? —pregunta cuando ya hemos terminado y lo guío hasta mi despacho—. Se te ha ido de las manos esta vez...

—Lo sé, pero todo está bien, confía en mí.

Reponemos cada cosa en su lugar y abro el cajón en el que ahora guardo las pastillas. Scott oye el llanto de Karina y me indica que va a bajar. Asiento, sentándome y disfrutando de estos momentos de soledad. Anoche lo veía todo tan... oscuro.

Hoy tengo la capacidad de entender y superar esta casi recaída. He tenido el control suficiente, a pesar de haberlo perdido anoche. Aun así, estoy preocupado... Gisele debe conocer el suceso con nuestro hijo. Prometimos que no habría secretos.

Cojo la foto donde estamos los seis y la acaricio sin poder borrar la sonrisa de mis labios. Los amo tanto... tanto que duele. Sí, sigue doliendo, y ahora mucho más, pues mi corazón está dividido en cinco partes. No concibo mi vida sin ellos. Son mi todo. De reojo, veo algo que llama mi atención. Sin soltar la fotografía y con un suspiro, guardo de nuevo mis escritos, mis preciados diarios. Mi historia plasmada en hojas de papel... ¡Cuánto me han servido para desahogarme, para entender y aceptar los errores cometidos! Recuerdo cuando una noche, después de que Gisele los leyera y conociera cada uno de mis sentimientos y secretos, le mencioné:

—Por ahora, tres cuadernos bastan para plasmar nuestra historia.

—¿Tú crees...? —demandó.

—Aunque... siempre querré más —afirmé.

«Y así ha sido.»

***

—¡Es precioso, se parece a Jazz! —Es la voz de Gisele, abajo—. ¿Verdad, Roxanne?

—Idéntico, es guapísimo. ¿Y cómo están los niños más lindos del mundo?

—¡Mami! —gritan al unísono—. ¡Tata!

Me levanto enseguida, ¿se han despertado todos? ¿Y cómo se las está apañando Scott?

Me asomo un poco a la escalera, apenas nada, y suelto una carcajada que todos captan, por lo que miran hacia aquí. Mi cuñado está en el suelo, dejándose peinar y pintar por las chicas de la casa, Noelia, Esmeralda y Karina, mientras que con las manos juega a los coches con Scott y Matthew. Este último enseguida me señala y le dice a Gisele:

—Papi se ha caído y tiene pupa en las manos, ¡y ha partido en suelo! Qué valiente.

¿Qué voy a hacer con él? Mi pequeño hombrecito...

Gisele le sonríe, aunque tensa, y me contempla fijamente. Asiento antes de ir a mi despacho para esperarla allí; lo último que veo es a Roxanne tirándose en el suelo junto a su marido, sin dejar de reír... Estoy tan orgulloso de ellos. Son una familia ejemplar.

Entro en mi despacho y me siento sobre el escritorio. Un segundo después Gisele está aquí. No dice nada; se pone enfrente y me coge las manos; las analiza. Gruño.

—No quise aceptar que estuvieses tan mal —confiesa, y me besa las heridas. Luego busca mis

ojos, y encuentra los míos con desesperación—. No te sientas culpable. Odio que se refleje ese sentimiento en tu mirada. Ya te dije que podrías desmontar el mundo si quisieras, que yo no te lo reprocharía. Sé cuánto te cuesta esto, mi vida, pero lo estás haciendo muy bien. No niegues con la cabeza, Campbell. Estoy orgullosa de ti.

—Matthew... —Hago una pausa, intento rehuirle la mirada. Ella me lo prohíbe acunándome el rostro. Está preciosa—. Él... cogió las pastillas y...

—Se despertó anoche para ir al baño mientras tú seguías aquí y me lo contó, Matt. —Me quedo inmóvil. Gisele se encoge de hombros—. No podemos tener secretos con él, Campbell, nos protege y se preocupa tanto por nosotros que siempre le contará todo al otro para que nos intentemos ayudar. No pensé que te hubiese afectado tanto. Lo siento.

—Pero por mi culpa...

—Ni lo menciones. —Me acaricia la mejilla—. No nos vamos a martirizar por lo que podría haber pasado, mi vida. Sé que mejor padre que tú no podrían tener. He visto la foto que me ha mandado Scott y te juro que se me han saltado las lágrimas.

—Han sido mi mejor apoyo hoy —confieso, fascinado por la mujer que me contempla con tanta ternura, tanto amor. Su apoyo es fundamental—. Has sabido jugármela muy bien...

—Sabía que no te dejarías vencer si estabas un poco tocado —dice, y se acerca a mis labios —. Estoy tan orgullosa de ti, Campbell, que no te lo podría explicar con palabras.

—Todo es gracias a ti, nena. Recuerdo las palabras que te dije una vez y tú me estás haciendo cumplirlas. Eres mi fuerza, cariño.

—A ver... y qué palabras fueron —juguetea con su lengua en mis labios.

—«Señora Campbell, la vida no es de color de rosa. Claro que discutimos y discutiremos, pero lo bonito es saber reconocer el error y no estancarse, como una vez hicimos.»

—Y no lo haremos —me promete, y finalmente me besa.

Dios, gimo. Gruño. Su llegada a mi vida fue como un huracán que pasó y arrasó con todo. Eso fue lo que hizo conmigo y no me arrepiento. Incluso agradezco su marcha, porque de ella aprendimos tanto... aunque nos destrozara a los dos, pero a veces un corazón necesita que lo desgarren para que se vuelva a componer con más fuerza. Así fue.

Gisele me aferra de la nuca y hunde los dedos en mi pelo mientras nos besamos apasionadamente, sin frenarnos. Yo no escondo mis ganas y la ciño a mí, empujando su trasero, que acaricio al tiempo que me vuelvo loco con las provocaciones de su boca y de su sensual cadera, que se contonea como sabe que me hace perder la cabeza.

Después de cuatro hijos... sigue igual de perfecta, bonita, sexy. Se recupera enseguida, debido al acelerado ritmo de vida que llevamos. ¡¡Y somos tan felices así!!

—Papi, mami, ¿qué hacéis? —Ambos nos quedamos congelados ante la inesperada aparición de Matthew—. Campbell, mamá dice que hay que tratar con cuidado a las chicas y la estás aplastando. Luego ella tendrá pupitas también.

Carraspeo incómodo y suelto a Gisele.

Ella sonríe avergonzada antes de darse la vuelta y yo termino soltando una carcajada. Sí, Matthew es especial... Deseo con toda mi alma que no sea como yo, que no cargue con esta herencia tan complicada, pero, si lo es, hoy más que nunca tengo claro que no lo dejaré caer. Soy fuerte por él; hoy ha conseguido, junto a sus hermanos, que lo entienda y, si es necesario, en un futuro, le enseñaré la misma lección. Hasta entonces, no me torturaré anticipándome a algo que aún no existe y quizá, con suerte, nunca existirá.

—Papá sólo me demostraba cuánto me ha echado de menos —le explica Gisele, y se agacha

para estar a la altura de nuestro primogénito. Matthew se acerca y me pide que también me incline. Sin duda lo hago. Con una sonrisa tierna, pone una mano en mi hombro y otra en el de Gisele, acercándonos los tres—. ¿Qué pasa, cielo?

—¿Nunca os cansáis de quereros tanto?

Gisele y yo rompemos a reír a carcajadas y ésta me señala y niega.

—No, pequeño; satisfecho siempre, saciado nunca... y, de mamá, siempre querré más.

—¿Y eso qué quiere decir, papi?

—Te lo explicaré cuando seas mayor.

—Entonces, de mayor, seré el señor Campbell y siempre estaré satisfecho, pero nunca saciado, ¿verdad? —suelta con ímpetu—. Y de mis papás siempre querré más.

El corazón me da un vuelco.

Acto seguido se abalanza sobre nosotros y nos abrazamos los tres... y hay tres más que se quieren sumar, cuando Roxanne y Scott, con mi sobrina en brazos, dejan pasar a las gemelas y al pequeño de la casa, que es perseguido por *Tomy*, que va y viene... Abarco con mis brazos a Gisele y los niños, a mi familia, besándolos. Son mi vida entera. De reojo, le guiño un ojo a mi cuñado y a mi hermana, que inmortalizan el momento con otra espontánea fotografía. Esta vez a mí me caen lágrimas de felicidad. Tengo todo lo que jamás pensé... porque no me conformé, de ahí mi frase...

Satisfecho siempre. Saciado nunca.

Si quieres conocer...

Si quieres conocer la historia completa desde el punto de vista de Gisele Stone, no olvides que puedes encontrarla en la trilogía «La chica de servicio»: *Tiéntame, Poséeme, Y ríndete.*

Agradecimientos

A todas y cada una de las personas que me disteis la oportunidad con esta maravillosa historia; desde entonces, he podido cumplir mi sueño. Gracias por leerme, por emocionaros y enfadaros con los personajes. Gracias por sentirlos y acogerlos como vuestros.

Gracias a los fieles lectores, al grupo de «Las chicas de servicio de Matt Campbell, nuestro bipolar». Gracias a mi familia y amigos, quienes me quieren y me desean lo mejor en cada proyecto.

Gracias, Esther, por caminar a mi lado.

Biografía



Patricia Geller nació en un municipio de Cádiz, donde reside actualmente. Está casada y es madre de dos hijos. Desde siempre ha sido una apasionada de la lectura, hasta que decidió iniciarse de forma no profesional en el mundo de las letras. La trilogía «La chica de servicio» fue su primera novela, a la que siguieron *Culpable*, *No me prives de tu piel*, la bilogía «En plena confusión» y «Todo o nada», que reúne las tres novelas *Dímelo en silencio*, *Susúrramelo al oído* y *Confiésamelo sin palabras*. En la actualidad ya tiene en marcha nuevos proyectos editoriales.

Encontrarás más información de la autora y su obra en

www.facebook.com/patricia.gr.980 y en
librolachicadelservicio.blogspot.com.es/

Satisfecho siempre. Saciado nunca
Patricia Geller

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Patricia Geller, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2018

ISBN: 978-84-08-20108-3 (pub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!